



Grandes Avivamientos de la Historia

diarios de avivamientos

diarios de avivamientos

Las Memorias de Charles Finney

LAS MEMORIAS DE CHARLES FINNEY

*Estos 31 capítulos de las Memorias de Charles Finney han sido tomados de The GOSPEL TRUTH
ellos los han traducido al español – la traducción es de Marcela Allen –*

1868

CAPITULO I

MI NACIMIENTO Y MIS PRIMEROS ESTUDIOS

Le ha placido a Dios conectar, en cierta manera, mi nombre y mis obras a un extenso movimiento de la Iglesia de Cristo. Un movimiento que algunos consideran una nueva era en el avance de la Iglesia. Esto ha sido especialmente cierto en lo que respecta a los avivamientos de la religión. En gran medida, en este movimiento se ha involucrado el desarrollo de modificadas perspectivas de la doctrina cristiana, que hasta entonces no eran comunes y que se produjeron debido a ciertos cambios en los medios de impulsar la obra de evangelización. Fue muy natural que prevaleciera la malinterpretación de esas modificaciones de las perspectivas doctrinales y de las medidas utilizadas, y que en consecuencia, aún hombres buenos pusieran en tela de juicio la sabiduría de dichas medidas y la solidez de esas posturas teológicas, y que hombres impíos se irritaran oponiéndose vigorosamente por un tiempo a ese gran movimiento.

Me he referido a la conexión de mi nombre con estos movimientos, más solo como el de uno más de los muchos ministros de Cristo, y de otros hombres y mujeres que han sido prominentes en su difusión. Estoy consciente de que cierta porción de la iglesia me considera un innovador, más esto con respecto a la doctrina y a los medios usados; y que hay quienes me han visto como alguien importante, especialmente por haber atacado algunas de las antiguas formas de pensamiento y expresión teológica, por declarar las doctrinas del evangelio, en muchos aspectos, en un lenguaje nuevo, y por introducir otras formas de pensamiento.

Por varios años amigos de estos avivamientos, a los que mi nombre y obras se han vinculado, me han importunado de forma particular para que escriba la historia de estos sucesos. En vista de que ha prevalecido tanta incompreensión con respecto a ellos, se piensa que la veracidad de la historia exige que yo mismo declare las doctrinas

que fueron predicadas en lo que concernió a mi persona, así como las medidas usadas y los resultados que produjo la predicación dichas doctrinas y el uso de tales medidas como fueron manifestados a mí y a otros por muchos años.

Mi mente parece abstenerse instintivamente a decir mucho de mí mismo, como es mi obligación hacerlo si voy a hablar con honestidad de dichos avivamientos y de mi relación con ellos. Fue por esta razón que me rehusé, hasta este momento, a emprender la tarea. En los últimos tiempos los custodios de la Universidad de Oberlin me han presentado este asunto, urgiéndome a realizar esta obra. Ellos, junto a muchos otros amigos en este país y en Inglaterra han insistido que, por la causa de Cristo, debe existir en la Iglesia un entendimiento mejor al que se ha sostenido con respecto a los avivamientos ocurridos en el centro de Nueva York y en otros lugares a partir de 1821 durante varios años, pues han sido grandemente malentendidos y han recibido mucha oposición. Debo decir que abordo la tarea con reserva por varias razones. En primer lugar, no he guardado un diario, por lo que consecuentemente tendré que confiar en mi memoria. Es cierto que mi memoria es por naturaleza tenaz, y que los eventos de los avivamientos de la religión de los que he sido testigo han dejado una impresión profunda en mi mente, y que por lo tanto recuerdo con claridad muchos de ellos, muchos más de los que el tiempo me permite compartir en esta escritura. Todo el que ha sido testigo de poderosos avivamientos de la religión es consciente de la gran cantidad de conversiones y de la profunda convicción que tienen lugar a diario, del gran interés que se produce en las gentes alrededor de aquellos que los experimentan. Cuando estas personas y hechos llegan a conocerse, suelen producirse efectos emocionantes, que son con frecuencia tan numerosos que si tan solo los sucesos más prominentes de un solo avivamiento extendido, en una determinada comunidad, quisieran ser narrados, serían detallados en un amplio volumen.

En absoluto pretendo seguir este curso en lo que estoy a punto de escribir. Me limitaré a esbozar un esquema, sobre el cual pueda reposar una idea lo suficientemente clara del tipo de estos avivamientos, y solo relataré unos cuantos eventos particulares de conversión ocurridos en diferentes lugares. Si no lo hiciera de esta manera, mi narración ocuparía demasiados volúmenes: por lo tanto propongo, de ser posible, el condensar lo que debo decir en este único volumen de tamaño moderado. Por mucho que puedan resultar interesantes los casos particulares de conversión en distintos lugares para aquellas personas próximas a sus protagonistas, el adentrarnos en los detalles de estas situaciones particulares puede resultar prolijo y aburridor para quienes se encuentran a la distancia.

También debo esforzarme en dar cuenta de las doctrinas que se predicaron, y de las medidas que se usaron, haciendo una breve mención de estos hechos, más sin embargo proporcionando suficiente información con respecto a ellos para que le sea posible a la iglesia en lo sucesivo, al menos parcialmente, estimar el poder y la pureza

de esas poderosas obras de Dios. Jamás vi avivamientos de la religión tan puros y poderosos como aquellos de los que tanto se habló en contra.

Hay otra razón por la que he dudado escribir la narración de estos avivamientos. No con poca frecuencia me ha sorprendido encontrar que los recuerdos que guardo de hechos ocurridos hace varios años se diferencian de los recuentos de otras personas que gozaron de las mismas facilidades que yo para conocer el significado de aquellos sucesos. Por lo tanto, mis declaraciones son muy susceptibles a entrar en conflicto con los recuentos de otras personas que para ese tiempo debieron de haber entendido los sucesos como yo. Por supuesto debo narrar los hechos como los recuerdo. Una gran cantidad de estos eventos se refieren en general a mi persona predicando, como una ilustración de las verdades que le estaba presentando a la gente. Se me han recordado tantas veces estos hechos, y me he referido a ellos en todos los años de mi ministerio desde que tuvieron lugar, que me es imposible dudar de que los recuerde tal como ocurrieron. Si en algún modo pueda equivocarse mi memoria en alguna de mis declaraciones, o si en algún modo mi relato difiere ampliamente del de aquellos otros presentes en estos avivamientos, confío en que la iglesia tendrá por cierto que mis afirmaciones están en perfecto acuerdo con mi recuerdo actual de lo sucedido. Actualmente tengo setenta y cinco años y por supuesto puedo recordar mejor aquellas cosas sucedidas hace muchos años que aquellas que recientes. Con respecto a las doctrinas predicadas, en lo que a mí respecta, y a los medios usados para su promoción, no creo que pueda equivocarme.

Para ofrecer un recuento inteligible de la porción a la que fui llamado a actuar en esas escenas, me es necesario ofrecer la breve historia de cómo llegué a adoptar las perspectivas doctrinales que por mucho tiempo he sostenido y predicado, y que se ha considerado implican, en cierta medida, un nuevo estamento en las doctrinas del evangelio, las cuales también muchas personas han encontrado inaceptables. Por lo tanto, para que esta narrativa resulte inteligible me es menester empezar con un breve relato acerca de mi nacimiento, primera residencia y primeros estudios, mi conversión a Cristo, mis estudios de teología, y las circunstancias que condujeron a mi entrada en la obra del ministerio. El presente escrito no es una autobiografía, eso es necesario recordarlo, tampoco entraré en detalles de mi vida personal que no sirvan para ofrecer un recuento inteligible de los hechos, como se me ha pedido, sino solo aquellos que tengan relación con este gran movimiento de la Iglesia, que en este país y en otros han impulsado la reforma.

Nací en Warren, en el condado de Litchfield, Connecticut, en 1792. Cuando tenía dos años mi padre se mudó al centro de Nueva York, en el condado de Oneida, que para el momento era en gran medida un lugar desierto. La gente del lugar no gozaba de privilegios religiosos. No se habían establecido escuelas dominicales y se disponía de muy pocos libros religiosos. Los nuevos colonos, que en su mayoría provenían de

Nueva Inglaterra, casi inmediatamente establecieron escuelas comunes, más entre ellos escaseaba la predicación inteligente del evangelio. Disfruté los privilegios de la escuela común de verano y de invierno hasta que llegué a los quince o a los dieciséis años, y progresé en mi aprendizaje hasta el punto de yo mismo estar en capacidad de enseñar en la escuela, como era la meta de las escuelas comunes según eran conducidas en aquel entonces.

Mis padres no practicaban la religión, y creo que muy pocos de nuestros vecinos la profesaban. Muy rara vez escuché un sermón del Evangelio de persona alguna, a no ser que fuera de un ministro itinerante, o de algún incipiente predicador ignorante que de vez en cuando podían encontrarse por esas tierras. Recuerdo muy bien que la ignorancia de aquellos predicadores que escuché--cuando llegaba a escuchar a alguno--era tan grande que la gente del pueblo volvía de las reuniones para pasar largo rato en risa incontenible, en vista de los extraños errores y los grandes absurdos que habían escuchado. En el barrio en donde se encontraba la residencia de mi padre habíamos levantado una casa de reunión y establecido un ministro y había empezado yo a asistir a dicho ministerio cuando mi padre se vio obligado a reubicarse nuevamente, esta vez a otro sitio desierto a las faldas de la ribera sur del lago Ontario, un poco al sur de la Bahía de Sackett. Otra vez aquí viví por varios años teniendo tan pocos privilegios religiosos como en el condado de Oneida. Prácticamente la única predicación que llegué a escuchar fue la de un anciano de apellido Osgood, un hombre de notorio celo religioso, pero con muy poca educación. Su ignorancia del lenguaje era tan grande como para desviar la atención de las gentes de su pensamiento a la cómica forma en la que los expresaba. Por ejemplo, en lugar de decir "Yo soy" decía "Yo eres," y en el uso de los pronombres Tu, Ti, y etcétera, podía mezclarlos en formas tan extrañas e incongruentes, que era casi imposible el no reírse, ya que estuviese predicando u orando. Está de más decir que no recibí instrucción religiosa alguna de tales enseñanzas.

Cerca de los veinte años regresé a Connecticut, y de allí me trasladé a Nueva Jersey, cerca de la ciudad de Nueva York y me involucré en la enseñanza. Enseñé y estudié lo mejor que pude, y regresé en dos ocasiones a Nueva Inglaterra en donde asistí a la escuela superior por una temporada. Mientras asistía a la escuela superior meditaba en la posibilidad de ingresar a la Universidad de Yale. Mi preceptor se había graduado en Yale, pero me había recomendado no ir a dicha Universidad. Me dijo que sería una pérdida de tiempo, pues creía que al ritmo en el que estaba progresando, podía con facilidad terminar todo el currículum de estudios seguido en Yale en tan solo dos años, lo que en la universidad me tomaría cuatro. Me presentó tales consideraciones en ese aspecto, que como resultado no seguí mis estudios académicos más allá en ese momento. Sin embargo, más adelante, adquirí conocimientos del latín, el griego y el hebreo. Más nunca fui un erudito clásico ni alcancé tal conocimiento de las lenguas muertas como para pretenderme capaz de criticar de manera independiente nuestra

traducción de la Biblia al inglés. Pocas veces me he atrevido a intentar realizar estas críticas cuando no he tenido el apoyo de las autoridades más respetables en el tema.

Mi último maestro deseaba que me uniese a él en la conducción de una academia en alguno de los estados del sur. Me sentía inclinado a aceptar su propuesta, con la intención de continuar y completar mis estudios bajo su instrucción en los intervalos del trabajo. Sin embargo, cuando le informé a mis padres, a quienes no había visto por cuatro años, mi idea de mudarme al sur, ambos estuvieron en desacuerdo y me insistieron regresar con ellos al hogar, en el condado de Jefferson, Nueva York. Después de hacerles una visita decidí ingresar al despacho de abogados de Adams en ese condado como estudiante.

Hasta este punto nunca había disfrutado lo que podrían llamarse privilegios religiosos. Nunca había vivido en una comunidad de oración, con excepción de aquellos periodos en los que asistí a la escuela superior en Nueva Inglaterra, y ciertamente la religión del lugar no estaba calculada para capturar mi atención. La predicación del lugar de mi escuela superior estaba a cargo de un clérigo de edad avanzada, un hombre excelente y muy amado y venerado por su congregación, pero cuya manera de leer sus sermones no dejaba impresión alguna en mi mente. Tenía una forma monótona y aburrida de leer las notas que probablemente tenía escritas hace ya muchos años.

Para dar cierta idea de su prédica, me permito decir que los manuscritos de sus sermones eran tan largos que bien podían caber en una Biblia duodécima. Yo, sentado en la galería, podía observar como el pastor colocaba sus manuscritos justo en medio de su Biblia, e insertaba los cuatro dedos de cada mano en los lugares en donde encontraría los pasajes de la Escritura que debía citar en su sermón. Esto hacía que le fuera necesario sostener su Biblia con ambas manos, impidiéndole cualquier gesticulación con ellas. A medida que continuaba con su prédica leía los pasajes de la Escritura en donde había incrustado los dedos y así liberaba sus dedos uno por uno hasta que ambas manos quedaban sueltas.

Yo había observado que cuando todos sus dedos estaban liberados ya casi concluía su sermón. Su lectura era sin pasión y monótona y aunque la gente la seguía con cuidado y reverencia, debo confesar que para mí, no se parecía a una predicación, o por decir lo menos, no se parecía a lo que yo pensaba que una predicación debía de ser.

Cuando nos retirábamos de la reunión solía escuchar a la gente hablar bien de sus sermones, y con frecuencia les oía preguntarse si quizá había hecho alusión en su lectura a lo que estaba sucediendo en el momento. Parecía que siempre era motivo de curiosidad lo que el pastor deseaba lograr con su prédica y si en ella había algo más que una discusión seca de doctrina. Y esta predicación era a mis ojos la mejor que hubiera escuchado en cualquier lugar. Sin embargo cualquiera puede juzgar si tal

predicación estaba calculada para instruir o despertar el interés de un joven que no sabía nada de religión ni tenía interés en ella.

Cuando me encontraba enseñando en una escuela en Nueva Jersey, la predicación que se daba en el vecindario era, casi totalmente, en alemán. Es probable que en los cerca de tres años que permanecí en Nueva Jersey no llegara a escuchar ni media docena de sermones en inglés. Con todo esto, cuando llegué a Adams a estudiar leyes, era yo tan ignorante de la religión como cualquier pagano. Yo había sido criado en los bosques. Le había prestado poca atención al Sabbath y no tenía un conocimiento definido de ninguna verdad religiosa. Fue en Adams cuando por primera vez asistí a la predicación de un ministro educado del evangelio consistentemente por cierto tiempo. El Reverendo George W. Gale, originario de Princeton, Nueva Jersey, se convirtió poco después de mi llegada a Adams en el pastor de la iglesia presbiteriana del lugar. Su predicación tenía el tipo de la vieja escuela, es decir, puramente calvinista; cada vez que presentaba las doctrinas tal como él las entendía, predicaba lo que hoy se conoce como híper calvinismo, algo que sin embargo, no hacía con mucha frecuencia. Por supuesto, al reverendo Gale se lo consideraba en extremo ortodoxo, más no me fue posible obtener mayor instrucción de su predicación. Como yo mismo le dije en varias ocasiones, me daba la impresión de que empezaba su predicación realmente a la mitad de su discurso y que asumía muchas cosas, que para mi mente, necesitaban ser comprobadas. Parecía que Gale daba por hecho que sus oyentes eran teólogos, y por lo tanto que podía servirse de todas las grandes doctrinas fundamentales del evangelio. Por mi parte debo decir que más que edificado, su predicación me dejaba perplejo. A pesar de esto atendí a sus sermones consistentemente y conversé con él con frecuencia acerca de su enseñanza para tratar de comprender lo que realmente quería decir.

Hasta este punto nunca había vivido en un lugar en donde pudiera asistir constantemente a reuniones de oración. Cerca de nuestra oficina había una iglesia que realizaba reuniones de oración una vez por semana. Asistí a estas reuniones con frecuencia y durante meses, siempre que quedara excusado de mis labores a esa hora, para escuchar las oraciones de los fieles. En mis estudios de derecho elemental encontré que los antiguos autores citaban con frecuencia las Escrituras y que se referían especialmente a los institutos mosaicos como la autoridad para muchos de los grandes principios de la ley común. Esto encendió mi curiosidad a tal punto que adquirí una Biblia, mi primera Biblia. Cada vez que encontraba una referencia de la Biblia en los textos de derecho, consultaba el pasaje en las Escrituras para observar su conexión. Esto me llevó a adquirir un renovado interés en la Biblia, y empecé a leerla y a meditar en ella como nunca antes en mi vida. Con todo esto, no entendía una gran parte de lo que leía.

El señor Gale solía pasar con frecuencia por nuestra oficina y se dejaba ver ansioso de saber qué impresiones habían dejado sus sermones en mi mente. Yo conversaba con él con mucha libertad, y ahora puedo ver que en ocasiones critiqué sus sermones sin ninguna misericordia. Todas las objeciones que aparecieron en mi mente, las levanté delante del predicador. Al conversar con él y hacerle preguntas, me parecía que su mente estaba mistificada y que no podía definir, ni para él mismo, lo que quería decir con todos los términos importantes que usaba. De hecho, me parecía imposible asociar significado alguno a muchos de los términos que usaba con gran formalidad y frecuencia. ¿A qué se refería con arrepentimiento? ¿Era éste un mero sentimiento de pesar por el pecado? ¿Era en conjunto un estado pasivo de la mente o implicaba un elemento de la voluntad? ¿Si el arrepentimiento era un cambio de mente, respecto a qué era este cambio? ¿A qué se refería con el término regeneración? ¿Qué significa ese lenguaje cuando se refiere a una transformación espiritual? ¿A qué se refería con fe? ¿Era la fe un mero estado intelectual? ¿Era simplemente una convicción, o una persuasión de que lo dicho en la Biblia era cierto? ¿A qué se refería con santificación? ¿Implicaba la santificación algún cambio físico en el sujeto o alguna influencia física por parte de Dios? Yo no podía dar respuesta a estos interrogantes, y tampoco me parecía que él mismo supiera en qué sentido hacía uso de esos términos o de palabras semejantes.

Tuvimos grandes y muchas conversaciones interesantes, pero que más bien estimulaban mi mente a continuar indagando y no llegaban a satisfacerla en cuanto a la verdad. Sin embargo, a medida que leía mi Biblia, asistía a las reuniones de oración, escuchaba la prédica del señor Gale y conversaba con él, con otros ancianos de la iglesia y de vez en cuando con otras personas acerca del tema de la fe, empecé a sentirme muy inquieto. Bastó aplicar un poco de pensamiento para llegar a entender que de ninguna manera mi mente se encontraba en un estado que me permitiera llegar al cielo en caso de morir en esa condición. Me parecía que algo de infinita importancia yacía en la religión, y pronto llegué a entender que si el alma era inmortal, me era necesario experimentar un gran cambio en el estado interior de mi mente que me permitiera estar preparado para la felicidad en el cielo. Sin embargo aún mi mente no había adoptado una postura en cuanto a la veracidad o a la falsedad del evangelio y de la religión cristiana. De cualquier modo, el interrogante dentro de mí era demasiado importante como para permitirme descansar en medio de la incertidumbre del tema.

Me llamaba particularmente la atención que las oraciones que escuchaba en sus reuniones de oración todas las semanas, hasta lo que yo podía ver, permanecían sin respuesta. De hecho, podía interpretar por sus continuas oraciones y por las observaciones que hacían en sus reuniones, que ellos mismos no consideraban sus oraciones como contestadas. En la lectura de mi Biblia había descubierto lo que Cristo decía acerca de la oración y de las respuestas a la oración. Él dijo: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que

busca, halla; y al que llama, se le abrirá". También leí que Cristo afirma que Dios está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a aquellos que se lo piden que los padres terrenales lo están de dar buenas dádivas a sus hijos. Continuamente les escuchaba orar por el derramamiento del Espíritu Santo, como a menudo les escuchaba confesar sus debilidades y el no haber recibido lo que pedían. Se exhortaban unos a otros a despertar e involucrarse, y a orar fervientemente por un avivamiento de la religión, afirmando que si cumplían con su deber, orando por el derramamiento del Espíritu y mantenían su compromiso, el Espíritu de Dios se derramaría, se produciría el avivamiento de la religión y los impenitentes como yo serían convertidos. Sin embargo, en sus oraciones y conferencias continuamente confesaban, que no habían logrado progresos sustanciales ni en sus oraciones ni en sus esfuerzos, ni en la obtención de un avivamiento de la religión. La inconsistencia de sus declaraciones, el hecho de que oraran tanto y sin respuesta, fue una triste piedra de tropiezo para mí. No sabía qué hacer con eso. En mi mente se levantaba la pregunta de si estas personas quizá no eran verdaderamente cristianas, y por lo tanto no tenían acceso a Dios, o si más bien yo había mal entendido las promesas y las enseñanzas de la Biblia en ese aspecto, o si tal vez debía concluir que la Biblia no era cierta. En todo esto había algo inexplicable para mí, algo que en cierto momento estuvo a punto de llevarme a un estado de escepticismo. A mi modo de ver las enseñanzas de la Biblia no estaban en armonía con los hechos que presenciaba con mis ojos.

En cierta ocasión, cuando estaba en una de sus reuniones de oración, se me preguntó si deseaba que oraran por mí. Les respondí que no, pues no podía ver que Dios respondiera sus oraciones. Dije: "Supongo que necesito que se ore por mí, pues soy un pecador: pero no veo como podría beneficiarme el que ustedes orasen por mí, pues ustedes están pidiendo continuamente, mas no reciben. Ustedes han estado orando por un avivamiento de la religión desde que llegue a Adams, sin embargo aún no lo tienen. Han estado orando para que el Espíritu Santo descienda sobre ustedes más continúan quejándose de sus flaquezas". Recuerdo que una vez hice uso de esta expresión: "Desde que asisto a sus reuniones han orado suficiente como para eliminar toda la maldad de Adams, si es que realmente hay virtud en sus oraciones. Pero aquí siguen, orando todavía y quejándose aún". Fui ferviente en lo que dije y estaba bastante irritado, creo que por consecuencia de haber sido confrontado continuamente con las verdades religiosas, lo cual era algo totalmente nuevo para mí. Sin embargo en mi lectura posterior de la Biblia me asombró ver que la razón por la cual sus oraciones no eran contestadas era porque no estaban cumpliendo con las condiciones reveladas en base a las cuales Dios había prometido dar respuesta a la oración: ellos no estaban orando con fe, es decir, no estaban orando con la expectativa de que Dios les diera aquello por lo que oraban. Vi que había muchas condiciones reveladas en la Biblia, en base a las cuales la oración podía ser respondida, que ellos estaban pasando por alto. Este pensamiento, sin embargo, permaneció por algún tiempo en mi mente en forma de interrogantes confusos y no como algo definido que

podiera declarar con palabras. De cualquier modo, este descubrimiento alivió mi mente con respecto a la veracidad del evangelio; y después de luchar en este modo por cerca de dos o tres años, me convencí de que pese a cualquier mistificación que existiera en mi mente, en la de mi pastor o en la de la iglesia, la Biblia era verdaderamente la Palabra de Dios. Una vez convencido de esto, fui confrontado con otra pregunta: ¿aceptaría a Cristo, como lo requería el evangelio o seguiría mi vida el curso del mundo? Ahora puedo ver que mi mente había sido tan impresionada por el Espíritu Santo en ese periodo, que me hubiera sido imposible dejar esa pregunta sin respuesta, y tampoco podría permanecer dubitante entre los dos cursos que le habían sido presentados a mi vida.

CAPITULO II

MI CONVERSIÓN A CRISTO

En este punto de mi historia, cierto Sabbath en la tarde resolví en mi mente dar respuesta al dilema de la salvación de mi alma de una vez por todas y de ser posible, hacer las paces con Dios. Siendo que estaba muy ocupado con los asuntos de la oficina, sabía que sin una gran firmeza de propósito nunca abordaría el tema. Así que decidí, en lo que me fuera posible, evitar todo trabajo y cualquier otro asunto que pudiera distraer mi atención y evitar que me entregara por completo a la tarea de asegurar la salvación de mi alma. Llevé esta resolución a efecto con seriedad y tan bien como pude. Sin embargo estaba obligado a permanecer por un buen tiempo en la oficina. Mas quiso la providencia que no tuviera mayores oficios ni el día lunes ni el martes y tuve así oportunidad de leer mi Biblia y de estar en oración la mayor parte del tiempo.

Sin embargo, era yo orgulloso sin saberlo. Había supuesto que la opinión de los demás me tenía sin cuidado, sea ya que pensarán esto o aquello de mí. Además, yo había sido, de hecho, bastante particular en mi asistencia a sus reuniones de oración y en el grado de atención que le había prestado a la religión durante mi estadía en Adams. Con respecto a esto había sido yo tan particular que continuamente había llevado a la iglesia a pensar que estaba ansioso en la búsqueda de respuestas. Sin embargo descubrí, cuando tuve que afrontar el dilema, que estaba poco dispuesto a permitir que alguien supiera que procuraba la salvación de mi alma. Cuando oraba tan solo susurraba mis oraciones de tal modo que no pasaran de la puerta, no fuera que alguien descubriera que estaba orando.

Hasta antes de ese momento mantenía mi Biblia en la mesa junto a los libros de derecho y nunca se me había ocurrido avergonzarme de que se me hallara leyéndola más de lo pudiera avergonzarme el que me vieran leyendo cualquier otro de mis libros.

Sin embargo después de haber emprendido con fervor la búsqueda de mi salvación mantenía mi Biblia lo más escondida posible. Si me encontraba leyéndola cuando alguien entraba a la oficina, tiraba sobre ella mis libros de derecho para dar la impresión de que no la tenía a la mano. En lugar de ser franco y de estar dispuesto a hablar con cualquiera y con quien sea del tema, como era mi costumbre, ahora me encontraba a mí mismo cerrado a discutirlo con nadie. No deseaba ver a mi pastor por dos razones: La primera, no deseaba que conociera mi sentir; y la segunda, no tenía confianza alguna de que él pudiera comprender mi caso y darme la dirección que necesitaba. Por las mismas razones evitaba las conversaciones con los ancianos de la iglesia, o con cualquier otro cristiano. Me daba vergüenza que supieran como me sentía, por un lado, y por otra parte me preocupaba que me guiaran mal. Sentía que mi único recurso era la Biblia.

Durante el día y la noche del lunes y el martes mi grado de convicción aumentó, sin embargo tenía la impresión de que a la vez mi corazón se hacía más duro. No podía derramar una lágrima; no podía orar. No tenía oportunidad de orar más alto que un suspiro; y frecuentemente sentía que si pudiera estar a solas en donde pudiera alzar la voz y expresarme como quisiera, entonces encontraría alivio en la oración. Me sentía tímido y había evitado, en cuanto pude, hablar con alguien al respecto. Había intentado hacer esto sin levantar sospechas de que estaba buscando la salvación de mi alma en la mente de cualquiera.

La noche del martes me sentía muy nervioso y se apoderó de mí la extraña sensación de que estaba a punto de morir. Yo sabía que de ser así mi único destino era hundirme en el infierno. Sentí estar a punto de gritar, sin embargo traté de calmarme lo mejor que pude hasta la mañana. En la mañana me levanté y partí a una hora temprana a la oficina. Sin embargo, justo antes de llegar a la oficina algo parecía estar confrontándome con preguntas como estas--de hecho parecía que este cuestionamiento proviniera de dentro de mí, en forma de una voz interna--: "¿Qué estás esperando? ¿Acaso no prometiste entregarle tu corazón a Dios?" Y "¿Qué estás tratando de hacer? ¿Acaso tratas de elaborar tu propia justicia con obras?"

Fue en ese preciso momento cuando toda la cuestión de la salvación ofrecida en el evangelio se abrió en mi mente de la forma más maravillosa. Pensé y vi con una claridad que nunca había experimentado en mi vida la realidad y la suficiencia de la expiación de Cristo. Vi que su obra era una obra completa, y que en vez de tener o de necesitar justicia alguna para poder encomendarme a Dios, lo que debía hacer era someterme a la justicia de Dios por medio de Cristo. De hecho la oferta de salvación del evangelio me pareció la oferta de algo que debía de ser aceptado, y que era suficiente y completa; y que lo único que era necesario de mi parte era dar mi consentimiento para la entrega de mis pecados, y entregarme a mí mismo a Cristo. Vi que la salvación no era algo que podía ser labrado por medio de mis obras, sino algo

que debía de ser hallado enteramente en el Señor Jesucristo, quien se presentó ante mí para ser aceptado como mi Dios y mi Salvador.

Sin haber estado consciente de ello, me había detenido en la calle en donde la voz interior me había confrontado. Cuánto tiempo permanecí en esa posición... no lo sé. Pero después de que esta particular revelación se estacionó en mi mente por un breve momento, me pareció distinguir la pregunta: "¿La aceptarás ahora, hoy?" Respondí: "Sí, la aceptaré hoy mismo o moriré en el intento."

Al norte de la villa y sobre una colina había una arboleda, en la cual había hecho el hábito, casi diario, de caminar cuando hacía buen tiempo. En ese momento corría el mes de octubre, y ya había pasado la temporada para mis caminatas. Sin embargo, en lugar de ir a la oficina, me devolví y seguí rumbo a la arboleda, sintiendo que debía estar a solas y lejos de todo ojo y oído humano, para así poder derramar mi oración delante de Dios. Aún con esto mi orgullo estaba por emerger.

A medida que subía la colina se me ocurrió que alguien podía verme y suponer que me alejaba para orar. Luego presumí que nadie sobre la tierra sospecharía que me dirigía a orar si me veía en el camino. Sin embargo tan grande era mi orgullo y estaba yo tan poseído por el temor al hombre, que recuerdo haberme escondido a lo largo de la cerca hasta que estuve lejos de la vista de cualquiera que pudiera estar en la villa. Penetré al bosque, creo que caminé un cuarto de milla, y llegué hasta el otro lado de la colina en donde encontré un lugar en donde unos árboles enormes habían caído al piso entrecruzados, dejando un espacio abierto entre unos tres o cuatro grandes troncos. Pensé que el sitio podía servirme como una suerte de cuarto cerrado. Entre al lugar y me puse de rodillas para orar. Recuerdo que cuando estaba caminando en el bosque, dije: "le entregaré mi corazón a Dios o nunca saldré de aquí." Recuerdo que varias veces repetí: "le daré mi corazón a Dios antes de volver a salir de este lugar".

Sin embargo, cuando intenté orar noté que mi corazón no oraba. Había asumido que si tan solo pudiera estar en un lugar en donde me fuera posible hablar en voz alta sin ser escuchado podría orar con libertad. Mas, ¡he aquí, cuando lo intentaba, estaba mudo! En otras palabras, no tenía nada que decirle a Dios; cuando más solo podía decir pocas palabras y vacías, sin corazón. Cuando intentaba orar, de pronto me parecía escuchar un crujir de hojas, entonces interrumpía la oración y me levantaba para mirar si alguien venía. Esto lo hice en varias ocasiones. Finalmente me encontré a mí mismo cayendo vertiginosamente en la desesperación. Me dije a mí mismo: "He descubierto que no puedo orar. Mi corazón está muerto para con Dios y no va a orar." Luego me reproché el haber prometido darle mi corazón a Dios antes de salir de la arboleda. Sentía que había hecho una promesa precipitada, que me vería obligado a romper, pues ahora que lo había intentado descubrí que no podía entregarle a Dios mi corazón. Mi alma interior había retrocedido y se negaba a salir para ofrecer mi corazón. En lo profundo de mí empecé a sentir que ya era muy tarde; que debía ser que Dios había

renunciado a alcanzarme y que la esperanza para mí ya había pasado. Ese pensamiento me oprimía justo en el momento en el cual también me agobiaba lo precipitado de mi promesa de que le daría mi corazón a Dios o moriría en el intento. Sentía que había atado mi alma a esa promesa y que iba a romper mi juramento. Una profunda debilidad y desesperanza me sobrevino en este punto, y me sentía casi demasiado débil como para sostenerme en mis rodillas.

Justo en este momento me pareció oír nuevamente que alguien se acercaba y abrí mis ojos para verificar si era así. Fue allí cuando me fue dada la clara revelación de que mi gran impedimento era el orgullo de mi corazón. Una conciencia abrumadora de mi maldad por haberme avergonzado de que un ser humano pudiera verme en mis rodillas, ante Dios, me poseyó de tal manera que clamé al límite de mi voz que no abandonaría ese lugar aun cuando todos los hombres sobre la tierra y todos los demonios del infierno me rodearan. "¡Qué!" me dije a mi mismo, "¡un pecador tan degradado como yo, en mis rodillas y confesando mis pecados al Altísimo y Santo Dios, está avergonzado de que alguien, otro pecador como yo mismo, se entere de esto que hago y me encuentre arrodillado buscando hacer la paz con el Dios al que he ofendido!" Mi pecado me pareció terrible, infinito. Me quebrantó delante del Señor. Fue entonces cuando esta porción de la Escritura pareció caer en mi mente con un diluvio de luz: "Entonces me invocaréis, e iréis y oraréis a mí, y yo os oiré: Y me buscaréis y hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón". Mi corazón se apoderó de esta verdad al instante. Antes había creído en la Biblia de forma intelectual, pero jamás la verdad había calado en mi mente de tal modo que la fe resultara en una confianza voluntaria y no un estado intelectual. Estuve tan consciente de confiar en la veracidad de Dios en ese momento, como lo estuve de mi propia existencia. De alguna manera sabía que esa frase era un pasaje de la Escritura, aunque no recordaba haberlo leído jamás. Sabía que lo que me había hablado era la Palabra de Dios y la voz de Dios mismo, por así decirlo. Entonces clamé a Él: "Señor, te tomo por tu Palabra. Ahora sabes que te busco con todo mi corazón, y que he venido aquí para orar a ti, y tú has prometido escucharme." Eso parecía resolver la cuestión del hecho de que ahora sí podría cumplir con mi promesa. El Espíritu parecía seguir insistiendo en la idea del pasaje: "porque me buscaréis de todo vuestro corazón." La cuestión planteada en el texto del cuándo, es decir, de lo que parecía ser el ahora, caía pesadamente en mi corazón. Le había dicho al Señor que lo tomaría por su Palabra, que él no podía mentir y que por lo tanto estaba seguro de que había escuchado mi oración y de que él me encontraría.

Después de esto Dios me dio muchas otras promesas tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, y en especial otras de las más preciosas promesas con respecto a nuestro Señor Jesucristo. Jamás podré explicar en palabras, a nadie, cuan preciosas y verdaderas me parecieron sus promesas. Cada una de ellas las tomé como verdades infalibles, las afirmaciones de un Dios que no puede mentir. Más que calar en mi

mente, calaban en mi corazón, para ser puestas al alcance de los poderes voluntarios de mi mente; y me apoderé de ellas, me apropié de ellas y me agarré de ellas como un hombre a punto de ahogarse se agarra de un madero.

Continué así orando, recibiendo y apropiándome de promesas por mucho tiempo, no sé cuánto. De cualquier modo oré hasta que mi mente estuvo tan llena, que cuando me di cuenta ya estaba de pie y camino arriba, hacia el sendero. El hecho de haberme convertido no había ascendido del todo a mi pensamiento, sin embargo a medida que me abría paso entre las hojas y la maleza, recuerdo haber dicho con gran énfasis: "si algún día llego a convertirme, predicaré el evangelio".

Pronto llegué al sendero que conducía a la villa y empecé a reflexionar en lo que había sucedido, y descubrí que mi mente se encontraba maravillosamente quieta y en paz. "¿Qué es esto?" me dije a mi mismo-- "debo de haber contristado al Espíritu Santo de tal manera que se ha apartado de mí por completo. He perdido toda convicción de pecado. Ya no tengo preocupación alguna por mi alma, debe ser que el Espíritu me ha abandonado. ¡Por qué!" continué pensando: "jamás me he sentido tan despreocupado por la salvación de mi alma en toda mi vida". En ese momento recordé lo que le había dicho a Dios mientras estaba en mis rodillas. Recordé que le dije que le tomaría por su Palabra, y de hecho recordé muchas otras cosas que había dicho y llegué a la conclusión de que, por supuesto, el Espíritu me había abandonado. El hecho de que un pecador como yo fuese a apropiarse de la palabra de Dios de esa forma era algo presuntuoso, sino una blasfemia. Concluí que en medio de mi emoción había ofendido al Espíritu Santo, y que tal vez hasta había llegado a cometer el pecado imperdonable.

Caminé en silencio hacia la villa. Mi mente estaba tan perfectamente tranquila que parecía que toda la naturaleza estuviera escuchando. Esto sucedió un diez de octubre, hacía un día muy agradable. Me había internado en la arboleda inmediatamente después de un desayuno muy temprano y cuando regresé a la villa era ya hora del almuerzo. Había estado totalmente inconsciente del paso del tiempo, incluso me parecía que me había ausentado por tan solo un momento. Pero ¿cómo iba yo a explicar la quietud en mi mente? Traté de recordar la convicción de pecado, recuperar el peso del pecado bajo el cual había estado luchando, más toda sensación de pecado, toda conciencia de pecado presente o de culpa me había abandonado. Me dije: "¿qué sucede que no puedo recoger ningún sentimiento de culpa en medio de mi alma, siendo el gran pecador que soy?" Traté en vano de ponerme ansioso por mi estado. Noté que estaba tan tranquilo y en paz que traté de sentir preocupación por ello, pues podía ser simplemente el resultado de haber ofendido al Espíritu. Sin embargo, sin importar de qué forma lo viera, no podía provocar en mí ansiedad alguna por mi alma ni por mi estado espiritual. El reposo en el que se encontraba mi mente era inmensamente grande. Jamás podría describirlo en palabras. No había perspectiva que abordara, ni esfuerzo que pudiera hacer para devolverme el sentimiento de culpa o al

menos la preocupación por mi salvación. La idea de Dios era dulce en mi mente y me había poseído la más profunda tranquilidad. Todo esto era un gran misterio para mí, que sin embargo no me angustiaba ni me tenía perplejo.

Fui a almorzar, pero descubrí que no tenía apetito. Fui entonces a la oficina y encontré que el Lcdo. Wright había salido a almorzar. Tomé mi viola-bajo y, como era mi costumbre, empecé a tocar y a cantar algunas piezas de música sacra. Mas apenas empezaba a tocar y a cantar aquellas sagradas palabras, me puse a llorar. Era como si mi corazón fuera todo líquido, y mis sentimientos estaban en tal estado que no podía escuchar mi propia voz cantando sin que se desbordaran mis sensibilidades. Me asombré por esto y traté de retener las lágrimas, pero no pude. Me preguntaba qué podría estar afligiéndome que me provocara tan fácilmente al llanto. Después de tratar en vano de suprimir las lágrimas, puse mi instrumento a un lado y dejé de cantar.

Después del almuerzo nos involucramos en la mudanza de nuestros libros y muebles a otra oficina. Estuvimos muy ocupados en el asunto y hubo muy poca conversación entre nosotros durante el resto de la tarde. Mi mente continuó en un estado de profunda tranquilidad toda la tarde. En mi alma y en mis pensamientos había una gran dulzura y ternura. Todo parecía ir bien y nada me irritaba o me molestaba en lo más mínimo. Al caer la tarde, el pensamiento de tratar de volver a orar nuevamente apenas estuviera solo me invadió, no iba a abandonar el tema de la religión y rendirme ahora, a cualquier precio y aunque ya no tuviera la preocupación por mi alma, seguiría orando.

Apenas llegada la noche terminamos de acomodar los libros y los muebles, y preparé en la chimenea un gran fuego, con la esperanza de pasar la noche a solas. Cuando empezó a oscurecer el Lcdo. Wright, viendo que ya todo había quedado en su lugar, me deseó buenas noches y se fue a su casa. Yo le había acompañado a la puerta, y al cerrarla y voltearme, mi corazón pareció derretirse dentro de mí. Todos mis sentimientos internos parecían levantarse hasta derramar. La impresión en mi mente era esta: "quiero derramar toda mi alma delante de Dios". Tal era este levantamiento de mi alma que corrí a la sala de consejo, que se encontraba en la parte trasera de la oficina, a orar. Allí no había fuego ni luz, estaba oscuro. Sin embargo a mí me pareció perfectamente iluminada.

Mientras cerraba la puerta de esta habitación, sentí encontrarme con el Señor Jesucristo cara a cara. No se me ocurrió entonces, ni tampoco algún tiempo después, que este encuentro fuera por completo un estado mental. Por el contrario, me pareció encontrarme con él cara a cara y verle tal como podría ver a cualquier hombre. No dijo nada, pero me miró de tal manera que me quebrantó al piso, a sus pies. Desde entonces he considerado esta experiencia como el más sobresaliente estado mental, pues me pareció que realmente Jesús estaba frente a mí y que yo había caído a sus pies derramando ante él toda mi alma.

Lloré en voz alta como un niño, e hice confesiones, las que me permitieron mis entrecortados sollozos. Me pareció bañar sus pies con mis lágrimas, y sin embargo no recuerdo ninguna impresión particular de haberle tocado. Debo de haber continuado en este estado por un buen tiempo, pero mi mente estaba demasiado absorbida con el encuentro como para recordar nada de lo que dije.

Lo que sé es que tan pronto mi mente se tranquilizó lo suficiente como para terminar el encuentro, regresé a la parte del frente de la oficina y encontré que el fuego que había hecho con pedazos grandes de leña estaba casi apagado. Cuando estaba a punto de sentarme junto al fuego, recibí un bautismo poderoso del Espíritu Santo. Sin esperarlo, sin siquiera haber tenido en mi mente la idea de que algo así estaba disponible para mí, sin haber tenido memoria de haber escuchado nunca a nadie en el mundo mencionarlo, en el instante más inesperado por mí, el Espíritu Santo descendió sobre mí en una manera en la que parecía correr a través de mí: de mi cuerpo y de mi alma. Sentí como si una ola de electricidad corriera a través y dentro de mí. De hecho, parecía que el Espíritu fluía en forma de olas - olas de amor líquido. No puedo expresarlo mejor. Sin embargo no era como agua, sino más bien como el aliento de Dios. Puedo recordar especialmente que parecía ventilarme con alas inmensas; y me parecía que estas olas al pasar sobre mí, literalmente movían mi cabellera como lo haría la brisa.

No hay palabras que puedan expresar el maravilloso amor que fue derramado en mi corazón. Me parecía que estaba a punto de estallar. Lloré en voz alta de amor y de gozo, no lo sé pero fue como si literalmente clamé con el clamor inefable de mi mismo corazón. Estas olas venían sobre mí, una tras otra, hasta que recuerdo haber exclamado: "Moriré si estas olas siguen viniendo sobre mí". Le dije al Señor: "Señor, ya no puedo soportarlo más". Sin embargo no tenía miedo de morir.

No sé cuánto tiempo estuve en ese estado, recibiendo este bautismo continuo sobre mí y a través de mí. Sé que fue ya casi al final de la tarde cuando un miembro de mi coro --pues era yo entonces el líder del coro-- vino a la oficina para verme. Este joven era miembro de la iglesia, y me encontró en ese estado de llanto a gran voz y me dijo: "Señor Finney, ¿qué le sucede?" No pude responderle por algún tiempo. Él continuo: "¿Está usted adolorido?" Me sobrepuse lo mejor que pude y le dije: "No, pero estoy tan feliz que ya no puedo vivir".

El hombre se volteó y salió de la oficina, y en breves minutos regresó con uno de los ancianos de la iglesia, cuya tienda se encontraba al cruzar la calle de la oficina. Este era un hombre muy serio; y en mi presencia había sido muy cuidadoso y rara vez le había visto reír. Cuando entró yo estaba prácticamente en el mismo estado en el que me había encontrado el joven que fue a buscarlo. Me preguntó cómo me sentía, y yo empecé a contarle lo sucedido. En lugar de decir nada al respecto el anciano cayó en la

risa más espasmódica. Daba la impresión de que le era imposible dejar de reírse desde el fondo mismo de su corazón. Parecía ser un espasmo irresistible.

Había un joven en mi vecindario que se estaba preparando para la Universidad, con quien yo había llegado a ser bastante íntimo. Luego me enteré que el señor Gale, el ministro, repetidamente le había hablado de la religión y le había advertido acerca de mí, diciéndole que yo era una influencia que podía descarriarle. El señor Gale le había dicho que yo era un joven muy desentendido de la religión, y que a su opinión si él llegaba a asociarse mucho conmigo, su mente podía desviarse y no llegar a convertirse. Después de mi conversión, y de la conversión del joven, él me dijo que le había dicho al señor Gale, en varias ocasiones, cada vez que le había amonestado acerca de su asociación conmigo, que nuestra conversación había tenido en él más efecto, en cuanto a lo religioso, que su predicación. Ciertamente en muchas ocasiones había compartido mis sentimientos con este joven, cuyo nombre era Sears.

Justo en el momento en el que relataba mis sentimientos a este anciano de la iglesia y al otro miembro que le acompañaba, el joven Sears entró a la oficina. Yo estaba sentado de espaldas a la puerta y apenas me fijé cuando entró. De cualquier modo, Sears pasó adelante y escuchó con asombro el relato. Para mi sorpresa el joven cayó al piso y clamó en la más intensa agonía mental: "¡ora por mí!" El anciano de la iglesia y el otro joven se arrodillaron y empezaron a orar por él, y cuando ellos acabaron, yo también oré. Poco después de esto todos se retiraron y me dejaron a solas.

Empecé a preguntarme: "¿por qué el anciano Bond se ha reído tanto? ¿Pensará acaso que estoy loco o alucinando?" Esta pregunta provocó una especie de oscuridad en mi mente y empecé a debatir conmigo mismo si fue o no apropiado que yo--habiendo sido tan terrible pecador, orara por Sears. Sentía como si una nube se hubiera posado sobre mí. No tenía cerca nada sobre lo que pudiera reposar y en poco tiempo me retiré a la cama, no angustiado en mi mente, pero aún sin entender que sucedía en mi estado actual. No obstante del bautismo que había recibido, esa tentación obscureció mi perspectiva de tal modo que me fui a la cama sintiéndome inseguro de haber hecho las paces con Dios.

Me dormí enseguida, pero casi inmediatamente volví a despertar sintiendo el gran fluir del amor de Dios que había en mi corazón. Estaba tan lleno de este amor que no podía dormir. Pronto volví a quedarme dormido y nuevamente desperté de la misma manera. Cuando desperté regresó la tentación, el amor en mi corazón parecía abatirse; mas tan pronto me volvió el sueño, la calidez era tanta en mi interior que volví a despertar. Así continué hasta tarde en la noche cuando pude tener algo de reposo.

Cuando desperté en la mañana ya había salido el sol y había derramado su claridad en mi habitación. No tengo palabras para expresar la impresión que causó en mí su luz. Al

instante el bautismo que había recibido la noche anterior regresó sobre mí de la misma manera. Me arrodillé en mi cama y lloré en voz alta de alegría, y permanecí así por algún tiempo, sobremanera anonadado por este bautismo del Espíritu como para hacer otra cosa que no fuera derramar mi alma delante de Dios. Parecía como si en esta ocasión el bautismo viniera acompañado con un gentil reproche, como si el Espíritu me estuviera diciendo: "¿Vas a dudar? ¿Dudarás?" Clamé: "¡No! No voy a dudar: no puedo dudar". Luego de esto Dios dejó tan claro el asunto en mi mente que me resultaba imposible dudar que el Espíritu Santo hubiera tomado posesión de mi alma.

Fue en este estado en el que se me enseñó la doctrina de la justificación por la fe. Nunca antes esta doctrina había llegado a tomar posesión de mi mente y tampoco la había visto como fundamental en el evangelio. De hecho, ni siquiera tenía idea en absoluto de lo que podría significar en su apropiado sentido. Mas ahora me era posible entender lo que el pasaje "habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo" quería decir. Pude ver que en el momento en el que creí en la arboleda, todo sentimiento de condenación abandonó por completo mi mente, y que a partir de entonces ya no podía sentir culpa o condenación a pesar de todos mis esfuerzos. Mi sentimiento de culpa se fue, mis pecados se fueron, y me sentía tan inocente como si nunca hubiese pecado. Esta era justamente la revelación que necesitaba. Me sentí justificado por la fe; y según lo que podía ver me encontraba en un estado en el que no había pecado. En lugar de sentir que estaba pecando todo el tiempo, mi corazón estaba lleno de amor hasta rebozar. Mi copa se desbordó de amor y de bendiciones, y ya no podía sentir que estuviese pecando contra Dios. Tampoco podía recobrar mi antigua sensación de culpa por pecados pasados. Que yo recuerde, no comenté con nadie acerca de esta experiencia--es decir, esta experiencia de justificación y, según lo que podía ver, de presente santificación.

CAPITULO III

EL INICIO DE MI OBRA Y SU ÉXITO INMEDIATO

En la mañana a la que acabo de referirme me dirigí a la oficina, y allí me encontraba, experimentando el fluir de renovadas y poderosas olas de amor y de salvación a través de mí, cuando llegó el Lcdo. Wright. Le dije unas cuantas palabras acerca del tema de la salvación-- realmente no recuerdo qué exactamente. Él me miró con asombro, pero no recuerdo que haya dicho nada. Bajó la cabeza y después de haberse quedado de pie

por algunos minutos, dejó la oficina. No le di mucho pensamiento a su actitud, pero más tarde supe que mi comentario le había traspasado como una espada, de cuya herida no pudo recuperarse, sino hasta su conversión.

Poco después de que el Lcdo. Wright dejara la oficina, un diácono de apellido Barney entró a verme y me dijo: "Señor Finney ¿recuerda usted que mi causa será juzgada a las diez en punto de esta mañana? Supongo que está preparado." Yo había sido contratado para atender su causa como abogado. Le respondí: "Diácono Barney, He sido contratado por el Señor Jesucristo para defender Su causa. Ya no puedo atender la suya." Él me miró con asombro y me dijo: "¿Qué quiere decir?" Le expliqué, en pocas palabras, que me había enlistado en la causa de Cristo, y le repetí nuevamente que el Señor Jesucristo me había contratado para defender su causa, y que debía buscar otra persona que haga frente a su demanda judicial--yo ya no podía hacerlo. El diácono bajó la cabeza y después de pocos minutos y sin decir nada, salió de la oficina. Poco después, mientras veía pasar al diácono por la ventana, observé que se detuvo en mitad de su camino, como perdido en una profunda meditación y luego se alejó. Supe después que inmediatamente liquidó su demanda y más tarde se entregó a la oración y ascendió a un estado religioso superior, un estado en el que nunca antes había estado.

Pronto salí de la oficina para hablar con aquellos con quienes me era necesario conversar acerca de sus almas. Tenía la impresión --impresión que nunca ha dejado mi mente-- de que debía predicar el evangelio, y de que debía de empezar inmediatamente. De alguna manera sabía que debía de hacerlo. No puedo explicar cómo sabía que debía de predicar el evangelio, como tampoco puedo explicar cómo supe que lo que había recibido era el amor de Dios y el bautismo del Espíritu Santo. De algún modo lo sabía con una certeza que iba más allá de toda duda, o de toda posibilidad de duda. Sabía que el Señor me había dado la misión de predicar el evangelio.

La primera vez que tuve convicción de mi necesidad de salvación, se le ocurrió a mi mente que si alguna vez llegase a convertirme me vería obligado a dejar mi profesión, la cual me gustaba mucho, para ir a predicar el evangelio. Esta idea al principio me fue de tropiezo. Sentía que había hecho demasiados sacrificios e invertido mucho tiempo y estudio en mi profesión, como para ahora pensar en convertirme al cristianismo; si el hacerlo implicaba que estaría obligado a predicar el evangelio. De cualquier forma, finalmente llegué a la conclusión de que debía presentarle la cuestión a Dios. Pensé que, cuando inicié mis estudios de leyes jamás lo hice teniendo en consideración a Dios, y por lo tanto no tenía derecho de ponerle a Él condiciones; así fue que dejé a un lado la idea de ser ministro, hasta que ésta brotó en mi mente, como relaté que ocurrió cuando regresé de orar en la arboleda. Sin embargo, ahora que había recibido el bautismo del Espíritu, estaba más que dispuesto a predicar el evangelio. De hecho

descubrí que no quería hacer ninguna otra cosa. No tenía ya deseo alguno de ejercer el derecho. Todo lo encaminado a mi profesión había quedado atrás y ya no tenía atractivo para mí. Descubrí que mi mente había sido transformada por completo y que dentro de mí una verdadera revolución había tenido lugar. No tenía disposición alguna para hacer dinero. No tenía ni hambre ni sed de placeres mundanos ni de distracciones de ningún tipo. Toda mi mente había sido capturada por Jesús y su salvación. Sentía que nada podía competir con el valor de las almas, y me parecía que no había tarea que pudiera ser más dulce, ni disfrute más grande, que el estar empleado en mostrarle a Cristo a un mundo que agoniza.

Con esta impresión, como ya dije, salí de mi oficina para hablar con cualquiera que me encontrara en el camino. Primero pasé por la tienda de un zapatero, un hombre piadoso y uno de los cristianos, a mi criterio, más entregados a la oración en la iglesia. Lo encontré en conversaciones con uno de los hijos de un anciano de la iglesia que argumentaba en favor del Universalismo. El señor Willard --ese era el nombre del zapatero-- se volteó hacia mí y me dijo: "Señor Finney ¿qué piensa usted de los argumentos de este joven?" a la pregunta le siguió la explicación de lo que el joven había estado diciendo. La respuesta apareció en mi mente tan pronta que en tan solo un momento eché todos sus argumentos al viento. El joven vio que había demolido sus argumentos al instante, y se levantó sin decir nada y salió súbitamente. Pronto noté mientras estaba de pie en medio de la habitación que el joven, en lugar de seguir su camino por la calle, había rodeado la tienda, saltado la cerca y atravesado los lotes en dirección a un bosque. No pensé en aquello hasta la noche, cuando el joven salió del bosque y se mostró como un flamante convertido, narrando su experiencia. Según dijo, había ido al bosque a entregarle su corazón a Dios.

Ese día hablé con muchas personas, y estoy convencido de que el Espíritu de Dios provocó impresiones duraderas en cada una de ellas. No recuerdo el caso de nadie con quien haya hablado ese día que no se hubiera convertido en breve. En la tarde toqué en la casa de un amigo en donde se encontraba un joven que había sido empleado para la destilación de whisky. Habían escuchado que me había convertido al cristianismo, y siendo que en el momento se preparaban para el té, insistieron en que me quedara a compartir con ellos. Las cabezas de familia, tanto el hombre como la mujer, eran profesores de religión. Pero la hermana de la señora, que se encontraba presente, era una muchacha inconversa, y el joven al que me he referido --un pariente lejano de la familia-- era un universalista profeso. Este joven era bastante franco y conversador y poseía mucha energía de carácter. Me senté con ellos a tomar el té y me pidieron que hiciera la bendición. Nunca antes lo había hecho, mas no dude un momento y empecé a pedir la bendición de Dios. Había dicho muy poco cuando el estado de estos dos jóvenes inconversos vino a mi mente, y despertó en mí tanta compasión que estallé en llanto y no pude continuar orando. Todos en la mesa permanecieron en silencio por un breve momento mientras yo continuaba llorando. El

joven empujó su silla y se apresuró a salir de la habitación. Corrió a su cuarto, se encerró y no se le volvió a ver hasta la mañana, cuando apareció expresando una bendita esperanza en Cristo. Por muchos años este joven ha servido como un ministro aprobado de Cristo.

Gran emoción se había creado en la villa en el curso del día, al haberse reportado lo que el Señor había hecho en mi alma. Algunos pensaban esto, otros aquello. Al caer la tarde, sin cita previa, que yo supiera, observé que todo el mundo se dirigía al lugar en donde comúnmente se celebraban las conferencias y las reuniones de oración. Mi conversión había provocado sin duda gran asombro en todos. Supe después que algún tiempo atrás algunos miembros de la iglesia habían propuesto en una reunión que se hiciera de mí un tema particular de oración, pero que sin embargo el señor Gale les había desanimado, diciendo que él no creía que fuera posible que llegase a convertirme. Que por sus conversaciones conmigo había descubierto que yo ya había recibido mucha luz en cuanto al tema de la religión y que estaba muy endurecido. Por lo que, según había dicho, prácticamente se sentía descorazonado, pues al estar yo a cargo del coro y de enseñarle a los jóvenes música sacra, y al estar éstos bajo tanta influencia mía, él dudaba de que alguno de ellos llegase a convertirse mientras yo permaneciera en Adams.

Supe también después de convertirme que algunos de los hombres más impíos del lugar se escudaban tras de mí. Uno en particular, el señor Cable, que era esposo de una mujer piadosa, le había dicho en repetidas ocasiones: "si la religión es verdadera ¿por qué no convierten a Finney? Si ustedes los cristianos pueden convertir a Finney, entonces yo creeré en la religión."

Un viejo abogado de apellido Munson, que se encontraba viviendo en Adams, al escuchar los rumores de mi conversión, dijo que todo era una farsa. Que yo simplemente quería ver a cuántos cristianos podía convencer de mi engaño. De cualquier modo, como de común acuerdo, todo el pueblo se apresuró al sitio de oración. Yo fui también. El señor Gale, el ministro, estaba en el lugar junto a prácticamente toda la gente importante de la villa. Daba la impresión de que nadie estaba listo para dar inicio a la reunión, sin embargo el sitio estaba lleno a capacidad. Sin esperar a que alguien tomara la palabra, yo mismo me puse de pie y empecé a confesar que ahora sabía que la religión era de Dios. Continué narrando porciones de mi experiencia, aquellas partes que consideraba importante relatar. El señor Cable, el hombre que había prometido que si yo me convertía él creería en la religión, estaba presente, al igual que el señor Munson, el viejo abogado. Lo que el Señor me dio la capacidad de decir, parecía impactar a la gente de forma maravillosa. El señor Cable se puso de pie, se abrió paso en medio de la gente y se fue a su casa dejando olvidado su sombrero. El señor Munson también se fue a casa diciendo que yo estaba loco.

Munson dijo: "Finney está hablando en serio, de eso no hay duda, pero que está loco, está claro".

Tan pronto como terminé de hablar, el señor Gale, el ministro, se levantó e hizo una confesión. Dijo que creía que había sido de obstáculo para la iglesia, y luego confesó que había desanimado a la iglesia cuando le habían propuesto orar por mí. También dijo que ese día, cuando escuchó que me había convertido, se apresuró a decir que no lo creía. Dijo que no tenía fe. El ministro fue muy humilde en toda su confesión.

Yo nunca había hecho una oración en público. Pero tan pronto el hermano Gale terminó de hablar, me pidió que orara. Pude orar con holgura y libertad. Esa noche tuvimos una reunión maravillosa, y a partir de entonces mantuvimos reuniones todas las noches por un buen tiempo. La obra se extendió por todas partes. Como yo había sido un líder para los jóvenes, inmediatamente fijé una reunión con ellos, a la cual todos asistieron --esto es, todo el grupo que frecuentaba. Dedicé mi tiempo a la conversión de estos jóvenes, y el Señor bendijo cada uno de los esfuerzos realizados en una forma maravillosa. Uno tras otro fueron entregándole su vida a Dios, y esto con gran rapidez. La obra continuó en medio de ellos hasta que solo una joven del grupo quedó por ser convertida.

La obra se extendió entre todos los grupos, y sé, no solo dentro de la villa sino en todas direcciones. Mi corazón estaba tan lleno que por más de una semana no me sentí inclinado a comer o a dormir. Literalmente me parecía que tenía comida para comer que el mundo no conocía. No sentía la necesidad de comida ni de sueño. Mi mente estaba llena hasta rebozar del amor de Dios. Así estuve por algunos buenos días, hasta que en cierta ocasión, frente al espejo rasurándome, noté mis ojos. Observé que la pupila estaba dilatada, y en ese momento entendí que me era necesario descansar y dormir, o perdería la razón. Desde ese momento puse más cuidado en mis tareas, empecé a comer con regularidad y a dormir tanto como podía.

Descubrí que la palabra de Dios tiene un poder maravilloso; y cada día me sorprendía al descubrir que pocas palabras dichas a un individuo, podían atravesar su corazón como flechas.

Poco después fui a Henderson, donde mi padre vivía, para visitarle. Mi padre era inconverso; en la familia solamente mi hermano menor profesaba la religión. Mi padre me recibió en la puerta y me dijo: "¿Cómo estás Charles?" Le respondí: "Estoy muy bien, padre, en cuerpo y alma. Mas, padre, tu eres un hombre anciano y todos tus hijos han crecido y ya han dejado tu casa --y yo nunca he escuchado una oración en la casa de mi padre." Mi padre bajó el rostro y estalló en llanto, y respondió: "lo sé Charles; entra y ora tú mismo."

Encontré a mi hermano menor adentro de la casa y nos entregamos a la oración. Mi padre y mi madre estaban grandemente conmovidos y poco después de eso ambos se

convirtieron llenos de esperanza. Yo ignoraba que en el pasado mi madre había tenido esperanza en Dios, nadie, que yo sepa, lo supo en la familia. Creo que permanecí en el barrio por dos o tres días y conversé, más o menos, con quienes pude encontrarme. Creo que fue en la noche del siguiente lunes cuando se celebró en el pueblo la velada mensual de oración. Había allí una iglesia bautista que tenía un ministro, y una pequeña iglesia congregacional que no tenía pastor. En sentido general, el pueblo era un basurero moral y para ese tiempo la religión gozaba de poca popularidad. Mi hermano menor asistió a esta velada mensual y luego me dio un recuento de ella. Los bautistas y los congregacionalistas tenían la costumbre de celebrar una Velada Mensual de Unión, pero había muy poca concurrencia y por eso se realizaba en un domicilio privado. En esa ocasión se habían reunido, como de costumbre, en la sala de una casa privada. Unos pocos miembros de ambas iglesias estaban presentes. El diácono de la iglesia congregacional era un anciano delgado, enjuto y ya débil de apellido Montague. Este era un hombre tranquilo en sus caminos y gozaba de buena reputación en cuanto a la piedad; un buen ejemplo del diácono de Nueva Inglaterra. Este diácono estaba presente y le habían designado para dirigir la reunión. Leyó primero un pasaje de las Escrituras, de acuerdo a la costumbre de los congregacionalistas. Luego se cantó un himno y finalmente el diácono Montague se paró detrás de su silla y dirigió a los presentes en oración. Mi hermano dice que el diácono Montague empezó con su oración usual, en una voz grave y débil, pero que pronto empezó a encenderse y a levantar su voz, que se volvió trémula de emoción. Continuó orando cada vez con más fervor, hasta que de pronto empezó a balancear el peso de su cuerpo en las puntas de sus pies y sobre sus talones. Otra vez se ponía de puntillas y luego volvía a sostenerse sobre los talones de tal manera que podía sentirse la vibración en el lugar. Continuó levantando la voz, y siguió levantándose en la punta de sus pies y sobre sus talones con mayor énfasis. Y a medida que el Espíritu de oración le dirigía, empezó a levantar también la silla a la par de sus talones y a dejarla caer nuevamente sobre el piso. Pronto estaba levantando la silla un poco más alto y dejándola caer con mayor énfasis. Continuó haciendo esto y aumentando en intensidad hasta que golpeaba la silla de tal modo que parecía estar a punto de romperla en pedazos. Mientras tanto los hermanos y hermanas, que se encontraban de rodillas, empezaron a gemir, clamar y llorar y a orar con agonía. El diácono continuó en su lucha hasta que estuvo a punto de quedar exhausto. Mi hermano dice que cuando terminó de orar no había nadie en la habitación que pudiese levantarse de sus rodillas. Solo podían llorar y confesar. Todos estaban derretidos delante del Señor. A partir de esta reunión, la obra del Señor se extendió en todas direcciones y por todo el pueblo. Y así es como en ese tiempo se extendió desde Adams, como centro, por casi todos los pueblos en el condado.

Anteriormente hablé acerca de la convicción de pecado en el Lcdo. Wright, en cuya oficina estudié derecho. También narré que mi conversión sucedió en la arboleda a dónde subí a orar. Poco después de mi conversión, se reportaron muchas otras

conversiones en circunstancias semejantes: estas personas habían subido al bosque a orar y allí habían hecho las paces con Dios. Cuando el señor Wright escuchó relatarse estas experiencias una y otra vez en nuestras reuniones, consideró que él poseía una sala de oración y que no iba a subir a la alameda para luego contar la misma historia que tanto había escuchado ya. Se comprometió fuertemente a eso. Aunque la cuestión era algo puramente inmaterial, era sin embargo el punto con el cual su orgullo estaba comprometido, y el que, por lo tanto, le impedía hacer las paces con Dios.

En mi experiencia ministerial he hallado muchos casos semejantes en los cuales el orgullo en el corazón del pecador se abraza y se compromete con alguna cuestión particular, en ocasiones inmaterial en sí misma. En esos casos se debe renunciar a la disputa, o el pecador nunca podrá entrar al Reino de Dios. He conocido personas que por semanas han permanecido en una gran tribulación mental, presionadas por el Espíritu, pero incapaces de hacer progreso alguno hasta que llegan a rendir aquel punto con el que estaban comprometidos. El señor Wright fue el primer caso de esta naturaleza que pude notar. Después de su conversión contó que el asunto venía a su mente con frecuencia cuando estaba orando, y que le fue mostrado que era el orgullo lo que le impedía dar el paso y lo que le retenía de entrar al Reino de Dios. Aún con esto, no estaba dispuesto a admitirlo. Ni siquiera era capaz de admitírselo a él mismo. Trató en todas las formas de convencerse y de convencer a Dios de que él no era orgulloso. En cierta ocasión, según dijo, oró toda la noche en su sala para que Dios tuviera misericordia de él, más en la mañana se sentía aún peor que nunca. Finalmente se enfureció de que Dios no respondiera su oración y sintió la tentación de quitarse la vida. Se sentía tan tentado a usar su cortaplumas para ese propósito, que literalmente tuvo que lanzar la navaja tan lejos como pudo, y como para darla por perdida, para que la tentación no le venciera. Cuenta que una noche, al regresar de una reunión de la iglesia, se sentía tan oprimido por la convicción de su orgullo y por el hecho de que le había prevenido de subir al bosque a orar, que se determinó a convencerse y a convencer a Dios de que él no era un orgulloso. Para eso buscó un charco de lodo en el cual arrodillarse, creyendo que esto le permitiría demostrar que no era el orgullo lo que le impedía ir a la arboleda. Su lucha continuó por varias semanas.

Mas una tarde, mientras estaba sentado en nuestra oficina con una pareja de ancianos de la iglesia, el joven universalista que había conocido en la tienda del zapatero y que se había convertido, entró corriendo y exclamando: "¡el licenciado Wright se ha convertido!" luego procedió a decir: "estaba yendo al bosque a orar, cuando escuché a alguien que se encontraba en el valle gritando en voz muy alta. Me acerqué a la cima de la colina para poder mirar hacia abajo y allí vi al licenciado Wright caminado de un lado al otro y cantando a todo pulmón; cada tanto se detenía y batía las palmas con toda su fuerza y gritaba: '¡me gozaré en el Dios de mi salvación!' luego seguía marchando y cantando nuevamente, se detenía y batía las palmas". Mientras el joven nos contaba lo sucedido, he aquí, vimos al Lcdo. Wrigth bajando de la colina. Cuando

se acercaba a las faldas de la colina, observamos que se encontró con Padre Tucker, un anciano hermano metodista al que llamábamos de esa manera. Wright corrió hacia él y le levantó en brazos. Después de ponerlo nuevamente en el suelo y de una breve conversación, vino rápidamente a la oficina. Cuando entró notamos que sudaba profusamente--el licenciado era un hombre de peso--y enseguida gritó: "¡Tengo a Dios! ¡Tengo a Dios!" Batía las manos con toda su fuerza y luego cayó de rodillas y empezó a darle gracias a Dios. Luego nos contó lo que había estado pasando por su mente, y por qué no había logrado obtener antes esperanza. Dijo que tan pronto como rindió el hecho de no querer ir al bosque, su mente recibió alivio; y que cuando se arrodilló a orar el Espíritu Santo vino sobre él con tal poder que le llenó de sumo gozo, el que resultó en la escena de la que el joven fue testigo. Por su puesto, desde ese momento el Lcdo. Wright tomó una postura decidida por Dios.

Cuando nos acercábamos a la primavera, el celo de los miembros antiguos de la iglesia empezó a menguar. Yo había hecho el hábito de levantarme temprano en la mañana para pasar algún tiempo en oración en la casa de reunión y finalmente tuve éxito en crear interés en un considerable grupo de hermanos, que se reunían conmigo en las mañanas para orar en el lugar. Esto ocurría en una hora muy temprana, y generalmente pasábamos juntos un buen tiempo antes de que hubiera suficiente luz para leer. Yo había persuadido a mi pastor para que atendiera a estas reuniones mañaneras. Sin embargo pronto empezaron a ponerse negligentes; por eso me levantaba a tiempo para ir a rondar sus casas y despertarles. Muchas veces di vueltas y vueltas alrededor de las casas llamando a los hermanos que pensaba eran los más inclinados a asistir y teníamos preciosos encuentros de oración. Aun así me encontré con que los hermanos cada vez estaban más reacios, y esto me trajo mucha tristeza.

Cierta mañana había salido de ronda para despertar a los hermanos, pero cuando regresé a la casa de oración descubrí allí solo a unos cuantos. El hermano Gale, mi pastor, estaba de pie en la puerta cuando volví. Al entrar a la iglesia, súbitamente la gloria de Dios brilló sobre y alrededor de mí de la forma más maravillosa. El día había apenas empezado a clarear, más sin embargo, de golpe, una luz perfectamente inefable brilló en mi alma de tal modo que casi me postró en el suelo. En esta luz me parecía poder ver como toda la naturaleza alababa y adoraba a Dios, menos el hombre. Esta luz era como el brillo del sol en todas direcciones. Era demasiado intensa para mis ojos. Recuerdo haber bajado la vista y caído al suelo en llanto ante el hecho de que la humanidad no alababa a Dios. Creo que supe algo entonces, por medio de la experiencia, de esa luz que postró a Pablo en el camino a Damasco. Era de seguro una luz tan intensa que no me hubiera sido posible resistir por mucho tiempo. Cuando estallé en tremendo llanto el señor Gale, mi ministro, me preguntó: "¿cuál es el problema, hermano Finney?" Yo no le podía responder. Descubrí que él no había visto la luz y que no entendía el porqué del estado de mi mente. Le dije muy poco. Creo que me limité a responder que había visto la gloria de Dios; y que no resistía pensar en la

forma en la que Dios es tratado por el hombre. De hecho no me parecía al momento de la visión de la gloria de Dios, que ésta pudiera ser descrita en palabras. En vez de describirla, la lloré, y la visión, si puedo llamarla una visión, se desvaneció y dejó mi mente en calma.

Cuando era un nuevo cristiano solía tener muchos momentos de comunión con Dios que no podría describir con palabras. No con poca frecuencia estos encuentros parecían terminar con una impresión en mi mente semejante a esta: "vete, y no le digas a nadie". En ese tiempo no entendía el por qué, y en muchas ocasiones no le puse cuidado a esta instrucción, sino que traté de decirle a mis hermanos cristianos acerca de lo que el Señor me había comunicado, o de los momentos de comunión que había tenido con Él. Sin embargo pronto entendí que no debía decirles a mis hermanos lo que sucedía entre mi alma y el Señor. Ellos no podían entenderlo. Se veían sorprendidos y algunas veces, según creo, incrédulos. Pronto aprendí a quedarme callado acerca de estas manifestaciones divinas, o a decir muy poco acerca de ellas.

Solía pasar una gran parte del tiempo orando, a veces, creo yo, "orando sin cesar". Descubrí que esto era muy beneficioso, y me sentí muy inclinado a tener frecuentemente días de ayuno privado. En esos días buscaba estar enteramente a solas con Dios, y por lo general me internaba en el bosque, o iba a la casa de reunión, o a otro lugar en donde pudiera estar completamente a solas. Algunas veces seguí un curso equivocado en el ayuno, e intenté examinarme a mí mismo de acuerdo a las ideas de auto-examinación que tenían mi ministro y la iglesia. Trataba de mirar dentro de mi corazón, es decir, de examinar mis sentimientos; y de llevar mi atención particularmente a mis motivos y al estado de mi mente. Cuando seguía este curso sentía que invariablemente el día terminaba sin haber hecho ningún progreso notable. Luego pude ver con claridad porque sucedía esto. Al desviar mi atención del Señor Jesucristo, como yo lo hacía y llevarla a mi interior para examinar mis motivos y mis sentimientos, provocaba que, por supuesto, todos mis sentimientos disminuyeran. Sin embargo, cuando ayunaba y le permitía al Espíritu poner el curso, y me entregaba a su guía y a su instrucción, esto resultaba grandemente provechoso. Descubría que me era imposible vivir sin disfrutar la presencia de Dios; y si en algún momento una racha de oscuridad venía sobre mí, no podía descansar, no podía estudiar, no podía hacerme cargo de algo sin sentir la más pobre de las satisfacciones y de los provechos, hasta que nuevamente mi alma recuperaba su conexión con Dios.

Siempre me había gustado mucho mi profesión. Pero, como ya dije, una vez que me convertí, todo lo relacionado con ella era para mí se veía opaco, y ya no encontraba satisfacción al atender un negocio jurídico. Me hicieron muchísimas e insistentes invitaciones para dirigir demandas legales, a las cuales me negué de manera uniforme. No me atrevía a confiar en mí mismo en medio de la emoción de la impugnación de

una demanda, y más allá de esto, el negocio de dirigir las controversias de otros me parecía en sí mismo odioso y desagradable.

Durante esos primeros días de mi experiencia cristiana, el Señor me enseñó muchas verdades importantes con respecto al Espíritu de oración. No mucho después de mi conversión, una dama con quien me había hospedado --aunque no estaba hospedado con ella en el momento del relato-- estaba gravemente enferma. La dama no era cristiana, pero su esposo era profesor de religión. El esposo era, por cierto, hermano del licenciado Wright. Una tarde este hombre vino a nuestra oficina y me dijo: "Mi esposa no pasará de esta noche". Esta frase fue como una flecha en mi corazón. Sentí en lo más hondo de mi corazón algo parecido a un calambre que vino sobre mí en forma de una carga que me aplastaba y como un espasmo interno, cuya naturaleza no puedo explicar, pero que trajo consigo un intenso deseo de orar por aquella mujer. La carga era tan tremenda que casi inmediatamente dejé la oficina y me dirigí a la casa de reunión a orar. Allí me esforcé, pero sin poder decir mayor cosa. Solo podía gemir con tan altos y profundos gemidos que me hubieran sido imposibles, de no haber tenido tan terrible presión en mi mente. Permanecí por un tiempo considerable en la iglesia, en este estado y sin haber logrado alivio. Regresé a la oficina, pero no podía quedarme quieto. Solo podía recorrer la habitación y agonizar. Regresé nuevamente a la casa de reunión y pasé por el mismo proceso de lucha. Por algún tiempo traté de elevar mi oración delante del Señor, sin embargo las palabras parecían no poder expresarla. Solo podía gemir y llorar, sin ser capaz de expresar lo que quería en palabras. Volví a la oficina, pero descubrí que continuaba agitado; entonces regrese por tercera vez a la casa de reunión. Esta vez el Señor me dio poder para prevalecer. Él me dio la capacidad de entregarle mi carga; y obtuve la seguridad en mi mente de que aquella dama no moriría, y que de hecho no moriría en sus pecados. Volví a la oficina. Mi mente estaba perfectamente tranquila, y pronto me retiré a descansar. Temprano en la mañana el esposo de la mujer vino a la oficina. Le pregunté cómo estaba su esposa. Él, sonriendo, respondió: "está viva y todo parece indicar que está mejor esta mañana". Yo le dije: "hermano Wright, ella no morirá de esta enfermedad, descanse usted en ese hecho. Además, ella jamás morirá en sus pecados". No sé cómo podía estar tan seguro de eso, simplemente, de alguna manera lo tenía claro y no dudaba de que ella se recuperaría. Le dije eso también. Ella se recuperó y pronto adquirió la esperanza en Cristo. Al principio no comprendí qué ejercicio mental era ese por el cual había pasado. Pero poco después, al narrar la experiencia a un hermano cristiano, él me dijo: "esos fueron los dolores de parto de tu alma". En una breve conversación me señaló ciertas escrituras para ayudarme a entender de qué se trataba.

Tuve una experiencia, poco después de estos sucesos, que ilustra la misma verdad. He hablado de una joven que era parte del grupo de jóvenes que yo frecuentaba que había permanecido inconversa. Ella era miembro del coro del cual yo era líder. Su situación atrajo una buena parte de mi atención, y había mucha conversación entre los

cristianos con respecto al caso de esta dama. La joven tenía un encanto natural y había recibido mucha luz en cuanto a la religión, pero permanecía en sus pecados. Uno de los ancianos de la iglesia y yo acordamos en hacer de esta joven un tema diario de oración--presentando su caso continuamente delante del trono de la gracia mañana, tarde y noche, hasta que se hubiere convertido, hasta que muriera o hasta que nos fuera imposible sostener nuestro pacto. La oración por esta joven mantenía mi mente en gran ejercicio y esto fue aumentando más y más a medida que continuaba rogando por ella. Pronto descubrí que el anciano de la iglesia que había acordado conmigo en esto, estaba perdiendo su espíritu de oración por ella. Sin embargo, esto no me desanimó, sino que continué perseverando con una importunidad en ascenso. También aproveché cada oportunidad para hablar con ella clara e inquisitivamente con respecto de su salvación.

Después de continuar en esta manera por algún tiempo, una noche pasé por su casa justo cuando el sol estaba cayendo. Cuando llegué a la puerta escuché el grito de una voz femenina, forcejeo y confusión dentro de la vivienda. Me quedé parado y esperé a que cesara la pelea. La señora de la casa abrió la puerta. Tenía en la mano una porción de un libro que evidentemente había sido partido en dos. La mujer estaba pálida y agitada y me entregó la porción del libro que tenía en la mano y dijo: "Señor Finney ¿creerá usted que mi hermana se ha convertido en universalista?" La señora de la casa era, por cierto, la hermana de la joven por la cual estábamos orando. Al examinar el libro noté que era un texto escrito en defensa del universalismo. La señora había detectado a su hermana leyéndolo--algo que hacía en secreto--y trató de quitárselo y lo que yo había escuchado fue la pelea por el libro. Supe que me habían visto llegar a la puerta cuando la pelea se produjo. La joven había subido corriendo las escaleras con la parte del libro que había quedado en su mano. Después de haber recibido esta información en la puerta no quise entrar. El hecho me golpeó muchísimo, tal como me impactó el anuncio de que la dama enferma estaba a punto de morir. Estaba cargado de gran agonía. Cuando llegué a mi habitación, que estaba a alguna distancia de la casa, sentí casi como si tambaleara bajo el peso de la carga que había en mi mente. Fui a mi cuarto y allí luché, gemí y agoniqué, pero no podía plantear mi caso delante de Dios en palabras. Solo podía hacerlo con gemidos y lágrimas. Estaba tan impactado por el hecho de que la joven, en lugar de convertirse al cristianismo, se estuviera volviendo universalista que no lograba abrirme paso con mi fe para agarrarme de Dios con respecto a su caso.

Me parecía que algo oscuro colgaba sobre la cuestión y que una pared se había levantado entre Dios y yo, con respecto a la salvación de esa joven mujer. Aún con esto, el Espíritu de oración se batía dentro de mí con gemidos indecibles. De cualquier modo, fui obligado a retirarme esa noche sin haber prevalecido. Sin embargo, apenas brilló la mañana me desperté, y mi primer pensamiento fue buscar al Dios de la gracia en favor de la joven. Inmediatamente me levanté y me puse de rodillas. Tan pronto

estuve en mis rodillas la oscuridad cedió, y todo el asunto se abrió en mi mente e inmediatamente levanté mi ruego, Dios dijo: "¡Sí! ¡S!". Si me hubiera hablado en una voz audible, ese "¡sí! ¡S!" no hubiera sido tan distintivamente comprendido y escuchado como el que fue hablado en mi alma. Este "sí" alivió en seguida toda mi solicitud. Al instante mi mente fue llena de la paz y el gozo más grandes; y tuve completa certeza en mi mente de que su salvación estaba asegurada.

Sin embargo, hice una inferencia equivocada con respecto al tiempo, que por cierto, no fue algo que llegara a mi mente en el momento de mi oración. Yo esperaba que la joven se convirtiera inmediatamente, sin embargo no fue así. Ella continuó en sus pecados por varios meses. En su momento tendré oportunidad de hablar acerca de su conversión. De cualquier modo, en el momento me sentí decepcionado al no ver que se convirtiera inmediatamente; y tenía cierta duda de realmente haber prevalecido para con Dios a su favor.

Poco después de mi conversión, el hombre con quien había estado interno por algún tiempo se encontraba experimentando una profunda convicción de pecado. Él era un magistrado y uno de los hombres más importantes del lugar y además había sido electo miembro de la legislatura del estado. Yo oraba a diario por él y le urgía a entregarle su corazón a Dios. Su convicción se hizo muy honda, pero aun así, día tras día difería su sumisión, y no obtenía la esperanza en Cristo. Mi solicitud por él aumentaba. Cierta tarde, varios de sus amigos políticos mantuvieron una reunión prolongada con él. Al caer la tarde de ese mismo día intenté nuevamente presentar su caso delante de Dios, puesto que la urgencia por la salvación de este hombre era grande en mi mente. En mi oración me había acercado mucho a Dios. No recuerdo haber gozado jamás de tal intimidad con el Señor Jesucristo como durante ese tiempo. De hecho, su presencia era tan real que me bañaba con lágrimas de gozo, de gratitud y de amor. Estando en este estado mental intenté orar por mi amigo, mas al momento de hacerlo mi boca fue cerrada. Me resultó imposible orar siquiera una palabra a su favor. Parecía que el Señor me estuviera diciendo: "No; no voy a escuchar". Una angustia se apoderó de mi mente. Al principio pensé que se trataba de una tentación. Sin embargo sentía que Dios me estaba cerrado la puerta en la cara. Era como si el Señor me estuviera diciendo: "No me hables más del asunto". Esto me dolió más allá de lo que es posible expresar. No sabía qué hacer. A la mañana siguiente vi a mi amigo en cuestión e inmediatamente toqué el tema de su sumisión a Dios. Él me respondió: "Señor Finney, no quiero saber más del tema hasta mi regreso de la legislatura. Estoy comprometido con mis amigos políticos para llevar a cabo ciertas medidas en la legislatura que son incompatibles con mi inmediata conversión al cristianismo; y he prometido que no atenderé este tema hasta que haya regresado de Albania."

Desde el momento de mi ejercicio de oración la noche anterior ya no tenía Espíritu de oración por él y tan pronto como él me dijo lo que había resuelto, entendí lo que había

sucedido. Su convicción se había ido, y el Espíritu de Dios le había dejado. A partir de entonces se volvió más indiferente y endurecido que nunca. Cuando llegó el momento fue a la legislatura y regresó en la primavera convertido en un universalista casi demente. Digo casi demente, porque en vez de haberse formado una opinión en base a la evidencia o al curso de un argumento, me dijo lo siguiente: "He llegado a esta conclusión, no porque haya encontrado tal enseñanza en la Biblia, sino porque la doctrina del universalismo es totalmente contraria a la mente carnal. Es una doctrina generalmente tan rechazada y objetada, como para probar que resulta detestable para la mente carnal o inconversa". Esto fue sorprendente para mí. Todo lo demás que pude obtener de él fue tan loco y absurdo como eso. El permaneció en sus pecados y finalmente cayó en decadencia, y murió como un hombre arruinado y en plena fe en su universalismo, según me fue dicho.

CAPITULO IV

MI PRIMERA CONTROVERSIA DOCTRINAL CON MI PASTOR Y OTROS EVENTOS EN ADAMS

Poco después de mi conversión me reuní con mi pastor y tuve una larga conversación con él acerca de la Expiación. Mi pastor había estudiado en Princeton, y por su puesto sostenía la perspectiva de la "expiación limitada"--esto es, que la expiación se hizo en favor de los escogidos y que no estaba disponible para nadie más. La conversación duró casi medio día. El ministro sostenía que Cristo sufrió por los escogidos la pena literal de la ley divina --o sea, que sufrió justo lo que cada uno de los escogidos adeudaba de acuerdo a la justicia retributiva. Yo objeté que esto era absurdo, pues en ese caso Cristo habría sufrido el equivalente al sufrimiento eterno multiplicado por el número de escogidos. Por su parte, él insistió que dicha perspectiva era la verdad. Afirmó que Jesús pagó en forma literal la deuda de los escogidos, y que satisfizo completamente la justicia retributiva. Por el contrario, a mí me parecía que Jesús solo satisfizo la justicia pública, y que era eso únicamente lo que el gobierno de Dios pudo haber requerido. Para entonces yo era tan solo un niño en cuanto a la teología, un principiante en la religión y en el aprendizaje bíblico, sin embargo, notaba que el pastor no apoyaba sus perspectivas en la Biblia y así se lo dije. Lo único que yo había leído del tema era mi Biblia, y lo que había encontrado en ella en ese respecto lo había interpretado de la misma forma en la que hubiera entendido tales o similares pasajes en un libro de derecho. Para mí el pastor evidentemente había interpretado aquellos textos en conformidad con alguna teoría establecida de la Expiación. Nunca le había escuchado predicar las perspectivas que sostuvo en nuestra discusión, por lo que sus posiciones me tomaron por sorpresa. Traté de rebatirlas lo mejor que pude. Me atrevo

a decir que mi pastor estaba alarmado de lo que él veía como una obstinación de mi parte. Para mí, la Biblia enseña con claridad que la Expiación se hizo para todos los hombres y no podía aceptar que él la limitara a tan solo una porción de favorecidos. Me era imposible admitir esta postura, pues no veía que él pudiera probarla en la Biblia con justicia. Sus reglas de interpretación no satisfacían mis perspectivas, eran mucho menos precisas e inteligibles a las que me había acostumbrado en mis estudios de derecho. Tampoco pudo responder satisfactoriamente a las objeciones que le presentaba. Le pregunté si acaso la Biblia no requería que toda persona que escuchara el evangelio se arrepintiera, creyera en el evangelio y recibiera salvación. Él admitió que de hecho la Biblia requería que todos creyeran y fueran salvos. Mas cómo podrían los hombres creer y aceptar una salvación que no había sido provista para ellos. Tan poco acostumbrado como estaba a las discusiones teológicas, recorrimos todo el campo de debate de los teólogos de la antigua y de la nueva escuela en el tema de la Expiación--como luego me enseñaron mis posteriores estudios de teología. No recuerdo haber leído jamás página alguna acerca del tema, excepto aquello que encontré en la Biblia. Nunca, que yo pudiera recordar, había escuchado un sermón o una discusión acerca de la Expiación. A mi modo de ver, era evidente que el señor Gale tenía una filosofía, una teoría que debía mantener a la luz de aquello que él entendía de la Biblia.

Esta discusión se renovó con frecuencia y continuó durante todo el curso de mis estudios teológicos bajo la supervisión de mi pastor. Él expresaba preocupación de que yo no aceptara la fe ortodoxa. Creo que tenía la fuerte convicción de que yo estaba realmente convertido, mas también tenía el fuerte deseo de mantenerme dentro de las estrictas líneas de la teología de Princeton. Estaba convencido en su mente de que yo sería un ministro, y se preocupó de hacerme saber que si de hecho llegaba a convertirme en ministro, el Señor no bendeciría mi obra, y que su Espíritu no daría testimonio de mi predicación, a menos que yo predicase la verdad. En eso estábamos de acuerdo. Mas este no me parecía que fuere un fuerte argumento a favor de sus puntos de vista, pues también me informó--no en conexión con esta conversación en cuestión--que no sabía si alguna vez realmente había sido instrumental en la conversión de un pecador. Yo nunca le había escuchado predicar particularmente sobre el tema de la Expiación, e incluso creo que tenía temor de presentarle sus puntos de vista a la congregación. Estoy seguro de que su iglesia no hubiera abrazado su perspectiva de una Expiación limitada. Después de esto tuvimos conversaciones frecuentes, no solo del asunto de la Expiación, sino también acerca de varias cuestiones teológicas, de las cuales ya podré referirme con más detalle en lo posterior.

He dicho que en la primavera de ese año los antiguos miembros de la iglesia empezaron a disminuir en involucramiento y en celo por Dios. Esto me entristecía grandemente a mí y a los nuevos convertidos en general. Para este tiempo leí en un periódico un artículo cuyo titular versaba "Un avivamiento reavivado". En sustancia, el

artículo decía que en cierto lugar se había producido un avivamiento durante el invierno; que éste había decaído en la primavera, y que gracias a la oración persistente en favor de un derramamiento continuo del Espíritu, el avivamiento había sido revivido poderosamente. Este artículo me provocó a un diluvio de llanto. Para ese momento me estaba hospedando con el señor Gale y le llevé el artículo. Yo estaba tan abrumado por la sensación de la bondad divina que escucha y responde oraciones y por la seguridad de que Dios oíría y daría respuesta a nuestras oraciones por el avivamiento de su obra de Adams, que fui por la casa llorando en voz alta como un niño. El señor Gale parecía sorprendido por mis sentimientos y mi expresa confianza en que Dios reavivaría su obra. En él el artículo no dejó la impresión que dejó en mí.

En la siguiente reunión que tuvimos con los jóvenes propuse que observásemos tiempos de oración en nuestros closets en favor del avivamiento de la obra de Dios-- que oráramos al amanecer, al medio día y en el ocaso en nuestros closets durante una semana, después de la cual nos reuniríamos nuevamente para ver qué más debía de hacerse. Ningún otro medio fue usado para el avivamiento de la obra. Mas el Espíritu de oración inmediatamente se derramó de forma maravillosa sobre los jóvenes convertidos. Antes de que acabara la semana, supe que algunos de ellos, cuando fueron a observar este tiempo de oración, perdieron sus fuerzas, y eran incapaces de levantarse de sus rodillas dentro de sus closets y que algunos de ellos se tendían postrados en el suelo y clamaban con gemidos indecibles por el derramamiento del Espíritu de Dios. El Espíritu se derramó, y antes de que la semana terminara, todas las reuniones estaban copadas de gente y había tanto interés en la religión como creo que lo hubo en todo el tiempo del avivamiento. Mas lamento decir que se cometió un error, o más bien debo decir que se cometió un pecado por parte de los miembros más antiguos de la iglesia que luego les desembocó en un gran mal. Como supe posteriormente, un número considerable de los miembros antiguos se resistieron a este movimiento de los nuevos convertidos. Estaban celosos del movimiento, no sabían qué hacer con él y sentían que los jóvenes eran demasiado atrevidos y que estaban muy desubicados al ser tan audaces y urgir tanto a los mayores de la iglesia. Esta postura terminó contristando al Espíritu de Dios. Después de que salí de Adams, el estado de la religión fue de bajada. El hermano Gale, el ministro, pronto fue retirado del pastado, pues estaba mal de salud. Se fue al oeste, al estado de Oneida en Nueva York y se retiró en una granja, para ver si se recuperaba.

No fue mucho después de esto que empezó a existir alienación en medio de los miembros mayores de la iglesia, la que finalmente resultó en un gran mal para aquellos miembros que se permitieron resistir el avivamiento. Los jóvenes se mantuvieron bien. Hasta lo que sé, los convertidos casi en su mayoría, se mantuvieron constantes y han sido cristianos eficientes.

En la primavera de ese año me puse al cuidado del presbiterio como candidato a ministro del evangelio. Algunos de ellos me urgieron a ir Princeton para estudiar teología, pero no accedí. Cuando me preguntaron por qué no iría a Princeton, les dije que mis circunstancias financieras no me lo permitían, lo cual era verdad. Entonces dijeron que ellos se ocuparían de que mis gastos fueran cubiertos. Aun así me rehusé. Entonces me urgieron a darles las razones y simplemente les dije que no me pondría bajo la influencia en la que ellos habían estado; que estaba convencido de que habían sido incorrectamente educados y que no eran ministros que cumplieran con el ideal de lo que yo entendía que un ministro de Cristo debía de ser. Me fue difícil decirlo, mas era la única manera de ser honesto. Señalaron a mi pastor, el señor Gale, como superintendente de mis estudios. Él puso a mi disposición su biblioteca y dijo que daría la atención que fuera necesaria para la totalización de mis estudios teológicos. Pero mis estudios, en lo que respecta al hecho de que él fuera mi maestro, fueron poco más que polémicos.

El señor Gale sostenía la doctrina presbiteriana del pecado original, o de que la constitución humana estaba moralmente depravada. También sostenía que el hombre era completamente incapaz de cumplir con los términos del evangelio, de arrepentirse, creer, o de hacer nada de lo que Dios requería. Creía que aunque los hombres eran libres con respecto a toda clase de maldad, es decir, en el sentido de estar en capacidad de cometer cualquier pecado, no eran libres para con cualquier cosa que fuera buena. Que Dios había condenado al hombre por su naturaleza pecaminosa, y además le condenaba por sus transgresiones haciéndole merecedor de muerte eterna, y de maldición. También sostenía que las influencias del Espíritu de Dios en la mente de los hombres eran físicas, y que actuaban directamente sobre la sustancia del alma. Los hombres eran pasivos en la regeneración, y en resumen sostenía todas esas doctrinas que lógicamente se desprenden del hecho de una naturaleza pecaminosa en sí misma. Yo no podía recibir estas doctrinas. No podía recibir sus posturas en cuanto a la Expiación, la regeneración, la fe, el arrepentimiento, la esclavitud de la voluntad, ni ninguna otra de las doctrinas afines. Sin embargo él era bastante tenaz con estas doctrinas, y a veces se veía no poco impaciente de que no las recibiera sin cuestionamientos. Él solía insistir en que si yo razonaba el tema caería en la infidelidad. Luego me recordaba que algunos de los estudiantes de Princeton se fueron en calidad de infieles por haber razonado el tema, y por no haber aceptado la confesión de fe, y la enseñanza de los doctores de la escuela. Más allá de eso me advirtió repetidamente, y muy sentidamente, que nunca llegaría a ser útil como ministro a menos que abrazara la verdad, esto es, la verdad que él creía y enseñaba. Yo estaba seguro de mi disposición a creer las enseñanzas que encontraba en la Biblia, y así se lo manifesté. Teníamos muchas discusiones prolongadas, y comúnmente regresaba de su estudio grandemente deprimido y desanimado, y diciéndome a mí mismo: "No puedo abrazar estas perspectivas pase lo que pase. No puedo creer que sean lo que la Biblia enseña". Muchas veces estuve a punto de abandonar los estudios para ministro.

Solo había una persona en la iglesia a quien le había abierto mis pensamientos con libertad acerca del tema, el anciano Hinman, un hombre de oración y muy piadoso. Él había sido educado en las perspectivas de Princeton, y sostenía fuertemente las altas doctrinas del calvinismo. Sin embargo, a medida que conversábamos con frecuencia y largamente, quedó convencido de que yo estaba en lo correcto, y frecuentemente me buscaba para tener periodos de oración juntos, para fortalecerme en mis estudios y en mis controversias con el hermano Gale, y para afirmarme, cada vez más, en que pase lo que pase, predicaría el evangelio. Varias veces se quedó conmigo cuando me encontraba en un estado de gran depresión, después de estudiar con el hermano Gale. En esos períodos me acompañaba a mi habitación--a veces hasta muy entrada la noche--para clamar a Dios por luz y fortaleza, y por fe para aceptar su perfecta voluntad. Este anciano de la iglesia, de edad avanzada, vivía a más de tres millas de distancia de la villa, y con frecuencia se quedaba conmigo hasta las diez u once de la noche, para luego irse caminando a casa. ¡Oh, aquel amado anciano! Tengo razones para creer que oró por mí hasta el último de sus días. Después de que entré al ministerio, y de que se levantara contra mi prédica gran oposición, él me dijo: "Oh, mi alma está tan cargada que oro por usted día y noche. Más estoy seguro de que Dios le ayudará. Continúe, continúe hermano Finney, el Señor le libraré."

Cierta tarde el señor Gale y yo tuvimos una larga conversación acerca de la expiación cuando llegó la hora de dirigirnos a la reunión con la congregación. Continuamos nuestra conversación en el tema hasta que llegamos a la casa de reunión. Como habíamos llegado temprano, y muy pocas personas estaban en el lugar, continuamos hablando. La gente siguió llegando y a medida que pasaban al lugar se sentaban y escuchaban lo que decíamos con gran atención. Nuestra discusión era fervorosa, aunque confío que conducida por el espíritu cristiano. El interés crecía en la gente a medida que más personas llegaban y escuchaban. Cuando dijimos que ya era tiempo de ponerle fin al tema para dar comienzo a la reunión, nos rogaron insistentemente que sigamos con el diálogo y que permitamos que éste se convirtiera en la reunión. Así pasamos toda la velada, creo yo, para satisfacción de los presentes y confío también, que para su edificación en algunos de aquellos puntos.

Después de haber estudiado teología por algunos meses, y de que la salud del señor Gale le impidiera predicar, un ministro universalista llegó a la villa y empezó a promulgar sus objetables doctrinas. La porción de la comunidad que se mantenía impenitente se veía muy dispuesta a escucharle, y finalmente el interés creció tanto en la gente que un gran número de personas parecían estar confundidas en su mente en cuanto a las perspectivas que comúnmente recibían de la Biblia. Estando las cosas así, el señor Gale y otros ancianos de la iglesia quisieron que me dirigiera al pueblo con respecto al tema, y viera si me era posible responder a los argumentos del universalista. Los mayores esfuerzos del universalista estaban orientados, por su puesto, a demostrar que el pecado no merece castigos eternos. Arremetió contra la

doctrina del castigo eterno, calificándola de injusta, infinitamente cruel y absurda. Afirmaba que Dios era amor, y cuestionaba cómo era posible que un Dios de amor castigara al hombre eternamente. Una noche, en una de nuestras reuniones me puse de pie y dije: "El predicador universalista sostiene doctrinas que son nuevas para mí, y que considero que no son enseñadas en la Biblia. Mas voy a examinar el tema y si no puedo demostrar que sus posturas son falsas, yo mismo me convertiré al universalismo."

Luego señalé una reunión para la semana siguiente, tiempo en el cual propuse llevar a cabo una lectura en oposición a las perspectivas del universalista. Se puede decir que los cristianos estaban alarmados de mi osadía, al haber afirmado que me haría universalista si no me era posible probar la falsedad de sus doctrinas. Por mi parte, yo me sentía seguro de poderlas rebatir. Cuando llegó la noche señalada la casa de reunión estaba llena a capacidad. Empecé con la cuestión de la justicia del castigo eterno, y la discutí a lo largo de esa reunión y de otra al día siguiente. Con esto quedó esclarecido el dilema de la justicia del castigo eterno, creo yo, para la satisfacción general de todos los que se encontraban presentes. Escuché por todas partes que el curso de los argumentos presentados había sido conclusivo, y la gente se preguntaba por qué el señor Gale no había discutido antes el tema y protegido así a la gente del universalismo.

El mismo universalista notó que la gente se había convencido de que él estaba en un error, entonces tomó otra dirección. El señor Gale, y con él su escuela de teología, sostenían que la expiación de Cristo había sido un pago literal de la deuda de los elegidos, el sufrimiento de justo aquello que los elegidos merecían sufrir; para que de esta manera los escogidos fueran salvos en base a los principios de la justicia exacta, así Cristo había cumplido totalmente con las demandas de la ley, en lo que respecta a los escogidos. El universalista se aprovechó de esto, asumiendo que esa era la verdadera naturaleza de la Expiación. Ahora solo debía probar que la Expiación se había hecho para todos los hombres, y luego podría probar que todos los hombres iban a ser salvos, pues la deuda de toda la humanidad había sido literalmente pagada por el Señor Jesucristo; y por lo tanto gracias a la Expiación el universalismo tendría como base la justicia, pues Dios no podría castigar aquellos cuya deuda ya había sido cancelada. Pude ver, y la congregación conmigo--aquellos que entendían la postura del señor Gale--que el universalismo había arrinconado a nuestro ministro. Pues era sencillo probar que la expiación se había hecho en favor de todos los hombres; y si la naturaleza y el valor de la Expiación estaban de acuerdo con la perspectiva del señor Gale, la salvación universal era el resultado ineludible. Esto volvió a desviar a la gente. El señor Gale me mandó a llamar y me pidió que diera respuesta a las posturas del universalista. Gale dijo que sabía que la cuestión acerca de la justicia del castigo eterno había quedado clara, pero que ahora yo debía responder a los argumentos universalistas en base al evangelio. Le respondí: "señor Gale, no puedo hacer lo que

me pide sin contradecir y echar a un lado sus perspectivas del tema. Con su postura acerca de la Expiación no es posible dar respuesta al universalista. Pues si realmente usted tuviera la perspectiva correcta, la gente podría ver con facilidad que la Biblia prueba que Cristo murió por todos los hombres, por todo el mundo pecador; y por lo tanto, a menos que usted me permita barrer sus perspectivas de la expiación por completo, no puedo decir nada en absoluto". Gale respondió: "bien, nunca sería apropiado dejar la cosa como está. Diga lo que le plazca, solo vaya y respóndale a su manera. Si encuentro necesario predicar acerca de la Expiación, me veré obligado a contradecirlo". "Muy bien"--le respondí--"permítame mostrar mis posturas y podré responderle al universalista, y usted podrá decirle a la congregación lo que desee más adelante". Fijé, entonces, una lectura acerca de los argumentos del universalista hallados en el Evangelio. Ofrecí dos lecturas acerca de la Expiación. En éstas, creo yo, logré mostrar que la Expiación no consistió en un pago literal por la deuda de los pecadores, según afirmaba el universalista. Que la Expiación solo concede salvación a todos los hombres posibles, y que por sí misma no obliga a Dios a salvar a nadie. Por esta razón, no es cierto que Cristo sufrió la justa proporción que merecían sufrir aquellos por quienes murió. Que estas cosas no eran enseñanzas Bíblicas, y que por lo tanto no eran ciertas. Por el contrario, mostré que Cristo murió simplemente para remover un obstáculo insuperable que le impedía a Dios otorgar perdón a los pecadores; y para que él pudiera proclamar una amnistía universal, invitando a todos los hombres a que se arrepintieran, creyeran en Cristo y aceptaran la salvación. Así Cristo, en lugar de estar obligado a satisfacer la justicia retributiva y sufrir justo lo que los pecadores merecían, solo satisfizo la justicia pública, honrando la ley, tanto en su obediencia como en su muerte, haciendo posible que le fuera seguro a Dios perdonar el pecado-- el pecado de cualquier ser humano y de todos aquellos que se arrepintieran y creyeran en Cristo. Sostuve que Cristo, en su Expiación, meramente cumplió con aquello que era una condición necesaria para que el pecado fuera perdonado, y no con algo que pudiera cancelar el pecado, en el sentido de haber pagado en forma literal la deuda de los pecadores.

Con esto se dio respuesta al universalista y se puso fin a cualquier intento o emoción posterior con respecto al tema. El resultado curioso fue que con estas lecturas se aseguró la conversión de la joven por cuya salvación, como lo dije antes, había estado ofreciendo oraciones fervorosas y agonizantes. Esto causó gran asombro en el señor Gale, pues quedó manifiesto que el Espíritu de Dios había bendecido mis posturas acerca de la Expiación, pues él había insistido con urgencia que Dios no iba a bendecir mis perspectivas en el tema. Creo que esto lo impulsó muchísimo a considerar si estaba o no en lo correcto en sus creencias de la Expiación. Pude ver en las conversaciones con él que estaba muy sorprendido que mi perspectiva de la Expiación hubiera sido instrumental en la conversión de la joven dama. Al fin y al cabo, después de las grandes luchas en mis estudios teológicos con el señor Gale, el presbiterio finalmente se reunió en Adams para examinarme, y ver si acordaban licenciarme para

la predicación del evangelio. Yo estaba a la espera de grandes dificultades durante mi examen, sin embargo me encontré con mucha apertura. La bendición manifiesta en mis conversaciones, mis enseñanzas acerca de la oración y mis conferencias en nuestras reuniones, y también las lecturas de las que he hablado, en mi forma de ver, les llevaron a ser más prudentes de lo que hubieran sido al encarar una controversia conmigo. Evitaron, en el curso del examen, hacer cualquier tipo de preguntas que pudieran provocar respuestas que pusieran en conflicto mis perspectivas con las suyas.

Una vez que me hubieron examinado votaron unánimemente para concederme licencia para predicar. Para mi sorpresa me preguntaron si había recibido la confesión de fe de la iglesia presbiteriana. Yo no había examinado esta confesión--esto es, el largo documento que contenía el catequismo y la confesión presbiteriana. Esto no había sido parte de mis estudios. Respondí que, según lo entendía, la había recibido en la sustancia de la doctrina. Mas lo dije en una forma, según creo, en la que quedaba implícito que no pretendía conocer mucho acerca de ella. De cualquier modo, contesté con honestidad, según lo que hasta ese momento estaba claro para mí. También escucharon los sermones de prueba que había escrito en base a textos que me habían sido dados por el presbiterio, y repasaron todos los detalles que eran normales en ese tipo de examen.

En esta reunión con el presbiterio vi por primera vez al reverendo Daniel Nash, a quien generalmente se le conocía como el "Padre Nash". Él era miembro del presbiterio. En Adams, una gran multitud se había congregado para escuchar mi examen. Yo llegué un poco tarde y vi a un hombre en el púlpito. Suponía que le hablaba a la congregación. A medida de que entré observé que me miró y que miraba al resto de las personas que ingresaban al lugar mientras recorrían los pasillos. Cuando llegué a mi asiento y me dispuse a escuchar noté que estaba orando. Observé con sorpresa cómo miraba a la gente, como si se estuviera dirigiendo a ellos, cuando realmente estaba orando a Dios. Por su puesto, para mí sus palabras no se oían como una oración. De hecho en ese momento él se encontraba en un estado bastante frío y apóstata. He mencionado al Padre Nash en esta ocasión porque también más adelante me referiré a él.

En el Sabbath siguiente a mi licenciatura prediqué para el hermano Gale. Cuando terminé y bajé del púlpito me dijo: "Señor Finney, me dará mucha vergüenza que se sepa en donde quiera que usted vaya que estudió teología conmigo". Este comentario era típico de él, y muy semejante a los que me hacía con frecuencia, por lo que hice poco o ningún comentario. Bajé la cabeza desanimado y me marché. Más adelante Gale llegaría a ver el asunto muy diferente y aún me diría que bendecía al Señor porque en medio de todas nuestras controversias y de todo lo que me había dicho, no había tenido la menor influencia para cambiar mis perspectivas. Llegó a confesar su error con franqueza en cuanto a la forma en la que me había tratado y hablado, y dijo también que si le hubiera escuchado me habría arruinado como ministro.

El hecho es que la educación del hermano Gale para mi preparación como ministro fue por completo defectuosa. Gale estaba embebido en un conjunto de opiniones, tanto teológicas como prácticas, que le eran como una camisa de fuerza. De poco o nada le hubiera servido el exponer los principios que abrazaba. Tuve que hacer uso de su Biblioteca y escudriñarla de arriba abajo en las cuestiones teológicas en las que iba a examinárseme; y mientras más examinaba los libros, más insatisfecho me sentía. Estaba acostumbrado a los razonamientos lógicos y conclusivos de los jueces que encontraba documentados en los libros de derecho. Sin embargo cuando acudía a la biblioteca de Gale, una biblioteca de la vieja escuela, para mi insatisfacción, no encontré casi nada probado. Estoy seguro de que esto no se debió a que yo estuviera opuesto a la verdad, pero sí estaba insatisfecho de que sus posiciones no fueran razonables o tuvieran un sustento aceptable. Con frecuencia me parecía que establecían algo, mas probaban otra cosa, y muchas veces se quedaban cortas en demostrar lógicamente cosa alguna. Finalmente le dije al señor Gale: "Si no hay nada mejor que yo pueda encontrar en su Biblioteca para sustentar las grandes doctrinas enseñadas por nuestra iglesia, entonces debo convertirme en infiel". Yo siempre he creído que si no hubiera sido el Señor mismo quien me llevó a ver la falacia de esos argumentos y la manera en la que la verdad debe ser establecida a partir de la Biblia, y si no se me hubiera revelado Él mismo de manera personal de tal forma que no pudiera dudar de la verdad de la religión cristiana, hubiera estado forzado a declararme infiel.

Al principio, siendo que yo no era un teólogo, mi actitud con respecto a las peculiares perspectivas de mi pastor era más bien de rechazo o de negación y no de oposición a ninguna de sus perspectivas positivas. Lo que le decía era: "sus perspectivas no han sido probadas." También le decía con frecuencia: "sus puntos de vista no son susceptibles a prueba". Así lo pensaba entonces y aún lo creo ahora. Sin embargo él insistía en que yo no debía diferir de las opiniones de tan grandes y piadosos hombres, quienes después de mucha consulta y deliberación, habían llegado a tales conclusiones. Que era impropio de mí, un joven educado en leyes y sin educación teológica, oponerme a las perspectivas de aquellos grandes hombres y profundos teólogos cuyas opiniones yo había encontrado en su biblioteca. Gale insistía en que si yo persistía en satisfacer mi inteligencia en esos puntos por medio de argumentos, debería ser un infiel; y en que yo debía aceptar estas opiniones, porque eran opiniones de hombres que sabían mucho más que yo. El creía que las decisiones de la Iglesia debían de ser respetadas por los jóvenes como yo, y que yo debía de rendir mi propio razonamiento a la de aquellos que tenían una sabiduría superior. No puedo negar que había una fuerte presión, pero aun así me encontraba supremamente incapaz de aceptar esas doctrinas como dogmas. Cuando trataba de aceptar estas doctrinas como dogmas, simplemente no podía hacerlo. No podía hacerlo de forma honesta; no me hubiera sido posible respetarme a mí mismo si lo hubiera hecho. A menudo, después de despedirme del señor Gale, iba a mi habitación y pasaba largo rato en mis rodillas

con mi Biblia. En esos días de controversia solía leer mucho la Biblia de rodillas, suplicándole al Señor que me enseñara su mente con respecto a esos temas. No tenía otro lugar a dónde ir sino a mi Biblia y a la filosofía de mi mente o a la forma en que ésta opera, según se me revelaba estando consciente. Mis perspectivas fueron tomando un tipo positivo lentamente. Primeramente, me encontré a mí mismo incapaz de recibir los peculiares puntos de vista de Gale. Segundo, gradualmente fui formando perspectivas propias en oposición a las otras. Fui abrazando perspectivas que para mí estaban inequívocamente enseñadas en la Biblia.

Más debo decir que no solo fueron sus perspectivas teológicas las que atrofiaron la efectividad del señor Gale, sino también sus perspectivas prácticas que eran igualmente erróneas. Por eso le profetizó a mis perspectivas toda clase de mal. En primer lugar, dijo que el Espíritu de Dios no aprobaría o colaboraría con mis obras; segundo, que si me dirigía a las personas, como era mi intención hacerlo, no me escucharían y que se apartarían de mí; tercero, que si acudían a mis prédicas por un corto tiempo, pronto se disgustarían y mi congregación se desintegraría; cuarto, que a menos que escribiera mis sermones pronto me haría obsoleto y poco interesante y perdería la atención de la gente; y quinto, que dividiría y dispersaría a la congregación en vez de edificarles en cualquier lugar en donde predicara. De hecho encontré que sus perspectivas eran casi lo opuesto a las que yo entretenía con respecto a todas las cuestiones básicas relacionadas a mi obligación como ministro. No me extraña, como tampoco me extrañó en el momento, que al ministro Gale le chocaran mis perspectivas y propósitos en relación a la predicación del evangelio. Con la educación que él había recibido no podía ser de otra manera. Él era fiel a sus perspectivas y lograba muy pocos resultados. Yo era fiel a las mías, y gracias a la bendición de Dios los resultados eran los opuestos a los que Gale había vaticinado. Cuando este hecho se hizo evidente en mis obras, estremeció por completo su educación práctica y teológica como ministro. Debo mencionar aquí que el resultado de esto fue que sus esperanzas como cristiano quedaron aniquiladas, pero finalmente se convirtió en otro hombre en su calidad de ministro.

Había, sin embargo, otro defecto en la educación del hermano Gale. Un defecto que yo llegué a considerar como fundamental. Si alguna vez se convirtió a Cristo, falló en recibir la unción divina del Espíritu Santo que le hubiera dado poder en el púlpito y en la sociedad para la conversión de las almas. Se había quedado corto al no recibir el bautismo del Espíritu Santo, algo indispensable para el éxito ministerial. Cuando Cristo comisionó a sus discípulos para ir y predicar, les dijo que permanecieran en Jerusalén hasta que recibieran poder de lo alto. Este poder, como todos sabemos, era el bautismo del Espíritu Santo derramado sobre ellos en el día de Pentecostés. Este era un requisito fundamental para el éxito en sus ministerios. No supuse entonces, como tampoco lo supongo hoy en día, que este bautismo consistía simplemente en el poder de obrar milagros. El poder para obrar milagros y el don de lenguas fueron dados como

señales de la realidad de su comisión divina. Mas el bautismo en sí mismo era un purificador divino, que les llenó de fe y amor, de paz y de poder, para que así sus palabras fueran agudas en los corazones de los enemigos de Dios, y fueran prontas y poderosas, como espadas de dos filos. Esta es la cualidad indispensable de un ministro exitoso. Sin embargo esta porción de las calificaciones ministeriales no era poseída por el hermano Gale. Aún me causa mucho dolor y sorpresa el que hasta el día de hoy se exija tan poco esta cualidad en quienes predicán el evangelio en un mundo pecador. Sin la instrucción directa del Espíritu Santo un hombre jamás logrará mucho progreso en la predicación del evangelio. De hecho, a menos que pueda predicar el evangelio a partir de la experiencia, y presentar la religión como un asunto del que está él mismo consiente, sus especulaciones y sus teorías estarán muy lejos de lo que realmente es predicar el evangelio.

He dicho que después de estas cosas el señor Gale llegó a la conclusión de que él mismo no estaba convertido. Si esto fue cierto o no mientras estuve bajo su ministerio, es algo que yo no puedo decir. No dudo, sin embargo, que era un hombre sincero, y un buen hombre en el sentido de haber sostenido sus opiniones con honestidad. Pero había penosos defectos en su educación, tanto en la teológica como en la filosófica, en su educación práctica y especialmente en la espiritual. Carecía de la unción que es siempre esencial en la preparación de un ministro del evangelio. En lo que pude conocer de su estado espiritual, ni siquiera tenía la paz del evangelio mientras estuve bajo su ministerio, y ciertamente tampoco poseía el poder del evangelio. No vaya a pensar el lector por causa de lo que he dicho que yo no amaba o no tenía un gran respeto por el señor Gale. Le amé y le respeté. Hasta lo que sé, él y yo conservamos la más firme de las amistades hasta el día de su muerte. He dicho lo que he dicho con respecto a sus puntos de vista, pues temo que es algo que se aplica a la mayoría de ministros el día de hoy. Creo que sus perspectivas prácticas en su predicación del evangelio, sin importar cuáles sean sus perspectivas teológicas, son muy defectuosas; y que carecen de la unción y del poder del Espíritu Santo, y este es un defecto radical en la preparación de un ministro. Al decir esto mi intención no es censurar, más lo digo como algo que ha estado por mucho tiempo en mi mente, y sobre lo cual, de hecho, siempre he tenido oportunidad de llorar. Al haberme relacionado cada vez más con el ministerio en este y en otros países, me he persuadido de que aún con todo su entrenamiento, disciplina y educación, los ministros son pobres en sus perspectivas en cuanto a la forma más eficaz de presentar el evangelio al hombre, en sus perspectivas en cuanto a adaptar medios para asegurar el fin, y especialmente en su falta de poder en el Espíritu Santo.

Ha hablado largamente de mi prolongada controversia con mi profesor de teología, el hermano Gale. Después de reflexionar creo que me es necesario establecer con más claridad algunos de los puntos sobre los cuales discrepamos ampliamente. No me era posible aceptar esa ficción teológica llamada imputación. A continuación voy a

declarar, lo más claro que pueda, la base sobre la cual él se sostuvo e insistió. En primer lugar, Gale sostenía que la culpa de la primera transgresión de Adán le era literalmente imputada a toda su posteridad; y siendo así todos sus descendientes estaban justamente sentenciados y expuestos a la condenación eterna del pecado de Adán. En segundo lugar, el ministro sostenía que habíamos recibido de Adán, por generación natural, una naturaleza completamente pecaminosa y moralmente corrupta en todas nuestras facultades de alma y cuerpo, de tal modo que somos absolutamente incapaces de hacer ningún acto aceptable a Dios, y necesariamente por causa de esta naturaleza pecaminosa, transgredimos totalmente la ley de Dios en cada acción de nuestras vidas. Él insistía que éste era el estado en el cual todos los hombres habían caído por causa del primer pecado de Adán. Por esta naturaleza pecaminosa, recibida de Adán por generación natural, toda la humanidad merece y está también sentenciada, a condenación eterna. Luego, tercero, en adición a esto, Gale sostenía que todos estamos justamente condenados y sentenciados a maldición eterna por nuestras propias e inevitables transgresiones de la ley. Con lo cual nos hacemos justos merecedores a ser sujetos de triple condenación eterna. Ahora, la segunda parte de esta "maravillosa" imputación sigue así: El pecado de todos los escogidos, tanto el original como el actual--esto es, la culpa del pecado de Adán, en lo que respecta a los escogidos, junto a la culpa de sus propias naturalezas pecaminosas, y la culpa de sus propias transgresiones personales, le son literalmente imputadas a Cristo; y por lo tanto el gobierno divino considera a Cristo como la corporización de todos los pecados y la culpa de los escogidos. Cristo asume la culpa del pecado de Adán que le fue imputado a los escogidos; asume la culpa de su naturaleza pecaminosa, y también la culpa de sus transgresiones personales, y el gobierno de Dios le trata de acuerdo a esto--quiere decir, que el Padre castiga al Hijo en la proporción precisa de castigo que todos los elegidos merecen, incluyendo el merecimiento de la triple condenación que cada persona merece, y esto se multiplica por el número total de los escogidos. Por lo tanto no hay misericordia en salvarles de la penalidad de la ley o en su perdón, pues la deuda de los escogidos ha sido completamente pagada con el castigo de Cristo, y los elegidos ahora son salvos en base a los principios de la justicia exacta.

La tercera rama de esta ficción teológica es la siguiente: Primero, la obediencia de Cristo a la ley divina le es literalmente imputada a los escogidos, para que en Él sean considerados como si siempre hubieran obedecido la ley en forma perfecta. En segundo lugar, la muerte de Cristo por ellos también le es imputada a los elegidos, para que en Él ellos también sean considerados como si hubieran sufrido todo lo que merecían por causa del pecado de Adán que les fue imputado, por su naturaleza pecaminosa y también por todas sus transgresiones personales. Tercero, en consecuencia, para su seguridad los elegidos han primero obedecido la ley de forma perfecta, y luego en y para su seguridad han sufrido la completa penalidad a la que fueron sujetos en consecuencia de la culpa de Adán que les fue imputada, y también por la culpa de su naturaleza pecaminosa, y por todo lo que se les podría culpar por

sus transgresiones personales. Así han sufrido en Cristo tal como si no hubieran obedecido en Él la ley. Primero Cristo obedece la ley de forma perfecta por ellos, y su obediencia les es imputada de forma estricta de tal manera que ahora los elegidos son considerados por el gobierno de Dios como si hubiesen cumplido completamente con la ley para su propia seguridad; segundo, Jesús sufre la penalidad de la ley en lugar de ellos, tal como si no hubiera obedecido; tercero, después, luego de que la ley ha sido doblemente satisfecha, se requiere que los elegidos se arrepientan como si no hubiera tenido lugar la satisfacción de la ley; cuarto, por lo tanto, habiendo recibido el pago completo en dos ocasiones, se declara que la salvación de los elegidos es un acto de gracia infinita. Por lo tanto los escogidos son salvos por gracia sobre los principios de la justicia. Esto es, la gracia primero obedece la ley por los elegidos, luego asume el pago de la deuda, como si nunca se hubiera obedecido, y luego la justicia libera y salva al deudor. Así es que en forma estricta en este sistema no hay gracia, ni misericordia, ni nuestro perdón, sino que toda la gracia de nuestra salvación se encuentra en la obediencia y los sufrimientos de Cristo. De esto se desprende que los elegidos pueden exigir su liberación en base a los requerimientos de la justicia estricta. No necesitan orar por perdón o en arrepentimiento; el hacerlo es un error. Esta inferencia es mía, pero se desprende, como todos pueden ver, irresistiblemente de lo que la confesión de fe afirma: que los elegidos son salvos bajo los principios de la justicia exacta y perfecta.

Me resultó imposible estar de acuerdo con el señor Gale en estos puntos. No podía hacer más que disentir y tratar todo este asunto de la imputación como una ficción teológica, de algún modo relacionada a nuestra ficción legal proporcionada por John Doe y Richard Roe. Sobre estos puntos tuvimos discusiones constantes, en cierta forma, durante todo el transcurso de mis estudios. No recuerdo que el señor Gale haya insistido alguna vez en que la confesión de fe enseñaba en su totalidad estos principios, como lo aprendí después cuando la estudié. No estaba consciente de que las reglas del presbiterio requerían preguntarle a un candidato si aceptaba la confesión presbiteriana de fe. Yo nunca la había leído, y no estaba del todo consciente de que lo único que había hecho el señor Gale en sus discusiones conmigo era defender las enseñanzas puras de la confesión de fe en esos puntos. Tan pronto aprendí las ambiguas enseñanzas de la confesión de fe en estos puntos, no dudé en absoluto en aprovechar toda ocasión pertinente para declarar mi desacuerdo con ellas. Las repudié y las expuse. Siempre que encontré a alguien escondiéndose tras estos dogmas, no dude en demoler sus argumentos lo mejor que pude.

No he caricaturizado esas posiciones del señor Gale, sino que las he presentado con fidelidad, y como pude, en el mismo lenguaje en el cual él las defendió cuando mantuvimos nuestra controversia. Él no pretendía que sus posiciones fueran racionales, o que pudieran tolerar que se les aplicara la razón. Más bien insistió en que mi razonamiento me llevaría a la infidelidad. Por mi parte yo insistí en que la razón nos

fue dada con el propósito mismo de capacitarnos para justificar la manera de Dios, y que ninguna ficción de imputación puede ser de forma alguna verdadera. Por su puesto, hubo muchos otros puntos muy relacionados a los ya mencionados sobre los cuales también nos fue necesario discutir, no sin una buena porción de controversia. Sin embargo nuestras controversias siempre volvían al fundamento sobre el cual se levantaban. Si el hombre tiene una naturaleza pecaminosa, entonces la regeneración debe de consistir en un cambio de naturaleza. Si la naturaleza del hombre es pecaminosa, la influencia del Espíritu Santo que debe regenerarle debería de ser una influencia física, no moral. No existe en el evangelio adaptación alguna para el cambio de esta naturaleza y si el hombre realmente la posee, en consecuencia no existiría una conexión entre los medios y el fin en la religión. Más éstas eran las posturas que Gale sostenía con firmeza; y en consecuencia nunca esperaba--o ni siquiera intentaba--que se produzca la conversión de alguien en ninguno de los sermones que le escuché predicar. Aún con esto el ministro Gale era un hábil predicador, de acuerdo a los estándares de lo que una predicación debía de ser en aquellos tiempos. El punto es que estos dogmas le eran una verdadera camisa de fuerza. Si predicaba acerca del arrepentimiento, debía asegurarse de dejar en su congregación la clara impresión de que les era imposible arrepentirse, antes de terminar su sermón. Si les exhortaba a creer, debía asegurarse de informarles que su naturaleza pecaminosa primero debía de ser cambiada por el Espíritu Santo, pues sin esto sería imposible tener fe. Su ortodoxia era una verdadera trampa para él y para sus oyentes. Yo no podía recibirla. No era esa la forma en la que entendía mi Biblia, y tampoco Gale lograba hacerme ver que estas fueran enseñanzas bíblicas.

Cuando finalmente leí la confesión de fe y vi los pasajes que se citaban para sustentar estas particulares posiciones, sentí vergüenza de ella. No me era posible rendir respeto alguno a un documento que pretendía imponerle a la humanidad dogmas como esos. Esta declaración estaba sustentada en gran parte por pasajes de la Escritura que eran totalmente irrelevantes; y que en ningún instante serían capaces de ser considerados como conclusivos en una corte de justicia. Hasta donde sé, para ese entonces el presbiterio era de un mismo sentir a favor del documento. Sin embargo, creo que más adelante todos ellos llegaron a rendir estas ideas y para cuando el señor Gale cambió sus perspectivas al respecto ya no volví a escuchar a ningún otro miembro del presbiterio en defensa de estas teorías.

CAPITULO V

EL INICIO DE MI OBRA COMO PREDICADOR MISIONERO

No deseaba ni esperaba trabajar en grandes pueblos o ciudades ni en medio de congregaciones cultivadas, pues no había recibido un entrenamiento regular para el ministerio. Mi intención era ir a nuevos asentamientos y predicar en casas escuela, graneros o arboledas lo mejor que pudiera. De acuerdo con esto, tan pronto fui licenciado para predicar y con el propósito de empezar mis relaciones con la región en la que pretendía trabajar, tomé una comisión de seis meses ofrecida por una Sociedad Femenina Misionera, ubicada en el condado de Oneida. Me dirigí al norte del condado de Jefferson para empezar mis labores en Evans' Mills, en el pueblo de Le Ray. En este lugar encontré dos Iglesias: una pequeña iglesia congregacional que no tenía ministro, y una iglesia bautista que sí tenía un pastor. Les presenté mis credenciales a los diáconos de la iglesia, quienes estuvieron gustosos de verme y enseguida empecé mis labores. En el pueblo no había una casa de reunión, pero las iglesias adoraban alternadamente en una casa escuela grande, hecha de piedra. Creo que esta escuela era tan grande como para acomodar a todos los niños de la villa. Los bautistas ocupaban la casa un Sabbath y los congregacionalistas el siguiente, por lo que solo podía hacer uso de ella para predicar pasando un sábado. Sin embargo sí podía usar la casa escuela en las noches tanto como me placiera. Por esto dividí mis sábados entre Evans' Mills y Antwerp, una villa que se encontraba a unas dieciséis o dieciocho millas de distancia, aún más al norte. Voy a relatar primero algunos hechos ocurridos en Evans' Mills durante esa temporada, y luego narraré brevemente lo ocurrido en Antwerp. Sin embargo, al haber predicado en forma alternada en estos dos lugares, los hechos se fueron dando de semana en semana, en el uno y en el otro lugar.

Empecé a predicar, como dije, en la casa escuela de Evans' Mills. La gente del lugar estaba muy interesada y se agolpó en masa para escucharme. Alabaron mi predicación y la pequeña iglesia congregacional empezó a crecer en interés, teniendo la esperanza de ser edificados y de que se produjera un avivamiento. En cada sermón cierta convicción de pecado tenía lugar, pero todavía no se evidenciaba una convicción general en la mente del público. Me sentía muy insatisfecho con el estado de las cosas y en uno de mis servicios de la noche, después de haber predicado durante dos o tres Sabbath y varias noches en la semana, le dije a la gente, al finalizar mi sermón, que había llegado a su pueblo para asegurar la salvación de sus almas. Que sabía que mi predicación había sido grandemente alabada por ellos, pero que después de todo, no había llegado para complacerles sino para llevarles al arrepentimiento. Les dije que no me interesaba lo bien que les pareciera mi predicación, si al final rechazaban a mi Señor. Añadí que algo estaba mal, ya en ellos o en mí, y que la clase de interés que manifestaban por mi predicación no les estaba haciendo ningún bien. Les dije que ya no podía invertir mi tiempo en ellos a menos que estuvieran dispuestos a recibir el evangelio. Luego, citando las palabras del siervo de Abraham les dije: "Ahora pues, si habéis de mostrar bondad y sinceridad con mi Señor, decídmelo, y si no, decídmelo

también, para que vaya yo a la mano derecha o a la izquierda." Les lancé esta pregunta y los presioné con ella, e insistí en que debía de conocer el curso que pretendían seguir. Necesitaba saber si no tenían la intención de convertirse en cristianos y enlistarse para el servicio del Salvador para que mi trabajo no fuera en vano. Les dije: "Ustedes han admitido que lo que predico es el evangelio. Profesan creerlo. Más, ahora, ¿están dispuestos a recibirlo? ¿Tienen la intención de recibirlo o por el contrario, piensan rechazarlo? Algo deben de tener en mente en este respecto. Y he aquí, tengo el derecho de dar por sentado, siendo que han admitido que he predicado la verdad, que ustedes reconocen su obligación de convertirse al cristianismo. Ustedes no niegan que están obligados a eso. Más, ¿cumplirán con su obligación o van a desecharla? ¿Harán aquello que han admitido que deben de hacer? Si no lo harán, hángamelo saber para que me vaya a la mano derecha o a la izquierda".

Después de haberles confrontado con esto hasta que vi que lo habían entendido bien y que estaban muy sorprendidos con la forma en la que planteé el asunto, les dije: "Ahora necesito saber lo que piensan hacer. Quiero que aquellos de ustedes que hayan decidido convertirse en cristianos, y que vayan a hacer un compromiso para hacer las paces con Dios inmediatamente, se pongan de pie. Por el contrario, aquellos de ustedes que han resuelto no convertirse y que deseen hacerme entender esa decisión a mí y a Cristo, se quedarán sentados". Después de haber dejado esto claro les dije: "Quienes estén dispuestos a jurar ante mí y ante Cristo que inmediatamente harán las paces con Dios, por favor, pónganse de pie. Por el contrario, los que de ustedes deseen hacerme entender que permanecerán en su actitud actual, sin aceptar a Cristo, por favor, los que hayan tomado esa decisión, permanezcan en sus lugares". Se miraron entre ellos y me observaron, permaneciendo sentados, tal como lo esperaba. Después de mirar alrededor del lugar por breves minutos, dije: "Entonces han hecho su compromiso. Han decidido su postura. Han rechazado a Cristo y su evangelio; y ustedes mismos son testigos en su propia contra, como Dios también es testigo. Ha quedado explícito-- y así lo recordarán ustedes mientras vivan--que públicamente se han comprometido en contra del Salvador y que han dicho 'no queremos que este hombre, Jesucristo, reine sobre nosotros'". Este fue el sentido de lo que les urgí a hacer, en palabras muy cercanas a las que he escrito, según puedo recordar. Cuando empecé a urgirles empezaron a lucir molestos, y se levantaron y empezaron a salir en masa por la puerta. Cuando ya habían recorrido algún trecho hice una pausa y enseguida se voltearon para ver por qué me había detenido. Entonces les dije: "Siento mucha pena por ustedes, y volveré a predicarles una vez más, si el Señor lo permite, mañana en la noche."

Todos, menos el diácono McComber, abandonaron la casa. Él era diácono de la iglesia bautista del lugar. Noté que los congregacionalistas estaban confundidos. Eran pocos en número y débiles en la fe. Presumí que todos los miembros, de ambas iglesias que estuvieron presentes con excepción del hermano McComber, estaban sorprendidos y

que habían concluido que el asunto estaba finiquitado --que por mi imprudencia había destruido toda aparente esperanza. El hermano McComber se acercó a mí y tomó mi mano sonriendo. "Hermano Finney, los agarró" --me dijo-- "Confíe en que no podrán descansar después de esto. Los hermanos están desanimados, pero yo no. Creo que usted hizo justo lo que debía de hacerse y que veremos los resultados". Por su puesto, yo creía lo mismo. Mi intención era ponerles en una posición en la cual, por medio de la reflexión, temblaran ante lo que habían hecho. Sin embargo durante toda esa noche y el día siguiente estuvieron llenos de ira. El hermano McComber y yo acordamos en el lugar que pasaríamos el día siguiente en ayuno y oración, solos durante la mañana, y juntos en la tarde. Supe, en el transcurso de ese día que estaban amenazando con "echarme del pueblo", "bañarme con alquitrán y emplumarme", y "darme una carta de despido". Algunos de ellos me maldijeron, y dijeron que les había puesto bajo castigo, haciéndoles jurar que no servirían a Dios--que les había arrastrado a un juramento público y solemne para rechazar a Cristo y a su evangelio. Esto no fue nada menos de lo que esperaba. En la tarde el hermano McComber y yo nos dirigimos juntos a una arboleda y pasamos toda la tarde en oración. Justo al caer la tarde el Señor nos dio una gran seguridad y nos concedió la victoria. Ambos sentimos la fuerte certeza de que habíamos prevalecido para con Dios, y que en esa noche el poder de Dios se revelaría en medio de la congregación. Al acercarse la hora de la reunión dejamos el bosque y nos condujimos a la villa. La gente ya estaba entrando al lugar de adoración, y los que aún no estaban allí, al vernos conducirnos a la casa cerraron sus tiendas y sus negocios, echaron a un lado sus bates de pelota con los que jugaban en la grama, y fueron a llenar el sitio a su máxima capacidad.

Yo no había pensado en lo que iba a predicar esa noche--de hecho, en ese entonces esa era mi costumbre. Estaba lleno del Espíritu Santo y me sentía confiado de que cuando llegara el momento de la acción sabría que predicar. Tan pronto vi que la casa se llenó, de tal modo que no cabía nadie más, me puse de pie y según recuerdo, sin ninguna introducción formal de cánticos, empecé la predicación con estas palabras: "Decid al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos. ¡Ay del impío! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado." Al iniciar con estas palabras, el Espíritu de Dios vino sobre mí con tal poder, que era como si sobre ellos se hubiera abierto una batería. Por más de una hora, y quizá por hora y media, la Palabra de Dios fluyó a través de mí hacia ellos de tal forma que podía ver como todos eran impactados por ella. La Palabra fue un fuego y un martillo rompiendo la roca, y como una espada que perforaba tanto el alma como el espíritu. Pude ver que una convicción general se esparció en toda la congregación. Muchos de ellos no podían si quiera levantar la cabeza. Esa noche no hice un llamado a revertir la acción que habían realizado la noche anterior, ni a cualquier otro compromiso de parte de ellos, sino que di por hecho durante todo el sermón que ellos se habían comprometido a ser enemigos del Señor. Al terminar señalé otra reunión y les despedí.

Mientras la gente se retiraba, observé en un lado de la casa a una dama en los brazos de algunas de sus amigas que le daban apoyo, y fui a ver que le sucedía, suponiendo que se trataba de un desmayo. Pronto me di cuenta de que la dama no se había desmayado, sino que no podía hablar. En su rostro se reflejaba una terrible angustia y me hizo saber que no podía emitir palabra. Les aconsejé a sus amigas que la llevaran a casa y que oraran con ella para ver qué hacía el Señor. Ellas me informaron que la dama era hermana del gran misionero William Goodell, de Constantinopla; y que ella había sido por varios años un buen miembro de la iglesia.

Esa noche, en vez de ir a mi alojamiento habitual acepté la invitación de una familia en cuyo hogar no había pernoctado hasta entonces. Temprano en la mañana me enteré de que me habían ido a buscar, en varias ocasiones durante la noche, a mi alojamiento habitual, para pedirme que visite familias que estaban en una terrible angustia mental. Esto me llevó a recorrer el pueblo, y en todos lados encontraba un maravilloso estado de convicción de pecado y de preocupación por sus almas. Después de haber permanecido muda por cerca de dieciséis horas, la boca de la señorita Goodell fue abierta y le fue dado un cántico nuevo. Ella fue sacada del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso, y sus pies fueron puestos sobre la peña y de hecho, muchos vieron y temieron. Este suceso ocasionó que los miembros de la iglesia se auto examinaran con intensidad. La dama declaró que había estado completamente engañada. Que por ocho años había sido miembro de la iglesia y pensado que era cristiana. Más durante el sermón de la noche anterior había visto que nunca había conocido al Dios verdadero; y que cuando su carácter le fue presentado a su mente, sus esperanzas "perecieron", según ella dijo, "como perece una polilla". Dijo que le fue presentada tal perspectiva de la santidad de Dios, que como una ola barrió sus argumentos y aniquiló su esperanza al momento.

En este lugar encontré cierta cantidad de deístas, algunos de ellos, hombres prominentes en la comunidad. Entre estos el encargado de un hotel de la villa, y otros hombres respetables que poseían una inteligencia mayor al promedio. Sin embargo, al parecer se habían unido para resistir el avivamiento. Cuando entendí con exactitud la postura que habían tomado, prediqué un sermón para satisfacer sus necesidades--pues asistían a las reuniones del Sabbath. Tomé está porción como el texto central de la prédica: "Espérame un poco, y te enseñaré; Porque todavía tengo razones en defensa de Dios. Tomaré mi saber desde lejos, Y atribuiré justicia a mi Hacedor". Fue a lo largo de sus argumentos, según entendía sus posturas, y Dios me dio la capacidad de echarlos abajo por completo. Tan pronto acabé la predica y despedí la reunión, el encargado del hotel, que era también el líder del grupo de los deístas, se acercó a mí con franqueza, tomó mi mano y dijo: "Señor Finney, estoy convencido. Usted le ha dado respuesta a todas mis dificultades. Ahora quisiera que venga a mi casa conmigo, quiero hablar con usted". No volví a escuchar más con respecto a la infidelidad de ese grupo, y si mal no recuerdo casi todos ellos, sino todos, fueron convertidos.

Había un hombre en el lugar, cuyo nombre no recuerdo--que no solo era un infiel, sino también un gran maldiciente de la religión, y que estaba muy molesto con el movimiento de avivamiento. Todos los días escuchaba sus maldiciones y sus blasfemias, más no hice comentarios públicos al respecto. Este hombre se rehusó a asistir a las reuniones. Más una mañana, cuando se encontraba en medio de su oposición y en todo el entusiasmo de su postura, súbitamente se cayó de su silla con un ataque. Se comprobó que se trataba de un ataque de apoplejía. Inmediatamente se llamó a un médico, quien luego de una breve auscultación, dijo que le quedaba poco tiempo de vida y que cualquier cosa que deseara decir, la dijera cuanto antes. Se me informó que solo tuvo fuerzas y tiempo para decir: "no permita que Finney ore sobre mi cadáver." Esta fue la última de sus oposiciones en aquel lugar.

Durante ese avivamiento me llamó la atención el caso de una mujer enferma en la comunidad, quien había sido miembro de la iglesia bautista y que era muy conocida, sin embargo la gente no podía dar testimonio de su piedad. La mujer estaba decayendo con rapidez por la tisis; y me rogaron que fuese a su casa a verla, para ver si me era posible sacarla del engaño. Fui, y tuve una larga conversación con ella. Me contó de un sueño que había tenido cuando era niña que le había hecho pensar que sus pecados habían sido perdonados. La mujer se refugiaba en eso y no había argumento que pudiera disuadirla. Traté de hacerle ver que no había evidencia en ese sueño de que se hubiera convertido. Le dije con franqueza que sus conocidos afirmaban que nunca había vivido una vida cristiana, y que nunca habían visto en ella evidencias de un temperamento cristiano; y que yo estaba allí para tratar de persuadirla para que renunciara a toda falsa esperanza y ver si le era posible aceptar a Jesucristo, para que así pudiera ser salva. Fui con ella lo más delicado que pude, más no dejé de hacerle entender lo que trataba de decirle. Sin embargo, ella se ofendió grandemente, y después de que me fui se quejó de que había tratado de quitarle las esperanzas y de alterar su mente. Dijo que fui cruel al tratar de alterar a una mujer tan enferma como ella de esa forma--al tratar de quitarle la paz de su mente. La mujer murió no mucho después. Sin embargo, su muerte muchas veces me ha recordado un libro del Dr. Nelson, llamado "La causa y la cura de la impiedad". Cuando esta mujer llegó a estar a punto de morir, sus ojos fueron abiertos y al parecer, antes de dejar este mundo, tuvo tal revelación del carácter de Dios, y de lo que es el cielo y de la santidad requerida para habitar en él, que gritó con agonía y exclamó que se iba al infierno. Se me confirmó que en ese estado expiró.

Estando en Evans' Mills, una tarde un hermano cristiano me buscó para pedirme que visitara a su hermana, quien, según me dijo, estaba decayendo por causa de la tisis y que era universalista. También me dijo que el esposo de la mujer era universalista, y que había sido él quien la había dirigido a esas creencias. El hermano me dijo que no me había pedido que fuera a verla cuando el marido se encontraba en casa, pues temía que el hombre mostrara un comportamiento abusivo--algo de lo que estaba

seguro era capaz de hacer--pues el hombre se había determinado a que la mente de su esposa no fuera cuestionada en cuanto al asunto de la salvación universal, y a que se le permitiera morir en tal creencia. Este hermano me dijo que el esposo no se encontraba en casa en ese momento y me rogó que fuera a verla. Así lo hice y encontré que la mujer no estaba para nada en paz con ideas del universalismo. Después de haber conversado con ella por cierto tiempo renunció por completo a esas perspectivas. Me parece que declaró que nunca se había sentido segura de ellas, en todo caso, renunció a las mismas y creo que abrazó el evangelio de Cristo. Creo que se aferró a esta esperanza en Cristo hasta que murió.

El esposo regresó en la noche y se enteró por ella misma de lo que había sucedido. Él hombre estaba furioso e incluso juró "voy matar a Finney". Supe después que se había armado con un revolver cargado, y que esa noche se dirigió a la reunión en la que me encontraba predicando. Esto era algo que yo ignoraba al momento. La predicación de ese día tuvo lugar en una casa escuela a las afueras de la villa. La casa estaba bastante llena de gente, casi al punto de sofocación. Prediqué con todas mis fuerzas, y casi a mitad de mi discurso vi que un hombre de apariencia imponente, que se encontraba más o menos en la mitad del salón, cayó de su silla. Mientras caía al piso gemía, luego empezó a clamar o a gritar que se estaba hundiendo en el infierno. Esto lo repetió varias veces. La gente le conocía, más el hombre era un extraño para mí. Me parecía que nunca antes le había visto. Por supuesto, el hecho creó gran agitación. Interrumpí mi predicación. Tan grande era la angustia del sujeto que pasamos el resto de la noche orando por él. Cuando la reunión terminó sus amigos le ayudaron a ir casa.

La mañana siguiente pregunté por él y supe que había pasado toda la noche en vela, que había estado en gran angustia mental toda la noche y que al amanecer había salido, mas nadie sabía a dónde. No se escuchó de él hasta las diez en punto de la mañana. Yo estaba pasando la calle cuando lo vi venir de las afueras de la villa, aparentemente de alguna arboleda a cierta distancia. Cuando me percaté de él, se encontraba al otro lado de la calle, viniendo en dirección mía. Me reconoció y cruzó la calle para encontrarme. Cuando estuvo lo suficientemente cerca noté que había un brillo en su rostro. Le dije: "Bueno días, señor Comstock". "Buenos días"--respondió él y luego le dije: "¿Y cómo se siente su mente está mañana?". "OH, no lo sé"--me dijo-- "Tuve una noche desastrosa, mas no podía orar en la casa; y pensé que si tan solo pudiera estar a solas, en algún lugar en el cual pudiera levantar el clamor de mi corazón, podría orar. En la mañana me dirigí al bosque" --continuó diciendo--"más cuando ya me encontraba allí me di cuenta de que no podía orar como pensaba. Creí que iba a poder entregarme a Dios; mas no podía hacerlo. Traté y traté y quedé desanimado." -- Siguió-- "Finalmente vi que seguir era inútil; y le dije al Señor que había descubierto que estaba condenado y perdido, que no tenía corazón para orarle, ni para arrepentirme, que noté que me había endurecido tanto que ya ni siquiera podía entregarle mi corazón, y que por lo tanto solo podía dejar el asunto en Sus

manos. Me puse a su disposición, no podía objetar lo que Él quisiera hacer conmigo si eso parecía bien a sus ojos, pues yo no tenía derecho a recibir su favor. Dejé toda la cuestión de mi salvación o de mi condenación en manos del Señor". "Y bien, ¿qué sucedió?" --Le pregunté-- "Pues, he descubierto que he perdido toda convicción. Me puse de pie y emprendí el regreso y mi mente estaba tan tranquila y en paz que creo que he contristado al Espíritu de Dios y que se ha alejado de mí y que mi convicción de pecado se ha ido." Continuó diciendo, "cuando venía por la calle noté que tanto así me había dejado toda convicción que ni siquiera podía dar cuenta de ella y que definitivamente debía de haberse alejado de mí el Espíritu Santo, más cuando le vi a usted mi corazón empezó a arder y a encenderse dentro de mí; y en lugar de sentir deseos de evadirlo, me sentí muy impulsado a cruzar la calle para encontrarle". Debí haber dicho antes, que cuando el señor Comstock se acercó a mí me levantó en brazos y giró una o dos veces antes de devolverme al piso. Esto sucedió, claro está, antes de nuestra conversación. Después de conversar un poco más le dejé, sin expresar palabra alguna con respecto a su estado religioso. De cualquier modo, poco después este hombre llegó a un estado en su mente que le permitió entender que tenía esperanza. No volví a escuchar de oposición alguna de su parte.

Fue en este lugar cuando volví a ver a Padre Nash, el hombre que había estado orando con los ojos abiertos en la reunión en la cual el presbiterio mi licenció. Después de ese episodio, el Padre Nash sufrió de una inflamación en los ojos, y por varias semanas permaneció encerrado en una oscura habitación. No podía leer ni escribir. Supe que durante este tiempo se entregó casi exclusivamente a la oración. Allí experimentó un terrible repaso de toda su experiencia cristiana, y tan pronto como le fue posible ver, a través de un doble velo negro, emprendió la marcha para ir al rescate de las almas perdidas. Cuando Padre Nash llegó a Evans' Mills estaba lleno del poder de la oración. Se había convertido en otro hombre, en alguien totalmente diferente a lo que había sido en cualquiera de los episodios de su vida cristiana. Supe que tenía una "lista de oración", como él la llamaba, en la cual tenía anotado el nombre de personas a las que había hecho el objeto de su oración diaria. En ocasiones oraba por ellas varias veces al día. Al orar con él, y al escucharle orar en nuestras reuniones de oración, descubrí que tenía un maravilloso don de oración y que su fe era casi milagrosa.

Había un hombre de apellido Dresser, que tenía una taberna; un salón de mala muerte en una esquina de la villa y cuya casa era el punto de reunión de todos quienes se oponían al avivamiento. Estos lugares eran sitio de blasfemias, y él se destacaba por ser uno de los hombres más profanos, impíos y abusivos. Iba por las calles vociferando en contra del avivamiento y se tomaba particulares molestias para maldecir y blasfemar cuando veía a un cristiano, por la simple gana de herir sus sentimientos. Uno de los recién convertidos vivía casi al frente de su casa, y me dijo que tenía la intención de vender su propiedad y mudarse de vecindario, pues siempre que salía y Dresser le veía, le insultaba y maldecía, diciendo todo lo que podía para lastimarlo. Creo que este

hombre nunca había estado en nuestras reuniones, y que por supuesto era ignorante de todas las grandes verdades de la religión, y despreciaba todo oficio cristiano. Padre Nash nos escuchó hablar de Dresser como "un caso difícil", e inmediatamente puso su nombre en su lista de oración. Se quedó en el pueblo un día o dos y continuó su camino, teniendo en mente otro territorio para su trabajo. No muchos días después de esto, mientras celebrábamos una reunión en la noche con una gran audiencia, se apareció nada menos que el famoso Dresser. Su entrada al lugar creó un movimiento considerable y agitación en la congregación. La gente temía que hubiera venido para ocasionar un disturbio. El temor y la aversión hacia el hombre eran, creo yo, generales en medio de los cristianos y algunos se pusieron de pie y se retiraron. Yo le conocía de vista y mantuve mi mirada sobre él. Poco tiempo me tomó notar que no había venido en oposición, sino que su mente se encontraba en gran angustia. Se sentó y se retorció en la silla, estaba muy inquieto. Casi enseguida se puso de pie y tembloroso--pues temblaba de la cabeza a los pies-- pidió que se le permitiera decir unas cuantas palabras. Le dije que podía hablar y procedió a hacer una de las confesiones más quebrantadoras que he escuchado. Su confesión parecía abarcarlo todo-- su trato a Dios, y su trato a los cristianos, al avivamiento y todo aquello que se considera bueno. Con esto se disolvió la resistencia en muchos corazones. Esta confesión fue el medio más poderoso que pudo usarse entonces para darle ímpetu a la obra. Poco después, Dresser profesó esperanza en Cristo, abolió toda la jarana y la profanidad de su salón y desde entonces, durante todo el tiempo que estuve en el lugar, y sé también que por mucho tiempo más después de mi partida, se sostuvo una reunión de oración en esa taberna-salón cada casi todas las noches.

CAPITULO VI

MÁS CON RESPECTO AL AVIVAMIENTO Y A SUS RESULTADOS

A poco tiempo de camino de Evans' Mills se encontraba un asentamiento de alemanes, en el cual había una iglesia alemana, con varios ancianos y una membresía considerable, pero sin ministro y sin reuniones religiosas regulares. Una vez al año tenían la costumbre de traer a un ministro alemán del valle Mohawk, para que administrara las ordenanzas del bautismo y de la Santa Cena. Él daba la catequesis a los niños, y recibía en la congregación a todos los que habían cumplido con los consabidos requisitos. Esta era la forma en la que la gente se hacía cristiana. Se les requería memorizar el catequismo para responder ciertas preguntas doctrinales; y así eran admitidos para entrar en total comunión con la iglesia. Después de haber recibido

la comunión daban por hecho que eran cristianos y que habían ganado la seguridad eterna. Esta era la forma en la que se había organizado y se llevaba la iglesia.

Mas al involucrarme en los diferentes episodios que tenían lugar en la villa, a medida que la gente realizaba sus actividades, me invitaron a ir a la iglesia y predicar. Acepté, y en mi primera predicación usé este texto: "Sin santidad nadie verá a Dios". La gente del lugar acudió en masa, y la casa escuela en la que adoraban se llenó a su máxima capacidad. Empecé mostrando lo que no era santidad. Bajo esa línea tomé todo lo que ellos consideraban religión y les mostré que nada tenía que ver con la santidad. La gente entendía inglés muy bien. Luego, en Segundo lugar, mostré qué es la santidad. Tercero, hablé de a qué se refería la Palabra con ver a Dios, y después hablé de por qué quienes no tenían santidad jamás podrían ver a Dios-- es decir, las razones por las cuales nunca podrían ser admitidos en su presencia y ser aceptados por Él. Luego continué haciendo los énfasis necesarios para liquidar la cuestión, y verdaderamente por el poder del Espíritu Santo la cuestión quedó liquidada. La espada del Señor les traspaso a diestra y a siniestra. En pocos días el asentamiento se encontraba bajo convicción-- todos, incluyendo los ancianos de la iglesia estaban en gran consternación, sintiendo que no tenían santidad. A petición de ellos señalé una reunión de preguntas para satisfacer sus inquietudes. Esto sucedió en el tiempo de la cosecha. Celebré la reunión a la una de la tarde con la casa literalmente abarrotada. La gente había echado a un lado sus instrumentos de cosecha y habían venido a la reunión. Tantos como cupieron en la casa estuvieron presentes. Me ubiqué en el centro del local, pues no podía moverme alrededor de ellos, y les hice varias preguntas. También les animé a preguntar. Se mostraron muy interesados y libres para responder y hacer preguntas. Rara vez he asistido a una reunión tan interesante y tan productiva como esa.

Recuerdo que una mujer llegó tarde y se sentó cerca de la puerta. Cuando me acerqué para hablarle, le dije: "usted no luce bien." "Sí" --respondió-- "estoy muy enferma. He estado en cama hasta ahora. No sé leer y deseaba tanto escuchar la palabra de Dios que me levanté y vine". "¿cómo llegó?" --pregunté. "Vine a pie"-- dijo. "¿Qué tan lejos queda su casa?", fue mi siguiente pregunta, a lo que ella respondió: "decimos que tres millas". Este trayecto la dejó casi aniquilada. Al continuar haciéndole preguntas descubrí que se encontraba bajo convicción de pecado, y que tenía el más claro y notorio entendimiento de su carácter y de su posición para con Dios. Poco tiempo después se convirtió. Mi esposa me ha dicho que ella ha sido una de las mujeres de oración más impresionantes que jamás haya escuchado, y que nunca había visto a alguien citar tantos versículos de la Biblia en su oración como ella.

Me dirigí también a otra mujer, de alta estatura y muy digna apariencia, y le pregunté cuál era el estado de su mente. Ella me respondió inmediatamente que le había entregado su corazón a Dios; y continuó diciendo que el Señor le había enseñado a

leer, pues ella había aprendido a orar. Le pregunté qué quería decir con eso. La mujer dijo que nunca había podido leer, y ni siquiera conocía las letras. Más cuando le entregó su corazón a Dios estaba muy afligida por el hecho de no poder leer su Palabra. "Sin embargo, pensé" -- dijo ella-- "que Jesús podía enseñarme a leer, y le dije que si por favor no podría enseñarme a leer su Palabra. Cuando oré tuve la idea de que podía leer. Los niños tienen un Testamento y fui y lo tomé, y pensé que podía leer lo que les había escuchado leer a ellos. Así que busqué a la señora que enseña en la escuela, le leí y le pregunté si lo había hecho bien; y ella me dijo que sí. Desde entonces puedo leer la Palabra de Dios por mí misma". No le dije nada más, pero pensé que debía de haber algún error en su relato pues la mujer se veía muy seria e inteligente en lo que decía. Así que me tomé la molestia de preguntar a sus vecinos acerca de ella, quienes dieron cuenta de su excelente carácter y afirmaron que había sido notorio que la mujer no podía leer ni una sílaba hasta antes de su conversión. Permitiré que estos hechos hablen por sí solos, no hay necesidad de teorizar más al respecto, pues pienso que son indubitables.

El avivamiento en este asentamiento resultó en la conversión de toda la iglesia, creo yo, y de casi toda la comunidad de alemanes. Este ha sido uno de los avivamientos más interesantes de los que he sido testigo. Fue mientras trabajaba en este lugar que el presbiterio se reunió para ordenarme, cosa que hicieron. Ambas iglesias estaban tan fortalecidas, y sus números habían incrementado tanto, que pronto cada una de ellas se construyó una cómoda casa de piedra para celebrar sus reuniones. Creo que desde entonces la religión ha gozado de buena salud. Hace muchos años no he visitado estos lugares.

He narrado, solamente, algunos de los principales hechos que recuerdo están conectados con este avivamiento. Sin embargo debo decir, más allá de esto, que prevaleció un maravilloso espíritu de oración en medio de los cristianos, y una gran unidad de sentimiento. Tan pronto como la pequeña iglesia congregacional vio los resultados de aquella reunión por la noche, se recuperó, pues estaba dispersa, desanimada y confundida por los sucesos de la noche previa. Se unificaron y se agarraron de la obra lo mejor que pudieron y aunque eran un grupo débil e ineficaz, con una o dos excepciones, crecieron en gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo durante aquel avivamiento.

La mujer alemana de la que dije que había estado enferma y que había asistido a la reunión en una actitud de búsqueda, se unió a la iglesia Congregacional. Estuve presente cuando lo hizo y la recibí en la iglesia. Recuerdo un incidente muy enternecedor que tuvo lugar cuando relató su experiencia cristiana. Había una madre en Israel, que pertenecía a esta iglesia, de apellido Schofield. Una mujer muy piadosa de edad madura, y de también madura piedad, que había estado sentada por un buen tiempo escuchando las experiencias de varias personas que habían llegado como

candidatos para ser admitidos en la iglesia. Al final esta mujer alemana se puso de pie y relató su experiencia. La suya fue una de las más conmovedoras, inocentes e interesantes experiencias cristianas que jamás he escuchado. Mientras ella continuaba con su relato observé que la señora Schofield se puso de pie, y siendo que la casa estaba llena, se fue abriendo camino lo mejor que pudo. Al principio supuse que se dirigía a la puerta. Como estaba ocupado atendiendo al relato de la mujer casi no estaba consciente que la señora Schofield se dirigía hacia ella. Apenas estuvo cerca de donde la mujer daba su testimonio, dio un paso al frente y se lanzó sobre su cuello estallando en lágrimas y diciendo: "¡Dios la bendiga hermana querida!, ¡Dios la Bendiga!" La otra mujer respondió de todo corazón--la escena que siguió a continuación, tan imprevista, tan natural, tan inocente y tan llena de amor--derritió a toda la congregación en lágrimas. Ambas lloraron en ese abrazo en una escena demasiado conmovedora como para describirla en palabras.

Rara vez el ministro Bautista y yo estuvimos en contacto, aunque algunas veces pudimos celebrar reuniones juntos. Nos habíamos dividido el uso de la casa de reunión, por lo que él predicaba una parte del tiempo, y yo la otra. En consecuencia, generalmente no me encontraba presente cuando él estaba en la villa, como él tampoco estaba, por lo general, en mis tiempos de predicación. Este ministro era un buen hombre y trabajó lo mejor que pudo para promover el avivamiento.

Las doctrinas predicadas fueron las que siempre he predicado como el Evangelio de Cristo. Insistí en la depravación total voluntaria de los no regenerados, y de la inalterable necesidad de un cambio radical de corazón por la operación del Espíritu Santo, y por medio de la verdad. Insistí mucho en la oración como una condición indispensable para la promoción del avivamiento. La expiación de Cristo, su divinidad, su misión divina, su vida perfecta, su muerte vicaria, su resurrección, el arrepentimiento, la fe, la justificación por la fe, y todas las doctrinas similares a estas fueron discutidas tan exhaustivamente como me fue posible, e insistí en ellas hasta que se hicieron claras, y se manifestaron como verdades eficaces por el poder del Espíritu Santo. Los medios usados fueron solamente la predicación, la oración y reuniones de conferencia, mucha oración privada, mucha conversación personal y reuniones para aquellos que tenían la necesidad urgente de resolver su estado religioso. Estos, y solo estos medios, fueron usados en la promoción de la obra. No hubo apariencia de fanatismo, ni mal espíritu, ni divisiones, ni herejías, ni cismas. Tampoco entonces, ni en todo el tiempo de mi relación con el lugar, hubo resultado alguno del avivamiento que debiera de lamentarse, ni ninguna de sus características fue de cuestionable validez.

He hablado de casos de intensa oposición al avivamiento. Descubrí que una circunstancia había preparado a la gente para asumir tal oposición y amargura con respecto al avivamiento. Esto lo encontré en una región del campo, una región que en

la jerga del oeste podría llamarse "una comarca quemada". Pocos años antes una suerte de emoción salvaje, a la que llamaron avivamiento de la religión, recorrió la región, mas el supuesto "avivamiento" resultó ser falso. Supe que la predicación había estado a cargo de los hermanos metodistas. De esta predicación no puedo decir más que aquello que escuché de cristianos y de otras personas. Se reportó que una emoción extravagante tuvo lugar, la misma que dejó en muchos la impresión de que la religión era un simple engaño. Al parecer, muchos hombres estaban convencidos de esta idea. Teniendo en mente este espécimen de avivamiento de la religión, se sintieron justificados al oponerse a cualquier cosa que buscara promover el avivamiento. Noté también que este supuesto "avivamiento" había dejado en los cristianos algunas prácticas ofensivas, que en lugar de producir una convicción seria en cuanto a la verdad de la religión, provocaban el ridículo. Por ejemplo, en todas las reuniones de oración encontré que prevalecía la siguiente costumbre: Todos los profesores de religión sentían el deber de dar testimonio de Cristo. Se sentían obligados a "llevar su cruz" y decir algo en las reuniones. Uno se levantaba y en sustancia decía: "tengo el deber de hacer lo que nadie puede hacer por mí. Estoy de pie para testificar que la religión es buena; aunque debo confesar que al momento no la disfruto. No tengo nada que decir en particular, solo el dar este testimonio, espero que oren por mí". Terminada su declaración, el individuo tomaba asiento y otro se ponía de pie y decía, en efecto, lo mismo: "La religión es buena, no la disfruto. No tengo nada más que decir, pero debo cumplir con mi obligación. Espero que ustedes oren por mí". Así se pasaba el tiempo de la reunión, y esta concluía sin que ocurriera nada interesante. Por supuesto, la gente impía hacía de esto un deporte. Esta práctica era ridícula y repulsiva, mas esta era la impresión que tenía el público en general de lo que significaba orar y mantener una conferencia, y también estaban convencidos de que era la obligación de todo profesor de religión el dar tal testimonio de Dios, cada vez que se presentara la oportunidad. Así que para eliminar esas costumbres me vi obligado a no llevar a cabo ese tipo de reuniones. Consecuentemente, todas las reuniones a las que los cite, fueron reuniones de predicación. Cuando nos reuníamos empezábamos cantando, después yo oraba. Luego llamaba por nombre a una o a dos personas para que oraran. Luego daba un texto bíblico y hablaba por un rato y cuando veía que el tema había quedado claro, me detenía y le pedía a uno o a dos que oraran, pidiéndole al Señor que afirmara su Palabra en sus mentes. Luego seguía hablando, para así mismo detenerme después y pedir la oración de uno o de dos. Así procedía la reunión, sin abrirla para que los hermanos realizaran declaraciones. Así se retiraban a sus casas sin la presión de sentir que habían fallado a su deber de dar testimonio cuando hubo la oportunidad. Fue así, la mayoría de nuestras reuniones de oración no lo fueron en el nombre. Al citarles a una predicación no se esperaba que esta se abriera para que todo el mundo hablara. De esta manera me fue posible superar ese absurdo método de sostener reuniones que provocaran tanta repulsión y burla en los

impíos. Después de que el avivamiento echó raíces y se extendió, y de que ocurrieron las cosas que he mencionado, la oposición cesó, hasta lo que sé, totalmente.

Pasé más de seis meses en este lugar y en Antwerp, dividiendo mis labores entre las dos villas; y fue en el último periodo de este tiempo cuando dejé de escuchar de oposiciones abiertas. He hablado acerca de las doctrinas predicadas. Debo añadir que me vi obligado a hacer grandes esfuerzos dando instrucción a aquellos que estaban preocupados por sus almas. Creo que las prácticas que se habían usado antes de mí, eran en general, invitar a los pecadores ansiosos a orar por un nuevo corazón y el usar medios para su conversión. Las direcciones que les fueron dadas asumían e implicaban que ellos estaban verdaderamente dispuestos a ser cristianos, y que estaban haciendo grandes esfuerzos para persuadir a Dios de que les convirtiera. Traté de hacerles entender que Dios era quien usaba estos medios con ellos, y no ellos con Dios, pues Dios estaba dispuesto, pero ellos no, Dios estaba listo, pero ellos no. En breve, traté de mostrarles que lo que Dios requería de ellos era fe y arrepentimiento--una sumisión presente e inmediata a su voluntad, y la aceptación presente e inmediata de Cristo. Traté de mostrarles que toda demora era solo la evasión de su deber; que toda oración que hicieran para recibir un nuevo corazón era tan solo el intento de echarle a Dios la responsabilidad de su conversión, y que todos sus esfuerzos para cumplir con su deber sin haberle entregado sus corazones a Dios, eran hipócritas y engañosos y que para nada significaban el cumplimiento de su deber.

Durante todos los seis meses que laboré en la región, me movilité a caballo de un pueblo a otro, de un asentamiento a otro y en varias direcciones. Prediqué cada vez que tuve oportunidad. Para cuando dejé Adams mi salud se había deteriorado notablemente. Había tosido sangre y para el momento en que fui licenciado mis amistades pensaban que no llegaría a vivir mucho tiempo. Cuando me iba de Adams el hermano Gale me encargó que no predicara más de una vez a la semana, y que me asegurara de no hablar más de media hora cada vez. Pero en lugar de seguir su consejo realicé visitas de casa en casa, celebré reuniones de oración, y prediqué y trabajé todos los días y casi todas las noches durante toda la temporada. Antes de que se completaran los seis meses mi salud se había restaurado por completo, mis pulmones estaban muy bien, dejé de toser sangre y podía predicar de dos horas a dos horas y media y hasta más sin sentir la más ligera fatiga. Creo que en general mis sermones tomaban alrededor de dos horas. Prediqué en exteriores, en graneros, en casas escuela, y un avivamiento glorioso se extendió a lo largo de esa nueva región del campo.

Especialmente a lo largo de la primera parte de mi ministerio me encontré con una buena cantidad de rechazos y reproches de parte de ministros, particularmente por mi forma de predicar. Ya he dicho que el señor Gale, después de que prediqué para él luego de recibir mi licencia, me dijo que se sentiría avergonzado de que se supiera que

yo había sido su pupilo. La cuestión es que la educación de estos ministros había sido totalmente distinta a la mía, y esto los llevaba a desaprobarme grandemente mi forma de predicar. Rechazaban el que usara como ejemplos, asuntos comunes a los diferentes tipos de personas a mí alrededor para ilustrar mis ideas. Esto era algo que yo acostumbraba hacer. Cuando estaba entre granjeros ilustraba las verdades haciendo referencia a su ocupación, y así con los mecánicos y con todos los demás tipos de gente, sacaba mis ilustraciones de sus ocupaciones. Trataba de usar también un lenguaje que pudieran entender. Les hablaba en el lenguaje común de la gente. Buscaba expresar todas mis ideas con las menos palabras posibles, y en palabras de uso común; y tomaba cuidado de evitar el uso de cualquier palabra que la gente no pudiera entender sin usar un diccionario. Antes de convertirme tenía otra tendencia. Al escribir y al hablar algunas veces me había permitido usar un lenguaje refinado. Sin embargo, cuando empecé a predicar el evangelio mi mente estaba tan ansiosa por hacerse entender con claridad, que estudié lo mejor que pude, primero para evitar cualquier palabra vulgar, y en segundo lugar, para expresar mis ideas en la forma más sencilla posible. Esto era algo totalmente contrario a las nociones de aquel entonces, las cuales predominaban en la gran mayoría de ministros. Con respecto a mis ilustraciones los ministros solían decirme: "¿por qué no utiliza como ejemplos eventos de la historia antigua, y así toma un curso más digno para ilustrar sus ideas?" A esta pregunta respondía, por su puesto, que si mis ilustraciones presentaran algo nuevo y sorprendente, la ilustración misma ocuparía la atención del que escucha y no la verdad que pretendía graficar. Les decía que mi deseo era ilustrar las verdades con cosas tan familiares para cada quien, para que así el hecho que usaba para ilustrar no permaneciera en la mente de la gente sino como un simple medio del cual la verdad podía servirse para brillar sobre ellos. Con respecto a la simpleza de mi lenguaje, me defendía diciendo que mi intención no era cultivar un estilo de oratoria que se elevara por encima de las cabezas de la gente, sino el hacerme entender, y que por lo tanto debía de usar el lenguaje que mejor me sirviera para eso, sin que este envolviera vulgaridad u obscenidad.

Aproximadamente para el tiempo en que dejé Evans' Mills, se reunió nuestro presbiterio y asistí a ese encuentro. Dejé mi obra en el avivamiento al cuidado de algunos hermanos y partí a la reunión. Los hermanos habían escuchado acerca de mi forma de predicar, es decir, los que no me habían escuchado en persona. El presbiterio se reunió en la mañana y prosiguió a la operación de los negocios, y después de nuestro receso para almorzar, cuando nos congregamos en la tarde, la gente en masa llenó el lugar. Yo no tenía la más remota idea de lo que había en la mente de los hermanos del presbiterio, así que tomé asiento entre la multitud y espere a que se abriera la reunión.

Tan pronto como la congregación se reunió casi por completo, uno de los hermanos se puso de pie y observó: "la gente manifiestamente se ha reunido para escuchar un

sermón, y yo mociono que éste esté a cargo del señor Finney." Esta moción se secundó e inmediatamente fue confirmada de forma unánime. Entendí enseguida que esto se había dado por el designio de los hermanos del presbiterio con la intención de ponerme a prueba, y comprobar si realmente yo podía hacer lo que habían escuchado: levantarme y predicar en el fragor del momento, sin haberme preparado con anterioridad. No me disculpé ni hice objeción alguna a la invitación de predicar, pues mi corazón estaba lleno del evangelio, y quería predicar. Me puse de pie y me dirigí al pasillo, miré hacia el púlpito y observé que era un púlpito alto y pequeño, ubicado contra la pared, por lo que decidí quedarme en el pasillo y nombre mi texto: "sin santidad nadie verá a Dios." El Señor me ayudó a predicar a medida que caminaba arriba y abajo del ancho pasillo. La gente se notaba evidentemente interesada y muy conmovida. Sin embargo, después de la reunión uno de los hermanos se acercó a mí y me dijo: "hermano Finney, si llega a estar cerca de nuestra área, me gustaría que usted predicara en algunos de nuestros distritos escolares. No me gustaría que usted predicara en nuestra iglesia, pero tenemos casas escuela en algunos de los distritos remotos, lejos de la villa, y me gustaría que usted predicara en algunos de ellos". Menciono esto para mostrar las ideas que tenían de mi método de predicación, ¡mas cuán ciegos estaban con respecto a los resultados de ese método para dirigirse al pueblo! Solían quejarse de que yo denigraba la dignidad del púlpito, de que era una desgracia para la profesión ministerial, de que hablaba como un abogado en el tribunal y de que le hablaba a la gente en forma coloquial, de que hablaba de "ustedes" en lugar de referirme al pecado y a los pecadores. También se quejaban de que hablaba del infierno con tanto énfasis que muchas veces la gente se estremecía, que además les urgía con tal vehemencia como si ya no fueran a tener otra oportunidad y que culpaba mucho a la gente. Un doctor en divinidades me dijo que él más bien sentía mucho más el tener lástima de los pecadores, que culparles. Le respondí que eso no me sorprendía, si él creía que el pecador tiene una naturaleza pecaminosa, que el pecado es parte de su misma constitución y que no puede evitar pecar.

Después de que hube predicado por algún tiempo y de que el Señor añadió su bendición por todas partes, solía decirles a los ministros, cada vez que contendían conmigo acerca de mi forma de predicar y buscaran hacerme adoptar sus ideas y su estilo, que no me atrevía hacer los cambios que sugerían. Les decía: "muéstrenme un camino más excelente. Muéstrenme los frutos de sus ministerios, y si los frutos de sus ministerios exceden tan grandemente los míos como para servir de evidencia de que ustedes han hallado un camino más excelente que el mío, adoptaré sus posturas. ¿Más pretenden que abandone mis propias perspectivas y mis prácticas y que adopte las suyas, cuando ustedes mismos no pueden negar que pese a cualquier error en el que me pudiera encontrar, o a cualquier imperfección que se observe en mi estilo de predicación, y en todo lo demás, mis resultados indudablemente sobrepasan los suyos?" También les decía: "Trato de mejorar lo mejor que puedo. Pero no podré adoptar sus prácticas ni su forma de predicar el evangelio hasta que tenga una gran

evidencia de que ustedes están en lo correcto y de que yo estoy equivocado". Con todo esto, los ministros insistían tanto en tratar el tema conmigo que pude haber llegado a sentirme grandemente mortificado de no haber estado tan convencido en mi mente de que la educación que habían recibido les había estropeado. Solían quejarse de que yo repetía en mi predicación, pues yo tomaba la misma idea y la ilustraba una y otra vez de distintas maneras. Les aseguraba que esto era necesario si quería hacerme entender y que ninguno de sus argumentos podía disuadirme de abandonar esa práctica. Luego decían: "Entonces perderá el interés de la gente educada de su congregación". Sin embargo, pronto los hechos les dejaron en silencio en cuanto a ese punto. Descubrieron que jueces, abogados y gente educada se convertía en grandes números bajo mi predicación, cuando esto solo ocurría rara vez bajo sus métodos.

CAPITULO VII

MÁS OBSERVACIONES ACERCA DE MI EDUCACIÓN MINISTERIAL

En cuanto a lo que voy a decir en este punto, espero que los hermanos no me atribuyan otro motivo que el interés amable y benevolente de que mis comentarios encuentren la más alta utilidad. Yo siempre he tomado la crítica de los hermanos con comprensión y les he dado crédito por sus buenas intenciones. Hoy ya soy un hombre viejo y muchos de los resultados de mis perspectivas y métodos le son conocidos al público, ¿estaría fuera de lugar el que hablara con libertad acerca del ministerio con respecto a este tema? En respuesta a sus objeciones, algunas veces les respondí lo que un juez de la Corte Suprema me dijo del asunto: "Los ministros no hacen uso del sentido común cuando se dirigen a la gente. Temen la repetición, usan un lenguaje que la gente común no entiende, no sacan sus ilustraciones de los intereses comunes de la vida, escriben en un estilo demasiado elevado y leen sin repetición para no ser entendidos por la gente. Sin embargo, si los abogados fuesen a tomar ese mismo curso se arruinarían ellos mismos y arruinarían sus causas". El juez añadió, "Cuando yo estaba en el tribunal, frente a un jurado de hombres respetables, daba por sentado que debía de repetir mis posiciones principales acerca del hecho. Esto es algo que debe hacerse siempre que haya seres humanos en la posición de jurados. Descubrí que a menos que lo hiciera, y que ilustrara y repitiera y regresara una y otra vez a los puntos principales--aquellos puntos importantes de ley y de la evidencia--debía de dar por perdida mi causa". Este juez decía que el objeto de esto era "hacer que las mentes de los jurados quedaran convencidas antes de que abandonaran sus sillas, pues la idea no es hacer un discurso que apenas puedan entender, ni el permitirse hacer

ilustraciones completamente fuera del alcance de sus percepciones, ni hacer una exhibición de nuestra capacidad de oratoria para luego dejarles ir. Nuestra intención era que se decidieran por un veredicto, por lo tanto debíamos hacernos entender, debíamos convencerles; y si tenían prejuicios, debíamos vencer esos prejuicios; si tenían dudas acerca de la ley, debíamos hacerles entenderla y establecerla en sus mentes. En resumen, esperábamos obtener un veredicto, y obtenerlo en ese momento; para que cuando se reuniesen a deliberar y ponerse de acuerdo fuera evidente que nos habían comprendido; que habían sido convencidos por los hechos y los argumentos que les habíamos presentados--y por último, que les habíamos convencido. Si no nos esmerábamos en urgir cada pensamiento, cada palabra y cada punto a la total comprensión, de tal modo que fueran parte de sus convicciones, sabíamos que perderíamos el caso. Debemos vencer sus prejuicios, debemos vencer su ignorancia, incluso debemos tratar de vencer sus intereses personales en contra de nuestro cliente, en caso de que estos intereses existan".

El juez también dijo: "Si los ministros hicieran esto, los efectos de su predicación serían completamente diferentes a los que tienen ahora. Ellos se sumergen en sus estudios y escriben sermones, luego van a sus púlpitos a leerlos. Mas aquellos que los escuchan a penas los comprenden. Utilizan muchas palabras que no entenderán sino hasta que lleguen a sus hogares y busquen un diccionario. Los ministros no se dirigen a la gente esperando convencerles y obtener su veredicto a favor de Cristo en ese mismo momento. Este no es su objetivo. Más bien parecen buscar la creación de producciones literarias, y demostrar su gran elocuencia y el uso elegante que hacen del lenguaje." Por supuesto, no pretendo recordar después de tanto tiempo las palabras exactas usadas por el juez, más aquí he anotado sus afirmaciones en substancia, según me las dijo en ese momento. Frecuentemente les he dicho estas palabras a los ministros.

Jamás cobijé el menor de los resentimientos hacia mis hermanos por la dureza con la que me trataron tantas veces. Sabía que deseaban ansiosamente que yo hiciera lo que les parecía lo mejor, y sinceramente suponían que haría mucho más bien y mucho menos mal si adoptaba sus perspectivas. Sin embargo, yo era de una opinión diferente.

Podría mencionar muchas situaciones que ilustrarían las perspectivas de los ministros y la forma en la que solían tratarme y reprenderme. Por ejemplo, cuando estaba predicando en Filadelfia, el Dr. Hewitt, el celebrado agente anti alcohol de Connecticut, fue a escucharme predicar y quedó indignado ante la forma en la que yo había denigrado la dignidad del púlpito. Su conversación más seria la tuvo con el hermano Patterson, con quien yo trabajaba al momento. Hewitt insistió en que no se me permitiera predicar hasta que no hubiera recibido educación ministerial, y que debía cesar mis labores e ir a Princeton para aprender teología, y así adquirir mejores perspectivas acerca de la forma en la que el evangelio debe ser predicado. Sin

embargo el hermano Patterson no le dio mucho consuelo, pues lo que hizo fue hablarle de la forma en la que son educados los ministros, de sus perspectivas y de cómo en comparación con los resultados manifiestos de mis métodos, los de los ministros dejaban mucho que desear.

No deseo que quede en ninguna mente la impresión de que yo pensaba que mis perspectivas y mis métodos eran perfectos, pues no es así. Estaba consciente de que era tan solo un niño y de que no había disfrutado las ventajas de las altas escuelas de aprendizaje. Tan consciente estaba de la carencia de semejantes calificaciones capaces de hacerme aceptable, especialmente a los ministros, que le temía a la gente de los lugares populosos, y jamás tuve ambición o propósito de ir a lugares que no fueran nuevos asentamientos o sitios en donde se careciera del evangelio. Ciertamente me sorprendió mucho descubrir con frecuencia, durante el primer año de mi predicación, que las clases más educadas la encontrarán tan edificante y aceptable. Esto iba más allá de lo que esperaba y mucho más lejos de lo que me atrevía a desear. Siempre me preocupé de mejorar aquello en lo que notaba que me encontraba en el error. Sin embargo, mientras más predicaba, menos razones encontraba para pensar que estaba errado en aquello que señalaban los ministros.

Mientras más experiencia adquiría, más podía ver los resultados de mis métodos de predicación. Mientras más conversaba con todas las clases, la alta y la baja, la educada y la no educada, más confirmaba el hecho de que Dios me había guiado, de que era Él quien me había enseñado y me había dado las concepciones correctas acerca de la mejor forma de ganar almas. Digo que Dios me enseñó, y sé que debe de haber sido así, pues ciertamente jamás me hubiera sido posible obtener tales nociones de un hombre. Frecuentemente he pensado que puedo asegurar con perfecta verdad lo que Pablo dijo, que no me fue enseñado el Evangelio por los hombres, sino por el Espíritu mismo del Señor. Y este Evangelio me fue enseñado por el Espíritu del Señor en una manera tan clara y fuerte que ninguno de los argumentos de mis hermanos ministros, con los que tan frecuente y persistentemente se me presentaban, tenía en mí el menor impacto.

Menciono esto porque estoy obligado a ello, pues aún tengo la solemne convicción de que en gran medida las escuelas están arruinando a los ministros. En nuestros días los ministros gozan de grandes facilidades para obtener información en toda cuestión teológica, y están bastante preparados en cuanto al conocimiento teológico, histórico y bíblico de lo que jamás lo ha estado persona alguna en cualquiera de las edades del mundo. Más teniendo todo este aprendizaje, no saben cómo usarlo. En gran medida son semejantes a David tratando de usar la gran armadura de Saúl. Un hombre jamás aprende a predicar sino predicando. Mas, de todas las cosas que le son necesarias a un ministro, la más importante es el enfoque. Si su preocupación está en granjearse una reputación o en asegurar sus necesidades ministeriales, alcanzarán

muy poco. Hace muchos años atrás un amado pastor a quien conocía, abandonó su hogar por causa de su salud, y mientras estaba ausente dejó en su púlpito a un joven que estaba recién salido del seminario. Este joven escribió y predicó los sermones más espléndidos que pudo. Finalmente, un día, la esposa del pastor se aventuró a decirle: "usted está predicando por encima de la cabeza de nuestra gente. Ellos no entienden su lenguaje ni sus ilustraciones. Está llevando demasiado de su aprendizaje al púlpito." A esto el joven le respondió: "Yo soy un hombre joven que está cultivando un estilo. Me estoy preparando para ocupar un púlpito y rodearme de una congregación cultivada. No puedo descender al nivel de su gente. Debo cultivar un estilo elevado". Desde entonces he mantenido a ese joven en mis pensamientos y en el foco de mi mente. Que yo sepa, no ha muerto aún, y sin embargo jamás he visto su nombre relacionado a ningún avivamiento, a ninguno de los grandes avivamientos que hemos tenido cada año desde entonces. Tampoco tengo esperanzas de verlo a menos que sus perspectivas hayan sido radicalmente cambiadas, y a menos de que se dirija a la gente desde un punto de partida totalmente distinto, y a partir de motivos completamente diferentes.

De hecho, si los ministros tuvieran enfoque, y la intención de alcanzar y llevar a la salvación a la gente, sentirían la necesidad de ser comprendidos. No estarían satisfechos con enamorar a la multitud con su grandilocuencia y su espléndida educación; sino que se pondrían a su nivel, y tratarían de entender su lenguaje y acomodar su discurso a sus capacidades y posiciones, a sus modos de pensamiento y lenguaje. Puedo mencionar ministros que aún viven, aunque viejos como yo, que se sentían terriblemente avergonzados de mí cuando empecé a predicar porque me veían tan indigno del púlpito, usando un lenguaje tan común, dirigiéndome a la gente en forma tan directa y hablando de "tú"; y porque no me importaba tanto el adorno del idioma, o mantener la dignidad del púlpito. Sin embargo he escuchado más frecuentemente por otros de este desagrado, que por los mismos ministros, diciéndomelo de frente. En este punto quiero que se entienda particularmente que por lo general, sino en todas las ocasiones, aquellos ministros fueron honestos, mostrando la genuina solicitud por hacerme más útil. Ellos, por supuesto, realmente creían que sus perspectivas estaban correctas y las mías equivocadas y sus comentarios no se debían a ninguna disputa que tuvieran conmigo como hombre o como cristiano. Más bien lamentaban mi falta de educación ministerial, lo cual me había prevenido, según ellos suponían, de mantener la dignidad del púlpito y de la profesión.

Estos eran hermanos queridos, siempre les tuve los mayores afectos, y no creo haber sentido jamás molestia alguna o enojo por lo que me decían. Tampoco me sorprendía lo que pensaban, pues desde el principio estuve consciente de que iba a encontrarme con tal oposición, de que había una gran distancia entre nuestras formas de pensamiento, así como también la había entre nuestras prácticas. Rara vez sentía que

era parte de ellos, o que realmente ellos consideraban que perteneciera a su fraternidad. Yo era un abogado de formación. Salí de una oficina jurídica a un púlpito, y le hablaba a la gente de la misma manera en la que le hubiera hablado a un jurado. Todo esto era absolutamente contrario a la forma en la que ellos habían sido educados, a todas sus posturas y sus sentimientos. Por supuesto yo era un pájaro extraño, un extranjero, un intruso, un hombre que había llegado al ministerio sin haber surgido de un curso regular de entrenamiento.

Durante mis primeros años de predicación, supe que era muy común que los ministros estuvieran de acuerdo en que si yo llegaba a tener éxito como ministro, el prestigio de las escuelas sería puesto en duda. Los seminarios teológicos quedarían en la sombra y que así, los hombres llegarían a pensar que ya no valía la pena sostenerlos con sus fondos. Yo jamás tuve la intención de oponerme o desprestigiar a ningún seminario o escuela teológica--aunque ciertamente pensaba entonces, y lo pienso ahora, que en algunos aspectos están grandemente equivocados en sus formas de entrenar a sus estudiantes. Los hombres no aprenden a predicar estudiando sin practicar. Se debe animar a los estudiantes a ejercitar, a probar y a mejorar sus dones y el llamado que Dios les ha hecho, saliendo a cualquier lugar que les sea abierto para exaltar a Cristo en medio de las gentes, por medio de pláticas urgentes. Así es como se aprende a predicar. Más en lugar de esto, se requiere que los estudiantes escriban lo que ellos llaman sermones, y que los presenten para que sean criticados. Para predicar, por ejemplo, leen estos sermones a la clase y a su profesor. Así interpretan la predicación. Mas, ¿a quiénes van ellos a dirigirse al fin? No a su clase, sino a una congregación de santos y de pecadores. No hay hombre que pueda predicar de esa manera. Estos mal llamados sermones, por supuesto, después de recibir la crítica, se convierten en ensayos literarios. La gente no considera tales sermones, como sermones. La lectura de estos elegantes ensayos literarios para ellos no representa un sermón, sino una lectura. Algo gratificante para quien tiene gustos literarios, más no algo edificante, pues no satisface las necesidades del alma. Tampoco estas lecturas han sido calculadas para ganar almas para Cristo. A los estudiantes se les enseña a cultivar un fino y elevado estilo de escritura. Sin embargo, esto nada tiene que ver con la verdadera elocuencia, que brota en forma de una oratoria impresionante y persuasiva del alma encendida de un hombre educado, que ha tenido la libertad de derramar su corazón ante gente que espera con urgencia sus palabras.

Una mente reflexiva sentirá que está totalmente fuera de lugar el presentarle a almas inmortales que penden del borde de una muerte eterna, tales especímenes de conocimiento y retórica. Una mente reflexiva sabe que nadie que esté realmente en serio en la tarea de salvar almas hará algo semejante. El capitán de una compañía de bomberos, ante una ciudad que se incendia, no le lee a su gente un ensayo, ni exhibe la más fina retórica, cuando les grita para dirigir sus movimientos. Es una cuestión de urgencia, en dónde lo único que el capitán intenta es que cada palabra sea entendida.

Este capitán está, junto a su gente, en medio de una grave tarea, y cualquier crítica que pudiera hacerse al lenguaje que utiliza, estaría completamente fuera de lugar. Se trata de un asunto tan crítico y urgente que su compañía no puede esperar que limite su lenguaje y que les hablé con todo el adorno y la finura de un discurso estudiado. Así también sucede con todos los hombres que se han entregado con afán a alguna cosa. Su lenguaje es directo, simple, y al punto. Sus oraciones son cortas, convincentes y poderosas y apelan de forma directa a que quien escucha tome acción. Y es por esto que tales discursos surten efecto. Esta es la razón por la cual los ignorantes pastores metodistas, y antes de ellos, los fervorosos pastores bautistas, han producido mucho mayor efecto que los teólogos más versados y los más espléndidos expertos en divinidades. Estos pastores siguen siendo productivos hasta ahora. El simple esfuerzo de un exhortador común, con frecuencia, moverá a una congregación mucho más allá que cualquier exhibición espléndida de retórica. Los grandes sermones llevan a la gente a alabar a los predicadores, más la buena predicación lleva a alabar al Salvador.

Nuestras escuelas de teología serían de mucho más provecho si gran parte de su programa fuera la práctica. Una vez escuché a un maestro de teología leer un sermón acerca de la importancia de la predicación improvisada. Sus perspectivas al respecto eran correctas, más su práctica le contradecía por completo. Parecía que había estudiado el tema y que había alcanzado perspectivas prácticas de gran importancia. Sin embargo, hasta ahora no he sabido que alguno de sus estudiantes haya adoptado en la práctica dichas posturas, como tampoco él mismo las practica. He sabido que este maestro ha dicho que si él fuese a empezar su vida de predicador nuevamente, ejercería su profesión de acuerdo a sus perspectivas actuales, que lamenta que su educación haya estado equivocada en ese respecto y que, consecuentemente, sus prácticas también hayan sido erróneas. En nuestra escuela, nuestros alumnos han sido dirigidos--debo aclarar que no por mí--a pensar que deben escribir sus sermones y muy pocos de ellos, a pesar de todo lo que yo podría decirles, tienen el coraje de lanzarse y comprometerse a la predicación improvisada. Se les ha repetido una y otra vez: "no se les ocurra imitar al señor Finney. Ustedes no podrán ser señores Finney."

A los ministros no les agrada el ponerse de pie y hablarle a la gente lo mejor que pueden, y así hacer el hábito de aprender a hablarle al público. Para ellos lo propio es predicar, y si este "predicar" responde al uso tradicional del término, lo propio es escribir. Si esto es así, yo nunca he predicado. De hecho la gente me ha dicho con frecuencia: "Usted no predica. Usted lo que hace es hablarle a la gente". Un hombre, en Londres, volvió a su casa de una de nuestras reuniones con una profunda convicción. Había sido un escéptico. Su esposa, al verlo tan agitado le dijo: "Esposo, ¿has ido a escuchar al señor Finney predicar?". El respondió: "He estado en la reunión del señor Finney, pero él no ha predicado. Lo que hizo fue explicar lo que los otros predicán". Esto, en sustancia, es lo que he escuchado una y otra vez. Me dicen: "Cualquiera puede predicar como usted. Usted solo le habla a la gente. Les habla como

si estuviera en casa sentado en la sala de su casa". Otros han dicho: "Lo suyo no parece predicación. Es más bien como si el señor Finney me hubiera llevado a solas y estuviera conversando conmigo cara a cara".

Los ministros, en general, evitan predicar lo que sus oyentes podrían interpretar como un mensaje particular para ellos. Les predicán acerca de otras personas y de los pecados de otros, en lugar de dirigirse a ellos y decirles: "ustedes son culpables de estos pecados"; y "el Señor requiere esto de ustedes." Usualmente predicán acerca del Evangelio en lugar de predicar el Evangelio. Comúnmente predicán acerca de los pecadores en lugar de predicarles a los pecadores. Calculadamente evitan entrar en lo personal, en el sentido de crear la impresión en alguno de que está hablando de él o de ella. Sobre esto, he considerado un deber el seguir otro curso y siempre lo he hecho. He tratado de hacer que toda persona presente sienta que me refiero a él o a ella. Y usualmente he dicho: "no piensen que estoy hablando de alguien más. Estoy hablando de usted, de usted y de usted". Los ministros siempre me han dicho que la gente no tolerará que haga eso, y que las personas se levantarán y saldrán por la puerta y nunca más irán a escucharme. Sin embargo esto no ha sido así. Como en todo lo que se dice, los resultados dependen mucho del espíritu con el que se dice. Si la gente ve que lo dicho ha sido en el Espíritu del amor, con el gran deseo de hacerles bien; si no pueden percibir en las palabras la ebullición de un desagrado personal, sino que más bien ven, sin poder negarlo, que les digo la verdad en amor, con el deseo supremo de procurar su salvación individual--muy pocos llegan a guardar resentimiento. Si en el momento se sienten señalados y reprendidos, también sienten la convicción de que lo necesitan y de que al final, de seguro, les hará un gran bien.

Usualmente le he dicho a la gente que se ha sentido ofendida: "a usted le resiente esto y ahora dice que se irá para no volver, sin embargo, volverá. Su propia convicción está de mi lado. Usted sabe que lo que le digo es verdad, que lo digo por su propio bien y que usted no puede continuar resistiéndolo". Estas palabras siempre resultaron ciertas. Muy rara vez he encontrado individuos que se alejaron permanentemente de nuestras reuniones al sentirse ofendidos con mi franqueza.

Mi experiencia ha sido, que aún en lo referente a la popularidad personal "la honestidad es la mejor política" de un ministro. Si lo que espera es mantener la confianza, el respeto y el afecto de cualquier congregación, debe ser fiel a sus almas. Debe permitirles ver que no les está cortejando con ningún propósito de popularidad, sino que está tratando de salvar sus almas. Los hombres no son tontos. No le tienen firme respeto a quien sube al púlpito a hablar cosas blandas, sino que en lo más íntimo de sus almas desprecian su discurso con cordialidad. No debe ningún ministro pensar jamás que se ganará el respeto permanente, ni que será permanentemente honrado por su gente, a menos que como un embajador de Cristo trate sus almas con fidelidad.

El gran argumento en oposición a mis perspectivas en cuanto a la predicación del Evangelio fue que no le daría suficiente instrucción a la congregación a menos que escribiera mis sermones. Han dicho que yo debo estudiar, y consecuentemente, que aunque puede que tenga éxito como evangelista-- es decir, trabajando pocas semanas o meses en un lugar--jamás podría tener éxito como pastor predicando improvisadamente.

Tengo la mejor de las razones para creer que los predicadores que escriben sus sermones no le dan a su gente tanta instrucción como ellos piensan. La gente no recuerda sus sermones. En multitud de ocasiones he escuchado a la gente quejarse de esta manera: "no puedo llevarme a casa nada de lo que escuché en el púlpito". Me han dicho miles de veces: "siempre recordamos lo que le escuchamos a usted predicar. Recordamos su texto y la forma en la cual lo manejó, más no podemos recordar los sermones escritos".

He sido pastor por muchos años--desde 1832, esto es, por cuarenta años--y jamás he escuchado ninguna queja por no haber instruido a la gente. No creo que sea cierto que mi congregación no esté tan bien instruida, en lo que a la instrucción del púlpito concierne, como las congregaciones que reciben la prédica de sermones escritos. Es cierto que un hombre puede escribir sus sermones sin necesidad de mucho estudio, como también es cierto que puede predicar improvisando sin mayor estudio o pensamiento. Muchos sermones escritos que he escuchado manifiestan cualquier cosa menos un pensamiento certero y profundo. Mi hábito siempre ha sido el estudiar el Evangelio, y la mejor forma de aplicarlo, todo el tiempo. No me confino durante horas o días para escribir mis sermones, sin embargo mi mente siempre está ponderando las verdades del evangelio, y acerca de las mejores formas de hacer uso de ellas. Visito a la gente y aprendo de sus necesidades. Luego, a la luz del Espíritu Santo tomo un tema que creo va a satisfacer sus necesidades presentes. Pienso intensamente y oro mucho acerca del tema durante la mañana del Sabbat, por ejemplo, y dejo que mi mente se llene de él, y luego derramo mi mente ante la gente. Una gran dificultad que hay que considerar con los sermones escritos es que un hombre, luego de haber terminado su redacción, tiene que pensar muy poco acerca del tema. Tiene también que orar muy poco. Quizá repase su manuscrito el sábado en la noche o el Sabbat por la mañana, mas no siente ya la necesidad de ser ungido poderosamente, ni de que su boca le sea abierta y llena de argumentos, o de que sea capacitado para predicar todo lo que hay en su corazón. El hombre que hace esto está en reposo. Solo tiene que usar sus ojos y su voz para predicar a su manera, esto es, leer el sermón que ha escrito. Puede que este sermón se haya escrito hace años, o uno escrito por el mismo ministro, palabra por palabra, a lo largo de la semana, pero que ya en el día del Sabbat carece de frescura. Este sermón no sale necesariamente nuevo y fresco, como un mensaje ungido de Dios para su corazón, y por medio de su corazón a la gente. Estoy preparado para afirmar solemnemente que he estudiado mucho más por el hecho de no haber

escrito mis sermones. He estado obligado a hacer familiares a mi mente los temas que he predicado, a llenar mi mente de ellos, y a luego hablárselos a la gente. Sencillamente anoto los puntos principales que deseo explicar en la forma más breve que me sea posible, y en un lenguaje que tal vez nunca usaré al momento de la predicación. Simplemente anoto el orden de mis proposiciones y de las posiciones que pretendo tomar, hago un diagrama de las observaciones y las inferencias a las que he llegado.

Sin embargo, a menos que los hombres estén dispuestos a intentar este sistema-- a menos que empiecen a hablarle a la gente lo mejor que puedan, manteniendo sus corazones llenos de la verdad y del Espíritu Santo, jamás podrán convertirse en predicadores que improvisen. Creo que media hora de discurso fervoroso a la gente, de semana a semana, y de tiempo en tiempo--si el discurso es puntual, directo, fervoroso, lógico--puede instruir a la gente mejor que dos elaborados sermones, de aquellos que preparan los que se los leen a sus congregaciones en el Sabbat. Creo que la gente recordará mucho más lo que se dijo, estará más interesada en el tema y se lo llevará consigo para ponderarlo en mucha más medida de lo que lo haría si hubiera recibido un elaborado sermón escrito.

Hace poco hablé del método que he adoptado en años recientes para prepararme para el púlpito. Cuando empecé a predicar, y por cerca de los doce primeros años de mi ministerio, no escribía ni una palabra, y comúnmente estaba obligado a predicar sin ninguna preparación, exceptuando la que había recibido en oración. Muchas veces fui al púlpito sin saber sobre qué texto debería hablar, o alguna palabra que debiera decir. Dependía de la ocasión y del Espíritu Santo para sugerirme el texto, y para que abriera en mi mente todo el tema; y ciertamente, en ninguna parte de mi ministerio he predicado con tanto éxito y poder como cuando lo hacía de esa manera. Si no predicaba por inspiración, no sabía cómo predicar. El que el tema se abriera en mi mente de forma sorprendente para mí era una experiencia común, y lo ha continuado siendo a lo largo de mi vida ministerial. Es como si pudiera ver con una claridad intuitiva exactamente lo que debía decir. Pelotones completos de pensamientos, palabras e ilustraciones, llegaban a mí tan rápido como me fuera posible pronunciarlas.

Cuando recién empecé a elaborar esquemas, los hacía después y no antes de la prédica. Esto lo hacía para preservar la línea de pensamiento que me había sido dada en ocasiones como las que he mencionado. Descubrí que cuando el Espíritu de Dios me había dado una perspectiva muy clara de determinado tema, no podía retenerlo después de predicar para poder usarlo en otra ocasión, a menos que anotara los pensamientos en un diagrama. Sin embargo, después de todo, nunca he sido capaz de usar antiguos esqueletos en toda su extensión cuando predico, sino que me es necesario remodelarlos y tener una perspectiva nueva y fresca dada por el Espíritu Santo. Casi siempre obtengo mis temas de rodillas, en oración y ha sido una

experiencia común para mí que al recibir un tema de parte del Espíritu Santo, se produzca en mi mente una impresión tan fuerte como para hacerme temblar, haciéndome muy difícil el escribir. Cuando los temas me son dados de tal modo que siento que atraviesan mi alma y mi cuerpo, puedo, en pocos minutos, elaborar un esqueleto que me permite recordar las perspectivas presentadas por el Espíritu. Siempre he encontrado que estos sermones impactan grandemente a la gente.

Algunos de los sermones más reveladores que he predicado en Oberlin, me fueron dados después de que sonara la campana para la iglesia, y fui obligado a ir a la reunión a derramarlos desde el corazón sin haber escrito más que el más breve de los esqueletos, que muchas veces no cubrió ni la mitad de todo lo que trató mi sermón.

Esto lo digo, no por presumir, sino porque es un hecho y con la intención de darle la gloria a Dios y no a ninguno de mis talentos personales. Nadie debe pensar que estos sermones calificados como poderosos, fueron producto de mi cerebro, o de mi propio corazón independiente de la asistencia del Espíritu Santo. Estos sermones no fueron míos, sino del Espíritu Santo que habita en mí.

Tampoco nadie debe pensar que digo esto presumiendo de una inspiración superior prometida para los ministros, o de una inspiración que los ministros tengan derecho a esperar. Pienso que todos los ministros llamados por Cristo a la predicación del Evangelio, deben estar en tal sentido inspirados como para "predicar el Evangelio con el Espíritu Santo enviado desde el cielo". ¿Qué sino esto quiso decir Cristo cuando dijo: "Id y haced discípulos a todas las naciones--y he aquí yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo?". ¿Y qué quiso decir cuándo habló del Espíritu Santo, diciendo: "tomará de lo mío y se los hará saber." Y "Él os recordará todo lo que os he dicho?" ¿Qué quiso decir cuando dijo: "El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva?" Y "Esto habló del Espíritu Santo que habían de recibir los que creían en Él". Todos los ministros deberían y tienen que estar tan llenos del Espíritu Santo, que todo el que escucha debe tener la impresión de que "Dios ciertamente está en ellos".

CAPITULO VIII

AVIVAMIENTO EN ANTWERP

Debo ahora dar cuentas acerca de mis labores y sus resultados en Antwerp, una villa al norte de Evans' Mills. Llegué al lugar por primera vez en abril, y descubrí que en el

pueblo no se sostenían ningún tipo de servicios religiosos. La tierra de este asentamiento pertenecía a un señor de apellido Parrish, un rico terrateniente que residía en Ogdensburgh. Procurando la población del territorio, este hombre había construido una casa de reunión de ladrillo, pero la gente no estaba dispuesta a sostener adoración pública y la casa permanecía cerrada. La llave de la casa de reunión estaba en posesión del señor Copeland, el encargado del hotel de la villa.

Supe muy pronto que había en el lugar una iglesia Presbiteriana compuesta por unos pocos miembros. Hacia algunos años habían tratado de realizar reuniones durante el Sabbat. El anciano encargado de conducir el servicio vivía a unas cinco millas a las afueras de la villa y para llegar a ella se veía obligado a pasar por un asentamiento de universalistas. Los universalistas habían impedido la realización de los servicios haciéndole imposible al diácono Randall--este era el nombre del anciano--atravesar su villa para llegar a la reunión. Llegaron incluso a sacarle las ruedas a su carreta; llevaron a tal extremo su resistencia que finalmente Randall desistió de realizar las reuniones. Fue así como se renunció por completo a todo servicio en la villa, y en medio del pueblo en general.

Descubrí que la señora Copeland, la encargada, era una mujer piadosa. Habían también otras dos mujeres piadosas: la señora Howe, esposa de un comerciante, y una señora Randall, esposa de un médico de la villa. Si mal no recuerdo llegué a Antwerp un viernes. Llamé a esas mujeres pías y les pregunté si les gustaría tener una reunión. Respondieron que sí, pero que no sabían si sería posible. La señora Howe acordó poner a la disposición la sala de su casa esa tarde para la reunión, si yo era capaz de hacer que alguien asistiera. Fui por los alrededores invitando a la gente y aseguré la asistencia, me parece, que de unas trece personas. Les prediqué y luego me dijeron que si podía conseguir el uso de la casa-escuela de la villa, podría predicar en el Sabbat. Conseguí el consentimiento del encargado de la escuela y al día siguiente se hizo circular entre el pueblo la invitación a una reunión el domingo en la mañana, en la casa escuela.

Al caminar por la villa escuché una gran cantidad de comentarios profanos. Me pareció que nunca antes, en ningún lugar que hubiera visitado, había escuchado un lenguaje semejante. Parecía como si todos los hombres que jugaban en el pasto, o que estaban en todos los negocios a los que entraba se estuvieran insultando, maldiciendo e injuriando los unos a los otros. Me sentía como si hubiera llegado al borde mismo del infierno. Recuerdo que tenía una suerte de sentimiento horrible mientras recorría la villa ese sábado. La atmósfera misma me parecía ponzoñosa y una especie de terror se apoderó de mí. Me entregué a la oración el sábado e insistí en mi petición al Señor hasta que obtuve esta respuesta: "Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad", Hechos 18:9-

10. Esta respuesta alivió por completo mi temor. Descubrí, sin embargo, que la gente cristiana del lugar tenía mucho temor de que algo serio pudiera suceder si llegaban a establecerse nuevamente reuniones religiosas en el lugar.

Pasé el sábado prácticamente en oración, y luego recorrí la villa lo suficiente como para notar que el anuncio de la reunión del día siguiente había provocado considerable emoción. En la mañana del Sabbat me levanté y abandoné mi habitación en el hotel, y para poder estar a solas, en algún lugar en el cual pudiera levantar mi voz y el corazón, me interné en un bosque a cierta distancia de la villa. Allí continué en oración por un tiempo considerable. Me fui, pero sin embargo, no me sentía aliviado y regresé nuevamente al bosque, más la carga de mi mente aumentaba y no lograba tener alivio. Volví por una tercera ocasión y allí llegó la respuesta. Me di cuenta entonces que ya era tiempo para la reunión, e inmediatamente me dirigí a la casa escuela, la cual encontré llena a capacidad. Tenía en la mano mi pequeña Biblia de bolsillo, y de ella les leí este texto: "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna". No recuerdo mucho de lo que dije, pero sé que el punto sobre el cual mi mente elaboró de manera principal, fue el trato que Dios recibe como respuesta a su amor. Este tema me afectó a mí mismo profundamente, y derramé lágrimas y alma. Allí vi a varios de los hombres a los que les había escuchado hablar las palabras más profanas el día anterior. Les señalé y les dije lo que habían dicho--cómo habían invocado a Dios para maldecirse los unos a los otros. Realmente dejé en libertad mi corazón ante ellos y mis lágrimas fluían copiosamente. Les dije que "aullaban blasfemias en la calle como si fueran perros del infierno"; y que sentía que había llegado "al mismo borde del infierno". Todos sabían que lo que decía era cierto y se avergonzaron ante mis palabras. No se sintieron ofendidos, sino que lloraron tanto como yo. Creo que quedaron muy pocos ojos sin lágrimas.

El señor Copeland, el encargado, se había rehusado a abrir la casa de reunión en la mañana, más tan pronto concluí el servicio se puso de pie y le dijo a la gente que podía abrir la casa en la tarde. La gente se esparció y llevó la noticia en todas direcciones, y en la tarde la casa de reunión estuvo casi tan llena como en la mañana. Todos habían ido a la reunión y el Señor me liberó maravillosamente delante de ellos. Mi predicación les parecía algo nuevo. De hecho, a mí mismo me parecía que podía derramar amor y granizo sobre ellos al mismo tiempo; o en otras palabras, que podía derramar sobre ellos granizo con amor. Era como si mi amor por Dios, en vista de la forma abusiva con la que le habían tratado, afilaba mi mente con la agonía más intensa. Sentía el reprenderlos con todo mi corazón, pero con una compasión que debía de resultarles inconfundible. Nunca supe que me hubieran acusado de haber sido muy severo, aunque creo que nunca he hablado con tanta severidad en mi vida. Con todo esto, el trabajo de ese día fue efectivo para traer convicción a la gran mayoría de la población. A partir de ese día señalé reuniones en todo lugar y en todo momento que estuviera

en mis manos en aquel vecindario y en los alrededores, y la gente se aglomeraba para escuchar.

La obra comenzó inmediatamente y avanzó con gran poder. Predicaba tres veces para la iglesia de la villa en el Sabbat, asistía a una reunión de oración en el intermedio, y generalmente predicaba en alguna casa escuela del vecindario a las 5 P.M. En el tercer Sabbat en el que predique, un hombre mayor se me acercó cuando me dirigía al púlpito y me preguntó si podría predicar en una casa escuela de su barrio, pues nunca se habían ofrecido servicios en el lugar. Me dijo que el sitio estaba a unas tres millas de distancia en cierta dirección y que deseaba que fuera lo más pronto posible. Señalé el día siguiente, que era un lunes, a las cinco en punto de la tarde para la cita. Ese lunes era un día caluroso y había dejado mi caballo en la villa, pensando caminar para que me fuera más sencillo llamar a la gente del vecindario a la casa escuela mientras me dirigía al lugar. Sin embargo, antes de llegar me sentí tremendamente exhausto por todo el duro trabajo del Sabbat, y me senté junto al camino sintiendo que ya no podía continuar. Me culpé por no haber llevado mi caballo.

Cuando llegué a la hora señala, encontré la casa escuela llena y solo pude encontrar lugar para estar de pie junto a la puerta, que permaneció abierta. Leí un himno--y digo leí porque parecía que jamás habían escuchado música de iglesia en ese lugar. A pesar de esto ellos pretendían cantar, más su canto resultaba en lo siguiente: cada uno berreaba a su manera. Mis oídos se habían cultivado al haber enseñado música sacra; y el horrible sonido discordante que producían me mortificaba a tal punto que mi primera idea fue irme del lugar. Finalmente me tapé los oídos con las dos manos con toda la fuerza de mis brazos. Ni con esto dejaron de gritar. Puse mi cabeza sobre mis rodillas, con mis manos en los oídos, y movía la cabeza tratando de deshacerme de los terribles sonidos discordantes que parecían enloquecerme. Así quedé hasta que terminaron su interpretación; y luego me arrodillé casi en un estado de desesperación y empecé a orar. El Señor abrió las ventanas de los cielos y se derramó el Espíritu de oración, y entregué todo mi corazón en oración.

No había pensado en el texto sobre el cual iba a predicar, sino que esperé a ver la congregación, como era mi costumbre en aquellos días. Tan pronto terminé de orar, me puse de pie y dije: "Levantaos, salid de este lugar, porque Jehová va a destruir esta ciudad." Les dije que no recordaba donde se encontraba el pasaje, pero les indiqué aproximadamente dónde podían encontrarlo y continué con la explicación. Les dije que había un hombre llamado Abraham y quien era, también que había otro llamado Lot y les hablé de él y de la relación que había entre ellos, que se habían separado por las disputas que se habían estado presentando entre sus respectivos pastores, y que Abraham había tomado en posesión la tierra de la colina, y que Lot había preferido el valle de Sodoma. Les hablé de lo terriblemente perversa que se había convertido Sodoma y de las abominables prácticas en las que había caído; que el Señor había

decidido destruir Sodoma y que visitó a Abraham para informarle lo que estaba por hacer; que Abraham había orado a Dios para que perdonara a la ciudad si era posible encontrar en ella cierto número de justos, y que el Señor había prometido que la perdonaría por causa de esos justos. Que luego Abraham había procurado que Dios salvara la ciudad si encontraba un número menor de justos, y que Dios nuevamente había dicho que perdonaría a Sodoma por causa de ellos. Les dije que Abraham había seguido reduciendo el número de justos hasta que llegó a diez, y que Dios le había prometido que de encontrar diez personas piadosas en el lugar, aún perdonaría la ciudad. Allí cesó la intercesión de Abraham y el Señor le dejó. Mas se encontró que en la ciudad solo había un justo, y este era Lot, el sobrino de Abraham. "Y dijeron los varones a Lot: ¿Tienes aquí alguno más? Yernos, y tus hijos y tus hijas, y todo lo que tienes en la ciudad, sácalo de este lugar; porque vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra ellos ha subido de punto delante de Jehová; por tanto, Jehová nos ha enviado para destruirlo. Entonces salió Lot y habló a sus yernos, los que habían de tomar sus hijas, y les dijo: Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad. Más pareció a sus yernos como que se burlaba". Génesis 19: 12-14.

Mientras relataba estos hechos observé que la gente me miraba como molesta. Muchos de los hombres estaban en mangas de camisa y se miraban unos a otros y me miraban a mí si faltara poco para que se lanzaran sobre mí y me castigaran allí mismo. Veía sus rostros extraños e inexplicables y no podía entender qué había dicho que pudiera ofenderles. De cualquier modo, me parecía que su enojo iba en aumento a medida que continuaba con la narrativa. Tan pronto terminé la historia me volví a ellos y les dije que tenía entendido que nunca habían tenido reuniones religiosas en el lugar, y que por lo tanto estaba en el derecho de tomar por sentado, y que de hecho estaba obligado a tomar por sentado, que eran personas impías. Insistí en eso con energía ascendente y con el corazón a punto de reventar para que les quedara claro.

Les había hablado de esta forma, aplicándoles directamente el pasaje, por cerca de quince minutos, cuando de pronto una terrible solemnidad pareció caer sobre ellos y un algo resplandeció sobre la congregación--una especie de brillo, como si hubiera una suerte de agitación en la atmósfera misma. La gente empezó a caer de sus sillas en todas direcciones, clamando por misericordia. Si hubiese tenido una espada en cada mano no les hubiera podido cortar de sus sillas con la rapidez con la que cayeron al piso. De hecho, casi toda la congregación estaba en sus rodillas o postrados en el suelo dos minutos después de que ese primer shock cayó sobre ellos. Todos oraban por sus almas, al menos los que podían hablar. Por supuesto, me vi obligado a dejar de predicar, pues ya no me estaban prestando atención. Vi al anciano que me había invitado en medio de la casa, viendo la escena con el más grande de los asombros. Levanté mi voz, casi al punto de gritar, y le dije: "¿Puede orar?" Al instante se puso de rodillas y con voz estentórea derramó su corazón ante Dios, pero para nada consiguió

la atención de la gente. Luego hablé tan alto como pude, tratando de hacer que prestaran oídos. Les dije: "Aún no están en el infierno, déjenme conducirles a Cristo." Por breves minutos traté de presentarles el evangelio, pero casi nadie ponía atención. Mi corazón estaba tan lleno de gozo ante tal escena, que casi no podía contenerme. A poca distancia de donde me encontraba había una chimenea. Recuerdo muy bien que mi gozo era tan grande que no podía evitar reírme de la forma más espasmódica. Me arrodillé y metí la cabeza en la chimenea, y me puse mi pañuelo sobre la cabeza, para que no me vieran reír, pues sabía que no podrían entender que ese gozo santo era incontenible. Fue con mucha dificultad que logré contenerme de gritar y darle la gloria a Dios.

Tan pronto como logré controlar suficientemente mis sentimientos, me volví a un joven que estaba cerca de mí y que oraba por su alma. Puse mi mano sobre su hombro, para llamar su atención, y le prediqué al oído acerca de Jesús. Tan pronto logré que pusiera su atención en la cruz de Cristo, creyó, se quedó tranquilo por un minuto o dos y luego empezó a orar por los otros. Luego me volteé hacia otra persona e hice lo mismo que había hecho con aquel joven, obteniendo el mismo resultado, y así seguí con otro, y con otro. Proseguí de esta manera hasta que vi que había llegado la hora en que debía de partir para cumplir un compromiso en la villa. Así se los dejé. Le pedí al anciano que me había invitado que se quedara en el lugar y que se hiciera cargo de la reunión mientras cumplía mi compromiso y eso hizo. Sin embargo, había demasiado interés y demasiadas almas heridas como para despedir la reunión, por lo que ésta continuó toda la noche. En la mañana todavía había quienes no podían marcharse y fueron llevados a una casa privada en el vecindario para que la escuela pudiera funcionar. En la tarde me mandaron a buscar para que fuera al lugar, pues aún no podían darle término a la reunión.

Cuando estuve allí por segunda ocasión recibí la explicación del porqué de ese enojo manifiesto en la congregación mientras daba la introducción de mi primer sermón. Supe que el lugar se llamaba Sodoma--cosa que ignoraba totalmente--y que solo había un hombre piadoso en el lugar, a quien llamaban Lot. Este hombre era el anciano que me había invitado. La gente había supuesto que escogí mi tema y que les prediqué de esa forma, porque ellos eran tan perversos como Sodoma. Esta fue una asombrosa coincidencia, pero en lo que a mí respecta, totalmente accidental.

No he estado por años en ese lugar. Pocos años después de que empecé a trabajar en Syracuse, en el Estado de Nueva York, dos caballeros llegaron a buscarme un día. Uno de ellos era un hombre de edad avanzada, y el otro bordeaba los 47 años de edad. El hombre más joven me presentó a su acompañante como el diácono White, un anciano de su iglesia y me dijo que éste me había citado para darme cien dólares para el Colegio de Oberlin. El anciano, en cambio, me presentó al hombre más joven diciendo: "Este es mi ministro, el Reverendo Cross, quien se convirtió bajo su ministerio". Acerca

de esto el hermano Cross me preguntó si recordaba haber predicado en cierta época en Antwerp, en tal parte del pueblo y en una casa escuela por la tarde cuando tal escena--describiendo lo ocurrido --había tenido lugar. "Lo recuerdo muy bien"--le respondí--"jamás podría olvidarlo". "bien, pues yo era tan solo un joven cuando me convertí en esa reunión", dijo el hermano Cross, quien por muchos años ha tenido gran éxito como ministro. También, varios de sus hijos han obtenido su educación en nuestro colegio en Oberlin. Supe que aunque el avivamiento llegó a ese lugar tan súbitamente, fue de tal poder que los convertidos quedaron firmemente cimentados y que la obra fue permanente y genuina. Nunca supe que ninguna reacción desastrosa haya tenido lugar.

Dije antes que los universalistas le habían impedido al diácono Randall sostener reuniones religiosas en Antwerp en el Sabbat y que le habían sacado las ruedas a su carreta. Cuando el avivamiento alcanzó su máxima fuerza, el diácono Randall quiso que fuera a predicar en ese vecindario. Señalé una predicación en el lugar, en la tarde de cierto día, en su casa escuela. Cuando llegué a la cita encontré que el lugar estaba lleno y al diácono sentado cerca de la ventana, junto a un estante que sostenía una Biblia y un himnario. Tomé asiento junto a él, y luego me puse de pie y leí un himno, y ellos cantaron--en alguna manera--o más bien berrearón. Luego me entregué a la oración y tuve amplio acceso al trono de la gracia. Me levanté y tomé el siguiente texto: "¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?" Vi que el diácono Randall lucía muy inquieto; y pronto se puso de pie y caminó a la puerta. Hacía calor. Como había algunos muchachos en la puerta, supuse que el diácono había ido allí para mantenerlos quietos, sin embargo supe luego que esto lo había hecho por temor. Randall había pensado que si la gente del lugar me caía encima, debía estar en dónde pudiera escapar. Por el texto que usé había concluido que les iba a hablar sin adornos, y por la oposición que la gente del pueblo le había mostrado en el pasado, quería asegurarse de estar lejos de su alcance. Yo continué derramando mis pensamientos con toda mi fuerza y creo que antes de terminar hubo un vuelco absoluto de los fundamentos mismos del Universalismo. Entonces ocurrió una escena casi idéntica a la que se presentó en el lugar en donde hablé de Sodoma. El avivamiento penetró en todas las esquinas del pueblo, e incluso algunos de los pueblos vecinos compartieron la bendición. El avivamiento fue precioso en este lugar.

Cuando llegamos a recibir a los convertidos, después de que ya un gran número de ellos fue examinado y se aproximaba el día de su admisión, supe que muchos de ellos habían sido criados en familias bautistas, y les pregunté si deseaban recibir el bautismo por inmersión. Ellos respondieron que les daba igual, pero que sus padres preferirían que fuera por inmersión. Les dije que no tenía ninguna oposición al respecto, si ellos creían que esto les agradaría más a ellos y a sus amigos. De acuerdo con esto, cuando llegó el Sabbat anuncié que realizaríamos los bautismos por inmersión durante el intermedio. Bajamos a un arroyo que corría por el lugar, y allí bauticé por inmersión,

creo que a una docena o más. Sin embargo, pese a todos mis esfuerzos, no pude garantizar mucha solemnidad. Observé que los inconversos que se encontraban en las orillas se reían y que sus risas se hacían aún mayores cuando sumergía a las mujeres.

Cuando llegó la hora de los servicios de la tarde fuimos a la casa de reunión y allí bauticé a un gran número de personas tomando agua en mi mano y aplicándola en sus frentes. La administración de la ordenanza en ese lugar se mostró tan propia de Dios y tan bendita por Él, que dio mayor testimonio de que éste modo de bautismo le era aceptable, que cualquier cosa que yo hubiera podido decir. Durante la aplicación de esta ordenanza en la casa de reunión, la gente guardó gran solemnidad y muchos lloraban. Parecía ser una observación común, que produjo gran impacto en casi todos, que Dios había puesto su sello sobre esa forma de bautismo. El contraste fue tan grande entre esa escena y la sucedida en el río como para crear una impresión decisoria. Un gran número de convertidos tenían amigos metodistas.

Supe el sábado que algunos de los metodistas les habían estado diciendo a los convertidos que "el señor Finney es presbiteriano. Él creó en la doctrina de la elección y de la predestinación, más no va a predicar de eso aquí. Que no se atreva a predicarlo, pues si lo hace ciertamente los convertidos no se afiliarán a su iglesia." Estos comentarios hicieron que me determinara a predicar acerca de la doctrina de la elección en la mañana del Sabbat, antes que los convertidos se unieran a la iglesia. Tomé mi texto y continué para mostrar, primero, lo que la doctrina de la elección no es; segundo, lo que sí es; tercero, que esta es una doctrina bíblica; cuarto, que es una doctrina que está de acuerdo a la razón; quinto, que el negarla sería negar los atributos mismos de Dios; sexto, que no representa un obstáculo en el camino a la salvación de los no elegidos; séptimo, que todos los hombres podrían ser salvos si ellos quisieran; y finalmente, que ésta representaba la única esperanza de cualquiera que llegara a ser salvo, luego continué con algunas observaciones. El Señor hizo esta doctrina tan clara a mi mente, y a la gente, que creo que incluso los mismos metodistas quedaron convencidos. Nunca escuché una palabra en contra de lo dicho, o un comentario de insatisfacción con el argumento. Mientras predicaba observé a una hermana metodista llorar sentada cerca de las escaleras del púlpito. Con esta hermana había llegado a establecer una amistad y la estimaba como una excelente cristiana y temí haber herido sus sentimientos. Después de despedir la reunión ella continuó en su silla, llorando. Me acerqué y le dije: "hermana, espero no haber herido sus sentimientos." "No"--dijo ella--"usted no ha herido mis sentimientos señor Finney, sino que he cometido un pecado. Tan solo anoche mi esposo, quien es un hombre impenitente, estaba discutiendo conmigo este mismo asunto, sosteniendo lo mejor que podía esta doctrina de la elección. Yo le resistí y le dije que no era cierta, más hoy usted me ha convencido de que es la verdad: y he aquí, que en lugar de darle a mi esposo o a cualquiera una excusa, se ha convertido en mi única esperanza de que él o cualquier otra persona llegue a salvarse." No escuché más comentarios acerca de que

los convertidos no quisieran adherirse a una iglesia que cree en la doctrina de la elección.

En este lugar hubo muchos casos interesantes de conversión. Hubo incluso dos asombrosos casos de recuperación instantánea de la demencia. Cuando estaba por empezar una reunión en la tarde de un Sabbat, observé a varias mujeres sentadas en una banca junto a una dama vestida de negro que lucía una evidente y gran angustia mental. Las mujeres la estaban como sosteniendo delicadamente, para prevenir que saliera de la reunión. A medida que ingresaba al lugar una de las damas se me acercó y me dijo que la señora de negro sufría de demencia, que había sido metodista y que estaba convencida de que había caído de la gracia. Este pensamiento la había llevado primero a la desesperación y posteriormente a la locura. Su marido era un hombre intemperante que vivía a varias millas de distancia de la villa, él fue quien la trajo a la reunión y una vez que la dejó se marchó al hotel. Le dije unas cuantas palabras a la mujer, pero ella respondió que debía irse; que no podía escuchar ni predicación ni cantos, pues el infierno era su porción y no podía resistir nada que la hiciera pensar en el cielo. En privado les advertí a las damas que la mantuvieran en su asiento, si era posible, sin interrumpir la reunión. Luego subí al púlpito y leí un himno y tan pronto la congregación empezó a cantar, la mujer empezó a forcejear con fuerza tratando de salir del lugar, pero las damas le impidieron el paso, y aunque con gentileza, persistieron en evitar su escape. Después de poco tiempo se quedó quieta, más parecía evitar escuchar o prestar atención alguna a los cantos. Oré. Por un momento la escuché forcejear para salir, pero cuando terminé la oración ya estaba en silencio y la congregación estaba tranquila. El Señor me dio un gran Espíritu de oración--y un texto, pues hasta entonces no tenía un texto definido en mi mente.

Tomé mi texto de Hebreos: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro". Mi intención era animar a la fe, en nosotros y en ella, y en nosotros para con ella. Cuando empecé a predicar la mujer hizo grandes esfuerzos para salir, más las damas la resistieron con gentileza y finalmente se quedó quieta, pero con la cabeza abajo y aparentemente determinada a no prestar atención a mis palabras. Sin embargo, a medida que continuaba con la prédica, gradualmente empezó a levantar la cabeza y a mirarme al rostro con intenso fervor. Mientras continuaba urgiendo a la gente a que tuvieran confianza en su fe, para avanzar y comprometerse con confianza absoluta en Dios, por medio del sacrificio expiatorio de nuestro gran Sumo Sacerdote, súbitamente la mujer sorprendió a la congregación lanzando un alarido. Luego, prácticamente se lanzó de su asiento, y se mantuvo con la cabeza baja. Podía ver como estaba "estremeciéndose grandemente". Las damas que estaban en la banca con ella la tenían levemente agarrada al tiempo que la observaban con un interés manifiesto de oración y compasión. A medida que continuaba mi sermón ella empezó nuevamente a mirar y pronto se sentó derecha y dejó ver un rostro maravillosamente transformado,

evidenciando un gozo triunfante y paz. Había un halo en su rostro que rara vez he visto en un rostro humano. Su gozo era tal que casi no podía contenerlo y cuando terminó la reunión le hizo saber a todo el mundo que ahora era libre. Glorificó a Dios y se regocijó con magnífico triunfo. Casi dos años después de haberla conocido la encontré nuevamente aún llena de gozo y de victoria.

Otro caso de recuperación de locura, fue el de una dama en el pueblo que había caído en desesperación y en demencia. No estuve presente cuando fue restaurada, pero se me dijo que fue una sanidad casi o del todo instantánea, por medio del bautismo del Espíritu Santo. Algunas veces se ha acusado a los avivamientos de la religión de producir locura en la gente. De hecho, la realidad es que los hombres están locos en cuanto a lo que respecta a la religión, y los avivamientos más bien los restauran. Durante este avivamiento escuchamos de una fuerte oposición al mismo en Gouverneur, un pueblo que me parece está a unas doce millas de distancia, al norte. Escuchamos que los impíos amenazaban con venir a atacarnos en masa y acabar con nuestras reuniones. Por supuesto, hicimos caso omiso de estas amenazas; y esto lo menciono solo porque en breve hablaré de un avivamiento en ese lugar. Habiendo recibido a los convertidos, y después de haber trabajado en este lugar y en Evans' Mills hasta el otoño de ese año, les envié y encomendé a un joven de apellido Deming, a quien establecieron como pastor. Entonces suspendí mis labores en Antwerp.

CAPITULO IX

RETORNO A EVANS' MILLS

Para este tiempo estaba siendo grandemente presionado por los moradores de Evans' Mills para permanecer en el lugar, hasta que les di aliento al decirles que me quedaría con ellos por lo menos un año. Como estaba comprometido para casarme, partí en octubre desde allí a Whitestown, en el condado de Oneida, en donde me casé. Mi esposa había hecho preparativos para las faenas domésticas, y un día o dos después de nuestra boda la dejé y retorné a Evans' Mills, para obtener los medios para transportar sus cosas al lugar. Le dije que debía esperarme en el plazo de una semana. En el otoño anterior a esto prediqué en varias ocasiones por la tarde en un lugar llamado Perch River, a unas doce millas más al norte de Evans' Mills. Pasé un Sabbat en Evans' Mills, con la intención de regresar a buscar a mi esposa en la mitad de esa semana. Sin embargo, un mensajero enviado desde Perch River llegó ese Sabbat con la noticia de

que un avivamiento estaba gestándose lentamente en medio del pueblo desde que yo había predicado en el lugar, y me rogó que fuera y les predicara al menos una vez más. Finalmente señalé una reunión para el martes en la noche. Sin embargo, estando allí, encontré que el interés era tan profundo que me quedé para predicar el miércoles por la noche, y luego me quedé a predicar el jueves por la noche, hasta que finalmente renuncié a regresar a buscar a mi esposa esa semana y continué predicando en ese vecindario.

Pronto el avivamiento se extendió con dirección a Brownville, una villa de tamaño considerable, me parece que a varias millas de distancia hacia el sur. Finalmente, ante la insistente invitación del ministro y de la iglesia de Brownville me dirigí al lugar para pasar el invierno. Le escribí a mi esposa explicándole las circunstancias y diciéndole que debía aplazar el ir por ella hasta que Dios me abriera el camino, pues no podía abandonar tan interesante trabajo para gratificarme con ella. En Brownville la obra era muy interesante, sin embargo, la iglesia se encontraba en tal estado que resultaba muy difícil hacerla entrar en ella. La política seguida en la recolección de la iglesia era tal, que encontré en el liderazgo a presbiterianos, bautistas, metodistas y no sé qué más. Lo mismo sucedía con la membresía de la iglesia, y algunos de los miembros eran universalistas. No pude encontrar en la iglesia mucho de lo que me pareciera una sólida y genuina piedad. Además, la política del ministro parecía capaz de impedir cualquier cosa que se pareciera a un avivamiento general. Trabajé en ese invierno con grandes esfuerzos y con muchos obstáculos que vencer. En ocasiones me encontré con que el ministro y su esposa no asistían a nuestras reuniones, y luego me enteraba de que se habían ausentado para asistir a una fiesta. Me hospedé con un señor de apellido Ballard, un anciano de la iglesia, y uno de los amigos más íntimos e influyentes del ministro.

Un día, cuando bajaba de mi habitación y me aprestaba a salir para reunirme con gente que deseaba conocer la religión, me encontré con el señor Ballard en el vestíbulo y me dijo: "señor Finney, ¿qué diría usted de un hombre que ha estado orando semana tras semana para recibir el Espíritu Santo pero que no lo ha recibido aún?" Le respondí que diría que tal hombre estaba orando con motivos falsos. "Pero, ¿con qué motivos debe un hombre orar? Si ese hombre desea ser feliz, ¿es ese un falso motivo? "Me preguntó. "Satanás mismo puede orar con un motivo semejante", le dije y luego cité las palabras del salmista: "Sostenme con tu Espíritu. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti." "¡Ya ve!--le dije--"el salmista no pide el Espíritu para ser feliz, sino para ser útil, para que los pecadores puedan ser convertidos a Cristo." Después de decir esto me di la vuelta e inmediatamente salí, más logré observar que Ballard pronto volvió a su habitación. Estuve fuera hasta la hora del almuerzo, y cuando regresé me encontré con él e inmediatamente empezó su confesión. Me dijo: "Señor Finney, tengo que confesarle algo. Estaba muy molesto cuando salió esta mañana, incluso debo decir que esperaba

no volverle a ver jamás. Lo que usted me dijo trajo sobre mí la fuerte convicción de que realmente nunca me había convertido--que nunca había tenido otro motivo mayor al del mero deseo de alcanzar mi propia felicidad." Continuó diciendo: "Salí a un lugar apartado después de que usted dejó la casa, y le pedí a Dios que tomara mi vida. No podía resistir el saber que siempre había estado engañado. He sido amigo íntimo del ministro. He viajado con él y pernoctado con él, he conversado con él y he sido el más cercano de sus miembros en la iglesia, y sin embargo, siempre fui un hipócrita engañado. Esto me mortificó hasta el punto de resultarme insoportable y deseé morir y le pedí al Señor que me quitara la vida." Sin embargo, a partir de ese momento de quebranto se convirtió en un hombre nuevo. Esa conversión en particular produjo mucho bien. Podría relatar también muchos otros hechos interesantes con respecto este avivamiento, pero en vista de las muchas cosas que me dolían en cuanto a la relación del pastor--y especialmente de su esposa--con el avivamiento, prefiero abstenerme de hacerlo.

Apenas empezada la primavera de ese año dejé Brownville y me dirigí a caballo a a recoger a mi esposa. Había estado ausente durante seis meses después de nuestro casamiento y el correo era lo único que teníamos para mantener el contacto. Rara vez pudimos intercambiar letras. Cabalgué cerca de quince millas y el camino estaba muy resbaloso. Mi caballo tenía las herraduras lisas, y me di cuenta de que debía hacérselas cambiar. Me detuve en Le Rayville, una villa pequeña a unas tres millas de distancia al sur de Evans' Mills. Mientras mi caballo estaba siendo calzado la gente de la villa se dio cuenta de que estaba en el lugar y corrieron a pedirme que predicara. Me urgieron tanto que acordé predicar a la una en punto en la casa escuela--pues no tenían casa de reunión. A la hora indicada la casa estaba repleta de gente, y mientras predicaba, el Espíritu de Dios descendió con gran poder sobre la gente. Tan grande y manifiesto fue este derramamiento del Espíritu, y la súplica de la congregación tan ferviente, que entendí que debía pasar la noche en el lugar para poder predicar nuevamente en la tarde. Sin embargo, la obra aumentaba más y más; y en la tarde señalé otra reunión para la mañana, y en la mañana otra para la tarde; pronto me di cuenta de que mis planes de ir por mi esposa no llegarían muy lejos. Le dije a un hermano que si tomaba mi caballo e iba a traer a mi esposa, yo podría permanecer en el lugar. Así lo hizo y continué predicando día y tras día y noche tras noche, y se produjo un poderoso avivamiento. Debí de mencionar que mientras estaba en Brownville, Dios me reveló de pronto y de la forma más inesperada que iba a derramar su Espíritu en Gouverneur, y que debía de ir a ese lugar a predicar. No sabía absolutamente nada del pueblo, excepto de su manifiesta oposición al avivamiento sucedido en Antwerp en el año anterior. Jamás podré explicar cómo o por qué el Espíritu de Dios me hizo esta revelación. Mas supe entonces, y ahora no tengo duda alguna, de que esta fue una revelación directa de Dios para mí. Que yo supiera, no había pensado en el lugar por meses; mas mientras oraba, el hecho de que debía ir a predicar a Gouverneur pues Dios iba a derramar su Espíritu allí, me fue mostrado tan claro como la luz.

Poco después de esto vi a uno de los miembros de la iglesia de Gouverneur pasando a través de Brownville y le dije lo que Dios me había revelado. Me miro como si pensara que estaba loco, más le encargué que volviera a casa y les dijera a los hermanos lo que le había dicho, y que se prepararan para mi llegada y para el derramamiento del Espíritu del Señor. Gracias a este hermano supe que no tenían ministro, que había en el lugar dos iglesias y dos casas de reunión a poca distancia la una de la otra. Que los bautistas tenían un ministro, más no los presbiterianos. Que un ministro anciano, que formalmente había sido su pastor, vivía allí pero que ya había dejado su cargo, y que la iglesia presbiteriana no estaba celebrando servicios regulares en el Sabbat. Por lo que me dijo, pude deducir que en el lugar la religión estaba en muy mal estado, y que él mismo estaba tan frío como un témpano de hielo.

Pero ahora debo regresar a la narración de mis labores en Rayville. Después de algunas semanas de trabajo una gran masa de la población se convirtió, en ella estaba el juez Canada, un hombre de mucha influencia y de gran estatura, que sobrepasaba de hombros y cabeza a la gente de la villa. Mi esposa llegó, por supuesto, pocos días después de que envié por ella y aceptamos la invitación del juez Canada y de su esposa para alojarnos en su casa. Sin embargo, pocas semanas después la gente me urgió para que fuera a predicar en una iglesia bautista en el pueblo de Rutland, en la intersección de Rutland con Le Ray. Fijé cierto día en la tarde para la predicación. El clima se había hecho caluroso y tuve que caminar unas tres millas a través de un bosque de pinos para llegar a su casa de adoración. Llegué temprano y encontré la casa abierta, pero totalmente vacía. Me sentía acalorado por haber tenido que caminar tanto, así que entré y tomé asiento cerca del ancho pasillo, al centro del lugar. Enseguida la gente empezó a llegar y a ocupar los asientos en diferentes posiciones, esparciéndose por toda la casa y pronto el número incrementó de tal modo que la gente ingresaba de manera continua. Permanecí sentado y como no reconocí a nadie entre la multitud supuse que tampoco nadie me conocía. Al cabo de un rato una joven que lucía dos o tres plumas altas en su sombrero hizo su ingreso. Llevaba un vestido alegre, era más bien delgada, alta, de digna apariencia y ciertamente hermosa. Observé que tan pronto cruzó la puerta hizo un ademán con su cabeza que le dio un garboso movimiento a sus plumas, y pensé que sin duda había practicado antes ese movimiento frente al espejo. Caminaba como si fuera navegando a lo largo del ancho pasillo, y con cada paso meneaba sus plumas en la más elegante manera, apenas moviendo los ojos lo suficiente como para ver la impresión que estaba causando. Esa estampa resultaba bastante peculiar, considerando el lugar, y me golpeó mucho. El Señor quiso que la joven fuera a tomar asiento junto al pasillo, justo detrás de mí, en un lugar que estaba desocupado. Estábamos sentados bastante juntos, pero cada quien en un banco separado. Me moví un poco para poder voltearme y colocar el codo en el respaldo de mi asiento y así estudiar los movimientos y la apariencia de la joven y tratar de entender sus intenciones. Ella continuaba moviendo su cabeza en su elegante ademán, y permitía que su cuerpo se moviera sutilmente, para que así las

plumas continuaran ondeando. Era evidente que estaba tan llena de orgullo y de egoísmo. Después de haber estado yo en esa posición por un corto tiempo, me volteeé y la miré. Cada parte de su vestido indicaba la más grande de las vanidades. La miré desde la cabeza hasta la punta de los pies, llevando mis ojos hasta la cima de su sombrero, y esto lo repetí y lo repetí. Ella notó mi mirada tan crítica y se dejó ver un poco avergonzada. En voz muy baja le dije: "¿No cree usted que Dios piensa que se ve Hermosa? ¡Pero qué linda pensará Dios que usted luce! ¿Le parece que la gente piensa que usted se ve muy bien?" Luego le dije más seriamente: "¿Viene usted a este lugar para dividir la adoración en la casa de Dios? ¿Para hacer que la gente la adore a usted, desviando su atención de Dios y de la adoración que a Él se le debe?" Esto la hizo retorcerse; le seguí hablando en voz baja para que nadie, solo ella escuchara. Mis palabras la hicieron languidecer, y ya no era capaz de mantener la cabeza erguida. Empezó a temblar y sus plumas con ella. Cuando dije lo suficiente como para dejarle claro en el pensamiento la realidad de su insufrible vanidad, me levanté y fui al púlpito. Tan pronto vio que me dirigía al púlpito y que yo era el ministro que iba a predicar, su agitación manifiesta empezó a aumentar--tanto, como para llamar la atención de los que la rodeaban. La casa pronto se llenó. Tomé mi texto y me envolví en la predicación.

El Espíritu de Dios se derramó en forma evidente sobre la congregación; y al finalizar el sermón hice algo que nunca había hecho antes: llamé a todos aquellos que quisieran entregarle su corazón al Señor a pasar al frente y a tomar los primeros asientos. No recuerdo el haber hecho esto después sino hasta cuando lo hice nuevamente en Rochester, en el estado de Nueva York. Cuando hice este llamado, la joven fue la primera en ponerse de pie. Estalló en llanto en el pasillo y avanzó como quien que se encuentra en desesperación. Era como si hubiera perdido conciencia de la presencia de cualquiera que no fuera Dios. Se apresuraba para llegar a las sillas de enfrente hasta que finalmente se desplomó en el pasillo, temblando con agonía. Un gran número de personas se puso de pie en diferentes partes de la casa y pasaron al frente; y al parecer muchos le entregaron su corazón a Dios allí mismo, y entre estos aquella joven. Al preguntarle a la gente supe que esta dama era considerada la belleza del lugar, que era una muchacha agradable, pero que todos la tenían como muy orgullosa y ostentosa.

Cuando dejé el lugar--y más bien, muchos años después--me encontré con un hombre que me recordó acerca de esa reunión, y a él le pregunté sobre de la joven. Me informó que la conocía muy bien, que aún vivía en el lugar, que estaba casada y que era una mujer muy útil, y que a partir de entonces siempre había sido una cristiana ferviente.

Prediqué un par de veces en ese lugar, y luego el asunto de Gouverneur volvió nuevamente a mi mente. Era como si Dios me estuviera diciendo: "Ve a Gouverneur--el tiempo ha llegado". El hermano Nash había venido a visitarme pocos días antes de

esto, y estaba pasando un tiempo conmigo en el lugar. Para el momento de esta última llamada a Gouverneur tenía unas dos o tres reuniones pendientes en Rutland. Así que le dije al hermano Nash: "Usted debe ir a Gouverneur y ver qué está sucediendo, regresar y darme un reporte". Partió a la mañana siguiente, y regresó a los dos o tres días diciendo que había encontrado un gran número de profesores de religión bajo un intenso ejercicio mental, y que estaba seguro de que había una buena porción del Espíritu de Dios en medio del pueblo; pero que la gente no estaba del todo conscientes de cuál era realmente el estado de las cosas. Le informe entonces a la congregación en donde me encontraba predicando que había sido llamado a Gouverneur, y que ya no podía fijar más reuniones en el lugar. Le pedí al hermano Nash que regresara inmediatamente, y que le informara a la gente de Gouverneur que me esperaran cierto día de esa semana.

CAPITULO X

AVIVAMIENTO EN GOUVERNEUR

De acuerdo con mi solicitud, le hermano Nash regresó al día siguiente y señaló una reunión conmigo y con la iglesia en el día que había indicado. Si no me equivoco, tuve que cabalgar trece millas para llegar a la reunión. Llovió fuertemente en la mañana, mas la lluvia disminuyó a tiempo para permitirme cabalgar a Antwerp. Mientras almorzaba en el pueblo la lluvia volvió y persistió con fuerza hasta bien entrada la tarde. En la mañana y en la tarde previas a la reunión todo parecía indicar que no sería capaz de llegar a la cita a tiempo. Sin embargo, se apaciguó la lluvia nuevamente y me permitió cabalgar velozmente hasta Gouverneur. Allí me encontré con que la gente, al ver tremenda lluvia, había renunciado a las expectativas de que llegara ese día. Antes de llegar a la villa me encontré con el señor Smith, uno de los principales miembros de la iglesia que regresaba de la casa de reunión a su hogar. Casualmente acababa de pasar por su domicilio a caballo. Smith detuvo su carruaje y me dijo: "¿Es usted el señor Finney?" Cuando respondí afirmativamente, dijo: "Por favor, regrese a mi casa. Insisto que sea mi huésped, usted ha cabalgado desde tan lejos con los caminos en tan malas condiciones y debe de estar fatigado. No celebrará la reunión esta noche." Le respondí que me era necesario cumplir con mi compromiso y le pregunté si se había dado por suspendida la reunión con la iglesia. Me dijo que hasta el momento de su partida no se había suspendido y que creía que me sería posible llegar a la villa antes de que despidieran a la gente. Cabalgué a toda prisa, desmonté en la puerta de la casa de reunión y me apresuré a entrar. El hermano Nash se encontraba frente al púlpito. Se acababa de poner de pie para despedir la reunión y al verme entrar alzó los brazos, esperó hasta que llegara hasta el púlpito y me abrazó enseguida. Después de este

abrazo me presentó a la congregación. En pocas palabras les dije que había llegado para cumplir con mi compromiso, y que Dios mediante, predicaría a cierta hora.

Cuando llegó la hora de la reunión la casa estaba llena. La gente había escuchado tanto a mi favor y en mi contra, que se había suscitado una gran curiosidad. El Señor me dio un texto y subí al púlpito para derramar mi corazón ante la gente. La Palabra tuvo un efecto poderoso creo que eso les fue manifiesto a todos. Despedí la reunión y me retiré a descansar.

El hotel de la villa estaba a cargo de un doctor de apellido Spencer, un hombre unitario en sentimiento, y un universalista declarado. A la mañana siguiente encontré la villa alborotada y salí, como era mi costumbre, a hacer visitas para conversar con la gente acerca de sus almas. Después de haber realizado algunas visitas me detuve en una sastrería, en donde vi a un número de personas reunidas. Al principio pensé que estaban discutiendo mi sermón de la noche anterior, pero enseguida descubrí que estaba equivocado. Lo que sucedía es que el doctor Spencer, de quien para entonces no había escuchado absolutamente nada, estaba en el lugar defendiendo ante la gente sus sentimientos universalistas. Inmediatamente tuve claro los puntos que se habían discutido, abrí la conversación y Spencer salió al frente, sintiéndose manifiestamente apoyado por sus camaradas, para disputar las posiciones que yo había presentado en mi sermón y para sostener, en contraste con esas posiciones, la doctrina de la salvación universal. Uno de los escuchas me presentó al doctor Spencer, diciéndome quien era y enseguida, dirigiéndome a él, le dije: "Doctor, con todo gusto conversaré con usted acerca de sus perspectivas, pero si vamos a tener tal conversación primero debemos acordar los métodos de los que nos serviremos en nuestra discusión". Yo ya estaba harto acostumbrado a discutir con universalistas y no esperaba ningún buen fruto del diálogo a menos que se acordaran ciertos términos a seguir en el debate. Propuse entonces, en primer lugar, que tomásemos un punto a la vez y que lo discutiéramos hasta que quedara establecido, o hasta que ya no hubiera nada que decir al respecto. Cuando eso sucediera tomaríamos otro punto, y luego otro, confinándonos así al punto inmediato en debate; en segundo lugar, que no nos interrumpiéramos mutuamente, sino que cada uno gozaría de la libertad de presentar sus perspectivas acerca del punto sin ser interrumpido por nadie; y tercero, que no deberían de haber reparos ni burlas, sino que se observaría sinceridad y cortesía, dándole a cada argumento el peso debido sin importar en cuál de las partes se hubiera producido. Yo no ignoraba que todos los presentes eran de un mismo sentir, y también era evidente que estaban aliados y que se habían reunido en esa mañana buscando apoyarse los unos a los otros en cuanto a sus perspectivas.

Habiendo establecido los preliminares dimos inicio a la discusión. No me tomó mucho tiempo demoler cada una de las posiciones asumidas por el doctor en cada uno de sus puntos. A decir verdad, el hombre sabía poco de la Biblia y tenía una forma particular

de disponer de los pasajes que generalmente se usan en contra del universalismo, según los recordaba. Sin embargo, como es costumbre popular entre los universalistas, sus argumentos descansaban en la absoluta injusticia del castigo eterno. Rápidamente le mostré a él y a los demás, que tenía muy pocos fundamentos bíblicos y que si realmente el castigo eterno es injusto y la Biblia lo sostiene, entonces, de acuerdo a sus perspectivas la Biblia no podría ser verdadera. Con esto quedó establecido el asunto en cuanto a lo que la Biblia respecta. De hecho, podía ver con facilidad que todos ellos eran escépticos, y que no cederían aun cuando veían que la Biblia contradecía sus posturas. Luego cerré con él el asunto de la justicia del castigo eterno. Noté que sus amigos empezaron a inquietarse, y que sentían que los fundamentos sobre los que se sostenían empezaban a tambalearse. Pronto uno de ellos se retiró del lugar, y a medida que yo procedía otro más salió, hasta que finalmente todos dejaron a Spencer abandonado, viendo, como sin duda lo habían hecho uno tras otro, que el hombre estaba indudablemente equivocado. El doctor Spencer había sido su líder, y Dios me había dado la oportunidad de usarlo para Sus propósitos frente a sus propios seguidores. Cuando el doctor no tenía ya más que decir, le presenté enseguida la urgencia de poner atención a su salvación. Esto lo hice con calidez y amabilidad y luego de desearle buenos días, me retiré. Tenía la seguridad de que pronto escucharía acerca de nuestra conversación.

La esposa del doctor era una mujer cristiana, miembro de la iglesia. Ella me contó un día o dos después de lo sucedido que el doctor había llegado a casa después de nuestra conversación bastante agitado. Ella no sabía de dónde venía. Él había entrado a la habitación, se había sentado, pero no podía permanecer quieto, así que se ponía de pie, caminaba y se sentaba, alternadamente. La mujer veía en su rostro que algo le atribuía grandemente y le preguntó: "doctor ¿qué sucede?" "Nada"--respondió él. La agitación del hombre aumentaba, así que volvió a preguntarle: "¡Doctor, dígame enseguida qué sucede!" La mujer desconfiaba de su respuesta y tenía el palpito de que se había encontrado conmigo, y le dijo: "¿Doctor, ha visto usted al señor Finney este mañana? Esto lo confrontó y enseguida estalló en llanto diciendo: "¡Si, y ha vuelto todas mis armas contra mi propia cabeza!" Su angustia era intensa, y cuando se le abrió esa puerta de oportunidad para expresarse, rindió sus convicciones y pronto manifestó esperanza en Cristo. En unos cuantos días sus compañeros, aquellos que habían abrazado sus perspectivas, empezaron a llegar a los pies del Señor uno tras otro, hasta que, según me parece, el avivamiento arrasó con todos ellos.

He dicho que había en el lugar una iglesia bautista y una presbiteriana, cada cual con su casa de reunión, ubicadas en el prado a poca distancia la una de la otra. También he dicho que la iglesia bautista tenía un pastor, pero no así la presbiteriana. Tan pronto se desencadenó el avivamiento y atrajo la atención general, los hermanos bautistas empezaron a levantar oposición hablando en contra del mismo y usando medios muy objetables para impedir su progreso. Sus propios hijos acudían a nuestras reuniones y

muchos fueron convertidos, sin embargo llevaron su oposición a tales dimensiones que supe que iban a nuestros encuentros, y mientras nos encontrábamos arrodillados, en oración, se llevaban a sus muchachos haciéndoles levantar de sus rodillas y les prohibían regresar. Esta conducta animó a un grupo de jóvenes a unir fuerzas en oposición a la obra. La iglesia bautista era muy influyente y su postura envalentonó a la oposición y de hecho, como era de esperarse, parecía darle una fuerza y un mal sabor muy particular. Aquellos jóvenes que se juntaron en oposición--un buen grupo en número--parecían haberse levantado como un baluarte en el camino del progreso de la obra y estaban respaldados manifiestamente por la iglesia bautista, y por sus padres, quienes pertenecían a la iglesia. Este era el estado de las cosas cuando el hermano Nash y yo, después de discutir el asunto, nos convencimos de que la única forma de prevalecer era por medio de la oración, pues iba a ser imposible que el avivamiento continuara de otra manera. Así que no retiramos a una arboleda y nos entregamos a la oración hasta que prevalecimos y sentimos la confianza de que no había poder en la tierra o en infierno que pudiera interponerse para detener de forma permanente la obra de avivamiento. En el siguiente Sabbat, después de que hube predicado en la mañana y en la tarde--pues yo estaba a cargo de la predicación, mientras el hermano Nash se entregaba por completo a la oración--nos reunimos en la iglesia a las cinco en punto para una reunión de oración. La casa de reunión estaba llena. Casi al cierre del encuentro el hermano Nash se puso de pie y se dirigió al grupo de jóvenes que se habían levantado en oposición para resistir el avivamiento. Me parece que todos ellos se encontraban presentes, sentados juntos, en resistencia al Espíritu de Dios. Lo que sucedía era demasiado solemne como para que pudieran hacer burla de lo que escuchaban y veían, pero aun así su terquedad y la rigidez de sus rostros les era evidente a todos. El hermano Nash se dirigió a ellos muy cálidamente, pero les señaló la culpa y el peligro tan grande del curso que estaban tomando. Para el final de sus palabras su discurso se hizo más ferviente y les dijo: "¡Ahora, escúchenme bien, jóvenes, Dios romperá sus filas en menos de una semana, ya sea al convertirlos o al enviar a algunos de ustedes al infierno. Y esto es tan cierto como que el Señor es mi Dios!" Cuando dijo esto estaba de pie frente a una banca y dejó caer la mano sobre ella, como para que les quedara claro. Luego se sentó enseguida, agachó la cabeza y gimió con dolor. La casa de reunión estaba tan quieta que parecía que estuviese llena de muertos. La mayoría de la gente tenía la cabeza baja. Pude ver que los jóvenes se veían intranquilos. En lo personal me parecía que el hermano Nash había ido demasiado lejos: había comprometido su palabra diciendo que Dios le quitaría la vida a algunos de ellos y les enviaría al infierno, o convertiría a algunos en el plazo de una semana. Temía que en medio de su emoción el hermano Nash hubiese ido muy lejos y que si lo dicho no llegaba a cumplirse los jóvenes solo serían alentados a continuar con más fuerza su oposición. Como sea, me parece que fue un martes en la mañana de esa misma semana, que el líder de este grupo de jóvenes vino a mí en medio de la más terrible de las angustias mentales. Estaba totalmente listo para rendirse, y tan pronto

le presioné un poco se quebrantó como un niño, confesó y se entregó manifiestamente a Cristo. Luego me pregunto: "¿Qué hago ahora, Señor Finney?" Le dije: "Ve inmediatamente a todos tus jóvenes compañeros y ora con ellos, y exhórtalos a que enseguida se vuelvan al Señor". Esto hizo y antes de que la semana acabara casi todos, sino todos aquellos jóvenes, alcanzaron esperanza en Cristo.

En la villa vivía un mercader de nombre Hervey D. Smith. Este era un hombre muy amigable y un caballero, sin embargo, deísta. Su esposa era hija de un ministro presbiteriano. Esta mujer era su segunda esposa. Su primera esposa también había sido hija de un ministro de la vieja escuela presbiteriana. Entonces, este hombre había casado en dos familias ministeriales y sus suegros había procurado con grades esfuerzos asegurar su conversión a Cristo. El señor Smith era un gran lector y una persona muy reflexiva. Sus suegros, ambos presbiterianos de la vieja escuela, le habían hecho leer el tipo de libros que enseñaban sus particulares perspectivas y estos le habían sido de gran tropezadero. Mientras más leía, más se convencía de que la Biblia era una fábula. La señora Smith, su esposa, me rogó con urgencia que fuera a conversar con su esposo. Ella me informó acerca de sus perspectivas y de los esfuerzos que se habían hecho para llevarle a abrazar la religión cristiana. También me advirtió que él estaba muy firme en sus perspectivas y que no estaba segura de que realmente alguna conversación pudiera dar resultado. Con todo esto, le prometí que pasaría a ver a su esposo, y así lo hice. La tienda de Smith estaba situada en la parte del frente de su residencia. Su esposa fue a buscarle al negocio y le pidió que entrara a la casa, pero él se rehusó. Le dijo que no serviría de nada un encuentro conmigo, que ya había hablado suficiente con ministros, que ya sabía lo que le iba a decir de antemano y que no podía darse el lujo de perder ese tiempo. Además, discutir esos asuntos era algo que en sus sentimientos encontraba repulsivo. Sin embargo su mujer le contestó: "Señor Smith, usted nunca ha tenido la costumbre de tratar a los ministros que le han visitado en semejante manera. Yo misma he invitado al señor Finney para que venga a tratar con usted el tema de la religión, y me entristecería y mortificaría mucho el que usted se negara a verle". El señor Smith amaba mucho a su esposa, que de hecho era una joya de mujer, y para no disgustarla accedió a entrar. La señora me lo presentó y dejó la habitación y le dije al hombre: "Señor Smith, de ninguna manera he venido para contender con usted, mas si está dispuesto a conversar es posible que pueda sugerirle alguna cosa que le ayudará a resolver algunas de sus dificultades con la religión cristiana, dificultades que tal vez yo mismo pude haber sentido."

Al haberme dirigido a él con suma cordialidad, inmediatamente pareció sentirse cómodo conmigo. Se sentó junto a mí y me dijo: "Bien, señor Finney, no hay necesidad de que sostengamos una larga conversación en este respecto. Ambos estamos muy bien familiarizados con los argumentos en contra y a favor, así que puedo exponerle en breves minutos las objeciones que encuentro en la religión cristiana, y que me resultan imposibles de superar. Creo que sé de antemano cómo va usted a responder, y que

estas respuestas no lograrán satisfacerme. Más si usted desea, haré la exposición". Le rogué que lo hiciera, y lo hizo más o menos en estas palabras, según puedo recordar: "Ambos estamos de acuerdo en la existencia de Dios, ¿cierto?". "Sí"--respondí. "¿Y estamos de acuerdo en que Dios debe ser infinito en sabiduría, bondad y poder?" "Sí"--dije nuevamente. "Y estamos de acuerdo de que al crearnos nos dio allí mismo ciertas convicciones irresistibles acerca del bien y del mal; de la justicia y de la injusticia, ¿cierto?". "Así es"--afirmé. "Muy bien"--continuó Smith--"Entonces estamos de acuerdo en que cualquier cosa que contraría a nuestras convicciones irresistibles acerca de la justicia no pueden provenir de Dios, y que aquello que no está de acuerdo a nuestras convicciones irresistibles no puede ser ni bueno ni sabio, ¿cierto?". Respondí nuevamente "sí". "Muy bien"--dijo él--"la Biblia nos enseña que Dios nos creó con una naturaleza pecaminosa, o que venimos al mundo totalmente llenos de pecado e incapaces de hacer bien alguno; y que esto está de acuerdo con ciertas leyes preestablecidas por Dios. Que a pesar de que tenemos esta naturaleza pecaminosa, que es incapaz de hacer nada bueno, Dios nos ordena obedecerle y hacer el bien, cuando eso para nosotros es supremamente imposible; y que esto Dios lo ordena bajo amenaza de un castigo eterno". Le respondí: "Señor Smith si tiene usted una Biblia, ¿podría buscar el pasaje que enseña lo que usted acaba de decir?" A esto respondió: "¿Por qué? No hay para hacer tal cosa. Usted admite que es una enseñanza Bíblica." "No, no lo admito ni creo en cosa semejante"--respondí.-- Smith continuó: "Pero la Biblia enseña que Dios le imputó el pecado de Adán a toda su descendencia. Osea, que nosotros heredamos la culpa de su pecado por causa de nuestra naturaleza, y que estamos expuestos a maldición eterna por culpa del pecado de Adán. No me importa quién lo dijo, o que libro enseña semejante cosa, solo sé que semejante enseñanza no puede provenir de Dios. Esto está en contradicción directa con mis convicciones irresistibles acerca del bien y la justicia." "Así es"--respondí--"y también está en directa contradicción con las mías."--Le dije y añadí: "Por favor, ¿dígame dónde se enseña eso en la Biblia?"

El señor Smith empezó a citar el catecismo, como lo había hecho antes. Entonces le dije: "Eso es catecismo, no Biblia". El respondió: "Pero, ¿no es usted un ministro presbiteriano? Yo creía que el catecismo sería para usted suficiente autoridad". Le respondí que no, y que "ahora estamos hablando de la Biblia--estamos discutiendo si la Biblia es cierta o no. ¿Puede usted decir que esa es una doctrina de la Biblia?" A esto él respondió que si yo afirmaba que tal cosa no era una enseñanza bíblica, estaba asumiendo una postura que nunca había visto en un ministro presbiteriano. Luego prosiguió diciendo que la Biblia mandaba a todos los hombres a arrepentirse, pero que al mismo tiempo enseña que no tienen la capacidad de hacerlo: mandándoles a obedecer y a creer, más al mismo tiempo enseñándoles que esto era imposible. Por supuesto, nuevamente cerré su argumento preguntándole dónde se encontraban esas enseñanzas en la Biblia. Citó nuevamente el catecismo, pero no le recibí tales citas como un argumento. Luego continuó diciendo que la Biblia también enseña que Cristo

solo murió por los elegidos, más sin embargo le ordena a todos los hombres, ya sean estos elegidos o no, que crean bajo amenaza de muerte eterna y dijo que "el hecho es que la Biblia, en sus requerimientos y enseñanzas, contraría mi sentido innato de justicia en todos sus puntos. No puedo y no la aceptaré". Entonces le dije: "Señor Smith, aquí tenemos un error. Lo que usted ha dicho no son enseñanzas de la Biblia". "Bien entonces, señor Finney"--dijo él--"entonces dígame usted en qué cree". Esto lo dijo con un alto grado de impaciencia. Le dije: "si usted me presta su atención por unos momentos, le diré en qué creo".

Así fue que empecé a decirle en un orden breve cuáles eran mis perspectivas, tanto con respecto a las leyes como al evangelio. Smith era un hombre lo suficientemente inteligente como para comprenderme con facilidad y rapidez. Creo que en el transcurso de una hora abarqué todo el terreno de sus objeciones. Entonces se mostró intensamente interesado y pude notar que los puntos de vista que le estaba mostrando eran para él algo nuevo. Cuando hablé de la expiación y le mostré que había sido hecha para todos los hombres--hablé de su naturaleza, diseño, extensión y de la libertad para la salvación por medio de Cristo--noté que sus sentimientos se exaltaron a tal punto que puso ambas manos en su rostro, dejó caer la cabeza sobre las rodillas y todo su cuerpo empezó a temblar de emoción. Vi que la sangre se apresuró a subir a su rostro y que lágrimas comenzaron a fluir libremente de sus ojos. Fue allí que me puse de pie enseguida y abandoné la habitación sin decir palabra. Había visto que una flecha le había atravesado y esperaba que se convirtiera inmediatamente. Resulta que se convirtió antes de salir de la habitación.

Inmediatamente después de haber dejado la habitación del señor Smith sonó la campana de la casa de reunión anunciando una reunión de oración y conferencia. Me dirigí a la reunión y poco después de que esta empezó entraron el señor y la señora Smith. Su rostro mostraba que había sido conmovido grandemente. La gente miraba hacia todas partes y se dejaba ver sorprendida con la presencia de Smith en una reunión de oración. Me parece que él tenía el hábito de asistir a la adoración del Sabbath, pero que nunca había asistido a una reunión de oración y mucho menos durante el día. Para su provecho ocupé gran parte de la reunión haciendo observaciones, a las cuales le prestó la más grande de las atenciones. Más tarde su esposa me contó que mientras caminaba con él de regreso a casa después de la reunión, le había dicho: "Querida, ¿dónde se ha ido toda mi infidelidad? No puedo recordarla. Ya no puedo pensar en ella y atribuirle sentido. Es como si ahora pudiera ver que era un completo absurdo. No puedo imaginar siquiera cómo llegué a tener tales perspectivas o a tenerle a mis argumentos el respeto que les tenía". Continuó diciendo: "Es como si se me hubiera invitado a juzgar alguna pieza espléndida de arquitectura, algún templo magnífico; y que apenas vi una de sus esquinas sentí disgusto, y me alejé rehusándome a inspeccionar más allá. Condené el todo sin considerar si quiera sus proporciones. Es así como he tratado al gobierno de Dios." La

señora Smith me dijo que él siempre había sentido una repulsión particular a la doctrina del castigo eterno, pero que en aquella ocasión, cuando se encontraban caminando a casa, él le dijo que por la forma en la que había tratado a Dios merecía condenación eterna. Su conversión fue muy clara y definitiva. Abrazó con gusto la causa de Cristo y se enlistó de todo corazón en la promoción del avivamiento. Se unió a la iglesia, y pronto se convirtió en diácono y hasta el día de su muerte, de acuerdo a lo que se me ha dicho, fue un hombre de gran utilidad.

Después de la conversión del señor Smith y del grupo de jóvenes al cual me he referido, consideré que había llegado el momento, de ser eso posible, de poner fin a la oposición de la iglesia bautista y de su ministro. Por esta razón tuve primero una entrevista con el diácono de la iglesia bautista, quien había mostrado una muy amarga oposición. A él le dije: "Ustedes ya han llevado su oposición demasiado lejos. Ya deben de haberse convencido de que esto es obra de Dios. No he hecho alusión en público de las oposiciones hechas por usted o por cualquiera de su congregación o por su ministro, y no deseo hacerlo o dar la impresión de tener conocimiento de semejante cosa. Pero ya han ido demasiado lejos; y siento que es mi deber, si es que ustedes no cesan de inmediato, el llevarle a usted de la mano y exponer públicamente su oposición desde el púlpito". Las cosas habían llegado a tal punto que estaba seguro de que tanto Dios como el público me respaldarían en caso de llevar a cabo esa medida, si es que los bautistas continuaban con su oposición. El diácono confesó, y dijo que lo sentía; prometió además hacer una confesión y que dejaría de oponerse a la obra. Dijo que había cometido un grave error y que había estado engañado, pero también admitió que había sido muy perverso. Luego fue a buscar a su ministro y tuve una larga conversación con ambos. El ministro confesó que había estado totalmente equivocado; que había estado engañado y que su accionar había sido perverso. Además admitió que sus intereses sectarios le habían llevado demasiado lejos. Dijo que esperaba que pudiera perdonarle y oró a Dios para que también le perdonara. Le dije que si le ponía fin a su oposición no tomaría en cuenta lo hecho por su iglesia. El ministro y el diácono prometieron terminar con toda oposición. Luego le dije lo siguiente: "Por otro lado, un considerable número de sus jóvenes, cuyos padres asisten a su iglesia, se han convertido"--si no me equivoco, cerca de cuarenta de sus jóvenes se habían convertido en el avivamiento--"Si usted comienza a hacer proselitismo, esto lastimará los sentimientos de los presbiterianos y creará un sentir sectario en ambas iglesias, y esto será aún peor que toda la oposición que nos han mostrado". Le dije también que "a pesar de su oposición la obra ha continuado porque los hermanos presbiterianos han mantenido alejado todo espíritu de sectarismo y han mantenido el Espíritu de oración. Pero si usted se vuelve al proselitismo, se destruirá el Espíritu de oración y el avivamiento cesará de inmediato". Él dijo que sabía que yo tenía razón en esto y que por lo tanto iba a abstenerse de decir nada acerca de recibir nuevos convertidos, y que no abriría las puertas de la iglesia para la recepción de los convertidos, sino hasta que el avivamiento hubiera concluido, para que así, sin ningún

proselitismo, los convertidos pudieran adherirse a la iglesia que deseen. Le dije que era eso mismo lo yo que deseaba que hicieran.

Esta entrevista se dio en un viernes. Al siguiente día, es decir, el sábado, se celebraba la reunión mensual del Pacto. Cuando los hermanos bautistas se reunieron, el ministro, en lugar de honrar su palabra, abrió las puertas de su iglesia e invitó a los convertidos a pasar, narrar sus experiencias y a unirse a su iglesia. Tantos como pudieron ser persuadidos entraron a contar su experiencia, y al día siguiente se realizó un gran desfile para bautizarlos. El ministro mandó a buscar, y aseguró la ayuda inmediata, de uno de los ministros bautistas más proselitistas que he conocido en mi vida. El hombre llegó al pueblo y empezó a predicar y a enseñar acerca del bautismo. Los bautistas saquearon la ciudad de sus convertidos en todas direcciones; y cada vez que conseguían que alguien se les uniera realizaban una procesión y marchando y cantando en un gran desfile, llevaban al individuo a las aguas para bautizarle. Esto entristeció tanto a la iglesia presbiteriana que acabó con su Espíritu de oración y con su fe y la obra se estancó. Durante seis semanas no hubo una sola conversión. Mientras tanto el tema del bautismo se ventilaba por todos lados, y toda la emoción del avivamiento se vino abajo. Tanto santos como pecadores discutían la cuestión del bautismo, pues de esto era lo que enseñaba todos los días aquel viejo ministro proselitista.

Había un número considerable de varones, algunos de ellos hombres prominentes de la villa que habían estado en fuerte convicción y que parecían estar a punto de convertirse, pero que habían sido por completo desviados debido a este asunto del bautismo. De hecho, al parecer este había sido el efecto general producido por esta actitud de los bautistas. Era evidente para todos que el avivamiento se había detenido, y que los bautistas, a pesar de que se habían opuesto al avivamiento desde el principio, estaban muy dispuestos a incluir a todos los convertidos en su iglesia. Pese a esto, creo que la mayoría de los convertidos no lograron ser persuadidos de ser sumergidos, aunque nada se había dicho acerca de la otra postura con respecto al bautismo. Finalmente, le dije a la gente en un Sabbat: "Ustedes pueden ver cómo están las cosas--la obra de conversión está suspendida. De hecho, no sabemos que se haya producido una sola conversión en seis semanas, y ustedes conocen la razón". No le dije a la gente acerca de cómo el pastor bautista había quebrantado su palabra, tampoco hice alusión alguna a eso, pues sabía que no produciría ningún bien, sino que al contrario, causaría una gran herida el que la gente supiera que el ministro era culpable al haber tomado esa medida. Le dije también a la gente que "no deseo tomar un Sabbat para predicar acerca de este asunto; pero si ustedes vienen el miércoles a la una en punto de la tarde, y traen sus Biblias y sus lápices para marcar, les leeré todos los pasajes que la Biblia que se refieren al modo de bautismo y les informaré las perspectivas de los hermanos bautistas con respecto a esos pasajes, tan bien como las

conozco, y además les daré mis posturas, para que así ustedes mismos puedan juzgar en dónde se haya la verdad".

Ese miércoles la casa de reunión estuvo llena y noté que un número considerable de hermanos bautistas estaba presente. Empecé a leer primero en el Antiguo Testamento y luego en el nuevo, todos los pasajes que yo conocía que tenían alguna referencia con la forma de bautismo. Presenté las perspectivas que los bautistas tienen de esos textos, y las razones para esas perspectivas. Luego les presenté mis propias perspectivas y mis razones. Pude ver que la impresión que quedó en la gente fue buena y certera, que no había prevalecido un mal espíritu, y que el público parecía satisfecho en cuanto al modo de bautismo. Noté que me tomó tan solo tres horas y media leer y explicar todos los pasajes. Hasta lo que sé, los hermanos bautistas estuvieron satisfechos de que haya empezado con las perspectivas que ellos abrazan, y que lo haya hecho de forma honesta, con la misma firmeza que cualquiera de ellos hubiera usado, y que haya ofrecido también las razones para estas perspectivas. Antes de despedir la reunión les dije: "si vienen mañana a la misma hora, una en punto, les leeré todos los pasajes que nos relatan acerca de los sujetos del bautismo siguiendo el mismo curso de hoy"

Al día siguiente la casa estuvo concurrida, tal vez más que el día anterior. Un buen número de los hermanos principales de la iglesia bautista estaban presentes y observé que el anciano ministro, el gran proselitista, también estaba sentado en medio de la congregación. Después de los servicios introductorios me puse de pie y comencé mi lectura. En ese momento el anciano se puso de pie y me dijo: "Señor Finney, tengo una cita pendiente y no puedo quedarme a su lectura. Sin embargo, quisiera responderle. ¿Cómo sabré cuál será el curso que persiga?" Le respondí: "Anciano, tengo conmigo un pequeño esqueleto en el cual he citado todos los pasajes que voy a leer y he anotado el orden en el cual discutiré el tema. Si usted desea, por favor tómelo, y responda de acuerdo a él". Salió entonces, según supuse, a su reunión. Empecé mi lectura en Génesis. Examiné el pacto hecho con Abraham, y leí todo lo que en el Antiguo Testamento tenía relación con la cuestión de las familias y de los hijos de aquel pacto. Brindé las perspectivas de los bautistas acerca de los pasajes leídos junto con mis perspectivas, con las razones a favor y en contra, tal como lo había hecho el día anterior. Tomé luego el Nuevo Testamento, y recorrí todos los pasajes en los cuales se refiere al sujeto del bautismo. La gente se enterneció y las lágrimas fluyeron con libertad cuando hablé acerca del pacto como un pacto que aún Dios establece con los padres y sus hogares. La congregación estaba en gran manera conmovida. Vi que me tomó tan solo tres horas y media leer y exponer los pasajes relacionados con los sujetos del bautismo. Justo antes de terminar mi exposición, el diácono de la iglesia Presbiteriana tuvo ocasión de salir con un niño que había estado sentado junto a él durante la prolongada reunión. Este diácono me dijo más tarde que cuando salió al

vestíbulo de la iglesia se encontró con el viejo anciano sentado, con la puerta entreabierta escuchándome hablar, y él mismo llorando.

Cuando terminé mi intervención la gente me rodeó por todas partes, y con lágrimas en los ojos me agradecieron por tan completa y satisfactoria exhibición del tema. Debí decir que a esta reunión no solo acudieron los miembros de la iglesia, sino la comunidad en general. Esas dos lecturas dejaron claro el tema del bautismo. Me contaron que mientras la gente salía del lugar uno de los hombres más prominentes de la villa y del grupo de inconversos, que había estado bajo convicción y que había sido desviado por este tema del bautismo, le dijo al anciano: "Anciano, debería darle vergüenza. Usted llegó a este lugar como un maestro de religión y nos ha estado enseñando continuamente con sus lecturas que este pacto hecho con Abraham era un pacto de obras y no de gracia. Y aquí usted ha estado receptando toda la agitación producida por su ignorancia en cuanto a las enseñanzas de la Biblia en el tema del bautismo. Usted, un bautista profeso, cuando usted mismo no entiende el tema. He escuchado lo que dijo usted y ahora he escuchado al señor Finney, y me ha quedado clarísimo que usted está equivocado y él está en lo cierto". Creo que el anciano abandonó el lugar inmediatamente. No estoy consciente de que más convertidos se hubieran unido a la iglesia bautista. La cuestión había quedado inteligiblemente establecida, y pronto la gente cesó de hablar del asunto. En el transcurso de unos cuantos días el Espíritu de oración estuvo de vuelta y el avivamiento resucitó y siguió su marcha con gran poder. No mucho después se administraron las ordenanzas, y una grupo de convertidos se unieron a la iglesia. Varias familias bautistas que habían atendido mis a lecturas cayeron en convicción y se unieron a la iglesia presbiteriana y bautizaron a sus niños.

He dicho que me hospedé con el señor Benjamin Smith. Este hombre tenía una familia muy interesante. Su esposa, a quienes todos llamaban "tía Lucy", no había tenido hijos. Sin embargo, de tiempo en tiempo y a través del anhelo de sus corazones, la pareja había adoptado un niño tras otro hasta que habían llegado a tener diez hijos. Todos los niños eran de edades cercanas y para el momento en el que comenzó el avivamiento la familia se componía del señor Smith, tía Lucy--su esposa--y diez jóvenes: mujeres y hombres en igual número. Todos se convirtieron en seguida y sus conversiones fueron muy impactantes. Eran convertidos brillantes y jóvenes muy inteligentes. Esta familia se convirtió en la más feliz y amorosa que jamás hubiera visto después de que llegaron a Cristo. Sin embargo la tía Lucy se convirtió bajo otras circunstancias, cuando no había avivamiento, y nunca antes había visto la frescura, la fuerza y el gozo de aquellos que se habían convertido en un avivamiento poderoso. La fe, el amor, el gozo y la paz de estos convertidos tenían a la tía Lucy desconcertada. Ella empezó a pensar que realmente jamás se había convertido; y aunque se había entregado en cuerpo y alma a la promoción de la obra, justo en medio de ella cayó en desesperación, a pesar de todo

lo que pudiera decirse o hacer. Tía Lucy concluyó que nunca se había convertido, y que por supuesto, nunca llegaría a convertirse.

Esta situación le trajo a la familia gran dolor y preocupación. Su esposo creía que ella podía llegar a trastornarse. Los jóvenes del hogar--todos la consideraban su madre--estaban llenos de preocupación por ella y de hecho toda la casa estaba sumergida en luto. El hermano Smith rindió su tiempo para conversar y orar con ella, y para tratar de revivir en ella la esperanza. Yo tuve varias conversaciones con tía Lucy, pero debido al gran resplandor de los nuevos convertidos, le resultaba imposible persuadirse de que ella se hubiera convertido en realidad, o que algún día pudiera llegar a convertirse. Este estado de cosas continuó día tras día hasta que yo mismo llegué a pensar que la dama se encontraba en serio peligro de perder la razón. Los Smith vivían en una calle bastante poblada, en una villa de unas tres millas de extensión. La obra del avivamiento había continuado, y en esa calle tan solo quedaba un adulto sin convertir. Se trataba de un hombre joven de nombre Bela Hough, que había mostrado férrea oposición al avivamiento. Casi todo el vecindario se había dado a la oración por el joven, y su caso era comentado por todos.

Un día, cuando entré a la casa, encontré a la tía Lucy hablando acerca de Bela Hough. "¡Oh, pobre!"--Decía--"¿qué será de él, señor Smith? ¡Ciertamente perderá su alma! ¡Qué será de él!" Ella mostraba gran agonía ante la posibilidad de que aquel joven se perdiera. La escuché por breves instantes, y luego la miré con seriedad y le dije: "Tía Lucy, cuando usted y Bela Hough mueran, Dios va a tener que hacer una división en el infierno y darle una habitación para usted sola." Me miró con sus grandes ojos azules bien abiertos con reproche y dijo: "¿Por qué, señor Finney?" Le respondí: "¿Cree usted que Dios se hará culpable de tan grande falta de propiedad al ponerle a usted y a Bela Hough en el mismo lugar? Allí está él, vociferando en contra de Dios; y usted aquí, casi al punto de la locura por los sentimientos que le produce pensar en todo el abuso que Dios recibe por parte de aquel hombre, y a la vez con gran temor de que Bela termine en el infierno. ¿Puede usted imaginar que tales individuos, con mentes tan opuestas, puedan ir al mismo lugar?" Con mucha calma puse la mirada sobre esos grandes ojos que me reprochaban. En instantes su expresión se relajó y sonrió por primera vez en muchos días. "Así es, querida"--Dijo el señor Smith--"es verdad. ¿Cómo pueden tú y Bela Hough ir al mismo lugar?" Ella rio y dijo: "No, no podemos". A partir de ese momento su desesperación se esfumó, su mente se aclaró y se volvió tan feliz como cualquier otro de los jóvenes convertidos. Aquel Bela Hough se convirtió más adelante.

A unos tres cuartos de milla de los Smith vivía un señor de apellido Martin, un convencido universalista que por bastante tiempo se había mantenido alejado de nuestras reuniones. Una mañana Padre Nash, quien para ese entonces estaba alojado conmigo en casa del señor Smith, se levantó, y como era su costumbre, se fue temprano en la mañana a una arboleda, a unas cincuenta varas de distancia del

camino, para tener un tiempo de oración a solas. Esto fue antes de la salida del sol, y como era común para Padre Nash, se envolvió profundamente en su oración. Esta era una de esas mañanas tranquilas en las que es posible escuchar sonidos a gran distancia. El señor Martin también se había levantado y había salido al bosque a tempranas horas de la mañana, cuando escuchó una voz orando. Puso atención y distinguió con claridad la voz de Padre Nash. Sobre esto dijo más tarde que sabía que se trataba de una oración, que no podía distinguir mucho de lo que se decía, pero que sin embargo supo de qué se trataba y quién estaba orando. Esa oración le penetró como una flecha en el corazón, pues según dijo, le produjo una sensación de realidad acerca de la religión con respecto a su persona, algo que nunca había experimentado antes. La flecha había sido certera y no encontró alivio, sino hasta que lo halló en la fe en Jesús.

Desconozco el número de personas que se convirtieron en aquel avivamiento. El lugar era un pueblo grande de granjeros, establecido por gente de buena voluntad. Estoy seguro que la mayoría de ellos se convirtieron a Cristo durante ese avivamiento. Se me informó que después de mi partida los bautistas despidieron a su ministro, pues el curso que había seguido durante el avivamiento le hizo muy impopular. También renunciaron a celebrar reuniones separadas y se dirigieron a la casa de reunión de los presbiterianos como un solo cuerpo. Si mal no recuerdo, adoraron junto a los presbiterianos por un año o dos antes de renovar sus reuniones separadas. No he estado en el lugar por muchos años, pero frecuentemente he escuchado acerca del pueblo y siempre he sabido que la religión se encuentra en muy buena condición, y que nunca más tuvieron nada semejante a una discusión en el tema del bautismo desde entonces.

Las doctrinas predicadas para promover ese avivamiento fueron las mismas que he predicado en todas partes: La depravación moral total y voluntaria del hombre no regenerado; la necesidad de un cambio radical de corazón, por medio de la verdad y por la agencia del Espíritu Santo; la divinidad y la humanidad de nuestro Señor Jesucristo; su expiación vicaria, equivalente a la necesidad de toda la humanidad; el Espíritu Santo como don divino y su acción; el arrepentimiento, la fe, la justificación por la fe, la santificación por fe; la persistencia en la santidad como una condición para la salvación--y de hecho, todas las doctrinas distintivas del Evangelio fueron establecidas y declaradas con toda la claridad, puntualidad y poder que me fue posible de acuerdo a las circunstancias. Prevalció un gran Espíritu de Oración, y después de la discusión acerca del bautismo, abundó un interesante espíritu de unidad, amor fraternal y koinonía cristiana. Nunca tuve ocasión para finalmente reprender la oposición de los hermanos bautistas en público. En mis lecturas acerca del bautismo, el Señor me capacitó para tener un espíritu capaz de evitar el inicio de cualquier controversia, y de hecho, ningún espíritu de controversia prevaleció. Aquella discusión

no produjo resultados viciosos, sino al contrario, resultados tremendamente buenos, y hasta lo que me fue posible observar, el bien fue el único producto.

CAPITULO XI

AVIVAMIENTO EN DE KALB

De este lugar partí a De Kalb, otra villa aún más al norte, me parece que a unas sesenta millas de distancia. Allí había una iglesia presbiteriana y un ministro, pero la iglesia era pequeña y al parecer el ministro no tenía mayor influencia en la gente. De cualquier modo, no me cabe duda de que era un buen hombre. Empecé a realizar reuniones en De Kalb, en diferentes partes del pueblo. La villa era pequeña y la gente estaba bastante dispersa a lo largo del territorio. La población era nueva y los caminos estaban en muy malas condiciones. Con todo esto, el avivamiento empezó enseguida y progresó con mucho poder, considerando que los habitantes estaban tan dispersos.

Pocos años antes, por medio de la obra de los metodistas, había habido un avivamiento en el área. Este avivamiento había sido atendido en medio de gran emoción y ocurrieron muchos casos de lo que los metodistas llaman "caer bajo el poder de Dios". Esto había sido resistido por los presbiterianos, y en consecuencia se había producido un mal sentir entre metodistas y presbiterianos. Los metodistas acusaban a los presbiterianos de haberse opuesto al avivamiento sucedido en medio de ellos por causa de este caer bajo el poder de Dios. Hasta lo que pude entender había bastante verdad en esa afirmación, e indudablemente los presbiterianos habían estado equivocados. No tenía mucho tiempo predicando en el lugar cuando una tarde, justo antes de cerrar mi sermón, observé que un hombre calló de su silla, cerca de la puerta. La gente se agrupó a su alrededor para tomar cuidado de él. Por lo que pude ver, quedé convencido de que se trataba de un caso de "caer bajo el poder de Dios", como dirían los metodistas, y supuse que el hombre en cuestión era metodista. Debo admitir que tuve cierto temor de que aquel estado de división entre las congregaciones se reprodujera, y reviviera la alienación que había existido antes. Sin embargo, al indagar supe que el que había caído era uno de los principales miembros de la iglesia presbiteriana. Fue muy notorio que durante este avivamiento se presentaron varios casos de este tipo en medio de los presbiterianos, mas no entre los metodistas. Esto condujo a tales confesiones y explicaciones entre los miembros de ambas iglesias que una gran cordialidad y un buen sentir quedaron asegurados en medio de ellos.

Mientras laboraba en De Kalb conocí a John Fine, licenciado de Ogdensburgh, quien había escuchado acerca del avivamiento en De Kalb y había venido a verlo. Fine era un hombre adinerado y muy benevolente. Su propósito era emplearme como misionero para trabajar en los pueblos a lo largo de aquel condado, y ofreció pagarme un salario. Sin embargo, no acepté el comprometerme a predicar en ningún lugar en particular o a confinar mis labores a un área restringida. El hermano Fine pasó varios días conmigo, haciendo visitas de casa en casa, y asistiendo a nuestras reuniones. Se había educado en Filadelfia, era un presbiteriano de la vieja escuela, y un anciano en la iglesia presbiteriana de Ogdensburgh. Cuando finalmente se fue de De Kalb dejó una carta para mí con una dama con quien me estaba hospedando.

Al abrir la carta encontré tres billetes de diez dólares. Pocos días después el hermano Fine regresó y pasó dos o tres días en el pueblo, atendió a nuestras reuniones y se interesó mucho en la obra. Cuando se marchó volvió a dejar una carta, que al igual que la primera, contenía tres billetes de diez dólares. Así fue que me encontré en posesión de sesenta dólares, con los cuales compré de inmediato un carruaje para un solo caballo. Antes de eso, aunque tenía un caballo, no tenía carruaje y yo y mi joven esposa solíamos caminar mucho para llegar a las reuniones.

El avivamiento tomó gran fuerza en la iglesia del lugar, y quebrantó de manera especial el corazón de uno de los ancianos de la iglesia, de apellido Burnett. Este hombre experimentó tal quebrantamiento que se transformó en otra persona. Las impresiones del avivamiento calaban profundo en la mente del público día por día. Un sábado, justo antes de terminar la tarde, un sastre comerciante alemán de apellido Father llegó desde Ogdensburgh y me informó que el licenciado Fine le había enviado a tomar mis medidas para un traje. Yo ya estaba en necesidad de nueva vestimenta y no hacía mucho que le había hablado al Señor al respecto, diciéndole que mis ropas se estaban convirtiendo en andrajos, pero no había vuelto a pensar en ello. Sin embargo, el hermano Fine lo había notado, y había enviado a aquel hombre, un católico romano, a tomar mis medidas para un traje. Le pregunté a Father si podía quedarse con nosotros en el Sabbath y tomar mis medidas el día lunes. Añadí: "es muy tarde ya para que usted regresé esta noche, y si le permito tomar mis medidas esta noche, sin duda regresará a su casa mañana mismo". Me dijo que eso mismo tenía intenciones de hacer y entonces le respondí: "Entonces usted no me tomará las medidas. Si no se queda hasta el lunes en la mañana, no me medirá para hacerme tal traje." El hombre se quedó.

Esa misma tarde arribaron otros desde Ogdensburgh, una villa localizada del condado de San Laurence a unas sesenta millas aún más al norte de De Kalb. Entre los viajeros estaba un hombre de apellido Smith, quien era también un anciano de la misma iglesia del señor Fine. El hijo del señor Smith, un joven inconverso, vino con él. Con ellos estaban otras varias personas de Ogdensburgh, que habían venido para asistir a la reunión. El anciano Smith asistió a la reunión de la mañana, y en el intermedio recibió

la invitación del anciano Burnett para ir a su casa y refrescarse un poco. El anciano Burnett estaba lleno del Espíritu Santo y en el camino a su casa le predicó a Smith, quien para entonces estaba muy frío y esquivo con respecto a la religión. El anciano Smith fue profundamente impactado por sus palabras. Tan pronto entraron a la casa se dispuso la mesa y fueron invitados a tomar asiento y servirse algo en refrigerio. Mientras se ubicaban en la mesa, el anciano Smith le preguntó a Burnett: "¿Cómo hizo usted para recibir tan grande bendición?" Burnett respondió: "dejé de mentirle a Dios. Durante toda mi vida cristiana he estado pretendiendo y pidiéndole a Dios cosas que no estaba totalmente dispuesto a recibir; y he orado imitando a otros, muchas veces sin sinceridad, y así mintiéndole a Dios". Continuó diciendo: "Tan pronto tomé la decisión de nunca decirle a Dios nada que realmente no tuviera la intención de decir, Dios me respondió, el Espíritu descendió y fui lleno del Espíritu Santo". En ese instante el señor Smith, que aún no había empezado a comer, salió de su silla, cayó de rodillas, y empezó a confesar que le había mentido a Dios y que había sostenido un papel de hipócrita, tanto en sus oraciones como en su vida. El Espíritu Santo cayó de inmediato sobre él, y lo llenó tanto como pudo soportar.

Me enteré de lo sucedido de la siguiente manera: La gente se había reunido para la adoración de la tarde, y yo estaba de pie en el púlpito, leyendo un himno. Entonces escuché que alguien hablaba en alta voz acercándose a la casa de adoración. La puerta y las ventanas estaban abiertas. Entraron directamente dos hombres: el anciano Burnett, a quien conocía, acompañado de quien era para mí, hasta entonces, un desconocido. Tan pronto Smith cruzó la puerta alzó sus ojos y me vio, caminó directamente hacia mí y me levantó en brazos diciendo: "¡Dios le bendiga, Dios le bendiga!" Entonces empezó a contarnos a mí y a la congregación lo que el Señor acababa de hacer por su alma. Su rostro brillaba y se veía tan cambiado que aquellos que le conocían de antes estaban atónitos. Cuando su hijo-- quien no sabía de antemano lo que le había ocurrido a su padre-- le vio y le escuchó, se levantó y trató de salir a toda prisa de la iglesia. Su padre le grito: "Hijo mío, no dejes la casa, pues nunca antes te había amado". Smith continuó hablando, y el poder con el que hablaba era asombroso. La gente se derretía en todas las esquinas de la casa y su hijo se quebrantó casi inmediatamente.

Muy pronto el sastre católico romano, el señor Father, se levantó en medio de la congregación y dijo: "Tengo que decirles lo que el Señor ha hecho a mi alma. Yo fui criado católico romano, y nunca me atreví a leer mi Biblia. Se me había dicho que si lo hacia el diablo me llevaría con todo y cuerpo. A veces, cuando me atrevía a mirarla, me parecía como si el diablo estuviera espionando (literalmente) por encima de mi hombro, listo para llevarme. Sin embargo, ahora he visto que todo eso era una ilusión". Continuó diciendo lo que el Señor había hecho por su alma en esos instantes--las perspectivas que el Señor le había dado acerca del camino a la salvación por medio de Jesucristo. Le fue evidente a todos los presentes que Father se había convertido. Esto

causó una gran impresión en la congregación. Yo no podía predicar. El Señor era quien le había dado su propio curso a la reunión. Me quedé quieto, contemplando la salvación de Dios. Uno tras otro empezaron a dar testimonio de lo que Dios había hecho por sus almas, y la obra continuó.

Durante toda esa tarde las conversiones se multiplicaron en todas partes de la congregación. A medida que una persona tras otra se ponía de pie y hablaba de lo que el Señor había hecho, y de lo que estaba haciendo por sus almas, la impresión aumentaba, y así un movimiento espontáneo del Espíritu Santo iba trayendo convicción y convirtiendo pecadores como pocas veces había visto. Al día siguiente el hermano Smith retornó a Ogdensburgh. Según sé, realizó muchas visitas de camino a su casa y conversó y oró con muchas familias; y así el avivamiento se extendió a Ogdensburgh. Nunca supe el número de las personas que se convirtieron en ese lugar y en ese momento, pero debe haber sido una cantidad considerable, en proporción con el número de habitantes del pueblo.

En los primeros días de octubre, el sínodo al que pertenecía se reunió en Utica. Tomé a mi esposa y nos dirigimos al lugar para asistir al sínodo y visitar a la familia de su padre que vivía cerca. El hermano Gale, mi maestro de teología, había dejado Adams no mucho después de mi partida y se había mudado a una granja en el pueblo de Western, en el condado de Oneida, en donde procuraba recobrar su salud y se había empleado en la enseñanza de algunos jóvenes que pretendían prepararse para predicar el evangelio. Pasé algunos días con el sínodo en Utica y luego me dispuse a regresar a mi antiguo campo de labores en el condado de San Lawrence. No habíamos recorrido más de doce millas, cuando nos encontramos con el hermano Gale en su carruaje, que se dirigía a Utica. Saltó de su carruaje diciendo: "¡Dios le bendiga, hermano Finney! Iba de camino al sínodo para verle. Usted debe venir a casa conmigo y no aceptaré un no como respuesta. No creo que jamás estuve realmente convertido y el otro día escribí a Adams procurando recibir información acerca de a dónde poder escribirle, pues quería abrir ante usted mi mente acerca del tema". Gale fue tan inoportuno que acepté su invitación y nos dirigimos de inmediato a Western.

Al reflexionar acerca de lo que he dicho sobre los avivamientos de la religión en los condados de Jefferson y de San Lawrence, no estoy seguro de haber hecho énfasis suficiente en la agencia manifiesta del Espíritu Santo en esos avivamientos. Es mi deseo que quede particularmente entendido en toda mi narración de los avivamientos de los que he sido testigo, que siempre estuvo claro en mi mente y en mis prácticas que la agencia del Espíritu fue lo que sobresalió en tales hechos, lo que dirigió y dio eficiencia a los medios, y sin lo cual nada hubiera podido lograrse. He dicho más de una vez que el Espíritu de oración que prevaleció en aquellos avivamientos fue su marca distintiva. Era común que los recién convertidos se ejercitaran grandemente en oración, y en ocasiones a tal punto que se sentían constreñidos a orar por la

conversión de las almas de sus conocidos durante toda la noche, y hasta que la fuerza de sus cuerpos quedaran exhaustas. Existía gran presión por parte del Espíritu Santo sobre la mente de los cristianos, y parecía como si compartieran con Él la carga por las almas inmortales. Los cristianos manifestaban la más grande solemnidad mental y la más intensa de las vigilancias en todas sus palabras y acciones. Era muy común encontrar cristianos, en cualquier lugar en donde se reunieran, cayendo sobre sus rodillas para orar, en lugar de conversar entre ellos. No solo se multiplicaron las reuniones de oración y se llenaban a capacidad, y no solo se mostraba gran solemnidad en aquellas reuniones, sino que había también un poderoso Espíritu de oración secreta. Los cristianos oraban muchísimo y muchos de ellos pasaban largas horas en oración privada. También se daba el caso de que dos personas se agarraban de la promesa de que "que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos", y se retiraban en oración haciendo a alguna persona en particular el tema de su oración, y era maravilloso ver la medida en la que prevalecían. La respuesta a la oración se multiplicaba manifiestamente en todas partes, de tal modo que nadie podía escapar a la convicción de que Dios estaba día a día y a cada hora, respondiendo a los ruegos de los cristianos. Si ocurría algo que pudiera poner en riesgo la obra, si había apariencia alguna de cualquier raíz de amargura, o tendencia de fanatismo o desorden en cualquier aspecto, los cristianos tomaban la alarma e inmediatamente se entregaban a orar para que Dios tomara el control y dirigiera todas las cosas; y muchas veces fue sorprendente ver hasta qué punto y con qué medios Dios removía los obstáculos, dando respuesta a la oración.

Con respecto a mi propia experiencia debo decir que a menos de que tuviera conmigo el Espíritu de oración, no podía hacer nada. Si por tan solo un día o una hora perdía el Espíritu de gracia y de súplica, me encontraba incapaz de predicar con poder y eficiencia, o de ganar almas por medio de la conversación personal. En este aspecto mi experiencia entonces ha sido la que he tenido siempre--he encontrado que la cantidad de poder para predicar y para ganar almas en el trato personal solo guarda relación con el hecho de tener o no el Espíritu de la oración que prevalece. He descubierto que a menos que me mantenga (o que me haya mantenido en ese entonces) en tal relación con Dios como para acceder a Él en oración de forma diaria y a cada hora, mis esfuerzos en ganar almas abortaban. Sin embargo, cuando prevalecía con Dios en oración, podía prevalecer con el hombre en la predicación, la exhortación y la conversación.

He dicho que mi último campo de labores en el condado de San Lawrence fue De Kalb, y que fue un avivamiento poderoso teniendo en relación lo diseminada que estaba la población que existía entonces en esa región del condado. Durante varias semanas antes de abandonar De Kalb para ir al sínodo que he mencionado en el condado de Oneida, estuve muy envuelto en la oración y tuve una experiencia que para entonces

era algo nuevo para mí. Me encontraba tan ejercitado y sumido bajo la carga de las almas inmortales que me sentía constreñido a orar sin cesar. No hallaba descanso en la casa y me veía obligado a retirarme frecuentemente al granero a lo largo del día, para descargar mi alma y derramar mi corazón ante Dios en oración.

Una fe maravillosa me fue dada durante aquel tiempo, y tuve algunas experiencias que me alarmaron. Cuando me encontraba luchando en oración, mi fe se levantaba hasta el punto de decirle a Dios que Él había prometido dar respuesta a la oración y que no podría y no recibiría un no por respuesta. Estaba tan envuelto que usaba en oración un lenguaje tan fuerte para con Dios--Me sentía tan seguro de que Dios me escucharía, y tan seguro de su fidelidad a sus promesas y a Sí mismo y consideraba tan imposible que no escuchara y respondiera, que frecuentemente me hallaba a mí mismo diciéndole: "Espero que no pienses que me puedes decir que no". Para ese entonces el Espíritu de Dios hizo tal aplicación de las promesas de Dios en mi mente y reveló a tal punto su verdadero significado, que me guio a entender mejor y como nunca antes cómo hacer uso de ellas, y a qué casos se aplicaban específicamente.

Desde mi conversión había hecho el hábito de permitir que el Espíritu me guiara en oración a una apreciación tal de las promesas que nunca hubiera podido lograr por medio de mis propios estudios. Muy frecuentemente tenía las promesas tan aplicadas, y las había aplicado y usado tanto, que podía descubrir en ellas, en su espíritu, una aplicación aún mayor a la que pudiera ofrecer el mero examen crítico de su letra. Frecuentemente era guiado a ver que los escritores del Nuevo Testamento citaban las promesas del Antiguo Testamento de tal forma que cubrían una esfera aún mayor que lo que la mera letra de tales promesas ofrecía. Sin embargo, la experiencia que tuve en De Kalb fue extraordinaria en ese respecto. No puedo expresar cuán absurda me parecía la incredulidad, y cuán cierto era en mi mente que Dios iba a responder la oración--y todas aquellas oraciones que de día en día y en cada hora me encontraba ofreciendo con tal agonía y fe. No tenía idea de la forma que tendría la respuesta, la locación en la cual las oraciones serían respondidas, o el tiempo exacto de la respuesta. Mi impresión era que la respuesta estaba cerca, a la puerta, y me hallaba luego fortalecido en la vida divina, colocado en el arnés para afrontar un fuerte conflicto con los poderes de la oscuridad, y esperando ver pronto un derramamiento aún más poderoso del Espíritu de Dios, en el nuevo campo en el cual había estado laborando.

CAPITULO XII

AVIVAMIENTO EN WESTERN

He hablado acerca del desvío que hice a Western cuando regresaba del sínodo en Utica. En este lugar se iniciaron una serie de avivamientos a los que más tarde se denominó como avivamientos del oeste. Por lo que tengo entendido, estos avivamientos llamaron la atención y provocaron la oposición del señor Nettleton y del doctor Beecher, y levantaron el clamor de lo que denominaron como las "Nuevas Medidas". Jamás, quienes laboramos en aquellos avivamientos, pudimos conocer la verdadera fuente de esta oposición. Estábamos seguros de que aquellos hermanos habían sido crasamente engañados por la información que habían recibido de alguna fuente. A estos hermanos les considerábamos hombres buenos y sinceros, mas también sabíamos que alguien les estaba dando la más falsa de las informaciones. No mencionaré aquí los esfuerzos que realizamos para entrar en contacto con los autores de dichos reportes, o acerca de las cartas --o lo que sea que hayan sido--; por las cuales aquellos hermanos fueron dirigidos a oponerse públicamente a los avivamientos. De cualquier modo, no pudimos llegar a la fuente de la oposición. En su mayoría las iglesias de la región eran presbiterianas, sin embargo, había en este condado tres ministros congregacionalistas que se hacían llamar "La Asociación de Oneida" y que en aquel tiempo publicaron un panfleto en contra de los avivamientos. Hasta lo que pudimos conocer el panfleto no causó impresión pública, y tampoco se lo mencionó públicamente. Creíamos que era muy probable que la asociación tuviera mucho que ver con la oposición que se levantó en el este.

El líder de esta asociación era el reverendo William R. Weeks. Era bien sabido que este pastor abrazaba y propagaba las peculiares doctrinas del doctor Emons, y que insistía mucho en lo que él llamaba "el esquema de la eficiencia divina". Entendimos que, como era natural, sus particulares perspectivas le hacían sospechar de todo lo que no estuviera de acuerdo con su idea de predicación y de los medios a emplearse para promover un avivamiento. Al parecer tenía poca o ninguna confianza en cualquier conversión que no llevara al individuo a abrazar sus peculiares perspectivas en lo referente a la eficiencia y la soberanía divinas y siendo que quienes laboramos en aquellos avivamientos no simpatizábamos con sus extrañas ideas al respecto, le resultaba muy natural poner en gran duda la veracidad de los avivamientos. Aún con esto, nunca llegamos a suponer que toda la oposición del hermano Nettleton y del doctor Beecher tuviera su origen en las representaciones hechas por cualquiera de los miembros de dicha asociación.

Ninguna respuesta pública a las cartas del doctor Beecher se halló en imprenta alguna, como tampoco se hizo réplica a cualquiera de las otras publicaciones en contra de los

avivamientos en aquel entonces. Quienes nos encontrábamos laborando en ellos teníamos las manos y los corazones demasiado llenos como para volcarnos a responder cartas, reportes u otras publicaciones que manifiestamente desestimarán el carácter de la obra. El hecho de que en aquel tiempo no se ofrecieran respuestas a aquellos infundados argumentos en contra de la obra, hizo que el público que se encontraba lejos del alcance de los avivamientos y en el extranjero, malinterpretaran el carácter de los mismos. Tanta llegó a ser la mala interpretación que resultó algo común el que hombres buenos, al referirse a los avivamientos, asumieran que aunque de hecho constituían avivamientos de la religión, los tales fueron conducidos de tal manera que manifestaban grandes desórdenes y que había mucho que lamentar en cuanto a sus resultados.

Todas estas apreciaciones eran un error. Voy a relatar tan fielmente como me sean posibles las características de aquellos avivamientos y las medidas utilizadas para promoverlos y a mostrar, con todo mi esfuerzo, su verdadero carácter y los resultados que produjeron. Esto lo haré teniendo en claro que hay una multitud de testigos aún con vida que pueden dar testimonio de la veracidad de mi narración, o en caso de incurrir yo en algún error, pueden aún corregirme.

Empezaré refiriéndome a Western, en donde tuvieron inicio los avivamientos que se produjeron en el condado de Oneida. Dije antes que el hermano Gale se había mudado a una granja en Western, y que había empleado a algunos jóvenes para que le ayudaran en el mantenimiento del lugar, que estaba ocupado enseñándoles a estos jóvenes y que procuraba recobrar la salud. Fui directamente a su casa y fui su huésped durante varias semanas. Arribamos a la granja, si mal no recuerdo, un jueves. Se había establecido para ese día una reunión de oración en la casa escuela, la misma que se encontraba cerca de la iglesia. La congregación no tenía un ministro establecido y el hermano Gale no estaba en capacidad de predicar, de hecho no había predicado en el lugar simplemente por causa de su salud. Me parece que solo habían tenido ministros durante periodos, y que durante algún tiempo antes de mi arribo para nada se había establecido en la iglesia presbiteriana la predicación. La iglesia presbiteriana tenía tres ancianos y pocos miembros, era una iglesia muy pequeña y la religión estaba en muy mal estado. Parecía que en los cristianos no había vida, coraje ni espíritu emprendedor. Además no se estaba haciendo nada para asegurar la conversión de los pecadores y la santificación de la iglesia.

En la tarde el hermano Gale me invitó a ir a la reunión de oración, lo mismo que hice. Me pidieron tomar la dirección de la reunión, más no acepté, pues esperaba quedarme solo por esa tarde y prefería escucharles a ellos orar y hablar, a tomar yo parte en la reunión. La reunión fue abierta por uno de los ancianos, se leyó un pasaje de la Biblia y luego cantaron un himno. Después de esto el anciano hizo una larga oración, o más bien debiera decir una exhortación o una narrativa; realmente no sé cómo llamarle. Le

dijo al Señor cuántos años habían sostenido esa reunión de oración semanal y que, sin embargo, no había respuesta a sus oraciones. El anciano hizo declaraciones y confesiones que me impactaron. Cuando hubo terminado, otro de los ancianos retomó e hizo lo mismo. Leyó un himno, y después de cantar se envolvió en una larga oración, en la cual cubrió prácticamente lo mismo dicho por el otro, añadiendo afirmaciones y declaraciones que habían sido omitidas por el otro caballero. Luego tomó la reunión un tercer anciano que siguió la misma línea. En este punto ya podía decir al igual que Pablo que mi espíritu se enardecía dentro de mí. Cuando ya habían terminado las intervenciones y estaban por cerrar la reunión, uno de los ancianos me preguntó si quería hacer algunas observaciones antes de concluir. Me puse de pie y tomé sus declaraciones y confesiones como texto y creo que no me equivoco al afirmar que Dios me inspiró para hacerles un examen terrible.

Cuando me puse de pie no tenía idea de lo que iba a decir; pero el Espíritu de Dios vino sobre mí con tal poder, que tomé sus oraciones, sus declaraciones y sus confesiones y las diseccioné. Les pregunté si se daban cuenta de que su reunión de oración era una burla; si acaso se habían reunido profesamente para burlarse de Dios al querer decir que todo lo que había estado sucediendo durante todo ese tiempo debía atribuírsele a su soberanía. Al principio observé que lucían molestos. Algunos dijeron más tarde que estuvieron a punto de ponerse de pie y marcharse. Continué haciendo un recorrido de sus oraciones y confesiones hasta que el anciano principal, el que había abierto la reunión, rompió en llanto exclamando: "Hermano Finney, ¡todo lo que dice es cierto!" El hombre cayó de rodillas y lloró en voz alta. Esta fue la señal que desencadenó un quebrantamiento general. Todo hombre y mujer presente cayó sobre sus rodillas. Probablemente no había más de doce personas presentes sin embargo, estas personas eran líderes en influencia en la iglesia. Todos lloraron, confesaron y quebrantaron sus corazones delante de Dios. Creo que la escena continuó por una hora y ha sido uno de los quebrantamientos; y confesiones; más grandes que he visto.

Tan pronto como se recuperaron lo suficiente me pidieron que me quedara a predicarles en el Sabbat. Consideré su petición como la voz del Señor, y acepté quedarme. Esto sucedió un jueves por la noche. El día viernes mi mente se encontraba grandemente agitada. Fui varias veces a la iglesia para orar en secreto y tuve un acceso poderoso al Señor. La noticia circuló y en el Sabbat la iglesia se llenó de oyentes. Prediqué todo el día y Dios descendió con gran poder sobre la gente. Así quedó manifiesto delante de todos que la obra de gracia había comenzado. Hice citas para predicar en diferentes partes del pueblo, en casas escuela y en el centro durante la semana; y así la obra aumentaba de día en día.

Mientras tanto, mi mente estaba muy ocupada en la oración y descubrí que el Espíritu de oración prevalecía, especialmente entre los miembros femeninos de la iglesia. Descubrí enseguida que la señora Brayton y la señora Harris, que eran esposas de dos

de los ancianos de la iglesia, estaban grandemente involucradas en la oración. Ambas tenían hijos inconversos y se entregaron a la oración con tanta efervescencia, que me parecía que su intensidad prometía la salvación de sus familias. Con todo esto, la salud de la señora Harris era bastante delicada, y no podía aventurarse a salir con frecuencia para asistir a las reuniones, sin embargo, obtuvo una gran inspiración en esa primera reunión, la cual se llevó a casa.

Me parece que fue la semana siguiente cuando pasé a visitar al señor Harris y lo encontré pálido y agitado. Me dijo: "señor Finney, creo que mi esposa va a morir. Su mente está en tal estado de agitación que no puede descansar ni de día ni de noche y se ha entregado por completo a la oración. Ha estado toda la mañana en su habitación clamando y luchando en oración y temo que llegue a consumir todas sus fuerzas". Cuando la mujer escuchó mi voz en la sala salió de su habitación y vi en su rostro el más celestial y sublime de los brillos. Su rostro resplandecía con una esperanza y gozo que solo podía provenir del cielo. Ella exclamó: "Hermano Finney, ¡el Señor nos ha visitado! ¡Su obra se extenderá en toda esta región! Una nube de misericordia se ha posado sobre nosotros y veremos una obra que jamás hemos visto antes". Su esposo la miraba con sorpresa, confundido y sin saber qué decir. Tal escena era nueva para él, más no para mí. Había visto antes casos semejantes y yo también creía que su oración había prevalecido, o más bien, estaba convencido de ello. La obra continuó, se extendió y prevaleció hasta que empezó a mostrar, indefectiblemente, la dirección que el Espíritu de Dios estaba tomando a partir de ese lugar. Me parece que de Western a Roma había unas nueve millas de distancia. A medio camino se encontraba una pequeña villa llamada Elmer's Hill. Allí había una casa escuela grande en la que sostenía una lectura semanal. Pronto quedó manifiesto que la obra se estaba extendiendo en dirección a Roma y Utica. Había un asentamiento al noroeste de Roma, a unas tres millas de camino, llamado Wright's Settement. Un gran número de personas provenientes de Roma y Wright's Settlement, llegaban a Elmer's Hill para asistir a las reuniones, sobre las cuales la obra pronto mostró su efecto.

Debo relatar, sin embargo, unos pocos incidentes que se suscitaron en el avivamiento en Western. La señora Brayton, la esposa de uno de los ancianos a la que ya he mencionado, tenía una familia grande de hijos inconversos. Si no me equivoco uno de sus hijos era profesor de religión y vivía en Utica; el resto de la familia permanecía en casa. Esta era una familia muy amigable, y la hija mayor, en especial, era manifiestamente considerada por la familia como casi perfecta. Visité el hogar varias veces para conversar con ella, pero encontré que la familia era tan sensible para con los sentimientos de la joven que no me era posible despojarla de su propia justicia, pues se le había hecho creer que ella era casi, y si no del todo, cristiana. La vida de esta joven había sido tan irreprochable que resultaba muy difícil convencerla de pecado. La hija que le seguía también era una joven muy amable, mas no se consideraba a sí misma digna de compararse con su hermana en cuanto a su carácter moral y

cordialidad. Un día, cuando estaba hablando con Sarah, la hermana mayor, tratando de hacerle ver que era grandemente pecadora a pesar de su moralidad, Cynthia, la segunda, me dijo: "Señor Finney, me parece que usted está siendo muy duro con Sarah. Si usted me hablara de esa manera, sin duda sentiría que lo merezco, mas no creo que sea así con mi hermana". Después de varias derrotas en mis intentos por asegurar la convicción y la conversión de Sarah, tomé la decisión de esperar al momento oportuno, y aprovechar alguna oportunidad cuando me la encuentre fuera de su casa o sola. No había pasado mucho tiempo cuando me la encontré fuera de su casa. Empecé a conversar con ella y con la ayuda de Dios pude dismantelar la coraza de su corazón y la joven cayó bajo una poderosa convicción de pecado. El Espíritu la persiguió con gran poder. La familia estaba sorprendida y muy preocupada por ella; sin embargo, Dios empujó el asunto hasta el fin y después de luchar por pocos días, Sarah se quebrantó completamente, entrando al reino de Dios como una de las más hermosas convertidas que jamás he visto. Sus convicciones eran tan profunda que cuando se convirtió se mostró fuerte en la fe, clara en su comprensión del deber y la verdad, e inmediatamente se volvió una hueste en medio de sus amigos y conocidos, desplegando su poder del bien.

Mientras tanto Cynthia, la segunda hija, cayó en gran alarma y ansiedad por la salvación de su propia alma. Su madre, la señora Brayton, parecía estar en gran angustia de alma día y noche. Yo pasaba a visitar a la familia casi a diario, y en ocasiones, dos o tres veces al día. Uno tras otro, los hijos de la familia se fueron convirtiendo, y todos esperábamos ansiosos el día en el cual Cynthia se mostrara como una flamante convertida. Sin embargo, por alguna razón, continuaba rezagada. Estaba claro que el Espíritu estaba siendo resistido, así que un día pasé a la casa y la encontré sola, sentada en la sala. Le pregunté cómo se encontraba y ella me respondió: "Señor Finney, estoy perdiendo mi convicción. Ya no me siento tan preocupada por mi alma como antes." Justo en ese momento se abrió la puerta y entró el señor Brayton y le dije lo que Cynthia me había acabado de decir. Esto le chocó a ella tanto que gimió en voz alta y cayó postrada en el suelo. Era incapaz de ponerse de pie, y luchaba y gemía en una manera que me mostró enseguida que se convertiría. Ella no podía expresar mayor cosa en palabras, pero sus gemidos y sus lágrimas daban testimonio de la inmensa agonía de su mente. Tan pronto como esto sucedió, el Espíritu de Dios vino manifiestamente sobre ella. Cayó en sus rodillas y antes de ponerse de pie se había quebrantado y apareció ante todos como una convertida tan completa como su hermana Sarah. Todos los hijos de los Brayton, los varones y las mujeres, se convirtieron en aquel tiempo. Todos, excepto el menor, que era para entonces un infante aún, pero que se convirtió más tarde. Uno de los hijos de la familia ha predicado el evangelio por muchos años.

Entre otros incidentes recuerdo el caso de una joven dama que vivía en un área alejada del pueblo, pero que casi a diario acudía a las reuniones en el centro. Yo había hablado

con ella en varias oportunidades y había notado que se encontraba en profunda convicción, y de hecho, casi al punto de la desesperación. Todos los días esperaba la noticia de que la joven se había convertido, más sin embargo se encontraba estancada, o para decirlo mejor, solo aumentaba su desesperación cada día más. Esto me llevó a pensar que algo andaba mal en su hogar. Le pregunté si sus padres eran cristianos, a lo que ella respondió que eran miembros de la iglesia. Le pregunté luego si sus padres asistían a reuniones, y ella dijo que sí, en el Sabbath. "Sus padres asisten además en otras ocasiones", le pregunté y ella dijo: "No". Le pregunté si realizaban oraciones familiares en casa, y ella dijo: "No, señor. Solíamos tenerlas, pero hace mucho tiempo que ya no hacemos oración familiar". Sus respuestas me mostraron enseguida su piedra de tropiezo. Le pregunté en qué momento podría encontrar a sus padres en casa y me dijo que estaban en casa casi todo el tiempo, y que rara vez salían. Con la sensación de que era terriblemente peligroso el dejar su caso como estaba, a la mañana siguiente fui a visitar a su familia.

Creo que la joven era hija única; en todo caso, era la única hija en casa. La encontré arrodillada, desanimada y sumida en la desesperación. Le dije a la madre: "El Espíritu del Señor está luchando con su hija". Ella respondió: "Si. Mi hija no lo sabía, pero Dios ha estado luchando con ella". Le pregunté luego si estaba orando por su hija. La mujer me dio una respuesta que me dejó ver que no sabía qué significaba orar por ella. Pregunté entonces por su esposo y me dijo que estaba en el campo, trabajando. Le pedí que lo llamara y cuando el hombre entró a la casa le dije: "¿Está viendo el estado en el que se encuentra su hija?" Me respondió que parecía que se sentía muy mal. "¿Y está usted alerta y comprometido en oración por ella?" le dije, y su respuesta reveló el hecho de que si alguna vez se había convertido, se había apartado miserablemente y que no tenía ningún acceso a Dios. "Y ustedes no tienen oración familiar", le dije y él confirmó que no. Dije entonces: "Yo he visto como su hija día tras día se arrodilla con convicción y he llegado a entender que el obstáculo está aquí, en su casa. Usted le ha cerrado a su hija el acceso al reino de los cielos. Ni entra usted, ni la ayuda tampoco a entrar. Su incredulidad y su mente carnal previenen la conversión de su hija, y eso destruirá su propia alma. Usted debe arrepentirse ahora mismo y no pretendo dejar esta casa hasta que usted y su esposa se arrepientan y le dejen el camino a la salvación libre a su hija. Usted debe establecer la oración familiar y levantar el altar familiar que ha dejado caer. Ahora, mi estimado señor, ¿no se pondrán usted y su esposa de rodillas para orar? ¿No prometerá usted que a partir de este momento que cumplirá con su deber de establecer el altar familiar y de volver a Dios?" Fui tan ferviente con ellos que ambos empezaron a llorar. Mi fe era tan fuerte que no dude cuando les dije que no dejaría la casa hasta que se hubieran arrepentido, y hasta que hubieran establecido el altar familiar. Sentía que la obra debía de hacerse y hacerse en ese momento. Yo mismo me puse de rodillas y empecé a orar. Ellos se arrodillaron y lloraban gravemente. Hice confesión por ellos, tan bien como pude, y les guie a Dios, y prevalecí para con Dios a favor de ellos. Fue una escena conmovedora. Ambos

quebrantaron el corazón, confesaron sus pecados, y antes de ponerse de pie su hija estaba en libertad y se mostró manifiestamente convertida. Se puso de pie regocijándose en Cristo. Muchas respuestas a la oración y muchas escenas de gran interés se produjeron en aquel avivamiento.

Hubo un pasaje en mi experiencia personal, que para la gloria de Dios, no puedo dejar de narrar. Prediqué y oré casi de continuo durante mi estadía en casa del señor Gale. Como estaba acostumbrado a orar en voz alta, por razones de conveniencia y para no ser escuchado, solía extender una piel de búfalo en el henil, que era el lugar en donde solía pasar la mayoría de mi tiempo en oración secreta cuando no estaba haciendo visitas o predicando. El hermano Gale me había advertido en múltiples ocasiones que si no tenía cuidado iba a agotar mis fuerzas y a sufrir un quebranto. Pero el Espíritu de oración estaba sobre mí y no podía resistirle, sino que le daba cabida y liberaba mis fuerzas derramando mi alma delante de Dios en oración. Corría el mes de noviembre y el clima se había hecho frío. El hermano Gale y yo habíamos estado realizando visitas a caballo y en carreta. Llegamos a la casa y fuimos al establo a dejar el caballo. Una vez le quitamos el arnés al caballo, en vez de entrar a la casa, fui al henil para derramar mi alma cargada en oración. Oré hasta que me dejaron las fuerzas. Estaba tan exhausto que caí sobre la piel de búfalo y me quedé dormido. Una vez que mi mente se alivió y dejé mis cargas delante de Dios, debí de quedarme dormido enseguida, esto lo asumo por el hecho de que no tengo recuerdo alguno del tiempo transcurrido después de que cesó la lucha en mi alma. El hermano Gale se había retirado a la casa, y yo había permanecido tanto tiempo en el establo, que se alarmó. Lo primero que recuerdo es que se trepó al henal y preguntó: "¿Está muerto, hermano Finney?" Me levanté y al principio no pude dar cuentas de que me había quedado dormido en ese lugar. Tampoco sabía cuánto tiempo había estado allí. Sin embargo, había algo que sí sabía: mi mente estaba en calma, y mi fe inamovible. La obra continuaría, de eso no tenía dudas.

He dicho antes que fui ordenado como ministro por el presbiterio. Esto ocurrió años antes de la división en la iglesia presbiteriana en lo que hoy se conoce como las Asambleas Nueva y Antigua. La doctrina Edwardiana de moral y habilidad e inhabilidad natural era sostenida por la iglesia presbiteriana casi de manera universal en la región en la cual empecé mi ministerio. Debo repetir aquí nuevamente que el señor Gale, quien bajo la dirección del presbiterio atendió de cierto modo mis estudios teológicos, sostenía firmemente la doctrina de la incapacidad de los pecadores para obedecer a Dios; y el tema, en la forma en que lo presentaba en sus prédicas; --y este era el caso de la mayoría de los ministros presbiterianos de aquel entonces--; dejaba la impresión en la gente de que debían esperar el tiempo de Dios. Que si eran elegidos, en el debido momento el Espíritu les convertiría; Por otro lado, si no eran elegidos, no había nada que pudieran hacer a favor de ellos mismos, y tampoco había nada que otro pudiera hacer en procura de su salvación.

Sostenían que la doctrina de la depravación moral era constitucional, y que era parte de la misma naturaleza; que la voluntad, aunque era libre para hacer lo malo, era últimamente incapaz de hacer ningún bien; que la obra del Espíritu Santo al hacer un cambio en el corazón era una operación física sobre la sustancia o la esencia del alma; que el pecador era un sujeto pasivo en la regeneración hasta que el Espíritu Santo hubiera implantado un nuevo principio en su naturaleza, y que todos los esfuerzos por parte del pecador era totalmente inútiles; que propiamente hablando no habían medios para la regeneración, pues la regeneración era una re-creación física del alma por agencia directa del Espíritu Santo; que la expiación estaba limitada a los escogidos, y que por lo tanto, la salvación de los no elegidos era una imposibilidad.

En mis estudios y controversias con el señor Gale mantuve lo opuesto. Asumí que la depravación moral era, y debía de ser, una actitud voluntaria de la mente; que consistía, y que debía de consistir, en el compromiso de la voluntad a la gratificación del deseo, o como la Biblia lo expresa, de la lujuria de la carne, en oposición a aquello que la ley de Dios requiere. En consistencia con esto, mantuve que la influencia del Espíritu de Dios sobre el alma humana es moral, es decir, persuasiva; que Cristo se presenta como un maestro; que su obra es convencer y convertir al pecador por medio de la enseñanza divina y la persuasión moral.

Sostuve también que existían medios para la regeneración, y que la verdad de la Biblia había sido calculada en su naturaleza para guiar al pecador a abandonar su impiedad y volverse a Dios. Sostuve también que debía de haber una adaptación de los medios para garantizar el fin: esto es, que la inteligencia debe ser iluminada, que debe mostrársele al pecador la irracionalidad de la depravación moral, y que su impiedad y el estado de su alma le deben ser reveladas con claridad; que una vez que esto se ha hecho, la misión de Cristo podía ser entendida por el pecador, y podía serle presentada con fuerza; que al tomar este curso con el pecador se vería la tendencia de que se convertirá a Cristo; y que cuando esto era hecho con fidelidad y oración, tenemos derecho a esperar a que el Espíritu de Dios coopere con nosotros.

Además, sostuve que el Espíritu Santo opera en el predicador revelándole claramente las verdades en el orden apropiado, y capacitándolo para exponerlas delante de la gente en tal proporción y en tal orden que se muestran calculadas para convertir a las personas. Entendí entonces, como también ahora, la tarea y la promesa que Cristo dio a los apóstoles y a la iglesia como algo aplicable para el día de hoy: "Id y haced discípulos de todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y he aquí, yo estoy con vosotros siempre, hasta el fin del mundo".

Esto lo entendí como un mandato para mí, para todos los ministros, y para la iglesia; con la promesa expresa de que cuando fuéramos a la obra con un solo enfoque, y con un espíritu de oración, Cristo estaría con nosotros por medio de Su Espíritu, haciendo eficientes nuestros esfuerzos para salvar almas. Me pareció entonces, como me parece

aún, que la gran falla del ministerio y de la iglesia en promover la religión ha consistido, en gran medida, en no haber adaptado los medios a tal fin. Durante años escuché la predicación del hermano Gale, y jamás vi que adaptara su predicación al propósito de convertir a nadie. Tampoco me parecía que la conversión de la gente hubiera sido su propósito. Encontré que lo mismo se aplicaba a todos los sermones que había escuchado en todas partes. En una ocasión hablé con el señor Gale acerca de esto, y le dije que de todas las causas que alguna vez se hubieran presentado, la causa por la defensa de la religión, a mi parecer, era la que contaba con menos abogados, y que si en los tribunales los abogados fueran a seguir el mismo curso que siguen los ministros para defender la causa de Cristo ante los pecadores en la defensa de sus clientes, no ganarían ni un caso.

Sin embargo, en aquel entonces el señor Gale no podía entenderlo; ¿pues qué conexión había entre los medios y el fin de acuerdo a sus posturas con respecto a en qué consiste la regeneración, y en la manera en la cual el Espíritu Santo transforma el corazón?

A manera de ilustración diré que después de que empecé a predicar, en medio de un poderoso avivamiento, un joven que venía del seminario teológico de Princeton, llegó al sitio. El antiguo pastor de la iglesia en la cual me encontraba laborando, un caballero de avanzada edad que vivía en el lugar, tenía gran curiosidad de escuchar al joven predicar. En aquel entonces la iglesia no tenía pastor; y por lo tanto yo solo estaba a cargo del púlpito y conducía las cosas de acuerdo a mi discreción. El anciano pastor me dijo que había conocido al joven antes de que fuera a la universidad y que deseaba mucho ver la pericia que había alcanzado y que quería que le permitiera predicar. Le dije que temía el ponerle a predicar, pues no fuera a estropear la obra al no predicar lo que era menester en ese momento. "Oh"; dijo el caballero; "Él predicará la verdad; y en la religión no hay conexión, como usted sabe, entre los medios y el fin, así que no hay peligro de que estropee la obra". Yo le respondí: "Esa no es mi doctrina. Yo creo que hay tanta conexión entre los medios y el fin en la religión como la hay en la naturaleza; y por lo tanto no puedo consentir el que aquel joven predique". Usualmente he encontrado necesario el tomar de manera sustancial el mismo curso en los avivamientos de la religión, y en ocasiones, al hacerlo, he descubierto que he ofendido a algunos, aún con esto no me he atrevido a hacer otra cosa.

En medio de un avivamiento de la religión, y cuando las almas necesitan una instrucción peculiar, adaptada a su condición presente y a sus necesidades actuales, no me he atrevido a poner a A, o a B, o a C en el púlpito, cuando lo he tenido bajo mi cargo, para que prediquen sus grandes sermones --que generalmente no están adaptados a las necesidades de la gente--. Por tomar este curso he sido acusado con frecuencia de suponer que predico mejor que los demás. Debo confesar que sí supuse que podía satisfacer de mejor forma las necesidades de la gente en contraste con

aquellos que conocían muy poco de sus necesidades, o en contraste con quienes les predicaban sus viejos sermones; y supuse que fue por esta razón que Cristo puso la obra en mis manos, y en tal sentido, que estaba bajo la obligación de adaptar los medios al fin, y que no debía acudir a otros que sabían muy poco del estado de las cosas para que intenten, bajo tales circunstancias, instruir al pueblo. Hice en esos casos lo que otros hubieran hecho conmigo. No podía permitirme a mí mismo el ir al lugar de labores de otro hombre a promover un avivamiento y sufrir el ponerme a mí mismo en una situación en la que conocía poco o nada del estado del pueblo.

He dicho que cuando estuve en Western fui huésped del señor Gale, y que él había llegado a la conclusión de que nunca se había convertido en realidad. Gale me relató el progreso de su mente: había creído firmemente lo que me había insistido con frecuencia, que Dios no iba a bendecir mis labores, pues yo no predicaba lo que él consideraba como las verdades del evangelio. También dije anteriormente que poco tiempo después de recibir mi licencia prediqué una vez en su púlpito, dando mis propias perspectivas del evangelio y de la forma en la que debe ser predicado, y que el señor Gale me dijo que se sentiría avergonzado de que se supiera que él había tenido alguna conexión con mis estudios de teología. El suponía, e insistía, que yo no debería hacerme expectativas de que el Espíritu Santo me acompañaría en mis labores. Sin embargo, cuando descubrió que el Espíritu de Dios sí me estaba acompañando en mis labores, esto lo llevó a la conclusión de que había estado equivocado y a un profundo análisis del estado de su mente y de sus perspectivas como predicador, lo cual desembocó en la conclusión de que nunca se había convertido y de que realmente no comprendía el evangelio. Durante el avivamiento en Western, Gale asistió casi a todas las reuniones; muchas semanas antes me había dicho que había llegado a un estado completamente diferente en su mente con respecto a su alma, que había cambiado sus perspectivas en cuanto al evangelio y que creía que yo había tenido la razón. Dijo que le agradecía a Dios el no haber tenido influencia alguna sobre mí como para haberme guiado a abrazar sus perspectivas y que me habría arruinado como ministro si hubiera logrado prevalecer sobre mí. A partir de ese momento, y al límite que le permitía su salud, se convirtió en un obrero eficiente en el avivamiento de aquella región.

La doctrina en la que yo insistía, que el mandamiento de obedecer a Dios implica la capacidad de hacerlo, produjo en algunos lugares gran oposición al principio. El que negara también que la depravación moral era algo físico, o la supuesta depravación por naturaleza y el mantener que esta depravación era algo voluntario, y que por lo tanto las influencias del Espíritu eran las de enseñar, persuadir, convencer, y por supuesto, que sus influencias eran morales; fue para muchos algo nuevo. De hecho, mucho después, en 1832, cuando me encontraba laborando en Boston por primera vez, el doctor Beecher afirmó que nunca había escuchado predicar tal doctrina, es decir, que las influencias del Espíritu eran morales y no físicas. Por lo tanto, en

considerable extensión, ministros y cristianos consideraban mi doctrina como prácticamente una negación de la influencia del Espíritu, y por lo tanto; --y a pesar de mi mucha e incesante insistencia en la agencia divina en todos los ejercicios cristianos y para traer convicción y regeneración--; tomó mucho tiempo para que cesara el clamor de denuncia que insistía que yo estaba negando la agencia del Espíritu Santo en la regeneración y conversión. Se dijo que yo enseñaba la "auto-conversión" y la "auto-regeneración"; y no con poca frecuencia fui reprochado por dirigirme al pecador como si toda la culpa de su impenitencia fuera suya, y por urgirle a la sumisión inmediata. De cualquier modo persistí en ese curso, y tanto ministros como cristianos vieron que Dios validaba mi doctrina como Su verdad, y la bendecía con la salvación de miles de almas. Tendré ocasión más adelante de advertir acerca de este tema nuevamente, más ahora debo retomar mi narrativa.

He hablado de las reuniones en Elmer's Hill, y he dicho que gente de Roma y de Wright's Settlement empezaron a asistir a las mismas en grandes números, y que el claro efecto de la Palabra sobre aquellos que venían de estos lugares me indicaba llanamente que la obra se extendía con rapidez en esa dirección.

CAPITULO XIII

AVIVAMIENTO EN ROMA

En este punto, el reverendo Moses Gillett, quien era el pastor de la iglesia congregacional de Roma y que había escuchado lo que Dios estaba haciendo en Western, vino al lugar en compañía de la señorita Huntington, una de los miembros femeninos más prominentes de su iglesia, para ver lo que estaba sucediendo. Ambos estaban muy impresionados con la obra de Dios. Pude ver que el Espíritu Santo estaba sacudiendo los fundamentos mismos de sus mentes. Después de pocos días el hermano Gillett y la señorita Huntington regresaron a Western. La señorita Huntington era una joven cristiana muy devota y ferviente. Durante su segunda visita, el hermano Gillett me dijo: "Hermano Finney, siento como si tuviera una nueva Biblia. Nunca antes había entendido las promesas como ahora; nunca las había abrazado como hoy. No puedo descansar, mi mente está llena del tema y de las promesas que son nuevas para mí". Esta conversación, que se prolongó por algún tiempo, me permitió entender que el Señor le estaba preparando para una gran obra en su congregación.

Pronto después de esto, y cuando el avivamiento había alcanzado la mayor de sus fuerzas en Western, el señor Gillett me persuadió de hacer un intercambio con él por un día. Acepté a su propuesta a regañadientes. El sábado, a un día de nuestro intercambio y mientras iba de camino a Roma, lamenté grandemente el haber accedido a realizar el intercambio en aquel momento. Sentí que mermaría significativamente la obra en Western, pues el hermano Gillett iría a predicar alguno de sus viejos sermones, los que yo sabía muy bien no podrían estar de acuerdo con el estado actual de las cosas. De cualquier modo, sabía que la gente se mantenía en oración y que este hecho no detendría la obra, aunque podía sin duda retrasarla. En Roma prediqué tres veces en el Sabbat. Quedó manifiesto para mí que la Palabra había tenido gran efecto. A lo largo del día pude ver a muchos con la cabeza abajo y que un gran número de personas cayeron en una profunda convicción de pecado. En la mañana de aquel día prediqué en base a este texto: "La mente carnal es enemiga de Dios", y continué con algo en la misma dirección en la tarde y la noche, mas no recuerdo los textos que empleé. Esperé en el lugar el lunes por la mañana hasta que arribó el hermano Gillett desde Western. Le dije cuáles eran mis impresiones con respecto al estado de la mente en las personas. Gillett parecía no darse cuenta de que la obra había empezado con el poder que yo suponía. Sin embargo, quiso ver a la gente interesada en sus almas, en caso de que hubiera algunas dentro de la congregación, y me pidió que estuviera presente en la reunión.

Ya he dicho antes que los medios usados a lo largo de la promoción de los avivamientos fueron la oración, tanto secreta como social; la predicación pública; la conversación personal y la visitación de casa en casa por el mismo propósito de conversar personalmente con la gente. También he dicho que cuando los interesados en sus almas se multiplicaban, señalaba reuniones y les invitaba para darles instrucciones de acuerdo a sus necesidades. Estos, y solo estos, fueron los medios empleados en mi procura por la conversión de las almas. El hermano Gillett sabía esto y por ello deseaba citar a una reunión a los interesados, y quería también que estuviera presente. Le dije que así lo haría y que debía hacer circular por la villa la información acerca de la reunión, que iba a darse el lunes en la noche. Mis planes eran ir a Western y regresar justo para la reunión y así tomar a la gente por sorpresa; esto, habiendo entendido el hermano Gillett que no debía de hacerle saber a la gente que yo asistiría. Se citó a la reunión en la casa de uno de los diáconos. Cuando arribamos encontramos que la espaciosa sala de la parte delantera de la casa se encontraba abarrotada de gente. El señor Gillett miró a la multitud sorprendido y con manifiesta agitación, pues se dio cuenta de que la reunión estaba compuesta por muchos de los más inteligentes e influyentes miembros de su congregación, y que estaba especialmente constituida por el primer rango de los hombres jóvenes del lugar. Teníamos pocos instantes intentando conversar con los asistentes cuando noté enseguida que el sentimiento era tan profundo que había el riesgo de un estallido emocional casi incontrolable. Fue por esto que le dije al señor Gillett: "No es bueno

que la reunión continúe de esta manera. Haré algunas observaciones, las que les sean necesarias a estas personas, y luego las despediré; mandándoles a que supriman sus sentimientos, para que de esa manera no se produzcan clamores en las calles cuando se conduzcan a casa".

No se hizo o dijo nada como para crear tal agitación en la reunión. El sentir fue espontáneo. La obra era tan poderosa que tan solo unas pocas palabras podían hacer que los más fornidos de los hombres se retorcieran en sus asientos como si una espada les hubiera traspasado el corazón. Para alguien que jamás ha visto una escena semejante quizás resulte imposible entender el tremendo poder que tiene a veces la verdad en manos del Espíritu Santo. La verdad se había constituido, de hecho, en una espada de dos filos. El poder que ésta produce cuando es presentada como escrutadora en unas pocas palabras, puede crear una angustia tal que resulta insoportable. El señor Gillett se agitó sobremanera. Se puso pálido y dijo, con mucha agitación: "¿Qué haremos? ¿Qué haremos?" Puse mi mano sobre su hombro y le dije susurrando: "Quédese en silencio. Quédese en silencio, señor Gillett". Luego me dirigí a los presentes en la forma más gentil y clara que pude; pidiéndoles poner su atención de manera inmediata en el único remedio disponible, asegurándoles que tal remedio era uno presente y totalmente suficiente. Les señalé a Cristo como salvador del mundo, y me mantuve en esa línea tanto como pudieron soportarlo, que de hecho fue unos pocos instantes. El hermano Gillett se agitó a tal extremo que me acerqué a él y tomándole del brazo, le dije: "Oremos". Nos arrodillamos en medio del salón en el que nos encontrábamos y conduje la oración en una voz baja y desapasionada, mas intercediendo ante el Salvador para que interpusiera su sangre en uno y otro lugar, para que guiara a los pecadores presentes a aceptar la salvación que Él ofrece y para que creyeran, para que así fueran salvadas sus almas. La agitación se profundizaba a cada instante, y mientras escuchaba sus sollozos, suspiros y su respirar, cerré la oración y me puse de pie súbitamente. Todos se pusieron de pie y les dije: "Ahora, por favor, vayan a casa sin hablar ni una palabra entre ustedes. No digan nada, traten de mantenerse en silencio, y no rompan en manifestaciones de sentimientos; y así, sin hablarse entre ustedes y teniendo sus sentimientos bajo control, por favor, vayan a sus habitaciones sin decir palabra".

En ese momento, un joven de apellido Wright, que era empleado en la tienda del señor Huntington y quien era uno de los principales jóvenes del lugar, al punto del desmayo cayó a los pies de otros jóvenes que estaban de pie cerca de él. En ese momento los demás jóvenes como que se desvanecieron y cayeron todos juntos. Esto bien pudo haber producido estrepitosos alaridos, pero les calmé y le dije a los jóvenes: "por favor, dejen la puerta bien abierta, salgan y dejen que todos se marchen en silencio". Hicieron lo que les pedí y salieron sin gritar, sollozando y suspirando. Pero esos sollozos y suspiros podían escucharse a medida que iban por las calles. El señor Wright, de quien me he referido, me dijo más tarde que su angustia era tan grande

que tuvo que taparse la boca haciendo uso de toda la fuerza de sus brazos hasta que llegó a casa. Permaneció en silencio hasta que cruzó la puerta del lugar donde vivía, y no pudo contenerse más. Cerró la puerta, cayó al piso y estalló en altos lamentos ante la terrible condición en la que se encontró. Esto hizo que su familia le rodeara enseguida, y la convicción se esparciera sobre ellos.

Supe después que escenas similares a esta se produjeron en varias familias. Se confirmó más tarde que varios se convirtieron en la reunión y se fueron a sus casas tan llenos de gozo que casi no podían contenerse.

A la mañana siguiente, apenas se hizo de día, la gente comenzó a llamar a la puerta del señor Gillett, pidiendo que fuésemos a visitar a sus familias, a quienes describían como inmersas en la más grande de las convicciones. Tomamos un desayuno rápido y empezamos las visitas. A penas salimos a las calles la gente corría hacia nosotros desde las casas y nos rogaban que entráramos a sus hogares. Como solo podíamos visitar un lugar a la vez, cuando entrábamos a una casa los vecinos se apresuraban a entrar y llenaban el salón más grande. En poco tiempo les dábamos instrucciones y luego nos dirigíamos a otra casa y la gente nos seguía. Encontramos que el estado de las cosas era extraordinario. La convicción era tan profunda y general que en ocasiones entrábamos a una casa y hallábamos a algunos de rodillas, a otros postrados en la alfombra, y a otros mojando las sienes de sus amigos con alcanfor y frotándoles para impedirles desmayar, pues temían por sus vidas.

Visitamos, conversamos y oramos de esta manera de casa en casa hasta el mediodía. Luego le dije al señor Gillett: "Así nunca terminaremos, debemos tener una reunión para aquellos que estén preocupados por sus almas. No podemos ir de casa en casa; y no podemos satisfacer las necesidades de todos". Él estuvo de acuerdo, pero se levantó la cuestión de dónde realizar tal reunión. Un señor de apellido Flint, quien era un hombre religioso, mantenía al momento un hotel en la esquina del centro del pueblo. Allí tenía un comedor largo y grande. El señor Gillett dijo: "Pasaré y veré si nos permite hacer una reunión en su comedor". Consiguió su consentimiento sin ninguna dificultad, y nos dirigimos inmediatamente a las escuelas públicas para notificar que a la una en punto se haría una reunión para los interesados en el comedor del señor Flint. Fuimos a la casa y tomamos un almuerzo rápido y nos condujimos a la reunión. Vimos que la gente se apresuraba y que algunos de hecho corrían a la reunión. La gente venía de todas direcciones. Para cuando llegamos al lugar, el salón, aunque era grande, estaba lleno a su máxima capacidad. Gente de ambos sexos y de todas las edades habían abarrotado el establecimiento. Esta reunión fue muy parecida a la que habíamos tenido la noche anterior. El sentimiento era impresionante. La Palabra de Dios era verdaderamente la espada del Espíritu; y algunos hombres del más fuerte de los temples fueron de tal modo atravesados por las observaciones hechas que se encontraron incapaces de sostenerse y debieron de ser llevados a casa por sus amigos.

Esta reunión duró hasta casi llegada la noche y tuvo como resultado un gran número de conversiones llenas de esperanza, y fue el medio para extender la obra grandemente hacia todos lados.

Prediqué esa tarde y el señor Gillett señaló otra reunión para la mañana siguiente en la corte, para aquellos interesados en la religión. Ese salón era mucho más grande que aquel comedor, aunque su ubicación no era tan céntrica. De cualquier modo, a la hora señalada, la corte se llenó a su máxima capacidad y pasamos gran parte del día dando instrucciones. Adaptamos lo mejor que pudimos nuestras instrucciones a la condición de la gente y la obra avanzó con maravilloso poder. Prediqué nuevamente en la tarde, y el señor Gillett señaló una nueva reunión para aquellos interesados en el estado de su alma, para la mañana del día siguiente, en la iglesia, pues ya no fue posible encontrar otro salón en la villa que fuera lo suficientemente grande como para albergar a todos los asistentes. Esa tarde, si la memoria me es fiel en cuanto al orden de los eventos, nos habíamos comprometido a realizar una reunión de oración y conferencia en una casa escuela grande. Sin embargo, ni bien había empezado la reunión, los sentimientos del público se ahondaron tanto que, para impedir un indeseado estallido de emociones, le propuse al señor Gillett que despidiéramos la reunión y le solicitáramos a la gente partir en silencio, y a los cristianos, pasar la tarde en oración secreta u orando con sus familias, según les pareciera mejor. A los pecadores se les exhortó a no dormir hasta haberle entregado su corazón a Dios.

Después de esto la obra se volvió tan general que prediqué cada noche--me parece que durante veinte noches seguidas y dos veces en el Sabbath. Durante este tiempo sosteníamos nuestras reuniones de oración en la iglesia. Durante el día, la reunión de oración era atendida en determinado lugar en una parte del día, y se realizaba también una reunión para interesados en otro lugar y en otro momento. Si mal no recuerdo, todos los días, después del comienzo de la obra, sostuvimos una reunión de oración y otra para los interesados en la salvación de sus almas, y se predicaba en la tarde. El lugar estaba cubierto por una solemnidad y un temor reverente que le hacía sentir a todos que Dios estaba allí. A la villa llegaron varios ministros que mostraron gran asombro por lo que escucharon y vieron. Las conversiones se multiplicaron con tanta rapidez que ya no teníamos forma de identificar a los convertidos. Por esta razón, cada tarde al cerrar mi sermón, le pedía a todos los que se hubieran convertido ese día que pasaran adelante y se reportaran en frente del púlpito, para que pudiéramos conversar con ellos brevemente. Cada noche nos sorprendían los números y el tipo de personas que pasaban al frente.

En una de nuestras reuniones matutinas de oración, la parte baja de la iglesia estaba completamente llena. Me puse de pie y estaba haciendo ciertos comentarios cuando un mercader inconverso entró a la reunión. Caminó hasta que encontró lugar frente a mí, cerca de donde me encontraba parado. Tenía pocos momentos de haberse

sentado cuando cayó del banco tal como si hubiera recibido un disparo. El hombre se retorció y gemía de manera terrible. Me acerqué a la entrada del banco y pude notar que estaba manifestando la agonía de su mente. Un médico escéptico sentado cerca de él se levantó y fue a examinarle. Le tomó el pulso, y le auscultó por pocos instantes. Sin decir nada el médico se apartó de él y apoyó la cabeza en unos de los postes que sostenían la galería, dejando ver que él también estaba en gran agitación mental. El doctor dijo después que pudo entender enseguida que se trataba de un caso de angustia mental y que esto le había despojado por completo de todo su escepticismo. Poco después se mostró como un convertido lleno de esperanza. Empezamos a orar por el que había caído del banco, y me parece que antes de que el hombre partiera del lugar su angustia se había desvanecido y se regocijaba en Cristo.

Otro médico escéptico--un hombre muy amable, pero escéptico--tenía una hija pequeña llamada Hannah, y una esposa que era realmente una mujer de oración. La pequeña Hannah, quien tenía más o menos unos ocho o nueve años, había caído en gran convicción de pecado, y su madre estaba muy interesada en el estado de su mente. Sin embargo, su padre al principio se mostró bastante indignado. Le dijo a su esposa que "este asunto de la religión es demasiado elevado para mí. Jamás podré entenderlo. ¡Dígame usted si una niña pequeña puede entenderlo como para estar inteligentemente convencida de pecado! Yo no lo creo. Yo sé más que eso. No puedo soportar ese fanatismo, esa locura". A pesar de esto la madre de la niña se mantenía en oración. Supe que las afirmaciones que hizo el doctor estuvieron llenas de energía. Inmediatamente después de hacerlas tomó su caballo y recorrió varias millas para ver a un paciente. De camino, como lo señaló después, el tema permaneció en su mente de tal manera que llegó a abrirse totalmente en su entendimiento; y todo el plan de salvación en Cristo le fue tan claro que vio que un niño podía entenderlo. Le causó maravilla el que siempre le hubiese parecido un misterio, lamentó grandemente lo que le había dicho a su esposa con respecto a la pequeña Hannah y sintió la urgencia de volver al hogar para retirar lo dicho. Pronto volvió a casa, más convertido en otro hombre; le dijo a su esposa lo que había ocurrido en su mente; animó a su querida Hannah a acudir a Cristo; y ambos, padre e hija, han sido desde entonces los más fervientes cristianos, han tenido una vida larga y han hecho mucho bien.

Sin embargo, en este avivamiento, como en otros de los que he sido testigo, Dios hizo algunas cosas terribles en nombre de su justicia. Durante un Sabbat en el que me encontraba en el lugar, cuando ya había bajado del púlpito y me disponía a dejar la iglesia, un hombre entró a prisa buscándonos al señor Gillett y a mí. Nos pidió ir a cierto lugar, diciendo que un hombre había caído muerto en el sitio. Yo estaba ocupado conversando con otra persona, por lo que el señor Gillett fue solo. Cuando terminé mi conversación fui a la casa del señor Gillett, quien llegó pronto y me relató lo sucedido. Había tres hombres que se habían estado oponiendo a la obra y que se habían reunido en el día del Sabbat para beber y ridiculizar el avivamiento. Esto lo

hicieron hasta que, de pronto, uno de ellos cayó muerto. Cuando el señor Gillett llegó a la casa y le relataron las circunstancias, él dijo: "¡Allí lo tienen! No cabe duda de que el hombre fue herido por Dios y de que ha sido enviado al infierno". Los compañeros del difunto estaban sin palabras. No había nada que pudieran decir, ya que era evidente que su conducta le había traído ese golpe terrible de indignación divina.

A medida que la obra continuaba reunió a casi toda la población. Casi todos y cada uno de los abogados, mercaderes y médicos, y casi todos los hombres distinguidos del lugar, y de hecho, casi toda la población adulta de la villa, se integraron a la obra y en especial, aquellos que pertenecían a la congregación del hermano Gillett. Después de mi partida el hermano me dijo: "En lo que respecta a mi congregación, el Milenio ha llegado. Toda mi gente se ha convertido. De todas mis labores del pasado no me queda un solo sermón que pueda aplicar a mi congregación, pues ahora todos son cristianos". El señor Gillett reportó después que durante los veinte días que permanecí en Roma hubo quinientas conversiones en el pueblo, o un promedio de veinte conversiones por día. En las tardes, cuando le pedía a todos los que se hubieran convertido pasar adelante y dar reporte de ellos mismos, la gente, en lugar de retirarse, permanecía en sus sillas para ver quiénes se mostraban como convertidos, y dejaban ver su gran asombro al conocer quiénes habían nacido de nuevo.

Durante el progreso de esta obra una gran cantidad de emoción surgió en Utica, y algunos se dispusieron a ridiculizar la obra. El señor Henry Huntington era un ciudadano prominente que vivía en Roma, y de quien debo decir que estaba a la cabeza de la sociedad en cuanto a riqueza e inteligencia. Sin embargo, era escéptico, o más bien debería decir que abrazaba las posturas del universalismo. Era un hombre respetable y muy moral, altamente educado y mantenía sus puntos de vista de forma discreta, hablando de ellas muy poco a los demás. En el primer Sabbat en el que prediqué el señor Huntington estaba presente. Él me dijo más tarde que quedó tan estupefacto con mi predicación que decidió no volver jamás. Volvió a su casa y le dijo a su familia: "Ese hombre está loco, y no me sorprendería ver que pone a esta ciudad en llamas". Huntington permaneció alejado de las reuniones por unas dos semanas. Mientras tanto la obra se intensificó tanto como para poner a prueba su escepticismo, y llegó a un estado de gran perplejidad.

El señor Huntington era el presidente de un banco de Utica, y solía acudir al tal pueblo para atender las reuniones semanales del directorio en un determinado día. En una de esas ocasiones, uno de los directores empezó a hablarle acerca del estado de las cosas en Roma, insinuando que todos se estaban volviendo locos. El señor Huntington dijo: "Caballeros, digan lo que deseen, pero hay algo muy sobresaliente en el estado de las cosas en Roma. Ciertamente no hay poder humano o elocuencia que haya producido lo que allí se ve. No puedo entenderlo. Ustedes afirman que pronto menguará. No cabe duda de que el grado de sentimientos que hay en Roma pronto debe de ceder, o

la gente perderá la razón. Mas caballeros, no hay filosofía que pueda dar cuenta de tal estado de los sentimientos, deben deberse a algo divino".

Después de haber estado apartado de las reuniones durante dos semanas, el señor Huntington se convirtió en el sujeto especial de la oración de algunos de nosotros, quienes nos reunimos una tarde para orar por él. El Señor nos dio una fe fuerte en oración, y sentimos la convicción de que estaba obrando en su alma. Cuando llegó la reunión de la tarde Huntington apareció. Cuando entró a la casa el señor Gillett me dijo al oído, mientras estábamos sentados en el púlpito: "Hermano Finney, Huntington está aquí. Espero que usted no diga nada que le ofenda". "No"--respondí--"pero tampoco le dejaré ir bien librado". En aquellos días estaba obligado a predicar sin premeditación, pues no tenía ni una hora en la semana en la cual pudiera estar fuera de mi cama poniendo mis pensamientos en orden de antemano. Era muy común que tuviera que esperar hasta que la congregación se hubiese reunido, y hasta que el estado de las cosas le sugiriera el tema a mi mente. Para el momento de aquella reunión, y para cuando entró Huntington, creo que todavía no tenía en mi mente idea de qué hablar. Fue cuando vi a la congregación en asamblea que escogí el tema y prediqué. La Palabra tuvo un agarre poderoso, como era mi esperanza y mi intención, y tuvo gran poder sobre el mismísimo señor Huntington. Creo que ya estaba bien entrada la noche cuando pedí, al final de la reunión, que aquellos que se hubieran convertido durante aquel día y aquella tarde se pusieran de pie y se reportaran. El señor Huntington fue uno de aquellos que pasó al frente deliberadamente y con solemnidad, y reportó haberle entregado su corazón a Dios. Se mostró humilde y penitente. Siempre he creído que se convirtió verdaderamente a Cristo.

El estado de la villa y sus alrededores era tal que nadie podía entrar al pueblo sin ser golpeado por el temor reverencial y la solemne impresión de que Dios estaba en el lugar de una manera muy particular. Para ilustrar esto voy a relatar un incidente. El sheriff del condado residía en Utica. En el condado había dos salas de la corte, una en Roma y la otra en Utica, por lo que, consecuentemente, el Sheriff, quien se apellidaba Broadhead, tenía muchos asuntos que atender en Roma. Este hombre me dijo más tarde que había escuchado acerca del estado de las cosas en Roma; y que él junto a otras personas, se habían reído mucho en el hotel al que llegaba acerca de las cosas que había escuchado. Sin embargo, un día le fue necesario ir a Roma. Dijo que estaba feliz de tener que atender los asuntos del lugar, pues deseaba ver por sí mismo aquello de lo que tanto se comentaba, y cuál era el verdadero estado de las cosas en Roma. Me dijo que condujo su trineo de un solo caballo sin tener ninguna impresión particular en la mente hasta que cruzó lo que se conoce como el viejo canal, un lugar que según me parece está a una milla del pueblo. Dijo que tan pronto cruzó el canal, una impresión terrible y un temor reverencial profundo, de los cuáles no podía sacudirse, vinieron sobre él. Sentía como si Dios impregnaba toda la atmósfera. Cuenta que esto fue en aumento hasta que entró en la villa. Se detuvo en el hotel del señor

Flint y el mozo salió a tomar su caballo. Cuenta que observó que el mozo se veía tal como él se sentía, como si tuviera temor de hablar. Entró al lugar y encontró a los caballeros con los cuales debía tratar los asuntos. Dijo que todos ellos estaban manifiestamente tan impresionados que casi no podían poner asunto en lo que tenían que atender y que varias veces en el curso del poco tiempo en el que estuvo en la reunión, tuvo que levantarse de la mesa abruptamente para mirar por la ventana y tratar de desviar su atención, para contener el llanto. Observó que todos los demás parecían sentirse de la misma manera, en temor tan reverente, en tan honda solemnidad y en un estado mental que nunca antes había concebido. Se apresuró a concluir los asuntos y regresó a Utica, pero dijo que nunca más volvió a hablar con ligereza acerca de la obra en Roma. Pocas semanas después de haber vuelto a Utica, ya era un convertido esperanzado. Tendré oportunidad más adelante de hablar acerca de las circunstancias de su conversión.

He hablado anteriormente de Wright's Settement, una villa al noreste de Roma a unas dos o tres millas de distancia. El avivamiento tomó un efecto poderoso en ese lugar, en dónde se convirtieron un gran número de sus habitantes. Los medios usados en Roma fueron los mismos que había usado en el pasado y no otros: la predicación; la oración pública, social y privada; la exhortación y la conversación personal. Es difícil concebir un estado tan profundo y general de los sentimientos religiosos sin la manifestación del desorden, el tumulto, el fanatismo, o de alguna otra cosa objetable tal como se evidenció en Roma. Hoy en día hay muchos convertidos, fruto de ese avivamiento, que viven esparcidos a lo largo del territorio y que pueden testificar que en las reuniones de ese periodo prevaleció el más grande de los órdenes y de solemnidad, y que se hicieron máximos esfuerzos para evitar cualquier cosa deplorable. El Espíritu de la obra fue tan espontáneo, tan poderoso y tan sobrecogedor, que se hizo necesario el ejercer la mayor de las precauciones y de las sabidurías para conducir todas las reuniones y así prevenir un estallido no deseado de emociones, el cual pronto hubiera agotado la sensibilidad de la gente y provocado una reacción. Todos los que están familiarizados con los hechos saben que no hubo ninguna reacción subsiguiente. La gente de la villa mantuvo una reunión de oración al amanecer durante varios meses, incluso me parece que la sostuvieron por más de un año, durante todas las estaciones del año. Esta reunión se llenaba de gente y gozaba de tanto interés como cualquier otra reunión de oración. El estado moral de la población cambió tan grandemente que el hermano Gillett señalaba con frecuencia que el lugar ya no parecía el mismo. De hecho, era como si se hubiera barrido lo malo. Cualquier rezago de pecado que hubiera quedado, estaba obligado a esconder su cabeza. Ningún tipo de inmoralidad podía tolerarse ni siquiera un momento. Aquí tan solo he presentado un perfil de lo que sucedió en Roma. Para describir con fidelidad todo el mover de los incidentes que se dieron en aquel avivamiento, me sería necesario ocupar todo un volumen para su relato.

Debo decir unas breves palabras con respecto al Espíritu de oración que prevaleció en Roma en ese tiempo. Me parece que fue aquel sábado que llegué desde Western para intercambiar púlpitos con el hermano Gillett, cuando me reuní con la iglesia, que estaba congregada en una reunión de oración por la tarde, en su casa de adoración. Me preocupé en llevarles a entender que Dios puede responder la oración de inmediato, cuando las condiciones sobre las cuales Él ha levantado la promesa de dar respuesta a la oración son satisfechas, y que especialmente la oración es respondida cuando la gente cree, es decir, cree en el sentido de que esperan una respuesta de parte de Dios a sus peticiones. Observé que la iglesia estaba muy interesada en mis afirmaciones y que sus rostros manifestaban el intenso deseo de ver sus oraciones respondidas. Recuerdo que hice tales afirmaciones casi al terminar la reunión. Esto fue antes de que hubiera ferrocarriles. Le dije a la iglesia: "Yo realmente creo que si ustedes se unen esta tarde en una oración de fe a Dios por el inmediato derramamiento de su Espíritu, recibirán una respuesta del cielo antes de lo que se tarda recibir un mensaje desde Albany por medio del correo más veloz que pueda utilizarse". Esto lo dije con mucho énfasis y sintiéndolo; y observé que la gente se sorprendió ante mi expresión de fervor y fe con respecto a la inmediata respuesta a la oración. La verdad es que había visto con tanta frecuencia este resultado que hice la afirmación sin ningún recelo. Ninguno de los miembros de la iglesia hizo comentario al momento; sin embargo, supe después de empezada la obra que tres o cuatro miembros de la iglesia --el señor George Huntington, hermano de Henry Huntington, junto a dos o tres hermanos más-- acudieron al estudio del señor Gillett, sintiéndose tan impresionados con lo que se había dicho acerca de la rapidez de la respuesta a las oraciones, que se determinaron a tomarle la palabra a Dios, y comprobar si Él respondería aún mientras estaban todavía hablando. Uno de estos hombres me dijo después que el Espíritu Santo les dio una fe maravillosa para orar por una respuesta inmediata, y dijo además: "La respuesta llegó, de hecho, antes de lo que nos hubiera tomado recibir una misiva desde Albany por medio del más rápido de los correos." El pueblo estaba realmente lleno de oración. En cualquier lugar a donde se fuera podía escucharse una voz en oración. Al pasar por las calles, si sucedía que dos o tres cristianos se encontraban juntos, estaban orando. En donde se reunieran, oraban. Cuando había un pecador no convertido, y en especial si el mismo manifestaba algún tipo de oposición, se podía hallar a dos o a tres hermanos o hermanas en acuerdo para hacer de aquella persona el sujeto particular de su oración: y era asombroso ver hasta qué punto Dios respondía sus oraciones de forma inmediata.

La esposa de un oficial del ejército de los Estados Unidos residente en Roma, e hija de un prominente ciudadano del lugar, manifestaba gran oposición a la obra, y se reportó que había dicho algunas cosas muy fuertes en su contra. Esto hizo de ella un sujeto particular de oración. Supe de esto poco antes de ocurrir el evento que estoy a punto de relatar. Creo que en este caso algunas de las principales damas del pueblo fueron quienes hicieron de esta mujer el sujeto de su oración, pues ella era una mujer de

prominente influencia en el lugar. Era una dama educada, con gran fuerza de carácter y de voluntad, que por supuesto, hacía sentir su oposición. Sin embargo, tan pronto se supo de su rechazo a la obra, y tan pronto el Espíritu de oración fue dado particularmente por ella, el Espíritu de Dios tomó su caso en sus manos.

Una tarde, casi inmediatamente después de haber escuchado acerca de su caso, y de hecho, tal vez en la misma tarde en la que me enteré de los sucesos, una vez que la reunión quedó despedida y la gente se retiró a sus hogares, el señor Gillett y yo permanecimos hasta el final conversando con algunas personas que estaban llenas de convicción profunda. Cuando estas personas se retiraron y nosotros estábamos a punto de salir, el sepulturero llegó a toda prisa diciendo: "hay una señora en aquella banca que no es capaz de salir. Está totalmente impotente. Por favor, vengan a ver". Regresamos y ¡eh aquí! Bajo el banco estaba aquella dama de quien hablo, absolutamente sobrecogida por la convicción. La banca había estado llena de gente y ella había intentado marcharse con los otros cuando la gente fue despedida, sin embargo, al llegar su turno de salir del banco, ya que ella era la última, encontró que no podía levantarse, se hundió en el piso sin ser notada por aquellos que pasaban por el lugar. Le ayudamos a levantarse, conversamos brevemente con ella y descubrimos que el Señor la había impactado con una tremenda convicción de pecado. Después de orar por ella, y de presentarle la solemne responsabilidad de entregarle a Cristo su corazón de inmediato, salí. Creo que el hermano Gillett la ayudó a llegar a casa. Su domicilio estaba a unas pocas varas de distancia. Supimos luego que cuando llegó a su casa entró sola a un aposento, en dónde pasó la noche. Esto sucedió en una noche fría de invierno. La dama se encerró con llave en la habitación en donde pasó la noche a solas. Al día siguiente expresaba esperanza en Cristo, y hasta donde sé, probó haber sido verdaderamente convertida.

Creo que también me es necesario mencionar la conversión de la señora Gillett durante este avivamiento. Ella era hermana del misionero Mills, quien fue uno de los primeros misioneros de la Junta Americana. Era una mujer hermosa, considerablemente más joven que su esposo, de quien ella era su segunda esposa. Antes de casarse con el señor Gillett, ella había estado bajo profunda convicción por varias semanas, hasta el punto de casi perder la razón. Si mal no recuerdo, ella tenía la impresión de que no estaba en el grupo de los elegidos, y que no había salvación disponible para ella. Poco después de que el avivamiento empezó en Roma, nuevamente cayó bajo la poderosa convicción del Espíritu del Señor. Ella era una mujer refinada y amante de los vestidos; y como es común en las damas, llevaba sobre su cabeza y sobre su persona algunos ornamentos frívolos --nada, por cierto, que yo hubiera pesando pudiera constituir para ella una piedra de tropiezo. Al ser su huésped conversé repetidamente con ella a medida de que su convicción aumentaba, pero nunca se me ocurrió que su afición por los vestidos le impedía el paso a la salvación. Cuando la obra tomó mucho poder, su angustia se volvió alarmante; y el señor Gillett,

sabiendo lo que había ocurrido antes con ella, temía el que volviera al estado de abatimiento en el que había estado años antes. La mujer corrió a mí buscando instrucción. Cada vez que iba a su casa, casi inmediatamente me rogaba que orara por ella y me decía que su angustia iba más allá de lo que podía soportar. Era evidente que estaba a punto de la desesperación, sin embargo, pude notar que estaba dependiendo demasiado de mí; y por lo tanto traté de evitarla. Pese a esto, cada vez que llegaba a su casa después de visitar a quienes estaban ansiosos por sus almas, tan pronto me escuchaba llegar, inmediatamente se abalanzaba sobre mis oraciones y mi instrucción, como si esperara algo de mi parte.

Esto sucedía día tras día, hasta que un día entré a la casa y fui directo al estudio. Como era lo usual, ella fue a buscarme, rogándome que orara por ella y quejándose de que no había salvación para ella. Me puse de pie abruptamente y la dejé sin orar por ella, diciéndole que era inútil que orara por ella, pues estaba dependiendo de mis oraciones. Cuando hice esto, la mujer se desvaneció, tal como si fuera a desmayarse. La dejé sola, a pesar de eso, y salí abruptamente hacia la sala. En el curso de breves momentos entró a prisa a la sala, con el rostro resplandeciente, y exclamó: "¡Oh, señor Finney! ¡He hallado al Salvador! ¡He hallado al Salvador! ¿Creerá usted que eran mis adornos lo que me impedía la conversión? Cuando oraba me venían a la mente, y sentía la tentación--supuse que era una tentación--de renunciar a ellos"--dijo y continuó explicando--"mas yo evitaba la tentación pensando que eran totalmente banales y que Dios no les daba importancia. Que todo era una tentación de Satanás. Sin embargo, mis adornos seguían viniendo a mi mente cada vez que intentaba darle mi corazón a Dios. Cuando usted me dejó así, abruptamente, caí en desesperación. Me eché al piso y ¡eh aquí! Nuevamente vinieron a mi mente estos adornos. Entonces me dije, no permitiré que estas cosas surjan de nuevo. Las pondré a un lado de una vez y para siempre". Siguió diciendo: "Renuncié a ellos y los odié por estar bloqueando mi camino a la salvación. Tan pronto como prometí renunciar a ellos, el Señor se reveló a mi alma y ¡Oh! ¡Cómo es que nunca antes lo entendí! Esto era --este amor a los vestidos-- lo que me traía dificultades antes, cuando estuve bajo convicción y yo no lo sabía".

CAPITULO XIV

AVIVAMIENTO EN UTICA, NUEVA YORK

Cuando tenía cerca de veinte días de estar en Roma, uno de los ancianos de la iglesia del señor Aikin en Utica falleció. Este había sido un hombre prominente y muy útil y acudí al lugar para atender a su funeral. El señor Aikin condujo los ejercicios funerales; supe por él que el Espíritu de Oración ya se había estado manifestando en su congregación, y de hecho, en la ciudad. Me contó que una de las damas principales de su iglesia estaba tan profundamente conmovida en su alma por el estado de la iglesia y por los impíos de la ciudad, que había orado prácticamente sin cesar por dos días y dos noches, hasta que sus fuerzas quedaron casi extinguidas. A esta mujer le era imposible soportar la carga de su mente, a menos que otra persona se uniera en oración con ella. Esto le permitía a ella descansar en la oración del otro, quien expresaba sus deseos a Dios. Entendí lo que la dama estaba pasando y le dije al hermano Aikin que la obra ya había empezado en el corazón de aquella mujer. Por supuesto, él también lo reconoció y deseó que pudiera empezar mis labores con él y con su gente de forma inmediata. Empecé, efectivamente, mis labores pronto y me preocupé de que la obra arrancara cuanto antes. La obra tomó su efecto de inmediato, y el lugar se llenó de la manifiesta influencia del Espíritu Santo. Nuestras reuniones se llenaban cada noche, y la obra se extendió y continuó con poder, especialmente en medio de las dos congregaciones presbiterianas, de quien el señor Aikin era pastor de una, y el señor Brace, de la otra. Dividí mis labores en medio de estas dos congregaciones.

Tan pronto empecé a trabajar en Utica le hice la observación al señor Aikin de que no había visto en las reuniones al señor Broadhead, de quien ya me he referido. Fue unas cuantas tardes después, mientras estaba sentado en el púlpito, que el señor Aikin me susurró al oído que el Señor Broadhead estaba en medio de la congregación. Me lo señaló y lo vi caminar en el pasillo para tomar su asiento. Tomé mi texto y procedí a dirigirme a la congregación. Tenía tan solo pocos momentos de haber empezado, cuando observé que el señor Broadhead se levantó de su banco, se volteó deliberadamente, se envolvió en su gran abrigo y se puso de rodillas. Vi que su acción exaltó la atención de los que estaban sentados cerca de él y que una considerable sensación se produjo en aquella parte de la casa. El sheriff continuó en sus rodillas durante todo el servicio. Luego se retiró a su cuarto, en el hotel en el cual se hospedaba. Broadhead era un hombre de unos cincuenta años, soltero. Me dijo más tarde que al llegar a su hospedaje y pensar en lo que había escuchado, su mente se cargó en gran medida. Yo había presionado a la congregación a aceptar a Cristo tal como el evangelio lo presenta. Esta cuestión de la necesidad presente de aceptar a Cristo y toda la situación con respecto a la relación del pecador con Cristo y a la vez, la relación de Cristo para con el pecador, habían sido el tema de mi discurso. El sheriff me dijo que había atesorado estos puntos y que se los había presentado a su mente en forma solemne y que había dicho: "Oh alma mía, ¿aceptarás esto? ¿Aceptarás a Cristo y renunciarás al pecado, te rendirás a ti misma? ¿No habrás de hacerlo ahora mismo?" Dijo que se lanzó sobre su cama en medio de la agonía de su mente y que se hizo a sí mismo esa pregunta, y conjuró a su alma entregarse "aquí y ahora". Dice el señor

Broadhead que en ese instante le dejó la angustia y que pronto cayó dormido y no despertó por varias horas. Cuando finalmente despertó halló que su mente estaba llena de paz y de descanso en Cristo. A partir de ese momento se convirtió en el más apasionado obrero de Cristo en medio de sus conocidos.

Ya he dicho que el sheriff se alojaba en el hotel, que en aquel momento era mantenido por el señor Shepard. El Espíritu tomó poderosa posesión de aquella casa. El mismo señor Shepard pronto se volvió un sujeto de oración y se convirtió junto a un gran número de sus familiares y huéspedes. De hecho, aquel hotel, que era el más grande de la ciudad, se convirtió en un centro de influencia espiritual y muchos se convirtieron allí. A medida que llegaba gente al pueblo pasaban por el hotel; y era tan poderosa la impresión en la comunidad que escuché varios casos en los que gente que había ido solo para comer, desayunar, cenar o para pasar la noche, recibían una convicción poderosa y se convertían antes de dejar el pueblo. De hecho, tanto en Utica como en Roma sucedía que nadie podía estar en el pueblo, o pasar por él, sin estar consciente de la presencia de Dios, de aquella divina influencia que impregnaba el lugar. Toda la atmósfera parecía estar imbuida por una vida divina.

Un mercader proveniente de Lowville, del Condado Lewis, llegó a Utica para adquirir algunas provisiones y para realizar algunos negocios en su línea. Este hombre se detuvo en el hotel en donde el señor Broadhead solía hospedarse y encontró que toda la conversación en el pueblo estaba centrada en la obra, lo que le resultó muy molesto, pues era un hombre inconverso. Se enfadó y dijo que no podía hacer negocios en el pueblo, que todo era pura religión; y resolvió volver a su casa. Le bastaba entrar a una tienda para que le entrometieran la religión, y ya no le era posible hacer negocios con la gente del local.

Aquella misma tarde se iría a su casa. El hombre hizo esos comentarios delante de unos nuevos convertidos, que se alojaban en el hotel, y creo que los hizo especialmente en presencia del señor Broadhead. Se esperaba que aquel huésped se fuera tarde en la noche, y se observó que se dirigió a pagar la cuenta del hotel antes de retirarse, pues dijo que el señor Shepard probablemente no estaría despierto cuando él estuviera listo para salir y que deseaba saldar su deuda. El señor Shepard notó que la mente del hombre estaba muy ejercitada, y les sugirió a varios de los caballeros que se hospedaban en el hotel que le hicieran el sujeto de sus oraciones. Estos hombres tomaron al mercader y lo llevaron, si no me equivoco, a la habitación del señor Broadhead, y allí conversaron y oraron con él, y antes de que el hombre saliera del aposento ya estaba convertido. Este mercader se sintió enseguida muy preocupado por la gente de su pueblo y se marchó pronto. Tan pronto como llegó a casa le dijo a su familia lo que el Señor había hecho por su alma y les llamó a orar con él. Como era un ciudadano muy prominente en el lugar, y un hombre muy abierto que en todo lugar

proclamaba lo que Dios había hecho por él, enseguida se produjo en Lowville una impresión muy solemne, que pronto resultó en un gran avivamiento en el lugar.

Fue en medio del avivamiento en Utica que por primera vez escuchamos que había surgido oposición hacia los mismos en el este. El señor Nettleton le había escrito algunas cartas al señor Aikin, con quien me encontraba laborando, y en estas le manifestaba que estaba muy equivocado con respecto al carácter de los avivamientos. El señor Aikin me mostró aquellas cartas, las cuales estaban siendo repartidas en medio de los ministros del área, de acuerdo a la intención de su autor. Entre las cartas había una en la cual el señor Nettleton expresaba todo lo que consideraba objetable en la conducción de aquellos avivamientos; sin embargo, como nada semejante a lo que describía en sus comunicaciones se dio en ninguna manera en la obra, y como tampoco llegamos a conocer de algo que se pareciera al motivo de su queja, no prestamos mayor atención a las cartas, sino que las leímos y las dejamos pasar. Con todo esto, sin embargo, el señor Aikin respondió de forma privada a una o dos de ellas, asegurándole al señor Nettleton que no se hacían cosas semejantes. He dicho que no se hacían cosas semejantes a las que mencionaba el hombre. No recuerdo, sin embargo, que haya mencionado el hecho de que de manera ocasional las mujeres oraban en las reuniones sociales. Haya o no hecho esa queja, si era cierto que en unas pocas ocasiones ciertas damas muy prominentes y que habían sido profundamente impactadas en sus espíritus, condujeron la oración en sus reuniones sociales, las cuales manteníamos de casa en casa todos los días. No conozco de ninguna oposición que se haya manifestado en contra de esta práctica en Utica o en Roma; como tampoco aquello fue algo que yo haya introducido, pues no ejercí ningún tipo de acción para introducir la práctica en medio de la gente, y tampoco sé si la misma haya existido o no antes de mi llegada a dichos lugares. De hecho, hasta donde sé, el que ciertas damas condujeran la oración no era tema de gran conversación o pensamiento en medio de la gente de la zona en la cual esto ocurrió.

He dicho antes que se supo que el señor Weeks, quien mantenía las más ofensivas doctrinas en el tema de la eficiencia divina, se opuso a estos avivamientos. Para el conocimiento de aquellos que quizás desconozcan el hecho de que tales doctrinas llegaron a sostenerse, me es necesario decir que el señor Weeks, y quienes concordaban con él, sostenían que tanto el pecado como la santidad eran producidos en la mente por medio de un acto todopoderoso y directo; que era Dios quien hacía de los hombres santos o pecadores, según su soberana discreción, y que ambos casos se producían por causa de un acto directo de poder todopoderoso, un acto tan irresistible como el de la creación misma; que de hecho Dios era el único y propio agente en el universo, y que todas sus criaturas actuaban solo en la medida en la que eran movidas y compelidas a actuar de acuerdo a un acto irresistible de omnipotencia; que todo pecado en el universo, tanto de los hombres como de los demonios, era el resultado

de un acto directo de poder irresistible por parte de Dios. Esto lo pretendían demostrar de la forma más sofista por medio de la Biblia.

La idea que el señor Weeks tenía acerca de la conversión o de la regeneración era que Dios, quien había hecho a los hombres pecadores, también les regeneraba con el propósito de que comprobaran y admitieran que tenía el derecho de hacerlo para su gloria, y de que podía también enviarles al infierno por los pecados que Él mismo había creado en ellos de manera directa, o que les había compelido a cometer por medio de una fuerza omnipotente. Cuando sucedían conversiones que no llevaban al pecador a aceptar estas perspectivas del tema, Weeks no confiaba en ellas. Aquellos quienes han leído todos los nueve sermones del señor Week en este respecto, podrán dar fe de que no he malinterpretado sus posturas. Sin embargo, como estas perspectivas eran abrazadas por un número considerable de ministros y profesores de religión en aquella área, la conocida oposición de Weeks, junto a la de aquellos otros ministros, envalentonó y aumentó la oposición. De cualquier modo, la obra continuó avanzando con gran poder, convirtiendo a gente de todas las clases, hasta que el señor Aikin reportó la conversión de quinientas personas en el curso de unas pocas semanas, la mayoría de estas conversiones, si no me equivoco, eran de gente de su propia congregación. En aquel tiempo los avivamientos eran algo relativamente nuevo en la región, y la gran mayoría de la gente no estaba convencida de que eran obra de Dios y tampoco estaban admiradas de ellos, como más tarde llegaron a estarlo. Al parecer la impresión general era que aquellos avivamientos pronto pasarían y quedaría en evidencia que habían consistido de simple emoción y sentimientos animales. Por supuesto, no pretendo decir que aquellos realmente interesados en la obra abrazaban esa idea.

Una circunstancia, que causó una impresión muy poderosa, tuvo lugar en aquel avivamiento. El Presbiterio de Oneida se reunió en el lugar mientras el avivamiento atravesaba su etapa de máxima fuerza. En medio de los asistentes se encontraba un clérigo anciano de apellido Southard, si mal no recuerdo, a quien yo no conocía. Este hombre estaba particularmente irritado por el fervor y el fragor del avivamiento. Se encontró con que la mente de público estaba del todo absorbida en el tema de la religión, y que en todas partes había oración y conversación religiosa, aún en las tiendas y en otros lugares públicos. El señor Southard nunca había visto un avivamiento y tampoco había escuchado jamás lo que escuchó en Utica. Southard era escocés, y si no me equivoco tenía poco tiempo en este país. Un viernes por la tarde, antes de que se suspendiera el presbiterio, el señor Southard se puso en pie e hizo un violento discurso en contra del avivamiento que estaba sucediendo en el lugar. Sus palabras impactaron y entristecieron grandemente a los cristianos que se encontraban presentes, quienes también sintieron la necesidad de postrarse y clamar a Dios, para que evitara que lo dicho por el hombre produjera daño.

El presbiterio se suspendió en la tarde. Algunos de los miembros se retiraron a sus casas y otros permanecieron en el pueblo para pasar la noche. Los cristianos se entregaron a la oración y aquella noche hubo gran clamor. Rogaron que Dios evitara cualquier mala influencia que pudiera resultar del discurso hecho por el señor Southard. A la mañana siguiente Southard fue hallado muerto en su lecho. Esto también produjo gran conmoción, mas esta vez a favor del avivamiento. Con esto quedó contrarrestada cualquier influencia del discurso de Southard en el presbiterio. En el transcurso de este avivamiento gente de todas partes, al escuchar lo que Dios estaba haciendo o al ser atraídas por la curiosidad y lo asombroso de lo que llegaba a sus oídos, arribaron al pueblo de todas direcciones para ser testigos de los sucesos y muchos de ellos fueron convertidos a Cristo. Entre ellos estuvo el doctor Garret Judd, quien poco después fue misionero en las islas Sandwich, y quien ha sido ampliamente conocido por los amantes de las misiones durante muchos años. Judd pertenecía a la congregación del señor Weeks, de quien me he referido antes.

Su padre, el anciano doctor Judd, era un ferviente cristiano, quien también vino a Utica y simpatizó grandemente con el avivamiento.

Aproximadamente por el mismo tiempo de la conversión de Judd, una joven dama, la señorita Fanny Thomas, proveniente de algún lugar de Nueva Inglaterra, llegó a Utica bajo las circunstancias que explico a continuación. Ella enseñaba en una escuela superior en el vecindario de Newburgh, Nueva York. En aquella región los periódicos habían hablado mucho acerca de los avivamientos en Utica, y la señorita Thomas, al igual que otras personas, estaba llena de asombro y maravillada con aquellos relatos y deseaba ver por sí misma a qué se referían. Clausuró su escuela por diez días y se dirigió a Utica. Cuando pasaba por la calle Genesee hacía el hotel en donde pensaba alojarse, observó en uno de los letreros el nombre de Brigg Thomas. El lugar era totalmente extraño para ella y no sabía de ningún conocido o pariente que viviera en el pueblo, sin embargo después de haber estado un día o dos en el hotel, y de haber indagado acerca de aquel Briggs Thomas, le pareció que podía tratarse de un familiar y le dejó al señor Thomas una nota en la cual le informaba que era la hija de cierto señor Thomas; --dándole el nombre de su padre--; que se encontraba en el hotel, y que estaría encantada de verle. El señor Thomas fue a verla al hotel, en donde esperó por ella y descubrió que se trataba de una pariente lejana e inmediatamente la invitó a su casa. La joven aceptó su invitación y siendo Briggs Thomas un ferviente cristiano, la llevó en seguida a las reuniones, buscando crear en ella el interés por la religión. La dama se sorprendió mucho con todo lo que vio y también se sintió bastante irritada.

Fanny Thomas era una joven energética, altamente cultivada y orgullosa, y la forma en la que la gente le hablaba y le enfatizaba la necesidad de entregarle su corazón a Dios de manera inmediata, le molestaba en gran manera. Especialmente le enojaba la predicación que escuchaba cada noche y que caló en ella profundamente. En esta

predicación se insistía mucho en la culpa del pecador y en el peligro inminente en el que se encuentra de recibir condenación eterna. Esto hizo que se levantara en ella oposición, mientras, sin embargo, la obra de convicción avanzaba poderosamente en su corazón.

Yo no había tenido oportunidad de verle para conversar con ella, pero había escuchado por el señor Thomas acerca del estado de su mente. Después de luchar con la verdad por algunos días, finalmente fue a verme a mi alojamiento. Se sentó en un sofá de la sala y yo coloqué mi silla frente a ella y empecé a presionarle con las demandas de Dios. Dijo que en mi predicación yo insistía en que los pecadores merecían ser enviados al infierno eterno y que eso era algo que ella no podía aceptar y que no creía que Dios fuera un ser capaz de hacer tal cosa. Le respondí: "usted aún no entiende lo que es el pecado en su naturaleza y sus terribles desiertos; si eso usted lo entendiera, no tendría reparos de que Dios enviara a los pecadores al infierno eterno". Luego continué abundando sobre el tema en la forma más llana que pude. Pronto vi que la convicción empezó a madurar en su mente. Aun cuando odiaba la idea de creer en algo semejante, la convicción de la verdad se le estaba volviendo irresistible. Continué hablando hasta que vi que estaba a punto de hundirse en su convicción; entonces dije unas cuantas palabras acerca del lugar que Jesús ocupa, y cuál es el verdadero estado de las cosas en cuanto a la salvación de aquellos que merecen condenación. Su rostro palideció, levantó las manos y gritó, y luego se dejó caer sobre el brazo del sofá, permitiéndole a su corazón quebrantarse.

Hasta ese momento no había llorado. Sus ojos estaban secos, su rostro demacrado y pálido, y sus sentimientos totalmente bloqueados. Mas ahora las compuertas de un diluvio se habían abierto, dejando que brotara del todo su corazón delante de Dios. No pude decir nada más. Pronto se puso de pie y se marchó al lugar en donde se hospedaba. Casi de inmediato renunció a la escuela y se ofreció como misionera en el extranjero, se casó con un señor de apellido Gulick y partió a las Islas Sandwich, me parece que por el mismo tiempo que el doctor Judd. La historia de su trabajo como misionera es muy bien conocida. Ha sido una misionera eficiente y ha criado varios hijos, que también se han dedicado a las misiones. Uno de ellos estuvo en nuestra casa unos pocos meses y luego se fue en una misión a México. Fue muy refrescante escuchar sus relatos acerca del espíritu y las labores de su madre como misionera en las Islas Sandwich, junto a su esposo, el señor Gulick, a quien no conozco personalmente. Nunca olvidaré a aquella dama.

Mientras residí en Utica, prediqué considerablemente en Nueva Hartford, una villa a cuatro millas al sur de Utica. En este lugar estaba sucediendo una obra poderosa y preciosa. Para entonces un señor de apellido Coe servía como pastor en la iglesia presbiteriana. También prediqué en Whitesboro, otra villa hermosa cuatro millas al

oeste de Utica en donde también se produjo un poderoso avivamiento. En este lugar el pastor, el señor Frost, sirvió como un obrero eficiente y poderoso en la obra.

Otro suceso que no debo dejar de anotar tuvo lugar. Había en la ensenada de Oriskany una fábrica de algodón, ubicada poco más arriba de Whitesboro, en un lugar que ahora se conoce como New York Mills. Esta fábrica era propiedad de un señor Wolcott, un hombre inconverso, pero un caballero de gran prestigio y buena moral. Su cuñado, el señor George Andrews, era en aquel entonces el superintendente de la fábrica. Se me invitó a predicar en la zona y subí una tarde a predicar en la casa escuela de la villa, una edificación de buen tamaño y que encontré llena a capacidad. Pude ver que la Palabra tuvo un efecto poderoso en medio de la gente, especialmente en medio de los jóvenes que trabajaban en la fábrica.

A la mañana siguiente, después del desayuno, fui a la fábrica para observarla por dentro. Mientras caminaba en el edificio observé que había un buen grado de agitación en medio de los que estaban ocupados con sus telares, sus mulas y otros implementos de trabajo. Cuando pasé por un departamento en donde había un gran número de mujeres jóvenes trabajando en el tejido o el bordado, observé que un par de ellas me observaba, y hablaban fervorosamente la una con la otra, vi también que ambas estaban bastante agitadas, aunque se reían. Caminé lentamente hacia ellas. Cuando vieron que me aproximaba se mostraron notablemente alteradas. El hilo de una de las máquinas se rompió y pude ver que la mano de una de las jóvenes temblaba de tal modo que no le era posible arreglarlo. Caminé despacio, mirando las máquinas a cada lado a medida que pasaba y vi que la agitación de la joven crecía más y más y ya no le era posible continuar trabajando. Cuando estuve a unos ocho o diez pies de ella la miré con solemnidad. Ella vio la miraba y quedó rendida, se encogió y estalló en llanto. Esta impresión se pegó como polvo y en pocos momentos prácticamente todos en el salón lloraban.

Este sentir se esparció por toda la fábrica. El dueño del establecimiento, el señor Wolcott, estaba presente y al ver el estado de las cosas le dijo al superintendente: "Detenga el molino y permítale a la gente poner atención a la religión, pues es más importante que nuestras almas sean salvas, que la fábrica siga su curso". Inmediatamente se cerró la puerta, y los trabajos quedaron detenidos. ¡Más dónde habríamos de congregarnos! El superintendente sugirió que el cuarto de mulas era amplio y que de sacar a las mulas, podríamos reunirnos allí. Así lo hicimos y tuvo lugar una de las más poderosas reuniones que jamás he visto. Proseguí a lo largo de ella con gran poder. El edificio era grande y albergó a un gran número de personas desde el desván hasta el sótano. El avivamiento atravesó la fábrica con poder abrumador, y en el curso de unos pocos días casi todos se mostraron como convertidos llenos de esperanza.

Se ha dicho tanto acerca de la conversión de Theodore Weld, en Utica, que me ha parecido oportuno ofrecer una versión correcta acerca del asunto. Weld tenía una tía que vivía en Utica, quien era una mujer piadosa y de mucha oración. Como era el hijo de un eminente clérigo de Nueva Inglaterra su tía creía que era cristiano. Además él también solía dirigir a su familia en la adoración familiar. Antes del inicio del avivamiento, Weld se había hecho miembro del Colegio Hamilton en Clinton. La obra en Utica atrajo la atención de mucha gente de Clinton, entre los cuales se encontraban algunos de los profesores del colegio, que habían visitado Utica y reportado lo que estaba sucediendo en el lugar. Este reporte produjo mucha agitación.

Theodore Weld ocupaba un lugar de prominencia entre los estudiantes del Colegio Hamilton y gozaba de un alto grado de influencia. Al escuchar acerca de los sucesos en Utica se inquietó mucho y se levantó en gran oposición. Según tengo entendido se volvió bastante audaz en sus expresiones de oposición a la obra. Esto llegó a saberse en Utica, y su tía, con quien él se había hospedado, se puso muy ansiosa. Para mí Weld era un completo extraño. Su tía le escribió y le dijo que deseaba que fuera a su casa y pasara el Sabbat con ella, que escuchara la predicación y que se interesara en la obra. Al principio no aceptó, pero finalmente reunió a algunos de los estudiantes y les dijo que había decidido ir a Utica; que sabía que todo debía tratarse de fanatismo o entusiasmo; que el avivamiento no lo movería, y que ellos mismos verían que no le había afectado en nada. Llegó a Utica lleno de oposición y pronto le dejó saber a su tía que no tenía la intención de escucharme predicar. El hermano Aikin había ocupado el púlpito en las mañanas, y yo en las tardes y en los ocasos. Su tía se enteró que la intención de Weld era ir a la iglesia por la mañana, en donde esperaba encontrar al señor Aikin predicando; mas no pensaba ir en la tarde o en el ocaso, pues estaba determinado a no escucharme predicar. En vista de esto, el hermano Aikin sugirió que yo predicara en la mañana, pues deseaba mucho que Weld me escuchara. Acepté y proseguimos con la reunión. El señor Aikin estuvo a cargo de los ejercicios introductorios, como era lo usual. El señor Clark llegó a la reunión con su familia y entre otros llegó el señor Weld. Su tía se esforzó por que tomara asiento en el banco, para que no le fuera posible salir sin que ella y otros miembros de la familia tuvieran que ponerse de pie y darle paso; pues temía que se levantara y se marchara cuando viera que era yo quien estaría a cargo de la predicación. Yo sabía que Weld tenía mucha influencia sobre los jóvenes de Utica y que su llegada al lugar tendría un impacto tan poderoso como para hacerles unirse en posición en contra de la obra. El señor Aikin me señaló a Weld mientras caminaba para tomar su asiento.

Después de los ejercicios introductorios me puse de pie y di mi texto: "Un pecador destruye mucho bien". Nunca había predicado sobre ese texto ni escuchado una predicación acerca de él; sin embargo ese verso se hizo claro a mi propia mente con gran poder, y como era mi costumbre en aquellos casos, lo tomé como texto. Empecé a predicar y a mostrar en una gran cantidad de casos de que forma un solo hombre

puede destruir muchas almas. Supuse que había logrado plasmar una imagen muy vívida del propio Weld y de su influencia y de todo el mal que podía hacer. Una o dos veces Weld hizo el esfuerzo de salir, pero al percibirlo su tía se echaba hacia el frente e interrumpiéndole el paso se entregaba a la oración en silencio, así le resultaba imposible a él salir sin ponerse de pie e interrumpirla, y por lo tanto tuvo que continuar sentado hasta que terminó la reunión.

Al día siguiente llamé a una reunión en un almacén de la calle Genesee, para conversar con algunos jóvenes y con las personas del lugar, pues era mi costumbre ir de lugar en lugar para conversar con la gente. Allí me encontré nada más y nada menos que a Theodore Weld. Me abordó en la forma más brusca, y creo que por casi una hora me habló de forma muy abusiva. Nunca había escuchado cosas semejantes. Tuve muy pocas oportunidades de decirle alguna cosa, pues su lengua corría sin descanso. Weld era un hombre muy dotado en el lenguaje y pronto atrajo la atención de todos los que se encontraban en el almacén. La noticia también corrió por las calles y los vendedores se reunieron en frente de las tiendas del vecindario; también un gran número de jóvenes corrió y se pararon cerca para escuchar lo que el hombre tenía que decir. Los negocios cesaron en todas las tiendas, y todos se dedicaron a escuchar sus vituperios. Solo de vez en cuando me era posible decir algo a lo que él le prestara atención, hasta que finalmente apelé a él y le dije: "Señor Weld, usted es el hijo de un ministro de Cristo, y ¿esta es la manera en la que se comporta?" Dije unas pocas palabras más en ese sentido, y vi que esto le golpeó. Dijo una última cosa con mucha severidad e inmediatamente salió del almacén. Yo también salí y me dirigí a casa del señor Aikin, que era en donde me alojaba en aquel momento. Tenía poco tiempo de haber llegado cuando alguien llamó a la puerta, y como no había ningún sirviente disponible, acudí yo mismo. Había estado sentado en la sala, cuando me levanté a abrir la puerta principal y me encontré con que se tratada nada menos que del señor Weld. Se veía como si estuviera a punto de hundirse. Empezó a hacer la más humilde de las confesiones y a disculparse por la forma en la que me había tratado, y a expresarse en fuertes términos de auto-condena. Le tomé de la mano gentilmente y tuve con él una pequeña conversación, asegurándole que no guardaba nada en su contra, y exhortándole fuertemente a entregarle su corazón a Dios. Creo que oré con él antes de que se marchara. Se marchó y no volví a escuchar de él aquel día. Esa tarde prediqué, sino me equivoco en New Hartford, y regresé casi en la noche.

En la mañana siguiente escuché que había ido a su tía grandemente impresionado y sumiso. Ella le pidió que orase por la familia. Al principio, dijo él, le chocó la idea, mas enseguida se levantó dentro de él nuevamente la enemistad de gran manera, y pensó que la oración era una forma en la que aún no había expresado su oposición, así que aceptó la solicitud de su tía. Se arrodilló y empezó a hacer lo que su tía había tenido la intención de que fuera una oración, mas según el propio relato de Weld, resultó en el torrente más blasfemo de vituperios que le fue posible pronunciar. Continuó en

aquella sorprendente deformación hasta que los presentes quedaron convulsos de emotividad y espanto. Weld siguió así hasta que se extinguió la luz del día, cuando concluyó. Su tía intentó conversar con él, y orar con él, mas la oposición en su corazón era terrible. La mujer se sintió aterrada al ver el estado mental que su sobrino manifestaba. Oró con él y le conjuró para que le entregase su corazón a Dios y se retiró. Weld también se retiró a su habitación. De tanto en tanto recorría su habitación caminando y luego se acostaba en el suelo. Permaneció toda la noche en ese estado mental terrible, en enojo, rebeldía y sin embargo sintiendo tanta convicción que apenas podía vivir.

Justo al romper el día, mientras caminaba de un lado al otro en su habitación, dice Weld que sintió una presión caer sobre él tan fuerte que le aplastó hasta el suelo y con aquella presión llegó una voz que parecía ordenarle que se arrepintiera, y que lo hiciera allí mismo. Dice que se quebrantó en el piso, y que quedó tendido allí, en mil pedazos, hasta que tarde en la mañana su tía subió a su habitación y le encontró llamándose a sí mismo un necio entre necios y a toda vista, con el corazón despedazado. En la siguiente noche se puso de pie en la reunión y quiso saber si le era posible hacer una confesión. Le dije que podía e hizo una confesión pública delante de toda la congregación. Dijo que deseaba remover la piedra de tropiezo que había puesto delante de todas las personas, y que deseaba hacer la confesión más pública que le fuera posible. Hizo una confesión muy humilde, apasionada y desde un corazón quebrantado. A partir de ese momento se convirtió en un ayudante eficiente en la obra. Laboró con diligencia, y como era un orador poderoso y muy dotado en la oración y el trabajo, fue clave durante muchos años para producir una gran cantidad de bien, y para la conversión de muchas almas. Su salud se debilitó debido a sus muchos trabajos y se vio obligado a abandonar el colegio. Luego se marchó en una excursión pesquera en la Costa del Labrador y retornó con la misma intensidad que había tenido en sus labores antes de marcharse y con una salud renovada. Ya tendré oportunidad de referirme a él en otras conexiones, por lo que no diré más acerca de Weld en este momento.

He dicho que no se hicieron respuestas públicas a las cosas que se imprimieron en oposición al avivamiento, es decir, a nada de lo escrito por el doctor Beecher o por el señor Nettleton. También he dicho que los ministros que componían la Asociación de Oneida publicaron un panfleto en oposición a la obra. Me parece que tampoco se le dio una respuesta pública a este panfleto. Recuerdo que un ministro unitario residente en Trenton, en aquel condado, publicó un abusivo panfleto en el cual representaba muy malamente la obra, y realizaba un ataque personal en mi contra. El reverendo Wetmore, uno de los miembros del Presbiterio de Oneida, sí publicó una respuesta a dicho panfleto.

Este avivamiento tuvo lugar en el invierno y la primavera de 1826. Cuando los convertidos fueron finalmente recibidos en las iglesias a lo largo del condado, el reverendo John Frost, pastor de la iglesia presbiteriana de Whitesboro, publicó un panfleto dando cuentas acerca del avivamiento y en donde declaraba, si mal no recuerdo, que dentro de los límites de aquel presbiterio se dieron tres mil conversiones. No poseo ninguna copia de estos panfletos. He dicho que la obra se extendió desde Roma y Utica en todas direcciones. Ministros llegaban atravesando distancias considerables y atendían a las reuniones, algunos a más que otras, y en muchas formas contribuyeron a progreso de la obra. Yo mismo extendí mis propias labores lo mejor pude, y trabajé más o menos dentro de los límites del presbiterio. No puedo recordar en este momento todos los lugares en donde estuve por mucho o por poco tiempo. Los pastores de todas aquellas iglesias simpatizaron profundamente con la obra, y como hombres buenos y honestos que eran, pusieron sus vidas en el altar e hicieron todo lo que estuvo en sus manos para avanzar esa obra grande y gloriosa. Dios les recompensó ricamente.

Con respecto a las doctrinas predicadas en aquellos avivamientos, debo decir que se discutió exhaustivamente la doctrina de la depravación moral total, y que esta se presionó con urgencia sobre la gente; la espiritualidad y autoridad de la ley divina también fue un tema prominente; se mantuvo en su debida proporción la doctrina de la expiación de Cristo en su suficiencia para todos los hombres, y las invitaciones gratuitas de Evangelio en base a esta expiación. Se representó a todos los hombres en su naturaleza como muertos en sus delitos y pecados, bajo condenación y bajo la ira de Dios. Luego se les señaló la cruz de Cristo y todo estímulo presente para guiarles a la renuncia total de la auto-justicia y del egoísmo en todas sus formas, y al compromiso de entregarse a sí mismos, de entregar todo lo que son, al Señor Jesucristo.

Los ministros y los cristianos que habían adoptado la interpretación literal de la confesión de fe presbiteriana, encontraron sumamente difícil el tratar con pecadores que tenían preguntas. En términos generales, no se sentían cómodos al decirles que la salvación no era responsabilidad de ellos. Por lo que les instruían para que hicieran uso de los medios de la gracia y oraran para recibir un nuevo corazón y para que esperaran a que Dios les convirtiera. Durante este avivamiento descartamos toda esta enseñanza y en lugar de decirles a los pecadores que hiciera uso de los medios de la gracia y oraran por un nuevo corazón, les hacíamos un llamado para que fueran ellos quienes se hicieran un nuevo corazón y un nuevo espíritu, y les presentábamos el deber inmediato de rendirse a Dios. Les decíamos que el Espíritu estaba luchando con ellos para influenciarles a entregar sus corazones a Dios ahora mismo, para que creyeran ahora mismo y para que entraran de una vez a una vida de sumisión y devoción a Cristo, a la fe, al amor y a la obediencia cristiana. Les enseñamos que mientras estaban orando para recibir el Espíritu Santo, a la vez le estaban resistiendo constantemente; y que si se rendían de una vez por todas bajo la convicción de la obligación de lo que era

su deber, serían cristianos. Tratamos de mostrarles que todo lo que hicieran o dijeran sin haberse sometido, creído y entregado su corazón a Dios, era pecado, y que estas acciones y palabras no eran lo que Dios requería de ellos sino tan solo el aplazamiento del arrepentimiento requerido y resistencia al Espíritu Santo. Por su puesto, muchos resistieron esta enseñanza, sin embargo se insistió en ella y los esfuerzos fueron grandemente bendecidos por Dios.

Anteriormente se suponía que era necesario que el pecador permaneciera bajo convicción por largo tiempo; y no era raro escuchar a los antiguos profesores de religión decir que estuvieron bajo convicción por tantos meses o años antes de hallar alivio y que claramente tenían la impresión de que mientras más tiempo se esté bajo convicción, mayor era la evidencia de que la conversión había sido verdadera. Enseñamos precisamente lo opuesto de esto. Insistí que si permanecían mucho tiempo bajo convicción se estaba bajo el riesgo de caer en la auto justicia, en el sentido de que si la persona llega a pensar que ya ha orado bastante y hecho mucho para persuadir a Dios de que le salve, finalmente se conformarán con una falsa esperanza. Les dijimos que con esta convicción prolongada se ponían en peligro de contristar al Espíritu Santo hasta apartarlo y que cuando la angustia de sus mentes haya cesado, una reacción natural tendría lugar, se sentirían menos angustiados y quizá cómodos en su mente, por lo que estarían en riesgo de inferir que estaban convertidos; y el simple pensamiento de que posiblemente estaban convertidos podía crear un grado de gozo que era posible confundir con el gozo y la paz cristiana; y que este estado de la mente podía engañarles aún más al haber encontrado supuesta evidencia de su conversión.

Tratamos intensamente de que esta falsa enseñanza fuera desechada, es decir, esta idea de que era necesario que el pecador permaneciera por mucho tiempo bajo convicción. Insistimos entonces, como siempre lo he hecho, en la sumisión inmediata como lo único que Dios podía aceptar de parte de ellos; y que toda tardanza, bajo cualquier pretexto, era solo rebelión en contra de Dios. Se volvió muy común, gracias a esta enseñanza, que la gente recibiera convicción y se convirtiera en el curso de pocas horas, y algunas veces en el curso de pocos minutos. Estas conversiones tan súbitas resultaron alarmantes para mucha gente buena y como es natural temían e incluso predecían que estos convertidos terminarían extraviándose, probando así que realmente no se habían convertido firmemente. Sin embargo, los hechos probaron que entre aquellos que se convirtieron súbitamente se hallaron algunos de los cristianos más poderosos que aquella región del condado jamás hubiera conocido: esto también es lo que he comprobado en la experiencia que me han dado todos los años de mi ministerio.

He dicho anteriormente que el señor Aikin respondió de forma privada a algunas de las cartas del señor Nettleton y del doctor Beecher. Algunas de las cartas de Beecher llegaron a las imprentas, mas no se hizo declaración pública acerca de ellas por parte

nuestra. Las respuestas del señor Aikin, que fueron enviadas por correo, no parecieron hacer ninguna diferencia en la oposición presentada por el señor Nettleton y por el doctor Beecher. Por una carta que por aquel tiempo el doctor Beecher le escribió al doctor Taylor de New Haven, podía verse que alguien había impreso en él la idea de que los hermanos que trabajaban en la promoción de esos avivamientos eran deshonestos. En esa carta aseguraba que el espíritu de la mentira era tan predominante en los avivamientos, que los hermanos involucrados en ellos no podían ser creídos en lo absoluto. Esta carta de Beecher al doctor Taylor llegó a la imprenta. De esta misiva tengo una copia que guardo en algún lugar, entre mis papeles, como también conservo algunas de las cartas del señor Nettleton. Si esta carta del doctor Beecher volviera a ser publicada, la gente de la región en la cual aquellos avivamientos prevalecieron pensaría que es muy extraño que el doctor Beecher hubiera escrito, aún en una comunicación privada, cosas semejantes de los ministros y cristianos involucrados en la promoción de aquellos grandes y maravillosos avivamientos. En otro momento podré decir más acerca de la oposición del doctor Beecher y del señor Nettleton a estos gloriosos avivamientos.

CAPITULO XV

AVIVAMIENTO EN AUBURN EN 1826

El doctor Lansing, pastor de la primera iglesia presbiteriana de Auburn, llegó a Utica para ser testigo del avivamiento que había surgido en el lugar. Allí me urgió a ir a laborar con él por un tiempo. En el verano de 1826 cumplí con esa petición y fui a Auburn para trabajar con él por una temporada. Poco después de haber partido hacia Auburn supe que algunos de los profesores del seminario teológico del lugar estaban asumiendo actitudes hostiles en contra del avivamiento. Para entonces ya sabía de aquellos ministros en el oeste de Utica, que en un número considerable se habían escrito cartas entre ellos y mantenido correspondencia concerniente a los avivamientos, y que habían tomado actitudes hostiles en contra de los tales.

Algunos de ellos argumentaban que los avivamientos causarían gran daño a los colegios y a los seminarios teológicos si se me permitía ir por las iglesias predicando, cuando yo no era un colegiado ni había recibido una educación teológica regular. Desde luego circularon toda suerte de reportes falsos, y se dijeron muchas cosas que de ridículas y absurdas no merecían la atención. En ningún momento tuve la intención

de dar respuesta a tales comentarios. Tenía demasiado que hacer como para dar cualquier respuesta a la oposición. Aunque frecuentemente aparecieron en los diarios artículos en mi contra, y en contra de mis labores, jamás hice más que mirarlos para ver qué tipo de justicia o de injusticia había en ellos. No respondí en ninguno de los casos. Con todo esto, no fue hasta mi llegada a Auburn que tuve plena conciencia de la cantidad de oposición que estaba destinado a afrontar por parte del ministerio: no en el ministerio de la región en la que laboraba, sino por parte de aquellos ministros en donde no había trabajado y que no conocía en lo personal nada de mí, pero que habían sido influenciados por los reportes falsos que habían llegado a sus oídos, y por alguna influencia misteriosa que había tenido su origen en algún lugar, que ni yo ni mis amigos podíamos descifrar. Pronto después de mi llegada a Auburn supe por varias fuentes que se había armado un sistema de espionaje y que éste había resultado de la unión extensiva de ministros e iglesias con el propósito de cercarme e impedir la propagación de los avivamientos que tenían relación con mis labores.

Alrededor de este periodo se me informó que el señor Nettleton había dicho que yo no podría avanzar más en dirección al oeste, que todas las iglesias de Nueva Inglaterra estaban cerradas de manera especial para mí. EL señor Nettleton se fue a Albania y allí levantó su resistencia. A mis manos llegó una carta del doctor Beecher en la cual exhortaba al señor Nettleton a levantar una valiente oposición en mi contra y en contra de los avivamientos del centro de Nueva York; y que cuando las judicaturas -- como él les llamaba-- de Nueva Inglaterra se encuentren, "todas levantarán su voz y le apoyarán en su oposición". Ahora, para favorecer el presente, debo retornar a lo sucedido en Auburn. Pronto después de mi arribo, mi mente quedó muy impresionada con aquella extensa obra de espionaje de la cual he hablado. El reverendo Frost, de Whitesboro, había llegado a conocer esos hechos bastante bien, y me los comunicó. No dije nada en público, y si mal no recuerdo, tampoco hice comentarios en privado a nadie acerca del tema, solo me entregué a la oración. Busqué a Dios con mucha urgencia día tras día para recibir dirección, y para que me mostrara el camino del deber y me diera su gracia para salir de la tormenta.

Jamás olvidaré una escena ocurrida en mi habitación en casa del doctor Lansing, poco después de mi llegada al pueblo. El Señor me mostró en una visión por lo que tendría que pasar. El Señor se acercó tanto a mí mientras estaba en oración que literalmente mis huesos temblaban. Temblé bajo aquel profundo sentir de la presencia de Dios de la cabeza a los pies como quien padece de paludismo. Al principio, y por algún tiempo, me pareció más estar en la cima del monte Sinaí, en medio de la plenitud de los truenos, que en la presencia de la cruz de Cristo.

Que yo recuerde, nunca en mi vida me había sentido tan maravillado y humilde delante de Dios como en aquella ocasión. Sin embargo, en lugar de sentir el deseo de escapar, me parecía estar más y más atraído hacia aquella Presencia que me llenaba

de tan indecible temor y temblor. Después de un periodo de gran humillación delante de Él, sobrevino un gran levantamiento. Dios me aseguró que estaría conmigo y que me sostendría, y que no habría oposición que pudiera prevalecer en mi contra, que no había nada que yo tuviera que hacer, sino simplemente mantenerme trabajando y esperar la salvación de Dios con respecto a todo este asunto.

Ese sentir de la presencia de Dios, y todo lo que ocurrió entre Dios y mi alma en aquel momento, es algo que jamás puedo describir. Este suceso me llevó a la confianza total, a la perfecta calma, y a guardar solo los sentimientos más amorosos para con todos los hermanos que estaban confundidos y que se cuadraban en mi contra. Me sentí seguro de que todo terminaría bien, y que el curso a seguir era dejarle todo a Dios y continuar con mi obra. Así lo hice; y a medida que la tormenta recrudecía y la oposición aumentaba, jamás, ni por un momento, dude de los resultados que se darían al final. Jamás me sentí turbado, y jamás pasé una hora despierto pensando en aquello, aun cuando daba la impresión que todas las iglesias del territorio, a excepción de aquella en la que me encontraba laborando, se habían unido para cerrarme sus púlpitos. Pues tal fue la declarada intención, según tengo entendido, de los hombres que lideraban la oposición. Estaban tan engañados que pensaban que la forma más eficaz de sacarme de en medio era unirse en mi contra, como expresamente habían dicho. Sin embargo, Dios me había asegurado que no podrían vencerme.

Un pasaje en el capítulo veinte de Jeremías venía continuamente a mi mente con gran poder. Lee de la siguiente manera: "Me persuadiste, oh Jehová, y quedé persuadido". En el margen se lee seducido. "Más fuerte fuiste que yo, y me venciste; cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí. Porque cuantas veces hablo, doy voces, grito: Violencia y destrucción; porque la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio cada día. Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude. Porque oí la murmuración de muchos, temor de todas partes: Denunciad, denunciémosle. Todos mis amigos miraban si claudicaría. Quizá se engañará, decían, y prevaleceremos contra él, y tomaremos de él nuestra venganza. Más Jehová está conmigo como poderoso gigante; por tanto, los que me persiguen tropezarán, y no prevalecerán; serán avergonzados en gran manera, porque no prosperarán; tendrán perpetua confusión que jamás será olvidada. Oh Jehová de los ejércitos, que pruebas a los justos, que ves los pensamientos y el corazón, vea yo tu venganza de ellos; porque a ti he encomendado mi causa". (Jeremías 20:7-12). No es mi intención decir que este pasaje describe literalmente mi caso, o que expresa mis sentimientos. Sin embargo, había tanta similitud en la situación que este pasaje confortó mi alma con frecuencia. De hecho, como he dicho, el Señor no permitió que la oposición afectara mi corazón en absoluto, o que tuviese temor de los resultados, o que sintiera algún enojo hacia los hermanos que se conducían en esa dirección. Puedo decir con sinceridad que en lo que recuerdo, nunca tuve un pensamiento no amable

hacia el señor Nettleton o hacia el doctor Beecher, como tampoco lo tuve hacia ninguno de los líderes de la oposición a la obra, durante todo el tiempo que permanecieron en sus actitudes.

Recuerdo haber tenido un sentimiento de horror muy particular con respecto al panfleto publicado --y al curso tomado-- por William R. Weeks, del cual he hecho alusión. No albergaba resentimiento personal dentro de mí, pero me parecía que en su caso había astucia, una simulación de candor y una determinación, de la cual no recuerdo haber hablado. Lo que si recuerdo distintivamente es el haber sentido con frecuencia una especie de estremecimiento al ver las actitudes que Weeks adoptaba. Aquellos que están familiarizados con la historia del señor Weeks recordarán que poco después de esto empezó a escribir un libro llamado "El Progreso del Peregrino en el Siglo Diecinueve". Esta obra se publicó en números y luego se compiló en un volumen, que muchos de los lectores de su narrativa pueden haber llegado a conocer. Hasta lo que he sabido, el señor Weeks llevó su oposición a los avivamientos hasta su muerte. Con todo esto no le fue posible mantener sus posturas en el condado de Oneida, en donde era pastor, cuando trabajé allí. Fue despedido de su congregación poco después y se marchó a Newark, Nueva Jersey, en donde enseñó en la escuela. Logró reunir a unos pocos seguidores que creían en su doctrina, según me han dicho, y continuó predicando hasta el día de su muerte. Weeks era un hombre de considerable talento, y espero también que haya sido un buen hombre; más a mi juicio estaba bastante engañado en cuanto a su filosofía y excesivamente extraviado en su teología. No lo menciono con el deseo de decir nada malo acerca de él, ni de su libro "El Progreso del Peregrino en el Siglo Diecinueve"; sino para explicar meramente que nunca cesó, hasta lo que sé, de mostrar poca o mucha oposición, de forma directa o indirecta, a los avivamientos que no favorecían sus peculiares perspectivas. Hizo muchos esfuerzos de defender, aunque sin nombrarlo, el curso tomado por el señor Nettleton cuando se colocó a la cabeza de la oposición de aquellos avivamientos. Mas Dios se deshizo de toda esa influencia y no he escuchado de ella ya por muchos años.

Pese a las actitudes que algunos de los profesores de Auburn estaban tomando, y que tenían relación con muchos ministros del extranjero, el Señor pronto avivó su obra en el lugar. El reverendo Lansing tenía una congregación grande y muy inteligente. El avivamiento pronto tuvo su efecto en la gente y se volvió poderoso. Fue en este tiempo cuando el doctor Steel, quien era nativo y residente de Auburn, recibió tanta bendición en su alma que se convirtió en un hombre nuevo. Cuando llegué, este doctor era un anciano en la iglesia presbiteriana y era el tipo de cristiano tímido y lleno de duda, con muy poco nivel de eficacia debido a su poca fe. Sin embargo, pronto llegó a una profunda convicción de pecado que lo llevó a lo profundo de la humillación, la angustia y casi a la desesperación. Estuvo en este estado durante semanas hasta que una noche, en una reunión de oración, se mostró realmente rendido por sus sentimientos y se hundió en el piso notablemente desesperanzado. Fue allí cuando

Dios abrió sus ojos a la realidad de su salvación en Cristo. Esto sucedió justo después de que abandoné Auburn para ir a Troy, Nueva York, a laborar. El hermano Steel me siguió enseguida a Troy, y la primera vez que le vi exclamó con un énfasis particularmente suyo: "Hermano Finney, he enterrado al Salvador, pero Cristo ha resucitado". Este hombre recibió un bautismo tan maravilloso en el Espíritu Santo que ha sido desde entonces el motivo de gozo y maravilla en el pueblo de Dios que le ha conocido.

En parte, como consecuencia de la sabida oposición a mis labores sostenida por muchos ministros, una oposición significativa surgió en Auburn, en la cual cierto número de hombres prominentes de la villa tuvieron parte. Mientras esto sucedía, Theodore Weld, de quien ya he hablado, llegó al pueblo para pasar allí varios días. Para dar ejemplo de la oposición, uno de los líderes opositores se encontró con Weld un día en la calle y le dijo: "Weld, he prometido patearte y no faltaré a mi palabra," acto seguido caminó hacia él y le pateó. Weld no le tomó en cuenta la ofensa y la dejó pasar. Sin embargo, el Espíritu del Señor estaba entre la gente con gran poder y muchos sucesos impactantes tuvieron lugar.

Recuerdo que un Sabbat por la mañana, mientras estaba predicando, describí la manera en la cual algunos hombres se oponían a sus familias, y dije que incluso, de ser posible, les evitaban el poder llegar a convertirse. Di una descripción muy vívida de un supuesto caso de estos y añadí: "Probablemente, si fuera a relacionarme con ustedes, pudiera incluso nombrar a aquellos de ustedes que tratan a sus familias de esta manera". En ese instante, un caballero que se encontraba en la congregación gritó: "¡Nómbreme a mí!" y enseguida hecho su cabeza hacia delante, sobre el asiento enfrente de él y fue notorio que empezó a temblar con gran emoción. Resulta que este hombre había estado tratando a su familia en esa forma, y que esa mañana había hecho exactamente las mismas cosas que yo había estado enunciando sin haber conocido de ante mano esos hechos. Su clamor de: ¡Nómbreme a mí!" fue tan espontáneo e irresistible que no puedo evitar que saliera de su boca. Pese a esto temo que nunca llegó a convertirse a Cristo.

En ese tiempo residía en el pueblo un sombrerero de apellido Hawley. Su esposa era una mujer Cristiana, pero él era universalista y se oponía al avivamiento. Llevó su oposición al punto de prohibirle a su esposa el asistir a nuestras reuniones y durante muchas tardes sucesivas logró que se quedara en casa. Una noche, cuando la campana sonaba dando aviso de que la reunión empezaría en media hora, la señora Hawley se sintió tan ejercitada en su mente por su marido que se retiró a orar, y pasó la media hora derramando su alma delante de Dios. Le habló del comportamiento de su esposo, del hecho de que no la dejaba congregarse, y de cosas semejantes y logró acercarse mucho a Dios. Supe que mientras la campana sonaba llamando a la gente a la asamblea, la mujer salió de su closet y se encontró con que su esposo había llegado de

su tienda. Cuando ella entró en la sala su marido le preguntó si no pensaba asistir a la reunión y le dijo que si ella iba, él estaba dispuesto a acompañarla. El hombre me informó después que había decidido asistir a la reunión aquella noche para ver si lograba hallar algo para justificar su oposición para con su mujer, o al menos para sacar algo de lo cual reírse y así poder sostener que toda la obra era un completo ridículo. Cuando le propuso a su esposa acompañarla ella se sorprendió mucho mas se preparó y ambos salieron a la reunión. Por su puesto, yo no estaba enterado de nada de esto y ese día fui a la reunión, como era mi costumbre, sin haber decidido sobre qué texto iba a predicar.

Había estado laborando y visitando gente preocupada por sus almas todo el día, y no había tenido tiempo de poner en orden mis pensamientos. Ni siquiera había tenido tiempo de decidir qué texto iba a usar. Durante los servicios introductorios un texto vino a mi mente justo antes de que tuviera que ponerme de pie para predicar. El texto consistía en las palabras empleadas por el hombre con el espíritu inmundo: "Déjanos en paz". Tomé estas palabras y empecé a predicar y a tratar de mostrar la conducta de aquellos pecadores que desean que nadie los moleste y que no quieren saber nada de Cristo. El Señor me dio poder para dar una descripción vívida del curso que aquel tipo de personas persigue. En medio de mi discurso observé que alguien cayó de su silla, cerca del amplio pasillo y que gritaba de la forma más sobrenatural y terrífica. La congregación estaba consternada. El clamor del hombre era tal que detuve la prédica y me quedé quieto. Después de unos pocos momentos le pedí a la gente que permaneciera sentada y me acerqué a hablar con el sujeto. Me encontré con que se trataba de este señor Hawley de quien me he estado refiriendo. Cuando me acerqué a él ya había recobrado la fuerza necesaria para estar de rodillas y con la cabeza sobre el regazo de su esposa. Lloraba en voz alta como un niño, confesando sus pecados y acusándose de terrible manera. Le dije unas cuantas palabras, a las cuales les prestó muy poca atención. Vi que el Espíritu de Dios había atrapado su atención por completo y pronto desistí de hacer esfuerzos para que me escuchara. Cuando le comuniqué a la congregación que se trataba del señor Hawley, en algunos de los que le conocían a él y a su carácter, brotaron lágrimas y sollozos. Me quedé de pie por algún tiempo, viendo si se calmaba lo suficiente como para permitirme continuar con mi sermón, mas su sonoro llanto lo hizo imposible. Jamás olvidaré el aspecto de su esposa, sentada y sosteniendo la cabeza del hombre en sus manos y su regazo. En su rostro brillaba un gozo y un triunfo santos que las palabras no pueden describir. Tuvimos varias oraciones y despedí la reunión. La gente ayudó al señor Hawley a volver a su casa. Él les pidió que fueran a buscar a algunos de sus compañeros, con quienes tenía el hábito de ridiculizar la obra del Señor en el lugar. No le fue posible descansar hasta que reunió a un buen número de ellos y tuvo la oportunidad de hacer confesión en su presencia. Esto lo hizo con un corazón completamente quebrantado. Quedó tan rendido por Dios que por dos o tres días no se le vio por el pueblo y continuó enviando a buscar a aquellos hombres para hacer su confesión y para advertirles que escapan

de la ira venidera. Tan pronto como le fue posible volver a andar tomó posesión de la obra en la forma más humilde y sencilla de carácter, pero con gran efervescencia. Poco después fue hecho anciano o diácono, no recuerdo cuál de estos dos con exactitud, y desde entonces ha sido un cristiano ejemplar y muy útil. Su conversión fue tan clara y tan poderosa, y sus resultados tan manifiestos a todos, que contribuyó mucho a silenciar la oposición.

Había varios hombres adinerados en el pueblo que se sintieron ofendidos con el doctor Lansing, conmigo y con quienes laboraron en aquel avivamiento. Estos hombres, después de mi partida, se reunieron y formaron una nueva congregación. Para entonces la mayoría de ellos eran inconversos. De esto debe tomar nota el lector, pues en el lugar apropiado tendré ocasión de hablar de los resultados de esta oposición y de la formación de esta nueva congregación, así como de la conversión de casi todos esos opositores en otro momento.

Durante mi tiempo en Auburn prediqué más o menos en las iglesias circunvecinas, y el avivamiento se extendió en varias direcciones a Cayuga en las orillas del lago Cayuga, y a Skaneateles, en las orillas del lago Skaneateles. Esto ocurrió, si mal no recuerdo, en el verano de 1826.

Poco después de mi arribo a Auburn ocurrió un suceso de tan impactante naturaleza que me resulta necesario narrarlo. Mi esposa y yo éramos huéspedes del doctor Lansing, el pastor de la iglesia. La iglesia se había hecho bastante conforme con el mundo y los inconversos la acusaban de ser líder en el vestir, en la moda y en las mundanidades. Como era mi costumbre, mi prédica estuvo dirigida a asegurar la reforma de la iglesia y a llevarles a un estado de avivamiento. Un Sabbath le prediqué a la iglesia tan inquisitivamente como pude acerca de su actitud ante el mundo. La Palabra penetró en la gente. Al finalizar mi discurso, como era usual, llamé al pastor para que orase. El pastor estaba muy impresionado con el sermón y con el impacto que había causado en la congregación y en lugar de realizar inmediatamente su oración, hizo un breve discurso en el cual confirmaba delante de la congregación mis palabras. En ese momento un hombre se levantó en la galería y dijo en una manera muy deliberada y distintiva: "Señor Lansing, no creo que sus observaciones sirvan de mucho cuando usted mismo usa una camisa de ruches y un anillo de oro en el dedo, y cuando su esposa y las damas de su familia se sientan frente a la congregación como líderes de la moda del día". Con esto parecía que iba a aniquilar al doctor por completo. El doctor Lansing no respondió nada, sino que se lanzó a lo largo de un lado del púlpito y lloró como un niño y la congregación se dejó ver tan impactada y afectada como él. Casi todos en la iglesia echaron la cabeza hacia delante y la apoyaron en el asiento del frente y muchos lloraban. Con excepción de los sollozos, la casa estaba en profundo silencio. Espere unos pocos momentos y como el doctor Lansing no se movía, me puse de pie, ofrecí una pequeña oración y despedí la reunión. Fui a la casa con

aquel querido y golpeado pastor, y cuando toda la familia hubo regresado de la iglesia, tomó el anillo que tenía en su dedo --un delgado anillo de oro que difícilmente podía llamar la atención-- y dijo que su primera esposa, estando en su lecho de muerte, se lo sacó del dedo y lo puso en el suyo, y le pidió que lo usara en memoria de ella. Así lo había hecho sin pesar en ningún momento que podía ser una piedra de tropiezo. Acerca de los ruches en su camisa, dijo que había usado ruches desde que era un niño y que nunca los había visto como algo impropio. De hecho, no podía recordar cuando había empezado a usar ese tipo de camisas y no le habían merecido ningún pensamiento. "Sin embargo" dijo "si estas cosas son ocasión de ofensa para alguno, no las usaré". Este hombre era un cristiano precioso y un excelente pastor.

Casi inmediatamente después de estas cosas la iglesia estuvo dispuesta a hacer un confesión pública delante del mundo acerca de su error y de su falta de espíritu cristiano. Por consiguiente, se escribió una confesión que abarcaba todo el asunto y se la sometió a la iglesia para su aprobación y luego se la leyó ante la congregación. La iglesia se mantuvo de pie y muchos lloraban durante la lectura. A partir de este punto la obra continuó avanzando con ascendente poder. Fue evidente que la confesión no fue una simulación, sino que fue sincera y de corazón, y que Dios la recibió con mucha gracia y con manifiesta aceptación. La boca de los contradictores quedó en silencio. La oposición a la obra mostrada por algunos de los inconversos fue bastante amarga y recibió mucho aliento por parte de la actitud equivocada de muchos ministros, a cuya oposición esta gente apelaba para justificar la suya. El hecho es que en gran medida las iglesias y los ministros se encontraban en un bajo estado de gracia y aquel avivamiento les tomó por sorpresa. No me impresionó mucho entonces, como tampoco me sorprendió después, que aquellas maravillosas obras de Dios no hayan sido entendidas ni recibidas por aquellos que no se encontraban en un estado de avivamiento.

Muchas conversiones interesantes se dieron en Auburn y sus alrededores, así como también en todos los pueblos vecinos a lo largo de aquella parte del estado, a medida que la obra se esparcía en todas direcciones. En la primavera de 1831 volví a Auburn y fui testigo de otro poderoso avivamiento. Las circunstancias fueron muy peculiares y profundamente interesantes, por lo que merecen ser relatadas en su propio lugar, dentro de esta narrativa.

CAPITULO XVI

AVIVAMIENTO EN TROY

Temprano en el otoño de 1826 acepté la invitación del reverendo Beman y de su audiencia para laborar con ellos en Troy, en procura de un avivamiento en la región. En este lugar permanecí durante el otoño y el invierno y se produjo un avivamiento poderoso. Ya he mencionado que el doctor Beecher había enviado al señor Nettleton a Albany, según tengo entendido, para levantar una oposición en contra de los avivamientos que se habían estado produciendo en el centro de Nueva York. Aunque nunca había visto al señor Nettleton, tenía en él mucha confianza. Tenía muchos deseos de verlo, tantos que incluso había soñado con frecuencia que le visitaba y obtenía de él información acerca de los mejores medios para promover un avivamiento. Mis deseos de encontrarme con él eran verdaderamente enormes, deseaba poderme sentarme a sus pies, tal como lo hace un apóstol, pues había escuchado mucho acerca de su éxito en la promoción de avivamientos. En ese entonces mi confianza en él era tanta, que bien habría dejado que aquel hombre me guiara como le pareciera. Poco después de mi arribo a Troy fui a verle a Albany.

El señor Nettleton era huésped de una familia a la que yo conocía. Pasé parte de una tarde con él y conversamos acerca de sus perspectivas doctrinales en algunos temas, especialmente en los sostenidos por las iglesias alemana y presbiteriana con respecto a la depravación moral como voluntaria o involuntaria. Hablamos también de otros asuntos semejantes. Descubrí que, en lo discutido, estaba completamente de acuerdo conmigo en todos los puntos teológicos que llegamos a plantear. De hecho, ni el doctor Beecher ni el señor Nettleton tenían quejas con respecto a nuestra enseñanza durante los avivamientos. No se habían quejado en lo absoluto de que no estuviésemos enseñando lo que ellos consideraban el verdadero evangelio. De lo que ellos se quejaban era de algo que suponían como tremendamente objetable en cuanto a las medidas que utilizábamos. Nuestra conversación en cada punto tratado fue breve. Observé que Nettleton evitaba el tema de la promoción de los avivamientos. Cuando le dije que tenía la intención de permanecer en Albany para escucharle predicar aquella tarde, se mostró intranquilo y enfatizó que no debía de ser visto conmigo. Con todo esto el Juez Chushman, quien me había acompañado desde Troy y que había ido al colegio con el señor Nettleton, y yo fuimos a la reunión y nos sentamos en la galería. Desde allí vi lo suficiente como para convencerme de que no debía esperar de parte del señor Nettleton consejo o instrucción alguna y que había llegado al lugar para levantar oposición en mi contra. Descubrí pronto que no me había equivocado.

Después de escribir el último párrafo, mi atención se desvió a una porción de la biografía del señor Nettleton en la que se afirma que trató en vano de cambiar mis perspectivas y mis prácticas en la promoción de los avivamientos de la religión. No creo que el señor Nettleton haya autorizado tal declaración, pues jamás hizo cosa semejante. Como ya he dicho, en ese tiempo le hubiera sido posible moldearme a su discreción, mas sin embargo, jamás dijo una palabra acerca de mi forma de conducir

los avivamientos, y tampoco me escribió del tema. Me tuvo al alcance de su mano-- como ya he dicho, conversamos acerca de temas teológicos que en aquel entonces eran muy discutidos, y fue notorio que no estaba dispuesto a decir nada con respecto a los avivamientos y que no me permitiría acompañarle a la reunión. Esta fue la única vez que le vi, hasta que volví a encontrarme con él en la convención de New Lebanon. En ningún momento el señor Nettleton trató de corregir mis perspectivas en relación al avivamiento. Después de que escuché más acerca de sus perspectivas y de sus prácticas en la promoción de los avivamientos, me sentí agradecido de que jamás hubiera llegado a influir en mí en cuanto al tema.

Como Troy estaba a muy poca distancia de Albany, pronto empezamos a sentir la influencia de las cartas del doctor Beecher en algunos de los miembros líderes de la iglesia del doctor Beman. Esta oposición aumentó, y fue sin duda fomentada por influencias externas, hasta que sus integrantes se determinaron a quejarse del doctor Beman y a llevar su caso al presbiterio. Esto hicieron, y por varias semanas el presbiterio se sentó a examinar los cargos en su contra. Mientras tanto, yo continuaba con mis labores en el avivamiento. Los cristianos continuaron orando con poder a Dios y yo continué predicando y orando sin cesar y el avivamiento continuó con poder ascendente. Mientras esto transcurría el doctor Beman se vio en la necesidad de concentrar su atención casi por completo en su caso, el cual estaba bajo escrutinio del presbiterio. Cuando el presbiterio hubo examinado los cargos y las especificaciones, me parece que en casi o total unanimidad, descartaron todo el tema, y justificaron el curso tomado por el doctor Beman. Me parece que los cargos y las especificaciones no eran por herejía, sino por cosas conjuradas por los enemigos del avivamiento y por aquellos que habían sido confundidos por una influencia externa.

En medio de este avivamiento la salud de mi esposa requirió que dejara Troy para visitarla en Whitesboro, en el condado de Oneida. En mi ausencia, el doctor Beman invitó al reverendo Horatio Foote a predicar. Desconozco cuántas veces predicó, pero sí recuerdo que causó gran ofensa en los miembros de la iglesia que ya estaban descontentos. Según se me informó, les abordó con la serie más pesquisidora de discursos. Al final, algunos pocos de estos miembros tomaron la decisión de retirarse de la iglesia y formaron otra congregación; esto fue algo que hicieron, sin embargo, después de mi partida de Troy, no recuerdo cuanto tiempo después. Los esfuerzos hechos para tratar de derribar al doctor Beman resultaron en un completo fracaso, y llevaron a aquel movimiento exterior de oposición al avivamiento a un gran desconcierto.

Hubo muchos incidentes interesantes durante este avivamiento que dejaré sin mencionar, para evitar demasiada severidad para con los opositores de la obra. Sin embargo, para ofrecer un pequeño vistazo de la naturaleza de la oposición--lo cual me es necesario hacer para garantizar la veracidad de la historia--debo señalar que entre

las cosas que se hicieron, se descubrió que uno de los líderes de la oposición en Nueva Inglaterra llegó a Troy y atendió a la reunión de oración de los nuevos convertidos, allí tomó notas de sus expresiones, y de cualquier otra cosa que encontró en la reunión. Este hombre no se dejó ver entre los simpatizantes del avivamiento ni asistió a ninguna otra de las reuniones, según supe, sino que solo se presentó de esta forma sigilosa. Evidentemente se trataba de un espía que había sido enviado o que había llegado con sus propios motivos, para espiar la tierra. Con todo esto, hasta lo que sé, no conseguí hallar nada semejante a lo que se había estado publicando, y tampoco creo que haya visto nada objetable en esas reuniones y en ninguna otra de nuestras asambleas que fuera digna de publicarse para la injuria del avivamiento. Este hombre era un hermano del ministerio, quien había laborado considerablemente con el hermano Nettleton. Ni yo ni el pastor tuvimos oportunidad de verle. Manifiestamente este hermano no llegó en calidad de amigo. A pesar de estas cosas no pretendo descubrir muchas más que causaron gran pesar en el pueblo de Dios y en el Espíritu Santo.

En este avivamiento se presenció un fervoroso Espíritu de oración, al igual que en los demás avivamientos que le precedieron. Sostuvimos una reunión de oración de casa en casa diariamente a las once en punto. Recuerdo que en una de estas reuniones estuvo presente un señor de apellido Stowe, quien era cajero de un banco de la ciudad, y que este hombre estaba tan presionado por el Espíritu de oración, que cuando terminó la reunión no le era posible levantarse de sus rodillas. Permaneció arrodillado gimiendo y retorciéndose en agonía y decía: "por favor, ore por..." dando el nombre de quien era el presidente del banco en el cual trabajaba. Este presidente era un hombre rico, pero inconverso. Cuando se vio que el alma del señor Stowe estaba en gran angustia por causa de aquel hombre, la gente de oración se arrodilló y juntos lucharon en oración por su conversión. Tan pronto la mente del cajero quedó aliviada de tal modo que pudo marcharse a casa, todos nos retiramos; poco después de esto el presidente del banco por quien habíamos orado manifestó esperanza en Cristo. Me parece que antes de aquella oración el hombre no había asistido a ninguna de nuestras reuniones, y tampoco se conocía que tuviera interés en la salvación de su alma. Sin embargo, la oración prevaleció y pronto Dios se hizo cargo de su causa.

El padre del juez Cushman, quien estaba conmigo en Troy, se encontraba en aquel entonces viviendo con su hijo, de quien yo era huésped. Aquel anciano caballero había sido juez en Vermont y era un hombre muy correcto en su vida externa. Era un hombre venerable, cuya casa en Vermont había servido de hogar para los ministros que visitaban el lugar, y que a todas luces estaba satisfecho con la vida amigable y de auto justicia que había llevado. Su esposa me había comentado acerca de la gran ansiedad en la que se encontraba por la conversión de su marido, y su hijo, J.P. Cushman, me había reiterado su temor de que esa auto-justicia de su padre se convirtiera en un obstáculo insuperable y que su amabilidad natural terminara arruinando su alma. En la

mañana de un Sabbat el Espíritu Santo abrió el caso de este anciano juez claramente en mi entendimiento y me mostró cómo alcanzarlo. En breves momentos todo el asunto le fue mostrado a mi mente. Bajé las escaleras y les dije a la anciana dama y a su hijo J.P. lo que estaba por hacer y les exhorté a orar con fervor por el juez. Seguí la instrucción divina y tuve la seguridad de que la Palabra había tenido un efecto tan poderoso, pues el hombre permaneció despierto toda la noche y en la mañana se dejó ver demacrado, pálido y enfermo. Su esposa me informó que había pasado la noche en angustia --pues su auto-justicia había quedado del todo aniquilada-- y que estaba al borde de la desesperación. Su hijo me dijo que por mucho tiempo se había sentido orgulloso de ser mejor que los miembros de la iglesia.

Muchas conversiones semejantes ocurrieron. Antes de mi partida de Troy una joven dama de apellido Seward, de New Lebanon, en el condado de Columbia, que era la hija única de uno de los diáconos o ancianos de la iglesia de New Lebanon, llegó al pueblo, según tengo entendido, para comprar un traje para un baile al que deseaba asistir. Esta señorita tenía una parienta, otra joven dama como ella, que era parte de los nuevos convertidos y una celosa cristiana. Esta joven invitó a la señorita Seward a asistir con ella a todas las reuniones, lo que despertó enemistad en su corazón. Se mostraba incómoda, pero su prima le rogaba cada día que se quedara y asistiera a las reuniones, hasta antes de dejar el pueblo cuando se mostró completamente convertida a Cristo.

Tan pronto sus ojos fueron abiertos e hizo las paces con Dios, se fue inmediatamente de regreso a casa y empezó a trabajar allí en procura de un avivamiento en ese lugar. La religión en New Lebanon estaba en aquel entonces en muy mal estado. Casi todos los jóvenes del lugar eran inconversos, y los viejos miembros de la iglesia se encontraban en un estado de frialdad e ineficiencia. El padre de la señorita Seward se había hecho un hombre muy formal, y durante mucho tiempo los asuntos religiosos habían sido grandemente descuidados en el lugar. Tenían un anciano ministro, un hombre bueno, según confío, pero que sin embargo no sabía cómo llevar a efecto el avivamiento de la obra.

La señorita Seward empezó primero en su casa y procuró que su padre abandonara su "vieja oración", como ella le llamaba, y despertara para involucrarse en la religión. Siendo ella una gran favorita en la familia, y especialmente para su padre, su conversión y conversación afectó a aquel hombre en gran manera. El señor Seward despertó pronto y se transformó por completo en otro hombre, y sintió en lo profundo que era necesario tener un avivamiento de la religión en el lugar. Sarah, este era el nombre de la hija en cuestión, fue también a la casa de su pastor, y procuró a su hija, quien estaba en sus pecados. Esta otra dama se convirtió pronto y ambas se unieron en oración por un avivamiento de la religión. Empezaron también a trabajar de casa en casa, buscando despertar a la gente. En el transcurso de una semana o dos el interés

en la gente se había elevado tanto que Sarah en persona regresó a Troy y me rogó que fuera a su pueblo a predicar. Ella había sido enviada por su pastor y los miembros de su iglesia a hacerme tal solicitud. Fui a New Lebanon y prediqué. El Espíritu del Señor se derramó y pronto el avivamiento empezó a avanzar con gran poder. Cada día se reportaban incidentes muy interesantes, las conversiones poderosas se multiplicaron y un gran y bendito cambio en el aspecto religioso se produjo en aquel lugar, en donde los habitantes más cultivados e influyentes se convirtieron. En New Lebanon estábamos fuera de la región que había sido contaminada por la oposición provocada por el doctor Beecher y por el señor Nettleton; y en consecuencia encontramos poca oposición en el lugar durante este avivamiento. La oposición fue especialmente sostenida por profesores de religión. Hasta donde sé, todo parecía avanzar con armonía en la iglesia. Pronto sus miembros empezaron a sentir que estaban en profunda necesidad de un avivamiento y se veían muy agradecidos de que Dios les hubiera visitado. La mayoría de los hombres prominentes del lugar se convirtieron.

Entre estos hombres prominentes se encontraba un doctor de apellido Wright, de quien se decía era un incrédulo. Desde luego supuse que los comentarios eran ciertos. Este era un hombre muy respetado en su profesión y muy dotado en la conversación. En primera instancia manifestó gran hostilidad para con el avivamiento y declaró que la gente había perdido la cabeza. Sin embargo, la señorita Seward y otros hermanos hicieron de él el sujeto particular de sus oraciones. Ellos tenían mucha fe de que a pesar de su fiera oposición, el doctor pronto llegaría a convertirse.

Un domingo por la mañana este doctor Wright asistió a la reunión. Noté que aquellos que estaban cargados por su alma estaban de rodillas, con las cabezas hacia abajo y orando durante todo el sermón. Antes del anochecer fue evidente que la oposición del señor Wright había empezado a ceder. El doctor escuchó el evangelio durante el día, y pasó la noche en profundo ejercicio mental. A la mañana siguiente fue a verme, sometido cual niño pequeño, confesó que había estado equivocado; además abrió su corazón con mucha franqueza y declaró el cambio que había sucedido en él. Fue claro que se había convertido en otro hombre. Desde aquel día tomó acción en la obra y continuó progresando con toda su fuerza.

Había también en el lugar un señor de apellido Tilden que era mercader y probablemente el ciudadano más prominente y rico de aquel entonces, pero escéptico. Recuerdo que una noche prediqué acerca del tema: "La mente carnal es enemiga de Dios" cuando él estaba presente. Este señor Tilden había sido un hombre muy moral, dentro del uso común del término, y resultaba muy difícil imprimir algo en su mente que lograra convencerle de pecado. Su esposa era una mujer cristiana y su hija había sido también convertida por el Señor. El estado de las cosas en el pueblo le había interesado tanto a Tilden que asistía a nuestras reuniones para escuchar lo que allí se decía. Al día siguiente de esta predicación acerca de la depravación moral,

confesó que estaba bajo convicción. Me dijo que el tema había llegado a su mente con poder irresistible y que podía ver que todo era verdad. También me aseguró que su mente estaba resuelta a servir al Señor por el resto de su vida. Recuerdo también que el reverendo John T. Avery, un connotado evangelista que ha laborado en muchos lugares y durante muchos años, estuvo presente en esa misma reunión. Su familia vivía en New Lebanon y él había nacido y se había criado en el lugar, para el tiempo de mi relato era un muchacho de unos quince o dieciséis años. Al día siguiente del sermón se me presentó como uno de los más queridos pequeños convertidos que jamás he visto. Empezó diciéndome lo que había estado pasando por su mente durante varios días y luego añadió: "El sermón me envolvió por completo y me fue guiando. Pude comprenderlo y me rendí. Me entregué por completo a Cristo". Esto lo dijo en una forma imposible de olvidar. ¿Para qué continuar narrando casos? Si lo hago estaré horas narrando incidentes y las conversiones de individuos particulares. No debo ahondar en los particulares, si así lo hago esta narrativa aumentará en proporciones excesivas.

Debo, sin embargo, narrar un pequeño incidente que de algún modo tuvo conexión con la oposición que se manifestó en Troy. El presbiterio de Columbia se reunió en algún lugar dentro de sus límites mientras me encontraba laborando en New Lebanon. Al haber sido informados acerca de que me encontraba trabajado en una de sus iglesias, fijaron un comité para visitar el lugar e indagar acerca del estado de las cosas, pues por causa de Troy, de otros lugares, la oposición del señor Nettleton y las cartas del doctor Beecher, habían sido llevados a creer que mi método usado en la conducción de los avivamientos era tan objetable, que era el deber del presbiterio indagar acerca de él. Señalaron a dos o tres, según conocí posteriormente, para que visitaran el lugar. Supe después --aunque no recuerdo haber escuchado acerca del asunto en aquel entonces-- que las noticias de estas intenciones llegaron a New Lebanon y la gente empezó a temer que la acción de presbiterio causara división o algún tipo de alboroto. Algunos de los cristianos más comprometidos hicieron del asunto un tema particular de oración y durante un día o dos, en el tiempo en el que se esperaba el arribo del tal comité, oraron mucho para que el Señor anulara aquellos planes y para que la iglesia no sufriera división o la introducción de algún elemento de discordia. Se esperaba que el comité llegara en el Sabbath y que asistieran a las reuniones. Sin embargo, el día anterior se desencadenó una violenta tormenta y cayó tanta nieve que aunque aquellos hermanos empezaron su viaje se encontraron con que les era imposible continuar y fueron retenidos todo el Sabbath y el lunes. Sucedió de esa manera y tan pronto como les fue posible regresaron cada uno a sus congregaciones. Los hermanos que integraban el comité eran el reverendo Joel Benedict y el reverendo Chester. El señor Chester era pastor de la iglesia Presbiteriana de Hudson, Nueva York. Y el reverendo Benedict era pastor de la iglesia Presbiteriana de Chatham, una villa a unas quince o dieciséis millas al sur de Albany, en el río Hudson.

Poco después recibí una carta del hermano Benedict, informándome que el presbiterio le había nombrado integrante de un comité que tenía el propósito de visitarme y hacerme algunas preguntas con respecto a mi forma de conducir avivamientos. Me invitaba, para esto, a ir y a pasar el Sabbat con él, para predicar en su lugar. Así lo hice. Supe después que su reporte al presbiterio fue que era innecesario e inútil el continuar tomando acciones en el caso, que la obra era del Señor y que debían guardarse de no encontrarse luchando en contra de Dios. No volví a escuchar oposición proveniente de aquella misma fuente. Jamás he dudado de que el presbiterio de Columbia fuera honesto en alarmarse por lo que había llegado a sus oídos. Jamás he cuestionado la propiedad del curso que tomaron, y de hecho he admirado su manifiesta honestidad al haber recibido testimonios que acallaron sus temores. Hasta lo que he sabido, más tarde fueron simpatizantes de la obra, que continuaba en progreso. La oposición del doctor Beecher y del señor Nettleton estaba llegando a su fin.

Por aquel tiempo surgió la propuesta --no sé por parte de quién-- de sostener una convención o una consulta en el tema de conducción de los avivamientos. Surgió correspondencia entre los hermanos del oeste, que había estado trabajando en los avivamientos, y los hermanos del este, que se habían opuesto a los mismos. Finalmente se acordó sostener dicha convención en cierto día, si no me equivoco en el mes de julio, en New Lebanon, en donde yo había estado laborando. En ese tiempo había salido de New Lebanon para pasar una corta temporada en la villa de Little Falls, en el río Mohawk, cerca de Utica. Algunos incidentes muy interesantes tuvieron lugar durante mi corta estancia, pero nada tan sobresaliente como para merecer espacio en esta narrativa. Fui obligado a abandonar mi breve visita a Little Falls para regresar a New Lebanon y asistir a la convención.

Al parecer el propósito de esta reunión, desde su efecto, ha sido muy malentendido. He encontrado que la impresión en el público es que se habían hecho quejas en mi contra y que la reunión fue una suerte de juicio a mi persona en donde se presentaron tales quejas delante de un consejo. Sin embargo, para nada fue ese el caso. No tuve nada que ver con la organización de la convención, ni estuve particularmente más interesado en sus resultados de ella que cualquier otro de los miembros que asistieron. El propósito de la reunión fue atender a los hechos de aquellos avivamientos que tanta oposición habían recibido, consultar con respecto a ellos, comparar perspectivas, y ver si era posible llegar a un mejor entendimiento del que había existido entre los opositores del este y los hermanos que habían sido instrumentales en la promoción de los avivamientos.

Hice mi arribo a New Lebanon un día o dos antes de la convención. Los miembros invitados llegaron en el día señalado. Estos miembros no eran personas que hubieran sido enviadas por ningún cuerpo eclesiástico, sino que habían sido invitados por los hermanos más preocupados del tema, tanto en el este como en el oeste, para reunirse

y realizar la consulta. Ninguno de los que estuvimos presentes asistimos en representación de ninguna iglesia o cuerpo eclesiástico. Nos reunimos sin tener la autoridad de actuar en nombre de la iglesia, o de ninguna de sus ramas. Simplemente, como ya lo he dicho, nos reunimos para consultarnos, comparar perspectivas, y para ver si en los hechos se había dado algo incorrecto, y si así era, para entrar en el acuerdo de corregir lo que había estado equivocado en cada una de las partes. Por mi parte, supuse que tan pronto los hermanos nos reuniéramos e intercambiáramos perspectivas, los hechos quedarían esclarecidos; que los hermanos del este que habían mostrado oposición a los avivamientos, especialmente el doctor Beecher y el señor Nettleton, verían su error y que habían sido confundidos y que el asunto quedaría a un lado, pues estaba convencido de que aquello de lo cual se quejaban en sus cartas no tenía fundamento alguno. Entre los hermanos que integraron la convención recuerdo a los siguientes: Por el este estaba el doctor Beecher y el señor Nettleton; el reverendo Joel Hawes, de Hartford; el reverendo doctor Dutton, de New Haven; el reverendo doctor Humphrey, presidente del Colegio de Williams; el reverendo Justin Edwards, de Andover, y un número considerable de hermanos del este cuyos nombres no puedo recordar. Provenientes del oeste, es decir, desde el Centro de Nueva York en donde se habían dado tales avivamientos, estaban el reverendo Beman, de Troy; el doctor Lansing, de Auburn; el señor Aikin, de Utica; el reverendo Frost, de Whitesboro; el reverendo Moses Gillett, de Rome; el reverendo señor Coe, de New Hartford; el reverendo George W. Gale, de Western, el reverendo William R. Weeks, de Paris Hill; quizá algunos otros cuyos nombres se me escapan, y yo.

Pronto descubrimos que cierto tipo de política se había desplegado en la organización de la convención --esto por parte del doctor Beecher-- mas no le dimos importancia. La convención se organizó, y me parece que el reverendo Humphey presidió de moderador. Que yo sepa no existió ningún tipo de sentimientos incorrectos en los miembros de la convención. Es cierto, sin embargo, que los miembros del oeste veían con sospecha al señor Weeks, como ya he dicho antes, por creerle el responsable en alto grado, de la mala interpretación en los hermanos del este. Tan pronto como la convención quedó debidamente organizada y los puntos a tratar planteados y entendidos, se presentó la inquietud de los hermanos del oeste con respecto a las fuentes de las cuales el doctor Beecher y el señor Nettleton habían recibido su información. Habíamos puesto especial solicitud en tratar de averiguar quién había sido el responsable de la mala interpretación de los hermanos, y quién les había dado tales perspectivas acerca de los avivamientos como para que se sintieran justificados en el curso que estaban tomando. El hacer ese descubrimiento era para nosotros una idea principal, queríamos saber de dónde provenía toda aquella misteriosa oposición. Por esta razón levantamos la pregunta enseguida, deseando saber por parte de los hermanos de qué fuente habían recibido la información en lo tocante con esos avivamientos. Vimos de inmediato que la tal era una pregunta embarazosa.

Debí haber hecho una observación que ahora me parece importante que debe quedar muy clara: ninguno de los ministros del este que habían asistido a la reunión habían mostrado oposición, sino solamente el doctor Beecher y el señor Nettleton. No fue difícil ver desde el exterior que el doctor Beecher se sentía comprometido y que su reputación estaba en juego; pues como sus cartas, o algunas de ellas, habían hallado el camino a las imprentas públicas, sería tenido como responsable por ellas, si es que no se llegaba a probar lo que afirmaban. Fue muy evidente que tanto él como el señor Nettleton estaban muy sensibles. También fue muy aparente que el doctor Beecher había asegurado la asistencia de los ministros más importantes de Nueva Inglaterra, para poder así sostenerse delante del público y justificarse a sí mismo en el curso que había tomado. En lo que al señor Nettleton concierne, el doctor Beecher le había garantizado que sería apoyado por Nueva Inglaterra y que todas las judicaturas de las iglesias de aquella región hablarían a su favor y le sostendrían.

Como ya he dicho, desde el principio levantamos la pregunta de dónde aquellos hermanos habían obtenido la información sobre la cual habían basado su oposición, y a la cual tanto se habían referido en sus cartas. Cuando se presentó la pregunta el doctor Beecher dijo: "No hemos llegado aquí para ser catequizados; y nuestra dignidad espiritual nos prohíbe dar respuesta a preguntas semejantes". Esto me pareció extraño, ¿cómo era posible que estas cartas hayan sido escritas y publicadas mostrando oposición a aquellos avivamientos, que cosas se habían afirmado como hechos cuando realmente no lo eran, que semejante tormenta de oposición se haya levantado a lo largo y ancho del territorio, y que una vez reunidos para considerar todo el asunto, no nos fuera permitido conocer la fuente de las informaciones obtenidas? Habíamos sido totalmente mal representados, y el resultado había sido gran daño a la causa de Cristo. Deseábamos saber, y creíamos que teníamos el derecho a saber, la fuente de la cual había provenido todo ese error. Sin embargo, al final, nos encontramos incapaces de averiguarlo.

La convención duró varios días; pero a medida que los hechos acerca de los avivamientos salían a la luz, el hermano Nettleton empezó a ponerse muy nervioso e incluso no le fue posible atender a varias de nuestras sesiones. Vio con claridad que estaba perdiendo terreno, y que nada se podría demostrar para justificar el curso que estaba tomando. Esto también debió de ser muy sensible para el doctor Beecher. Debí haber dicho antes que cuando se presentó el asunto acerca de los hechos que debían de conocerse acerca de aquellos avivamientos, el doctor Beecher asumió la postura de que el testimonio de los hermanos del oeste que habían estado involucrados en la promoción de los avivamientos, no debía de ser recibido, pues éramos en cierto sentido parte de la cuestión y habíamos sido el objeto de su censura, y que esto era como testificar en nuestro propio caso; y que por lo tanto no podíamos ser admitidos como testigos y los hechos no podían ser recibidos de parte nuestra. Sin embargo, en este punto los hermanos del este no le prestaron oídos ni por un segundo. El doctor

Humphrey aseveró muy firmemente que nosotros éramos los mejores testigos que podían hallarse; que sabíamos lo que habíamos hecho en aquellos avivamientos de la religión y que por lo tanto éramos los testigos más competentes y veraces, y que nuestras declaraciones serían recibidas por la convención sin vacilación. En este punto el acuerdo fue casi universal, con la excepción del doctor Beecher y el señor Nettleton.

Fue muy claro en aquel momento que tal decisión afectó en gran medida al doctor Beecher y al señor Nettleton, quienes pudieron ver que si los hechos eran mostrados por los hermanos que habían sido testigos de los avivamientos --aquellos que habían estado en el territorio y que conocían todo acerca de ellos-- todos los malentendidos y los errores que se habían hecho y entretajidos acerca del tema serían echados por tierra. Nuestra reunión, en toda su extensión, resultó muy fraternal, no se manifestaron combates o amarguras, y con la excepción de aquellos dos hermanos que he nombrado, el doctor Beecher y el señor Nettleton, los hermanos del este se mostraron siempre cándidos y deseosos de conocer la verdad, como también contentos de saber las particularidades de los avivamientos del oeste.

Durante la convención se discutieron varios puntos, en especial el tocante a si era apropiado que las mujeres tuvieran alguna parte en las reuniones sociales. El doctor Beecher presentó la objeción y la discutió en su longitud, insistiendo en que la práctica no era bíblica y que era inadmisibles. El doctor Beman respondió con un breve discurso, demostrando que la tal era una práctica familiar para los apóstoles, y que en el capítulo once de la carta a los Corintios el apóstol llama a la iglesia a poner atención al hecho de que las mujeres cristianas habían impactado los prejuicios orientales con su práctica de tomar parte y orar en las reuniones religiosas sin usar el velo. El doctor Beman mostró claramente que el apóstol no se quejaba de que las mujeres tomaran parte en las reuniones, sino en el hecho de que lo hicieran sin sus velos, lo cual había ocasionado impacto en los prejuicios y dado ocasión para que los opositores paganos se quejaran de que las mujeres cristianas aparecían en público en sus asambleas y que tomaban parte en ellas, especialmente en la oración, si estar cubiertas con sus velos. El apóstol no pretendía reprobar la práctica, sino simplemente amonestarlas para que hicieran uso de sus velos cuando participaran en público. Luego de la intervención del doctor Beman nadie procuró dar respuesta a sus argumentos, pues quedaron manifiestamente tan claros que toda refutación resultaría inútil.

Casi al término de la convención el señor Nettleton entró mostrándose bastante agitado y dijo que había llegado el momento de que los participantes comprendieran las razones del curso que había tomado. Dijo poseer lo que él llamaba "una carta histórica", en la cual profesaba dar ciertas razones, y establecer hechos, sobre los cuales había fundamentado su oposición. Me sentí contento de escuchar el anuncio de que deseaba leerle la carta a la convención. El señor Aikin había recibido una copia de esa carta cuando yo estaba laborando con él en Utica y me la había dado. De hecho, yo

mismo tenía conmigo la copia en la convención y hubiera pedido su lectura, en el debido momento, si el señor Nettleton no hubiera hecho su anuncio primero. Tuve la seguida impresión de que el señor Nettleton no tenía idea de que yo tenía una copia de esta carta o de que alguna vez la hubiera visto. Prosiguió a dar lectura a la misiva. Ésta era una declaración, de las cosas de las cuales se quejaba y que se le había informado que eran practicadas en los tales avivamientos, en especial por mi persona. Era evidente que la carta me señalaba en forma particular, aunque se me mencionaba por nombre muy pocas veces. Aún con esto las quejas se presentaron de tal modo que no había duda de que el propósito era culparme de tales cosas. La convención escuchó toda la carta --que era tan larga como un sermón-- con mucha atención. Luego de la lectura el señor Nettleton hizo la observación de que ahora la convención tenía delante de sí los hechos que le habían movido a actuar, y que él invocaba como justificación para sus procedimientos.

Cuando el señor Nettleton tomó asiento yo me puse de pie y expresé mi satisfacción de que se haya dado lectura a la carta; y señalé que poseía una copia y que iba a leerla en el oportuno momento, de no haberlo hecho el señor Nettleton. Luego afirmé que hasta donde llegaba mi conocimiento, ninguno de los hechos mencionados en ella, motivo de su queja, eran ciertos y que yo no había hecho tales cosas. Añadí además que: "todos los hermanos con quienes he trabajado están aquí, y ellos pueden decir si hice estas cosas en alguna de sus congregaciones. Si ellos saben o creen que algunas de estas cosas son ciertas acerca de mí, que lo digan aquí y ahora, y de inmediato las confesaré". Todos aquellos hermanos, al unísono, ya sea haciendo afirmaciones o manifestando su consentimiento, dejaron saber que estas cosas no eran ciertas. El señor Weeks estaba presente. He dicho antes que sospechábamos que el señor Weeks le había comunicado muchas de estas cosas al señor Nettleton. Por esta razón esperaba que cualquier respuesta a mi negación explícita de los hechos que se me imputaban en la carta del señor Nettleton viniera del señor Weeks. Yo no estaba seguro, pero sospechaba que el señor Weeks creía estar en posesión de todos los hechos y que estaría dispuesto a relatarlos en la convención. Supuse también que si él les había escrito al doctor Beecher o al señor Nettleton afirmando aquellos hechos, se sentiría en la obligación de hablar y justificar sus afirmaciones, sin embargo el señor Weeks no dijo una sola palabra. De hecho, nadie en el lugar pretendió justificar ni una sola de las afirmaciones con respecto a mi persona, hechas en aquella carta histórica del señor Nettleton. Por supuesto, esto era una sorpresa para el señor Nettleton y para el doctor Beecher. Si alguno de los hechos presentados por ellos había sido recibido del señor Weeks, sin duda esperaban que hablase y justificara lo que había escrito, mas Weeks no dijo nada que dejara ver que tenía algún conocimiento acerca de los hechos presentados en la carta. La lectura de la carta y lo que sucedió inmediatamente después, prepararon el terreno para el cierre de la convención.

A continuación debo añadir algunas cosas de las cuales me lamento estar obligado a mencionar. El hermano Justin Edwards estuvo presente durante toda la discusión y asistió, si no me equivoco, a todas las sesiones de la convención. Edwards era amigo íntimo del doctor Beecher y del señor Nettleton, y debe de haber notado con toda claridad el estado de las cosas. No sé si a petición del doctor Beecher o por iniciativa propia, casi al término de la convención, presentó una serie de resoluciones en las cuales, paso a paso, resolvía el desaprobar tales y tales medidas en la promoción de los avivamientos. En su resolución Edwards fue a lo largo de casi todas --sino todas-- las especificaciones contenidas en la carta histórica del señor Nettleton, desaprobando todas las cosas de las cuales se quejaba la carta. Cuando terminó de leer sus resoluciones, inmediatamente algunos de los hermanos del oeste dijeron: "aprobamos estas resoluciones; ¿pero cuál es la intención de las mismas? Nos es manifiesto que la intención de estas resoluciones es crear la impresión pública de que tales cosas han sido practicadas; y que esta convención, condenándolas, ha condenado a los hermanos que han estado involucrados en estos avivamientos y que por lo tanto esta convención justifica la oposición hecha a los mismos". El doctor Beecher insistió en que la intención de las resoluciones era completamente prospectiva; que no se aseguraba o implicaba nada con respecto al pasado, sino que servirían meramente como puntos de referencia, y para dejar en claro que la convención desaprobaba tales cosas en el caso de que estas llegaran a darse, sin implicar que algunas de ellas se hayan practicado anteriormente.

Se respondió en seguida que dado el hecho de que tales quejas habían traspasado los límites de la región, y que era de conocimiento público que tales cargos y quejas se habían levantado, resultaba evidente que las resoluciones fueron diseñadas para cubrir la retirada de los hermanos que habían presentado oposición, y para crear la impresión de que tales cosas se habían practicado en estos avivamientos, según eran condenadas en las resoluciones, por lo tanto así quedaría justificada la oposición del doctor Beecher y del señor Nettleton, en lo que respecta a la opinión pública. De hecho, estaba perfectamente claro que este era el significado que las resoluciones tendrían para el doctor Beecher y para el señor Nettleton. Los hermanos del oeste dijeron: "Por supuesto que debemos votar por estas resoluciones. Creemos en ellas y desaprobamos tales prácticas condenadas por ellas tanto como ustedes, por lo que no tenemos más remedio que votar a su favor. Mas sí afirmamos que creemos que tienen la intención de justificar la oposición y de tener una aplicación retrospectiva más que prospectiva." De cualquier modo las resoluciones fueron aprobadas, si no me equivoco unánimemente. Recuerdo que por mi parte dije que estaba dispuesto a que estas resoluciones se transmitieran, y que todos los hechos debían dejarse a la publicación y adjudicación de una sentencia solemne. Propuse después que antes de despedir la reunión pasáramos una resolución en contra de la tibieza en la religión, y que la condenáramos con la misma severidad con la que se condenaron las demás prácticas

en las resoluciones. El doctor Beecher declaró que no existía riesgo alguno de tibieza; con esto la convención quedó suspendida sine die (sin fecha de restablecimiento).

No necesito decir cómo la publicación de todo el procedimiento fue recibido por el público. En el segundo volumen de la biografía del doctor Beecher, página 101, encontré la siguiente nota del editor: "En un minucioso seguimiento de los minutos de esta convención nos quedó probado que no existían diferencias radicales entre las perspectivas sostenidas por los hermanos del oeste y las abrazadas por los hermanos de Nueva Inglaterra, y que de no haber sido por la influencia de un solo individuo, la misma declaración que se hizo luego en Filadelfia, debió de haber sido hecha entonces en aquel lugar." De esto no había duda alguna. El hecho es que de no haber el señor Nettleton dado una lista de reportes falsos y de haberse comprometido en oposición en contra de los avivamientos, ninguna convención se hubiera celebrado sobre este tema. Lo que resulta aún más maravilloso es que hubiera dado crédito a tales reportes cuando él mismo había sido comúnmente sujeto de malas interpretaciones. Con todo esto, el señor Nettleton había llegado al borde del agotamiento, se había vuelto excesivamente nervioso, temeroso y fácilmente exaltable, y con todo esto se le atribuía además en la biografía del doctor Beecher la falta de nunca haber renunciado a su terquedad. Esto lo digo con la seguridad de albergar los mejores sentimientos hacia el señor Nettleton. Jamás me he permitido guardar hacia él sentimientos malsanos.

Después de esta convención el sentir público en contra del hermano Nettleton era abrumador. Ya bien entrado el otoño de ese mismo año me lo encontré en la ciudad de Nueva York. Me dijo que se encontraba en el lugar para entregar sus cartas en contra de los avivamientos del oeste en forma de un panfleto público. Le pregunté si iba a publicar también su "carta histórica", aquella que había leído en la convención. Me respondió que debía de publicarla para justificar lo que había hecho. Yo le dije que si publicaba esa carta la reacción de la misma sería su ruina, pues todos los que llegaron a conocer esos avivamientos verían que había actuado sin razón. Me respondió que debía de publicarla y correr el riesgo de aquella reacción. El señor Nettleton publicó varias otras cartas, pero aquella "carta histórica" hasta lo que sé, no llegó a las imprentas. Si realmente hubiera publicado aquella carta se hubiera impreso en el público la idea de que su oposición no tenía justificación. Se hizo un bien a sí mismo al no haber publicado la carta.

En este punto me es necesario llamar la atención a algunas cosas que he encontrado en la biografía del doctor Beecher, en las que creo debió de haber habido cierta confusión. La biografía afirma que el doctor Beecher justificó su oposición a los tales avivamientos --es decir, a la forma en la que eran conducidos-- hasta el día de su muerte y que mantuvo hasta el fin que los males que fueron motivos de quejas fueron reales y que fueron corregidos gracias a su oposición. Si en realidad esta fue su opinión

al fin de la convención, debió de haber creído que los hermanos que dieron sus testimonios en la convención y que afirmaron que tales cosas no habían sucedido no eran más que un grupo de mentirosos, tal como antes le había escrito al doctor Taylor, y que sus testimonios debían de ser rechazados por completo. Sin embargo, siendo que él y el señor Nettleton estaban tan tremendamente ansiosos por justificar su oposición, si ambos estaban aún convencidos de todas aquellas afirmaciones hechas por el señor Nettleton en su "carta histórica", ¿por qué entonces no la publicaron y apelaron a aquellos que habían estado en el territorio y sido testigos de los avivamientos? Si la carta hubiera sido verdadera, la publicación de la misma hubiera resultado en su justificación. Si aún creían que esta carta contenía la verdad ¿por qué no se publicó en conjunto con las demás cartas del señor Nettleton? Creo que el desarrollo de los hechos en la convención mermó la confianza del doctor Beecher en la sabiduría y la justicia del señor Nettleton en cuanto a su oposición a los avivamientos. Esto lo he inferido porque cuando me encontraba trabajando en Boston, un año y medio después de la convención y después de que las cartas del señor Nettleton fueran publicadas, el doctor Beecher, cuando se refirió a la convención, dijo que después de la misma él "no habría hecho que el señor Nettleton viniera a Boston ni por mil dólares". ¿Será posible que hasta el día de su muerte el doctor Beecher haya continuado creyendo que los pastores de las iglesias en las cuales ocurrieron aquellos avivamientos no fueran más que mentirosos y que no debían de ser confiados en cuanto a los hechos que afirmaban conocer de forma personal? ¿Qué dirían aquellas iglesias de esto?

Tanto en la biografía del doctor Beecher como en la del señor Nettleton he encontrado muchas quejas en cuanto al supuesto mal espíritu que prevaleció en aquellos avivamientos. Su error yace en que le atribuyen un espíritu de denuncia a la parte incorrecta. Que yo recuerde jamás escuché el nombre del doctor Beecher o del señor Nettleton mencionarse en público, y mucho menos para censurarles. Hasta lo que sé, ni siquiera en la conversación privada se hizo referencia a ellos con la menor de las amarguras. Los amigos y los promotores de aquellos avivamientos se mantenían en un espíritu cristiano dulce y lo más lejos posible de la denuncia. Si en ellos hubiera habido un espíritu de denuncia, nunca les hubiera sido posible promover aquellos benditos avivamientos, y jamás los mismos hubieran resultado tan gloriosos. Al contrario, la denuncia se dio en la parte de la oposición. Una cita de la biografía del doctor Beecher sirve para ilustrar el ánimo de la oposición. En el volumen 2, página 101, se representa al doctor Beecher diciéndome en la convención de New Lebanon: "Finney, conozco su plan y usted lo sabe; tiene la intención de venir a Connecticut y de llevar un rayo de fuego a Boston. Pero si lo intenta, vive el Señor que yo mismo le encontraré en la frontera del estado y llamaré a todos los artilleros y lucharemos por cada pulgada de terreno a Boston y cuando lleguemos a la ciudad, allí también peharemos contra usted". No recuerdo que me haya dicho tal cosa, pero sin duda esta declaración ilustra el espíritu de su oposición. El hecho es que Beecher había sido grandemente

engañado. Yo no tenía ni la intención ni el deseo de ir a Connecticut o a Boston. La cita arriba mencionada, y muchas otras cosas que encontré en su biografía, muestran cuán engañado estuvo y cuán ignorante fue del carácter, los motivos y las acciones de aquellos quienes laboraron en esos gloriosos avivamientos. Estas cosas las escribo sin ningún placer. He encontrado muchas cosas en su biografía que me sorprenden y que me llevan a concluir que por algún error el doctor Beecher fue mal entendido y mal interpretado. Sin embargo, ahora debo pasar a otros asuntos.

Después de esta convención no volví a escuchar más acerca de la oposición del doctor Beecher y del señor Nettleton. Sí debo relatar que el señor Nettleton publicó un panfleto con sus cartas con la intención de justificarse. Sin embargo, estas cartas parecieron no tener efecto pues creo que muy rara vez escuché hablar de ellas. La oposición de ese tipo se consumió a sí misma. Los resultados de aquellos avivamientos que recibieron tanta oposición, fueron tales como para callar las bocas contradictoras y para convencer a todo el mundo de que eran en verdad puros y gloriosos avivamientos de la religión, y de que estaban tan lejos de cualquier cosa objetable como cualquier otro verdadero avivamiento en el mundo. Cualquiera que lee los Hechos de los Apóstoles y la promoción de los avivamientos en sus días, y luego lee en sus epístolas la reacción a los mismos, notará que se dieron retrocesos y apostasías. Luego esta misma persona podrá descubrir también la verdad con respecto a los gloriosos avivamientos de los que he hablado, sus comienzos, su progreso y sus resultados, los mismos que se han manifestado cada vez más durante casi cuarenta años, y no se equivocarán al ver que estos avivamientos fueron mucho más puros y que resultaron más favorables que los de la antigüedad. De hecho, nunca he sido testigo de ningún avivamiento cuyos resultados merezcan las quejas que con justicia hicieron los apóstoles con respecto a los avivamientos de su época. Así es como debió de haber sido, y de hecho, así fue.

Los avivamientos deben ir aumentando en su pureza y en su poder a medida que la inteligencia aumenta. Los convertidos en tiempos apostólicos eran, o judíos con todos sus prejuicios e ignorancia, o paganos degradados. El arte de la impresión no había sido descubierto aún. Copias del Antiguo Testamento y de la Palabra escrita de Dios, solo podían encontrarse en manos de gente rica, con la capacidad de comprar las copias manuscritas. La cristiandad no contaba con literatura que pudiera ser accesible a las masas. Los medios de instrucción tampoco estaban a la mano. Con toda esta oscuridad e ignorancia, y con tantas nociones incorrectas de la religión; con tanto engaño y degradación y con tan escasos medios de instrucción y facilidades para sustentar una reforma religiosa, no era de esperarse que los avivamientos de la religión fueran tan puros y libres de errores que lamentar. Mas sí debiéramos de esperar en nuestros días tal pureza en nuestros avivamientos, habiendo tantas Biblias y medios de instrucción.

Tenemos y predicamos el mismo evangelio que predicaron los apóstoles. Tenemos todas las facilidades para guardarnos del error en cuanto a la doctrina y práctica y para asegurar una religión evangélica sólida. La gente en medio de la cual prevalecieron estos avivamientos eran gente inteligente y cultivada, no solo con educación secular, sino también con abundante educación religiosa en su medio. Casi todas las iglesias contaban con un pastor educado, capaz y fiel. Estos pastores eran totalmente competentes para juzgar la habilidad, solidez y discreción del evangelista de cuyas labores deseaban disfrutar. También eran totalmente competentes para juzgar la propiedad de las medidas que vieron emplearse.

Dios mismo puso su sello, de la forma más impactante y admirable, sobre las doctrinas predicadas y los medios usados para impulsar su obra. Los resultados hoy pueden encontrarse en todas partes del territorio. Los convertidos de aquellos avivamientos aún viven y laboran para Cristo y las almas en casi todos --sino en todos-- los estados de esta unión. No es un halago inútil el decir de ellos que se encuentran entre los cristianos más inteligentes y útiles que puedan hallarse en este o en cualquier otro país. Las medidas usadas en la promoción de estos avivamientos de ninguna manera fueron objetables. Constituyeron simplemente la predicación, reuniones de oración y otras de instrucción, y la oración y la confesión de acuerdo a las necesidades de la gente. No hubo desenfreno, ni apareció la herejía o el fanatismo. No existió espíritu de denuncia ni algún otro mal espíritu en medio de los convertidos, de hecho, nunca vi ni escuché de avivamientos de la religión tan libres de cualquier cosa deplorable como estos, los mismos que de manera misteriosa excitaron, o más bien fueron objeto, de tanta oposición en su tiempo por parte de hombres buenos, pero engañados. Se ha dicho y escrito tanto acerca de las nuevas medidas que pareciera que se da por hecho que hubo mucho que lamentar en cuanto a los medios usados para promover aquella bendita obra del Espíritu Santo. Sin duda, esta idea es un error.

Como desde entonces he laborado extensamente en este país y en Europa, y no ha habido excepciones en mis medidas, se ha asumido y asegurado que por causa de la oposición presentada por el señor Nettleton y por el doctor Beecher reformé mis medidas y deseché aquellas que fueron motivo de sus quejas. Tal suposición es un error. Siempre y en todo lugar hice uso de todas y de las mismas medidas que empleé en los avivamientos en cuestión, y con frecuencia añadí otras, como la silla ansiosa, cuando lo considere necesario. Nunca vi la necesidad de reformas en este aspecto. De tener la oportunidad de vivir mi vida de nuevo, creo que con la experiencia de más de cuarenta años en las labores de avivamiento, estando bajo las mismas circunstancias, usaría substancialmente las mismas medidas. Con esto no pretendo que se piense que de ellas doy crédito a mi propia persona. No fue mi propia sabiduría la que me guió. Continuamente fui guiado a sentir mi propia ignorancia y dependencia, así como a mirar a Dios continuamente para recibir su dirección. No tuve duda entonces, ni la tengo ahora, de que fue Dios, por medio de su Espíritu, quien me guió a tomar el curso

que tomé. Su guía diaria fue tan clara que jamás he dudado de que fui divinamente dirigido.

También es un error el suponer que la oposición del doctor Beecher y del señor Nettleton provocó en mí vergüenza por lo que había hecho, como la biografía del doctor Beecher afirma, y que por motivo de esta vergüenza me reformé, y consecuentemente ellos cesaron su oposición. Puedo apelar con toda seguridad a todos los que me escucharon durante esos avivamientos y a todos aquellos que desde entonces han visto mis medidas en cada lugar, para que sean ellos quienes digan si no es cierto que en todas partes y en todo tiempo he empleado las mismas medidas que usé durante los grandes avivamientos del centro de Nueva York, y que en otras partes he añadido aún otras medidas, las cuales de acuerdo a mi juicio fueron necesarias. No tengo duda de que los hermanos que se opusieron a esos avivamientos eran hombres buenos. Y tengo muy pocas dudas de que fueron mal guiados y engañados por alguien de la forma más crasa e injuriosa. Si en realidad murieron bajo la convicción de que tenían razones justas para lo que hicieron, escribieron y dijeron, y de que llegaron a corregir los males de los cuales se quejaban, entonces murieron tremendamente engañados al respecto. El que la posteridad crea que aquellos males existieron y que fueron corregidos por medio del espíritu presente en la oposición y por la manera representada, no es seguro para la iglesia, ni para el honor de los avivamientos ni para la gloria de Cristo. De no haberse hecho intentos de perpetuar y confirmar tal engaño -el de que la oposición a los avivamientos fue justificable y exitosa-- yo hubiera permanecido en silencio. El hecho es que la oposición ni logró justificarse, ni tuvo éxito alguno.

No tengo dudas de que el doctor Beecher fue guiado por alguien a creer que su oposición era necesaria. En su biografía aparece que en Filadelfia, durante la primavera siguiente a la convención, yo acordé junto al doctor Beman y otros, abandonar el tema y a no publicar nada más con respecto a aquellos avivamientos. La verdad es que toda la controversia y todas las publicaciones habían provenido de parte de la oposición. Antes de la reunión en Filadelfia ya el señor Nettleton había impreso sus cartas, y yo no volví a ver ninguna otra impresión con respecto al tema aparte de estas.

Yo no tomé parte en los acuerdos a los que se llegaron en Filadelfia. Con todo esto, de no haber la biografía del doctor Beecher abierto nuevamente el tema con la intención manifiesta de justificar el curso tomado por él y de imprimir en la mente del público la idea de que al haberse opuesto a los avivamientos realizó un gran bien y una buena obra, no me sentiría en el deber de decir lo que ya no tengo justificación para guardarme. Lo que escribo lo escribo a partir de la experiencia personal, y me tiene sin cuidado quién le haya dado al doctor Beecher aquellos supuestos datos a partir de los cuales actuó. Aquellos datos fueron los mismos mencionados en substancia en la carta histórica del señor Nettleton, la cual se leyó en la convención. Aquellos alegados

hechos, no eran hechos, como lo establecí en la convención y como cada uno de los hermanos que laboraron junto a mí en los avivamientos afirmaron. Estos testimonios fueron la prueba, si es que algo puede ser probado en base al testimonio humano. Sin embargo, si su biógrafo no lo ha representado mal, en estos testimonios el doctor Beecher no creía. ¿Qué dirán de esto las iglesias del condado de Oneida? ¿Podrán creer estas iglesias que hombres como el reverendo Aikin, el reverendo Frost, el reverendo Moses Gillett, el reverendo señor Coe y los demás hombres de ese condado que asistieron a tal convención mintieron deliberadamente acerca de un tema que conocían de manera personal? Jamás podrán creer semejante cosa. No importa quiénes fueron los informantes del doctor Beecher. Ciertamente ninguno de los pastores en donde prevalecieron aquellos avivamientos pudo haberle dado jamás ninguna información que justificara su accionar, y ningún otro hombre entendía como aquellos pastores el asunto. Así como lo afirmó la convención, yo también sostengo que aquellos pastores fueron los mejores testigos posibles de lo que se dijo e hizo en sus congregaciones y sus testimonios, unánimemente, establecieron que ninguna de las cosas imputadas por aquella "carta histórica" del señor Nettleton tuvo lugar.

Jamás pudimos saber de quienes habían recibido el doctor Beecher y el señor Nettleton su información. Si las cosas afirmadas por sus corresponsales eran ciertas ¿por qué ocultar sus nombres? ¿Tenían ellos el derecho de recibir sus testimonios y de actuar en base a ellos de forma tan pública y aún rehusarse a dar sus nombres? Yo mismo he leído los fuertes y terribles cargos en contra de los hermanos que trabajaron en aquellos avivamientos contenidos en la carta del doctor Beecher al doctor Taylor, en la cual establecía que su correspondencia justificaría lo que estaba haciendo y escribiendo en contra de aquellos hermanos. Cuando supe que este asunto iba a ser esparcido al público en la biografía del doctor, tuve la esperanza de que al fin llegáramos a los autores de aquellos reportes por medio de la publicación de las correspondencias de Beecher. Sin embargo, no veo nada en sus correspondencias que pueda justificar su acción. ¿Son estos cargos todavía repetidos y estereotipados, pero la correspondencia por medio de la cual pudieran justificarse es aún ocultada? Si hasta el día de su muerte el doctor Beecher rechazó nuestro testimonio unánime ¿no podremos conocer aún por causa del contra testimonio de quién el nuestro fue tenido en menos?

En la página 103 del volumen 2 de la autobiografía del doctor Beecher, encontramos lo siguiente: "En la primavera de 1828, dijo el doctor Beecher, que en conversaciones del tema hallé que los amigos del señor Finney estaban haciendo planes para crear una impresión en la asamblea general, que sesionó en Filadelfia, y para introducir a uno de sus hombres en el púlpito del señor Skinner. La iglesia de Skinner me acababa de pedir que predicara para ellos y les escribí en respuesta que lo haría, si así lo deseaban, mientras la asamblea estuviera en sesión. Con esto se frustraron los planes de alguno. Me quedé hasta la clausura, cuando Beman predicó medio día. Con esto quedaron

aniquilados sus planes. Fracasaron". Lo que Beecher quiso decir con esto, no lo sé. Al leer lo que acabo de presentar, y lo que le sucede hasta el final del capítulo, junto con lo demás que he encontrado con respecto a este tema en su biografía, me siento admirado ante las sospechas y el engaño bajo los cuales la mente de Beecher trabajaba. No recuerdo el que haya llegado a mis oídos que alguno de mis amigos estuviera tratando de acceder al púlpito vacante del doctor Skinner. Para aquel entonces yo era ministro en la iglesia presbiteriana, y me encontraba predicando en Filadelfia cuando la asamblea entró en sesión y el señor Beecher estuvo allí. Me pregunto cuánta de la influencia del doctor Beecher en los miembros de aquella asamblea tuvo que ver con la oposición a los avivamientos que apareció poco tiempo después en la iglesia y la cual me sentí en la obligación de señalar en mis lecturas en el tema de los avivamientos. Continué mi obra de avivamiento en Filadelfia y en otros lugares sin distraerme o agitarme por lo que el doctor Beecher y el señor Nettleton estuvieran diciendo o haciendo, y sin dedicarle ningún pensamiento a la posibilidad de tener alguna controversia con ellos.

Yo era tan ignorante como un niño en cuanto a todo ese manejo revelado en la biografía del doctor Beecher. Da la impresión de que el doctor y el señor Nettleton sufrieron bajo una vasta cantidad de emociones, sospechas y conceptos erróneos en cuanto a mis motivos, planes y labores, y en cuanto a los planes y a los motivos de quienes ellos consideraban como mis comprometidos amigos, mientras la realidad era que atendí a mi obra de avivamiento, sin ningún otro plan o motivo que el de ir a dónde el Señor me llamara a la obra, y cuándo Él me llamara. Perseguí esta obra sin interrupción, excepto los pocos días en los cuales asistí a la convención. No compartí ninguno de los terrores o de las distracciones que al parecer angustiaron tanto al doctor Beecher y al señor Nettleton. Si alguno de mis amigos compartió el estado mental de estos dos hombres, lo ignoro. El registro veraz de mis labores hasta el momento de la convención, y a partir de ella en adelante mostrará cuán poco supe o me interesó lo que el doctor Beecher y el señor Nettleton estuvieran diciendo o haciendo por mi causa. Bendigo al Señor por haberme guardado de distracciones en mi obra y porque jamás me entregué a ninguna angustia por causa de la oposición.

Como relaté anteriormente, cuando estuve en Auburn, Dios me dio la seguridad de que Él anularía toda oposición sin que yo me viera en la necesidad de hacer un alto para dar respuesta a mis opositores. Jamás olvido esto. Bajo esta seguridad divina continué avanzando, enfocado y confiado en espíritu, y ahora, cuando leo acerca de las agitaciones, sospechas y mal interpretaciones que poseían las mentes del doctor Beecher y del señor Nettleton, me asombro al ver el engaño en el que se encontraban y las consecuentes ansiedades por mi causa y por mis labores. Dios me mantuvo lleno de amor y de fe, y llenó mi corazón y mis manos de las obras más exitosas. Para el momento en el que el doctor Beecher se encontraba en Filadelfia gestionando con los miembros de la asamblea general, como se relata en su biografía, yo me encontraba

trabajando en aquella ciudad ya por varios meses, en diferentes iglesias y en medio de un poderoso avivamiento de la religión y tan ignorante como un bebé de las procuras del doctor Beecher. Al parecer él había ido a Filadelfia para influenciar a la asamblea general en contra mía y para impedir que algún amigo mío llegara a ocupar el púlpito que el doctor Skinner había dejado vacante. Me pregunto cuál de mis amigos era aquel, y cuánto crédito realmente merece por el supuesto servicio. No puedo estar más agradecido con Dios por haberme guardado de la agitación, y de los cambios en mi espíritu y en mis perspectivas por causa de todo lo que estaba sucediendo en las filas de la oposición de aquellos días. Como ya he dicho, ni siquiera llegué a escuchar o a sentir mucho de la oposición después de los días de la convención. Supe por el mismo señor Nettleton que sintió profundamente la reacción pública de rechazo en su contra. También supe que él y el doctor Beecher fueron mal informados y mal guiados y que se habían metido en un mal lío, pero no fue sino hasta que vi sus biografías que estuve consciente de cuánta tribulación y perplejidad les costó salir de él.

CAPITULO XVII

AVIVAMIENTO EN STEPHENTOWN

Después de la convención permanecí por un corto tiempo en New Lebanon. No creo que la convención haya de ninguna manera perjudicado el estado religioso de la gente del lugar. Hubiera sido así de haberse presentado hechos que lograran justificar la oposición a los avivamientos, de la cual la gente conocía y había hecho tema de discusión. Al contrario de esto, lo que se conoció acerca de la convención resultó en la edificación y el fortalecimiento de la iglesia de New Lebanon. De hecho, en esta convención todo se condujo bajo un espíritu de interés por la edificación de la gente, y no de piedra de tropiezo. Inmediatamente después de que concluyó la convención en el día del Sabbat, y cuando me dirigía al púlpito, me presentaron a una joven dama que había venido desde Stephentown, de apellido Sackett. La joven me preguntó si me sería posible ir a su pueblo a predicar. Le respondí que me encontraba lleno de trabajo al momento, y que no veía que fuera capaz de cumplir con su solicitud. Vi en su rostro que mi respuesta causó un impacto doloroso; pero no disponía del tiempo para quedarme conversando con ella y me retiré al lugar de mi hospedaje. Poco después de este encuentro hice indagaciones acerca de Stephentown, un pueblo al norte, vecino de New Lebanon. Muchos años atrás una persona adinerada, al morir, le había dejado a la iglesia presbiteriana del lugar un fondo, cuyos intereses eran suficientes para sostener a un pastor.

Poco después de esto un señor de apellido Bogue, quien había sido capellán en el ejército revolucionario, fue establecido allí como pastor de la iglesia. Este hombre permaneció allí hasta que la iglesia decayó bajo su influencia, y finalmente se mostró abiertamente como un infiel. Este hecho produjo una influencia desastrosa en el pueblo. Bogue permaneció entre la gente del lugar totalmente hostil a la religión cristiana. Después de su renuncia al pastorado, la iglesia estableció a uno o a dos ministros más. Sin embargo, la iglesia continuó en bajada y el estado de la religión empeoraba cada vez más; hasta que finalmente desistieron de realizar reuniones en la casa de reunión, pues asistía muy poca gente, y realizaban los servicios del Sabbat en una pequeña casa escuela que quedaba cerca de la iglesia. El último ministro que habían tenido les había dicho que no permanecería en el pueblo si el número de asistentes a las reuniones del Sabbat bajaba de la media docena; y aunque había el fondo que garantizaba su sostén y que su salario le era pagado regularmente, no consideraba que fuera su deber invertir su tiempo laborando en aquel territorio. Por esta razón terminaron despidiéndole. Ninguna otra denominación había tomado posesión del lugar, como para motivar el interés público, y el pueblo entero era un completo basurero moral. En la iglesia presbiteriana habían permanecido tres ancianos y unos veinte miembros. La única persona soltera de la iglesia era esta señorita Sackett, de quien he hablado. Casi todo el pueblo estaba en un estado de impenitencia. Este era un pueblo granjero rico y grande, sin una villa importante.

En el siguiente Sabbat la señorita Sackett me encontró nuevamente cuando bajaba del púlpito, me rogó que fuera a su pueblo a predicar; y me preguntó si sabía algo acerca del estado de las cosas en el lugar. Le informé que conocía la situación, mas le dije que no sabía cuándo me sería posible ir. Ella se mostró grandemente afectada, demasiado como para continuar la conversación, pues le era imposible controlar sus sentimientos. Estas cosas, sumado a lo que había escuchado acerca del lugar, empezaron a tomar posesión de mí, y mi mente comenzó a agitarse hasta sus mismos cimientos por causa de la situación en Stephentown. Finalmente le dije a la señorita Sackett que si los ancianos de la iglesia deseaban que fuera, podía enviar la noticia de que iría, Dios mediante, a predicar el siguiente Sabbat a las cinco en punto de la tarde. Esto me permitiría predicar dos veces en New Lebanon, y luego ir a caballo a Stephentown para estar allí a las cinco en punto. Con este anuncio el rostro de la dama se iluminó y se levantó la carga de su corazón. Se marchó a casa llevando la noticia.

De acuerdo con lo dicho, después de predicar por segunda vez en New Lebanon, uno de los nuevos convertidos se ofreció a llevarme en su carreta hasta Stephentown. Cuando llegó a buscarme con el vehículo le pregunté si tenía un caballo seguro, a lo que él me respondió: "¡Oh sí! Por supuesto". Luego, sonriendo, me preguntó: "¿Por qué me hace esa pregunta?" Le respondí: "Porque el Señor quiere que vaya a Stephentown y el diablo me lo impedirá si le es posible, y si usted no tiene un caballo seguro, Satanás va a tratar de matarme". Él sonrió y emprendimos la marcha. Por

extraño que parezca, antes de llegar al lugar, aquel caballo se desbocó dos veces y estuvo a punto de matarnos. Su dueño expresó el más grande de los asombros, y dijo que el animal nunca había hecho antes cosa semejante.

De cualquier modo, arribamos a la hora y a salvo a la casa del señor Sackett, el padre de la señorita Sackett a quien he mencionado, y que vivía aproximadamente a una milla de distancia de la iglesia en dirección a New Lebanon, por lo que nos era necesario pasar por la casa. Cuando entramos al hogar nos encontramos con María --ese era el nombre de la joven-- quien nos recibió con lágrimas de gozo. Me mostró una habitación en donde podría estar a solas, pues todavía no era hora de la reunión, y tan pronto terminó de hablarme me senté solo, orando en aquel cuarto. Cuando llegó el momento de la reunión, fuimos todos y nos encontramos con que había un gran número de personas congregadas. Prediqué. La congregación se mantuvo solemne y atenta, pero nada muy particular sucedió aquella noche. Me retiré a la casa del señor Sackett, y al parecer María estuvo orando casi toda la noche arriba de la habitación en la que me encontraba. Podía escuchar su voz baja y temblorosa, interrumpida constantemente por sollozos. Estaba evidentemente llorando. No fijé ninguna fecha para volver; pero antes de marcharme María me rogó fuertemente que accediera a tener otra reunión a las cinco en punto del siguiente Sabbath. Cuando volví al siguiente Sabbath, casi las mismas cosas ocurrieron, sin embargo esta vez la congregación era mayor. Como la casa era vieja, y había el temor de que las galerías se vinieran abajo, durante la semana las habían reforzado. Pude ver que la solemnidad y el interés habían aumentado en esta segunda ocasión. Fijé una cita para predicar allí nuevamente. En el tercer servicio el Espíritu de Dios se derramó sobre la congregación.

En el lugar había un juez de apellido Platt que vivía en una pequeña villa en cierta parte del pueblo, y quien tenía una familia grande de hijos inconversos. Al cerrar el servicio, cuando salía del púlpito, la señorita Sackett me abordó en la escalera y me señaló un banco --para entonces la iglesia tenía de aquellos antiguos bancos cuadrados-- en el cual se encontraba una joven grandemente abrumada por sus sentimientos. Me acerqué a hablar con ella y descubrí que era una de las hijas de aquel juez Platt. Su convicción era muy profunda. Me senté a su lado y empecé a instruirla, y creo que antes de que saliera de la casa ya se había convertido. Esta señorita era una joven muy inteligente y apasionada y resultó una cristiana muy útil. Mas tarde se convirtió en la esposa del evangelista Underwood, quien es muy conocido en muchas iglesias, especialmente en Nueva Jersey y en Nueva Inglaterra. Ella y María Sackett, al parecer, se unieron enseguida en oración. Sin embargo no podía ver todavía mucho movimiento en los miembros mayores de la iglesia. Las relaciones entre ellos estaban en tal situación que antes de que pudieran echarle mano a la obra, una gran cantidad de arrepentimiento y confesión debía de tener lugar.

El estado de las cosas en Stephentown exigía que dejara New Lebanon para establecerme en Stephentown y así lo hice. En el ínterin el Espíritu de oración había venido poderosamente sobre mí, tal como había estado por algún tiempo sobre la señorita Sackett. Con el poder de la oración esparciéndose manifiestamente y aumentando, la obra empezó a adquirir un tipo poderoso, tanto así que la Palabra del Señor podía traspasar a los hombres más duros y hacerles indefensos cuando era utilizada por el Espíritu Santo. Puedo nombrar muchos casos de este tipo. Uno de los primeros que recuerdo sucedió un Sabbath, cuando estaba predicando acerca del texto "Dios es amor". Había en la congregación un hombre de apellido Jowles, un hombre fuerte de nervios y un granjero de prominencia en el pueblo. Se sentó casi de frente a mí, pues su banca estaba cerca del púlpito. Lo primero que vi fue que cayó al piso, y parecía como si estuviera en medio de un ataque. Se retorció en agonía por pocos momentos, y gemía con profundos sentimientos; luego se quedó quieto, casi inmóvil y completamente indefenso. Permaneció en ese estado hasta que la reunión concluyó y la gente le llevó a su casa. Muy pronto se convirtió y resultó en un poderoso instrumento de influencia para que sus amigos llegaran a Cristo. Después de esto fue común que se dieran casos similares en aquellos avivamientos.

En el curso de este avivamiento Zebulon R. Shipherd, un connotado abogado del Condado de Washington, Nueva York y que se encontraba ejerciendo en la corte de Albania, al escuchar del avivamiento en Stephentown, vendió su negocio y vino a trabajar conmigo en el avivamiento. Este hombre era un cristiano ferviente, asistió a todas las reuniones y las disfrutó grandemente. Shipherd se encontraba en el lugar cuando se dieron las elecciones a lo largo del estado. Yo esperaba el día de las elecciones con mucho interés, pues temía que por la emoción del día la obra llegara a retardarse mucho. Exhorté a los cristianos a velar y a orar grandemente, para que la obra no fuera arrestada por ninguna emoción que pudiera emerger. Prediqué en la tarde del día de elecciones. Cuando terminé y bajé del púlpito, este señor Shipherd -- de quien he hablado y que es por cierto el padre del señor J.J Shipherd que estableció Oberlin-- me llamó desde un banco para que fuera a sentarme junto a él. El banco estaba en una esquina de la casa, a la izquierda del púlpito. Fui hacia él y lo encontré con uno de los caballeros que había estado en las mesas recibiendo los votos durante el día. Este hombre estaba tan vencido por la convicción de pecado que era incapaz de levantarse de su asiento. Conversé un poco con él y oré con él, y se mostró manifiestamente convertido. Una porción considerable de la congregación había permanecido sentada mientras esto estaba ocurriendo. Cuando me levanté de la banca y me disponía a salir, me llamó la atención otra banca, al lado derecho del púlpito, en donde se encontraba otro de los hombres que había sido prominente en la elección y que había estado recibiendo los votos, y que se encontraba en igual condición. Él también estaba demasiado abrumado por los sentimientos como para poder abandonar el lugar. Fui a conversar con él; y si no me equivoco, este hombre

también se convirtió antes de salir de la iglesia. Menciono estos casos como especímenes del tipo de obra en aquel pueblo.

He mencionado que la familia del señor Platt era grande. Recuerdo que dieciséis miembros de aquella familia, entre hijos y nietos, se convirtieron; creo que todos ellos se unieron a la iglesia después de mi partida. Había otra familia en el pueblo de apellido Moffit, que era una de las familias más grandes e influyentes del pueblo. La mayoría de sus miembros vivían repartidos en una calle, que si no me equivoco, era de una longitud de cinco millas, en un territorio agrícola bastante poblado. Al indagar descubrí que en aquella calle no había ninguna familia religiosa, y que en ninguna casa se sostenían reuniones familiares de oración. Hice una cita para predicar en la casa escuela de la calle. Cuando llegué a la escuela la encontré abarrotada de gente. Tomé mi texto: "La maldición del Señor está sobre la casa del impío". El Señor me dio una perspectiva muy clara acerca del tema y fui capaz de exponer muy claramente la forma en la cual la maldición del Señor está sobre la casa del impío. Les dije que tenía entendido que no había ninguna familia en donde hubiera oración en todo ese distrito. El hecho es que el pueblo estaba en un estado terrible. La influencia del señor Bogue, su antiguo ministro convertido en infiel, había concebido su fruto legítimo; y había muy poca convicción de la verdad y de la realidad de la religión entre la gente impenitente del pueblo. Esta reunión de la que he hablado resultó en la convicción, si no me equivoco, de casi todos los presentes. El avivamiento se esparció en aquel vecindario y recuerdo que de aquella familia Moffit se convirtieron diecisiete de sus miembros.

Sin embargo, había varias familias bastante prominentes en el pueblo que no asistían a las reuniones. Al parecer en ellas era tan fuerte la influencia del señor Bogue, que se habían determinado a no asistir. De cualquier modo, en medio de este avivamiento, el señor Bogue sufrió una muerte horrible y con ella llegó también el fin de su oposición. He dicho que había varias familias en el pueblo que no asistían a las reuniones y yo no podía divisar medios para motivarles. La señorita Seward, de quien he hablado antes y he dicho que vivía en New Lebanon y que se convirtió en Troy, escuchó acerca de estas familias que no asistían a las reuniones y vino a Stephentown. Como el padre de la señorita Seward era un hombre muy bien conocido y respetado, se le recibió a ella con mucho respeto y deferencia en todas las familias que quiso visitar. La señorita Seward visitó una de estas familias --creo que era conocida de una de las hijas de la casa-- y les persuadió para que le acompañarán a la reunión del Sabbat. Esta familia pronto se interesó tanto en la religión que ya no necesitaron de otras influencias para asistir a la iglesia. Luego la señorita Seward fue a otra familia y logró los mismos resultados, y luego a otra, hasta que consiguió, finalmente, asegurar la asistencia de todas aquellas familias que se mantenían apartadas. Casi todas, o todas estas familias --no recuerdo muy bien-- se convirtieron antes de que yo abandonara el pueblo. De hecho casi todos los habitantes prominentes del pueblo estaban en la iglesia antes de marcharme. El

pueblo quedó moralmente renovado. No he visitado el lugar desde aquel avivamiento, que se dio en el otoño de 1827. Pero sí he escuchado noticias, y sé que el avivamiento produjo resultados permanentes. Los convertidos resultaron en cristianos firmes, y la iglesia se mantuvo con un buen grado de vigor espiritual, según creo, desde entonces.

Las doctrinas predicadas y las medidas usadas en este avivamiento fueron las mismas que he usado en todos los lugares de mis labores. Todas las reuniones se caracterizaron por guardar perfecto orden y gran solemnidad. No hubo indicaciones de desenfreno, extravagancia, herejía, fanatismo ni de ninguna otra cosa deplorable. La convención de New Lebanon resultó desfavorable para la oposición del doctor Beecher y del señor Nettleton. Por esta razón no escuchamos de ninguna oposición sustentada por su autoridad ni en Stephentown ni en ninguno de los otros lugares en donde trabajé posteriormente. Como en el resto, las características notables de este avivamiento fueron las siguientes: 1. La prevalencia de un poderoso Espíritu de oración. 2. Una abrumadora convicción de pecado. 3. Conversiones súbitas y poderosas a Cristo. 4. Un gran amor y abundante gozo presentes en los convertidos. 5. Inteligencia y estabilidad de los convertidos. 6. La gran pasión, actividad, y eficiencia de las oraciones de los convertidos en sus labores para con otros.

El avivamiento ocurrió en este pueblo vecino a New Lebanon inmediatamente después de la convención. En aquella convención la oposición dio su último aliento. Rara vez he trabajado en un avivamiento en el que gozará de tanta comodidad y de tan poca oposición como en Stephentown. Al principio la gente se irritó un poco con la predicación, pero luego el Espíritu Santo arremetió con tal poder que no volví a escuchar de más quejas. Las memorias del doctor Beecher afirman que nos sentimos avergonzados de nuestras medidas y que nos reformamos, y de esto le dan crédito a él y al señor Nettleton, y con esto le dan una unción halagüeña a sus almas. Sin embargo, es un completo error el decir que alguna vez me sentí avergonzado por causa de su oposición, y que tuve alguna convicción de haber hecho uso de malas prácticas, pues jamás hice el más mínimo cambio en la conducción de los avivamientos en consecuencia de su oposición. Creí estar en lo correcto entonces, y creo haber estado en lo correcto ahora. Entonces creía que su oposición era impertinente, arrogante, fuera de lugar y perjudicial para ellos mismos y para la causa de Dios. Esto aún lo pienso el día de hoy, aunque es algo que no hubiera incluido en esta narrativa, de no haberme los biógrafos del doctor Beecher y del señor Nettleton obligado a expresar mis pensamientos.

CAPITULO XVIII

AVIVAMIENTO EN WILMINGTON, DELAWARE

Mientras trabajaba en New Lebanon en el verano anterior, el reverendo Gilbert de Wilmington, Delaware, cuyo padre residía en New Lebanon, llegó de visita. Un incidente muy impactante, relacionado con un hermano de este señor Gilbert, había ocurrido durante aquel avivamiento. El hermano, que era impenitente, se llegó a sentir a tal extremo perturbado por el avivamiento que según tengo entendido, dejó el lugar afirmando que no regresaría hasta que la obra hubiera llegado a su fin. Había estado ausente por poco tiempo cuando se recibieron noticias de su muerte, que si la memoria no me falla, fue trágica. El señor Gilbert, en sus perspectivas teológicas, estaba muy ligado a la vieja escuela pero era un hombre bueno y muy apasionado. Su amor por las almas iba más allá de cualquier diferencia en cuestiones teológicas o de opiniones que pudieran existir entre él y yo. Él me había escuchado predicar en New Lebanon y había también visto los resultados; y se mostró muy ansioso por que fuera a trabajar con él aquel otoño a Wilmington, Delaware. Tan pronto como vi la forma de dejar Stephentown, partí a Wilmington y me ocupé en las labores con el hermano Gilbert.

Antes de terminar de hablar de Stephentown debo decir que tanto allí como en New Lebanon hice uso de los mismos medios que había estado usando, y que ningún otro método fue usado aparte de aquellos que empleé y que Dios bendijo a lo largo de todos los avivamientos del centro de Nueva York. El mismo Espíritu de oración poderosa y que prevalece se manifestó allí, la Palabra tuvo el mismo poder prodigioso impartido por el Espíritu Santo; y las conversiones fueron del mismo tipo. Los convertidos se mostraron claramente firmes, celosos y unidos. En ellos no se presentó heterodoxia ni tendencia de fanatismo o de nada objetable que pudiera percibirse. No supe que se hubiera hecho ninguna queja, en ningún momento, acerca de algo desastroso o fuera de orden en aquellos avivamientos. Los avivamientos fueron notoriamente puros y poderosos, y sus resultados duraderos. Si mal no recuerdo, en cierta ocasión recibí a cerca de doscientos convertidos en la comunión de la iglesia. Jamás olvidaré el interés que se dio en los jóvenes por aquella señorita Sackett de quien he hablado. Parecía que le tuvieran un afecto muy especial. Los jóvenes habían conocido que ella fue instrumental para que yo fuera a visitar el lugar, y supieron también de su pasión y de la forma en la que derramó su alma delante de Dios buscando su salvación. Se reunieron en torno a ella y se aferraron a ella de una forma muy cariñosa. La señorita Sackett era una joven sincera y de un corazón tan inocente como el de un niño. Sin embargo, quedó agotada. Su fuerza empezó a decaer, y si no me equivoco tan solo vivió unos cuantos meses más después del avivamiento.

Por otro lado, como ya he dicho, partí hacia Wilmington, Delaware, en donde empecé a laborar con el hermano Gilbert y pronto descubrí que sus enseñanzas habían llevado a la iglesia a una posición en la que resultaba casi imposible promover un avivamiento entre la congregación, a menos que las perspectivas que habían abrazado fueran corregidas. Era como si tuvieran temor de hacer cualquier esfuerzo y así entrometerse en la obra de Dios. Tenían la más antiguas de las perspectivas de la doctrina de la vieja escuela; y en consecuencia su teoría era que Dios mismo convertiría los pecadores en su tiempo; y que por lo tanto, el urgirles al arrepentimiento inmediato, y en resumen, el tratar de promover avivamiento, era pretender hacer cristianos por medios y fuerza humana, y deshonorar a Dios, quitándole su trabajo. Observé también que en sus oraciones no había urgencia por el inmediato derramamiento del Espíritu, y por supuesto, esto también estaba de acuerdo con las perspectivas con las que habían sido instruidos.

Era evidente que nada podría hacerse a menos que las perspectivas del hermano Gilbert fueran corregidas en el tema. Por esta razón pasé horas cada día conversando con él acerca de sus peculiares perspectivas. Hablamos del tema siempre de forma fraternal y después de haber trabajado con él durante unas dos o tres semanas, vi que su mente ya estaba lista para que yo pudiera presentar mis perspectivas a su congregación. En el siguiente Sabbat cité mi texto: "Haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de morir?" Fui a lo largo del tema de la responsabilidad del pecador; y les mostré lo que no era un nuevo corazón, y lo que es en realidad. Prediqué por cerca de dos horas y no me senté hasta que terminé todo el tema, hablando tan rápido como me era posible, para poder abarcar el asunto en el tiempo que tenía disponible. La congregación estaba sumamente interesada, y un gran número de personas se pusieron de pie en todas partes de la casa. La casa estaba llena a capacidad y en medio de la asamblea había semblantes extraños. Algunos lucían ofendidos y disgustados, pero otros muy interesados. No con poca frecuencia, cada vez que contrasté con fuerza mis perspectivas con las de alguna congregación vi que algunos reían, que otros lloraban y que otros lucían notoriamente molestos; sin embargo, no recuerdo que nadie se hubiera marchado de la casa. Había en el ambiente una emoción extraña. Mientras esto sucedía, el hermano Gilbert se movía de un lado del asiento al otro detrás de mí. Podía escucharle respirar y suspirar y no pude evitar notar que él mismo estaba en medio de una gran ansiedad. Con todo esto, yo estaba seguro de que había logrado convencer al hermano Gilbert de que mis perspectivas eran las correctas, lo que no sabía era si su mente sería capaz de afrontar lo que su congregación pudiera decir. Mi predicación era para agradar a Dios y no a los hombres. En aquel momento pensé que esa sería la última vez que predicaría para aquella iglesia, pero aún con eso estaba resuelto a decirles la verdad, y les diría toda la verdad acerca del tema sin importar cuáles fueran los resultados.

Mis esfuerzos se enfocaron en mostrarles que si el hombre era tan incapaz de obedecer a Dios, como lo afirmaban sus perspectivas, era entonces imposible culparle por sus pecados. Si con la caída de Adán el ser humano perdió toda su capacidad de obedecer, entonces la obediencia era algo imposible--y esto no por algo que hubiera hecho el ser humano, o a lo que hubiera consentido, sino que fue el resultado de un acto de Adán--y es ridículo afirmar que el hombre es culpable de algo que no puede evitar. También me esforcé por mostrarles que en ese caso (como consecuencia de lo que enseñaba la vieja escuela) la expiación no tendría nada que ver con la gracia, sino que realmente se trataría de una deuda que Dios tiene con el hombre por haberle puesto en una condición tan deplorable y desafortunada. De hecho, creo que el Señor me ayudó a mostrar con claridad irresistible los peculiares dogmas de la vieja escuela y sus inevitables resultados. Cuando terminé el sermón no llamé al hermano Gilbert para que orara, pues no me atreví a hacerlo; sino que yo mismo oré para que el Señor hiciera clara su Palabra, les permitiera entenderle y les diera una mente cándida para ponderar lo que se había dicho, además para que recibieran la verdad y desecharan todo lo erróneo. Luego despedí la asamblea y bajé las escaleras del púlpito, el hermano Gilbert me siguió. La congregación se retiró muy lentamente, y muchos en diferentes partes de la casa parecían estar como esperando algo. Los pasillos se despejaron enseguida, pero el resto de la congregación quedó en sus lugares y parecía estar esperando a que el hermano Gilbert dijera algo acerca de lo que habían escuchado. Pese a esto el hermano Gilbert salió en seguida para retirarse a su casa. Mientras yo bajaba las gradas del púlpito, observé a un par de damas sentadas a la mano derecha del pasillo por el cual me era necesario pasar, y quienes ya me habían sido presentadas. Yo sabía que estas damas eran amigas particulares del hermano Gilbert y también que le apoyaban. Noté que se veían en parte dolidas, en parte ofendidas, y grandemente asombradas. La primera dama que pasamos, la que estaba más cercana al púlpito, detuvo al hermano Gilbert, quien me seguía, y le dijo: "Señor Gilbert, ¿qué piensa usted de esto?". La mujer hizo su pregunta susurrando en voz alta. Él le respondió de la misma manera: "Creo que el mensaje que hemos recibido es digno de quinientos dólares". Esto me agradó y me conmovió mucho. La mujer le respondió: "Si es así entonces, usted nunca ha predicado el Evangelio". "Bueno"--respondió el hermano Gilbert--"Lamento mucho admitir que nunca lo he hecho". Continuamos la marcha y la otra señora le hizo otro comentario acerca de lo mismo, y el hermano Gilbert le respondió de la misma forma. Eso fue suficiente para mí. Seguí hasta la puerta y salí. Muchas de las personas que ya habían salido estaban frente a la casa discutiendo vehementemente acerca de las cosas que había dicho. Mientras caminaba por las calles en dirección a la casa del señor Gilbert, en dónde me estaba alojando, me encontré con que estaban llenas de emoción y de discusión. La gente comparaba perspectivas, y por las cosas que escuché y por las oraciones que se les escaparon a quienes no se percataron de mi tránsito por el lugar, vi que decididamente la impresión del público estaba a favor de lo que había dicho.

Cuando llegué a la casa la esposa del señor Gilbert me abordó enseguida y me dijo: "Señor Finney, ¿cómo se ha atrevido a predicar tal cosa en nuestro púlpito?" Le respondí: "Señora Gilbert, no me hubiera atrevido a predicar nada más. Esa es la verdad de Dios". Ella añadió: "Bueno, es cierto que Dios estaba justamente obligado a hacer una expiación por la humanidad. Así siempre lo he sentido, aunque nunca me he atrevido a decirlo. Creo que si la doctrina predicada por el señor Gilbert es cierta, Dios está bajo la obligación, en lo que respecta a la justicia, de hacer una expiación para salvarme de aquellas circunstancias en las cuales me es imposible hacer algo por mí misma, y de una condenación que no merezco". Justo en ese momento entró el señor Gilbert. "¡Aquí lo tiene!"--dije--"Hermano Gilbert, vea los resultados de su predicación en su propia familia", y le repetí lo que su esposa acababa de decir. Él respondió: "En ocasiones he pensado que mi esposa es una de las mujeres más piadosas que he conocido: y en otros momentos he llegado a creer que no tiene religión alguna". "¡Lo ve!"--Exclamé--"Ella ha tenido la idea de que Dios le debe, que está obligado por la justicia a proveerle salvación en Cristo. ¿Cómo puede ser verdaderamente cristiana?" Estas cosas que dijimos, las dijimos con gran solemnidad y seriedad. Después de hacer mi último comentario, la mujer se puso de pie y salió de la habitación. La casa se sentía muy solemne y si no me equivoco por espacio de dos días no vi a la señora Gilbert. Cuando volvió a aparecer lucía clara, no solo con respecto a la verdad, sino también en el estado de su mente, luego de haber pasado por una completa revolución en sus perspectivas y su experiencia.

A partir de este punto la obra avanzó. La verdad fue impresa maravillosamente por el Espíritu Santo. Las perspectivas del hermano Gilbert se transformaron grandemente; lo mismo que su estilo y modo de predicar y su forma de presentar el Evangelio. Hasta lo que he sabido, hasta el día de su muerte mantuvo sus nuevas perspectivas y abrazó la nueva escuela, en contraste con las antiguas creencias de la vieja escuela que había mantenido antes. El efecto de este sermón sobre muchos de los miembros de la iglesia del señor Gilbert fue muy peculiar. He hablado de la dama que le preguntó al hermano Gilbert qué pensaba acerca de mi predicación. Más tarde esta mujer me dijo que se había sentido tan ofendida al pensar que sus perspectivas de la religión habían sido derribadas de tal manera, que se prometió a sí misma nunca más volver a orar. Ella había hecho el hábito de justificarse a sí misma con su naturaleza pecaminosa, y había guardado en su mente las ideas promovidas por el señor Gilbert, y cuando escuchó mi predicación al respecto no solo se alteraron sus perspectivas, sino también su religión y su todo. La mujer permaneció en ese estado de rebelión, si mal no recuerdo, por unas seis semanas, que fue cuando volvió a orar. Luego ella se quebrantó y quedó transformada tanto en sus ideas como en su experiencia religiosa. Creo que este también fue el caso de un gran número de los miembros de aquella iglesia.

Mientras tanto yo había sido persuadido de ir a predicar en la iglesia del hermano Patterson, en Filadelfia, dos veces a la semana. Para esto tomaba el barco a vapor,

predicaba en la tarde y regresaba al día siguiente para predicar en Wilmington; así alternaba mi trabajo entre los dos lugares. En bote estas dos ciudades estaban como a cuarenta millas de distancia. La obra cobró tanto efecto en Filadelfia como para convencerme de que era mi deber dejar al hermano Gilbert para que continuara la obra en Wilmington bajo la dirección del Señor, mientras yo dedicaba todo mi tiempo a laborar en la gran ciudad de Filadelfia.

El hermano James Patterson, con quien trabajé en primera instancia en Filadelfia, sostenía las perspectivas teológicas del Seminario Teológico de Princeton, que se conocen como la teología de la vieja escuela presbiteriana. Pese a esto, el hermano Patterson era un hombre piadoso, y le interesaba mucho más la salvación de las almas que preguntas bonitas acerca de la habilidad o la inhabilidad del ser humano, o cualquier otro de los puntos en disputa entre la vieja y la nueva escuela presbiteriana. Su esposa sostenía las perspectivas teológicas de Nueva Inglaterra, esto es, creía en sentido general lo opuesto a la idea de una expiación restringida, y estaba de acuerdo con lo que se llamó la ortodoxia de Nueva Inglaterra, para diferenciarla de la ortodoxia de Princeton. El lector debe recordar que para aquel entonces yo mismo pertenecía a la iglesia presbiteriana. Yo había sido licenciado y ordenado por el presbiterio, que estaba compuesto en su mayoría por hombres que se habían educado en Princeton. Ya he relatado mis luchas con algunos de los miembros del presbiterio, en especial con mi maestro de teología, el reverendo George W. Gale. También he dicho que cuando se me licenció para la predicación del evangelio me preguntaron si había recibido la Confesión Presbiteriana de Fe como portadora de la substancia de la doctrina cristiana. Entonces respondí que la había recibido, según la entendí. Sin embargo, como entonces no esperaba que se me hicieran preguntas acerca de ella, nunca la había examinado con atención, y de hecho creo que nunca la había leído por completo. En mis controversias con el hermano Gale no habíamos hecho uso de una Confesión de Fe y para entonces yo creía que estaba combatiendo solo con las perspectivas de Princeton en algunos puntos. De cualquier modo, cuando leí la Confesión de Fe y la ponderé, vi que aunque me era posible recibirla como portadora de la substancia de la doctrina cristiana según se enseña en la Biblia, había varios puntos sobre los cuales no me era posible edificar como lo había hecho Princeton. De acuerdo con esto, en todas partes llevé a la gente a entender que no aceptaba esa edificación de la Confesión de Fe, y que de ninguna manera estaba de acuerdo con los puntos que habían resultado de la edificación de Princeton en base a la Confesión de Fe. Supuse que el hermano Patterson estaba claro con respecto a esto cuando fui a trabajar con él y que cuando tuviera que presentar ese curso en su púlpito no sería una sorpresa para él. Como lo esperaba, el hermano no tuvo objeción alguna.

El gran poder que cobró el avivamiento en su congregación, produjo en el hermano Patterson mucho interés; y cuando vio que Dios bendecía la Palabra, según yo la presentaba, se mantuvo firme junto a mí y en ningún momento objetó nada de lo que

dije. En ocasiones, cuando regresábamos de las reuniones, la señora Patterson decía sonriendo: "Ya ve usted, señor Patterson, que el señor Finney no está de acuerdo con usted en aquellos puntos sobre los que tanto hemos discutido". A esto el hermano Patterson siempre respondía en toda su fe y su amor cristiano: "Bueno, el Señor ha bendecido la Palabra". El interés de la gente creció tanto que todas las reuniones se llenaban al máximo. Cierta día el hermano Patterson me dijo: "Hermano Finney, si los ministros presbiterianos de la ciudad llegan a enterarse de sus perspectivas y de lo que le está predicando a la gente, van a emprender su caza hasta echarlo de la ciudad, tal como lo harían con un lobo". Le respondí: "No puedo evitarlo. No puedo predicar ninguna otra doctrina, y si es preciso que me echen de la ciudad, que lo hagan y que asuman la responsabilidad. Pero en realidad no creo que puedan echarme".

Con todo esto, los ministros no tomaron en lo absoluto el curso predicho por el hermano Patterson, sino más bien casi todos ellos me recibieron en sus púlpitos. Cuando estos pastores se enteraron de lo que estaba sucediendo en la iglesia del hermano Patterson, y que muchos de los miembros de sus iglesias estaban grandemente interesados y excitados, me invitaron a predicar. Si mal no recuerdo, prediqué en todas las iglesias presbiterianas, menos en la de la calle Arch. Se dieron muchos casos maravillosos de conversión relacionados al avivamiento en Filadelfia, y otros muchos de extrema amargura por parte de individuos que se oponían a él. Ya he dicho que me encontré con el señor Nettleton en Nueva York, en el otoño que siguió a la convención de New Lebanon, y que había llegado a esa ciudad para publicar sus cartas. Para entonces yo estaba de camino a Wilmington, y me había detenido unos pocos días en Nueva York para ver a mis amigos que vivían allí. El señor Nettleton, como me había dicho, publicó sus cartas, las cuales inmediatamente circularon en Filadelfia. Con esto, sin duda, se buscaba prevenir mis labores en la región. Supuse que en algunos momentos tendría que encontrarme con oposición alentada por aquellas cartas, sin embargo recuerdo que más bien la reacción en la ciudad fue en contra del hermano Nettleton. Cuando la gente leía las misivas comentaban: "¡Vaya! Si el señor Finney está en un error, el señor Nettleton es el peor ofensor, pues por muchos años ha sostenido sus mismas perspectivas y usado sus mismos medios. ¿Por qué ahora le da por condenar el curso seguido por el señor Finney? Mejor escuchemos a Finney nosotros mismos".

En aquel tiempo Filadelfia estaba prácticamente unida en cuanto a las perspectivas sostenidas en Princeton. El reverendo doctor Skinner abrazaba hasta cierto punto lo que desde entonces se ha conocido como las perspectivas de la Nueva Escuela; y difería del tono teológico del lugar lo suficiente como para que las iglesias presbiterianas sospecharan que sus enseñanzas eran poco sólidas, esto en el sentido en el cual interpretaban la ortodoxia. Siempre he considerado admirable el que, hasta donde sé, mi ortodoxia no resultó en piedra de tropiezo para la ciudad, y el que no haya sido cuestionada abiertamente por los ministros de las iglesias. Prediqué

en la iglesia alemana para la congregación del doctor Livingston y descubrí que él simpatizaba con mis posturas y me animó con todas sus influencias a continuar predicando el mensaje que el Señor me había encomendado. No dude en ningún lugar u ocasión de presentar mis perspectivas teológicas, las mismas que he presentado en todas partes a las iglesias. El mismo hermano Patterson, según creo, estaba grandemente sorprendido de que no me haya encontrado con la oposición de los ministros en cuanto a mis posturas teológicas. De hecho, de ninguna manera las presenté en una forma controversial, sino que simplemente las expuse en mi instrucción a santos y a pecadores en una forma muy natural, para no provocar demasiada atención. Solo la atención de perspicaces teólogos pudo haberse exaltado. Con todo esto, muchas de las cosas que dije eran nuevas para la gente. Por ejemplo, una noche prediqué acerca del texto: "Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre, quien se dio a sí mismo en rescate por todos, testimonio dado a su debido tiempo". Este sermón fue acerca de la Expiación, y en él presenté las perspectivas que siempre he sostenido acerca de su naturaleza y universalidad; y establecí tan firmemente como pude aquellos puntos de diferencia entre mis propias posturas y aquellas mantenidas por los teólogos de la Expiación limitada. El sermón atrajo tanta atención y provocó tales sentimientos, que se me urgió a predicar acerca del mismo tema en otras iglesias. Mientras más predicaba acerca de la Expiación, más deseosa se mostraba la gente de escuchar. La emoción llegó a ser tan general que prediqué del tema siete veces seguidas en diferentes iglesias. No escuché acerca de ninguna oposición abierta a las perspectivas que presentaba, y esto era para mí, y para el hermano Patterson, algo sencillamente asombroso.

Al parecer la gente había escuchado hablar mucho en contra de lo que se llamó Hopkisianismo; esta corriente está constituida por dos grandes puntos en los cuales se asegura que el hombre debía de estar dispuesto a recibir condenación eterna para la gloria de Dios, y que Dios era el autor del pecado. En mi predicación, en ocasiones señalé esos puntos, y aproveché para denunciar el Hopkisianismo y para decir que tenían mucho de él en Filadelfia. Que su gran negligencia en tomar cuidado de la salvación de sus almas parecía casi como si estuvieran dispuestos a la condenación, y que debían de haber abrazado la idea de que Dios era el autor del pecado, pues afirmaban que tenían una naturaleza pecaminosa. Volví una y otra vez sobre lo mismo y abundé en ello. Muchas veces le escuchaba a la gente decir: "Bueno, ya sabemos que no es Hopkiniano". De hecho, sentía que era mi necesario deber, el exponer todo lugar que sirviera de refugio para los pecadores, y sacar a aquellos que estaban amparados en el engaño de debajo de aquellas particulares perspectivas de su ortodoxia en las que se habían atrincherado. El avivamiento se extendió y cobró fuerza. Todas nuestras reuniones de oración, de predicación y de indagación estaban llenas. Había tanta gente preocupada por sus almas que no nos era posible atenderlas a todas. Cuando establecí mi alojamiento en Filadelfia y continué laborando en la ciudad sin intromisiones ya

estaba bien entrado el otoño. Me quedé allí hasta el primero de agosto del verano siguiente.

He dicho antes que se dieron algunos casos de oposición amarga por parte de ciertos individuos. Recuerdo uno de esos casos en el cual un hombre, cuya esposa había caído bajo profunda convicción al ver la condición de su alma, estaba tan enfurecido que un día entró a nuestra reunión y se llevó a su mujer a la fuerza. Recuerdo, en otra ocasión, un caso muy impactante de un alemán, cuyo nombre no recuerdo. Este hombre era tabaquero. Su esposa era una mujer muy agradable e inteligente, cuando llegué a conocerle descubrí que él mismo era también un hombre inteligente. Sin embargo, este alemán era escéptico y no tenía confianza alguna en la religión. Su esposa, al contrario, asistía a nuestras reuniones y llegó a preocuparse mucho por el estado de su alma; después de una severa lucha mental que duró varios días, la mujer se convirtió por completo. Como ella asistía muy frecuentemente a las reuniones y había llegado a interesarse tanto, pronto atrajo la atención de su marido, quien empezó a oponerse a que ella fuera cristiana. Supe que este hombre tenía un temperamento iracundo, además de constitución atlética y una voluntad de gran determinación. En vista del ascendente interés de su esposa, él también fue aumentando su oposición, hasta que llegó a prohibirle del todo el asistir a las reuniones. Fue entonces cuando la mujer me pidió que la visitara y solicitó mi consejo acerca del curso que debía tomar. Le dije que su primera obligación era con Dios y que ella estaba indudablemente obligada a obedecer sus mandamientos, aún cuando estos entraran en conflicto con los de su marido; y que aunque le aconsejaba que hiciera lo posible por no ofender a su esposo, le dije que debía de cumplir con su deber para con Dios, y que de ninguna manera debía de dejar de cumplir con estos deberes para satisfacer los deseos de un infiel. Le dije también que siendo que su esposo era un infiel, sus opiniones acerca de la religión no debían de ser respetadas, y que ella no podría seguir con seguridad el consejo de su esposo. De eso ella estaba consciente. Este hombre no prestaba atención alguna a la religión sino solo para oponerse a ella. De acuerdo con mi consejo, la mujer asistía a las reuniones cuando tenía la oportunidad y recibía instrucción. Pronto llegó a alcanzar la libertad del evangelio y una gran fe y paz en su mente, disfrutaba también mucho de la presencia de Dios. Esto desagradó tremendamente a su marido, quien llegó al punto de amenazarla de muerte si volvía una vez más a las reuniones. Como la mujer le había visto enojado tantas veces dudaba mucho de que fuera a concretar sus amenazas y le dijo con tranquilidad que a cualquier costo estaba determinada a cumplir con sus obligaciones para con Dios, que consideraba su deber el darse la oportunidad de recibir la instrucción que necesitaba y que asistiría a las reuniones cuando tuviera la oportunidad, sin descuidar sus obligaciones para con su familia.

Un Sabbath por la tarde, cuando el hombre descubrió que su esposa estaba por salir a la reunión, renovó sus amenazas, diciéndole que si se iba le costaría la vida. La mujer me dijo después que estaba segura de que sus palabras eran solo amenazas vacías. Ella le

respondió con calma que su deber era sencillo, que no había razones para que permaneciera en casa sino solo la de satisfacer sus deseos irracionales, y que el permanecer en el hogar bajo tales circunstancias sería totalmente inconsistente con su deber hacia Dios y hacia ella misma. Con esto dicho se marchó a la reunión. Cuando regresó de la iglesia se encontró con que su esposo estaba encendido en ira. Tan pronto como cruzó el umbral de la casa el hombre cerró la puerta y retiró la llave del cerrojo, luego sacó una daga y juró que la mataría. Ella subió corriendo las escaleras y él, tomando una vela para alumbrarse, la siguió. La sirvienta, aterrorizada, le sopló la vela cuando el marido pasaba junto a ella. Con esto quedaron ambos en la oscuridad. La mujer corría en el piso superior de alcoba en alcoba y halló el camino hacia la cocina y luego al sótano. Su esposo no pudo seguirla en la oscuridad, y la mujer logró evadirse por la ventana del sótano y fue a pasar la noche a casa de una amiga. Tomando por sentado que el hombre estaría avergonzado de lo que había hecho, ella volvió al hogar temprano en la mañana. Cuando entró a la casa se encontró con un gran desorden. Su esposo había destruido parte de los muebles y lucía como distraído. Nuevamente el hombre cerró la puerta tan pronto ella estuvo dentro, y sacando la daga se lanzó al piso sobre sus rodillas y levantando las manos hizo el más horroroso de los juramentos, asegurándole que iba a quitarle la vida. Ella lo miró con asombro y emprendió la huida, subió a prisa las escaleras, mas esta vez había luz y el hombre la siguió. La mujer corrió de habitación en habitación, hasta que llegó a la última, en la cual ya no había más escape. Entonces se volteó y lo miró, se dejó caer sobre sus rodillas y cuando el hombre estaba a punto de asestarle la puñalada, ella levantó sus manos al cielo y clamó por misericordia para ella y para su esposo. Fue en ese instante cuando Dios capturó a ese hombre. Ella cuenta que su esposo la miró por un momento, luego tiró la daga, y finalmente se lanzó al piso clamando por misericordia. Allí y entonces se quebrantó, confesó sus pecados a Dios y a ella, y les rogó perdón a ella y a Dios. Ella, por su puesto, le perdonó, y confió también en que Dios también le extendió su perdón. Desde aquel momento se mostró como un hombre maravillosamente cambiado y se volvió uno de los cristianos más fervorosos. Él se encariño mucho conmigo. Un año o dos después de eso, cuando escuché que yo iba a llegar a Filadelfia en cierto barco a vapor, fue el primero de los hombres del lugar en irme a recibir y saludarme. Le recibí a él y a su mujer en la iglesia, antes de marcharme, y bauticé también a sus hijos. No he vuelto a verles ni a escuchar de ellos en muchos años.

Sin embargo, aunque se dieron casos de amarga oposición individual a la religión por causa de perspectivas erróneas, no fui molestado ni estropeado por ninguna clase de oposición pública como la de doctor Beecher y el señor Nettleton. Los ministros se comportaron amables, y no recuerdo ninguna ocasión en la que hayan hablado en público en contra de la obra--si es que hablaban en privado, no lo sé. El número de convertidos debió de ser muy grande. Después de predicar en la iglesia del hermano Patterson durante varios meses, y más o menos en casi todas las iglesias presbiterianas

de la ciudad, se pensó que lo mejor era que tomara una posición central, y que permaneciera predicando en un solo lugar. En la calle Race había una iglesia alemana grande, cuyo pastor era un señor de apellido Helfenstine. Los ancianos de la congregación, junto a su pastor, me pidieron que ocupara su púlpito. Me parece que en aquel entonces, esa era la casa de adoración más grande de la ciudad. Continué predicando ininterrumpidamente en esa iglesia por muchos meses. Siempre estuvo llena y se dice que el edificio podía sentar a tres mil personas con la casa y los pasillos llenos. Tuve la oportunidad de predicar para muchos maestros de escuela dominical. De hecho, se dijo que los maestros de escuela dominical en general de la ciudad asistían a mi ministerio. A mediados del verano de 1829[1828-ed.] me ausenté por un corto periodo para visitar a los padres de mi esposa en el Condado de Oneida, Nueva York, luego de eso retorné a Filadelfia y laboré allí hasta mediados del invierno. No recuerdo las fechas exactas, pero creo que en total trabajé en Filadelfia por un periodo de un año y medio. Durante todo ese tiempo no se presentaron contratiempos en el avivamiento. Los convertidos se multiplicaron en todas partes de la ciudad, y se volvieron tan numerosos que nunca he llegado a conocer--ni tampoco hubo forma de estimar--su cantidad. Nunca he trabajado en un lugar que como en Filadelfia me recibieran con tanta cordialidad; y en donde los cristianos, especialmente los convertidos, lucieran tan bien. Hasta donde supe, no hubo atisbo de división entre ellos, y jamás escuché que ninguna influencia desastrosa resultara de aquel avivamiento. En una ciudad grande puede que los convertidos se multipliquen en gran número, pero aún con esto no es posible calcular la grandeza del avivamiento, como ocurre en pueblos pequeños en donde uno puede familiarizarse con los habitantes.

Hubo muchos hechos interesantes relacionados a este avivamiento. Recuerdo que una joven dama, hija de un ministro bautista de la vieja escuela, asistió a mi ministerio en la iglesia del señor Patterson. Esta joven cayó en profunda convicción. Sus convicciones eran tan hondas que finalmente cayó en la más terrible desesperación. La joven me dijo que desde niña su padre le había enseñado que era una de las elegidas, y que cuando llegara el momento oportuno sería convertida, allí recibiría entonces una nueva naturaleza por medio del Espíritu de Dios. Le había dicho también que no podía hacer nada por sí misma, sino solo leer la Biblia y orar para recibir un nuevo corazón. Temprano en su juventud había tenido una fuerte convicción de pecado, pero siguiendo la instrucción de su padre se había limitado a leer su Biblia y a orar para recibir un nuevo corazón, pensando que esto era lo único que se requería de ella. La joven esperó a ser convertida, y por la evidencia de que ella era una de las elegidas. En medio de la gran lucha de su alma por ese tema de su salvación personal, surgió algo concerniente a la cuestión del matrimonio; y ella le prometió a Dios que nunca le daría a un hombre su mano en matrimonio hasta no haberse convertido en cristiana. Cuando hizo esa promesa esperaba que Dios la convirtiera prontamente. Sin embargo, sus convicciones pasaron y no estaba aún convertida, y aún esa promesa hecha a Dios pesaba en su alma y no se atrevía a romperla. Cuando tenía cerca de dieciocho años un

joven se le declaró y le manifestó su intención de hacerla su esposa. Ella lo aceptó, pero por el voto que había hecho no consentiría al matrimonio hasta no haberse convertido. Según la dama, ella y su novio se amaban profundamente y él le urgía para que accediera a casarse sin demora. Sin decirle la verdadera razón, ella se mantuvo dilatando la propuesta cada vez que el joven se la presentaba, y esto lo hizo por cinco años, si mal no recuerdo, mientras esperaba a que Dios la convirtiera. Finalmente un día, mientras se trasladaba a caballo, el joven fue lanzado de su carroza y murió al instante. Este suceso levantó en el corazón de aquella joven enemistad en contra de Dios. Acusaba a Dios de ser demasiado severo con ella. Decía que había esperado a que Dios la convirtiera y que había sido fiel a su promesa de no casarse hasta haber recibido un nuevo corazón; que había hecho esperar durante años a su amado, con la esperanza de que Dios la convirtiera, pero ¡eh aquí! Dios le había quitado la vida a su novio y ella seguía sin convertirse.

La joven había sabido que su novio era universalista; y con esto había desarrollado un gran interés por creer que el Universalismo era la verdad, no estaba dispuesta a creer que Dios había mandado a su amado al infierno; y si le había enviado al infierno, ella jamás llegaría a reconciliarse. Había estado así, en guerra con Dios, por un tiempo considerable cuando llegó a nuestras reuniones, suponiendo que la culpa de no haberse convertido era de Dios y no suya. Cuando la joven escuchó mi mensaje y descubrió que sus refugios de mentira habían sido echados por el suelo--y cuando se dio cuenta de que pudo haberle entregado su corazón a Dios hace mucho tiempo y que todo habría tenido un buen final--vio que la única culpable era ella, y que la instrucción de su padre en todos aquellos puntos había estado por completo errada. Al recordar la forma en la que había estado culpando a Dios y la actitud blasfema que había tenido hacia Él, de forma natural estaba desesperada por recibir misericordia. Razoné con ella y traté de hacerle ver la longanimidad de Dios, y de animarla a tener esperanza, a creer y a echar mano de la vida eterna. Pero su conciencia de pecado era tan grande que parecía incapaz de entender el tema y cada día se hundía más en la desesperación. Después de tratar mucho con ella yo mismo me angustié grandemente por su caso. Tan pronto la reunión terminaba, ella me seguía a casa con sus quejas desesperadas y me dejaba exhausto, apelando a mi simpatía y compasión cristianas por su alma.

Después de que estas cosas continuaron por varias semanas, una mañana pasó a verme en compañía de una de sus tías, quien estaba muy preocupada por ella, pues la veía ya al borde de la locura. Yo mismo era de la opinión de que ese sería el resultado si ella no llegaba a creer. Catharine--ese era el nombre de la joven--entró a mi habitación de la misma forma desesperada en que lo había hecho antes, pero esta vez una expresión de locura en su rostro dejaba ver un estado mental insoportable. Creo que el Espíritu de Dios fue quien en ese momento le sugirió a mi mente un curso totalmente diferente para tratar su situación.

Le dije: "Catharine, usted profesa creer que Dios es bueno". "¡Oh sí!"--Respondió--"eso creo". "Bien"--continuó--"Varias veces me ha dicho que la bondad de Dios es lo que le impide a Dios tener misericordia de usted, que sus pecados son tan grandes que a Dios le sería deshonoroso perdonarle y concederle salvación. También muchas veces me ha confesado que usted cree que Dios le perdonaría si pudiera hacerlo de acuerdo a la sabiduría; pero que el perdonarla realmente implicaría para Dios el hacerse un daño a sí mismo, a su gobierno y a su universo, y que por lo tanto le es imposible perdonarla". "Así es"--dijo ella. Le respondí: "Entonces su problema es que usted quiere que Dios peque, que actúe sin sabiduría y que se haga daño a sí mismo y a su universo por usted". Ella abrió sus grandes ojos azules y los clavó sobre mí viéndose entre sorprendida e indignada. Pese a eso proseguí: "¡Sí! Usted está sufriendo y en angustia mental porque Dios no va a hacer algo indebido; porque Él persiste en ser bueno pase lo que pase con usted. Usted está en el más grande de los abatimientos mentales porque Dios no puede ser persuadido de violar su sentido de lo que es correcto y su sentido del deber, y salvarle a usted causándose daño a sí mismo y a todo el universo. Usted piensa más consecuentemente en usted que en Dios y todo el universo; y no puede ser feliz a menos que Dios se haga a sí mismo infeliz, y con él a todo el mundo al escoger primero su felicidad". Le insistí con este punto mientras ella me miraba con gran asombro y luego de pocos minutos se rindió. Parecía que instantáneamente se había sometido como un niño. Me dijo: "Lo acepto. Que Dios me envíe al infierno si piensa que eso es lo mejor. No quiero que Dios me salve a sus expensas ni a expensas del universo. Que Él haga lo que le parezca bien". Inmediatamente me puse de pie y dejé la habitación y para apartarme completamente de ella tomé mi carruaje y me marché. Cuando regresé la joven ya se había ido, por supuesto, sin embargo aquella tarde ella y su tía regresaron para declarar lo que Dios había hecho con su alma. Estaba llena de gozo y de paz, y se mostraba como una de las convertidas más sumisas, humildes y hermosas que jamás he visto.

Recuerdo a otra joven dama--que por cierto era una jovencita muy hermosa de aproximadamente unos veinte años de edad--que me fue a buscar bajo una gran convicción de pecado. Le pregunté, entre otras cosas, si estaba convencida de que su maldad era tanta como para que Dios pudiera mandarla con justicia al infierno. Ella respondió en un lenguaje muy fuerte: "¡Sí! Merezco mil infiernos". Su vestimenta era alegre y muy fina. Tuvimos una conversación muy profunda y ella se quebrantó de corazón y se entregó a Cristo. Esta joven resultó en una convertida muy humilde y quebrantada. Supe que luego había ido a su casa y había reunido muchas de sus flores artificiales y adornos, con los cuales se arreglaba y de los cuales estaba muy orgullosa y se los llevó en la mano. Le preguntaron a dónde iba con ellos, la joven respondió que iba a quemarlos, "nunca más volveré a usarlos"--añadió. Le dijeron que por qué mejor no los vendía, que no los quemara. Ella respondió: "Si se los vendo a alguien esa persona estará también muy orgullosa de ellos, y será tan vanidosa como yo lo he sido. Los voy a quemar". Eso hizo, fue y los echó en el fuego.

Unos días después de eso la joven fue a verme y me dijo que cuando pasaba por el mercado, si no me equivoco aquella mañana, había observado a una dama muy finamente vestida. La compasión se agitó tanto en ella que se acercó a la mujer y le preguntó si podía hablarle. Las personas que le acompañaban estaban muy sorprendidas de que se hubiera acercado a la dama para hablarle. La mujer le respondió que bien podía y ella le dijo: "Mi estimada señora, ¿no está usted orgullosa de su vestido? ¿No está acaso sumida en vanidad y descuidando la salvación de su alma?" Dijo que ella misma estalló en llanto mientras decía estas palabras, le contó también a la dama un poco de su propia experiencia, de cómo había estado aferrada a su vestido y cómo esto había arruinado su alma. Le dijo luego: "usted es una mujer hermosa, y finamente vestida-- ¿no está usted en la misma situación en la que yo estuve?" Dijo que la mujer lloró, que confesó que había caído en una trampa y que temía que su amor a los vestidos y a la sociedad fuera a arruinar su alma. Confesó que había descuidado la salvación de su alma, porque no sabía cómo romper el ciclo en el que se movía. La joven me dijo que quería saber si yo creía que había hecho mal al hablarle a la mujer. Le dije ¡No! y que deseaba que todos los cristianos fueran tan fieles como ella y que mi esperanza era que nunca dejara de advertirle a otras mujeres acerca del peligro de aquello que estuvo a punto de destruir su propia alma.

En la primavera de 1829[1828--Ed.] cuando el cauce de Delaware se elevó mucho, los madereros bajaron de las tierras altas con sus balsas, en donde habían estado recibiendo la madera durante el invierno. En aquel entonces había una gran porción de campo a lo largo de la región norte de Pensilvania a la que muchos llamaban "la región maderera". Esta región se extendía hacia el norte, en dirección a la cabecera del río Delaware. Muchas personas habían estado ocupadas consiguiendo madera durante el verano y el invierno. Mucha de esta madera se enviaba por el río, haciéndola flotar río abajo, en la primavera cuando el nivel del agua era alto en Filadelfia. La madera se sacaba cuando el río bajaba de nivel. Cuando había cesado la nieve y empezaban a llegar las lluvias de la primavera la lanzaban al río y la hacían flotar hacia abajo, en donde pudieran construir balsas, o de lo contrario, la embarcaban para enviarla al mercado de Filadelfia. Muchos de los madereros tenían a sus familias en aquella región, y había una gran porción de campo que para el momento no había sido ocupada, excepto por estos madereros. Allí no tenían escuelas, y en aquel tiempo tampoco tenían iglesias ni ningún tipo de privilegios religiosos. Conocí a un ministro que me contó que había nacido en esa región maderera y que hasta los veinte años de edad nunca había asistido a una reunión religiosa ni conocía el alfabeto.

Estos hombres que descendieron a Filadelfia con la madera asistieron a nuestras reuniones, y un buen número de ellos se convirtieron. Estos convertidos regresaron al campo y empezaron a orar por un derramamiento del Espíritu Santo, y a decirle a la gente de los alrededores lo que habían visto en Filadelfia. Les exhortaban también a tomar cuidado de su salvación. Sus esfuerzos fueron bendecidos de inmediato y el

avivamiento tomo fuerza y se extendió en medio de aquellos madereros. Este avivamiento corrió de la forma más admirable y se extendió a tal punto que gente que no había asistido a ninguna reunión--y que era tan ignorantes de la religión como cualquier pagano--caía en convicción y se convertía. Se daban casos de hombres madereros que vivían solos en sus cabañas, o en compañía de otros dos o tres hombres, que caían bajo tal convicción que empezaban a preguntarse y a inquirir ellos mismos qué debían de hacer, y así se convertían y el avivamiento se extendía. Los convertidos de esta región evidenciaban una gran sencillez. Un anciano ministro, que de alguna manera había conocido el estado de las cosas, me contó como ejemplo de lo que estaba dándose en aquel lugar el siguiente hecho. Me dijo que un hombre de cierto lugar tenía una pequeña cabaña en la que pasaba las noches. Este hombre empezó a sentir que era pecador, y sus convicciones fueron aumentando hasta que se quebrantó, confesó sus pecados y se arrepintió y el Espíritu de Dios le reveló tan claramente el camino a la salvación que le fue evidente reconocer al Salvador. Sin embargo, el hombre nunca había asistido a una reunión de oración y ni siquiera recordaba haber si quiera escuchado a alguien orar en toda su vida. Sus sentimientos se exaltaron tanto que finalmente sintió la necesidad de ir y contarles a sus conocidos, quienes estaban reuniendo madera en otras partes, como se sentía. Sin embargo, cuando llegó a donde estaban sus conocidos halló que una gran cantidad de ellos se sentían exactamente como él y que estaban sosteniendo reuniones de oración. El hombre asistió a las reuniones de oración, les escuchó orar y por último oró él también. Así fue su oración: "Señor, tú me tienes rendido, y mi esperanza es que me mantengas así. Y como tú has sido tan bueno conmigo, tengo la esperanza de que también tratarás con otros pecadores".

He dicho ya que esta obra empezó en la primavera de 1829[1828--ed.]. En la primavera de 1831 me encontraba nuevamente en Auburn. Dos o tres hombres de esta región de madereros fueron a verme a ese pueblo, y a indagar acerca de cómo poder tener ministros en su área. Me dijeron que no menos de cinco mil personas se habían convertido en aquella región y que el avivamiento se había extendido a lo largo de ochenta millas, mas no había ni un solo ministro del evangelio en la zona. Nunca he estado en esa región, mas por lo que he escuchado, he considerado el avivamiento ocurrido en ese lugar como uno de los más admirables de este país. Un avivamiento que se llevó a cabo tan independientemente del ministerio y en medio de gente tan ignorante--en relación con los eruditos-- más aún con esto las enseñanzas de Dios se mostraron tan claras y poderosas, que hasta lo que he sabido, nunca hubo fanatismo, desenfreno ni nada objetable. Tal vez no he sido del todo bien informado en algunos aspectos, pero he reportado el asunto como lo he entendido. "Mirad, ¡qué gran bosque se incendia con tan pequeño fuego!" La chispa que se encendió en el corazón de aquellos pocos madereros que fueron a Filadelfia se extendió a lo largo de ese bosque y resultó en la salvación de multitudes de almas.

Encontré en el hermano Patterson a uno de los hombres más sinceros y santos con los que he trabajado. Su predicación era bastante admirable. Predicaba con mucha pasión, aunque había poca o ninguna conexión entre lo que decía y el texto que usaba. Comúnmente me decía: "Cuando predico lo hago desde Génesis a Apocalipsis". Tomaba un texto, y después de hacer unos pocos señalamientos acerca del mismo--a veces ningún señalamiento--otros textos le venían a la mente sobre los cuales hacía comentarios muy pertinentes y confrontadores y era así como sus sermones estaban constituidos por comentarios concisos y sorprendentes basados en un gran número de textos, según estos les eran sugeridos a su mente. El hermano Patterson era un hombre alto, de impactante figura y voz poderosa. Cuando predicaba las lágrimas corrían por su rostro, y lo hacía con una vehemencia y pasión impresionantes. Era imposible escucharle sin sentir la intensidad de su fervor y su gran honestidad. Solo lo escuché predicar ocasionalmente y la primera vez que lo hice, lo escuché con dolor, pensando en que por la naturaleza de su predicación--tan laberíntica--no surtiría efecto en la gente. Sin embargo, estaba equivocado. Descubrí que sin importar lo enmarañada de su predicación, su gran pasión y unción lograban clavar la verdad en los corazones de sus oyentes; creo que jamás le escuché predicar sin notar personas en profunda convicción por lo que le escuchan decir. El hermano Patterson solía realizar un avivamiento de la religión cada invierno, hasta el momento de mi llegada a Filadelfia. Creo que me dijo que había realizado catorce avivamientos seguidos.

El hermano Patterson tenía una congregación de oración. Recuerdo que mientras estaba trabajando con él algo parecía estar interfiriendo con la obra durante dos o tres días seguidos. Era como si la obra hubiera quedado suspendida. Empecé a sentirme alarmado y preocupado de que quizás algo hubiera contristado al Espíritu Santo. Una tarde, durante una reunión de oración mientras este estado de las cosas se manifestaba, uno de los ancianos se puso de pie e hizo una confesión. Dijo: "Hermanos, el Espíritu Santo ha sido contristado, y he sido yo quien lo ha hecho. Yo he tenido el hábito de orar por el hermano Patterson y por la predicación los sábados por la noche. Esto lo he hecho por muchos años: el pasar el sábado en oración hasta la media noche, implorando la bendición de Dios sobre las labores del Sabbat. El último sábado me sentía fatigado y no lo hice. Pensé que la obra estaba en marcha tan feliz y poderosamente, que creí que podía darme tal indulgencia y fui a la cama sin buscar a Dios y su bendición para las labores del Sabbat. En el Sabbat..."--continuó diciendo-- "tuve la convicción de que había contristado al Espíritu y noté que no se estaba produciendo la habitual manifestación de la influencia del Espíritu Santo sobre la congregación. Desde entonces he estado bajo convicción; y he sentido que era mi deber el hacer esta confesión pública. No sé quién más aparte de mí haya contristado al Espíritu de Dios; pero estoy seguro de que yo lo he hecho".

He hablado acerca de la ortodoxia del hermano Patterson. Al principio, cuando empecé mis labores con él, me sentía perturbado en algunas ocasiones por las cosas

que decía para traer convicción a los pecadores. Por ejemplo, en la primera reunión que tuvimos de indagación (para la gente que estaba preocupada por sus almas y que deseaba conocer la religión) tuvimos una asistencia muy grande. Pasamos algún tiempo conversando con individuos y moviéndonos de un lugar a otro para dar instrucción. Estaba envuelto en esto cuando vi que el hermano Patterson se puso de pie y con gran emoción dijo: "Amigos míos, ustedes han tornado sus rostro hacia Zion, y ahora los exhorto a seguir adelante". Continuó su intervención por algunos minutos y dejó en ellos la impresión de que estaban en buen camino y que solo tenían que continuar insistiendo--como lo estaban haciendo--para poder llegar a ser salvos. Sus comentarios me atribularon en gran manera; pues parecían estar destinados a crear una impresión de auto justicia--hacerles pensar que estaban haciendo lo correcto, cumpliendo con su deber y que si continuaban cumpliendo con su deber e insistiendo en ello, serían salvos. Esta no era para nada mi perspectiva de la condición de aquellas personas; y me sentí atribulado y dolido al escuchar aquella instrucción, y además me sentí perplejo al no saber de qué manera contrarrestarla. De cualquier modo, tan pronto el hermano tomó asiento, o más bien debiera de decir, cuando finalizó la reunión, como era mi costumbre hice un resumen de los resultados de nuestra conversación y me dirigí a la gente. Aludí a lo que había dicho el hermano Patterson; y enfaticé que no debían de malinterpretar lo que él había dicho. Que lo dicho por él era cierto para aquellos que verdaderamente se habían vuelto hacia Dios y fijado sus rostros hacia Zion, al haberle entregado a Dios su corazón. Y que no debían de pensar en aplicarse aquel comentario quienes en medio de ellos estaban experimentando convicción, mas que aún no se habían arrepentido, creído y entregado sus corazones a Dios. Aquellos, en lugar de haber fijado el rostro en Zion aún le estaban dando la espalda a Cristo, resistiendo todavía al Espíritu Santo y de camino al infierno. Les dije que cada momento que continuaban resistiéndose a Dios iban extinguiéndose más y más, y que cada momento que permanecían impenitentes, sin sumisión, arrepentimiento y fe, pecaban en contra de la más grande de las luces. El Señor me dio una perspectiva clara de ese tema.

El hermano Patterson me escuchaba con la mayor de las atenciones posibles. Jamás olvidaré el fervor con el cual me miraba, y con el interés con el que observaba las discriminaciones que estaba haciendo. Continué con mi discurso hasta que pude ver y sentir que la impresión hecha por el hermano Patterson había sido corregida y que una gran carga había sido puesta sobre ellos para rendirse a Dios de forma inmediata. Luego de eso les invité a ponerse de rodillas y a comprometerse allí y en ese momento para siempre con el Señor, renunciando a todos sus pecados y entregándose por completo a la disposición de la soberana benevolencia de Dios, con fe en el Señor Jesucristo. Les expliqué tan claramente como pude la naturaleza de la Expiación y la salvación presentada en el evangelio. Luego oré con ellos y tengo razones para creer que muchos de ellos se convirtieron en aquel instante. Después de esto nunca volví a escuchar nada de boca del hermano Patterson que fuera objetable, o que haya

afectado mis sentimientos a la hora de dar instrucción a los pecadores que estaban preocupados por el destino de sus almas. De hecho, descubrí que el hermano era una persona sumamente enseñable, y que su mente se abrió a discriminaciones justas. Se veía particularmente presto a abrazar aquellas verdades que debían de serles presentadas a los pecadores que deseaban conocer la religión; y presumo que hasta el día de su muerte nunca más les volvió a presentar una perspectiva como la que sugirió en aquella ocasión, la que en su momento tanto me perturbó. Respeto y reverencio mucho el nombre del hermano Patterson. Era él un hombre cristiano encantador, y un ministro fiel de Jesucristo.

CAPITULO XIX

AVIVAMIENTO EN READING

Después de haber estado en Filadelfia en el corazón mismo de la iglesia presbiteriana, en donde las perspectivas de Princeton eran prácticamente abrazadas de forma universal, debo decir aún con mayor énfasis que la gran dificultad con la que me encontré para promover avivamientos de la religión fue la falsa instrucción que se le había dado a la gente--especialmente a los pecadores preocupados por la salvación de sus almas. De hecho, durante toda mi vida ministerial, en todo lugar y campo en donde he trabajado, me he encontrado con este problema a mayor o a menor escala; y me he convencido de que la gente ha sido tan mal guiada que multitudes que viven en pecado se convertirían de inmediato si fueran instruidas con la verdad. El fundamento del error al que me refiero es el dogma de que la naturaleza humana en sí misma es pecaminosa, y que por lo tanto es imposible para los pecadores convertirse en cristianos. En este dogma se admite, ya sea expresa o virtualmente, que los pecadores pueden estar deseando convertirse, o que realmente desean ser cristianos, y que con frecuencia intenta serlo.

Se ha practicado, y hasta cierto punto aún se practica cuando los ministros predicán arrepentimiento y le urgen a la gente que se arrepienta, que para salvar su ortodoxia le digan al pecador en conclusión que el arrepentirse le es tan imposible como crear el universo. Sin embargo, algo tiene que hacer el pecador, pues aún con toda su ortodoxia les resulta intolerable que el pecador no haga nada. El pecador debe entonces orar, en autojusticia, por un nuevo corazón. Es realmente extraño que mientras le dicen al pecador que esta por completo depravado, que todo acto en su vida, todo pensamiento en su corazón y toda facultad y porción de su alma y cuerpo son pecaminosos, aún en esa terrible condición de depravación, le insistan en tener un nuevo corazón; asumiendo que el pecador desea ese nuevo corazón y que está ansioso

por adquirirlo, mas como él mismo no puede hacerse un nuevo corazón, le mandan a orar para conseguirlo. En ocasiones los ministros le dicen al pecador que es su deber y obligación el insistir por ese corazón, entre otras cosas, además le mandan a leer la Biblia y a usar los medios de la gracia--en pocas palabras, le dicen que haga cualquier cosa menos aquello que Dios ha ordenado. Dios le manda al pecador a que se arrepienta ahora, a que crea ahora y a que él mismo se haga un nuevo corazón ahora. Sin embargo, los ministros tenían temor de presentar los requerimientos de Dios de esa manera, pues continuamente le estaban diciendo al pecador que no tenía la habilidad de hacer ninguna de estas cosas. Así es que negociaban con el pecador y en lugar de llamarle al arrepentimiento y a la fe, a un cambio de corazón y a someterse a Dios y volverse a él de manera inmediata, le decían que hiciera otra cosa, y lo ponían a realizar obras externas, de las cuales decían que eran su deber, y le animaban a esperar --si realmente insistía en ese deber-- para ser convertido.

Para ilustrar lo que he encontrado en este y en otros países más o menos desde que he estado involucrado en el ministerio, voy a referirme a un sermón que le escuché al reverendo Babtist Noel, en Inglaterra. Este reverendo era un buen hombre y ortodoxo en el sentido común de la palabra. El texto que usó fue: "Arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que tiempos de refrigerio vengan de la presencia del Señor". En primer lugar, el reverendo presentaba el arrepentimiento, no como un cambio voluntario, sino como uno involuntario que consistente en dolor por el pecado y un mero estado de las sensibilidades. Luego insistía que era el deber del pecador el arrepentirse, y presentaba con urgencia los requerimientos de Dios. Sin embargo, su predicación estaba destinada a una congregación ortodoxa, y no podía ni debía dejar de recordarles que les era imposible arrepentirse; que aunque Dios requería arrepentimiento de parte de ellos, él sabía que tal cosa era imposible, a menos que Dios mismo les diera ese arrepentimiento. "se preguntarán, entonces..."--decía--"¿qué debemos hacer? Vayan a casa y oren por arrepentimiento; y si este no llega, vuelvan a orar; si aún con esto no llega continúen orando hasta que les sea concedido". Con esto les dejaba. Su congregación era grande y la gente verdaderamente ponía atención; tuve que contenerme para no gritarle a la gente que se arrepintiera y que no pensara que cumplía con su deber con orar por arrepentimiento y nada más.

Cuando estuve en Filadelfia, y de hecho durante toda mi vida ministerial, encontré que es muy común que los ministros y los profesores de religión asuman la inhabilidad de los pecadores para cumplir con lo que Dios requiere y que les animen a hacer otra cosa a parte de lo que Dios exige. No se atreven a animar al pecador a quedarse quieto y a esperar el tiempo de Dios sin hacer nada; sino que les dicen lo que ya he expresado, que usen los medios de la gracia y que oren para que Dios cambie sus corazones, y que de acuerdo con su deber insistan y esperen el tiempo de Dios para que él les convierta.

Esta instrucción siempre me ha producido gran angustia; y mucho de mi trabajo en el ministerio ha estado encaminado a corregir tales perspectivas y a insistirle al pecador para que cumpla de manera inmediata lo que Dios le exige. Cuando algún pecador me ha preguntado si acaso el Espíritu de Dios no tiene nada que hacer con su salvación, le he respondido: "Sí: de hecho usted no se salva solo, sino que el Espíritu de Dios está luchando con usted para guiarle a hacer justo lo que él necesita que usted haga. El Espíritu está luchando para llevarle al arrepentimiento, a creer; y lucha con usted--no para asegurar la realización de simples actos externos--sino para cambiar su corazón". La iglesia, en gran medida, ha instruido a los pecadores para que empiecen con las expresiones externas de la religión; y por aquello que han considerado como la observancia del deber, para asegurar un cambio interno en la voluntad y en los afectos. Sin embargo, siempre he considerado esto como un total absurdo, como una herejía y como algo completamente fuera de toda ortodoxia y absolutamente peligroso. Siempre he enseñado que no es hasta que el corazón del pecador es cambiado que puede haber virtud alguna en cualquiera de sus acciones externas. Que ningún esfuerzo externo de auto justicia puede asegurar el favor de Dios, y que a menos que el pecador no cambie su corazón todos los esfuerzos externos son una hipocresía, un engaño y una abominación.

Han surgido innumerables circunstancias en las que he encontrado que los resultados de estas enseñanzas que he denunciado, conducen a un mal entendimiento general de los deberes del pecador; también creo que debo decir que he hallado a miles de pecadores de todas las edades viviendo bajo este engaño, que consideran que no deben hacer nada más aparte de orar por un nuevo corazón, vivir una vida moral, leer sus Biblias, asistir a las reuniones, usar los medios de la gracia y dejarle a Dios toda la responsabilidad de su salvación.

Luego de Filadelfia partí a Reading en el verano de 1829. Reading es una ciudad a unas cuarenta millas al oeste de Filadelfia. En este lugar sucedió un incidente que debo mencionar y que ilustra de forma impactante la enseñanza a la que me he referido y sus resultados naturales. Había en Reading varias iglesias alemanas y una presbiteriana. El pastor de la última era el reverendo doctor Greer. Por petición de él y de los ancianos de su iglesia fui a laborar con ellos por un tiempo. Sin embargo, pronto descubrí que ni el doctor Greer ni ninguno de su gente tenían una idea clara de lo que necesitaban o de lo que realmente era un avivamiento. Hasta donde supe ninguno de ellos había visto un avivamiento jamás. A parte de esto, todos los esfuerzos para producir avivamiento en aquel invierno se habían previsto con el acuerdo de celebrar un baile cada dos semanas, al cual asistían muchos de los miembros de la iglesia e incluso uno de los principales ancianos de la iglesia del doctor Greer era uno de los administradores de estos bailes. No supe que el doctor Greer haya dicho nada en contra de esta práctica. En esta iglesia no había predicaciones durante la semana, y tampoco creo que se realizaban reuniones religiosas de ningún tipo.

Cuando descubrí que este era el estado de las cosas, creí mi deber el decirle al doctor Greer que debía desistirse de inmediato de aquellos bailes, o no me sería permitido ocupar el púlpito. Que aquellos bailes, a los cuales asistían los miembros de su iglesia y que eran liderados por uno de sus ancianos, no eran consistentes con mi predicación. Él me respondió: "prosiga, continúe con su curso". Así lo hice y prediqué tres veces en el Sabbat y me parece que cuatro veces durante la semana por espacio de unas tres semanas antes de referirme a cualquier otra reunión. Me parece que no teníamos reuniones de oración porque los miembros laicos de la iglesia no habían hecho el hábito de participar en aquellas reuniones. De cualquier modo, si no me equivoco, en el tercer Sabbat, durante los servicios del día, anuncié una reunión de indagación que se realizaría en el salón de lecturas que se encontraba en el sótano de la iglesia, el lunes en la tarde. Dejé lo más claro que pude el objeto de la reunión y mencioné el tipo de personas que deseaba que asistieran; invitando a aquellos--y solo a aquellos--que estuvieran seriamente preocupados por el estado de sus almas, y que hayan decidido poner atención inmediata al asunto, y que deseaban recibir instrucción sobre la pregunta particular de qué debían de hacer para ser salvos. El doctor Greer no hizo objeciones a esto, pues había dejado todos los asuntos a mi discreción, sin embargo no creo que pensara que muchos --o de hecho, que algunos de los miembros de su iglesia fueran a asistir a la reunión, pues al responder a la invitación estarían admitiendo que estaban ansiosos con respecto a la salvación de sus almas, y que habían decidido atender el asunto.

El lunes de esa semana nevó y fue un día frío. Me parece que observé que la congregación estaba entrando en convicción, pero aún con esto me sentía inseguro de la cantidad de personas que tendríamos en aquella reunión de indagación, lo cual era algo completamente nuevo en el lugar. De cualquier modo, cuando llegó la tarde emprendí camino hacia la reunión. Cuando el doctor Greer entró al salón ¡he aquí el lugar estaba lleno! --y me refiero a un salón grande, casi tan grande como la nave principal de la iglesia. Al mirar alrededor el doctor Greer observó que la mayoría de las personas impenitentes de su congregación se encontraban presentes; y para su sorpresa, también había asistido a la reunión la porción más respetable e influyente de su gente. El doctor no hizo comentarios en público, pero me dijo: "Yo no conozco nada acerca de las reuniones de este tipo; hágase cargo de ella y manéjela a su manera".

Abrí la reunión con un corto discurso, en el cual les expliqué mis intenciones, que eran tener un tiempo de conversación con cada uno de ellos, y que ellos me pudieran decir con franqueza cómo se sentían en cuanto al tema --en qué punto estaban sus convicciones, a qué se habían determinado, y cuáles eran sus dificultades. Les dije que si estuvieran enfermos el médico desearía saber cuáles eran sus síntomas y que ellos deberían decirle de qué forma y cuándo los han experimentado. Les dije: "No puedo darles una instrucción que satisfaga el estado en el que se encuentran sus mentes sino me revelan primero ese estado. Por lo tanto, lo que deseo es que me revelen, en la

forma más breve que les sea posible, el estado exacto de su mente en el tiempo actual. Ahora voy a pasar por cada uno de ustedes y les daré oportunidad para decir, en pocas palabras, cómo se encuentran". Empecé a ir de uno en uno. El doctor Greer no dijo nada, pero me seguía y se quedaba de pie, o se sentaba junto a mí para escuchar todo lo que yo tenía que decir. Se mantuvo muy cerca de mí, pues me era necesario hablarle a cada persona en voz baja, solo para ser oído por aquellos que estaban inmediatamente junto al individuo. Encontré mucha convicción y sentimientos en aquella reunión. Los asistentes estaban fuertemente impresionados por la convicción. Difícilmente he asistido a una reunión de indagación tan solemne. La convicción se había apoderado de gente de todas las clases, de aquellos de clase alta, como los de clase baja, de ricos y de pobres.

El doctor Greer estaba muy conmovido. Aunque no había dicho nada me resultó evidente que su emoción era intensa al ver a su congregación en tal estado, un estado que él jamás había imaginado. Noté que en algunos momentos lograba controlar sus emociones con mucha dificultad. El doctor seguía sin decir nada. Después de haber mantenido conversaciones por un tiempo prudente, volví al escritorio y les di un discurso en el cual, como era mi costumbre, resumí los resultados de lo que había hallado y que era interesante en las revelaciones que me habían hecho. Evitando hacer cualquier tipo de señalamiento personal tomé las clases allí representadas y las diseccioné, les di corrección y les enseñé. Traté de echar por tierra sus malas interpretaciones y sus errores, de corregir la impresión que tenían de que solo debían hacer uso de los medios de la gracia y esperar a que Dios les convirtiera; y en un discurso que duró aproximadamente una media hora o tres cuartos de hora, les puse de frente la situación, con tanta claridad cómo me fue posible. Luego hice un llamado para que se sometieran y creyeran, para que se consagraran a ellos mismos y a todo lo que tenían a Cristo allí y en ese mismo momento. Luego oré por ellos e hice un llamado a aquellos que se sentían listos para rendirse ante Dios, y que estaban dispuestos allí y en ese momento a comprometerse a vivir completamente para Dios, a entregarse allí y en aquel instante a la soberana misericordia de Dios; mi llamado era para aquellos que estaban dispuestos a abandonar su pecado y renunciar a él para siempre allí y en ese instante, para que se arrodillaran--no para que esperaran que mi oración los salvara--sino para que mientras yo oraba ellos se comprometieran con Cristo y para que internamente hicieran lo que yo les había dicho. Llamé a arrodillarse solo a aquellos que estaban dispuestos a hacer lo que Dios requería de ellos y lo que yo les había presentado. El doctor Greer se veía muy sorprendido por la prueba a la que les estaba sometiendo y por la forma en la que insistía en la sumisión inmediata. Fui muy cuidadoso en dejar clara la discriminación, para que nadie se arrodillara a menos que estuvieran realmente en serio. Vi que el Espíritu de Dios les estaba presionando tanto que supe que si podía hacerles entender exactamente lo que Dios quería de ellos, muchos no dudarían de la guía del Espíritu y le obedecerían allí mismo.

Tan pronto vi que me habían comprendido completamente les invité a arrodillarse, y yo mismo me arrodillé también. El doctor Greer se arrodilló junto a mí sin decir palabra. Le presenté la situación al Señor y sostuve con claridad el punto de la sumisión inmediata, de creer y de consagrarse a Dios. Una solemnidad terrible y una quietud de muerte prevalecían en medio de la congregación. Solo se escuchaba mi voz en oración y suspiros, sollozos y llanto esparcidos entre la gente. Después de presentarle el caso al Señor, me puse de pie y todos ellos también se pusieron de pie. Sin decir nada más pronuncié la bendición y les despedí. El doctor tomó mi mano con gentileza y sonriendo me dijo: "Le veré en la mañana". Con esto se fue por su camino y yo me retiré a mi alojamiento. Creo que fue cerca de las once en punto cuando un mensajero vino corriendo a mi hospedaje y me llamó para decirme que el doctor Greer había muerto. Le pregunté qué quería decir con eso y me respondió que el doctor apenas se retiraba cuando sufrió un ataque de apoplejía y murió de inmediato. El doctor Greer era un hombre grandemente querido y respetado por su congregación y estoy convencido de que era merecedor de tales afectos. Poseía una amplia educación, y también confió en que era un hombre de verdadera piedad. Aún con esto su preparación teológica no le había equipado para la obra del ministerio, es decir, para ganar almas para Cristo. Era más bien un hombre tímido a quien no le gustaba encarar a su gente y resistir abiertamente los peligros del pecado, lo que era necesario hacer. Su muerte súbita produjo un gran impacto y se convirtió en el tema de conversación de todo el pueblo. Aunque descubrí que un buen número de personas habían quedado a todas luces convertidas en aquella tarde del lunes, la muerte del doctor Greer, producida en tan extrañas circunstancias, produjo en la mente pública una lamentable distracción que duró una semana o más. Sin embargo, una vez quedó concluido el funeral y los servicios de la tarde volvieron a su cauce normal, el avivamiento tomó poder y continuó avanzando de forma alentadora.

Muchos incidentes interesantes tuvieron lugar en este avivamiento. Recuerdo una noche nevada en la cual la nieve había caído profusamente y era arrastrada de una forma terrible por una fiera ráfaga de viento. Me habían llamado a la media noche para que acuda a visitar a un hombre que, según me habían informado, se encontraba bajo tan tremenda convicción que de no hacerse algo por él moriría. Este hombre era de apellido Buck y era robusto y muy musculoso y poseía además una gran fuerza de voluntad y de nervio. Se podía decir que era un orgulloso espécimen de la raza humana. Su esposa era profesora de religión, más él había sido totalmente indiferente para con el tema y "no le interesaban para nada ese tipo de cosas". El señor Buck había asistido a la reunión de aquella tarde y el sermón le había dejado destrozado. Se retiró a su casa en un terrible estado mental y su convicción y su angustia aumentaron hasta que su fuerza corporal quedó aniquilada. Su familia creía que iba a morir si no se hacía algo por él. Por eso fue que aún en medio de tan terrible tormenta habían enviado un mensaje para mí. Me levanté y me preparé para la tormenta y salí a la calle. Nos era necesario dar cara a la tormenta y caminar unas cincuenta o sesenta varas para llegar a

la familia. Antes de llegar a la casa ya podía escuchar los quejidos del hombre, o debería decir más bien sus gemidos. Cuando entré le hallé sentado en el suelo y a su esposa sosteniendo su cabeza. ¡Lo que vi en el rostro de ese hombre no hay forma de describirlo! Aún con lo acostumbrado que estaba a ver gente bajo convicción, debo confesar que su apariencia me impactó tremendamente. Se retorció en agonía, apretaba los dientes y literalmente se mordía la lengua produciéndose dolor. Me dijo clamando: "¡Oh, señor Finney! ¡Estoy perdido. Soy un alma perdida!" y añadió otras cosas que aumentaron el impacto que ya había sobre mis nervios. Recuerdo que exclamó: "¡Si esto es tener convicción, cómo será el infierno!" Me repuse de la impresión tan pronto como me fue posible, me senté junto a él y le di instrucción. Al principio le resultaba difícil enfocarse, pero pronto logré que pusiera su atención en el camino a la salvación por medio de Cristo. Insistí en que centrara su atención en el Salvador, en que le aceptara. Fue liberado de su carga enseguida y quedó persuadido de confiar en el Salvador, mostrándose libre y gozoso en su esperanza.

Como era de esperarse, a diario mis manos, mi mente y mi corazón estaban completamente ocupados. No tenía a mi lado un pastor para que me ayudara, y aún con esto la obra se esparcía hacia todas partes. El anciano de la iglesia, de quien he dicho que era uno de los administradores de los bailes, pronto se quebrantó de corazón delante del Señor y se involucró en la obra; como consecuencia su familia quedó convertida enseguida. La obra hizo un barrido profundo en las familias de los miembros de la iglesia que se habían involucrado en ella.

He dicho que en este lugar se produjo una circunstancia que ilustra las consecuencias de las enseñanzas de la Vieja Escuela que he criticado. Un día, muy temprano en la mañana, un abogado perteneciente a una de las familias más respetadas del pueblo fue a verme a mi habitación. Se encontraba bajo una terrible agitación mental. Pude ver que era un hombre de una inteligencia de primera clase y un caballero, mas no recordaba haberle conocido antes. Cuando entró a la habitación se presentó y luego dijo que era un pecador perdido --y que estaba convencido de que no había salvación para él. Luego me informó que cuando se encontraba en el colegio de Princeton, junto a dos de sus compañeros de clase se habían hallado en gran ansiedad por sus almas. Juntos habían ido a ver al doctor Ashbel Green, quien entonces era el presidente del colegio, y le habían preguntado qué debían de hacer para ser salvos. El doctor les dijo que estaba feliz de que hubieran llegado a él con aquella pregunta y luego les aconsejó que se apartaran de toda mala compañía, que leyeran su Biblia con fidelidad y que oraran para que Dios les diera un nuevo corazón. Había dicho: "Continúen así, y sigan firmes en su deber y el Espíritu de Dios les convertirá, de lo contrario les dejará y ustedes volverán nuevamente a sus pecados". Fue allí cuando le pregunté al abogado cómo había terminado el asunto. Me dijo: "¡Oh! hicimos tal y como nos había dicho. Nos apartamos de malas compañías, y oramos a Dios para que nos diera un nuevo corazón. Mas después de poco tiempo nuestras convicciones pasaron y no nos

ocupamos más en la oración. Perdimos todo interés en el tema". Luego de decir esto estalló en lágrimas y dijo: "Mis dos compañeros están en tumbas de borrachos y si yo no me arrepiento pronto terminaré allí también." Ese comentario me llevó a observar que el hombre mostraba indicaciones de hacer buen uso de licores fuertes. Más en aquel momento era temprano en la mañana y no estaba bebido, pero sí bajo una terrible ansiedad.

Traté de instruirle y de mostrarle el error en el que había caído luego de haber recibido tal enseñanza; y que realmente había estado resistiendo y contristando al Espíritu Santo al haber estado esperando que Dios hiciera lo que él mismo debía de hacer. Traté de hacerle ver que en la naturaleza misma del caso Dios no podía hacer lo que le requería hacer a él como individuo. Dios requería que él se arrepintiera, y Dios no podía arrepentirse en su lugar; Dios requería que él creyera, pero no podía creer en su lugar; Dios requería que él se sometiera, y no podía someterse en su lugar. Luego de esto traté de hacerle comprender la agencia que tiene el Espíritu de Dios en el darle al pecador arrepentimiento y un nuevo corazón. Esta agencia consiste en una persuasión moral y divina. Traté de hacerle ver que el Espíritu le había guiado a ver sus pecados, insistido con urgencia para que renunciara a ellos, que le había hecho ver su culpa y el peligro en el que se hallaba, y que le había urgido a huir de la ira venidera. Le había presentado al Salvador, la expiación y el plan de redención y que ahora le insistía para que lo aceptara. Le pregunté si acaso no sentía sobre su persona esa urgencia al ver tales verdades reveladas a su mente, y el llamado urgente a someterse ahora mismo, a creer y a hacerse él mismo un nuevo corazón. "¡Oh, sí!" --me dijo-- "¡sí! Lo veo y lo siento. Mas, ¿no ha renunciado Dios a mí? ¿Acaso no ha pasado ya de mí mi día de gracia?" Le respondí: "¡No! Está claro que el Espíritu de Dios todavía le está llamando, todavía le está trayendo convicción y que todavía le urge al arrepentimiento. Usted mismo ha reconocido que siente tal urgencia en su mente". Él me preguntó: "¿Es esto entonces lo que está haciendo el Espíritu Santo? ¿... mostrarme todo esto?" Le aseguré que así mismo era, y que él debía entender que se trataba de un llamado divino y de una evidencia conclusiva de que no había sido abandonado y que sus pecados aún no habían apartado el día de su gracia, sino que Dios estaba luchando por salvarlo. Luego le pregunté si respondería a ese llamado, si estaba dispuesto a acudir a Jesús, si echaría mano de la vida eterna allí y en ese momento. Este abogado era un hombre inteligente y el Espíritu de Dios estaba sobre él enseñándole y haciéndole entender cada palabra que le decía. Cuando vi que el camino había quedado por completo preparado, le pedí que se pusiera de rodillas y que se rindiera y así lo hizo y a todas luces quedó por completo convertido en aquel mismo instante. Después de esto me dijo: ¡oh, si tan solo el doctor Green me hubiera dicho esto, me hubiera convertido de inmediato, mas he aquí mis amigos y compañeros se han perdido y yo, por esta maravillosa misericordia he sido salvo!"

Esta instrucción dada por el doctor Green es la que en sustancia le ha sido dada por miles de ministros a pecadores que han sentido inquietud por sus almas durante muchos años. Aún todavía en sustancia esta instrucción es dada por muchos de los ministros líderes en la iglesia de Dios en todas las denominaciones. Yo la considero completamente errónea y temo que ha sido clave en la destrucción de miles y miles de almas.

Recuerdo un incidente muy interesante en el caso de un mercader de Reading, quien era un hombre muy respetable y cuyo negocio tenía como una de sus ramas la fabricación de whiskey. Acababa de terminar la instalación de una gran destilería, por cierto muy costosa, la cual había construido con todos los adelantos modernos a gran escala y ya la había activado en el negocio. Sin embargo, tan pronto el hombre se convirtió abandonó la idea de continuar con aquella rama de su negocio. Esta fue una conclusión espontánea en su mente. En cierta ocasión dijo: "No debo de tener nada que ver con eso. Debo echar abajo mi destilería. Ya no la trabajaré, ni la venderé para que nadie la trabaje". Su esposa era una buena mujer, y era además la hermana de aquel señor Buck de quien he hablado y cuya conversión en aquella noche de tormenta mencioné. El apellido del mercader era O'Brien. El avivamiento tomó a su familia de forma poderosa, y varios de ellos se convirtieron. En este momento no recuerdo cuántos fueron los convertidos, pero me parece que toda persona impenitente en su casa llegó a la salvación. Entre estos estaban también su hermano y su cuñada y no sé cuántos más, lo que sí sé es que un gran círculo de sus familiares se contó entre los convertidos. Sin embargo, la salud del señor O'Brien se quebrantó y pronto se fue de este mundo por causa de la tisis. Lo visité en varias ocasiones y siempre le encontré lleno de gozo.

Habíamos estado examinando candidatos para la admisión en la iglesia, y un gran número de personas estaba por ser admitidas en cierto Sabbat, entre ellas, miembros y parientes de la familia del señor O'Brien. Llegó la mañana del Sabbat y se halló que el señor O'Brien estaba en muy mal estado y que se esperaba que no sobreviviera aquel día. Había llamado a su esposa al pie de su cama y le había dicho: "Querida, voy a pasar el Sabbat en el cielo. Deja que toda la familia y todos los amigos vayan y se unan a la iglesia de abajo, que yo me uniré a la iglesia de arriba." Antes de que llegara la hora de la reunión ya había muerto. Se llamó a sus amigos para que le colocaran en su mortaja y la familia y los parientes se reunieron alrededor de sus despojos. Luego se marcharon a la reunión, y tal como el señor O'Brien lo había deseado, se unieron a la iglesia militante mientras él se unía a la iglesia triunfante. Aquella fue una escena llena de emociones, y un hecho muy conmovedor que fue mencionado en la mesa de la comunión. Su pastor se le había adelantado un tanto; y de hecho creo que en aquella misma mañana yo le había dicho al señor O'Brien "Dele mi amor al hermano Greer cuando llegue al cielo". Él sonrió con gozo santo y me dijo: "¿Cree usted que le reconoceré?" Le respondí: "Sin duda alguna le reconocerá. Dele mi amor y dígame que

la obra marcha gloriosamente". "Lo haré, lo haré", me dijo. No recuerdo el número de sus familiares y parientes que se unieron a la iglesia en aquel día, pero eran muchos. Su esposa se sentó en la mesa de la comunión y dejó ver en su rostro el gozo mezclado con tristeza que debe esperarse en una ocasión como esa. En los familiares y amigos había una especie de santidad triunfante cuando se mencionó que el esposo, el padre, el hermano y el amigo estaba sentado en ese día a la mesa con Jesús en lo alto, mientras ellos se reunían alrededor de aquella mesa terrenal.

Hubo mucho de interesante y conmovedor en aquel avivamiento en muchos aspectos. Fue un avivamiento producido en medio de gente que no tenía concepto alguno de avivamientos de la religión. La población alemana asumía que se habían hecho cristianos por medio del bautismo, y de manera especial, al recibir la comunión. Casi todos ellos, cuando se les preguntaba cuándo se habían convertido en cristianos, respondían que habían tomado la comunión de manos del doctor Muhlenberg, o de cualquier otro ministro alemán, en tal o cual época. Cuando les preguntaba si ellos creían que de eso se trataba la religión, respondían que sí, que eso era lo que suponían. De hecho, esa era la idea del mismo doctor Muhlenberg. Mientras caminaba junto a él hacia la tumba del doctor Greer por motivo de su funeral, me dijo que había hecho mil seiscientos cristianos por medio del bautismo y de la comunión desde que era pastor de aquella iglesia. Parecía que su idea de convertirse al cristianismo simplemente implicaba aprender el catecismo, ser bautizado y tomar parte de la comunión. El avivamiento tuvo que luchar con esa perspectiva y al principio su influencia en Readings fue precisamente en la dirección de corregir las ideas. Se me informó que se creía --y no tengo duda que de que lo que se me dijo es la realidad-- que el empezar a pensar en ser religioso por medio de la conversión, el establecer la oración familiar o entregarse a la oración secreta, no solo era fanatismo, sino que también virtualmente asumía que los ancestros de tal persona habían terminado en el infierno, pues ellos no habían hecho tales cosas. Se me informó que los ministros alemanes predicaban también en contra de esas cosas y hablaban muy severamente de aquellos que habían abandonado el modelo de sus padres y enseñado que era necesario convertirse y mantener oración privada y familiar.

Creo que la mayoría de los miembros de la congregación del doctor Greer fueron convertidos durante este avivamiento. Al principio me resultó muy difícil deshacerme de la influencia de la prensa. Creo que dos o más diarios se publicaban en aquel entonces y sus editores, según llegué a saber, eran hombres dados a la bebida que no pocas veces debían de ser llevados a sus hogares en ocasiones públicas debido a su grado de intoxicación. El pueblo estaba en una buena medida bajo la influencia de esos diarios --en particular la población alemana. Estos editores empezaron a darle a la gente consejos religiosos y a hablar en contra del avivamiento, de la predicación, etcétera, lo cual llevó a la gente a un estado de perplejidad. Esto continuó de día en día y de una semana tras otra, hasta que finalmente el estado de las cosas llegó a tal punto

que sentí que era mi deber ponerle atención. Fue así que un día, cuando la casa estaba llena, subí al púlpito con este texto: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis hacer los deseos de vuestro padre". Continué mi discurso mostrando de qué forma los pecadores cumplen los deseos del maligno, señalando muchos ejemplos en los cuales hacían el trabajo sucio del diablo, haciendo por él lo que no le sería posible hacer por sí solo. Después de haber presentado bien el tema delante de la gente, lo aplique al curso que estaban siguiendo los editores de aquellos diarios. Le pregunté a la gente si acaso no podían ver cómo esos hombres estaban cumpliendo con los deseos del diablo --y si no creían que era el deseo del diablo que hicieran precisamente lo que estaban haciendo. Luego les pregunté si creían que era propio y decente que hombres con su carácter intentaran darle instrucción religiosa a la gente. Le dije a la congregación qué clase de carácter me parecía que aquellos hombres tenían, que muchas veces debían de ser cargados a sus hogares desde lugares públicos --de pública corrupción-- por causa de su intoxicación. Les presioné fuertemente con ese argumento: que semejantes hombres intenten darle instrucción al pueblo en cuanto a sus deberes para con Dios y sus semejantes. Les dije que si yo tuviera viviendo a mi familia en el pueblo no me permitiría tener esos periódicos en casa, incluso tendría temor aún de tenerlos bajo mi techo, que me sería necesario considerarlos como demasiado sucios como para ser tocados por mis dedos, y que debería de usar pinzas para tomarlos y lanzarlos a la calle. Supe después que muchos lanzaron sus periódicos a la calle al día siguiente. No volví a ver ni a escuchar oposición de esa fuente. Si no me equivoco, desde aquel momento la prensa se quedó en completo silencio y la obra continuó progresando. Permanecí en Readings hasta bien entrada la primavera. Desconozco el número total de convertidos, pues como ya he dicho, no tenía el hábito de contar o publicar el número de personas convertidas. Se dieron muchas conversiones impactantes, y hasta donde sé toda la congregación del doctor Greer quedó completamente unificada, muy animada y fortalecida y con una gran adición de nuevos miembros. Nunca he vuelto al lugar desde entonces.

Después de Reading fui a Lancaster, Pennsylvania, que era para entonces-- y lo fue hasta el día de su muerte-- el hogar de difunto presidente Buchanan. La iglesia presbiteriana de Lancaster no tenía pastor y encontré que la religión estaba en muy mal estado. Nunca habían tenido un avivamiento de la religión, y era evidente que tampoco tenían un concepto justo de qué se trataba, ni de los medios apropiados para asegurarlo. Me quedé en Lancaster por muy poco tiempo. Con todo esto la obra de Dios se avivó de inmediato y el Espíritu de Dios se derramó casi enseguida sobre la gente. Me hospedé en casa de un anciano caballero de apellido Kirkpatrick, quien era uno de los ancianos de la iglesia, y además era el líder más influyente de la iglesia. El señor Kirkpatrick era un hombre muy adinerado, que sobresalía en influencia en relación a todos los demás miembros de la iglesia. Ocurrió un suceso con relación a él mientras me encontraba con su familia, que revela el estado en el que se encontraba la perspectiva acerca de la religión en aquella iglesia. Un antiguo pastor de la iglesia

invitó al señor Kirkpatrick a unirse al cuerpo de ancianos. Debo señalar, a propósito, que los hechos que voy a relatar me fueron narrados por él mismo.

Durante un Sabbat por la noche, después de haber escuchado un par de sermones bastante escrutadores, le era imposible al anciano caballero conciliar el sueño. Su mente estaba tan excitada que encontró imposible tolerarla hasta el día siguiente, así que fue a verme a media noche y me dijo el estado en el que se encontraban sus convicciones y que sabía que nunca se había convertido en realidad. Me dijo que cuando se le solicitó unirse a la iglesia y ser uno de los ancianos, él sabía que era inconverso. Este hecho presionaba tanto su mente que fue a consultarlo con el Reverendo doctor Cathcart, un anciano ministro de una iglesia presbiteriana a poca distancia de Lancaster. A este hombre le declaró el hecho de que nunca se había convertido, pero que a pesar de eso se deseaba que se uniera a la iglesia y se convirtiera en anciano. El doctor Cathcart, en vista de todas las circunstancias, le aconsejó que se integrara a la iglesia y que aceptara el cargo. El señor Kirkpatrick siguió el consejo. Cuando fue a buscarme sus convicciones eran muy profundas. Le di la instrucción que me pareció que necesitaba y le presioné para que aceptara inmediatamente al Salvador y traté con él de la misma manera en la que hubiera tratado con cualquier otro pecador preocupado por su alma. Fue un tiempo muy solemne en el cual él profesó someterse y aceptar al Salvador. No sé qué habrá sucedido más tarde con él. Era ciertamente un caballero de noble carácter, que hasta lo que sé nunca hizo nada que denigrara el cargo que había asumido. Quienes conocen el estado en el que se encontraba el liderazgo de la iglesia en la cual el doctor Cathcart fue pastor en aquel tiempo, sin duda no se sorprenderán del consejo que le dio al señor Kirkpatrick.

Ocurrieron sucesos muy impactantes durante mi corta estadía en Lancaster. De esos sucesos mencionaré el siguiente. Una tarde prediqué acerca de un tema que me llevó a insistir fuertemente en la aceptación inmediata de Cristo. La casa estaba muy llena, literalmente repleta de gente. Al cierre del sermón apelé fuertemente a la gente para que se decidieran en ese lugar y en ese momento; creo que también hice un llamado a aquellos que habían ya tomado la decisión y que estaban dispuestos a aceptar al Salvador, a ponerse de pie, para que pudiéramos conocer quiénes eran, y para que así pudiéramos hacerles el motivo de nuestras oraciones. Supe al día siguiente que había dos hombres, conocidos entre sí, que estaban sentados junto a una de las puertas de la iglesia. Uno de ellos estaba grandemente afectado por mis palabras y le resultaba imposible no manifestar su emoción y esto fue observado por el otro. Pese a esto el hombre no se puso de pie, ni le entregó a Dios su corazón. Les había dicho con toda mis fuerzas que quizás esa sería la última oportunidad que tendrían algunos de ellos de tomar una decisión al respecto. Que no era raro que en una congregación tan grande algunos de ellos fueran a tomar la decisión final de su destino eterno en ese mismo

momento. Que no sería extraño que Dios considerara la decisión de algunos de ellos en ese momento, como la decisión final.

Supe al día siguiente que cuando la reunión quedó despedida los dos hombres de quienes he hablado se fueron juntos por el camino, y el uno le dijo al otro: "Vi que le afectó mucho el llamado hecho por el señor Finney". "Sí, me afectó" --dijo el otro y continuó diciendo que "nunca me había sentido así en toda mi vida, especialmente cuando nos recordó que tal vez esta sería la última oportunidad de aceptar esa oferta de misericordia". Continuaron conversando de esta manera por algún tramo y luego se separaron y cada uno se marchó a su casa. La noche era oscura, y aquel que había estado grandemente abatido por sus sentimientos y que además había sentido la profunda convicción de que tal vez estaba rechazando su última oferta, se resbaló sobre la acera y se rompió el cuello. Así quedó claro que realmente se trataba de su última oportunidad. Estos hechos se me reportaron al día siguiente de lo sucedido. Establecí reuniones de oración en Lancaster e insistí en que los ancianos de la iglesia tomaran parte en las mismas. Ante mi urgente petición lo hicieron, aun cuando no habían tenido la costumbre de esta práctica. El interés fue aumentando de día en día y las conversiones se multiplicaron. Ahora mismo no recuerdo por qué no permanecí más tiempo en el lugar. De cualquier modo, mi salida de Lancaster fue muy temprana como para poder dar una narración detallada acerca de la obra en el lugar.

CAPITULO XX

AVIVAMIENTOS EN COLUMBIA Y EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK

Aproximadamente a mediados del verano dejé Lancaster para retornar al Condado de Oneida, Nueva York, en donde pasé una corta temporada en casa de mis suegros. Creo que fue durante ese tiempo de mi estadía en Whitestown que se produjo una circunstancia que ha tenido para mí gran interés, la misma la relato a continuación. Recibimos la llegada de un mensajero proveniente de Columbia, Condado de Herkimer, solicitando mi presencia en el lugar para asistir en la obra de gracia que ya había dado inicio. Este mensajero me dio tales ejemplos de lo que estaba sucediendo que quedé convencido de ir. Sin embargo, no esperaba permanecer en Columbia, pues tenía otros llamados más apremiantes. Con todo esto, acudí al lugar para ver la situación y prestar la ayuda que me fuera posible durante un corto periodo. Allí había una iglesia alemana grande cuya membresía había sido recibida de acuerdo a su vieja costumbre, es decir, examinado su conocimiento doctrinal y no su experiencia cristiana. Consecuentemente, y según se me informó, la iglesia estaba compuesta en su mayoría por gente inconversa. Tanto la iglesia como la congregación eran grandes.

Su pastor era un hombre joven de ascendencia alemana de apellido Hongin, originario de Pennsylvania.

El pastor Hongin me dio la siguiente información acerca de su persona y del estado de las cosas en Columbia. Dijo que había estudiado teología con un doctor en divinidades alemán en su lugar de residencia y que este doctor no animaba en absoluto la religión experimental. Dijo que uno de sus compañeros estudiantes se sentía inclinado a la religión y que solía orar en su closet. Su profesor, aquel anciano doctor, sospechando de la práctica y llegando a saber de alguna manera que se hacía de hecho, le advirtió en contra de la misma diciendo que era una práctica sumamente peligrosa, que perdería la razón si continuaba en ese curso y que además, él mismo se sentiría responsable de haber permitido que uno de sus estudiantes escogiera ese camino. El señor Hongin me dijo que en lo personal para entonces él era un hombre sin religión. Se había adherido a la iglesia en la manera acostumbrada en aquel tiempo y que no pensaba que se requiriera de algo más, en cuanto a la piedad se refiere, para convertirse en ministro. Sin embargo, su madre era una mujer piadosa y con más conocimiento en el asunto, por lo que estaba en gran angustia mental al pensar que uno de sus hijos fuese a entrar a la sagrada labor del ministerio sin haberse convertido. Cuando el señor Hongin recibió el llamado a la iglesia en Columbia y estaba a punto de abandonar el hogar, su madre tuvo una conversación muy seria con él, imprimiendo en él el hecho de su responsabilidad. Le dijo además cosas muy punzantes que tuvieron peso en su conciencia. Hongin me afirmó que no podía sacar de su cabeza aquella conversación con su madre, que pesaba mucho en su mente, y que sus convicciones de pecado se ahondaron tanto que llegó al borde de la desesperación.

Estuvo en ese estado por varios meses. Al no tener a nadie con quien consultar sobre el asunto estuvo todo ese tiempo sin abrirle su mente a nadie. Mas después de una severa y prolongada lucha se convirtió, llegó a la luz y pudo ver adonde estaba y a dónde había estado antes. Vio también la condición de su iglesia y de todas aquellas iglesias que habían admitidos a sus miembros de la forma en la que él mismo había sido admitido. Como su esposa era inconversa, inmediatamente se dio a la tarea de procurar su conversión, lo cual consiguió con la ayuda de Dios. Su alma estaba llena del tema, leía la Biblia, oraba y predicaba con toda su fuerza. Sin embargo, él mismo era un recién convertido y no contaba con la instrucción que necesitaba y se sentía sin saber qué hacer. Cabalgó por el pueblo y conversó con los ancianos de la iglesia y con los miembros principales, y se quedó satisfecho al saber que uno o dos de sus ancianos principales, y que varios de los miembros femeninos, sabían lo que era estar convertido.

Después de mucha oración y consideración llegó al convencimiento de lo que debía de hacer. En cierto Sabbath anunció que se realizaría una reunión en la iglesia durante la semana para tratar asuntos, y que deseaba de forma particular que toda la iglesia

estuviese presente. Su propia conversión, su predicación, sus visitas a la gente y su conversación en el pueblo ya habían creado un buen grado de emoción y la religión se había convertido en el tema común de discusión. Por esta razón su llamado a tal reunión fue bien respondido, y el día apuntado casi toda la congregación estuvo presente. Allí el señor Hongin se refirió al verdadero estado de la iglesia y al error en el que habían caído en cuanto a las condiciones bajo las cuales los miembros debían de ser recibidos. Les dio un discurso, parte en alemán y parte en inglés, para hacerse entender a todas las clases lo mejor que pudiera. Después de haber hablado hasta que consiguió un buen grado de emoción en la gente, propuso disolver la iglesia y formar una nueva, insistiendo en que esto era indispensable para la prosperidad de la religión. El pastor había acordado con aquellos miembros de los cuales estaba convencido de que estaban verdaderamente convertidos, que ellos deberían liderar la votación para efectivizar la disolución de la iglesia. No sé cuál de estos miembros presentó la moción que los demás de ellos secundaron. De cualquier modo, la moción quedó propuesta y los demás miembros convertidos fueron poniéndose de pie a medida que se solicitaba su postura. Siendo estos miembros muy influyentes de la iglesia, el resto de la gente al observar lo sucedido se fue poniendo de pie y la votación a favor continuó aumentando hasta que llegó a ser casi unánime. Luego de esto el pastor dijo: "Ahora, eh aquí que no hay iglesia en Columbia: y nosotros proponemos formar una de cristianos, de gente que haya sido convertida". Luego relató su propia experiencia delante de la congregación, llamó después a su esposa y ella hizo lo mismo. Enseguida los ancianos y miembros convertidos fueron también pasando adelante y relatando su experiencia cristiana y así se continuó hasta que todos los que pudieran dar un testimonio lo presentaron. Con estas personas se procedió a formar la nueva iglesia. Luego el pastor le dijo al resto de la gente que había quedado: "Sus relaciones con la iglesia han quedado disueltas. Ustedes están en el mundo, y hasta que no se hayan convertido e ingresado a la iglesia, sus hijos no podrán ser bautizados y ustedes tampoco podrán tomar parte de las ordenanzas de la iglesia". Esto creó gran pánico, pues de acuerdo con las perspectivas de la gente el no tener parte en el sacramento era una cosa terrible, así como el no bautizar a los hijos, pues por estos medios ellos mismos se habían hecho cristianos.

El señor Hongin continuó trabajando con todas sus fuerzas. Visitaba, predicaba, oraba y mantenía reuniones y el interés en la gente aumentaba. Así había estado por cierto tiempo cuando escuchó que me encontraba en el Condado de Oneida y envió a un mensajero a buscarme. Encontré en este pastor a un nuevo convertido de corazón cálido. Escuchaba mi predicación con un gozo casi incontenible. La congregación era bastante grande y estaba interesada, y hasta lo que pude juzgar, la obra marchaba próspera y saludable. El avivamiento continuó extendiéndose hasta alcanzar y convertir casi a todos los habitantes del pueblo. Galesburg, en Illinois, se estableció como una colonia proveniente de Columbia, y casi todos sus pobladores--sino todos--se convirtieron durante aquel avivamiento. He narrado los hechos según me los relató

el señor Hongin, y según como los he guardado en mi memoria. Encontré que sus perspectivas eran evangélicas y su corazón cálido, además estaba rodeado de una congregación muy interesada en la religión. La gente casi colgaba de mis labios mientras les presentaba el evangelio de Cristo y mantenían un interés, una atención y una paciencia que pudieran medirse con los más altos grados de interés y afectación. El mismo señor Hongin era como un niño. Era el nuevo convertido más enseñable, humilde y apasionado que jamás he visto. La obra continuó extendiéndose durante casi un año, según tengo entendido, y se esparció por toda esa vasta e interesante población de granjeros.

Cuando regresé a Whitestown fui invitado a visitar la ciudad de Nueva York. Supe más tarde que se habían hecho esfuerzos para evitar mi ida a esa ciudad. Según se me informó, por la influencia del señor Nettleton, los ministros presbiterianos habían firmado un acuerdo para no invitarme a predicar en sus iglesias. Jamás inquirí acerca del asunto y puede que no haya sido real. No supe acerca de aquello sino hasta mucho después. De cualquier modo, Anson G. Phelps, quien desde aquel entonces se ha dado a conocer como un gran contribuyente a favor de las instituciones más benevolentes de nuestro país, al escuchar que no había sido invitado a los púlpitos de la ciudad, alquiló una iglesia que se encontraba vacante en la calle Vandewater, y me envió una petición urgente para que fuera a predicar. Así lo hice y tuvimos un poderoso avivamiento.

Encontré al señor Phelps muy involucrado en la obra. No dudaba un solo momento en cubrir cualquier costo que fuera necesario para promover el avivamiento. La iglesia que había alquilado solo estaba disponible por tres meses. De acuerdo al señor Phelps, antes de que los tres meses se vencieran, a sus propias expensas compró una iglesia en la calle Prince, cerca de Broadway. Esta iglesia había sido construida por los universalistas y le fue vendida al señor Phelps, quien pagó él mismo por ella. Fue así que nos trasladamos de la calle Vandewater a la calle Prince, y allí formamos una iglesia compuesta en su mayoría por los convertidos que habían resultado de nuestras reuniones en la calle Vanderwater. Continué mis labores en la calle Prince por algunos meses y si no me equivoco, hasta los últimos días del verano. Allí se dieron muchas conversiones muy interesantes a medida que llegaban a las reuniones gente de todas partes de la ciudad.

Durante este tiempo me impactó mucho la piedad del señor Phelps. Cuando me encontraba laborando en la calle Vandewater mi esposa y yo, en compañía de nuestro único hijo, nos hospedamos con su familia. Allí descubrí que el señor Phelps estaba literalmente cargado de negocios, pero que aún con esto mantenía una mentalidad altamente espiritual; podía venir a nuestras reuniones de oración directamente de sus negocios y tomar parte de ellas con tal espíritu que era evidente que su mente no estaba absorbida en sus negocios, sino en las cosas espirituales. Al observarle día tras

día me interesaba cada vez más su vida interior, según esta era proyectada en su vida exterior. Una noche tuve la ocasión de bajar las escaleras aproximadamente a las doce de la noche o a la una de la mañana, buscando algo para nuestro pequeño hijo. Supuse que toda la familia estaría dormida; sin embargo, para mi sorpresa, vi al señor Phelps sentado frente al fuego y me di cuenta de que había interrumpido su devocional secreto. Me disculpé diciendo que supuse que ya estaría en cama. Me respondió: "Hermano Finney, tengo tantos negocios presionándome durante el día y cuento con tan poco tiempo para mi devocional secreto. Mi costumbre es que después de tomar una siesta en la noche me levanto para tener un tiempo de comunión con Dios". Después de su muerte, que tuvo lugar no hace muchos años, se descubrió que había mantenido un diario durante estos tiempos en la noche, que se componía de varios volúmenes manuscritos. El diario revelaba las labores secretas de su mente, y el verdadero progreso de su vida interior. Este hecho me afectó y me interesó mucho, y me informó aún más acerca de aquello que tanto había llamado mi atención en aquel tiempo en el cual yo mismo fui como un miembro de su familia.

Por supuesto, nunca llegué a saber el número de personas que se convirtieron mientras estuve en la calle Prince y en la calle Vandewater, lo que sí sé es que mucha gente se convirtió. Hubo un caso de conversión que no debo dejar sin relatar. Una joven que se encontraba bajo una gran convicción de pecado me visitó un día. Al conversar con ella noté que había varias cosas que pesaban en su conciencia. Me dijo que desde la infancia había tenido el hábito de robar. Si no me equivoco, era la única hija de una mujer viuda, y había tenido la costumbre de robarles a sus compañeras de escuela y a otras personas pañuelos, prendedores y lápices, y cualquier otra cosa que tuviera la oportunidad de robar. Se confesó conmigo acerca de algunas de estas cosas, y me preguntó qué debía de hacer al respecto. Le dije que debía devolver lo robado y hacer confesión delante de las personas de quienes había tomado lo que no era suyo. Por supuesto, esto la atribuló grandemente, pero sus convicciones eran tan profundas que no se atrevía a guardar las prendas, así que empezó la labor de confesar y restituir. Con todo esto, a medida que continuaba en su labor, iba cada vez recordando más y más instancias de ese tipo, así que continuaba visitándome con frecuencia y confesando sus robos de prácticamente toda clase de artículos que una joven podía usar. Le pregunté si su madre sabía que había tenido esas cosas en su poder, y ella respondió que sí, pero que siempre le había dicho que eran regalos. En una ocasión me dijo: "Señor Finney, creo que he robado un millón de veces. Encuentro entre mis pertenencias cosas que he robado, pero ya no puedo recordar a quién se las robé". Me rehusé por completo a comprometer su situación, e insistí en que debía de tomar la decisión de restituir todo lo que pudiera recordar, o de que alguna manera averiguara de dónde había obtenido lo robado. Cuando la joven me buscaba para decirme sus confesiones, y después de haber hecho lo que le pedía que hiciera, regresaba para darme un reporte. Le pregunté que le decía la gente y ella respondió: "Algunos me dicen que estoy loca; otros que soy una tonta; y algunos de ellos se muestran muy

conmovidos". "¿Todos le perdonan?"--Pregunté. "¡Oh, sí! Todos me perdonan, pero algunos creen que no debería hacer lo que estoy haciendo".

Un día me informó que tenía un chal que le había robado a la hija del Obispo Hobart, quien para entonces era Obispo de Nueva York y cuya residencia estaba ubicada en la Plaza Saint John, cerca de la iglesia de Saint John. Como era usual, le dije que debía reponer la prenda. Después de unos días pasó a verme y me relató los hechos. Me dijo que había envuelto el chal en papel, que lo había llevado consigo y tocado el timbre de la casa; y que cuando el sirviente llegó a la puerta le entregó el paquete, que estaba dirigido al Obispo. No dio explicaciones, sino que se dio la vuelta y de inmediato corrió para doblar la cuadra y llegar a la otra calle--no sea que alguien viera qué dirección había tomado y descubrieran de quién se trataba. Sin embargo, cuando ya había doblado la cuadra su conciencia le reprendió y se dijo a sí misma: "No he hecho esto de la forma correcta. Podrían sospechar de alguien más a menos que vaya, y yo misma le diga al Obispo que robé el chal". Así fue que se dio la vuelta, regresó de inmediato, y preguntó si podía ver al Obispo. Cuando se le informó que podía pasar, entró y la condujeron a su estudio. Allí confesó delante de él --le dijo acerca del chal y de todo lo que había pasado. "Muy bien" --le dije-- "Y ¿cómo le recibió el Obispo?". "¡Oh!"--dijo ella--"Cuando se lo dije lloró, puso su mano sobre mi cabeza y oró a Dios para que me perdonara". "¿Y ya ha recibido paz en su mente acerca de esa transacción desde entonces?"--le pregunté. "¡Oh sí!"--respondió ella. Este proceso continuó por semanas, y creo que aún por meses. Esta joven iba por todos lados y por todas partes de la ciudad restaurando las cosas que había robado y haciendo confesión. En ocasiones su convicción era tan terrible que parecía que estaba por perturbarse.

Un día me envió a buscar, pidiéndome que fuera a la residencia de su madre. Acudí y cuando llegué me llevaron a su habitación y la encontré con el cabello sin recoger, con la ropa a medio poner, caminando por la habitación de un lado al otro y con una mirada que despertaba terror, pues indicaba que ya casi había perdido la razón. Le dije: "Mi querida niña, ¿qué sucede?". La joven, que sostenía un pequeño Nuevo Testamento mientras caminaba, volteó hacia mí y me dijo: "Señor Finney, he robado este Testamento. He robado la Palabra de Dios. ¿Podrá Dios algún día perdonarme? No recuerdo a cuál de las niñas se lo robé. Se lo robé a alguna de mis compañeras de la escuela hace ya tanto tiempo que había olvidado que lo había robado. Se me ocurrió esta mañana; y me parece que Dios nunca va a perdonarme el que haya robado su Palabra." Le aseguré que no había razón para desesperarse. "Mas, ¿qué debo hacer? No recuerdo cómo lo conseguí"--dijo. Le respondí: "Manténgalo como un recuerdo constante de sus antiguos pecados y úselo para lo bueno que vaya a extraer de él". Ella continuó diciendo: "Si tan solo pudiera recordar de dónde lo saqué, de inmediato lo restauraría". "Bien"--le dije--"Si usted llega a recordar cómo lo obtuvo haga la restitución inmediata, ya sea restaurándolo o dándole a la joven de quien lo tomó otro Nuevo Testamento igual de bueno". "Lo haré"--respondió la joven. Todo este proceso

me afectaba mucho, sin embargo, a medida que continuó, el estado mental que resulto de aquellas transacciones fue verdaderamente maravilloso. Una humildad profunda, un conocimiento hondo de ella misma y de su propia depravación, un corazón quebrantado, una constricción de espíritu, y por último una fe, un gozo, un amor y una paz que fluían como un río subsiguieron y ella quedó convertida en una de las jóvenes cristianas más maravillosas que jamás he visto.

Cuando se acercó el momento en el cual debía de abandonar Nueva York pensé que sería bueno que alguien de la iglesia se relacionara con la joven para que pudiera velar por ella. Hasta ese momento todo lo que había sucedido lo había mantenido en secreto, pero siendo que estaba pronto a marcharme le conté los hechos al hermano Phelps y la narración de los mismos le afectó mucho. Me dijo: "Hermano Finney, presénteme con la joven. Yo seré su amigo y velaré por ella para bien". Así lo hizo, como supe más tarde. Creo que no he visto a la joven en muchos años, de hecho, creo que no la he visto desde que le relaté el asunto al señor Phelps. Sin embargo, cuando regresé por última vez de Inglaterra y visité a una de las hijas del señor Phelps, quien para entonces era ya una dama casada que residía en Nueva York, en el curso de la conversación aquel caso de la joven fue mencionado por ella. Entonces le pregunté: "¿Le presentó su padre a aquella joven dama?". Ella respondió: "¡Oh sí! Todas las conocemos". Con esto entiendo que se refería a todas las hijas de la familia. "¿Y qué sabe de ella?"--indagué. "Pues ella es una de las cristianas más fervientes. Está casada y su esposo tiene negocios en esta ciudad. Es miembro de la iglesia y vive en tal calle"--Dijo señalando hacia el lugar, que no estaba muy lejos de donde nos encontrábamos. Le pregunté: "¿Ha mantenido ella siempre un carácter cristiano constante?" La respuesta fue: "¡Oh, sí! Es una excelente mujer de oración". De alguna manera se me ha informado--mas no recuerdo ahora la fuente de esa información--que aquella mujer dijo que desde el momento de su conversión nunca más tuvo la tentación de robar y que nunca jamás ha vuelto a saber cómo se siente el deseo de hacerlo.

El avivamiento preparó en Nueva York el camino para la organización de las Iglesias Presbiterianas Libres en la ciudad. Aquellas iglesias se compusieron más tarde en su mayoría por los convertidos de aquel avivamiento. Muchos de ellos pertenecieron a la iglesia en la calle Prince. Después de que dejé la congregación de la calle Prince, el Reverendo Herman Norton fue establecido como pastor. Cuando a su vez él partió por alguna razón, la casa de adoración se vendió y finalmente la iglesia quedó desintegrada. Sus miembros se unieron a otras iglesias.

En este punto de mi narrativa, para que las cosas que debo decir de ahora en adelante sean inteligibles, me es necesario narrar una circunstancia relacionada con la conversión del hermano Lewis Tappan, y su conexión posterior con mis labores. Los hechos que voy a narrar ocurrieron antes de que llegara a conocerle personalmente y el mismo Lewis Tappan me los relató. Este hermano era unitario y vivía en Boston. Su

hermano Arthur, para entonces un comerciante con un negocio muy extenso de telas en Nueva York, era un hombre de fe ortodoxa y un cristiano ferviente. Los avivamientos a lo largo del centro de Nueva York habían producido un alto grado de excitación en medio de los unitarios; y los diarios --especialmente el diario unitario-- tenían mucho que decir en contra de los mismos. Particularmente circulaban historias extrañas acerca de mi persona en las que se me representaba como un fanático medio loco. Tales historias habían llegado a los oídos de Lewis Tappan por boca del reverendo Henry Ware Junior, un ministro líder entre los unitarios de Boston. Tappan las había creído. Estas mismas historias habían sido también acreditadas por muchos de los principales unitarios de Nueva Inglaterra, a lo largo del estado de Nueva York.

Mientras tales historias se encontraban circulando, Lewis Tappan visitó a su hermano Arthur en Nueva York, y allí tuvieron una conversación acerca de los avivamientos. Lewis llamó la atención de Arthur a los fanatismos extraños relacionados con los avivamientos, y especialmente a aquello que había escuchado acerca de mí. Afirmaba que yo me anunciaba públicamente como el "General Brigadier de Jesucristo." Este y reportes semejantes circulaban en aquel tiempo y Lewis insistía en su veracidad. Arthur, desacreditó aquellas informaciones por completo y le dijo que eran tonterías y una completa falsedad y que no debía creer ninguna de ellas. Lewis, confiando en las declaraciones del señor Ware, propuso apostar quinientos dólares a que él podía probar que los reportes eran ciertos, especialmente aquel de que yo me hacía llamar "General Brigadier de Jesucristo". A esto Arthur respondió: "Lewis, sabes que no debo apostar, pero te diré lo que haremos. Si puedes probar por medio de un testimonio creíble que aquello es verdad, y que los reportes acerca del señor Finney son ciertos, te daré quinientos dólares. Hago esta oferta para motivarte a investigar. Quiero que sepas que esas historias son falsas y que la fuente de la cual provienen no es confiable". Al no tener duda de que le sería posible traer pruebas, en vista de que aquellas cosas eran tan confiadamente aseguradas por los unitarios, Lewis le escribió al Reverendo señor Pierce, quien era ministro unitario en Trenton Falls, Nueva York, y a quien el señor Ware le había mencionado. En la carta le autorizó gastar quinientos dólares, de ser necesario, en la procura de un testimonio suficiente que permitiera asegurar que la historia era cierta, y que pudiera conducir a una condena en una corte de justicia.

De acuerdo con esta solicitud, el señor Pierce emprendió la búsqueda de tal testimonio, mas después de muchos esfuerzos solo pudo hallar lo contenido en un pequeño periódico universalista impreso en Buffalo, en el cual se afirmaba que el señor Finney proclamaba ser un General Brigadier de Jesucristo. En ningún lado pudo conseguir la menor prueba de que estas cosas reportadas como salidas de mi boca eran ciertas. Todos habían escuchado--y todos creían--que en algún lugar yo había hecho tales declaraciones, pero al seguir las indagaciones en un pueblo tras otro por medio de correspondencia, no pudo confirmar que hubieran sido realmente dichas en

ningún lado. Estas cosas, y otros asuntos, según Lewis Tappan, fue lo que lo guio a reflexionar seriamente en la naturaleza de la oposición y en la fuente de la que provenía. Sabiendo como los unitarios habían insistido tanto en aquellas historias y la forma en la que las habían usado para oponerse a los avivamientos en Nueva York y en otros lugares, su confianza en ellos se vio grandemente conmovida. Con esto sus prejuicios en contra de los avivamientos y de la gente ortodoxa se ablandaron, y su confianza en la oposición presentada por los unitarios a los avivamientos se conmovió por completo. Así fue guiado a revisar las publicaciones teológicas de los ortodoxos y de los unitarios con mucho cuidado y seriedad, lo que resultó en su abandono de las perspectivas unitarias para abrazar las ortodoxas. La madre de los Tappan era una mujer muy piadosa y de oración y nunca había tenido la menor simpatía por el unitarismo. Esta mujer había vivido una vida de mucha oración y había dejado en sus hijos una impresión muy fuerte.

Cuando la confianza de Lewis Tappan con respecto a las doctrinas unitarias y su oposición a los avivamientos y a las medidas usadas para la conversión de los hombres quedó conmovida, sus oídos fueron abiertos a la verdad y esto resultó en su conversión a Cristo. Antes había caído fuertemente en la corriente de oposición, confiando de que las extravagancias que supuestamente tenían lugar en aquellos avivamientos eran ciertas, y que el unitarismo también era verdadero. Su hermano Arthur estaba ansioso por que Lewis hallara confianza en la creencia ortodoxa, y por llevarlo a recibir influencia evangélica y así asegurar su conversión. Tan pronto quedó convertido se volvió firme y celoso --tanto como lo había sido en su oposición-- en su apoyo a las perspectivas ortodoxas y a los avivamientos de la religión.

Lewis Tappan llegó a Nueva York y entró en sociedad con Arthur, sino me equivoco, inmediatamente después de su conversión. Llegué a relacionarme con él--y de hecho, me relacioné mucho con su hermano Arthur. Cerca del tiempo en el cual dejé Nueva York, después de mis primeras labores en las calles Vandewater y Prince, el hermano Tappan y otros buenos hermanos se sintieron descontentos con el estado de las cosas en Nueva York y después de mucha oración y consideración, concluyeron que debían organizar una nueva congregación, e introducir nuevos medios para la conversión de los hombres. Obtuvieron un lugar para sostener adoración y llamaron al reverendo Joel Parker, quien era para entonces pastor de la Tercera Iglesia Presbiteriana de Rochester, para que fuera en su ayuda. El hermano Parker arribó en Nueva York y empezó sus labores, creo que más o menos para el tiempo en el cual yo concluía mis labores en la calle Prince. Con esto dejó vacante el púlpito en su iglesia en Rochester. Así formaron la Primera Iglesia Presbiteriana Libre de Nueva York por aquel entonces, y el reverendo Joel Parker fue su pastor. Trabajaron especialmente en medio de aquella clase de la población que no tenía el hábito de asistir a reuniones en ninguna parte, y tuvieron mucho éxito. Luego de esto condicionaron el piso superior de algunos

almacenes en la calle Dey para poder mantener a una congregación de buen número y allí continuaron sus labores.

CAPITULO XXI

AVIVAMIENTO EN ROCHESTER, NUEVA YORK, 1830

Partí de Nueva York y volví a Whitestown en donde pasé unas pocas semanas. En tanto me solicitaron volver a Filadelfia, y también a Nueva York, y como ya era común estaba siendo presionado para acudir a diferentes lugares y en diferentes direcciones, mas no tenía idea de a dónde realmente tenía el deber de ir. Entre esas invitaciones había una también muy urgente, que recibí de parte de la Tercera Iglesia Presbiteriana en Rochester, de la cual el hermano Parker había sido pastor. Deseaban que fuera y ocupara el púlpito por una temporada. Inquirí acerca de las circunstancias en que se encontraba Rochester y descubrí, por medio de varios testimonios, que para aquel entonces aquella ciudad era considerada como un campo muy poco prometedor en cuanto a las labores de avivamiento se refiere. Había solo tres iglesias presbiterianas en Rochester. La Tercera Iglesia, que fue la que me extendió la invitación, no tenía ministro y estaba en mal estado en cuanto a la religión. La Segunda Iglesia Presbiteriana, llamada también "La Iglesia de Ladrillo", tenía un pastor, que de hecho era un hombre excelente, pero la congregación estaba dividida considerablemente por causa de su predicación, por lo que el pastor estaba inquieto y a punto de irse. Había para entonces una controversia entre un anciano de la Tercera Iglesia Presbiteriana y el pastor de la Primera Iglesia, que estaba por ser tratada por el presbiterio. Este, y otros asuntos, habían creado un ambiente de sentimientos poco cristianos que se había extendido considerablemente en ambas iglesias, y esta circunstancia parecía estar impidiendo el campo para las labores. Los amigos de Rochester estaban muy ansiosos por contar con mi presencia--con lo de amigos me refiero a los miembros de la Tercera Iglesia. Al haberse quedado sin pastor sentían estar bajo gran peligro de disgregarse, y quedar aniquilados como iglesia, a menos que algo se hiciera para reavivar la religión en medio de ellos. Con tantas invitaciones urgentes provenientes de tantos puntos, me sentí como en muchas ocasiones me he sentido: grandemente perplejo. Permanecí en casa de mi suegro. Quería considerar el asunto hasta que pudiera llegar a sentir hacia dónde me era menester partir y emprender labores. De acuerdo con esto empacamos nuestros baúles y descendimos a Utica, a unas siete millas de distancia de casa de mi suegro, en donde tenía varios amigos de oración. Arribamos al pueblo en la tarde, y al anochecer un gran número de hermanos líderes, en cuya sabiduría y oraciones tenía mucha confianza, se reunieron conmigo-- esto a petición mía-- para consultar y orar acerca cuál debía de ser mi siguiente campo de

labores. Expuse ante ellos los hechos acerca de Rochester, según los conocía, y los hechos notorios con respecto a los otros importantes campos a los que había sido invitado. Para ellos Rochester era el menos atractivo de todos.

Después de discutir el asunto por completo, y de sostener varios momentos de oración intercalados con nuestra conversación, los hermanos dieron sus opiniones acerca de lo que ellos consideraban que era sabio y que debía de hacer. Unánimemente fueron de la opinión de que Rochester era un campo de labores muy poco atractivo en comparación con Nueva York o Filadelfia, e incluso en contraste con algunos de los otros campos a los que había sido invitado. También estaban firmes en la convicción de que debía de ir hacia el este de Utica y no hacia el oeste. Para aquel entonces esta misma era mi impresión y mi convicción; así me retiré de la reunión, habiendo, según supuse entonces, decidido no ir a Rochester sino a Nueva York o Filadelfia. Esto sucedió antes de que existieran los ferrocarriles; por lo que cuando partí aquella noche esperaba tomar el barco del canal --que era la forma más conveniente de viajar para mi familia-- y salir a la mañana siguiente para Nueva York. Sin embargo, cuando me retiré a mi hospedaje el asunto se presentó ante mi mente de una forma distinta. Algo parecía cuestionarme: "¿Cuáles son las razones que te impiden ir a Rochester?" Aunque podía enumerar las razones, venía a mí la pregunta: "Pero, ¿son esas, buenas razones? Ciertamente eres más necesario en Rochester por causa de todas aquellas dificultades. ¿Rechazas el campo porque hay tantas cosas que necesitan ser corregidas, por qué hay demasiadas cosas que están mal? Si todo marchara bien, entonces no serías necesario".

Pronto llegué a la conclusión de que todos habíamos estado equivocados; y que las razones que nos habían determinado en contra de ir a Rochester, eran en realidad las razones más válidas para justificar mi presencia en el lugar. Concluí además que era más necesario en Rochester que en cualquier otro de los campos que se me habían abierto en aquel entonces. Me sentí avergonzado de haber tenido en poco el tomar la obra por causa de las dificultades; pues tenía la fuerte impresión en mi mente de que el Señor estaría conmigo y de que Rochester era definitivamente mi campo de trabajo. Mi mente quedó totalmente clara de que Rochester era el lugar al cual el Señor quería que fuera antes de retirarme a descansar. Le informé mi decisión a mi esposa; y temprano en la mañana, y antes de que hubiese demasiada gente en la ciudad, el bote del canal hizo su arribo y nos embarcamos para ir hacia el oeste y no en dirección al este. Íbamos con destino a Rochester. Los hermanos en Utica se sorprendieron mucho al conocer el cambio de nuestro destino, y supe que esperaban con mucha solicitud los resultados de aquella decisión. Llegamos a Rochester temprano en la mañana, y fuimos invitados a alojarnos con el hermano Josiah Bissell, quien era el anciano principal de la Tercera Iglesia y la persona que se había quejado ante el presbiterio con respecto al doctor Penny. A mi arribo me encontré con mi primo Frederick Starr en la calle, quien me invitó a su casa. Mi primo era uno de los ancianos de la Primera Iglesia

Presbiteriana, y al haber escuchado que se me esperaba en Rochester estaba muy ansioso de que su pastor, el doctor Penny, me conociera, conversara conmigo y se preparara para cooperar en las labores. Como decliné su amable invitación para ir a su casa, informándole que sería huésped del señor Bissell, pasó a verme inmediatamente después del desayuno y me informó que había arreglado una entrevista entre el doctor Penny y yo, en su casa y para esa misma hora. Me apresuré para ir a conocer al doctor y mantuvimos una amena entrevista cristiana. Cuando empecé mis labores el doctor Penny asistió a nuestras reuniones y pronto me invitó a su púlpito. El mismo señor Starr se esforzó para propiciar un buen entendimiento entre los pastores y las iglesias y pronto un gran cambio se manifestó en la actitud y en el estado espiritual de las iglesias.

Pronto se suscitaron conversiones muy sobresalientes. La esposa de un prominente abogado de la ciudad fue una de las primeras personas muy conocidas de la ciudad que resultó convertida. Ella era una dama de gran reputación, muy conocida, y de extensa cultura e influencia. Su conversión fue muy notoria. La primera vez que la vi, una dama amiga de ella la acompañó a mi habitación y me la presentó. Esta otra dama era una mujer cristiana y había notado que su amiga se encontraba en gran agitación mental, y la había persuadido de ir a verme. La señora Matthews había sido una mujer alegre y de mundo, muy amante de la vida social. Más adelante me confesó que cuando llegué a Rochester había lamentado grandemente mi presencia y que temía que se fuera a producir un avivamiento que interfiriera con los placeres y las diversiones que se había prometido darse durante aquel invierno. Por la conversación descubrí que realmente el Espíritu del Señor estaba tratando con ella de forma implacable. La mujer se encontraba bajo una gran convicción de pecado. Después de haber conversado considerablemente, le presioné fuertemente para que se entregara a Cristo en ese mismo momento --para que renunciara al pecado, al mundo, a sí misma, y le entregara todo a Cristo. Pude notar que era una mujer muy orgullosa. Me pareció que el orgullo era la característica más notable de su carácter. Al finalizar nuestra conversación nos arrodillamos para orar, en ese momento mi mente se llenó por completo con el tema del orgullo de su corazón en la forma en la que lo manifestaba, así que enseguida presenté este texto: "Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". Sentí que a aquello había sido guiado irresistiblemente por el Espíritu de Oración. Presenté el tema en oración y casi inmediatamente escuché a la señora Matthews repetir el texto: "si no os convertís y os hacéis como niños"--"Si no os hacéis como niños"--"Si no os convertís y os hacéis como niños". Observé que su mente había quedado capturada por aquello y que el Espíritu de Dios la estaba presionando sobre su corazón. Continué orando y planteándole el tema del orgullo a su mente, presentándola delante de Dios con su necesidad de ser convertida en una niña. Busqué al Señor para que la convirtiera, para que la hiciera como una niña, para que la apartara de su orgullo y de su grandiosidad y la llevara a la humildad, a la actitud de una pequeña niña. Sentí que el Señor estaba dando respuesta

a la oración. Tuve la certeza de que lo estaba haciendo y no me cabía duda, creí en mi mente que el Señor estaba ejecutando la obra misma que le había pedido hacer. El corazón de la señora Matthews se quebrantó, sus sensibilidades brotaron, y cuando nos levantamos de nuestras rodillas se había vuelto realmente en una niña. Se puso de pie, se mostró en paz, establecida en una fe jubilosa y se retiró. A partir de ese momento se volvió muy abierta para hablar de sus convicciones religiosas y muy celosa por la conversión de sus amistades. Su conversión, por supuesto, produjo mucha excitación entre la clase de gente a la que pertenecía.

Hasta mi llegada a Rochester creo que nunca, salvo raras excepciones, había hecho uso de un medio para la promoción de los avivamientos que se conoce con el nombre de "la silla ansiosa". En ocasiones le había pedido a personas en la congregación que se pusieran de pie, pero no había hecho uso frecuente de este otro método. De cualquier modo, al estudiar el tema, había sentido muchas veces la necesidad de aplicar algunas medidas que llevaran al pecador a adoptar una postura. A partir de mi propia experiencia y de la observación descubrí que particularmente en las clases altas el gran obstáculo a vencer es el temor a ser reconocido como un pecador ansioso por la salvación de su alma. Esta clase de gente muchas veces es demasiado orgullosa como para tomar alguna postura que le revele a otros la ansiedad en la que se encuentran por sus almas. También descubrí que se necesitaba de algo más, aparte de lo que ya había practicado, que sirviera para crear la impresión de que se esperaba que entregaran su corazón allí y en ese mismo momento; era preciso algo que les llamara a actuar, y a actuar de forma pública delante del mundo tal y como lo habían hecho estando en sus pecados; de algo que les comprometiera públicamente con el servicio de Cristo; una manifestación o una demostración pública que sirviera para declararle a todos que habían abandonado en ese momento su vida de pecado y que se habían comprometido con Jesucristo. Descubrí que cuando simplemente les había llamado a ponerse de pie en la congregación pública, esto había surgido un buen efecto y que servía para los propósitos intencionados. Sin embargo, durante algún tiempo estuve sintiendo que algo más era necesario para sacarles de en medio de la masa de público impío a una renuncia pública de sus vidas de pecado, así como también a un compromiso público de entrega a Dios.

Si mal no recuerdo fue en Rochester en donde por primera vez introduje esta medida. Esto sucedió años más después de que se levantara aquel clamor por "las Nuevas Medidas". Pocos días después de la conversión de la señora Matthews --creo que por vez primera-- hice un llamado a todas las clases de personas cuyas convicciones estaban a punto y que se sentían dispuestas a renunciar a sus pecados en ese mismo momento y a entregarse a Dios, para que pasaran al frente y ocuparan ciertas sillas-- las cuales había solicitado que quedaran vacantes. Les dije que allí se ofrecieran a Dios mientras orábamos por ellos. Pasaron al frente muchos más de lo que esperaba, y en medio de aquellas personas pasó también otra dama prominente y varias otras de sus

amistades pertenecientes al mismo círculo social. Esto aumentó la emoción y el interés entre aquella clase de gente, y pronto fue evidente que el Señor estaba en procura de la conversión de las clases más altas de la sociedad. Mis reuniones pronto se encontraron abarrotadas de aquella clase de personas. Los abogados, médicos, mercaderes, y de hecho, la clase más inteligente de la sociedad, se tornó cada vez más y más interesada e influenciada a entregar sus corazones a Dios. Pronto la obra cobró un extenso efecto entre los abogados de la ciudad. Siempre ha habido en Rochester un número importante de abogados líderes en el Estado. La obra enseguida atrapó a muchos de ellos. Estos abogados se volvieron muy ansiosos y acudían con libertad a nuestras reuniones para interesados, muchos de ellos pasaron al frente a tomar asiento en la silla ansiosa, como se la ha llamado desde entonces, y públicamente le entregaron sus corazones a Dios.

Recuerdo una noche, después de predicar, en la que tres de estos abogados me siguieron a mi habitación, todos ellos bajo profunda convicción, y me parece también que todos ellos habían estado ya en la silla ansiosa, sin embargo no tenían claras sus mentes y sentían que no podían volver a sus casas hasta que no se hubieran convertido y hecho las paces con Dios. Conversé con ellos y oré con ellos, creo que antes de partir todos habían hallado paz en sus mentes al creer en el Señor Jesucristo. Debí decir que poco después de que la obra comenzara, las dificultades entre el hermano Bissell y el doctor Penny quedaron sanadas; y que todas las distracciones y las fricciones que habían existido quedaron arregladas, de tal modo que primó un espíritu universal de bondad y camaradería en medio de todas las iglesias, según pude conocer.

La obra continuó en aumento. Tuve una cita para asistir a la Primera Iglesia. Ese día tuvo lugar una parada militar en la ciudad. Se había convocado a la milicia y era mi temor que por la emoción del desfile la atención de la gente quedara distraída y que esto pudiera mermar la obra del Señor. Encontré la casa de reunión bastante concurrida, llena a su máxima capacidad en todas sus partes. El doctor Penny presentó los servicios y estaba conduciendo la primera oración cuando escuché algo que supuse era la descarga de un arma e inmediatamente el tintineo de cristales, como si una ventana hubiese recibido el impacto. Creí que alguno de los entrenadores, por descuido, había disparado muy cerca de una ventana, lo que había provocado que uno de sus paneles se rompiera. Sin embargo, antes de que pudiera pensar en nada más, el doctor Penny saltó desde el púlpito sobre mí, pues yo me encontraba arrodillado y reclinado sobre un sofá que estaba detrás de él. El púlpito se encontraba en frente de la iglesia, entre las dos puertas. La parte de atrás de la iglesia estaba levantada sobre el muro del canal. De un momento a otro la congregación se sumergió en pánico total y la gente corría a una hacia puertas y ventanas. Una dama de avanzada edad sostenía levantada una ventana de la parte trasera por donde, según se me informó, varios saltaron al canal. La agitación era terrible. Algunos saltaban de las galerías hacia los

pasillos del piso de abajo, otros corrían literalmente sobre los asientos y los respaldos de los bancos, la gente se atropellaba en los pasillos. Yo me puse de pie frente al púlpito, y sin saber aun lo que sucedía levanté las manos y dije al tope de mi voz: "¡Hagan Silencio! ¡Silencio!" En ese momento dos señoras que venían corriendo en toda su emoción en dirección al púlpito se agarraron de mí. El doctor Penny corrió hacia la calle, y vio a la gente correr en todas direcciones, tan rápido como podían. Como yo no estaba consciente de ningún peligro, la escena me parecía tan absurda que casi no podía contener la risa. La gente corría atropellándose en los pasillos. En varias ocasiones observé a algunos hombres levantándose del suelo, y al hacerlo echaban al piso a los más débiles, que habían ido tropezando con ellos. Todos salían de la casa tan pronto como podían. Algunos quedaron considerablemente lastimados, pero nadie perdió la vida. Con todo esto la casa quedó cubierta de toda clase de cosas, en especial de prendas femeninas. A algunas de las damas se les desgarraron los trajes hasta la altura del trasero. Bonetes, chales, guantes, pañuelos y partes de vestidos quedaron esparcidos en toda dirección. Me parece que los caballeros, por lo general, se habían marchado sin sus sombreros. Muchas personas quedaron lastimadas y adoloridas por la terrible premura.

Supe más tarde que las paredes de la iglesia habían estado asentándose por cierto tiempo, debido a que el terreno, por su proximidad al canal, era muy húmedo. La iglesia se había construido en piedra, y en consecuencia era bastante pesada; el terreno era de arcilla, y el edificio se había asentado. Esto se le había comunicado a la congregación y algunos temían que la torre fuera a caerse o que el techo o las paredes del edificio se vinieran abajo. Para entonces yo no había escuchado nada del asunto. El sonido que había causado la conmoción se debió a una viga que había caído del techo, y que rompió el yeso que se encontraba justo sobre la lámpara que estaba frente al órgano. El yeso rompió la lámpara, produciendo el sonido de los cristales rotos que había escuchado. La gente de la ciudad, que ya temía por la casa, se alarmó y se apresuró a salir en la forma en la que he descrito. El doctor Penny dijo que cuando la viga cayó abrió los ojos --pues estaba orando-- y al ver lo sucedido no dudó de que el techo se estaba viniendo abajo y saltó del púlpito y salió tan pronto pudo. Al examinar la casa se encontró que las paredes se habían extendido de tal manera que el peligro de que el techo se viniera abajo era real. La presión que la galería recibía cada noche había empujado las paredes a cada lado y la situación había llegado al punto de que la posibilidad de que llegaran a haber personas heridas era real. Cuando esto ocurrió temí, y supuse que temieron lo mismo, que lo sucedido fuera a mermar la obra, pues la emoción que se había creado era tan grande que resultaba imposible celebrar reuniones en la casa. Sin embargo, la obra no se debilitó. El Espíritu del Señor estaba obrando seriamente en el avivamiento y parecía que nada iba a detenerle.

Se nos abrió la posibilidad de hacer uso de la iglesia de ladrillo, cuyo pastor para ese entonces había renunciado para ir a trabajar a otro campo. Desde entonces nuestras

reuniones se alternaban entre la Segunda y la Tercera iglesia Presbiteriana, la gente de la Primera iglesia y una congregación que asistía siempre que pudiera encontrar lugar en la casa. Las tres iglesias presbiterianas, y de hecho, cristianos de todas las denominaciones parecían haber abrazado una causa común y unían por entero sus esfuerzos para trabajar de toda voluntad en el rescate de los pecadores. Fuimos obligados a mantener reuniones casi de manera continua. Yo predicaba prácticamente cada noche y tres veces en el Sabbat. Después de que la obra tomó gran poder sosteníamos reuniones para interesados muy frecuentemente en las mañanas. Recuerdo una mañana en particular en la cual habíamos estado realizando una reunión para interesados. Un caballero había estado presente y se había convertido. Este hombre era el yerno de una mujer muy piadosa y de mucha oración, que pertenecía a la Tercera Iglesia. La dama había estado en gran ansiedad por él y había orado mucho por su salvación. Cuando el hombre regresó a su casa de la reunión para interesados estaba lleno de gozo, paz y esperanza. La dama, por su parte, había estado orando apasionadamente en ese tiempo para que Dios le convirtiera en aquella reunión. Tan pronto como ella se encontrón con su yerno y él le declaró que se había convertido--y viendo en su rostro que tal cosa era cierta --quedó tan sobrecogida que se desmayó y cayó muerta. Este hecho fue muy impactante y produjo un aumento en la solemnidad. Otro hombre, que vivía al oeste del río y como a milla y media al sur de la ciudad, estuvo varios días bajo gran convicción hasta que finalmente quedó poderosamente convertido de súbito. La reacción en su mente fue tan grande, y su gozo tan sobrecogedor, que también cayó muerto.

Para aquel entonces había en Rochester una escuela superior presidida por un señor de apellido Benedict, hijo de Abner Benedict, quien era en aquel momento pastor de la Iglesia de Brighton, cerca de Rochester. Este señor Benedict era escéptico, pero estaba a la cabeza de una escuela superior muy grande y floreciente. Siendo que a esta escuela asistían los dos sexos, una señorita de apellido Allen le servía como asistente y asociada. Esta señorita era cristiana. Los estudiantes asistían a los servicios religiosos, y pronto muchos de ellos mostraron profunda ansiedad por sus almas. Cierta mañana el señor Benedict se encontró con que ninguno de sus alumnos podía recitar lo aprendido. Cuando les pedía que se pusieran de frente para la lección, los jóvenes estaban tan ansiosos por sus almas que lloraban. El ver el estado en el que se encontraban los estudiantes le confundió mucho. Llamó a su asociada femenina, la señorita Allen, y le dijo que los jóvenes se encontraban tan ansiosos por sus almas que no les era posible recitar y le preguntó si no sería mejor llamar a Finney para que les diera instrucción. Más tarde la señorita Allen me informó de la situación y me dijo que se sintió muy contenta de que haya sido él quien levantara la cuestión y que ella le había aconsejado de forma muy cordial que enviaran por mí. Así lo hizo el señor Benedict, y el avivamiento tomó un poder tremendo en aquella escuela. Pronto el mismo señor Benedict quedó convertido, y de hecho casi todas las personas en aquella escuela se convirtieron también. Hace unos pocos años la señorita Allen me informó

que unas cuarenta personas de las convertidas en aquella escuela se hicieron ministros. No estoy seguro, pero ella también afirmó que más de cuarenta se habían vuelto misioneros en el exterior. Este es un hecho que yo no conocía anteriormente. Ella me nombró a algunos de ellos de aquel entonces, y de cierto una buena porción se habían hecho misioneros en el exterior.

Después de haber permanecido unas cuantas semanas en casa de Josiah Bissell, nos hospedamos en un lugar más céntrico, en el hogar del señor Beach, un abogado de la ciudad y cristiano profeso. La hermana de su esposa vivía en la casa y era una joven impenitente. Esta era una muchacha de fina apariencia, una exquisita cantante y una dama cultivada. Supimos enseguida que estaba comprometida para casarse con el juez Addison Gardiner, quien para entonces era juez de la corte suprema del estado. El juez Gardiner era un hombre muy orgulloso, que resistía la práctica de la silla ansiosa y que incluso hablaba en contra de ella. De cualquier modo, frecuentemente estaba ausente de la ciudad, ocupado en la corte, y no llegó a convertirse en aquel invierno. Por otro lado, un buen número de abogados se convirtieron y la joven de la que he hablado, su prometida, también se convirtió. Menciono este hecho porque más tarde el juez se casó con ella, lo cual sin duda condujo a su propia conversión en un avivamiento que tuvo lugar diez años después, un particular sobre el cual hablaré más adelante, en otra parte de mi narrativa, según la secuencia de los hechos.

Este avivamiento produjo un gran cambio en el estado moral y en la historia subsecuente de Rochester. La gran mayoría de los hombres y mujeres líderes de la ciudad se convirtieron en aquel entonces. También ocurrieron una gran cantidad de incidentes impactantes que no puedo dejar de lado. Un día, la dama que me visitó al principio y cuya conversión he mencionado, fue a verme en compañía de una amiga, con quien deseaba que conversase. Así lo hice, pero encontré que a todas luces la mujer estaba muy endurecida, y de hecho muy dispuesta a no darle importancia al tema. Su esposo era un mercader, y ambos eran personas de alta posición en la comunidad. Cuando le presioné para que le pusiera atención al tema, me dijo que no lo haría porque su esposo no iba a prestarle atención al asunto, y ella no iba a dejar a su marido. Le pregunté si estaba dispuesta a que su alma se perdiera solo porque su marido no le daba importancia a la suya; y que si no le parecía una tontería el descuidar su alma por seguir el ejemplo de él. Ella respondió enseguida: "Si mi marido se va al infierno yo también me voy. Yo quiero ir donde él vaya. No quiero separarme de él a ningún precio". Parecía era imposible causar en ella impresión alguna. Había tomado la decisión de seguir a su marido, y si él no le ponía asunto a la salvación de su alma, ella tampoco estaba dispuesta a hacerlo. Sin embargo, cada noche yo había estado apelando a la congregación y llamando a aquellos que estaban preparados para entregarle su corazón a Dios y mucha gente se convertía cada vez.

Supe más tarde que cuando aquella dama había llegado a su casa su esposo le había dicho: "Querida, esta noche pienso pasar al frente y entregarle mi corazón a Dios". "¡Qué!"--dijo ella--"Hoy mismo le he dicho al señor Finney que no me convertiría en cristiana y que tampoco tendría nada que ver con la religión. Que si tú no te convertías en cristiano yo no lo haría tampoco, y que si te ibas al infierno yo me iría contigo". "Pues bien"--dijo él--"yo no tengo intenciones de irme al infierno, ya me decidí a pasar al frente esta noche y darle mi corazón a Cristo". "En ese caso,"--dijo la mujer--"yo no pienso ir a la reunión para ver eso. Si ya te resolviste a ser cristiano, pues hazlo, que yo no lo haré". Cuando llegó la hora, él se fue solo a la reunión. El púlpito estaba entre las dos puertas del frente de la iglesia. La casa estaba bastante llena, pero el hombre logró encontrar una silla junto al pasillo, en la parte de atrás. Al cerrar la reunión, como era mi costumbre entonces, hice un llamado a aquellos que estaban en ansiedad por sus almas y que ya habían tomado una decisión, a que pasaran adelante y tomaran ciertos asientos cerca del púlpito, para que pudiéramos encomendarles a Dios en oración. Al parecer, después de que el hombre se había marchado ya a la reunión, su mujer decidió ir también; pero al no saber ella dónde se había sentado su marido, se ubicó en el pasillo opuesto al de él, en el extremo de la casa. Cuando hice el llamado el hombre se puso de pie inmediatamente. La mujer observaba para ver si le encontraba y lo vio ponerse de pie e ir al frente. Tan pronto ella le vio avanzar en medio del concurrido pasillo hacia donde se encontraban las sillas, ella también se puso de pie y se dirigió hacia el púlpito. Para su mutua sorpresa se encontraron juntos frente al púlpito, y se arrodillaron para que orásemos por ellos. Un buen número de gente adquirió su esperanza en Cristo allí mismo, más no esta pareja de esposos, que se marcharon a casa demasiado orgullosos como para dirigirse la palabra y hablar acerca de lo que habían hecho. Ambos pasaron la noche agitados.

Si no me equivoco, al día siguiente a eso de las diez en punto de la mañana, el hombre pasó a visitarme y fue conducido a mi habitación. Mi esposa ocupaba una habitación en el segundo piso; y yo otra en la parte de atrás de la vivienda, al pie de la escalera de aquel mismo piso. Mientras conversaba con él uno de los sirvientes me informó que una dama esperaba para hablar conmigo en la habitación de la señora Finney. Me excusé con el hombre por unos momentos y le pedí que me esperara mientras iba a atender la otra visita. Me encontré con que se trataba precisamente de su mujer, la misma que me había visitado el día anterior y que se había mostrado tan testaruda. Ninguno de los dos sabía que el otro había venido a verme. Conversé con ella y descubrí que estaba al borde de someterse a Cristo. También supe que a todas luces su esposo estaba en la misma situación. Luego de esto regresé a mi habitación y le dije al hombre: "Voy a orar con una dama en la habitación de la señora Finney, y quisiera saber si usted podría acompañarnos para unirnos todos en oración". El hombre accedió y cuando entró a la habitación ¡eh allí su esposa! Ambos se miraron con gran sorpresa y se mostraron profundamente afectados por haberse encontrado en ese lugar. Nos arrodillamos para orar. No llevaba yo mucho tiempo dirigiendo la oración

cuando ella empezó a llorar y a orar audiblemente por su esposo. Me quedé escuchando en silencio y noté que se había despojado de toda preocupación por su propia persona y luchaba en agonía por la conversión de su esposo. El corazón del hombre pareció quebrantarse y rendirse. Justo en ese momento sonó la campana para el almuerzo. Pensé que lo oportuno era dejarlos a solas. Toqué a mi esposa para llamar su atención, nos pusimos de pie en silencio y bajamos a la comida, dejándoles en oración. Cominos de prisa y volvimos a la habitación, en donde les encontramos de lo más delicados, humildes y amorosos.

Aún no he hablado mucho acerca del Espíritu de oración que prevaleció en este avivamiento. Cuando estaba de camino a Rochester, a medida que pasábamos por una villa a unas treinta millas al este de nuestro destino, un hermano ministro a quien conocía, al verme a bordo del bote del canal, se subió de un brinco para conversar brevemente conmigo, con la intención de navegar por un corto tramo y luego saltar a tierra nuevamente. Sin embargo, al interesarse tanto en la conversación y al conocer hacia dónde me dirigía, decidió ir conmigo a Rochester. Casi de inmediato cayó en gran convicción y la obra caló hondo en él. Teníamos pocos días de haber llegado a Rochester, pero el ministro ya estaba bajo tal convicción que no podía evitar llorar en voz alta al andar por la calle. El Señor le dio a este hombre un poderoso Espíritu de oración, y su corazón fue quebrantado. Siendo que él y yo orábamos mucho juntos, me impactó su fe con respecto a lo que Dios iba a hacer en el lugar. Recuerdo que este ministro decía: "Señor, no sé cómo será, pero me parece saber que vas a hacer una obra grande en esta ciudad". El Espíritu de oración se derramó poderosamente, tanto que algunas personas se apartaban de los servicios públicos para orar, al no poder contener sus sentimientos durante la predicación.

En este punto me es necesario traer el nombre de un hombre, a quien deberé de mencionar con frecuencia más adelante: el señor Abel Clary. Este era el hijo de un hombre excelente y anciano de la iglesia en la que me convertí. Abel Clary se convirtió en el mismo avivamiento en el que yo me convertí. Había sido licenciado para predicar, pero su Espíritu de oración era tal, que su carga por las almas no le dejaba predicar mucho, la mayor parte de su tiempo y de su fuerza las entregaba en oración. El peso en su alma era frecuentemente tan grande que no podía mantenerse en pie, y le hacía retorcerse y gemir en agonía de una forma impresionante. Yo le conocía muy bien y sabía de ese maravilloso Espíritu de oración que reposaba sobre su persona. Era un hombre muy silencioso, al igual que casi todas las personas que tienen el mismo poderoso Espíritu de oración.

Supe por primera vez que se encontraba en Rochester por un caballero que vivía como a una milla al este de la ciudad. Este caballero me visitó un día y me preguntó si conocía a un señor Abel Clary, que era ministro. Le respondí que le conocía muy bien y luego me dijo: "Pues bien, él está en mi casa y se ha quedado allí por tanto tiempo". He

olvidado cuánto tiempo me dijo, pero había estado allí casi desde mi llegada a Rochester. El caballero continuó diciendo: "No sé qué pensar acerca de él". Le dije que no le había visto en ninguna de nuestras reuniones. "No" --respondió el hombre-- "Sucede que él no puede ir a las reuniones. Ora casi todo el tiempo, día y noche, y lo hace en tal agonía mental que no sé qué pensar. A veces casi no puede sostenerse en sus rodillas, sino que queda postrado en el suelo gimiendo y orando de la forma más sorprendente". Le pregunté que decía y el caballero me respondió que "él no dice mucho. Dice que no puede ir a las reuniones, mas todo su tiempo lo dedica a orar". Le dije a aquel hermano: "Yo lo entiendo, por favor quédese tranquilo. Todo saldrá bien, de seguro el hermano Clary prevalecerá".

Para aquel entonces supe de un considerable número de hombres que estaban en la misma situación. Un diácono de apellido Pond, de Camden, en el condado de Oneida; otro diácono de apellido Truman, en Rodman, en el condado Jefferson; un diácono Baker, de Adams, en ese mismo condado; y con ellos este señor Clary a quien me he referido y muchos otros hombres. También un gran número de mujeres participaban de ese mismo Espíritu y pasaban gran parte de su tiempo en oración. El hermano --o como le solíamos llamar, el Padre Nash, un ministro que llegó a muchos de mis campos de labores para ayudarme, era otro de esos hombres con tan poderoso Espíritu de oración que prevalece. Este señor Clary permaneció en Rochester tanto como yo, y no se marchó hasta mi partida. Que yo sepa nunca apareció en público, sino que se entregó por completo a la oración.

Se dieron muchos casos en Rochester de personas que experimentaron ese espíritu de angustia agonizante en sus almas. Ya he dicho que en el aspecto moral las cosas cambiaron grandemente en aquel avivamiento. Rochester era una ciudad joven, llena de prosperidad, negocios y llena también de pecado. Sus habitantes eran inteligentes y altamente emprendedores. A medida que el avivamiento barrió el pueblo y que una gran masa de personas influyentes, tanto de hombres como de mujeres, se convirtieron, se produjo un cambio en el orden, la sobriedad y la moralidad de la ciudad que resultó maravilloso.

En un periodo subsiguiente, que debo mencionar en esta parte, me encontraba conversando con un abogado que se había convertido durante este avivamiento del cual he hablado. Este abogado había sido nombrado fiscal distrital de la ciudad, que es lo mismo que otro llaman acusador público. Su trabajo consistía en supervisar el enjuiciamiento de los criminales y por su posición llegó a familiarizarse mucho con la historia criminal de la ciudad. Mientras conversábamos del avivamiento en el cual se había convertido--esto muchos años más tarde--me dijo: "He estado examinando el record de las cortes criminales y me he encontrado con este impactante hecho: que aunque nuestra ciudad ha crecido el triple desde el avivamiento, no hay ni un tercio de los fiscales penales que había en aquel entonces. Por lo tanto el crimen ha disminuido

en dos terceras partes y esto se ha debido a la maravillosa influencia de aquel avivamiento sobre la comunidad". De hecho, por el poder de aquel avivamiento el sentimiento público fue moldeado. Los asuntos de la ciudad han estado desde entonces en gran medida en manos de hombres cristianos. El gran peso del carácter ciudadano ha estado de parte de Cristo, y los asuntos públicos han sido conducidos de acuerdo con esto.

Entre las conversiones que se dieron no puedo dejar de mencionar la de Samuel D. Porter, un prominente ciudadano de Rochester. Para aquel entonces era librero y estaba asociado con un señor llamado Everard Peck, quien fue el padre de nuestro difunto profesor Peck. El señor Porter era un infiel, que aunque no era ateo no creía en la autoridad divina de la Biblia. Era un lector y un pensador, un hombre de mente aguda y perspicaz, de voluntad férrea y de carácter decidido. Creo también que era un hombre de buena moral externa y un caballero muy respetado. Un día llegó a mi habitación, temprano en la mañana, y me dijo lo siguiente: "Señor Finney, se está dando aquí un gran movimiento por causa de la religión, mas yo soy escéptico y quiero que usted me pruebe que la Biblia es la verdad". El Señor me dio enseguida la capacidad de discernir el estado mental del hombre, lo que hizo posible para mí el determinar el curso que tomaría con él. Le pregunté: "¿Cree usted en la existencia de Dios?" "¡Por supuesto!"--Respondió--"no soy ateo". "Bien"--le dije--"¿Cree que ha tratado a Dios como él se merece? ¿Ha respetado su autoridad? ¿Le ha amado? ¿Ha hecho lo que usted creía que debía de hacer para complacerle, y con la intención de complacerle? ¿Admite que debería de amarle, adorarle y obedecerle de acuerdo a la verdad que usted tiene de él?" "¡Sí! Admito que todo eso es cierto"--Respondió. "Mas, ¿lo ha hecho?"--le pregunté. "Pues no, no puedo decir que lo haya hecho". "En ese caso, ¿por qué debería yo de darle más información y más verdad, si usted no está dispuesto a obedecer la luz que ya tiene? Cuando usted se decida a vivir de acuerdo con sus convicciones, esto es, a obedecer a Dios de acuerdo con la verdad que ya posee, cuando se haya determinado a arrepentirse de su actual negligencia y a complacer a Dios tan bien como sabe que puede hacerlo por el resto de su vida, trataré de mostrarle por qué la Biblia proviene de Dios. Hasta entonces no tiene caso que me esmere en hacer tal cosa" --le dije. Para esto, yo no había tomado asiento y creo que tampoco le había invitado a sentarse. Él respondió: "No sé qué decirle, pero lo que me ha dicho es lo justo". Enseguida se retiró.

No volví a escuchar de él sino hasta el día siguiente, temprano en la mañana, cuando justo después de levantarme pasó nuevamente a mi habitación. Tan pronto entró dio una palmada y dijo: "Señor Finney, ¡Dios ha hecho un milagro! Bajé a la tienda después de que dejé su habitación pensando en lo que usted había dicho, y me decidí a arrepentirme de aquello que sabía estaba en mal en cuanto a mi relación con Dios, y me determiné a que de ahora en adelante iba a vivir de acuerdo a la verdad que poseo. Cuando me decidí a esto mis sentimientos me abrumaron de tal modo que caí

postrado y hubiera muerto de no ser por el señor Peck, quien se encontraba conmigo en la tienda". Desde ese momento todos quienes le conocen saben que es un cristiano apasionado y de oración. Menciono este caso en particular porque este mismo señor Porter ha sido por muchos años uno de los fideicomisarios del Colegio Oberlin, y ha permanecido con nosotros a lo largo de todas nuestras tribulaciones, y nos ha ayudado con su influencia y con su cartera.

Los medios usados en la promoción de este avivamiento fueron precisamente los mismos que han sido usados en todos los avivamientos de los que he sido testigo, con la excepción, como ya lo he dicho, de lo que entonces se conoció con el término de "la silla ansiosa". Descubrí que la misma tenía un gran poder para el bien. Si los hombres que estaban bajo convicción se rehusaban a mostrarse públicamente, renunciar a sus pecados y a entregarse a Dios, la presencia de esta silla les daba una mayor evidencia del orgullo de sus corazones. Si, por otro lado, rompían con todas esas consideraciones que les impedían tomar su lugar en aquellas sillas, estaban dando un gran paso, y continuamente comprobé que ese era precisamente el paso que les era necesario dar. También comprobé muchas veces que, cuando les explicaba la verdad y llegaban a tener entendimiento, y se les mostraba claramente cuál era su deber a realizar antes de que se les pidiera pasar al frente, de hecho cumplían con su promesa, y que éste era un medio usado por el Espíritu de Dios para llevarles a una sumisión actual y a aceptar a Cristo. Por mucho tiempo he tenido la opinión de que la razón principal por la cual tan poca gente se convertía con los predicadores comunes era porque no les mostraban que se demandaba de ellos sumisión inmediata. Los ministros han tenido el hábito de predicar a los pecadores sermones que señalan sus deberes; pero los concluyen diciéndoles que primero su naturaleza debe de ser cambiada por el Espíritu de Dios o jamás podrán hacer nada al respecto. Los ministros han tenido tanto temor de deshonorar al Espíritu de Dios que han creído que es su deber, al finalizar todo sermón y toda exhortación al arrepentimiento, el llamar la atención del pecador para señalarle su dependencia del Espíritu de Dios.

La doctrina que afirma que el pecado es parte de la constitución del hombre y que pertenece a su propia naturaleza, es decir, que la misma naturaleza humana debe de ser cambiada por la influencia física y directa del Espíritu Santo, lleva a los ministros que creen en ella a recordarle a los pecadores su incapacidad para hacer lo que Dios requiere--y lo que en sus mismos sermones les urgen a hacer. Y justo en el momento en el cual el pecador necesita pensar en Cristo, en su deber para con él, y en lo que realmente importa y debe de hacerse, su atención es desviada a tratar de buscar aquella supuesta influencia divina que debe primero de cambiar su naturaleza, y a dejar que el Espíritu de Dios actúe sobre su naturaleza en la forma de un golpe de electricidad mientras él permanece pasivo. Con esto la mente del pecador se vuelve mística; no es ninguna sorpresa que con aquellas predicaciones tan pocas almas quedaran convertidas. El Señor me convenció de que esta no era la forma de tratar con

las almas. Me mostró claramente que la depravación moral debe de ser voluntaria, que la labor divina en la regeneración debía de consistir en instruir el alma, en argumentar, persuadir e implorar. Que por lo tanto, lo que debía de hacerse era mostrarle al pecador claramente cuál es su deber, y confiar en lo que el Espíritu le mostraba qué debía de hacer con urgencia; mostrarle a Cristo, y esperar a que el Espíritu Santo tome de lo de Cristo para mostrárselo al pecador; dejándole ver también su pecado y esperar que el Espíritu Santo le muestre la terrible perversidad de su pecado, y a que le guíe a la renuncia voluntaria del mismo. Vi de esta manera que para poder ser un agente inteligente, capaz de cooperar en la obra del espíritu Santo, debo de presentar las verdades a ser creídas, los deberes a ser realizados, y las razones que sostienen esos deberes. Eso mismo es lo que hace el Espíritu para que el pecador pueda ver y entender la fuerza de la urgencia en las razones que le presenta el ministro, la verdad de los hechos que se le han planteado, y para darle al pecador el sentido de revelación que le lleven a actuar. Es por esto que me resultaba tan claro que desviar la atención del pecador hacia su dependencia en el Espíritu de Dios estropea, en vez de ayudar, el avance de la obra del Espíritu. Es el deber del ministro urgir al pecador y la labor del Espíritu el hacer la urgencia de este llamado efectiva para que así pueda superar su oposición voluntaria. Por todo, era claro para mí que era totalmente antifilosófico y absurdo que a la vez que se llamaba al pecador a cumplir con su deber, se le dijera que le era imposible cumplir con él, se le recordara su dependencia del Espíritu de Dios, que su naturaleza debía de ser cambiada, y todas las demás cosas que se decían y que en su misma naturaleza estaba calculadas para evitarle el dar el paso que el Espíritu mismo le urgía a tomar. Esta clase de enseñanza conduce al pecador a resistir el Espíritu de Dios, a esperar a que Dios haga algo para cambiar su corazón antes de él mismo volverse a Dios. El hecho es que el error fundamental estaba en suponer que aquel cambio de corazón era uno físico y no un cambio moral, esto es, que representaba un cambio en la naturaleza en lugar de ser un cambio en el compromiso voluntario y la preferencia de la mente.

Con este tipo de enseñanza a la que me refiero, los hombres dan tumbos y casi nunca llegan a convertirse con las palabras del predicador. Si de alguna manera llegaran a tener convicción y a convertirse, sería porque necesariamente olvidaron la teoría con la que han sido instruidos, y dejado completamente de lado la perspectiva que enfatiza su inhabilidad de arrepentirse y porque abandonaron momentáneamente su dependencia del Espíritu de Dios para actuar bajo sus convicciones y cumplir con la urgente enseñanza del Espíritu. Es la labor del Espíritu, primero traer convicción de pecado, de justicia y del juicio por venir al pecador, y una vez que se le ha enseñado a la persona su necesidad del Salvador, presentarle a este Salvador en su naturaleza divina, su labor y sus relaciones, su expiación y su misericordia, su voluntad, su disposición y su capacidad de salvar hasta lo sumo. Cristo prometió que el Espíritu Santo sería un maestro para guiar a los hombres, por medio de una persuasión divina, a renunciar a sus pecados y a entregarse a Dios. De lo que el pecador tiene conciencia

bajo esta labor de Espíritu, no es de la presencia de ninguna agencia divina en su mente, sino de la visible claridad de la verdad, y esto produce en él una impresión profunda. Sus dificultades son aclaradas, sus errores corregidos, su mente iluminada, la verdad presiona su conciencia, y siente la urgencia sobre su espíritu de someterse inmediatamente a Dios. La verdad es lo que captura su atención. Si la persona lee su Biblia, inferirá que esta urgencia que siente proviene del Espíritu de Dios. Comúnmente es apropiado que se le diga que esta es la forma en la que el Espíritu de Dios está trabajando con él y que de resistir las verdades que le están siendo mostradas a su mente, está realmente resistiendo al Espíritu Santo; por el contrario, si acepta estas verdades con cordialidad, se está rindiendo a la enseñanza divina. Sin embargo, el pecador debe entender distintivamente que el Espíritu trabaja, no para convertirle mientras él se encuentra en un estado pasivo en el cual simplemente espera el tiempo de Dios; sino que el Espíritu de Dios le convierte o le hace volver de su pecado al inducirle a que él mismo se vuelva a Dios; que el acto de sumisión es un acto personal y que el Espíritu de Dios da la fe, solo al presentarle estas verdades para que puedan ser creídas con tal claridad divina y persuasión, como para guiarle a confiar en el Salvador. Que el Espíritu de Dios nos da fe al inducirnos a creer; y que nos guía a cumplir con toda obligación: con el arrepentimiento, el creer, el sometimiento, el amor, al presentar las verdades que están calculadas para conducirnos con tal claridad como para hacernos vencer nuestra propia resistencia e inducirnos a, voluntariamente, con toda sinceridad y de todo corazón, volver a Dios, confiar en él, amarle y obedecerle.

Con estas perspectivas acerca del tema pude ver con claridad que cuando el pecador es instruido a fondo mientras escucha la voz del predicador, y la verdad en la misma siendo mostrada con claridad por el Espíritu Santo, se hace necesario inducirle a actuar en base a sus convicciones allí y en ese mismo momento. Concluí en aquel entonces --y desde allí he sostenido el mismo pensamiento-- que el llamar al pecador a salir de en medio de la multitud y asumir una postura delante de Dios, siendo así lo más abierto y franco que se puede ser delante del mundo en cuanto a su renuncia al pecado, el llamarle a cambiar de bando, renunciando al mundo para venir a Cristo, a renunciar a su propia justicia y aceptar a Cristo--y en breve, a hacer justamente lo mismo que constituye un cambio de corazón, era precisamente lo necesario. Esa medida no me ha decepcionado. Siempre la he hallado como algo grandemente necesario; más aún puedo relatar multitud de ocasiones en las cuales hombres orgullosos, después de haberla resistido por cierto tiempo, llegaron a ver que era apropiada y necesaria, y ellos mismos pasaron al frente y ocuparon la silla ansiosa para entregarse a Cristo. Con frecuencia me han dicho que son de la idea de que de no haber sido llamados a dar aquel paso, y de no haberlo ellos dado o asumido un paso semejante, no se hubieran convertido jamás. Si mi labor está destinada a la conversión del pecador, debo entonces decirle aquellas cosas que el Espíritu de Dios desea que él crea y que entienda. Me es menester presentarle las consideraciones que deben influenciar su

acción presente. De este modo coopero con el Espíritu de Dios; pues es precisamente aquello lo que el Espíritu desea asegurar: que las acciones presentes del pecador estén de acuerdo con los requerimientos de Dios. Jamás he sentido que he cumplido con mi deber sino hasta que he presionado en la mente del pecador todas las consideraciones que en el momento considero esenciales para que logre entender su deber y ejecutarlo.

Más adelante, cuando hable acerca de otro gran avivamiento ocurrido en Rochester en el cual estuve presente, las verdades de las cuales he estado hablando podrán verse ejemplificadas en la conversión del juez que mencioné anteriormente. Jamás supe que en este avivamiento de Rochester, al cual me he referido desde el principio, se hayan dado quejas de ningún tipo de fanatismo o de cualquier cosa deplorable en sus resultados. El avivamiento fue muy poderoso, reunió a un gran número de personas de la clase más influyente en la sociedad e hizo una barrida tan profunda que causó gran emoción en los que estaban cerca como en los de lejos. Algunas personas escribieron cartas desde Rochester a sus amigos, reportando acerca de la obra. Estas cartas se leyeron en varias iglesias a lo largo de varios estados y fueron claves en la producción de grandes avivamientos de la religión que se dieron más adelante. Muchas personas llegaron desde otras partes para ser testigos de la gran obra de Dios, y llegaron a convertirse. Recuerdo el caso de un médico que se sentía tan atraído por lo que había escuchado acerca de la obra que llegó a Rochester desde Newark, Nueva Jersey para ver lo que Dios estaba haciendo. Este doctor, que era un hombre de mucho talento y cultura, se convirtió de hecho en Rochester y por muchos años ha sido un ardiente obrero cristiano a favor de las almas.

Recuerdo que una tarde, cuando hice el llamado a pasar al frente y ocupar la silla ansiosa, un hombre de mucha influencia en un pueblo vecino pasó al frente con varios miembros de su familia para entregarse a Dios. De hecho, la obra se esparció como una ola en todas direcciones. Prediqué en tantos lugares aledaños como el tiempo y las fuerzas me lo permitieron, esto mientras mi principal centro de labores estaba en Rochester. En Canandaigua prediqué varias veces y la obra tuvo efecto en el lugar y muchos se convirtieron. El pastor, reverendo Ansel Eddy, se involucró de corazón en la obra. Un hombre de avanzada edad que había sido pastor, inglés de nacimiento, también hizo lo que pudo para avanzar la obra. Prediqué también en varios lugares de los alrededores cuyos nombres no puedo recordar. Lo que sí recuerdo distintivamente es que en cualquier lugar al que iba, la Palabra de Dios tenía efecto inmediato; y parecía que lo único necesario era presentar la ley de Dios y las demandas de Cristo, en la relación y proporciones que fueran calculadas para asegurar la conversión de los hombres, y la gente se convertía a montones. Lo grandeza de la obra de aquel tiempo en Rochester atrajo tanto la atención de ministros y de cristianos a lo largo de los estados de Nueva York, de Nueva Inglaterra y de muchas otras partes de Estados Unidos, que la fama misma de aquel avivamiento se convirtió en un instrumento en las

manos del Espíritu de Dios para promover a lo largo del territorio los más grandes avivamientos de la religión que este país haya visto. Años después de estos sucesos, al conversar con el doctor Beecher acerca del poderoso avivamiento de Rochester y de sus resultados, él señaló: "Aquella fue la más grande obra de Dios, y el avivamiento de religión más grande que el mundo jamás haya visto en un tiempo tan corto. Se reportó que cien mil personas se conectaron con iglesias como resultado de aquel gran avivamiento." --Y añadió-- "esto no tiene paralelo en la historia de la iglesia ni en el progreso de la religión." Al hablar de esto se refería a lo sucedido en un solo año, y a que jamás en la era cristiana se ha registrado un año en el cual se diera tan tremendo avivamiento de la religión.

A partir de la convención de Nuevo Líbano, de la cual ya he hablado anteriormente, la oposición pública y abierta a los avivamientos de la religión fue manifestándose cada vez en menor grado; también me encontré con mucha menos oposición de tipo personal que antes, la cual fue cediendo de forma gradual pero muy significativa. En Rochester no percibí ninguna oposición. Realmente las aguas de la salvación estaban en grande raudal, los avivamientos se habían hecho poderosos y extensos, y la gente tuvo oportunidad de familiarizarse con ellos y con sus resultados en tal medida que los hombres temían oponerse a ellos, como antes lo habían hecho. Los ministros también habían llegado a entenderles mejor, y los más impíos de los pecadores habían llegado a convencerse de que eran realmente la obra de Dios. Tan manifiesta era la masa de conversiones verdaderas-- de estos convertidos que realmente habían sido regenerados y hechos nuevas criaturas-- tan profundamente eran individuos y comunidades transformadas, y tan permanentes e incuestionables los resultados, que llegó a ser la convicción casi universal que estos avivamientos eran la obra de Dios. Se dieron tantas conversiones impactantes, muchos personajes convertidos, y todas las clases, alta y baja, rica y pobre, quedaron de tal manera sometidas a estos avivamientos que casi silenciaron por completo a la oposición abierta. De tener el tiempo podría llenar todo un volumen con todas las conversiones impactantes ocurridas bajo mi observación a lo largo de muchos, muchos años, y en muchos lugares.

CAPITULO XXII

UN NUEVO AVIVAMIENTO EN AUBURN, NUEVA YORK

En mi última temporada en Rochester mi salud decayó. Estaba agotado. Supe más tarde que incluso algunos de los médicos principales de la ciudad se habían convencido de que no predicaría nunca más. Cuando estaba por cerrar mis labores en Rochester el Reverendo doctor Wisner, de Itaca, llegó a la ciudad a pasar un tiempo, para ser testigo de la obra y para ayudar al avance de la misma. En tanto, yo recibí muchas invitaciones para ir a muchos lugares. Entre las invitaciones recibidas estaba la del doctor Nott, presidente del Colegio de Columbia, en la que se me urgía a ir a laborar

con él para, ser posible, asegurar la conversión de sus numerosos estudiantes. Decidí aceptar su solicitud y de acuerdo con esto, en compañía del Doctor Wisner y de Josiah Bisell, de quien ya he hablado, partí en un carruaje público en la primavera de ese año, época en la cual el camino era muy malo. Dejé a mi esposa y a mi hijo en Rochester, pues el trayecto era demasiado peligroso y el viaje en extremo fatigador para ellos. Cuando arribamos a Geneva, el doctor Wisner insistió que fuera a casa con él para descansar un poco. No acepté y le dije que debía continuar con mi labor. Sin embargo, me insistió mucho hasta que finalmente me dijo que los médicos de Rochester le habían dicho que me llevara a casa, pues iba a morir. Le aseguraron que ya no trabajaría en más avivamientos, pues había enfermado de Tisis y me quedaba poco tiempo de vida. Le dije que ya me habían dicho eso antes, pero que se había tratado de un error. Que los doctores no entendían mi caso; que solamente estaba fatigado y que con un poco de descanso volvería a ponerme bien.

Finalmente, el doctor Wisner renunció a su importunidad, y avanzamos hasta Auburn. El trayecto era tan malo que en ocasiones el carruaje no podía avanzar más de dos millas cada hora, y nos había tomado dos o tres días ir de Rochester a Auburn. Como tenía muchos amigos entrañables en Auburn, y también estaba muy fatigado, decidí detenerme allí para descansar hasta la llegada del próximo transporte. Mi boleto estaba pago hasta Schenectady, pero me era posible detenerme por un día o más si así lo quería, y tomar luego el siguiente carruaje. Me detuve en casa del hermano Theodore Spencer, uno de los hijos del Jefe de Justicia Spencer de aquel estado. Este hermano era un cristiano ferviente y un amigo muy querido, razón por la que fui a su casa y no a un hotel, decidido a descansar allí hasta la llegada del próximo transporte.

En la mañana, después de haber dormido tranquilamente por algún tiempo en casa del hermano Spencer, me levanté y me estaba preparando para tomar el carruaje que se esperaba más adelante en el día, cuando un caballero fue a verme con una petición firmada por aquel gran número de hombres influyentes que resistieron el avivamiento de Auburn de 1826, de los que ya he hablado, en donde me solicitaban que me quedara en el pueblo. Estos sucesos que narro sucedieron en la primavera de 1831. En 1826, cuando el doctor Lansing estaba en el lugar, estos hombres se determinaron en contra del avivamiento y llevaron su oposición al punto de separarse de la congregación del doctor Lansing para formar una nueva. En el intervalo, el doctor Lansing fue solicitado en otro campo de labores, y el reverendo Josiah Hopkins, de Vermont, fue establecido como pastor de la Primera Iglesia en lugar del doctor Lansing. Esta petición a la que me refiero, aquellos hombres me hacían un serio llamamiento para que me quedara en el lugar y laborara a favor de su salvación. Estaba firmada por una larga lista de hombres inconversos, la mayoría de ellos se destacaban por ser ciudadanos prominentes. Esto me impactó mucho. En el documento hablaban de la oposición que habían levantado en el pasado en contra de mis labores, y me pedían que ignorara aquel mal e hiciera un alto para predicarles el evangelio.

La petición no provino del pastor ni de su iglesia, sino de aquellos que anteriormente lideraron la oposición a la obra de 1826. Sin embargo, el pastor y los miembros de su iglesia me insistieron con toda su influencia para que permaneciera en Auburn y cumpliera con la solicitud de aquellos hombres. El pastor y la iglesia parecían estar tan sorprendidos como yo con su cambio de actitud. Me retiré a mi habitación y le presenté el asunto a Dios. Pronto mi mente llegó a la decisión de lo que debía de hacer. Le dije al pastor y a sus ancianos que estaba sumamente fatigado, casi consumido; pero que me quedaría bajo ciertas condiciones. Predicaría dos veces en el Sabbat y dos tardes a la semana, y ellos tendrían la responsabilidad de tomar en sus manos todo el resto de las labores. Les dije que no debían esperar que acudiera a ninguna otra reunión, sino solo aquellas en las que estaría predicando, y que ellos estarían encargados de instruir a los interesados y conducir las reuniones de oración, además de cualquier otro tipo de reuniones. Yo sabía que ellos entendían cómo trabajar con pecadores y que podía muy bien confiarles aquella parte de la obra. También estipulé que ninguno de ellos ni de su gente debería visitarme en mi alojamiento, excepto en casos extremos, pues me era necesario tener mis días y tardes de descanso; exceptuando, claro está, los domingos y las tardes de predicación. En el Sabbat se ofrecían tres servicios de predicación, uno de los cuales estaba a cargo del hermano Hopkins. Me parece que yo predicaba en las mañanas y en las noches, y él en las tardes.

La Palabra tuvo efecto inmediato. En el primer o en el segundo Sabbat por la noche vi que la Palabra estaba tomando tanto poder que al cierre le hice un llamado a aquellos que ya habían tomado una decisión por Dios en sus mentes para que pasaran al frente, renunciaran públicamente a sus pecados y se entregaran a Cristo. Para mi gran sorpresa y para la sorpresa del pastor y de muchos miembros, el primer hombre al que vi aproximarse, y de hecho liderar a los otros, era aquel que había conducido e influenciado más que nadie la oposición al avivamiento de 1826. Este hombre se apresuró a llegar al frente seguido por un gran número de personas que habían firmado el papel. Aquella noche se hizo tal demostración, que una emoción general recorrió el lugar.

He hablado anteriormente del Reverendo Abel Clary, de aquel hombre de mucha oración durante mi tiempo en Rochester. Clary tenía un hermano médico que vivía en Auburn. Creo que fue en el segundo Sabbat que observé en medio de la congregación el rostro solemne de este Reverendo. Lucía como si estuviera consumido con una agonía de oración. Siendo su amigo cercano, y conociendo también el gran don de Dios que reposaba sobre él, es decir, aquel Espíritu de oración, me alegró mucho verle. Estaba sentado en el banco junto a su hermano el médico, quien era también profesor de religión, pero que según tengo entendido no sabía nada por experiencia acerca del gran poder que tenía su hermano para con Dios. En el intermedio, tan pronto bajé del púlpito, Abel y su hermano el médico se encontraron conmigo en las escaleras del

púlpito. El doctor me invitó a ir a casa con él para pasar el intermedio y tomar unos refrigerios. Así lo hice.

Al arribar a la casa fuimos llamados a la mesa del comedor y ya reunidos allí el doctor Clary se volvió hacia su hermano y le dijo: "Hermano Abel, ¿podrías hacer la bendición?" Abel bajó la cabeza y empezó a orar por la bendición audiblemente, pero después de la primera o de la segunda frase se quebrantó, de inmediato se levantó de la mesa y huyó a su habitación. El doctor asumió que se había sentido súbitamente enfermo, y se levantó a seguirle. Después de pocos momentos volvió a la mesa y dijo: "Señor Finney, el hermano Abel desea verle". Respondí: "¿Qué le aflige?". "No lo sé" dijo el médico; "pero dice que usted lo sabe. Parece estar en gran angustia, pero creo que es un estado mental". Lo entendí al momento y me puse de pie y fui a verle a su habitación. Abel Clay se encontraba en una de sus temporadas de angustia en su alma. Yacía sobre la cama gimiendo y moviéndose de un lado al otro; el Espíritu estaba haciendo intercesión por él y en él con gemidos indecibles. Con esto quiero decir que sus deseos eran demasiado grandes como para ser expresados en palabras. Sus gemidos podían escucharse en toda la casa. A penas había yo entrado a su habitación cuando escuché que logró decir: "Ore, hermano Finney". Me arrodillé y le ayudé a orar, guiando su alma en su derramamiento por la conversión de los pecadores. Continué orando hasta que su angustia pasó y pude retornar a la mesa. Me parece que el hermano Clary no volvió a la mesa, y si no me equivoco creo que no volví a hablar con él aquel día. Entendí que esa había sido la voz de Dios. Pude ver el Espíritu de oración sobre él, y sentí también su influencia sobre mí y me sentí confiado de que la obra en el lugar sería poderosa, como en efecto lo fue.

Me parece, aunque no estoy del todo seguro, que todos los hombres que firmaron aquel documento; una larga lista de nombres; se convirtieron durante aquel avivamiento. Hace pocos años el doctor Steel, de Auburn, me escribió preguntándome si había conservado aquel documento, pues deseaba saber, según me dijo, si ciertamente todos los firmantes se habían convertido en aquel entonces. El documento se había extraviado, y aunque es probable que lo tuviera traspapelado entre mis numerosos papeles y cartas y pudiera encontrarle luego, no pude satisfacer sus dudas en aquel momento. Sin embargo, de esto estoy seguro, que casi todos, sino todos aquellos hombres se convirtieron, y creo que desde entonces se han contado entre los cristianos más fervientes y útiles de aquella ciudad.

En aquel tiempo permanecí en Auburn durante seis Sabbats, predicando, como ya he dicho, dos veces en el Sabbat y dos veces durante la semana y dejando todo el resto de las labores al pastor y a los miembros de su iglesia. Allí, como en Rochester, hubo muy poca o ninguna oposición declarada. Los ministros y los cristianos tomaron posesión de la obra, y todo quien se había determinado a trabajar encontró suficiente quehacer, al igual que éxito en sus labores. El pastor me dijo más adelante que en aquellas seis

semanas en las que permanecí con ellos, quinientas almas fueron convertidas. Los medios utilizados fueron los mismos que empleé en Rochester. En este avivamiento no hubo visos de fanatismo, y hasta donde sé, tampoco se dio nada que pudiera lamentarse. Este avivamiento pareció ser tan solo una ola de influencia divina que alcanzó Auburn y que provino del centro de Rochester, desde donde había salido una influencia poderosa que recorrió el territorio a lo largo y a lo ancho.

Casi al cierre de mis labores hizo su arribo al lugar un mensajero proveniente de Buffalo que traía una petición urgente en la que se me solicitaba fuera a visitar aquella ciudad. Si no me equivoco, Auburn está a la misma distancia de Rochester hacia el este, que Buffalo al oeste. Este avivamiento de Rochester había preparado el camino para Auburn y para otros lugares de los alrededores, entre estos, Buffalo. El mensajero me informó que en Buffalo la obra ya había comenzado y unas pocas almas ya habían sido convertidas, sin embargo, sentían que hacían falta otros medios, además de los que ya tenían. Me insistieron tanto que salí de Auburn para tomar el mismo camino de regreso, y pasando por Rochester, llegué a Buffalo. Si no me equivoco pasé aproximadamente un mes en Buffalo, tiempo en el cual un gran número de personas llegaron a convertirse.

Al igual que en Auburn y en Rochester, la obra en Buffalo cobró su efecto, muy generalmente entre las clases altas. Me parece que entre los convertidos en esta ciudad se encuentra el Reverendo doctor Lord, quien para entonces era abogado. En esta época también se convirtió el señor Heacock, quien es el padre del Reverendo doctor Heacock de Buffalo. Hay muchas circunstancias relacionadas a su conversión que no podré olvidar jamás. Este señor Heacock era uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad, y era también un hombre de buena moral externa, carácter honrado y un excelente ciudadano, pero con todo esto, era también un pecador impenitente. Su esposa era cristiana y por mucho tiempo había estado orando por él con la esperanza de que llegara a convertirse. Sin embargo, cuando empecé a predicar y a insistir en que el supuesto "no puedo" de los pecadores es realmente un "no estoy dispuesto", y que la dificultad a vencerse es la impiedad voluntaria de los pecadores, cuyas voluntades están por completo y voluntariamente indispuestas a convertirse a Cristo; el señor Heacock se reveló decididamente en contra de la enseñanza. Insistía que en su caso no era así; pues él estaba consciente de estar dispuesto a ser cristiano, y que de hecho, ya hacía mucho tiempo había estado dispuesto. Cuando su esposa me informó acerca de su posición, no lo excusé; sino que cada noche y de día en día me dediqué a cazarlo en sus trincheras, a responder todas sus objeciones y a confrontar todas sus excusas. Con esto, su emoción crecía cada vez más. El señor Heacock tenía una voluntad fuerte y había declarado que no creía, y que no iba tampoco a creer, semejantes enseñanzas. Habló tanto en oposición a las enseñanzas como para, hasta cierto punto, atraer a hombres a quienes no les tenía simpatía alguna, y cuya única afinidad compartida era la oposición a la obra. Con todo esto no dejé de presionarle

con cada sermón, de una forma u otra, con su falta de voluntad para convertirse en cristiano.

Después de su conversión me dijo que se sintió impresionado y avergonzado al saber que algunos burlones se habían refugiado en él y en su postura. Me dijo que una noche se sentó pasando el pasillo y justo al frente de un notorio escarnecedor, y que aquel hombre; a quien por cierto el señor Heacock no le tenía simpatía alguna en lo que a cualquier otro tema se refería; en repetidas ocasiones, mientras yo estaba predicando, le miraba y se sonreía, y le daba grandes señales de su camaradería en la oposición al avivamiento. Dijo que al descubrir esto su corazón se encendió con indignación y se dijo a sí mismo: "No voy a estar en gracias con esta clase de hombres; nada tendré que ver con ellos".

De cualquier modo, aquella misma noche al cierre de mi sermón, presioné tan fuertemente las conciencias de los pecadores, y les hice un llamado tan fuerte a que renunciaran a su oposición voluntaria y se vuelvan a Cristo, que el señor Heacock ya no pudo contenerse más. Tan pronto terminó la reunión, y haciendo algo que era contrario a su costumbre, empezó a resistir y a hablar en contra de lo que se había dicho aún antes de salir de la iglesia. Los pasillos estaban llenos y la gente empezó a rodearle por todos lados. Enunció, de hecho, algunas expresiones profanas, de las cuales su esposa me informó y comentándome que le habían perturbado mucho, pues sentía que la oposición de su esposo estaba a punto de contristar al Espíritu de Dios y de llevarle a perder su alma. Sin embargo, aquella noche el señor Peacock no logró conciliar el sueño. Más tarde él mismo me dijo que apenas pudo dormir en toda la noche. Su mente estaba tan excitada que se levantó tan pronto hubo algo de luz y salió de su casa para apartarse a una considerable distancia, en un bosque, no lejos de donde él tenía una obra de aguas a la cual llamaba "el hidráulicus". En aquel bosque se arrodilló a orar. Me dijo que durante la noche había sentido que debía de apartarse, para poder así hablar en voz alta y dejar salir la voz de su corazón, pues estaba agobiado por la conciencia de sus pecados más allá de lo que podía soportar. También sentía la necesidad de hacer las paces de inmediato con Dios. Sin embargo, para su sorpresa y mortificación, cuando se arrodilló e intentó orar se encontró con que su corazón no oraba. No tenía palabras; tampoco tenía deseos que pudiera expresar con palabras. Dijo que parecía como si su corazón estuviera tan duro como el mármol y que no tenía el más leve de los sentimientos con respecto al tema. Se quedó en sus rodillas decepcionado y confundido, y descubrió que aún si abría su boca para orar no había en él ninguna oración sincera que pudiera pronunciar.

Estando así se le ocurrió que tal vez podía pronunciar el Padre Nuestro y empezó diciendo: "Padre Nuestro, que estás en los cielos". Sin embargo, tan pronto pronunció estas palabras tuvo convicción de su hipocresía, al decir que Dios era su Padre. Dice que cuando pronunció la petición "santificado sea tu nombre" ésta casi le chocó. Vio

que no era sincero y que sus palabras no expresaban el estado de su mente. Realmente no le interesaba que el nombre de Dios fuera santificado. Con todo esto continuó: "Venga a nosotros tu reino". Esa frase también le impactó y vio que no deseaba que viniera el reino de Dios y que era un hipócrita al decirlo, pues aquella frase no expresaba el verdadero deseo de su corazón. Luego vendría la petición: "hágase tu voluntad en la tierra así como en el cielo". Al decir esto, dice que su corazón se levantó en oposición y no podía siquiera pronunciar aquellas palabras. Allí estaba él, siendo confrontado cara a cara con la voluntad de Dios. Se le había dicho día tras día que la realidad era que se oponía a la voluntad de Dios; que no estaba dispuesto a aceptar la voluntad de Dios y que su oposición a Dios, a su Ley, era voluntaria y que era también el único obstáculo en la vía a su conversión. Esta consideración era algo que él había resistido igual que un tigre. Sin embargo, allí estaba, en sus rodillas, con el Padre Nuestro en la boca y confrontado con la cuestión. Pudo ver entonces, con toda claridad, que lo que se le había dicho era la verdad; que no estaba dispuesto a que se hiciera la voluntad de Dios, y que la única razón por la que no estaba dispuesto, era porque no quería estarlo.

Fue entonces que toda la cuestión de su rebeldía, en su naturaleza y extensión, le fue presentada a su mente con tal fuerza que le estuvo claro que le costaría mucha dificultad rendir aquella oposición voluntaria delante de Dios. Dice que después de esto reunió todas las fuerzas de su voluntad y clamó en voz alta: "Que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo". Dijo que su clamor lo hizo perfectamente consciente de trasladar su voluntad a sus palabras, es decir, con su clamor declaraba también que aceptaba la voluntad de Dios; que su completa voluntad fuera hecha; que se rendía por completo delante de Dios; y que aceptaba a Cristo, tal y como él se ofrecía a sí mismo en el Evangelio. Renunció a sus pecados y abrazó la voluntad de Dios como la regla universal de su vida. Las palabras en su corazón fueron estas: "Señor, haz conmigo lo que bien te parezca. Que se haga tu voluntad en mí y en todas las criaturas de la tierra, tal como es hecha en el cielo". Dijo que oró en libertad y que tan pronto como rindió su voluntad, su corazón se derramó en un diluvio. La rebelión de su mente desapareció, sus sentimientos se tornaron a una gran calma, y una dulce paz parecía llenar su alma. Se levantó de sus rodillas y fue a su casa para contarle a su ansiosa esposa, que había estado orando por él sin descanso, lo que el Señor había hecho por su alma. También le confesó que había estado completamente equivocado en su oposición y totalmente engañado acerca de su disposición a ser cristiano. Desde ese momento se convirtió en un ferviente obrero en la promoción de la obra de Dios. La vida que llevó a continuación dio testimonio de la realidad de su cambio, y vivió y murió siendo un cristiano útil. Si no me equivoco en aquel tiempo también se convirtió el juez Wilkinson y muchos otros hombres prominentes y no pocas mujeres. Creo que en el mes de junio salí de Buffalo para visitar a mi suegro en Whitetown. Pase una parte del verano en un viaje de recreación, que tenía también el propósito de restaurar mi salud y mis fuerzas.

Temprano en el otoño de 1831 acepté la invitación de llevar a cabo lo que en aquel tiempo se conoció como "reunión prolongada" o, en otras palabras, una serie de reuniones, en Providence, Rhode Island. Trabajé, en general, con la iglesia que en aquel tiempo pastoreaba el Reverendo Doctor Wilson. Si no me equivoco, permanecí allí cerca de tres semanas sosteniendo reuniones cada noche y predicando tres veces durante el Sabbat. El Señor derramó su Espíritu sobre la gente inmediatamente y la obra de gracia comenzó y progresó de una forma muy interesante en aquel corto periodo que permanecí en aquella ciudad. Con todo esto, mi estadía fue demasiado corta como para asegurar una obra de gracia a nivel general; lo que sí ocurrió más tarde en la obra de 1842, cuando permanecí en Providence unos dos o tres meses. Los hechos particulares de aquella otra obra los relataré en su debido momento.

Muchas conversiones interesantes se dieron en aquel entonces, y muchos de los hombres que han sido de gran influencia cristiana en la ciudad hasta el día de hoy se convirtieron en aquel tiempo. Esto también se aplica a las damas. Muchas mujeres vivieron casos muy interesantes de conversión. Entre estos casos recuerdo con gran distinción la conversión de una joven, el mismo que a continuación relato brevemente. Había yo observado entre la congregación del Sabbat a una joven dama de gran belleza personal, que se sentaba en un banco junto a un joven, que supe después era su hermano. Esta joven tenía un aspecto muy intelectual y serio, y parecía poner atención a cada una de mis palabras con gran interés. Para entonces me alojaba en casa del hermano Josiah Chapin. Al partir de la iglesia hacia la casa del señor Chapin, observé a aquel joven y a la joven dama caminando en la misma calle. Se los señalé al hermano Chapin y le pregunté quiénes eran. Me informó que se trataba del señor y la señorita Ainsworth, que eran hermanos, y que a ella se la consideraba como la joven más hermosa de Providence. Le pregunté si ella era profesora de religión, y él respondió que no. Le dije que había notado a la dama seriamente impresionada y le pregunté si creía buena idea el visitarla y hablar con ella. El hermano Chapin respondió con desánimo, diciendo que pensaba que sería una pérdida de tiempo, y que probablemente no sería recibido con cortesía. Dijo que aquella joven era tratada con tanta delicadeza y halagos, y que su entorno era tal, que probablemente tenía muy poco interés en la salvación de su alma. Sin embargo, el hermano estaba equivocado, y yo había estado en lo cierto al suponer que el Espíritu de Dios estaba tratando con ella.

No fui a visitarla, mas pocos días después de haber hablado con el hermano Chapin, la joven fue a verme. La reconocí de inmediato, le invité a tomar asiento y le pregunté acerca del estado de su alma. Ella estaba bastante consciente, pero su verdadera convicción de pecado no estaba en el estado de madurez que yo esperaba y que consideraba necesario para que ella pudiera realmente llegar a aceptar inteligentemente la justicia de Cristo. Por esta razón pasé una o dos horas con ella; pues su visita se prolongó; tratando de mostrarle la depravación de su corazón. Le pregunté si no se consideraba orgullosa, vanidosa y si no poseía auto justicia. A todo

esto ella respondió que no. Le hice muchas otras preguntas escrutadoras como esas. Le pregunté si había sido envidiosa, y respondió que no estaba consciente de haberlo sido. Luego le pregunté si había alguna otra joven entre sus amistades a la que considerara de mayor belleza que ella. Al principio se detuvo a meditar en la pregunta, pero había en ella un espíritu de candor que pronto la hizo reconocer que no conocía a ninguna otra dama que considerara de mayor belleza. Le pregunté si no se sentiría envidiosa o celosa si llegara a creer que había otra joven más bella que ella. Me respondió que creía que no. Le pregunté si sabía de alguna otra joven que fuera más agradable que ella. Me respondió que sabía al menos de una a quien ella consideraba más agradable que ella, pero que no estaba consciente de sentir ningún celo o envidia hacia ella. Le hice muchas preguntas semejantes con el propósito de obligarla a pensar y a reflexionar en esa dirección. Sus convicciones parecían ir madurando a medida que conversaba con ella. La joven fue profundizando en su seriedad a medida que le presentaba estas escrutadoras preguntas. Cuando le hube dicho todo lo que consideraba necesario para garantizar la madurez de su convicción bajo la influencia del Espíritu Santo, ella se levantó dejando ver un sentimiento de insatisfacción y se retiró. Me sentí confiado de que el Espíritu de Dios se había hecho cargo de su caso y de que lo que yo le había dicho no podría ser sacudido, sino que al contrario, aquellas palabras producirían la convicción que había procurado.

Dos o tres días después la joven me visitó nuevamente. Pude ver de inmediato que su espíritu estaba contrito. Tan pronto entró, tomó asiento y me abrió por completo su corazón. Con un gran candor me dijo: "Señor Finney, la primera vez que estuve aquí pensé que sus preguntas y su trato hacia mí fueron demasiado severos. Sin embargo, ahora puedo ver que soy todo lo que usted ha dicho"; y continuó diciendo; "De hecho, si no hubiera sido por mi orgullo y por estar preocupada por mi reputación, me hubiera convertido en la muchacha más perversa de Providencia. Puedo ver con claridad que me he restringido por el orgullo y por cuidar mi reputación, mas no por amor a Dios, a su ley o a su evangelio. Puedo ver que Dios ha usado ese orgullo y esa ambición para guardarme de mis desgraciadas iniquidades. Me han mimado y halagado, y he conservado mi dignidad y mantenido mi reputación solamente por motivos egoístas". Continuó de manera propia y espontánea, y me mostró que estaba en completa y permanente convicción. Sus emociones no estaban exacerbadas, sino en calma, y todo lo que decía, lo decía con el más alto grado de racionalidad. Con todo esto era también notorio que era de naturaleza ferviente, voluntad férrea y de un intelecto equilibrado, cultivado y poco común. De hecho, en aquel momento sentía que no había visto una conversión más interesante que la de ella. Después de haber conversado con ella por algún tiempo, y de darle la mayor cantidad de instrucción que me fue posible, nos arrodillamos delante del Señor en oración, y allí se entregó ella, en toda apariencia humana, sin reservas a Cristo. Estaba en tal estado mental que parecía que le era sencillo renunciar al mundo. Desde entonces siempre ha sido una cristiana muy interesante.

No muchos años después de su conversión se casó con un caballero adinerado de la ciudad de Nueva York. Durante muchos años no mantuve correspondencia directa con ella. Su esposo la introdujo a un círculo social en el cual yo no tenía amistades particulares; fue después de la muerte de su esposo que renové el contacto con ella. Desde entonces hemos sostenido mucha correspondencia cristiana y nunca me ha dejado de interesar su vida religiosa. Menciono su caso porque siempre lo he considerado como un maravilloso triunfo de la gracia de Dios sobre las fascinaciones del mundo. Es muy probable que no hubiera dama en aquel territorio que recibiera más halagos que ella, o que fuera más mimada y respetada, o más idolatrada por la sociedad. Sin embargo, la gracia de Dios es más fuerte que el mundo, y lo fue aún en este caso, en el cual toda suerte de fascinación mundana rodeaba a aquella mujer. Hasta donde sé ella nunca se ha desviado de su caminar en Cristo.

Mientras estaba en Providence, ministros y diáconos de varias iglesias congregacionalistas de Boston empezaron a agitar la cuestión de mi ida a aquella ciudad. Yo mismo no estaba consciente de lo que estaba sucediendo en aquel lugar. Sin embargo, el Doctor Wisner, quien entonces era pastor de la Iglesia de Old South, llegó a Providence para asistir a las reuniones. Supe después que había sido enviado por los ministros para "espíar la tierra y llevarles luego un reporte". Tuve varias conversaciones con el doctor Wisner, quien manifestó gran entusiasmo e interés en lo que vio y oyó en Providencia. En aquel tiempo en el cual nos visitó se dieron algunas conversiones muy impactantes.

La obra en Providence fue especialmente escrutadora en respecto a los profesores de religión. Toda esperanza fue terriblemente conmovida, y hubo gran temblor en medio de los huesos secos de las diferentes iglesias. Tan terriblemente escrutado fue uno de los diáconos de una de las iglesias en cierta ocasión, que cuando descendí del púlpito aquel hombre me dijo: "Señor Finney, creo que no hay ni diez cristianos verdaderos en Providence. Todos estamos equivocados, hemos sido engañados". Durante aquel avivamiento el señor Josiah Chapin fue abundantemente bendecido. Él se convirtió alrededor de aquel tiempo, pero no recuerdo si fue justo antes o justo después de mi llegada. Entre otros caballeros que se convirtieron en aquel entonces recuerdo a un señor Barstow, quien desde entonces ha sido un prominente cristiano en la ciudad; también a un señor Green, que era cajero en uno de los bancos. Creo que el doctor Wisner quedó por completo convencido de que la obra era genuina y extensiva en aquel tiempo; y que no había nada de poco cristiano o deplorable de lo que pudieran haber quejas.

Pronto después de que el Doctor Wisner regresó a Boston recibí una solicitud por parte de los ministros de las iglesias congregacionalistas pidiéndome que fuera a esa ciudad a laborar. Para aquel tiempo el doctor Lyman Beecher era pastor de la Iglesia de la calle Bowdoin, y su hijo, Edward Beecher era el pastor, o el reemplazo del pastor, de

la Iglesia de la calle Park. Un señor de apellido Green era pastor de la Iglesia en la calle Essex, pero al momento se encontraba en Europa por motivos de salud y su iglesia había quedado sin un reemplazo asignado. El Doctor Fay era pastor de la Iglesia Congregacionista de Charleston, y el Doctor Jenks era pastor de la Iglesia Congregacionista de la calle Green, de Boston. No recuerdo quiénes eran los pastores de las otras iglesias en aquel entonces.

Empecé mis labores predicando alrededor de las diferentes iglesias en el Sabbat, y en las noches de los días de semana predicaba en la calle Park. Pronto vi que la Palabra de Dios cobraba efecto y que el interés aumentaba día a día. De cualquier modo, percibí también que era necesario un fuerte escrutinio en medio de los cristianos profesos. Que yo supiera, entre ellos no había nada semejante a aquel espíritu de oración que había prevalecido en los avivamientos del oeste y de la ciudad de Nueva York. Parecía que en Boston había un tipo de religión particular, que no gozaba de la fuerza de fe a la que yo estaba acostumbrado a presenciar en Nueva York. Por esta razón empecé a predicar algunos sermones escrutadores dirigidos a los cristianos. De hecho, les dejé saber en el Sabbat que iba a predicar una serie de sermones para los cristianos en la calle Park, ciertos días de la semana. Sin embargo, pronto me di cuenta de que este tipo de sermones no eran para nada del agrado de los cristianos de Boston, eran algo a lo que no habían estado acostumbrados, por lo que la asistencia de la calle Park fue disminuyendo cada vez más, especialmente en aquellas noches en las cuales les predicaba a los cristianos profesos. Todo esto era nuevo para mí. Nunca había visto a cristianos profesos echarse para atrás, como en aquel tiempo en Boston, al recibir aquellos sermones. Una y otra vez escuchaba comentarios como estos: "¿Qué dirán los unitarios si semejantes cosas fueran ciertas de nosotros los cristianos ortodoxos?" "Si el señor Finney nos predica de esta manera, los Unitarios triunfarán sobre nosotros y dirán que los ortodoxos no son mejores cristianos que los unitarios". Era evidente que resistían mi trato llano. El Doctor Wisner me dejó saber enseguida que mi forma de tratar a los profesores de religión era totalmente opuesta a la del Doctor Beecher. Que el estándar del Doctor Beecher era muy bajo y que de hecho estaba dejando muy por debajo el estándar de piedad y de predicación de Oxford y con esto las puertas de la iglesia ortodoxas se había vuelto demasiado anchas. Me dijo que él sentía, y que de hecho ese era también el sentir de varios en Boston desde hacía algún tiempo, que el permitirle a la gente entrar a las iglesias bajo tan pobre estándar de predicación solo podía ocasionar un gran daño. Este era el sentir del Doctor Wisner, y creo yo también el que generalmente guardaba la gente ortodoxa. Supuse que esta era la razón por la cual mis sermones escrutadores habían sorprendido tanto; y hasta ofendido a una multitud de cristianos profesos. Sin embargo, a medida que la obra continuó avanzando las cosas cambiaron grandemente; y después de unas cuantas semanas los cristianos escuchaban las predicaciones escrutadoras y llegaron a apreciarlas mucho.

Descubrí en Boston, como en todos los demás lugares en dónde había estado, un método para tratar con los pecadores preocupados por sus almas que me producía mucho malestar. Usualmente sostenía reuniones para interesados junto al Doctor Beecher en el sótano de su iglesia. Una tarde, cuando teníamos una gran cantidad de asistentes y se percibía un sentimiento de gran inquietud y solemnidad en medio de los presentes, al cierre de la reunión y como era mi costumbre, hice un discurso en el que traté de indicarle a los presentes exactamente lo que el Señor requería de ellos. Mi objetivo era llevarles a renunciar a ellos mismos por completo y a entregar sus propias personas y todo lo que poseían a Cristo allí y en ese mismo momento. Traté de mostrarles que no eran sus propios dueños, sino que habían sido comprados por precio. También les señalé en qué sentido se esperaba que abandonaran todo lo que tenían para dárselo a Cristo, pues es él el verdadero dueño de todas las cosas. Dejé este punto tan claro como me fue posible y noté que la impresión en los oyentes era muy profunda.

Estaba a punto de pedirles que se pudieran de rodillas para presentarles al Señor en oración cuando el Doctor Beecher se puso en pie y les dijo: "No deben temer entregarle todo a Cristo, sus propiedades y todo lo que tienen, pues él se los devolverá". Sin hacer discriminación alguna en cuanto a la forma en la que debían de entregar sus posesiones o al sentido en el que el Señor les permitiría conservarlas, simplemente les exhortó a no tener temor de entregarlo todo, según se les había urgido a hacer, pues el Señor les daría todo de vuelta. Pude ver que estaba causando una impresión equivocada y me sentí agonizar. Noté que su lenguaje iba a causar una impresión totalmente opuesta a la verdad. Cuando terminó de hacer sus señalamientos, tan sabia y cuidadosamente como pude, les llevé a ver que en el sentido al que Dios se refería jamás les sería devuelto nada y que no debían de entretener la idea contraria. Traté de hacer mis comentarios de tal manera que no parecieran contradecir al Doctor Beecher, pero aun así mi intención era corregir la impresión que él había causado. Les dije que el Señor no requería que abandonaran sus posesiones, que renunciaran a sus negocios, a sus casas o a lo que tenían para nunca más volver a estas cosas. Les dije que más bien se trataba de renunciar a tener señorío sobre todo aquello, a entender y descubrir que nada les pertenecía, sino que todo es de Dios. Que nunca más debían de tratar estas cosas como pertenencias en lo que respecta a su posición para con Dios. Que en lo que concernía a los hombres, ellos eran dueños de sus cosas, pero que en cuanto a Dios, él esperaba que no consideren nada como propio, ni siquiera sus propias personas. Que por esta razón Dios requería que renunciaran a reclamar todo aquello, o cualquier otra cosa, en lo que concierne a su relación con él. Dije que los requerimientos de Dios eran absolutos y que el derecho que Dios tenía a ser dueño de sus personas y de todas las cosas estaba por encima del derecho de cualquier otro ser en el universo y que lo Dios pretende es que hagan uso de sus personas y de sus cosas para él y para su gloria. Les dije que jamás pensarán que tenían derecho a hacer uso de su tiempo, de sus fuerzas, de su sustancia, sus

influencias, o de cualquier otra cosa que poseyeran como si fueran suyas, sino que entendieran que todo aquello le pertenece al Señor.

El Doctor Beecher no hizo objeción alguna a lo que dije, ni en ese momento ni más tarde, hasta donde sé. Es probable que su intención no fuera el decir algo inconsistente con lo que yo expresé, sin embargo, lo que dijo tenía el potencial de causar la impresión de que Dios les devolvería sus posesiones, en lo que concernía a la renuncia que habían hecho de sus cosas para entregárselas a Dios.

Creo que en aquel entonces los miembros de las iglesias ortodoxas de Boston aceptaron de forma general mis perspectivas sin cuestionarlas. Sé que así lo hizo el Doctor Beecher, pues él mismo me dijo que nunca había visto a un hombre con cuyas perspectivas teológicas estuviera tan de acuerdo como con las mías. Había, sin embargo, un punto en mi ortodoxia con el cual muchos estaban en desacuerdo en aquel entonces. Había un señor de apellido Rand, quien según creo publicaba entonces un periódico en Boston. Este señor escribió un artículo muy serio en contra de mis perspectivas acerca del tema de la agencia divina en la regeneración. Yo predicaba que la agencia divina era de enseñanza y persuasión, que la influencia era moral y no física. El Presidente Edwards creía lo contrario, y el señor Rand coincidía con el Presidente Edwards en afirmar que la agencia divina ejercida en la regeneración era física y que comprendía un cambio de la naturaleza y no un cambio en la actitud voluntaria y en las preferencias del alma. El señor Rand consideraba que mis perspectivas en el tema estaban muy fuera de lugar y escribió y publicó un artículo bastante severo en oposición a mis perspectivas cuando estuve en Boston. Había otros puntos de doctrina en los cuales también se concentró en forma crítica, como por ejemplo, en mis perspectivas acerca del carácter voluntario de la depravación moral, y la actividad del pecador en la regeneración. El Doctor Wisner escribió una respuesta a su artículo en el que justificaba mis perspectivas, con la excepción de aquellas que he mantenido en el tema de la persuasión o la influencia moral del Espíritu Santo. Para entonces el doctor Wisner no estaba preparado para enfrentarse al Presidente Edwards y a la perspectiva ortodoxa generalmente sostenida en Nueva Inglaterra, al afirmar que la intervención del Espíritu no era física, sino de carácter moral.

El Doctor Woods, de Andover, también publicó un artículo en uno de los periódicos; me parece que se publicó en Andover con el título "El Espíritu Santo, autor de la regeneración". Aunque creo yo que este era el título, de ninguna manera la intención era la de mostrar que la regeneración era obra de Dios. Citaba, por supuesto, la clase de Escrituras que afirman la intervención divina en la obra del cambio de corazón. No respondí por escrito a este artículo, pero en mi predicación dije que lo dicho en el mismo era solo una media verdad, que la Biblia aseguraba con claridad que la regeneración era obra del hombre, y cité aquellos pasajes que así lo afirman. Pablo decía de las iglesias que él las había engendrado; esto es, regenerado; y esta misma

palabra usada como regeneración le es atribuida a Dios. Por lo tanto es fácil demostrar que Dios tiene oficio o agencia en la regeneración, y que su agencia es la de enseñar o persuadir, también es sencillo demostrar que el sujeto también tiene una agencia: que los actos de arrepentimiento, fe y amor son del individuo y que el Espíritu lo que hace es persuadirle a realizar estos actos por medio de la presentación de la verdad. Enseñé que la verdad era el instrumento; que el Espíritu Santo uno de los agentes; y que el predicador o algún otro ser humano inteligente era por lo general un agente designado que también cooperaba con la obra. En las discusiones que sostuvimos acerca del tema no puedo recordar que hubiera nada anticristiano, como tampoco hubo nada que pudiera haber contristado el Espíritu o producir alguna suerte de sentimientos poco fraternales en medio de los hermanos.

Después de haber pasado algunas semanas predicando en las diferentes congregaciones, estuve de acuerdo en suplir al señor Green en su iglesia de la calle Essex de forma estable por algún tiempo. Por esta razón concentré mis labores en aquel sector. Tuvimos una bendita obra de gracia y un gran número de personas se convirtieron en diferentes partes de la ciudad. De hecho, la obra se extendió más o menos a lo largo de toda la ciudad. Mi tercer hijo nació allí, durante aquel invierno. Yo me sentía fatigado, pues había laborado diez años como evangelista gozando solo de unos cuantos días o semanas de descanso durante todo aquel periodo. Los hermanos del ministerio eran hombres de verdad, se involucraron en la obra tan bien como pudieron, y laboraron con fidelidad y eficiencia para garantizar sus buenos resultados. Por este tiempo se formó una segunda Iglesia Libre en la ciudad de Nueva York. La iglesia del hermano Joel Parker, esto es la Primera Iglesia Libre, había crecido tanto que una colonia había salido de ella para formar la segunda iglesia, en la cual el Reverendo Señor Barrows, un antiguo profesor de Andover, ha estado predicando. Algunos dedicados hermanos de Nueva York me escribieron con la propuesta de rentar un teatro que sirviera como iglesia, con la condición de que fuera allá a predicar. Proponían conseguir el que para entonces se conocía como "El teatro de la calle Chatman", ubicado en el corazón de la población menos religiosa de Nueva York. Este teatro no estaba lejos de "Five Points", y era un lugar de entretenimiento de mala reputación en la ciudad. Le pertenecía a un hombre que estaba muy dispuesto a transformarlo en una iglesia. Para entonces mi familia había crecido tanto que no me era posible cargar con ellos de la mejor manera durante mis labores de evangelista, y mis fuerzas estaban exhaustas. Al orar y examinar el asunto profundamente, decidí aceptar la invitación de la Segunda Iglesia Libre y laborar por al menos un tiempo en Nueva York.

CAPITULO XXIII

LABORES Y AVIVAMIENTOS EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK EN 1832 Y MÁS TARDE

El señor Lewis Tapan, junto a otros hermanos cristianos, rentó el Teatro de la Calle Chatman y lo acondicionó para que sirviera como iglesia y como un lugar en el cual diferentes sociedades de caridad pudieran celebrar sus aniversarios. Estos hermanos me solicitaron pastorear la Segunda Iglesia Presbiteriana Libre y acepté. Dejé Boston en abril y comencé mis labores en aquel tiempo en dicho teatro. El Espíritu del Señor se derramó de inmediato sobre nosotros y tuvimos un extenso avivamiento durante aquella primavera y aquel verano.

Cuando estábamos más o menos a mitad del verano, la epidemia del cólera apareció por primera vez en Nueva York. Corría el verano de 1832. Muchos cristianos abandonaron la ciudad y se retiraron al campo. Se produjo gran pánico. El cólera fue muy severo en aquel verano, más de lo que había sido jamás, y resultó especialmente mortal en el sector de la ciudad en el cual me encontraba residiendo. Recuerdo haber contado desde la puerta de nuestra casa cinco carrozas fúnebres estacionadas al mismo tiempo en diferentes domicilios a la vista, listas para llevarse a los muertos. Permanecí en Nueva York casi hasta la última parte del verano, incapaz de abandonar la ciudad cuando la mortandad era tan grande. Sin embargo, noté que la influencia de la peste estaba minando mi salud, por lo que casi al final del verano me retiré al campo por dos o tres semanas. A mi regreso fui establecido como pastor de la iglesia. Fue durante el servicio de establecimiento que caí enfermo. Inmediatamente al llegar a casa fue notorio que me había infectado con el cólera. El caballero que vivía en la casa de al lado cayó enfermo a la misma hora de la noche y antes de la mañana ya había fallecido. Yo, sin embargo, me recuperé, pero los medios usados en mi recuperación fueron de un impacto muy fuerte para mi organismo, y de esto me tomó mucho tiempo restablecerme. Con todo, al acercarse la primavera ya estaba en capacidad de predicar. Invité a un par de hermanos del ministerio para que me ayudaran a sostener una serie de reuniones. Nos alternábamos. Uno predicaba una noche, y el otro la siguiente, y así sucesivamente. Durante dos o tres semanas lo logrado fue muy poco. Noté que esa no era la forma de promover un avivamiento en aquel lugar, por lo que renuncié a celebrar las reuniones de esa manera.

En el siguiente Sabbat cité a la gente a las predicaciones que yo mismo daría todos los días de la semana. Enseguida comenzó el avivamiento y se volvió muy poderoso. Continué predicando durante veinte noches seguidas, además de la predicación del Sabbat. Uno de los ancianos, que se había dedicado a visitar a la gente preocupada por sus almas, elaboró un cuaderno en el cual anotaba el nombre de las personas que a

todas luces habían quedado convertidas a Cristo. Para este tiempo mi salud realmente no estaba lo suficientemente fortalecida como para predicar cada noche, y después de aquellos veinte días de predicación sucesiva suspendí aquel sistema de labores. El Padre Smith --ese era el nombre del anciano-- aseguró que quinientas personas habían quedado convertidas como resultado de aquella intensa jornada de predicaciones. Esto hizo que nuestra iglesia creciera tanto que pronto se envió una colonia para empezar una nueva iglesia. Para ésta se erigió un edificio en la esquina de las calles Madison y Catherine.

La obra continuó avanzando de manera impresionante. Manteníamos reuniones de información una o dos veces por semana --y en ocasiones más veces-- y descubríamos que cada semana se reportaba un buen número de conversiones. La iglesia era un pueblo trabajador y de oración. Estaban unidos y después de haber sido bien instruidos acerca de las labores para la conversión de los pecadores, se convirtieron en la iglesia de Cristo más devota y eficiente. Salían por todos lados y esquinas y traían a la gente para que escuchara la predicación. Tanto hombres como mujeres se involucraron en esta obra. Cuando deseábamos comunicar acerca de una reunión extra, se repartían de casa en casa pequeños trozos de papel en los que se imprimía una invitación para asistir a los servicios. Esto lo hacían los miembros de la iglesia, quienes salían en todas direcciones, especialmente en el sector de la ciudad en la que se encontraba la Capilla de la calle Chatman, como se le conoció al antiguo teatro en aquel entonces. Gracias a la distribución de estos papeles, y a la invitación oral hecha a todo con el que se tuviera oportunidad de hablar, la casa se llenaba todas las noches de la semana. Las damas de nuestra iglesia no tenían temor de ir alrededor del barrio y reunir a toda clase de gente para llevarlas a las reuniones. Era algo nuevo en aquella parte de la ciudad el tener servicios religiosos en aquel teatro y no las escenas que se acostumbraba presentar en él. Cuando el teatro quedó transformado en iglesia se lo conoció, como ya dije, como la capilla de la calle Chatman.

Había tres salones, uno encima del otro, que se conectaban con el frente del teatro. Estos eran salones grandes y amplios que se acondicionaron para nuestras reuniones de oración y para la enseñanza. Se dijo que estas habitaciones se habían usado para muy viles propósitos durante el tiempo en el cual el edificio había operado como teatro, mas ahora estos salones se habían acondicionado para nuestros propósitos y resultaron sumamente convenientes. Había tres niveles de galerías y los salones se conectaban a sendos niveles. Instruí a los miembros de la iglesia para que se esparcieran por toda la casa, tuvieran los ojos abiertos e identificaran a aquellos que estuvieran visiblemente afectados por la predicación y para que, de ser posible, les detuvieran después de la prédica para conversar y orar con ellos. Se mantuvieron fieles a estas direcciones y en todas las reuniones estaban pendientes para ver sobre quién había tenido efecto la Palabra de Dios. Gracias a esto se aseguró la conversión de muchas almas. Los miembros de la iglesia les invitaban a pasar a uno de los salones

acondicionados para oración, escuela dominical y para la enseñanza, y una vez allí podíamos conversar y orar con ellos y cosechar los resultados de cada sermón. Los miembros se volvieron extremadamente eficientes en este aspecto, difícilmente hubiera podido desear mejores ayudantes a la hora de asegurar la conversión de los pecadores. La gente de la iglesia era sabia y realmente comprometida.

En este momento puedo recordar un caso que ilustra muy bien la manera en la cual los miembros operaban. La firma Naylor y Co., que para el momento era gran fabricante de cuchillos en Sheffield, Inglaterra, tenía una casa en Nueva York, y un socio comercial de apellido Hutchinson. El señor Hutchinson era un hombre mundano, había viajado mucho y había residido también en varias de las principales ciudades de Europa. Uno de los empleados de aquel establecimiento había estado asistiendo a nuestras reuniones, se había convertido y se encontraba en gran ansiedad por la salvación del señor Hutchinson. Por algún tiempo el joven dudó en pedirle que asistiera a las reuniones, pero finalmente se aventuró a hacerlo y para complacer la súplica ferviente que le había hecho su empleado, el señor Hutchinson vino a la iglesia. Se sentó junto al ancho pasillo, frente a donde se encontraba ubicado el señor Tappan. El señor Tappan pudo observar que durante el sermón aquel hombre manifestó un alto grado de emoción, y que además lucía inquieto, tanto que en varias ocasiones pareció que estuvo a punto de salir del edificio. Más tarde el mismo señor Hutchinson me reconoció que estuvo varias veces a punto de marcharse, pues se sentía muy afectado por el sermón. De cualquier modo, permaneció sentado hasta que se pronunció la bendición. El señor Tappan estaba pendiente de él y apenas terminó la bendición se apresuró al pasillo y se presentó, dijo que era socio de Arthur Tappan y Co., una firma bien conocida por todos en Nueva York. He tenido la oportunidad de escuchar al mismo señor Hutchinson narrar los hechos con gran emoción. Cuenta que el señor Tappan se le aproximó y le tomó con gentileza del borde de su abrigo, hablándole con mucha amabilidad y preguntándole si podía quedarse para orar y conversar. Trató de excusarse y salir, pero el señor Tappan fue muy inoportuno, y según el señor Hutchinson ha expresado: "se agarró firmemente de mi abrigo, y el peso de su jalón, esa onza de peso en el borde de mi abrigo, fue el medio para la salvación de mi alma". La gente se retiró y el señor Hutchinson, junto a otros, fue persuadido a quedarse. De acuerdo a nuestra costumbre, mantuvimos una conversación profunda en la cual --o poco después de ella-- el señor Hutchinson quedó convertido y lleno de esperanza.

La primera vez que estuve en la Capilla de la calle Chatman les informé a los hermanos que no era mi intención llenar la casa con cristianos de otras iglesias, sino que mi objetivo era reunir a gente del mundo. Mi deseo era asegurar la conversión de los impíos hasta donde fuera posible. Por esta razón nos entregamos a la labor en favor de aquella clase de gente, y por la gracia de Dios, tuvimos gran éxito. Las conversiones se multiplicaron tanto y nuestra iglesia creció de tal manera, que se nos hizo necesario enviar una colonia. Cuando llegué nuestra iglesia era la segunda iglesia. Cuando dejé

Nueva York, sino me equivoco, teníamos siete iglesias libres, cuyos miembros laboraban con todas sus fuerzas por la salvación de las almas. En su mayoría los miembros eran sostenidos por las recolecciones que se hacían cada Sabbat, cuando se pasaban las cajas de recolección entre la gente. Si en algún momento se llegaba a tener alguna deficiencia en el tesoro que pudiera hacer imposible el pago de nuestros gastos, había un número de hermanos con posibilidades que inmediatamente estaban dispuestos a cubrir la carencia a sus propias expensas. Por esta razón nunca tuvimos la menor dificultad a la hora de suplir las necesidades económicas de la congregación.

Jamás conocí gente más armoniosa, de oración y eficiente que aquellos miembros de las iglesias libres. No eran ricos, aunque sí había entre ellos algunos hombres que poseían propiedades. En general, los miembros de las iglesias pertenecían a la clase media y baja de Nueva York. Este había sido precisamente nuestro objetivo: predicar el Evangelio especialmente entre los pobres. Cuando llegué a Nueva York había ya llegado a una resolución en mi mente con respecto al asunto de la esclavitud, y estaba muy ansioso por llamar la atención del público al tema. Sin embargo, con todo esto, no me desvié para hacer del asunto un pasatiempo ni desvié a la gente de poner su atención en la obra de la salvación de las almas. Sin embargo, en mis oraciones y en mis prédicas aludí tanto a la esclavitud y la denuncié, que una considerable emoción surgió entre la gente.

Mientras laboraba en la calle Chatman se dieron algunos eventos relacionados con el presbiterio que condujeron a la formación de una Iglesia Congregacional y a mi oficialización como pastor de la misma. Se nos informó que un miembro que había llegado a nosotros de una de las antiguas iglesias había cometido un crimen por el cual debía de ser disciplinado. Supuse que como habíamos sido engañados cuando le recibimos en la congregación-- pues el tal hombre nos fue recomendado como un miembro de buena reputación-- y que al parecer el crimen había sido cometido antes de que dejara su antigua iglesia, que era la responsabilidad de aquella iglesia el disciplinarle y que el crimen estaba fuera de nuestra jurisdicción. Este asunto se trajo ante el Tercer Presbiterio de Nueva York, al cual, para entonces, yo pertenecía. Este presbiterio decidió que el hombre estaba bajo nuestra jurisdicción y que nos correspondía a nosotros aplicar la disciplina. Así lo hicimos. Sin embargo, poco después surgió el caso de una dama que llegó también de una de las antiguas iglesias para unirse a nuestra congregación. Descubrimos que esta mujer había cometido un crimen antes de unirse a nuestra iglesia por el cual también necesitaba ser disciplinada. De acuerdo con la decisión del presbiterio en el caso anterior procedimos a aplicar el castigo y la excomulgamos. La dama apeló la decisión ante el presbiterio. En esa ocasión el presbiterio decidió que el crimen no se había cometido en nuestra jurisdicción y sentenció de forma totalmente opuesta a su dictamen anterior. Protesté y les dije que no sabía cómo actuar, pues ambos casos eran muy similares, pero que las decisiones que habían tomado en cada uno de ellos eran completamente

inconsistentes y opuestas la una de la otra. El Doctor Cox respondió que el presbiterio no se gobernaría por sus propios precedentes ni por ningún otro, y continuó su discurso en una forma tan cálida e insistente que los demás miembros del presbiterio concordaron con él. Les dije que no podíamos entendernos de esa manera, pues ellos no estaban dispuestos a obrar de acuerdo con sus propias decisiones, y esto nos dejaba sin saber cómo actuar.

Poco después surgió la cuestión de construir el Tabernáculo en Broadway. Los hombres que lo construyeron, y los miembros líderes que conformaban la iglesia de aquel lugar, edificaron la obra con el entendimiento de que yo debería de ser su pastor y formaron una Iglesia Congregacional. Me separé entonces del presbiterio y me convertí en el pastor de aquella Iglesia. Debí de haber dicho anteriormente que en mi segundo o tercer año de labores en la calle Chatman fui obligado a ausentarme y a realizar un viaje por mar. Llegué hasta el Mediterráneo en un pequeño bergantín en medio del invierno. Tuvimos una travesía muy tormentosa, mi camarote era muy pequeño y en sentido general me encontraba muy incómodo. Realmente el viaje no hizo mucho para mejorar mi salud. Pasé algunas semanas en Malta y en Sicilia. Estuve ausente unos seis meses. A mi regreso encontré que había mucha emoción en Nueva York. Los miembros de mi iglesia, junto a los abolicionistas de Nueva York, habían realizado una reunión el cuatro de julio y se había hecho un discurso acerca de la esclavitud. Esto había excitado una turba, que a su vez, fue el inicio de una serie de turbas que se extendieron en muchas direcciones, en todo lugar y cada vez que se realizaba una reunión en contra de la esclavitud y se daban discursos en contra de aquella abominable institución. Con todo esto, continué con mis labores en la calle Chatman. La obra de Dios inmediatamente revivió a mi regreso y continuó avanzando en medio de mucho interés y mucha gente se convertía en casi todas--o en todas--las reuniones.

De este modo continué mis labores en la calle Chatman y la iglesia continuó floreciendo y extendiendo su influencia y sus labores en todas direcciones hasta que el Tabernáculo de la calle Broadway quedó concluido. Yo diseñé el plano del interior de la casa. Había observado los defectos en las iglesias con respecto al sonido y estaba seguro de que podía proporcionar un plano para una iglesia en la cual me fuera sencillo hablar a una congregación mucho más grande que cualquiera a las que había predicado en cualquier casa. Se consultó a un arquitecto, a quien le entregué el plano. Este arquitecto objetó que no se vería bien y que temía que el construir una iglesia con semejante interior fuera de prejuicio para su reputación. Con todo eso insistí en mi idea y le dije que si no estaba dispuesto a construir en base a ese plano, entonces él no era en absoluto el hombre requerido para supervisar la construcción. Finalmente la obra se levantó de acuerdo a mis ideas y resultó en el lugar, de aquella capacidad, más espacioso, cómodo y confortable para hablar que jamás hubiera visto.

En relación con esto debo relatar los orígenes del New York Evangelist. En la primera ocasión en la que estuve en la ciudad de Nueva York, y aún antes de visitar la ciudad, el New York Observer, administrado por el Doctor Morse, estaba envuelto en la controversia originada por la oposición del señor Nettleton a los avivamientos del centro de Nueva York. El Doctor Morse apoyaba el curso del señor Nettleton y se rehusaba a publicar nada del lado contrario. Cualquier cosa que el señor Nettleton o sus amigos escribieran, el señor Morse lo publicaba en el New York Observer; pero por el contrario, si alguno de mis amigos, o de los amigos de aquellos avivamientos escribía una réplica, no estaba dispuesto a concederles el espacio. Estando así las cosas, los amigos de aquellos avivamientos no contaban con un órgano por medio del cual pudieran comunicarse con el público y corregir las malas interpretaciones. El Juez Jonas Platt, de la Corte Suprema, que vivía para entonces en Nueva York, era mi amigo personal. Su hijo y su hija se habían convertido en el avivamiento de Utica. Los amigos de los avivamientos se habían tomado considerables molestias para poder tener una voz en el debate en cuestión, sin embargo, todo era en vano: el New York Observer no estaba dispuesto a publicar nada que proviniera de nuestro lado. Un buen día el Juez Platt encontró pegada en la tapa de uno de sus viejos libros de leyes una carta escrita por uno de los pastores de Nueva York en contra de las labores de Whitefield, de la época en la cual el evangelista se encontraba en nuestro país. Aquella carta le impactó tanto al Juez Platt, pues reflejaba de tan buena manera la oposición hecha por el señor Nettleton, que la envió al New York Observer deseando que se la publicara como una curiosidad literaria, pues había sido escrita casi cien años atrás. El señor Morse se negó a publicarla, diciendo como razón para su negativa que la gente podría interpretarla como un paralelo a la oposición del señor Nettleton. Después de haber esperado por cierto tiempo, algunos de los amigos de los avivamientos de Nueva York se reunieron y hablaron acerca de establecer un periódico que tratara aquellas cuestiones con justicia. Finalmente concretaron la idea. Yo les asistí en la publicación del primer volumen, en el cual invitaban tanto a ministros como a laicos a considerar y discutir ciertas cuestiones teológicas, además de otras cuestiones relacionadas a los mejores medios para la promoción de la religión.

El primer editor de ese periódico fue un señor de apellido Saxton, un hombre joven que había trabajado por un buen tiempo con el señor Nettleton, pero que estaba en fuerte desacuerdo con el curso que había tomado en su oposición a lo que él había denominado "los avivamientos del oeste". Este joven continuó como editor por cerca de un año, y logró discutir con considerable habilidad muchas de las cuestiones que se habían propuesto para el debate. El periódico cambió de editores dos o tres veces en el curso de muchos años, hasta que finalmente el Reverendo Joshua Leavitt fue invitado y aceptó el cargo. Desde entonces, como todos conocen, ha sido y es un editor capaz. Enseguida el periódico alcanzó extensa circulación y probó ser un medio por el cual los entonces amigos de los avivamientos podían comunicarle sus pensamientos al público. Ya he hablado acerca de la construcción del Tabernáculo y de

la emoción que se produjo en Nueva York por el tema de la esclavitud. Cuando el Tabernáculo estaba en proceso de finalización, con las paredes ya levantadas, el techo colocado y se estaba trabajando en el interior, empezó a circular la historia de que este Tabernáculo iba a ser "una Iglesia Amalgama", en la cual la gente de color y la gente blanca iba a ser obligada a sentarse junta, promiscuamente mezclada por toda la casa. Esa era la impresión en la mente del público de Nueva York. Aquel reporte produjo mucha agitación y alguien le prendió fuego al edificio. Los bomberos estaban en tal estado mental que se rehusaron a apagarlo y dejaron que se consumiera el techo y el interior. Con todo esto los caballeros que se habían dado a la tarea de construirlo continuaron con la obra y la completaron.

A medida que la emoción acerca del tema de la esclavitud aumentaba, el hermano Leavitt expuso la causa de los esclavos y abogó por ella en el New York Evangelist. Yo observé la discusión con mucha atención y ansiedad. Sin embargo, en este periodo mi salud decayó y me vi en la obligación, como ya lo dije antes, de tomar un viaje por mar. Cuando partí le advertí al hermano Leavitt tener cuidado y no ir demasiado a prisa en la discusión de la postura anti-esclavista, no vaya a ser que fuera a destruir su periódico. Regresé seis meses después habiendo mejorado escasamente en mi salud. En el trayecto de regreso mi mente estaba inquieta con respecto a los avivamientos. Temía que declinaran en todo el país y que la oposición levantada en contra de los mismos hubiera llegado a contristar al Espíritu Santo. Me parecía que mi salud estaba por quebrantarse-- o que de hecho se había quebrantado ya por completo-- y no conocía de otro evangelista que pudiera encargarse de ese campo de labores y ayudar a los pastores en la obra. Esta perspectiva del tema angustiaba mi mente de tal modo que un día descubrí que me era imposible descansar. Mi alma estaba en la más terrible de las agonías. Pasé la mayor parte del día en mi camarote en oración o caminando en la cubierta en tal agonía que me restregaba las manos y por así decirlo, casi me mordía la lengua del dolor que me producía ver el estado de las cosas. Me sentía aniquilado por la carga que pesaba sobre mi alma. No había nadie a bordo con quien pudiera abrir mi mente o decir palabra al respecto.

Era el Espíritu de oración que estaba sobre mí; que ya antes había experimentado de tal modo, pero quizás nunca en tal grado por tanto tiempo. Busqué al Señor para que continuara con su obra, y para que se proveyera de los instrumentos que fueran necesarios. Aquel era un día largo de verano, de los primeros días de julio. Después de un día de indecible lucha y agonía en mi alma, justo al llegar la noche, el asunto se clarificó en mi mente. El Espíritu me guio a pensar que todo saldría bien y que Dios tenía todavía trabajo para mí; que debía descansar acerca del tema y que Dios avanzaría su obra y me daría la fuerza para tomar parte en lo que él deseaba hacer. Sin embargo, no tenía ni la menor idea del curso que tomaría la providencia. Cuando arribé a Nueva York me encontré, como ya he dicho, con aquella turba encendida por el tema de la esclavitud. Pasé un día o dos en Nueva York y luego fui a un lugar en el

campo en donde mi familia estaba pasando el verano. Cuando regresé a la ciudad, en el otoño, el hermano Leavitt me abordó y me dijo: "Hermano Finney, he arruinado el periódico. No fui prudente y cauto como usted me había advertido, y me adelanté tanto a la inteligencia y a los sentimientos del público con respecto al tema que nuestra lista de suscriptores está menguando rápidamente. No podremos continuar con la publicación después del primero de enero, a menos que usted pueda hacer algo para que el periódico vuelva a tener el favor del público". Le dije que mi salud estaba en tal mal estado que no sabía que podría hacer, pero que sin embargo oraría al respecto. Me dijo que no dudaba de que si yo escribía una serie de artículos acerca de los avivamientos, el periódico volvería a la gracia del público de inmediato. Después de considerar el asunto durante un día o dos, le propuse predicarle a mi gente un curso de enseñanzas acerca de los avivamientos de la religión, para que él reportara acerca del suceso en el periódico. Enseguida aceptó la idea y dijo: "¡Eso es lo propio que hay que hacer!" En el siguiente número del The New York Evangelist se promocionó el curso. Esto tuvo el efecto deseado y poco tiempo después el señor Leavitt me dijo que la lista de suscriptores estaba aumentando con rapidez, y estirando los brazos añadió: "recibo tantas suscripciones al día que podría llenar mis brazos con los diarios que tendría que repartirles". Anteriormente me había dicho que las suscripciones estaban decayendo en un promedio de sesenta por día. Sin embargo, ahora afirmaba que aumentaban con mayor rapidez de lo que habían estado disminuyendo.

Empecé con el curso de enseñanzas de inmediato y continué con el mismo hasta el invierno, predicando una vez por semana. El hermano Leavitt no podía escribir en taquigrafía, sino que se sentaba a tomar notas, abreviando lo escrito de tal manera que pudiera entenderlo más tarde, y luego, al día siguiente, completaba sus notas y las enviaba a la imprenta. Yo no veía su reporte sino hasta que se publicaba en el periódico. Por supuesto yo no escribía las enseñanzas, sino que eran totalmente improvisadas. No decidía con anterioridad acerca de qué iba hablar, sino hasta que veía el reporte de la última clase del hermano Leavitt. Cuando veía su reportaje entonces podía ver cuál era la siguiente cuestión que naturalmente necesitaba ser discutida. Los reportes del hermano Leavitt eran escasos en cuanto al contenido de las enseñanzas. Si mal no recuerdo, por lo general estas clases duraban hora tres cuartos, más lo que de ellas el hermano Leavitt capturaba y reportaba podía leerse en unos treinta minutos.

Estas enseñanzas fueron luego publicadas en un libro llamado "Enseñanzas de Finney acerca del Avivamiento". Se vendieron doce mil copias tan pronto estuvo impreso. En este punto, para la gloria de Dios, debo añadir que este libro se ha reimpresso en Inglaterra y Francia, además se lo tradujo al galés, y en el continente se lo tradujo a también al francés, y si mal no recuerdo al alemán. El libro circuló extensamente a lo largo de Europa y de las colonias de Gran Bretaña. Presumo que puede ser hallado en todas partes en donde se hable el inglés o el francés. Después de la traducción del libro

al Galés, los ministros congregacionalistas del principado de Gales señalaron, en una de sus reuniones públicas, un comité para informarme acerca del gran avivamiento que se había producido como resultado de la traducción de esas enseñanzas a su idioma. Este comité cumplió con su cometido informándome el asunto por medio de una carta. Un editor de Londres me informó que su padre había publicado ocho mil volúmenes del libro. Este libro está estereotipado en Inglaterra, y creo también que en el continente. Desconozco en cuántos idiomas ha sido traducido. Menciono este particular porque lo considero una respuesta a la oración. Estas enseñanzas acerca del avivamiento, a pesar de ser tan resumidas como el reporte de ellas en el periódico, y tan endebles en sí mismas, resultaron ser instrumentales para la promoción de los avivamientos de la religión en Inglaterra, Escocia y Gales, como también en varios lugares del continente, como en el este y oeste de Canadá, en Nueva Escocia, y en algunas de las islas, y como ya dije, a lo largo de las colonias británicas y sus dependencias.

Cada vez que he visitado Inglaterra y Escocia, he recibido refrigerio al conocer a pastores y laicos, en gran número, que llegaron a convertirse directa o indirectamente gracias estas enseñanzas. Recuerdo que en mi última visita, cierta noche, tres muy reconocidos ministros del evangelio se presentaron ante mí después del sermón, y me dijeron que en su tiempo de universidad habían echado mano de aquellas enseñanzas y que como resultado se habían convertido en ministros. En Inglaterra encontré personas de todas las diferentes denominaciones, que no solo habían leído las enseñanzas, sino que también habían sido grandemente bendecidas al hacerlo. Cuando las enseñanzas se publicaron por primera vez en el New York Evangelist, su lectura resultó en avivamientos de la religión en una multitud de lugares de este país. Esto puede sonar ególatra, pero debe el lector recordar mi terrible agonía en el mar, aquel largo día de angustia en el cual estuve orando a Dios, pidiéndole que hiciera algo para continuar la obra del avivamiento y para que me capacitara, si ese era su deseo, para tomar el curso que él determinara y así ayudar al progreso de la obra. En aquel tiempo tuve la certeza de que mis oraciones serían respondidas; y he considerado que toda la obra de avivamiento que he estado en capacidad de realizar, y todos los resultados de las predicaciones y la publicación de aquellas enseñanzas, junto a todo lo demás que ha podido hacerse a favor de la Sión de Dios, ha sido en un gran sentido la respuesta a mis oraciones de aquel día. Siempre ha sido mi experiencia que después de un día o de una temporada de gran tribulación en mi alma por cualquier motivo, si persigo el tema y continuo con mis ruegos hasta prevalecer y hasta que mi alma ha quedado en reposo, Dios en respuesta no solo me da lo que he pedido, sino muchísimo más de todo lo que en aquel momento estaba en mi mente. Dios ha continuado respondiendo a mis oraciones realizadas en aquel viaje por más de treinta años.

Nadie más que yo puede apreciar la forma maravillosa en la que aquella terrible agonía de mi alma encontró respuesta divina en aquella ocasión. Realmente el Espíritu Santo

intercedía por mí. La oración no era propiamente mía, sino del Espíritu Santo y no se debía a ninguna justicia mía o a merecimiento alguno de mi parte. El Espíritu de oración vino sobre mí como una gracia soberana, derramada sobre mí sin tener yo mérito alguno y a pesar de toda mi pecaminosidad. El Espíritu presionó mi alma en oración hasta que pude prevalecer, y a través de las infinitas riquezas de la Gracia de Jesucristo, por muchos años he podido ser testigo de los maravillosos resultados de aquel día de lucha con Dios. En respuesta a mi agonía de aquel día, Dios ha continuado dándome el Espíritu de oración.

Tan pronto volví a Nueva York comencé mis labores en el Tabernáculo. El Espíritu del Señor se derramó sobre nosotros y tuvimos preciosos y continuos avivamientos todo el tiempo que fui pastor en aquella iglesia. Mientras estuve en Nueva York recibí muchas aplicaciones de jóvenes solicitándome ser mis estudiantes y para que les diera algunas de mis perspectivas teológicas. Realmente tenía demasiado trabajo como para aceptar aquella tarea. Sin embargo, los hombres que habían construido el Tabernáculo habían preparado un salón bajo la orquesta que esperábamos usar para reuniones de oración, pero en particular, como salón para enseñanza teológica. El número de aplicaciones era tal que me decidí a ofrecer un curso de enseñanzas teológicas en aquel salón cada año, para recibir a los estudiantes que deseaban recibir la enseñanza de forma gratuita. Sin embargo, por este época, y antes de que abriera mis enseñanzas en Nueva York, tuvo lugar la ruptura en el Seminario Lane. Los detalles de estos sucesos son bien conocidos y no ameritan ser narrados en esta obra. Cuando esto tuvo lugar el hermano Arthur Tappan me propuso que me fuera al oeste, a un lugar que me permitiera tener acceso a aquellos jóvenes que habían dejado el Seminario Lane para ir al ministerio. Me propuso que si yo estaba dispuesto a partir hacia el oeste y alojarme en un lugar en donde pudiera instruir a aquellos jóvenes y darles mis perspectivas en teología para prepararles para la obra de predicación a lo largo del territorio occidental, él pagaría las cuentas y se haría cargo de todos los gastos de aquella empresa. El hermano Tappan fue muy insistente en su solicitud. Con todo esto yo no sabía cómo dejar Nueva York, y más aún, no sabía cómo cumplir con los deseos del señor Tappan, pese a que simpatizaba fuertemente con su interés de ayudar a aquellos jóvenes. La mayoría de aquellos jóvenes, sino casi todos, se habían convertido en aquellos grandes avivamientos en los cuales yo había tenido más o menos parte.

Mientras este tema estaba bajo consideración, el Reverendo J.J. Shipherd, junto al Reverendo Asa Mahan, de Cincinnati, hicieron su arribo a Nueva York con la intención de persuadirme para que fuera a Oberlin en calidad de profesor de teología. El hermano Mahan había sido uno de los fideicomisarios del seminario teológico que había sufrido la división, cerca de Cincinnati. El hermano Shipherd había formado una colonia, y ya algunos de los enviados estaban en el territorio, en Oberlin; y habían obtenido un título de una propiedad lo suficientemente grande como para una universidad, con todo esto para aquel entonces se le había dado el nombre corporativo

de "Instituto Colegial Oberlin". El hermano Mahan nunca había estado en Oberlin. Los árboles habían sido removidos de la plaza pública, algunas casas de madera se habían construido, y en la temporada previa ya habían tenido algunos eruditos y habían abierto el departamento de preparatoria --o el departamento académico-- de la institución.

La propuesta que me hicieron fue la de ir, tomar a aquellos estudiantes que habían abandonado el Seminario Lane y enseñarles teología. Aquellos mismos estudiantes habían propuesto asistir a Oberlin si es que yo aceptaba prepararles. Esta propuesta estaba de acuerdo con las perspectivas de los hermanos Arthur y Lewis Tappan, y con muchos de los amigos de los esclavos que simpatizaban con el señor Tappan en su deseo de que aquellos jóvenes fueran instruidos y llegaran al ministerio lo antes posible. Consultamos mucho acerca del asunto. Los hermanos de Nueva York que estaban interesados en la cuestión se ofrecieron a, si yo estaba dispuesto a pasar la mitad de cada año en Oberlin, dotar a la institución del fondo para el profesorado necesario y hacerlo de manera inmediata. Yo tenía entendido que los fideicomisarios del Seminario Lane habían actuado por encima del cuerpo de profesores y que en la ausencia de varios de ellos habían aprobado aquella detestable resolución que provocó que los estudiantes se retiraran. Por esta razón le dije al hermano Shipherd-- pues él era la persona con la que estaba tratando-- que solo iría a Oberlin si los fideicomisarios concedieran dos proposiciones. La primera era que los fideicomisarios nunca intervinieran con las regulaciones internas de la escuela, sino que por completo las dejaran a la discreción de la facultad. La segunda era que se le permitiera la entrada a la gente de color bajo las mismas condiciones con las que se admitía a la gente blanca, y que no hubiera ninguna discriminación por causa del color, y que esta cuestión también debía de estar por completo bajo la jurisdicción de la facultad. Cuando se llevaron estas condiciones a Oberlin los fideicomisarios fueron citados a una reunión en la cual lucharon mucho para vencer sus propios prejuicios y los prejuicios de la comunidad, y para pasar una resolución que cumpliera con las condiciones que me permitirían ser parte de la facultad. Una vez la dificultad quedó removida, los amigos en Nueva York se reunieron para ver como harían para dotar a la institución. En el transcurso de una hora o dos habían llenado ya una subscripción para financiar ocho cátedras, que se suponía era todo lo que la institución requeriría por varios años, en cuanto a profesores.

Sin embargo, estas subscripciones se habían establecido de tal forma que cuando se presentó la gran crisis comercial en 1837, casi todos aquellos hombres, los suscriptores, nos fallaron y nuestro fondo para la financiación de las cátedras se vino abajo. En todo caso, después de que se suscribió aquel fondo mi mente se encontró reacia a renunciar a aquel admirable lugar para predicar el evangelio, a aquel Tabernáculo que siempre se llenaba a capacidad cuando predicaba. También sentía la seguridad de que en esta empresa tendríamos que afrontar mucha oposición

proveniente de muchas fuentes. Fue por esto que le dije al hermano Arthur Tappan que mi mente no estaba tranquila en cuanto al asunto, que íbamos a encontrarnos con gran oposición por todos lados a causa de nuestros principios opuestos a la esclavitud, y que solo podíamos esperar fondos muy limitados para levantar nuestros edificios, utensilios y toda el equipamiento necesario en un colegio. Deseábamos tener una biblioteca, utensilios, etcétera, pero no teníamos nada. Le dije que nosotros éramos lo que se conocía como la Nueva Escuela en teología; que éramos gente de avivamiento y que creíamos en impulsar medidas para el avivamiento a dónde quiera que fuéramos. Y que, por lo tanto, no veía con claridad que mi camino a seguir fuera el comprometerme con la causa, a menos que se garantizaran los fondos indispensables.

El corazón del hermano Arthur Tappan era tan grande como Nueva York, y hasta podría decir tan grande como el mundo. Era un hombre de pequeña estatura, pero de un corazón poderoso. Cuando presenté el caso ante él, me dijo: "Hermano Finney, con motivo de esta ocasión le diré que mis ingresos son de cien mil dólares al año. Ahora, si usted de verdad va ir a Oberlin, eche mano de la obra y vaya y asegúrese de que se levanten los edificios y que se provean de una Biblioteca y de todo lo demás. Le prometo darle todos mis ingresos, con excepción de lo que necesite para mi familia, hasta que hayan salido de las necesidades económicas". Teniendo total confianza en el hermano Tappan, le dije: "Eso haré hasta que las dificultades se hayan despejado del camino". Pero aún con esto tenía muchas dificultades para dejar mi iglesia en Nueva York. Jamás pensé permitir que mis labores en Oberlin interfirieran con mis labores de avivamiento y con la predicación. Por esto hicimos el acuerdo mi iglesia y yo de que pasaría mis inviernos con ellos y mis veranos en Oberlin, que ellos se harían cargo de los gastos de mi ir y venir, que iría a Oberlin en Abril y regresaría a Nueva York en Noviembre, cada año. Una vez acordado esto, tomé a mi familia y llegué a Oberlin en el mes de mayo.

CAPITULO XXIV

PRIMERAS LABORES EN OBERLIN

Los estudiantes del Seminario Lane llegaron a Oberlin. Los fideicomisarios levantaron barracas o cabañas en las cuales se alojaron. Cuando se dio la noticia de que el colegio se había abierto, los estudiantes acudieron a nosotros de todas direcciones. Después de haber hecho mi compromiso de ir a Oberlin, los hermanos del colegio me solicitaron traer conmigo una tienda grande para celebrar reuniones, pues no contaban con un salón lo suficientemente amplio como para acomodar a la gente. Les informé a algunos hermanos de mi congregación la solicitud, quienes me dijeron que

mande a elaborar la tienda, pues ellos cubrirían los gastos. Mandé a hacer la tienda y efectivamente los hermanos me entregaron el dinero para pagar por ella. Sin embargo, justo en ese momento, los hermanos en Oberlin temieron que la tienda les resultara en una trampa, ya que por ella podrían sentirse en la urgencia de predicar por todo aquel nuevo territorio y en los pueblos y campos aledaños, lo que significaría sacrificar la tarea principal de la enseñanza. Me dejaron conocer su pensar por medio de una carta, y me pidieron abandonar la idea de conseguir la tienda. Les informé de esta nueva cuestión a los hermanos que habían contribuido para costearla y les pregunté qué deseaban que hiciera con el dinero. Me respondieron que no recibirían el dinero de vuelta y me recomendaron entregarlo a los fondos del colegio o destinarlo a alguna otra buena causa, la cual no recuerdo. De cualquier modo, dispuse del dinero según sus deseos y no le di más pensamiento al asunto, sino hasta que estuve casi a punto de partir y para mi sorpresa recibí otro requerimiento de los hermanos de Oberlin, diciéndome que realmente necesitaban aquella tienda y que deseaban que la consiguiera. Aunque la situación me trajo desazón, conocía los corazones y los bolsillos abiertos de mis amigos en Nueva York y sabía que sin duda se envolverían en el proyecto cuando se los mencionara. Sin vacilación alguna me dijeron: "Vaya, mande a hacer la tienda y nosotros daremos el dinero".

Fue así que nuevamente ordené la elaboración de una tienda circular de cien pies de diámetro con todo el equipamiento respectivo para ponerla en pie. En la cima del poste central que soportaba la tienda había un gallardete que decía en grandes letras la frase "Santidad a Jehová". Esta tienda nos fue de gran ayuda. Cuando el clima lo permitía la extendíamos en la plaza cada Sabbat y sosteníamos en ella servicios públicos. Varias de nuestras primeras graduaciones se celebraron allí. Hasta cierto punto se usaba para sostener reuniones prologadas en la región, pero nunca como para interferir con nuestras labores públicas en el lugar.

He hablado anteriormente acerca del compromiso hecho por el hermano Arthur Tappan de suplirnos con fondos, incluso al punto de tener que hacer entrega de todos sus ingresos hasta que nos viéramos libres de necesidades monetarias. Este acuerdo hecho entre el hermano Tappan y yo era privado, y constituyó en una promesa que me hizo de manera personal bajo la condición de que fuera a Oberlin como profesor. El hermano me dijo: "deseo que su institución se haga conocer; por esto quiero que los fideicomisarios envíen agentes al campo y a las ciudades para que den a conocer el objeto y las necesidades de la institución. Recolecte el dinero que le sea posible y esparza la noticia de su empresa por medio de sus agencias, tan lejos como le sea posible. No quiero que se difunda una bandera abolicionista, sino que lleve a cabo su intención de recibir estudiantes de color bajo las mismas condiciones que los blancos, y vea que la obra no sea quitada de las manos de la facultad para ser arruinada por los

fideicomisarios, como ocurrió en Cincinnati. Simplemente dé a conocer que recibirán estudiantes y ábrase camino lo mejor que pueda. Vaya y levante sus edificios lo más pronto posible, y cualquiera que sea la deficiencia en los fondos, después de que los esfuerzos hayan sido hechos por sus agentes, recurra a mí y yo honraré lo que haga falta hasta lo que cubran mis ingresos de cada año".

Llegue al territorio con este acuerdo, sin embargo, quedó claro tanto para el hermano Tappan como para mí que el acuerdo no debía dársele a conocer a los fideicomisarios, no sea que desistieran de hacer los esfuerzos que Arthur Tappan deseaba que hicieran, no solo en la recolección de fondos, sino en dar a conocer por todos lados las necesidades y los propósitos de la institución. De acuerdo con este acuerdo la obra en Oberlin continuó avanzando con tanta rapidez como era posible, considerando que estábamos ubicados en medio del bosque y en un agujero de lodo --eso era el vecindario realmente en aquel entonces. La ubicación escogida para la institución era penosa, no se la había considerado con cuidado, sino que se había hecho una decisión apresurada. Si no hubiera sido por la bondadosa mano de Dios, ayudándonos en cada etapa, la institución hubiera resultado en un fracaso solo por causa de tan mal escogida localidad. Nos fue necesario gastar muchos miles de dólares para poder vencer los obstáculos naturales que nos encontramos cuando decidimos plantar el colegio en aquel lugar.

Apenas habíamos emprendido el proyecto, y estábamos en el proceso de levantar los edificios y en necesidad de una gran suma de dinero, cuando se produjo el gran colapso comercial. Este colapso postró al hermano Tappan y casi a todos los demás hombres que habían firmado su compromiso para sustentar el fondo para el pago de la facultad. El colapso comercial abarcó el país y echó a tierra a una gran masa de hombres acaudalados. Con esto nos quedamos no solo sin fondos para sostener a la cátedra, sino con una deuda de cincuenta mil dólares y sin prospectos de poder obtener fondos provenientes de los amigos del Colegio en este país. El hermano Tappan me escribió en aquel entonces. Sabiendo él la promesa expresa que me había hecho, lamentaba profundamente el haberse venido abajo y el no poder cumplir con su compromiso. Nuestras necesidades eran enormes, y a la vista humana todo parecía indicar que el colegio sería un fracaso.

Políticamente hablando, el Estado en aquel tiempo era fuertemente democrático, y se nos opuso por completo por causa de nuestro carácter abolicionista. Los pueblos aledaños mostraban gran hostilidad en contra de nuestro movimiento y se nos opusieron de todas las formas posibles, llegando al punto de amenazarnos con echar abajo los edificios que habíamos levantado. Mientras tanto, los demócratas procuraban promover una ley que les capacitara para echar mano de nosotros y derogar nuestro título de propiedad. Evidentemente, estando las cosas como estaban, había un gran clamor a Dios por parte de nuestra gente. Todo esto ocurría mientras

mis lecturas acerca del avivamiento circulaban extensamente en Inglaterra. Estábamos conscientes de que el público de Gran Bretaña simpatizaría fuertemente con nosotros si supieran nuestros objetivos, prospectos y nuestra condición. Fue así que preparamos una agencia compuesta por el Reverendo John Keep y por el señor William Dawes, les dimos cartas de recomendación y expresiones de confianza en nuestra empresa escritas por algunos de los hombres más prominentes en los Estados Unidos. Esta agencia partió a Inglaterra y le presentó al público británico nuestros objetivos y necesidades. La gente respondió con generosidad y nos dieron diez mil libras esterlinas. Con esto pudimos cancelar casi por completo nuestra deuda.

Nuestros amigos se esparcieron por los estados del norte, que eran abolicionistas y amigos de los avivamientos, los cuales nos ayudaron hasta donde les fue posible. Aún con esto tuvimos que luchar con la pobreza y con muchas pruebas por varios años. En ocasiones no sabíamos cómo nos sostendríamos al siguiente día. Esto fue algo que viví de manera personal. El fondo para el sustento de la cátedra había fallado, y con esto todos los maestros quedaron desprovistos. Sin embargo, con la bendición de Dios, nos ayudamos los unos a los otros lo mejor que pudimos. En cierta ocasión me encontré sin saber cómo proveer para mi familia durante el invierno. El ejecutivo del estado decretó un día de acción de gracias, que cuando llegó nos halló tan pobres, que me vi obligado a vender mi baúl de viaje, el mismo que usaba en mis labores evangelísticas, para poder reemplazar una vaca que había perdido. Me levanté en aquella mañana de acción de gracias y le presenté nuestras necesidades al Señor y concluí mi oración diciéndole que si la ayuda no llegaba, asumiría que era para bien y que me sentiría completamente satisfecho con cualquier curso que el Señor considerara sabio tomar. Fui a predicar, y creo que yo mismo disfruté mi predicación como nunca antes. Mi alma se sintió bendecida aquel día y observé que la gente también disfrutó en gran manera. Cuando la reunión llegó a su fin me detuve a conversar brevemente con unos hermanos, mientras mi esposa volvió a la casa. Cuando llegué al hogar, mi esposa salió a la puerta con una carta abierta en las manos. Mientras me acercaba, ella dijo sonriendo: "La respuesta ha llegado, querido", y me entregó la carta que contenía un cheque de doscientos dólares firmado por el hermano Joshiah Chapin, de Providence, Rhode Island. Aquel hermano había estado en Oberlin con su esposa el verano anterior. Yo no le había mencionado nada acerca de nuestras necesidades, pues nunca he tenido el hábito de hacérselas saber a nadie. Sin embargo, en su carta decía haberse enterado de que el fondo había fracasado y que me encontraba necesitado de ayuda. También me daba a entender que debía de esperar más dinero cada cierto tiempo. El hermano Chapin me envió seiscientos dólares al año en el curso de varios años, gracias a lo cual pudimos sostenernos.

Debí de haber mencionado que según con el acuerdo que hice en Nueva York, pasé mis veranos en Oberlin y los inviernos en Nueva York durante dos o tres años. Cada vez que volví a Nueva York tuvimos benditos avivamientos. También tuvimos un

avivamiento continuo en Oberlin. En aquel entonces pocos alumnos llegaban sin estar convertidos. Con todo esto, pronto mi salud se debilitó en tal manera que entendí que debía de renunciar a uno de esos dos campos de trabajo. Los intereses de la institución parecían prohibirme el abandonar Oberlin, por lo que debí renunciar a mi iglesia en Nueva York. Fue así que los seis meses en los cuales se suponía que debía de estar en Nueva York, los pasé en el exterior, trabajando en la promoción de avivamientos de la religión.

Las enseñanzas acerca de los avivamientos de la religión se predicaron cuando todavía era pastor de la Iglesia Presbiteriana, en la capilla de la calle Chatham. Durante los dos inviernos que le siguieron a aquello, les prediqué enseñanzas a los cristianos del Tabernáculo de Broadway, las cuales también fueron reportadas por el hermano Leavitt y publicadas en el New York Evangelist. Esas enseñanzas también fueron impresas en este país y en Europa en un volumen. Aquellos sermones para los cristianos fueron en gran medida el resultado de una búsqueda que estaba teniendo lugar en mi propia mente. Con esto quiero decir que el Espíritu de Dios me estaba mostrando muchas cosas con respecto a la cuestión de la santificación, las mismas que me llevaron a predicarles aquellos sermones a los cristianos. Muchos cristianos consideraron aquellas enseñanzas más como una exhibición de la ley que del evangelio. Sin embargo, para mí no fue así. En mi perspectiva tanto la ley como el evangelio tienen una sola ley de vida, y cualquier violación al espíritu de la ley es también una violación al Espíritu del Evangelio. Desde hace mucho tiempo ya he estado convencido de que las formas más altas en la experiencia cristiana solo pueden ser el resultado de una terrible búsqueda por aplicar la ley de Dios en el corazón y en la conciencia humana.

El resultado de mis labores hasta aquel tiempo me mostró, con mayor claridad que antes, las grandes debilidades de los cristianos, y cómo los miembros más antiguos de la iglesia, por lo general, progresaban muy poco en la gracia. Noté que retrocedían de su estado de avivamiento con mucha más rapidez que los nuevos convertidos. Esto mismo había sucedido en el avivamiento en el que yo me había convertido. Observé con frecuencia que muchos de los miembros antiguos de la iglesia retrocedían a un estado que podía compararse con apatía e indiferencia con mucha más velocidad que los recién convertidos. Vi con claridad que esto se debía a la enseñanza que habían recibido en el pasado, a aquellas perspectivas que habían sido conducidos a entretener cuando se habían convertido. Yo mismo fui llevado a un estado de gran insatisfacción por mi carencia personal de estabilidad en la fe y en el amor. Para ser sincero, y para la gloria de Dios, debo decir que él nunca me permitió retroceder en forma semejante a la que vi a muchos cristianos retroceder manifiestamente. Sin embargo, con frecuencia me sentía débil ante la tentación, y necesitaba sostener días de ayuno y oración

continuamente. También me era necesario reformar mi vida religiosa constantemente para poder retener la comunión con Dios y asirme de fuerza divina, para poder así ser eficiente en mi labor de promoción de los avivamientos.

Al ver el estado de la iglesia cristiana, tal como se me había revelado en mis labores, fui conducido a inquirir con gran seriedad si es que había algo más alto y permanente, algo de lo que la iglesia aún no estaba consciente; inquirí si no habían promesas y medios provistos en el Evangelio que le permitieran a los cristianos establecer en una forma de vida cristiana superior. Yo conocía considerablemente la perspectiva de santificación sostenida por nuestros hermanos metodistas, pero como estas me parecían a mí relacionarse casi por completo con estados emocionales, no me era posible aceptar sus enseñanzas. Con todo esto, me entregué al serio escrutinio de las Escrituras, y a leer todo material que llegara a mis manos acerca del tema, hasta que mi mente quedó satisfecha con el convencimiento de que una forma más alta y firme de vida cristiana era posible, y que era privilegio de todos los cristianos. Esto me llevó a predicar dos sermones en el Tabernáculo de Broadway acerca de la perfección cristiana. Hoy por hoy esos sermones se han incluido en el volumen de enseñanzas para cristianos. En aquellos sermones definí qué era la perfección cristiana, y traté de mostrar que era posible de alcanzarse en esta vida, también expliqué en qué sentido es alcanzable. Ya he dicho que esos sermones se publicaron en el New York Evangelist. Hasta donde sé la Iglesia cristiana no se alarmó por ellos ni los consideró heréticos; y aún tiempo después de mi llegada a Oberlin jamás escuché que se cuestionara la veracidad de aquellos sermones en ninguna parte. Con todo esto, por este tiempo surgió la cuestión de la perfección cristiana, en el sentido antinómico del término, lo que causó gran agitación en New Haven, Albania, y de algún modo también en la ciudad de Nueva York. Examiné las perspectivas de quienes sostenían la postura y examiné bastante a fondo su periódico titulado "The Perfectionist" y no me fue posible aceptar aquellas particulares ideas. Con todo esto, quedé convencido de que la doctrina de santificación en esta vida, y la santificación por completo, en el sentido de ser privilegio de los cristianos el poder vivir sin pecado, es una enseñanza bíblica, y que abundantes medios han sido provistos para asegurar su obtención.

En el último invierno que pasé en Nueva York, el Señor tuvo a bien visitar mi alma trayendo un gran refrigerio. Después de una temporada de gran escrutinio en mi corazón, Dios me condujo --como siempre lo ha hecho-- a un lugar espacioso para darme gran parte de aquella dulzura divina a la cual el Presidente Edwards se refiere cuando habla de su experiencia personal. Aquel invierno viví un quebrantamiento tan profundo que en ocasiones por un considerable periodo me era imposible contenerme de llorar en voz alta, en vista de mis propios pecados y del amor de Dios en Cristo. Aquellos episodios de quebranto se dieron frecuentemente en aquel invierno, y tuvieron como resultado una gran renovación en mi fuerza espiritual y el ensanchamiento de mis perspectivas con respecto a los privilegios que tenemos los

cristianos y la abundante gracia de Dios. Es bien sabido que mis perspectivas acerca de la santificación han sido objeto de mucha crítica.

Para ser fiel con la historia me es necesario mencionar algunas cosas que de otro modo dejaría en el silencio. El colegio Oberlin fue establecido por el señor Shipherd en contra de los sentimientos y los deseos de quienes estaban interesados en construir el Colegio Hudson. El señor Shipherd me informó en cierta ocasión que el hermano Coe, quien para entonces eran el principal agente de aquel otro colegio, le había asegurado que haría todo lo que estuviera en sus manos para echar Oberlin abajo. Tan pronto se recibieron noticias en Hudson de que se me había hecho la invitación para ser profesor de teología en Oberlin, los fideicomisarios de Colegio Hudson me eligieron como su profesor de teología. Fue así que al mismo tiempo tuve dos invitaciones. No me comprometí por escrito con ninguna de ellas, sino que primero fue a Oberlin a explorar el territorio y luego decidí en dónde se encontraba mi deber. En aquella primavera la asamblea general de la Iglesia Presbiteriana sostenía su reunión de mayo en Pittsburgh. Cuando llegué a Cleveland se me informó que dos de los profesores de Hudson se encontraban en Cleveland esperando mi arribo, y que tenían la intención de llevarme a Hudson a cualquier costo. Sin embargó, sufrí una demora en el lago por causa de los vientos, que nos eran adversos, y aquellos hermanos que me esperaban en Cleveland se habían marcharon para poder estar en la apertura de la asamblea general, mas me habían dejado un mensaje con un hermano que debía de encontrarme tan pronto se diera mi arribo y tratar, por todos los medios, de convencerme de ir a Hudson.

Sin embargo, en Cleveland también me encontré con una carta del hermano Arthur Tapan, de Nueva York. De alguna manera el hermano Tappan había llegado a conocer acerca de los muchos esfuerzos que estaban en proceso para persuadirme de ir a Hudson en lugar de Oberlin. Para aquel entonces, Hudson ya contaba con sus edificios y aparato y ya había sido establecido como colegio, tenía reputación e influencia. Oberlin no tenía nada. No tenía edificios públicos y solo se componía de una pequeña colonia asentada en el bosque. Los colonos apenas estaban empezando a levantar sus propias casas y a hacer espacio para un colegio en aquel inmenso bosque. De cierto tenían su título de propiedad y a unos cuantos alumnos en el terreno, pero en comparación con Hudson, no tenían nada. La carta del hermano Tappan tenía como objeto alertarme de no suponer que mi presencia en Hudson sería instrumental para garantizar lo que deseábamos lograr con Oberlin. Dejé a mi familia en Cleveand, renté un caballo y una carroza y me dirigí a Oberlin sin pasar antes por Hudson. Pensé que al menos debía de ver Oberlin primero. Cuando llegué a Elyria me encontré con unas viejas amistades que había conocido en el centro de Nueva York. Estas personas me informaron que los fideicomisarios de Hudson creían que si podían garantizar mi presencia en su colegio, en gran medida lograrían derrotar a Oberlin. También me dijeron que en Hudson la influencia de la Vieja Escuela era lo suficientemente

poderosa como para empujarme a alinearme con sus perspectivas y curso de acción. Me dijeron que habían conocido estos particulares por medio de un agente de Hudson que había estado en Elyria. Esta información coincidía perfectamente con la que había recibido del hermano Tappan. Llegué a Oberlin y observé que no había ningún obstáculo que impidiera la construcción de un colegio basado en principios que, a mi parecer, no solo constituían el fundamento para edificar un colegio exitoso, sino que también podían producir una reforma como la que sabía estaba en el corazón de aquellos que apoyaban, o que estaban construyendo Oberlin. Los hermanos que ya se encontraban en el terreno estaban determinados de corazón a construir una escuela basada en principios radicales de reforma. Por esta razón, les escribí a los fideicomisarios de Hudson declinando la invitación que me habían hecho y decidí quedarme en Oberlin. No tenía en lo personal nada malo que decir de Hudson, y tampoco conocía que hubiera nada negativo en el colegio. Lo que sí noté es que la política parecía ser aquella jurada por el hermano Coe: echar abajo al Colegio Oberlin, o más bien, mantenerlo en el suelo.

Muy pronto el clamor del perfeccionismo Antinomiano se dejó oír y esto trajo oposición en nuestra contra. Se escribieron cartas, se visitaron cuerpos eclesiásticos y se hicieron muchos esfuerzos para mostrar que las perspectivas de Oberlin eran por completo heréticas. Tales cosas se dijeron ante los cuerpos eclesiásticos a lo largo y ancho de la tierra, que muchos fueron conducidos a pasar resoluciones advirtiendo a las iglesias en contra de la influencia teológica de Oberlin. Era como si una unión general de influencia ministerial se hubiera levantado en nuestra contra. Sabíamos muy bien qué había puesto esta oposición en marcha, y los medios por los cuales se habían levantado los ánimos contrarios. Sin embargo, no dijimos nada. Nos quedamos quietos en cuanto al tema y no hicimos controversia con aquellos hermanos que sabíamos estaban haciendo esfuerzos para levantar la animosidad del público en nuestra contra. No entraré en detalles, pero basta decir que las armas que se levantaron para echarnos por el suelo resultaron disparando en contra de nuestros adversarios de manera desastrosa, lo que al final produjo prácticamente el cambio total de todos los miembros de la facultad de Hudson. También la administración general del colegio cayó en otras manos. Sinceramente muy rara vez escuché en Oberlin nada en contra de Hudson, ni en aquel entonces ni en ningún otro momento. Nos enfocamos en nuestros propios asuntos y sentimos que en lo concerniente a la oposición proveniente de esa línea, nuestra fortaleza estaba en permanecer quietos. No nos equivocamos. Estábamos confiados en que no era el plan de Dios que aquella especie de oposición prevaleciera. Quisiera que quede absolutamente claro que no sé que los actuales líderes o administradores de Hudson hubieran simpatizado con lo se hizo en aquel entonces, o que hayan tenido mucho conocimiento del curso que se tomó.

Con frecuencia me han preguntado qué produjo tanta emoción repentina por el tema de la santificación; y qué fue lo que condujo a la gente a considerar mis perspectivas en el tema como heréticas después de mi llegada a Oberlin, cuando mi postura habían sido ampliamente conocidas y publicadas en la ciudad de Nueva York, e incluso había circulado en el New York Evangelist antes de que empezara todo ese clamor que afirmaba que éramos perfeccionistas antinomianos.

Los ministros, tanto los que estaban cerca como los que estaban lejos, llevaron su oposición a grandes escalas. En aquel entonces se citó a una convención en Cleveland para considerar el asunto de la educación del oeste, y el apoyo a los colegios de aquella área. El llamado fue tan estricto que salimos de Oberlin, esperando tomar parte en los procedimientos de la convención. A nuestra llegada nos encontramos con el Doctor Beecher, y pronto nos dimos cuenta de que se había puesto en marcha un curso de procedimientos para callar a los hermanos de Oberlin y a todos los que en la convención simpatizaban con nuestro colegio. Fue por esto que no se me permitió tener parte como miembro de la convención, aunque sí asistí a varias sesiones antes de volver a casa. Recuerdo claramente haber escuchado a uno de los ministros, un señor de apellido Lathrop que para entonces era, o aún es, pastor de la iglesia de Elyria sin no me equivoco, decir que consideraba que las doctrinas de Oberlin y su influencia eran aún peores que las del catolicismo romano. Su discurso fue representativo y parecía abarcar la perspectiva general del cuerpo que se había reunido. Por supuesto, no me refiero a todos los presentes. Algunos de nuestros estudiantes, que habían sido educados en teología en Oberlin, estaban tan relacionados con las iglesias y la convención, que se les permitió sentarse en aquel cuerpo, ya que habían venido de diferentes partes del país. Estos estudiantes fueron muy abiertos a la hora de hablar de los principios y las prácticas de Oberlin, hasta donde fueron cuestionadas. Era evidente que el objetivo de la convención era cercar a Oberlin por todos lados y aniquilarnos por medio de un sentimiento público que nos impidiera cualquier clase de apoyo. Quiero ser muy claro en afirmar que para nada culpo a los miembros de aquella convención --o si lo hago, es a muy pocos de ellos-- pues sé que fueron mal guiados, y que actuaron bajo un completo mal entendimiento de los hechos. El Doctor L. Beecher fue el espíritu líder de aquella convención.

La política que siguió Oberlin fue la de no enfrentar a la oposición. Nos ocupamos en nuestros propios asuntos, y siempre tuvimos tantos estudiantes como podíamos manejar. Nuestras manos siempre estuvieron llenas de trabajo, y siempre estuvimos animados en nuestros esfuerzos. Pocos años después de la reunión de esta convención, uno de los ministros principales en ella vino a nuestra casa para pasar uno o dos días. Entre otras cosas me dijo: "Hermano Finney, para nosotros Oberlin es motivo de gran asombro. Por muchos años he estado conectado con un colegio, pues he sido uno de sus profesores. La vida colegial y sus principios, así como las condiciones sobre las cuales se edifican los colegios, son algo familiar para mí. Siempre

hemos creído, hablando de los colegios, que no pueden existir a menos que sean patrocinados por el ministerio. Sabemos que los jóvenes que están a punto de ir al colegio por lo general consultan con sus pastores con respecto a cuál colegio escoger, y que también por lo general estos jóvenes que desean estudiar van a colegios que estén de acuerdo con sus perspectivas. Sin embargo,"--continuó diciendo--"casi de forma universal los ministros se levantaron en contra de Oberlin. Fueron engañados por el clamor del perfeccionismo Antinomiano y con respecto a sus perspectivas de reforma; y cuerpos eclesiásticos enteros se unieron en todas partes, Congregacionalistas, presbiterianos y de todas denominaciones, y advirtieron a sus iglesias en su contra. Desanimaron casi universalmente a sus jóvenes, si es que acaso ellos inquirían al respecto, para que no vinieran aquí. Y aún con todo eso el Señor les ha levantado. Ustedes han sido sostenidos con fondos mejor que casi todos los colegios de esta tierra; tienen muchos más estudiantes que cualquier otro colegio del oeste, y puede que del este también; y la bendición de Dios ha estado sobre ustedes de tal modo que el éxito de Oberlin ha sido maravilloso." Dijo a continuación: "Esto es una anomalía en la historia de los colegios. Los opositores de Oberlin han sido confundidos, y Dios se ha mantenido de su lado y les ha sostenido a través de toda esta oposición de tal forma que muy poco lo han sentido".

Hoy en día le es difícil a la gente el darse cuenta de la oposición con la que nos encontramos cuando establecimos este colegio. Para ilustrarla, y para poner sobre la mesa un caso representativo, relataré un cómico hecho que tuvo lugar en la época de la cual hablo. Tuve la oportunidad de ir a Akron, en el condado de Summit, para predicar un Sabbath. Viajé con un caballo y una carreta. De camino, pasando la villa de Medina, observé en el camino frente a mí a una dama a pie que llevaba un pequeño bulto en las manos. Al acercarme más observé que la dama era una mujer de avanzada edad y bien vestida, que caminaba con dificultad, según supuse, por sus años. Cuando estuve junto a ella detuve el caballo y le pregunté qué tan lejos estaba el sitio al que debía llegar. Me respondió y enseguida le pregunté si aceptaba sentarse en la carreta para que pudiese llevarla. Ella dijo: "Oh, estaré muy agradecida si me lleva, pues ciertamente me he dado cuenta de que he emprendido una caminata demasiado larga", y me explicó cómo es que había iniciado su larga caminata. La ayudé a subir a la carreta y se sentó junto a mí. Encontré que era una mujer muy inteligente, y que se sentía muy libre y cómoda con la conversación. Después de haber recorrido alguna distancia me preguntó "¿Puedo preguntar a quién le debo este favor?" Le dije entonces quien era yo. Luego ella preguntó que de dónde venía y le respondí que de Oberlin. Mi respuesta le sorprendió. La mujer hizo el ademán de sentarse lo más lejos de mí que le fuera posible y volteándose para mirarme de frente, con mucha seriedad me dijo: "¡Vaya, De Oberlin! ¡Nuestro ministro dice que prefiere mandar a su propio hijo a una prisión estatal antes que a Oberlin!" Por supuesto sonreí, y traté de aliviar los temores de la señora, si es que realmente los tenía; y le hice entender que no corría peligro conmigo. Relato esto solamente para ilustrar el espíritu que prevalecía

de forma general en el tiempo en el cual establecimos el colegio. Las tergiversaciones y los malos entendidos abundaban por todos lados, y estas tergiversaciones se extendieron hasta prácticamente todas las esquinas de los Estados Unidos.

Sin embargo, había un gran número de laicos y no pocos ministros, en diferentes partes del país, que dudaban de aquella oposición, simpatizaban con nuestras metas, perspectivas y esfuerzos, y que permanecieron firmes junto a nosotros en medio de los buenos y los malos momentos, y sabiendo como sabían los apuros en los que nos encontrábamos por causa de la oposición, dieron de su dinero y de su influencia para ayudarnos a seguir adelante. Ya he hablado del hermano Chapin, de Providence, y de cómo durante varios años me envió seiscientos dólares al año, gracias a los cuales me fue posible sostener a mi familia. Una vez que entendió que me había cubierto hasta dónde llegaba su deber --lo cual hizo hasta que las dificultades financieras no le permitieron continuar-- el hermano Willard Sears, de Boston, tomó su lugar y por varios años me sostuvo dotándome de la misma cantidad con la cual lo hacía anualmente el señor Chapin. Mientras tanto se hacían esfuerzos para poder sostener a los otros miembros de la facultad. Por la gracia de Dios logramos salir a flote. Después de unos cuantos años el pánico disminuyó en medida.

El Presidente Mahan, el Profesor Cowless, el Profesor Morgan, y yo, lanzamos una publicación acerca del tema de la santificación. Establecimos un periódico, "The Oberlin Evangelist", y posteriormente otro, "The Oberlin Quarterly", por medio de los cuales desengañamos en gran medida al público, informando cuáles eran nuestras verdaderas perspectivas. En 1846 publiqué dos volúmenes acerca de teología sistemática; en esta obra discutí todo el tema de la santificación en mayor abundancia. Después de que esta obra fue publicada, fue revisada por un comité del presbiterio de Troy, Nueva York. Di respuesta a su revisión y no escuché de más críticas provenientes de ese sector. Luego el Doctor Hodge, de Princeton, publicó en el Repertorio Bíblico una larga crítica a mi teología. Esta crítica la hizo a partir del punto de vista de la Vieja Escuela. Le respondí y no escuché de más oposición de su parte. Después de esto el Doctor Duffield, de la Nueva Escuela de la Iglesia Presbiteriana de Detroit, hizo una revisión profusa de la obra desde el punto de vista de la Nueva Escuela, pero pese a esto su revisión estuvo bastante apartada de una Nueva Escolaridad consistente. De cualquier modo, le respondí también, pues que yo recuerde no me había encontrado con nada que se hubiera dicho para impugnar nuestra teología. Las respuestas que di a estas revisiones se publicaron en un apéndice en la edición inglesa de mi Teología.

Hasta ahora he narrado los principales hechos relacionados con el establecimiento y las luchas de nuestra escuela en lo que ha concernido a mi persona. Siendo profesor de teología, la oposición teológica se dirigió, como es lógico, hacia mi persona, por lo que he debido de hablar acerca de mi relación con el asunto más de lo que lo hubiera hecho en otra circunstancia. Sin embargo, espero que no se me malinterprete. No

pretendo decir que los hermanos que se nos opusieron fueron perversos en su oposición. No me cabe duda de que la mayoría de ellos estaban realmente confundidos, y que actuaron en concordancia con su perspectiva del bien, según lo entendían. Me es necesario decir para la honra de Dios, que ninguna de las oposiciones que enfrentamos nos perturbó en Oberlin, como tampoco, hasta dónde sé, nos disgustaron de tal modo como para provocarnos a un espíritu de controversia o resentimiento. Estábamos muy conscientes de los esfuerzos desplegados para dirigir los malentendidos y podíamos entender con facilidad el por qué la gente se nos oponía en el espíritu y en la forma en la que fuimos asaltados.

Durante estos años de polvo y humo por causa de los malentendidos y la oposición exterior, El Señor nos bendijo ricamente en lo interno. No solo prosperaron nuestras almas como iglesia en Oberlin, sino que tuvimos un avivamiento continuo. Este avivamiento varió en su fuerza y poder en diferentes momentos, pero jamás salimos de un estado que en cualquier otro lugar pudiera considerarse de avivamiento. Cada año nuestros estudiantes se convertían en grandes números, y continuamente el Señor nos guardó bajo la sombra de su misericordia. Cada año los vientos de influencia divina corrían sobre nosotros y nos dejaban sus frutos de amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, templanza, bondad y fe. Siempre le he atribuido nuestro éxito en esta buena obra por completo a la gracia de Dios. No fue ni sabiduría ni bondad de nuestra parte lo que consiguió el éxito, sino solamente la continua influencia divina omnipresente en la comunidad, la cual nos sostuvo en nuestras pruebas y nos guardó en una actitud mental que nos permitió ser eficientes en la obra que habíamos emprendido. Siempre hemos sentido que si el Espíritu del Señor nos hubiera abandonado no hubiera existido circunstancia externa capaz de hacernos prosperar. Entre nosotros también se dieron pruebas. Temas frecuentes en la discusión pública surgían, y muchas veces pasamos días y aún semanas, discutiendo asuntos de deber o conveniencia en los cuales no estábamos de acuerdo. Sin embargo, estas cuestiones no nos dividían permanentemente. Ha sido uno de nuestros principios el concedernos el derecho al juicio privado. Por lo general, hemos llegado a acuerdos sustanciales en temas sobre los cuales diferíamos; y las veces en las que nos encontramos incapaces de coincidir, la minoría se ha sometido al juicio de la mayoría. Jamás hemos entretenido la idea de fragmentar la iglesia por causa de aquellas cosas en las que no logramos ponernos de acuerdo. En gran medida hemos logrado preservar "la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz"; y es probable que no haya existido hasta hoy una comunidad que por tanto tiempo, y por medio de tantas pruebas y cambios como los atravesados por nosotros, haya logrado preservar ese gran Espíritu de unidad, paciencia cristiana y afecto fraternal.

Cuando el asunto de la completa santificación se levantó en Oberlin para la discusión pública, y cuando por primera vez el tema atrajo la atención general de la iglesia, nos encontrábamos en medio de un poderoso avivamiento. Mientras el avivamiento estaba en su curso maravilloso, un día el Presidente Mahan predicó un discurso escrutador. Observé en el transcurso de su prédica que había dejado un punto sin tocar que me parecía a mí de mucha importancia en relación con su tema. Usualmente al cierre de sus sermones el Presidente me preguntaba si tenía alguna observación, y aquella vez también lo hizo. Me puse de pie e insistí en el punto que había omitido, el cual se refería a la diferencia entre el deseo y la voluntad. A partir del hilo de pensamiento que el Presidente Mahan había presentado, y por la actitud que observé en la congregación en aquel momento, vi --o creí haber visto-- que el insistir en aquella diferencia en ese momento en particular podría echar gran luz sobre la cuestión de si los presentes eran o no realmente cristianos, si realmente eran personas consagradas, o si más bien tan solo tenían deseos de serlo cuando no estaban verdaderamente dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Recuerdo que cuando aquella distinción quedó clara el Espíritu Santo cayó sobre la congregación de forma maravillosa. Un gran número de personas bajó la cabeza, y otros gemían de tal modo que podían ser escuchados en toda la casa. Con eso se derrumbaron por completo las esperanzas de los profesores que estaban engañados. Algunos de ellos se pusieron de pie en el acto y confesaron que habían estado engañados y que ahora podían ver en dónde; estas confesiones llegaron a un punto que me asombró en gran manera, y de hecho, me parece que en la congregación en general había también un sentimiento de asombro. Sin embargo, lo único que estaba sucediendo era que el Espíritu Santo le estaba mostrando a la gente, verdadera y llanamente, el estado de sus corazones.

La obra continuó con gran poder, y los antiguos profesores o ya adquirían una nueva esperanza o se convertían en grandes números. Esto produjo un cambio enorme e importante en toda la comunidad. El Presidente Mahan fue grandemente bendecido junto a otros de nuestros profesores. En aquel tiempo el hermano Mahan entró notoriamente en una nueva forma de experiencia cristiana. En una reunión, pocos días después de aquellos sucesos, uno de nuestros estudiantes de teología se puso de pie y presentó este dilema: o ya el evangelio no le provee a los cristianos todas las condiciones de una fe establecida, de la esperanza y del amor, o realmente había algo mejor y más alto a lo que por lo general los cristianos experimentan. En pocas palabras, la cuestión era si la santificación podía o no obtenerse en esta vida, con esto se refería a la santificación en el sentido de que los cristianos pudieran disfrutar de una paz inquebrantable, sin caer en condenación, o tener sentimientos de condenación o conciencia de pecado. El hermano Mahan le respondió inmediatamente: "Sí, hay algo mejor". Lo ocurrido en esta reunión nos puso de frente a la cuestión de la santificación en forma de una pregunta práctica. No teníamos teorías al respecto, ni filosofías que mantener, simplemente la tomamos como una cuestión bíblica. Siendo así, esta cuestión existía entre nosotros como una verdad experimental, la cual no

pretendíamos reducir a una fórmula teológica, como tampoco pretendíamos explicar su filosofía en el momento, sino años después. Con todo esto, aquella discusión y el planteamiento de esa pregunta en Oberlin fue para nosotros de gran bendición, como también lo fue para un gran número de estudiantes que ahora están esparcidos por todas partes de los Estados Unidos, y en estaciones misioneras en distintas partes del mundo.

CAPITULO XXV

ASUNTOS EN OBERLIN

Antes de regresar a mi recuento de los avivamientos, y para poder hacer conocida la conexión de las cosas con nuestra historia aquí en Oberlin y con mis propias labores, me es necesario abundar un poco más acerca del movimiento abolicionista o antiesclavista. Esto lo haré no solo en esta porción, sino en demás lugares en los cuales esté relacionado con mis labores. He hablado del sentimiento público que existía acerca del tema y que nos rodeaba por todas partes cuando llegamos por primera vez a Oberlin. También he dicho que encontramos la oposición de todo el campo y de la región a nuestro alrededor y que incluso la legislatura demócrata del estado buscaba algún recurso que le justificara para abolir nuestro derecho a la propiedad por causa de nuestros sentimientos y acciones en contra de la esclavitud. Como es de suponerse, cuando recibimos por primera vez estudiantes de color se produjo una considerable excitación por el hecho de que estos jóvenes eran recibidos en nuestras familias y porque se sentaban en nuestras mesas, y donde querían en las mesas del salón del internado.

Muy poco tiempo después de mi arribo a Oberlin, que se dio sino me equivoco más o menos para cuando recibimos a los primeros estudiantes de color; se levantó la cuestión en forma de una petición por parte de los internos blancos para que en el salón comedor los estudiantes de color tuvieran su propia mesa; acerca de esto hice la moción de que los estudiantes blancos que no desearan sentarse junto a los de color, tuvieran su propia mesa. Toda la facultad estuvo de acuerdo con la moción. Con esto, los pocos que optaron por tomar tal postura se encontraron en una posición incómoda, pese a la cual no podían quejarse. Estábamos determinados a que, si tenía que haber algún tipo de separación, no sería al darles a los estudiantes de color su

propia mesa, sino a quiénes se rehusaran a sentarse junto a ellos. Aunque supuse que esta acción de la facultad no les resultó muy cómoda a aquellos estudiantes, se había formulado de tal forma que no podían rechazarla. Mientras tanto, diferentes miembros de la facultad alojaron a los estudiantes de color y los sentamos en nuestras mesas sin hacer distinción alguna por causa del color. Lo mismo hicieron todas las familias líderes del lugar, sino me equivoco. Buscamos corregir el sentimiento que había por medio de la predicación y la instrucción pública y logramos prevalecer casi de manera universal. El prejuicio por causa del color pronto disminuyó, y hoy, hace muchos años ya que en las asambleas públicas la gente parece casi no darse cuenta de diferencia alguna entre ellos. La gente de color se sienta donde le place y hasta dónde sé nadie dice, hace o piensa nada acerca de aquello. Al principio, por todos lados, se reportaba que teníamos la intención de animar al matrimonio entre nuestros estudiantes negros y blancos, e incluso se decía que pensábamos obligarles a casarse y que nuestro objetivo era introducir un sistema universal de mestizaje.

Un pequeño hecho va a ilustrar el sentimiento que existía incluso en medio de los granjeros inteligentes del vecindario. Después de mi llegada a Oberlin tuve la oportunidad de viajar unas cuantas millas para conseguir unos arbustos de grosella. Acudí a un granjero que se dejó ver muy hosco y receloso cuando descubrió quién era yo y desde dónde había venido. El hombre me dio a entender que no quería tener nada que ver con la gente de Oberlin, pues nuestro objetivo era amalgamar las razas y animar a que los estudiantes negros se casaran con los blancos. Dijo que también teníamos la intención de introducir la unión de la iglesia con el estado, y que nuestras ideas y proyectos eran por completo revolucionarios y abominables. El hombre era muy serio en su opinión. Sin embargo, debo decir que el comentario me pareció tan ridículo que no fui capaz de responderle con ningún grado de seriedad, y por lo tanto no le respondí en lo absoluto. Sabía que si trataba de decirle algo me le reiría en la cara. Durante nuestros primeros días en Oberlin tuvimos serias razones para temer que una turba del pueblo vecino fuera a destruir nuestros edificios.

Con todo esto, no teníamos mucho tiempo en el lugar cuando se dieron circunstancias que crearon una reacción en la mente del público. Este lugar se convirtió en uno de los puntos del "tren subterráneo"; como se le llamó entonces; en el cual esclavos que habían escapado y que estaban de camino a Canadá, se refugiaban por un día hasta que el camino de su escape quedara despejado. Se dieron varios casos en los cuales estos esclavos eran perseguidos por sus dueños, y esto produjo que se levantara un clamor, no solo en este vecindario sino también en los pueblos aledaños, ante el intento de forzar a los esclavos de regreso a la esclavitud. Recuerdo que en cierta ocasión varios esclavos se guarecieron secretamente aquí. De esto yo no supe nada sino hasta que se produjo el escándalo. Los dueños de los esclavos aparecieron buscándolos, y los esclavos se percataron de esto y avisados por algunos de sus amigos; no sé cuáles eran estos amigos; empezaron a huir atravesando lotes y bosques

con dirección al lago. Los dueños de los esclavos los siguieron y lograron descubrir el rumbo que habían tomado. Mientras tanto, los amigos de los esclavos, algunos a pie y otros a caballo, partieron en diferentes direcciones, dando la impresión de que ellos mismos estaban buscando a los esclavos, lo que resultó en una confusión total, y en medio de gritos de "por aquí" y "por allá", los esclavos lograron el escape pasando por campos de maíz crecido y por bosques.

Pronto escenas semejantes a estas levantaron el sentimiento público en los pueblos de los alrededores y empezaron a producir una reacción. Los granjeros y la gente de los alrededores empezaron a estudiar de forma particular nuestros objetivos y perspectivas y pronto nuestro colegio se hizo conocer y se ganó un mayor aprecio. Esto resultó, hasta dónde llega mi entendimiento, en un estado de confianza universal y de buena voluntad entre Oberlin y los pueblos y condados vecinos. Tanta hostilidad se había excitado en contra nuestra a lo largo y ancho de la tierra, que los editores parecían aprovecharse con avidez de cualquier cosa que pudiera mortificar a Oberlin y le daban tanta circulación como les era posible.

Entre otras circunstancias curiosas ocurridas de las cuales los editores hicieron un gran espectáculo de oposición; pero que al final produjo una reacción a nuestro favor; relataré la siguiente: Un joven, sino me equivoco de Kentucky, vino a Oberlin a estudiar y mientras estaba en periodo de prueba, y antes de que se hiciera realmente conocido entre nosotros, elaboró un plan para seducir a una de nuestras jóvenes. Esta era una joven muy apreciada y modesta. Según tengo entendido el joven era un maestro de la escritura y hacía uso de su pluma en forma magistral. Le escribió a la dama una carta, en la cual dibujó con su pluma una figura muy vil y redactó y le dio forma a una misiva que resultó calculada para producir en la joven el peor de los efectos. Le pedía responder a A.B.; no recuerdo a qué dirección se suponía que debía de llegar la respuesta. Por supuesto al recibir la comunicación la joven quedó muy impactada y se la entregó a la dama principal de la institución, quien a su vez se la mostró a su marido, que era uno de los miembros de la facultad. Poco después de esto el joven escribió una nueva carta del mismo estilo con el dibujo más repugnante posible; es decir, repugnante a los ojos de una mente pura. Escribiéndole para provocar en la joven la fuerte tentación de caer en una mala conducta. En esta carta nuevamente le urgía a dirigir su respuesta y enviarla de la misma manera en la que lo había hecho en el mensaje anterior. Esta carta pasó inmediatamente a manos de la dama principal, y por medio de ella a manos de la facultad. Por supuesto, esto levantó la atención del profesorado, quienes empezaron a investigar.

Para aquel momento teníamos a un joven muy confiable que nos servía de cartero. Después de que se recibieron estas dos cartas, se le presentó el asunto al cartero, quien se ofreció a averiguar de quién habían provenido. Me parece que él se quedó con las cartas para poderlas comparar con otras del mismo tipo que le llegaron a la

mano. Inmediatamente después de esto una nueva carta para la joven llegó a la oficina postal. El cartero notó que se trataba de la misma letra y la abrió para encontrarse con otra de esas abominables epístolas, la misma que exaltó en él gran indignación. Me parece que sin consultarle a nadie, él mismo respondió aquella carta pretendiendo ser la joven. Al contestar hizo alusión a las cartas anteriores y escribió en una forma que invitaba a la respuesta. De esta manera el cartero abrió correspondencia con el joven. Esto resultó enseguida en una cita para encontrarse en cierto lugar de la villa, a determinada hora de la noche, para supuestamente pasar la noche juntos, pues el vil muchacho suponía que mantenía correspondencia con la joven; quien realmente estaba ignorante de todo lo que estaba sucediendo.

Para aquel tiempo teníamos con nosotros a una pareja de jóvenes muy energéticos que estaban comprometidos para casarse y que habían llegado para completar sus estudios antes del matrimonio. Estos jóvenes gozaban de buena reputación y de un alto grado de confianza en la comunidad. Al caballero de la pareja, junto a otros pocos, el cartero le había pedido ayuda en secreto para descubrir al villano que le había tendido la trampa a una joven tan digna. El joven le pidió a su prometida pretender ser la joven a la cual las horrendas cartas habían sido dirigidas, solo hasta que se haya logrado detectarlo y arrestarlo y ella accedió. Mientras tanto, consultaron también a varios de nuestros más estimados jóvenes y a uno de nuestros profesores más jóvenes, los que estuvieron de acuerdo en ser ellos los que le arrestaran y trataran con él según dictara el sentido común. La hora de la cita había llegado. Estaba oscuro. Si no me equivoco la hora señalada para el supuesto encuentro eran las diez en punto. El acuerdo era que debían encontrarse en cierta esquina de la villa y que él se revelaría haciendo cierta señal. Ella debería de tomar su bazo y acompañarle a un lugar ya preparado.

El joven se hospedaba en el hotel, y para entonces era muy poco conocido. Había tomado las cobijas de su habitación y las había llevado a un lugar un poco alejado de la villa para extenderlas bajo el abrigo de un árbol grande que había sido derribado y que dejaba ver sus grandes raíces extendidas hacia arriba. Con este árbol la vista desde el camino o la villa quedaba bloqueada. El joven comprometido para casarse condujo a su novia a través de unas yardas hasta casi el punto del encuentro y se escondió en un lugar desde donde pudiera escuchar. Era oscuro. La dama avanzó un poco más y esperó la señal, la cual escuchó casi enseguida y respondió. Se encontraron. El muchacho le brindó el brazo y caminaron a prisa hasta el lugar en donde se encontraba preparada la cama. Los jóvenes que iba a arrestarlo, conociendo bien lo que se había montado para descubrirle, se escondieron a poca distancia de dónde se suponía que los jóvenes debían de abandonar el camino para entrar al bosque. El joven de Kentucky estaba armado con una pistola y poseía un verdadero espíritu sureño. Cuando llegaron al punto en donde los jóvenes se encontraban escondidos, los muchachos salieron y lo rodearon, el chico sacó su pistola, pero lograron contenerle y

nadie salió herido. Después de mucha conversación y oración resolvieron darle de latigazos, y señalaron a uno de nuestros más amables jóvenes para hacerlo, y aunque le dolió mucho tener que hacerlo, le aplicó a la espalda del villano el número de latigazos asignados con un cuero crudo que ellos mismos habían elaborado. Después de aplicado el castigo le dejaron ir. Creo que en ese momento el joven criminal entendió que se le había aplicado un castigo justo.

El hecho es que para entonces no había ley de la tierra que pudiera hacerse cargo de él o aplicar ningún tipo de castigo en este caso. No dudo de que nuestros jóvenes actuaron de acuerdo con su sentido del deber. Tomaron el caso en sus propias manos y administraron lo que les pareció un merecido y moderado castigo. Siendo nuestro colegio uno en el cual los hombres y las mujeres se asociaban en sus estudios, estos jóvenes entendieron que era justo que un acto de tal naturaleza se confrontara con una decidida desaprobación pública. Entendieron también que debía hacerse de aquel joven un ejemplo, para que así otros aprendieran qué les esperaba si venían a Oberlin e intentaban seducir a cualquiera de nuestras jóvenes. Sea como sea, aquellos jóvenes actuaron bajo su propia responsabilidad y, hasta dónde sé, sin consultarle a nadie fuera de su círculo. Cuando el padre del muchacho que recibió el castigo se enteró de lo ocurrido, se llenó de ira irrefrenable y llegó a Oberlin en un espíritu muy violento y abusivo. Cuando conoció los hechos y al quedar sin justificación su hijo, se sintió deshonrado por el castigo que el muchacho había recibido, en lugar de por el crimen que había cometido; por lo que en vez de darnos las gracias, como era su deber al habersele administrado un castigo tan merecido a su hijo, se esmeró mucho en levantar al país en nuestra contra por aquella causa. En aquel entonces la mente del público se encontraba dispuesta a aceptar cualquier ocurrencia que echara a nuestro colegio por los suelos. Los periódicos estaban llenos de oposición en nuestra contra, y la ira de la prensa se excitó en gran medida por aquellos latigazos. Hasta donde supe nunca se escuchó una palabra de desaprobación para el criminal o para nadie más por causa de su mala acción. Su asumía que se había cometido un gran crimen al haberle castigado, más el crimen que ameritaba un justo castigo quedó totalmente relegado. Como siempre, permanecemos quietos, ocupados en nuestros propios asuntos.

Cuando la corte se reunió en Elyria, el gran jurado encontró boletas de acusación en contra de los jóvenes involucrados y citaron a muchas personas de Oberlin para que sirvieran como testigos y fue así como, según entiendo, se descubrió a todos aquellos que habían tomado parte, menos a uno. Me enteré del proceso que se seguía cuando yo mismo fui citado para servir como testigo ante el gran jurado. Acudí a cumplir con aquel deber y al hacerlo observé que el fiscal distrital, quien se encontraba con el gran jurado, era alguien que yo conocía, y por cierto un escéptico declarado. Descubrí también que el presidente del jurado no era quien yo esperaba, sino otra persona y al observar al resto de integrantes del jurado, noté que muchos eran los líderes de la oposición a Oberlin, y otros eran hombres que se oponían tanto al colegio como a la

religión; es decir, si yo no estaba mal informado, varios de ellos eran escépticos. El juez del distrito que presidía la corte también era escéptico, al igual que uno de los jueces alternos. Era así que la mayoría de la corte, y la mayoría del gran jurado, eran escépticos. Este era también el caso del Sheriff y del agente del sheriff, si no me equivoco. De cualquier modo, al menos se me había informado que aquello era cierto del agente del sheriff que se encontraba presente con el Gran Jurado. Como era de esperarse, me encontraba rodeado de un ambiente moral no muy agradable.

El presidente del gran jurado me informó del objeto de mi presencia, y después de administrar el juramento usual me dijo quiénes estaban acusados y me preguntó si yo conocía de alguien más en Oberlin que hubiera estado involucrado. Le dije que conocía de otra persona que se habían confesado conmigo, pues yo era su pastor, pero que esta persona no se encontraba en el estado, no porque se hubiera escapado ni porque se hubiera ido para huir del juicio, sino porque se había marchado a su casa, a sus amistades, y que hasta dónde yo sabía el joven esperaba permanecer en su hogar. El presidente me preguntó entonces cuál era su nombre. Le respondí que el joven era un miembro de la iglesia de la cual yo era pastor, y que en el momento de los sucesos era miembro de mi casa. Después del incidente, al conocer cómo la gente se sentía acerca del error que habían cometido, su conciencia empezó a molestarle y me confesó su conexión con los sucesos. Luego de esto dije: "No sé si es apropiado que se me haya llamado a testificar en este caso para revelar el nombre de aquel joven". Con todo esto, no me negué a testificar; simplemente hice la observación que ya he mencionado. No me urgieron a dar el nombre del caballero, sino que de hecho, sin decir nada más, me despidieron muy cordialmente.

Salí de la sala y fui directamente al hotel para recoger mi caballo y regresar a casa. Sin embargo, mientras esperaba en el hotel a que me trajeran el caballo a la puerta, supe por la conversación de los que se encontraban en el lugar que el gran jurado había dicho que "se quedarían allí hasta que hayan examinado a todos los hombres de Oberlin, de ser necesario, para así descubrir a todos quienes tuvieron relación con el suceso". Me enteré de que la impresión que había en Elyria, y en la mente de los integrantes del gran jurado, era que en Oberlin se quería cubrir los hechos y que no había la disposición por parte de la gente del colegio de que las leyes de la tierra se aplicaran. Observé, mientras cabalgaba a casa, que había mucha excitación en la mente de la gente del pueblo. Por esta razón me decidí a volver en la mañana del día siguiente a la corte y consultar con los jueces acerca de cuál era mi deber y la ley a aplicarse en aquel caso.

De acuerdo con esto al día siguiente, y a pesar de la lluvia y del camino lodoso; pues ya estaba bien entrado el otoño; me subí a mi caballo con destino a Elyria. Al llegar me dirigí de inmediato a la corte y me encontré con que estaban ocupados en cierta causa que había provocado un alto grado de interés, por lo que la sala estaba llena de

espectadores. Me acerqué a uno de los caballeros del tribunal, a quien conocía, le llevé a un lado y le solicité que le pidiera a la corte que me permitiera dirigirme a ellos por unos breves instantes, pues tenía una cuestión importante que presentarles. El caballero con mucha deferencia y propiedad le comunicó a la corte mi deseo e inmediatamente suspendieron los asuntos y el juez que presidía señaló que el profesor Finney, quien se encontraba presente, tenía algo que comunicar a la corte y que lo que se encontraban tratando se suspendería brevemente para que pudieran escuchar lo que yo tenía que decir. Les dije entonces lo que había sucedido el día anterior ante el gran jurado y que el asunto que debía presentarles era si la ley o la equidad requerían que les diese el nombre del joven. Luego presenté lo que yo entendía era la ley que debía aplicarse a aquel tema. Les dije que los hombres tienen conciencias, y que aunque la gente podía diferir en muchas cuestiones, no podían existir diferencias de opiniones en cuanto a que todos los hombres y todas las mujeres poseían conciencias, y que en muchas veces casos muy embarazosos, y que necesitan de consejo, se levantan en la conciencia. En tales casos, que sin duda deben de existir en toda sociedad y en toda comunidad, el bien público exige que algunas personas, es decir, aquellas a las cuales la gente acude para recibir consejo, estén bajo la protección de la ley ante la posibilidad de convertirse en informantes públicos. Dije que sabía que este recurso había sido abusado por parte de los católicos romanos en sus confesiones, y que conocía también la ley que se había establecido con respecto a ellos. Mas dije, sin embargo, que aunque este país no reconoce la unión entre la iglesia y el estado, aún con esto sí reconoce la relación pastoral, y que está obligado a proteger esta relación para poder proteger también a la comunidad y al pastor, cuando éste ha sido consultado como pastor con respecto a algún caso relacionado con la conciencia en el cual se haya solicitado un consejo. Abundé en cuanto a esto a discreción y ocupé también un tiempo considerable para mostrar mis perspectivas y las razones detrás de ellas. De hecho, se podría decir que le prediqué a la corte y a todos los presentes.

Sentí que era una buena oportunidad para hablarles de nuestro sentir en Oberlin. Les dije por qué había regresado a Elyria, lo que había escuchado en la casa pública el día anterior, y que estaba convencido de que habían malinterpretado por completo a la gente de Oberlin. Le aseguré a la corte que éramos gente sometida a la ley, que como pueblo no habíamos aprobado el curso seguido por los jóvenes, y que no deseábamos tampoco protegerles de la investigación que se seguía en su contra, sino que estábamos completamente dispuestos a que la justicia siga su curso y que más bien deseábamos ayudar en la investigación y no ser de tropiezo. En pocas palabras, les presenté el sentir y las perspectivas de Oberlin con respecto al tema, y les dije que lo único que deseábamos era que aquellos jóvenes recibieran un juicio justo, y la oportunidad de presentarle a la corte la provocación bajo la cual actuaron y las razones para su conducta cuando fueran juzgados. La corte jamás pareció cansada de escuchar lo que tuve que decir. La atención fue general, respetuosa e incluso a mi parecer, solemne. Después de esto le dije a los jueces: "Ahora, si sus señorías

consideran que es mi deber como ciudadano el presentarme ante el gran jurado y darles el nombre de aquel joven, estoy dispuesto a hacerlo de inmediato". Con esto tomé asiento, y el juez que presidía dijo que estaban muy agradecidos de que hubiera regresado y dado una exposición de mis perspectivas en cuanto todo el asunto. Dijo que la corte estaba completamente de acuerdo conmigo, y que habían tenido una impresión equivocada acerca de las opiniones que Oberlin tenía del asunto, y que estaban felices de haber podido corregir aquella impresión. Dijo también que mi declaración había aliviado grandemente sus mentes y sus sentimientos, y que la perspectiva que les había presentado era una con la que estaban de acuerdo de manera unánime. Concluyó señalando que el asunto le concernía más bien al gran jurado y me preguntó si estaba dispuesto a realizar la misma declaración ante ellos en el salón que se encontraba abajo. Les dije que me sentiría complacido de tener la oportunidad de hacerlo. Observé también que la corte tenía la sensación de que aquello sería de beneficio para el gran jurado.

Me dirigí entonces al salón del gran jurado. Al igual que el día anterior les encontré a todos presentes. Estaban el agente del sheriff escéptico, de pie al servicio del gran jurado; el fiscal del distrito escéptico sentado al escritorio junto al presidente del gran jurado; y observé también, como lo había hecho en el día anterior, que habían muchos escépticos de la religión en medio del gran jurado. Les dije en sustancia lo que había presentado ante la corte, lo que había llegado a mis oídos el día anterior acerca del sentir del pueblo y del mismo jurado, y de que sabía que se habían determinado a no cesar hasta haber examinado a toda la gente de Oberlin, si era necesario, para poder hallar a todos los involucrados en aquel hecho. Luego les presenté mis perspectivas, tal como lo había hecho en la corte, y tan bien como pude les di casi las mismas observaciones del caso. Noté en ellos la misma atención profunda y el mismo efecto que se produjo en la corte. Cuando terminé mi exposición el presidente del jurado, después de consultar brevemente con el fiscal del distrito, respondió en general tal como lo había hecho la corte. Expresó gran satisfacción de que hubiera regresado para dar mis perspectivas del tema, y concordaba totalmente conmigo en lo que yo había interpretado como mi deber; expresó también que no era la opinión del gran jurado el que debiera de dar el nombre de aquel joven, y que tampoco requerirían que lo hiciera. Mientras salía del salón, el agente del sheriff, quien estaba de pie dentro del salón y que había escuchado lo que se había dicho, me siguió hasta el pasillo, me agarró del brazo con manifiesta emoción y me dijo: "Señor Finney, el que usted haya regresado y haya dicho lo que dijo vale mil dólares".

Para cuando regresaba al hotel a buscar mi caballo, la corte en el piso superior había entrado en receso para almorzar. El juez que presidía, quien en aquel entonces era un extraño para mí, se me acercó y se presentó diciendo que estaba muy feliz de conocerme, y expresó que lamentaba el que hubieran malinterpretado mis perspectivas y los sentimientos y acciones de la gente de Oberlin. Me dijo: "Hemos

estado engañados con respecto a ustedes, pero ahora tengo deseos de llegarles a conocer mejor"; y añadió; "Cuando vuelva acá en... (dijo la fecha) ¿me permitiría dejar a mi esposa en su casa para que ella pueda llegar a conocerle, y para que yo también pueda relacionarme con alguna de su gente?" De la forma más cordial le invité a venir y le aseguré que le traería, o que le haría traer, todos los días a la corte, y que también le recogería cada tarde para que se reuniera con su esposa. Unas pocas semanas después de esto pasé unos cuantos días en Cleveland, predicándole a la gente. Este juez residía en aquella ciudad. Le observé en medio de la congregación y pronto supe que estaba lidiando con la cuestión de la salvación de su alma. Tuve una conversación prolongada con él y noté que el estado de su mente no solo era muy interesante, sino también muy esperanzador. Le urgí a aceptar de manera inmediata al Salvador, y a todas luces su escepticismo le abandonó por completo. Recibió todas mis palabras con mansedumbre, y renovó su promesa de ir a Oberlin con su esposa la próxima vez que estuviera en Elyria. Lamentablemente, antes de que pudiéramos vernos nuevamente, falleció. Antes de dejar Elyria en el tiempo al que me he referido, supe que el gran jurado había suspendido su asamblea de forma indefinida. Que después de mi declaración habían quedado convencidos de que no se necesitaban más investigaciones y al no tener otros pendientes que atender, disolvieron la reunión.

Después de esto un cambio terriblemente notable se produjo en la opinión y en los sentimientos de los hombres que lideraban la oposición en nuestros alrededores. Por ejemplo, en el siguiente invierno y después del suceso con aquella corte, uno de los jueces alternos, que era demócrata y hasta donde tengo entendido, escéptico; servía como miembro de la legislatura en la cual se estaba intentando complotar para quitarnos nuestro título de propiedad. Se nos dijo que este juez, que había estado presente cuando realicé la intervención, se mantuvo varonil y valientemente en defensa de Oberlin, y les dijo a los miembros de la legislatura que la impresión que se había extendido con respecto a nuestras perspectivas y nuestro carácter como colegio era del todo errónea. Tengo entendido que sus comentarios fueron la principal influencia para que la legislatura abandonara su propósito.

Situación tras otra se fueron dando que provocaron que la comunidad se relacionara mejor con nosotros y con nuestras perspectivas, hasta que el prejuicio en contra nuestra se disipó por completo. Mas, ¿qué efecto tuvo el juicio en aquellos jóvenes? Y especialmente, ¿qué efecto tuvieron los mordaces comentarios y denuncias de la prensa local y extranjera, sobre nuestra escuela? ¿Lograron acaso prevenir que los jóvenes, caballeros como señoritas, vinieran a Oberlin? ¡De ninguna manera! Más bien produjeron el efecto contrario. El resultado fue que la gente razonó. La gente tenía miedo; y se habían hecho muchos esfuerzos para lograr este temor en el público; de confiarnos a sus hijos para que asistieran a un colegio en donde caballeros y señoritas se educaban juntos en las mismas clases, comían en el mismo salón y se asociaban en todos los aspectos tal como sucede aquí. Por supuesto, esto se consideraba un

experimento, y para muchos era un experimento de muy cuestionable naturaleza. Mas el resultado de todo aquel escándalo y oposición, especialmente en lo relacionado al proceso del caso y a la causa del mismo, fue que la gente razonara de la siguiente manera: Bueno, si tal es el sentimiento público en Oberlin, y si el intento de seducir a una de aquellas muchachas provocó tal retribución al ofensor, ese es el mejor lugar para nuestras señoritas. Podemos enviarlas allí con más confianza que a cualquier otro lugar. Si los jóvenes de ese colegio están dispuestos a castigar de tal forma al que osa hacer una cosa semejante, tal sentimiento público debe de ser favorable para la castidad y para la protección de nuestras jóvenes cuando se encuentren lejos de casa. Por esta razón se produjo el incremento continuo de estudiantes, especialmente de señoritas. Las damas parecían aumentar relativamente en número cada año.

De hecho, por la providencia de Dios, casi todos los esfuerzos hechos en nuestra contra por medio de la prensa y por otros medios de ataque, resultaron en nuestro favor. Nos quedamos quietos, ocupados en nuestros propios asuntos, y esperamos a que el humo y el polvo se despejara en el mejor tiempo de Dios.

Mientras tanto, el tema de la esclavitud agitaba grandemente tanto a las ciudades del este como a las del oeste y del sur. Nuestro amigo y hermano Willard Sears, de Boston, se encontraba enfrentando una feroz tempestad de oposición. Para abrir paso a la discusión libre del tema en Boston, y para poder tener una adoración religiosa en donde el púlpito estuviera abierto a la libre discusión de todos los grandes temas de reforma, este hermano había comprado el hotel Marlborough en la calle Washington, y se había establecido allí una capilla grande para la adoración pública y para reuniones de reforma que no eran admitidas en ningún otro lugar. El hermano Sears había logrado esto recurriendo a un gran costo. En 1842 se me estaba presionando mucho para que vaya a ocupar aquella capilla de Marlborough y predique por unos cuantos meses. Fue así que llegué a Boston y empecé mis labores, predicando con todas mis fuerzas durante dos meses. El Espíritu del Señor se derramó de inmediato y una gran agitación se produjo en medio de los huesos secos. Casi constantemente, cada día de la semana, era visitado en mi habitación por gente de varias congregaciones preocupadas por sus almas, y muchos obtenían esperanza cada día.

Para este tiempo Elder Knapp, un muy conocido predicador de avivamiento bautista, se encontraba laborando en Providence, Rhode Island, y se había encontrado con la persistente oposición de sus hermanos bautistas de aquella ciudad. Cuando la obra avanzaba con fuerza en Boston, fue invitado por los hermanos bautistas bostonianos para ir y laborar allí. Por esta razón dejó Providence y su tormenta de oposición y llegó a Boston. El hermano Josiah Chapin, y muchos otros, me estaban insistiendo en aquel momento para que fuera a Providence y sostuviera reuniones allí. Me sentía en gran deuda con el hermano Chapin por toda la ayuda que le había prestado a Oberlin, y a mí en lo personal, al haberme enviado dinero cada cierto tiempo para el sostenimiento de

mi familia durante aquella temporada de gran depresión financiera en el colegio. El dejar Boston en aquel momento representaba una gran prueba para mí. Con todo esto, después de haberme visto con el hermano Knapp, de haberle informado acerca del estado de las cosas en Boston y de asegurarle que una gran obra había empezado y que esta estaba extendiéndose por toda la ciudad de la forma más alentadora, partí hacia Providence. Esta fue la época del gran avivamiento de Boston. Este avivamiento prosperó de forma maravillosa, especialmente en medio de los bautistas y más o menos a lo largo de toda la ciudad. Los ministros bautistas se hicieron cargo del mismo junto al hermano Knapp, y también muchos hermanos congregacionalistas fueron grandemente bendecidos. La obra fue muy extensa.

Entre tanto, inicié mis labores en Providence, Rhode Island. La obra empezó casi inmediatamente y el interés en la gente incrementaba visiblemente cada día. Se dieron muchos casos impactantes de conversión. Entre estos casos se encuentra el de un anciano caballero cuyo nombre no puedo recordar. Su padre había sido juez de la Corte Suprema de Massachusetts, si mal no recuerdo, muchos años atrás. Este viejo caballero era escéptico y vivía en Providence a poca distancia de la iglesia en la cual me encontraba ofreciendo las reuniones, en la calle High. La obra ya tenía algún tiempo de haber empezado cuando observé a un caballero de muy venerable apariencia entrar en la reunión. Noté que prestaba estricta atención a la predicación. Mi amigo, el señor Chapin, lo notó de inmediato, y me informó de quién se trataba y cuáles eran sus perspectivas religiosas. Me dijo que el hombre nunca había tenido el hábito de asistir a reuniones religiosas. El hermano Chapin expresó gran interés en el caballero y en el hecho de que hubiera venido a la reunión. Observé que continuó asistiendo cada noche, y era sencillo percibir que, tal como lo sospechaba, su mente se encontraba muy agitada y profundamente interesada en los asuntos de la religión. Una tarde, cuando estaba por cerrar el sermón, este venerable anciano al que me refiero, alto como era, de cabellos grises y de decidida apariencia intelectual, se puso de pie y me solicitó dirigir unas pocas palabras a la congregación. Le dije que podía hablar. El hombre dijo en sustancia lo siguiente: "Amigos y vecinos, probablemente estén sorprendidos de verme asistir a estas reuniones. Ustedes han conocido mis perspectivas escépticas y que por mucho tiempo no he tenido el hábito de asistir a reuniones religiosas. Más al escuchar acerca del estado de las cosas en esta congregación he venido; y ahora deseo que mis amigos y vecinos sepan que creo que la predicación que hemos estado escuchando cada noche es el Evangelio. He cambiado de opinión. Creo que esta es la verdad, el verdadero camino a la salvación". Dijo además: "Quiero que sepan que mi verdadero motivo al venir aquí no es criticar y buscar faltas, sino poner atención al gran asunto de la salvación y animar a otros a que hagan lo mismo". Todo esto lo dijo con mucha emoción, y luego tomó asiento.

Había una habitación bastante grande que se utilizaba para la escuela del Sabbat y que se encontraba en el sótano de la iglesia. El número de personas preocupadas por el

estado de sus almas había incrementado en gran manera, y la iglesia se abarrotaba demasiado como para llamar a estos interesados al frente, como lo había hecho en otros lugares. Por esta razón los invitaba a descender al sótano después de la bendición, a aquel salón para estudio que se encontraba en el sótano. El salón era casi tan grande como el salón de audiencias de la iglesia, y podía sentar a tantos como cabían en la congregación, con la excepción de los espacios en la galería superior. La obra aumentó y se extendió a cada parte de la ciudad hasta que el número de interesados fue tan grande, esto junto al número de los nuevos convertidos que estaban siempre dispuestos a descender al sótano con ellos, que aquel salón se llenaba o casi se llenaba a capacidad. Cada noche, después de la predicación, el sótano se llenaba con gozosos nuevos convertidos, y con pecadores interesados, ansiosos y temblorosos. Las cosas continuaron de esta manera por dos meses. Para entonces ya me encontraba extenuado, habiendo laborado tan fuertemente y de forma tan incesante durante cuatro meses: dos meses en Boston y dos en Providence. Además, había llegado; o estaba a punto de llegar; la época del año para la apertura de nuestro periodo de primavera en Oberlin. Por aquella razón partí de Providence con dirección a casa.

Hubo una circunstancia relacionada con Boston que considero mi deber relatar en este punto. Una mujer unitaria se había convertido en Boston. Esta mujer era amiga del Reverendo doctor Channing. Ella misma me contó que habiendo escuchando acerca de su conversión, el doctor Channing la envió a llamar para que le hiciera una visita, pues él se encontraba en mala salud y no le era posible ir a verla. La dama acudió cumpliendo con su petición, y el doctor le pidió que le relatara el proceso que había sufrido su mente, su experiencia cristiana y las circunstancias de su conversión. Ella así lo hizo, y el doctor manifestó un gran interés en su cambio de mente y le preguntó si acaso poseía algún escrito o publicación mía que él pudiera leer. Le dijo que conocía lo que estaba transpirando en Boston y que estaba muy interesado en poder comprender mejor los hechos; que deseaba conocer cuáles eran mis perspectivas y qué era lo que predicaba que parecía interesarle tanto a la gente. Ella le dijo que poseía una pequeña obra mía que se había publicado acerca de la santificación. Él se la pidió prestada y le dijo que la leería y que si ella volvía en una semana se la daría de vuelta, y estaría además feliz de conversar un poco más. Al término de la semana la dama volvió por su libro y el doctor le dijo: "Estoy muy interesado en este libro y en las perspectivas que presenta. Entiendo que los ortodoxos objetan esta perspectiva acerca de la santificación tal como la presenta el señor Finney; más no puedo entender cómo, ¿si Cristo es en realidad divino y verdaderamente Dios, por qué esta perspectiva debe de ser objetada? Si Cristo es realmente Dios, no veo por qué la gente no pueda ser santificada por él en esta vida, y tampoco puedo ver ninguna inconsistencia en el hecho de que el señor Finney sostenga esta perspectiva como parte de la ortodoxia de su fe. Me gustaría ver al señor Finney. ¿Podría convencerle usted de que venga a visitarme? Como usted sabe yo no puedo ir a verle". La mujer prometió llevar su

mensaje y pedirme que fuera a verlo. De hecho la mujer fue de inmediato a buscarme a mi hospedaje, pero ya había partido rumbo a Providence.

Como ya dije, estuve ausente por dos meses pero pasé por Boston a mi regreso de Providence. La dama, al escuchar que me encontraba nuevamente en Boston fue a verme enseguida y me dio la información concerniente al doctor Channing. Además me informó que el doctor había dejado la ciudad y se había retirado al campo para tomar cuidado de su salud. Nunca le vi. Lamenté mucho el no haber tenido la oportunidad de entrevistarme con aquel hombre, a quien aprendí a respetar por sus talentos y pasión como líder de los unitarios de Boston. He sabido que el doctor Channing estuvo indagando acerca del tema de la religión y que estuvo dispuesto a reconsiderar toda la cuestión de la divinidad de Cristo y de su interés personal en él. Cuando aquella mujer me contó su historia lamenté grandemente el no haber tenido la oportunidad de verle. El doctor murió poco tiempo después y no conozco qué haya sido de él luego de su partida de Boston. Por supuesto, tampoco puedo dar fe de la veracidad del testimonio de aquella mujer.

Sin embargo, ella sí era manifiestamente una verdadera convertida, y en aquel momento no tuve dudas de que cada palabra que me dijo fuera la verdad. Tampoco hoy tengo dudas de su testimonio. Con todo, aquella dama era una desconocida para mí, y con el pasar de los años ya no me ha sido posible recordar su nombre.

La siguiente vez que me encontré con el doctor Beecher se mencionó el nombre del doctor Channing y le relaté estos hechos. En un momento vi lágrimas asomar en sus ojos y luego dijo con mucha emoción: "¡Espero entonces que haya ido al cielo!" Con esto quería decir que tenía la esperanza de que se hubiera convertido.

CAPITULO XXVI

OTRO GRAN AVIVAMIENTO EN ROCHESTER, NUEVA YORK, EN 1842

Después de descansar un día o dos en Boston partí a casa, pues el tiempo para la apertura de verano en Oberlin había llegado. Como me sentía muy agotado por mis labores y el viaje, me detuve en casa de un amigo en Rochester para tomar otro día de descanso antes de continuar mi camino. Tan pronto se supo que me encontraba en el lugar, el juez Gardiner pasó a verme y me pidió con mucha insistencia que me quedara a predicar para ellos. Algunos de los ministros también insistieron en que me quedara a predicar. Les hice saber que estaba agotado y que había llegado el momento de ir a

casa. Pese a esto, su petición fue muy urgente, especialmente la de uno de los ministros, cuya esposa era una de mis hijas espirituales, aquella señorita Sarah Brayton que se convirtió en Western, condado de Oneida. Finalmente acepté a quedarme y predicar un sermón o dos. Estas prédicas solo consiguieron exaltar la atención general y traer sobre mí una más insistente invitación a quedarme y sostener una serie de reuniones. Al final consentí, y a pesar de mi gran desgaste continué las labores.

El reverendo George Boardman era el pastor de lo que entonces se conocía como "El Bethel, o la Iglesia de la calle Washington"; y el reverendo señor Shaw era el pastor de la Segunda Iglesia, o de la Iglesia de Ladrillo. El hermano Shaw estaba muy ansioso de unirse al hermano Boardman y celebrar reuniones alternadas en ambas iglesias. Sin embargo, el hermano Boardman no estaba dispuesto a seguir este curso, pues decía que su congregación era débil y que necesitaba, en aquel momento, de la concentración de mis labores. Esto fue algo que lamenté, mas no me encontraba en posición de ser yo quien tomara la decisión final, por lo que continué trabajando en Bethel -- la Iglesia de la calle Washington. Poco tiempo después, siendo que esta iglesia no tenía cabida para las multitudes que deseaban asistir a las reuniones, el doctor Shaw aseguró las labores del Reverendo Jedediah Burchard en su iglesia y continuó trabajando con grandes esfuerzos en ella. Las labores del hermano Burchard estaban más calculadas que las mías para atraer a la gente impresionable de la comunidad. Para aquel entonces el juez Gardiner, junto a varios otros miembros del tribunal y jueces de la ciudad, escribió una solicitud en la cual me pedían predicar una serie de sermones para abogados. Estos sermones debían de estar adaptados a la forma de pensar de los juristas. El juez Gardiner era uno de los jueces en la corte de apelaciones del Estado de Nueva York y mantenía un alto sitio en la estima de quienes compartían su profesión, tanto como abogado como juez. Consentí a realizar aquellas lecturas. Estaba consciente también del estado mental semi-escéptico en el que se encontraban aquellos miembros del tribunal --al menos de los muchos de ellos que aún eran inconversos--. Aún quedaba en la ciudad un buen número de abogados piadosos, que se habían convertido en los avivamientos de 1830 y de 1831.

Empecé mi serie de lecturas para los abogados haciendo la siguiente pregunta: "¿Conocemos cosa alguna?" Ha esta pregunta le di respuesta y continué tratando la cuestión de noche a noche. La congregación se volvió muy selecta. Las reuniones del hermano Burchard le ofrecían un lugar muy interesante a la gente más emocional de la comunidad, y permitían que los abogados y una clase más sobria e inteligente se reuniera en donde yo me encontraba predicando. Mis clases se llenaban cada noche casi a capacidad, y se llenaban de tal manera que el entrar al lugar se hacía muy difícil a menos que se llegara temprano. A medida que continué con mis lecturas observé constantemente que el interés se hacía más profundo. Como la esposa del juez Gardiner era mi amiga personal, tuve la oportunidad de verme con frecuencia con el juez, y tuve la seguridad de que la Palabra le estaba impactando fuertemente. Después

de haber realizado ya varias prédicas, el juez me hizo la siguiente observación: "Señor Finney, para mi satisfacción usted ha despejado muchas de mis dudas, pero cuando trate la cuestión del castigo eterno del pecado sé que se quedará corto--que no podrá convencernos de aquello". Le respondí: "Espere y verá". El juez me dio una pista que me hizo ser muy cuidadoso en discutir aquella cuestión con la mayor minuciosidad posible cuando llegó el momento. Al día siguiente de aquella lectura me encontré con el juez, quien en seguida me dijo: "Señor Finney, me ha convencido. Su tratamiento del tema fue un éxito, no hay nada que pueda decirse en contra". La forma en que me hizo este comentario mostró que no solo su intelecto había sido convencido, sino que realmente había recibido una impresión profunda.

Continué con la serie de enseñanzas, sin embargo no me parecía que mi nueva y selecta audiencia estuviera lista aún para que aquellos que estuvieran interesados en la salvación de sus almas recibieran el llamado a tomar alguna decisión o a demostrar su disposición. Con todo esto había llegado al punto en el que ya era tiempo de sacar las redes a tierra. Había estado desplegando mi red con cuidado sobre aquella masa de abogados, cubriéndolos con lo que a mí me parecía un hilo de razonamiento que no podrían resistir. Estaba consciente de que los abogados están acostumbrados a escuchar argumentos, a sentir el peso de una verdad presentada con lógica, y no tenía duda de que la gran mayoría de ellos estaba por completo convencida hasta donde había alcanzado a cubrir los temas; consecuentemente preparé un discurso con el cual esperaba poder llevar a mi audiencia al punto decisivo, y si se lograba el efecto, tenía la intención de llamarles a hacer un compromiso. La vez anterior en la que había estado en el lugar --esto es cuando se convirtió la esposa del juez Gardiner-- el juez se había opuesto a la silla ansiosa, por lo que esperaba que lo volviera a hacer, pues sabía que era un hombre muy orgulloso y que se había comprometido fuertemente con lo que había dicho acerca de aquel método.

Cuando llegó el momento de predicar el sermón al que me refiero, observé que el juez Gardiner no se encontraba en el lugar que solía ocupar durante las lecturas. Al recorrer con la vista el lugar tampoco me fue posible encontrarle en medio de los miembros del tribunal o entre los jueces. Esto me preocupó, pues me había preparado con referencia a su caso. Sabía que su influencia era grande, y que si él tomaba una postura definida, esta sería de gran impacto sobre todos los profesionales del derecho en la ciudad. Por estas razones empecé a lamentar mucho el que no se encontrara presente. Sin embargo, de inmediato noté que había entrado a la galería y que había hallado un asiento cerca de las escaleras, en el cual se ubicó envuelto en su capa. Proseguí a mi discurso. Cuando estaba casi por llegar a la parte que me había propuesto enfatizar, observé que el juez Gardiner ya no estaba en su asiento. Me sentí inquieto y concluí que como el lugar en el que se había ubicado era frío --y que quizás había podido surgir además cierta confusión-- al estar él cerca de las escaleras simplemente se había marchado a casa.

En la iglesia de la calle Washington había un salón grande en el sótano, casi tan grande como el salón de audiencias. De este salón salía una estrecha escalera que conducía al salón de audiencias que se encontraba arriba. Estas escaleras desembocaban a un lado del salón y casi directamente atrás del púlpito. Justo cuando estaba por cerrar mi sermón, y con mi corazón en vilo ante la idea de fracasar con aquella lectura con la cual había esperado asegurar la noche, sentí que alguien tiraba de la parte posterior de mi saco. ¡Cuando me volteé descubrí que se trataba del juez Gardiner! Había bajado hasta el sótano para luego subir por esas estrechas escaleras y llegar al salón de audiencias, luego se había deslizado por las escaleras del púlpito hasta lograr alcanzar mi saco. Cuando estuve de frente a él observándole con gran sorpresa, me dijo: "Señor Finney, ¿podría usted orar por mí por nombre? Yo me sentaré en la silla ansiosa". Yo no había mencionado para nada la silla ansiosa. La congregación había observado este movimiento del juez cuando había llegado a las escaleras del púlpito; y cuando anuncié lo que él había dicho se produjo un impacto maravilloso. En toda la casa se sintió una gran descarga de emociones. Muchos lloraban con la cabeza abajo, otros parecían estar en medio de intensas oraciones. El juez se dirigió hacia el frente del púlpito y allí se arrodilló inmediatamente. Los abogados se pusieron de pie prácticamente en masa, y se condujeron a los pasillos para ocupar el espacio abierto del frente y en donde encontraban lugar se arrodillaban, tantos como cupieron alrededor del juez Gardiner. Como el movimiento se había iniciado sin yo solicitarlo, les pedí que públicamente, todos los que estuvieran listos a renunciar a sus pecados y entregarles su corazón a Dios, aceptando a Cristo y su salvación, pasaran al frente --es decir que salieran a los pasillos, o a dónde les fuera posible, y se pusieran de rodillas. Se dio un mover poderoso. La congregación estaba conmovida al máximo. Este movimiento había impactado a los ciudadanos más prominentes de Rochester. Oramos y despedí la reunión.

Como había estado predicando cada noche y no me había sido posible dedicar una sola tarde a alguna reunión para la gente interesada en su salvación, señalé una reunión de instrucción para aquellos que estaban preocupados por sus almas para el día siguiente, a las dos en punto, en el sótano de la iglesia. Cuando llegué a la reunión me sorprendió encontrar el sótano casi totalmente lleno, y que la audiencia estaba compuesta casi exclusivamente de los principales ciudadanos de Rochester. Esta reunión se mantuvo de día en día, dando oportunidad para la libre conversación con un gran número de ciudadanos prominentes que se mostraron tan enseñables como niños. Jamás he asistido a una reunión para gente preocupada por sus almas tan interesante y efectiva. Un gran número de los abogados resultaron convertidos, y el juez Gardiner iba a la cabeza, pues había sido él quien los había liderado al bando de Cristo.

En aquella ocasión permanecí en Rochester dos meses. El avivamiento se tornó maravillosamente interesante y poderoso, y resultó en la conversión de un gran número de ciudadanos que figuraban entre los más respetables del lugar. El

avivamiento también cobró especial poder en una de las iglesias episcopales, llamada Iglesia de San Luke, de la cual el doctor Whitehouse, actual Obispo de Illinois, era pastor. Cuando me encontraba en Reading, Pensilvania, varios años atrás, el doctor Whitehouse se encontraba predicando en una congregación episcopal de dicha ciudad, y según me informó una de sus más inteligentes damas en la iglesia, se encontró muy bendecido en su alma por causa del avivamiento. Cuando fui a Rochester en 1830 él era pastor en San Luke, y según llegué a conocer, animaba a su gente para que asistieran a nuestras reuniones y supe además que muchos de los miembros de su iglesia se convirtieron en aquel entonces. Así fue que, también en este avivamiento de 1842, se me informó que aún animaba a su gente y les recomendaba que asistieran a nuestras reuniones. El doctor Whitehouse era un pastor muy exitoso y gozaba de mucha influencia en Rochester. Se me dijo que en este avivamiento de 1842 no menos de setenta personas que se encontraban entre los principales de su congregación, resultaron convertidas y confirmadas en su iglesia. El avivamiento barrió en medio de aquella clase de personas en aquel entonces.

Si me diera a la narración detallada de los casos especiales de conversión que tuvieron lugar en este avivamiento podría llenar por completo un volumen de considerable tamaño. En este un incidente muy impactante tuvo lugar. Yo había estado insistiendo mucho acerca de una consagración completa a Dios --de entregarse a él por completo en cuerpo y alma, además de todas las posesiones y de cualquier otra cosa para que sean usadas para su gloria-- como una condición de aceptación a Dios. Como era mi costumbre en los avivamientos, hice de este un tema prominente lo mejor que pude. Un día, mientras iba de camino a una reunión, me encontré en la puerta de la iglesia con uno de los abogados con quien había llegado a relacionarme y que se encontraba en gran ansiedad mental. Cuando estaba por entrar a la casa, este hombre sacó de su bolsillo un papel y me lo entregó diciendo: "Le entrego esto como a un siervo del Señor Jesucristo". Puse el papel en mi bolsillo para verlo después de la reunión. Al examinarlo luego noté que era una renuncia escrita, elaborada de la manera regular y lista para ser ejecutada en su entrega. En ella este abogado le entregaba al Señor Jesucristo propiedad completa sobre su persona y sobre todo lo que poseía. El hombre había elaborado esta renuncia de la forma debida, con todas las formalidades y particularidades que debe de contener un documento semejante. Me parece que todavía la tengo en mi poder, entre mis papeles. El hombre realizó esto con seriedad solemne y hasta donde pude ver lo hizo con todas las facultades de su inteligencia. Narro este caso como ejemplo, mas no voy a profundizar en hechos particulares.

En cuanto a los medios utilizados en este avivamiento debo decir que las doctrinas predicadas fueron las mismas que enseñé en todas partes, estableciendo con ellas fundamentos profundos de la ley de Dios, como: la depravación moral total del hombre no regenerado, esta depravación como algo voluntario, su irracionalidad e infinita perversidad; la necesidad de regeneración o de un cambio total en la posición

moral y del carácter bajo la enseñanza y la influencia persuasiva del Espíritu Santo; la necesidad, naturaleza y suficiencia universal de la expiación de nuestro Señor Jesucristo; la deidad absoluta de Cristo, la personalidad y divinidad del Espíritu Santo, y la autoridad divina de las Santas Escrituras como la única regla de fe y de práctica. El gobierno moral de Dios tuvo prominencia --y se enseñó la necesidad de la aceptación incondicional y universal de la voluntad de Dios como una regla de vida; y también la aceptación incondicional del Señor Jesucristo, por medio de la fe, como salvador del mundo, así como todas sus relaciones oficiales y su obra. Se enseñó además acerca de la santificación del alma por medio de la verdad --estas y otras doctrinas semejantes fueron presentadas según lo permitió el tiempo y según pareció demandarlas la necesidad de la gente.

Las medidas empleadas fueron simplemente la predicación del evangelio, abundante oración en privado, en círculos sociales y en reuniones públicas. Se enfatizó mucho en la oración como medio esencial para la promoción del avivamiento. No se le animó a los pecadores a esperar a que el Espíritu Santo les convirtiera mientras se encontraran en un estado pasivo, tampoco se les dijo jamás que debían de esperar el tiempo de Dios, sino que se les enseñó inequívocamente que su primer e inmediato deber era el de someterse a Dios, renunciar a su propia voluntad, a sus propios caminos, y a ellos mismos y entregarle todo lo que son y lo que poseen al legítimo dueño de todas las cosas: al Señor Jesucristo. No se comprometió la verdad con los pecadores ni se les instruyó a orar por un nuevo corazón, tampoco se les dijo que fueran a leer sus Biblias y a esperar el tiempo de Dios para que él les convierta, ni que usaran medios para ello. En este lugar, como en todas partes, se les dijo que era Dios quien estaba haciendo uso de medios con ellos, y no lo contrario; que nuestras reuniones eran los medios que Dios estaba usando para ganarse sus consentimientos. Se les enseñó--como lo he enseñado en todos los avivamientos--que el único obstáculo en la vía a la salvación era su propia voluntad testaruda; que Dios estaba tratando de ganarse sus consentimientos incondicionales para que rindieran sus pecados y aceptaran al señor Jesucristo como su justicia y salvación. Frecuentemente se les urgió a dar este consentimiento y se les dijo que la única dificultad en la vía a la salvación era lograr su consentimiento honesto e incondicional a los términos sobre los cuales Jesús podía salvarles, que eran también los únicos términos bajo los cuales podían ser salvos.

Se realizaron reuniones para interesados con el propósito de adaptar la instrucción a aquellos que se encontraban en diferentes etapas en el proceso de conversión; y después de conversar con ellos tanto como el tiempo y la fuerza lo permitían, tenía el hábito de hacer un resumen y tomar casos representativos, los cuales resultaban para ellos fáciles de clasificar, y daba respuesta a todas sus objeciones, a todas sus preguntas y corregía todos sus errores y así, siguiendo ese curso, tenía el propósito de despojarles de cualquier excusa y llevarles a afrontar la cuestión de la aceptación presente, incondicional y universal de la voluntad de Dios en Cristo Jesús. La fe en Dios,

y Dios en Cristo, fue algo prominente. Se les informó que esta fe no es solamente una convicción intelectual, sino el consentimiento o la confianza del corazón. Que aquella fe es voluntaria, que es la confianza inteligente en Dios tal como se ha revelado en la persona del Señor Jesucristo. Se hicieron esfuerzos para mostrarle al pecador que toda la responsabilidad estaba sobre él; que Dios es claro, y que siempre permanecerá siendo claro, aun cuando el pecador sea enviado al infierno.

Se insistió en la doctrina de la justicia del castigo eterno; y no solo en su justicia sino también en el hecho de que el pecador recibirá castigo sin fin si muere en sus pecados. En todos estos puntos el evangelio se presentó con la intención de que no quedaran incertidumbres. Al menos ese fue mi constante propósito y el propósito de todos aquellos que tuvieron a cargo el instruir. La naturaleza de la dependencia del pecador en la influencia divina fue un tema que se explicó y reforzó y al cual se le dio mucha importancia. Se le enseñó a los pecadores que sin esa enseñanza e influencia divinas sería imposible que ellos, en su estado de depravación, pudieran llegar a reconciliarse con Dios; con todo esto se dejó claro que su falta de reconciliación era simplemente el producto de la dureza de sus propios corazones y de la terquedad de sus voluntades, de tal modo que su supuesta dependencia en el Espíritu de Dios no era una excusa para no convertirse al cristianismo de manera inmediata. Estos puntos que he señalado, junto a otros que surgieron lógicamente de ellos, fueron sostenidos en todos los aspectos posibles para lograr su influencia en la mente humana tanto como lo permitió el tiempo.

Jamás en estos avivamientos se les enseñó a los pecadores que les era necesario esperar la conversión como resultado de sus oraciones. Se les dijo que si había iniquidad en sus corazones el Señor no les escucharía, y que mientras permanecieran en la impenitencia seguían también conservando iniquidad en sus corazones. Con esto no quiero decir que no se les exhortó a orar. Se les informó que Dios requería que oraran, pero que oraran en fe, en un espíritu de arrepentimiento; y que cuando le pidieran a Dios que les perdonara aceptarían sin condiciones su voluntad. Se les enseñó expresamente que la simple oración impenitente y sin fe era una abominación para Dios; mas que si ellos estaban verdaderamente dispuestos a ofrecer una oración aceptable a Dios bien podían hacerlo, pues lo único que interfería la vía a una oración agradable a Dios era su propia obstinación. Jamás se les permitió pensar que les era posible en ningún aspecto cumplir con su deber, a menos que le entregaran a Dios sus corazones. El arrepentirse, el creer, el someterse en un acto interno de la mente, esos eran los primeros deberes a realizarse; hasta que esos deberes no fueran llevados a cabo ningún acto externo representaba el cumplimiento del deber. Se les dijo que el orar para obtener un nuevo corazón mientras no se entregaran a Dios, era realmente tentar a Dios; que el orar para recibir perdón sin haberse arrepentido en realidad era insultar a Dios y pedirle que hiciera lo que no tiene derecho de hacer; que el orar en incredulidad era acusar a Dios de mentiroso y quede ninguna manera implicaba

cumplir con su deber; y que toda su incredulidad no era más que culpar a Dios en una forma blasfema de mentir. En pocas palabras, se hicieron esfuerzos para llevar al pecador a aceptar a Cristo, su voluntad, su expiación, su obra y sus relaciones oficiales de forma incondicional, cordial y con firme propósito de corazón, renunciando a todo pecado, toda fabricación de excusas, toda incredulidad, toda dureza de corazón y toda perversidad en sus corazones y en sus vidas de manera inmediata y para siempre.

A partir de aquella noche de la cual he hablado en la que el juez Gardiner pasó al frente, en lugar de hacer la invitación para que aquellos que estuvieran preocupados por sus almas pasaran a tomar ciertos asientos en la parte de adelante, se les invitaba al salón de lecturas en el piso inferior. La casa se llenaba bastante y los pasillos quedaban abarrotados a capacidad, lo que hacía imposible usar la silla ansiosa--en el sentido de aquel llamado a la gente a pasar al frente para tomar ciertos asientos. A estas reuniones asistían cada noche multitudes de nuevos convertidos y gente preocupada por sus almas.

En este avivamiento no se vieron muestras de ningún tipo de fanatismo, indecencia o de conductas precipitadas. Tampoco recuerdo nada que la más inquisitiva de las mentes pudiera calificar de incorrecto. Siempre tuve un interés particular en la salvación de los abogados, y de hecho, de todos los hombres ocupados en el derecho. En tal profesión había sido yo educado, por lo que entendía muy bien sus hábitos de lectura y de pensamiento y sabía que este tipo de hombres estaban ciertamente más controlados por argumentos, la evidencia y por aseveraciones lógicas que cualquier otra clase de personas. Siempre me he encontrado--en todos los lugares en los que he laborado--con el hecho de que cuando el evangelio es presentado de forma apropiada, los abogados eran la clase más accesible entre la gente; y creo que esto es ciertamente así al considerar la proporción relativa de su número en cualquier comunidad, pues más abogados se han convertido en relación con cualquier otra clase de personas. Me ha impactado de forma particular el hecho de que cuando se hace una presentación clara de la ley y del evangelio de Dios, esta apela a la inteligencia de los jueces, hombres que tienen el hábito de sentarse a escuchar testimonios y de sopesar los argumentos de varias partes. Que yo recuerde, jamás he visto un caso en el cual los jueces no hayan sido convencidos de la verdad del evangelio cada vez que han asistido a las reuniones de avivamiento de las cuales he sido testigo.

Muy frecuentemente me he sentido afectado al conversar con miembros de la profesión legal por la manera en la que consienten en aceptar proposiciones que personas con mentes indisciplinadas rechazan. Uno de los jueces de la Corte de Apelaciones que vivía en Rochester, por ejemplo, parecía estar poseído por un escepticismo crónico. Este juez era un lector, un pensador y un hombre de mucho refinamiento y de gran honestidad legal. Su esposa, que había experimentado la religión bajo mi ministerio, era una amiga particular mía. Tuve conversaciones muy

profundas con el hombre, quien era un caballero de un refinamiento exquisito y de delicados sentimientos. Siempre me confesó con libertad que los argumentos eran conclusivos y que su intelecto seguía muy bien el curso de la predicación y de nuestras conversaciones. En una ocasión me dijo: "Señor Finney, en sus discursos públicos siempre me es posible acompañarle con mi razón, mas aún cuando admito la veracidad de todo lo dicho, de alguna forma siento que mi corazón no parece responder". Este juez era uno de los más adorables hombres inconversos, y para mí resultaba tanto un dolor profundo como en un placer el conversar con él. Su candor e inteligencia hacían de nuestra conversación algo muy placentero, pero su incredulidad crónica me traía muchísimo dolor. Ya había conversado con él más de una vez cuando su mente pareció agitarse hasta sus profundidades, pero aún con esto, hasta donde sé, nunca se ha convertido. Su adorada esposa, una mujer de mucha oración, ya falleció y su único hijo murió ahogado delante de él.

Después de que le sucedieron estas calamidades le escribí una carta en la cual hice referencia a algunas de nuestras conversaciones. Con esto trataba de llevarlo a la Fuente que podía darle consuelo. Me respondió con mucha amabilidad, pero permaneció aferrado a su pérdida. Me dijo que no había consolación posible para un caso como el suyo. Realmente estaba cegado a cualquier consolación que pudiera hallar en Cristo. No le era posible concebir el aceptar aquella dispensación y ser un hombre feliz. Su esposa era una mujer extraña. He conocido muy poca como ella tanto en inteligencia, belleza personal, y en todos los demás atributos que hacen a una dama fascinante. El juez ha vivido en Rochester y ha sido testigo de un avivamiento tras otro, y aunque nunca pronunció una excusa ni se refugió en engaños para justificarse, misteriosamente, hasta donde sé, permaneció en su incredulidad. Menciono su caso para ilustrar la forma en la que las inteligencias de aquellos en la profesión legal pueden ser conducidas por la fuerza de la verdad. Cuando deba hablar de otro avivamiento que más tarde se dio en Rochester, en el cual también tuve parte, tendré la oportunidad de mencionar otros casos que ilustran este mismo punto. Lector, por favor, ore por el juez que he mencionado.

Varios de los abogados que en aquel entonces se convirtieron en Rochester renunciaron a sus profesiones y se dedicaron al ministerio. Nuestro hermano Charles Torrey, quien ha visitado Oberlin con mucha frecuencia, es uno de aquellos abogados convertidos en aquel tiempo; y aunque parezca extraño, el hijo del Canciller Walworth, quien era entonces un joven abogado en Rochester, fue otro de los que entonces se mostró como un verdadero convertido. Por alguna razón que desconozco luego se marchó a Europa, a Roma, y terminó convirtiéndose en sacerdote católico. Por años ha estado laborando celosamente para promover el avivamiento de la religión entre los católicos, celebrando reuniones prolongadas, y según él mismo me dijo cuando nos encontramos en Inglaterra, ha estado tratando de lograr en la iglesia Católica aquello por lo cual se estaba laborando en la iglesia Protestante. El señor Walworth parece ser

un ministro comprometido de Cristo, entregado en cuerpo y alma a la salvación de los católicos romanos. Qué tanto concuerda él con las perspectivas católicas, es algo que no puedo decir. Cuando estuve en Inglaterra él, que se encontraba en el país, me buscó y vino a verme de manera muy afectuosa. Tuvimos una entrevista muy placentera, hasta donde me pareció, era como una entrevista entre hermanos protestantes. No mencionó nada acerca de las particulares perspectivas católicas, sino que solo habló acerca de su trabajo entre los católicos en procura de un avivamiento de la religión en medio de ellos. Muchos ministros resultaron de aquellos grandes avivamientos en Rochester.

Un hecho que me interesó de gran manera cuando me encontraba laborando en aquella ciudad, fue el que los abogados iban a buscarme a mi habitación cuando se les presionaba fuertemente y estaban a punto de la sumisión, para conversar y recibir luz acerca de algún punto en particular que no habían logrado comprender. Observé una y otra vez que cuando aquellos puntos quedaban aclarados estaban listos para someterse de inmediato. De hecho, fue mi experiencia en general el ver que adquirirían una perspectiva mucho más inteligente acerca de todo el plan de salvación que cualquier otra clase de hombres a los que les he predicado o con quienes he conversado. Muchos médicos se convirtieron también en los grandes avivamientos de los que he sido testigo. Me parece que sus estudios les inclinan al escepticismo o a cierta forma de materialismo. Aún con esto son inteligentes, y si el evangelio les es presentado de forma completa y despojado de aquellas características particulares que le añade el híper calvinismo, se convencen y convierten con más facilidad y rapidez que las clases menos inteligentes de la sociedad. Sus estudios en general no les preparan para estar listos a comprender el gobierno moral del Dios como aquellos que se dedican al derecho. Aún con esto les he encontrado abiertos a la convicción y de ninguna manera visto como ministro que sean una clase de personas difíciles de lidiar cuando concierne a la gran cuestión de la salvación.

He encontrado en todas partes que las peculiaridades del híper calvinismo han resultado en una piedra de tropiezo tanto para la iglesia como para el mundo. Una naturaleza pecaminosa en sí misma, la incapacidad total de aceptar a Cristo y obedecer a Dios, la condenación a una muerte eterna por causa del pecado de Adán y por una naturaleza pecaminosa--junto a todos los dogmas que resultan de aquella particular escuela--han sido una piedra de tropiezo para los creyentes y la ruina de los pecadores. El universalismo, el unitarismo, y de hecho, todas las formas que contienen errores fundamentales han debido de retroceder y han sido derribadas ante la presencia de aquellos grandes avivamientos. He aprendido una y otra vez que lo único que un hombre necesita para renunciar por entero, de inmediato y con gozo al universalismo o al unitarismo, es ser completamente convencido de pecado por el Espíritu Santo. Cuando tenga ocasión de hablar del siguiente gran avivamiento que tuvo lugar en Rochester podré abundar acerca de la forma en la que las convicciones irresistibles de

los mismos escépticos, cuando se trataba con ellos correctamente, les ponían de cara a su condenación de tal modo que se regocijaban cuando encontraban la puerta de misericordia abierta ante ellos por medio de la revelación hallada en las Escrituras. Esto será algo que trataré en su debido orden, cuando me toque hablar del periodo en el cual tuvieron lugar aquellos gloriosos avivamientos.

CAPITULO XXVII

RETORNO Y LABORES EN OBERLIN, LA CIUDAD DE NUEVA YORK Y BOSTON

Luego de dos meses de labores en Rochester partí hacia Oberlin y una vez allí me dediqué a mi trabajo de profesor y de pastor de la iglesia. La obra de Dios revivió en medio de los estudiantes y de la gente y gozamos de una operación continua de la gracia. Cada semana se producía un número considerable de conversiones y a lo largo del verano, casi a diario, se reportaban nuevos casos hasta cuando partí en el otoño a laborar en la ciudad de Nueva York. Corría entonces el año de 1843. Uno de nuestros estudiantes, el reverendo Samuel Cochran, había sido establecido como pastor en una iglesia de la ciudad; y habían tomado el teatro llamado Niblo's Garden, que estaba ubicado en la esquina de Broadway y la calle Prince, para realizar servicios públicos. Permanecí allí por varias semanas --no recuerdo exactamente por cuánto tiempo--. Se dieron casos muy interesantes de conversión en aquel lugar. Sin embargo, en una ciudad tan grande resulta muy difícil, y a veces hasta imposible, hacer un juicio acertado de la extensión de un avivamiento. La gente venía de todas partes como una gran masa de almas, caían en convicción y se convertían, y luego se mezclaban con una vasta población por lo que, con toda seguridad, comparativamente muy pocos de aquellos que resultaron genuinamente bendecidos llegaron a conocerse para aquel tiempo.

Durante este avivamiento el actual gobernador del estado resultó felizmente convertido. Para entonces era un joven de unos dieciséis o dieciocho años. Una noche--cuando la casa se encontraba muy llena-- como era mi costumbre hice un llamado a aquellos que estaban dispuestos a someterse a Dios para que ocuparan ciertas sillas al frente. Mientras la demás gente cruzaba los pasillos despacio, observé a un hombre joven que desde lo remoto de la casa venía hacia delante a zancadas sobre las bancas. En su rostro se veía una gran seriedad y para aquel entonces me impresionó la rapidez con la que pasó al frente --cruzando sobre los asientos de las bancas--. Se mostró claramente como un nuevo convertido y no tuve duda entonces --como tampoco he dudado seriamente desde aquella época-- que realmente se convirtió a Cristo. Luego de esto vino a estudiar aquí, a Oberlin, y empezó sus estudios en teología. Empezó a

estudiar cuando yo me encontraba en Inglaterra por primera vez. Sin embargo, fue entonces cuando, según creo, al leer el tratado del presidente Edwards acerca de la libertad de la voluntad quedó desconcertado. El joven caballero había venido a prepararse para el ministerio. Su madre, quien era una mujer muy devota, tenía grandes esperanzas de que llegara a convertirse en un ministro de mucha utilidad. Todos nosotros, de hecho, teníamos muchas expectativas y esperanzas en su futura utilidad, pues era un joven muy prometedor. Sin embargo, se enredó tanto en sus especulaciones metafísicas que llegó a cuestionar el libre albedrío del hombre. Estando en ese estado mental vio que no le sería posible presentar el evangelio a la gente de manera inteligible y exitosa. Renunció así a sus estudios teológicos para enseñar en la escuela. Antes de llegar a Oberlin había trabajado en un despacho de abogados como secretario. Al no hallar salida de sus especulaciones metafísicas ni lograr la claridad mental que le permitiría predicar el evangelio, optó al final por la profesión legal.

Aquellos que observaron y tomaron nota de aquellos hechos recordarán que en el invierno de 1843 prevalecieron extensamente los avivamientos. Salí rumbo a casa, si no me equivoco, cerca del primero de marzo y me encontré con que el avivamiento había barrido el camino hacia Oberlin. Hallé también, para mi satisfacción, que aquel continuo avivamiento prevalecía en casi todos los pueblos hallados entre Oberlin y Nueva York. Casi nunca me detuve durante aquel viaje en lugar donde no se celebraran reuniones diarias de oración o que no estuviera en medio de un poderoso avivamiento.

Al mirar hacia atrás, hacia aquellos extensos avivamientos de los que he hablado, puedo decir con veracidad que jamás he leído o escuchado de avivamientos de la religión tan grandes y de los cuales haya habido tan poco que lamentar --y verdaderamente con tan poquísimas cosas dignas de objeción-- como de estos de los que doy testimonio. Sin lugar a dudas esto se debió a la inteligencia general del pueblo americano, y en especial a la de las gentes de los estados norteamericanos en donde la educación es universal.

He hablado acerca de mi retorno desde Rochester en la primavera del 43, y de cómo en aquel invierno tuvimos un avivamiento muy interesante. Debí de haber dedicado espacio a algunas de las características de aquel avivamiento. Si no me equivoco en el mes de Julio se realizó una convención de ministros en Rochester, Nueva York, y si no me falla la memoria se iba a considerar la cuestión de la santificación del Sabbat. Mis amigos de Rochester deseaban que asistiera, y así lo hice. Con todo esto, el Sabbat anterior a la convención prediqué en base al texto "Y me buscaréis y hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón". Aquella palabra produjo una impresión profunda. En la mañana del lunes salí hacia Rochester, más al momento de mi partida desconocía todavía que los estudiantes estaban tan impresionados que nos les era posible continuar con sus recitaciones. Al ver los maestros la situación suspendieron

las recitaciones por varios días y se entregaron a la oración y poner asunto a la gran cuestión de su salvación. El sentimiento era intenso, y llegó incluso a ser abrumador por algunos días. Las conversiones empezaron a multiplicarse con rapidez. Sin embargo, varios de los estudiantes se encontraban en una gran ansiedad, entre ellos un joven escocés que estaba prácticamente loco --su locura duró poco, por cierto. Tal era la situación que la gente de Oberlin me solicitó que regresara de inmediato. Lo hice enseguida. Ningún daño permanente resultó de la inmensa emoción que prevaleció durante aquellos pocos días de mi ausencia. Los estudios solo se suspendieron por poco tiempo y pronto las cosas volvieron a la normalidad. Aquellos que estaban en extremo emocionados lograron la calma, pero un profundo Espíritu de oración continuó presente a lo largo del verano produciendo un gran progreso espiritual en medio de los cristianos y muchos estudiantes quedaron convertidos y con esperanza. Durante este avivamiento no se vio ninguna tendencia a la herejía, si mal no recuerdo, como tampoco se produjo nada que pudiera catalogarse como fanatismo. De hecho, luego de mi retorno -- me parece que mi ausencia no se prolongó más de una semana, o más allá de un Sabbat-- las cosas desembocaron en el curso natural de un avivamiento poderoso y saludable.

En el otoño de 1943 me invitaron nuevamente a Boston. Durante mi visita del 42, si mi memoria no me traiciona en cuanto a la fecha, se dio aquella temporada de gran excitación por el tema de la segunda venida de Cristo. La mente del público estaba terriblemente revuelta por aquello. Para esto el señor Miller se encontraba en Boston predicando acerca de la segunda venida y sosteniendo clases bíblicas a diario, en las cuales instruía e inculcaba en los oyentes sus peculiares perspectivas. Creo que jamás había estado en un lugar en el cual hubiera visto tanta emoción irracional y salvaje como en el Boston de aquel momento. Asistí a la clase de Biblia del señor Miller en una o dos ocasiones, después de las cuales le invité a mi habitación y procuré convencerle de que estaba en un error. Llamé su atención a la forma en la que había interpretado ciertas profecías y según creo, le mostré que estaba errado en algunas de sus perspectivas fundamentales. Me respondió que yo había adoptado un curso de investigación destinado a detectar sus errores, si es que los hubiera. Traté de mostrarle que su error más fundamental ya había sido detectado. La última vez que había asistido a sus clases de Biblia se encontraba inculcando una doctrina que basaba en el libro de Daniel, con la que afirmaba que Jesús vendría personalmente a destruir a sus enemigos en 1943. Ofreció entonces lo que él llamó una exposición de la profecía de Daniel. Afirmó que la piedra cortada de la montaña, no por mano, y que caía rodando para destruir la imagen de la cual se habla en el pasaje, era Cristo.

Cuando el señor Miller llegó a mi habitación, llamé su atención al hecho de que el profeta afirmaba expresamente que aquella roca no era Cristo, sino el Reino de Dios; y que lo que el profeta representaba en el pasaje era realmente la Iglesia, o el reino de Dios que él había dispuesto para demoler la imagen. Este hecho estaba tan claro que

Miller se vio obligado a reconocerlo y a admitir que no era Cristo quien iba a destruir aquellas naciones, sino el reino de Dios. Luego le pregunté si él creía que el reino de Dios destruiría aquellas naciones en el sentido en el cual él le estaba enseñando a la gente, con la espada o haciendo la guerra en contra de ellas. A esto respondió que no, que él no creía eso. Entonces inquirí: "¿No significa esto más bien que son los gobiernos los que van a ser derrocados y no que las gentes de esas naciones van a ser destruidas? Y ¿No se dará esto por la influencia de la iglesia de Dios para la iluminación de sus mentes por medio del evangelio? Y si esto es lo que estas cosas significan, ¿dónde yace entonces el fundamento para su enseñanza y para lo que usted dice: que Jesús volverá en persona para destruir a todas las gentes de esas naciones". Le dije además: "Entiendo que esto es fundamental en su enseñanza. Este es el punto principal que usted señala en sus clases; aquí mismo está manifiesto su error, en el hecho de que las palabras mismas del profeta enseñan lo opuesto de lo que usted predica". A esto el señor Miller, como ya dije, solo respondió: "Pues si estoy en el error, sin duda el curso de su investigación lo detectará". Fue inútil en aquel entonces intentar razonar con él o con sus seguidores. Al creer como ellos creían, que el advenimiento de Cristo estaba cercano, no es sorprendente que estuvieran demasiado inquietos, y demasiado locos de emoción como para razonar con ellos.

Cuando arribé a Boston en el otoño del 43 o del 44, me encontré con otra situación muy curiosa. Aquella emoción tan peculiar de la que he hablado ya se había extinguido, mas sin embargo, me encontré con que el pueblo había caído en casi toda forma posible de error. De hecho vi que lo dicho por el doctor Beecher durante el primer invierno de mis labores en aquella ciudad era cierto. El doctor me había asegurado: "Usted no podrá trabajar aquí de la misma forma en la que lo ha hecho en otras partes. Deberá seguir un curso distinto en su instrucción. Deberá empezar por los fundamentos; pues el Unitarismo es un sistema de negaciones, y bajo sus enseñanzas los fundamentos del cristianismo se han desmoronado. No podrá tomar nada por sentado, pues al haber los unitarios y los universalistas destruido los fundamentos, la gente ha quedado a la deriva. Las masas carecen de opiniones firmes, y prestan oído a todo "helo aquí" y "helo allá". Toda forma de error imaginable tiene cabida en Boston".

Durante aquel otoño descubrí que aquellas afirmaciones eran más ciertas en Boston que en cualquier otro lugar en el cual hubiera laborado. Las masas de esta ciudad están menos definidas en cuanto a sus convicciones religiosas que las de cualquier otro lugar en donde he trabajado, y esto a pesar de su inteligencia, pues de cierto los bostonianos son gente muy inteligente en lo que respecta a todos los asuntos que no sean la religión. Resultaba extremadamente difícil establecer en sus mentes las verdades religiosas. Esto debido a que las influencias de las enseñanzas unitarias les habían llevado a poner en duda todas las doctrinas básicas de la Biblia. Su sistema es un sistema de negaciones. Su teología es negativa. El universalista niega prácticamente todo y afirma casi nada. En semejante terreno el error encuentra oídos abiertos, y todo

tipo de perspectivas locas e irracionales acerca de la religión son abrazadas por muchos.

He hablado ya de la Capilla Marlborough, que para aquel entonces era de propiedad del hermano William Sears. En aquel entonces empecé mis labores en dicho lugar, en el cual me encontré con algo muy singular. Habían formado una iglesia compuesta casi completamente por radicales, y la mayoría de los miembros sostenían perspectivas extremas en varios asuntos. En su mayoría la iglesia estaba compuesta por gente que había salido de otras iglesias ortodoxas para unirse a esta Capilla Marlborough. Eran gente firme, y muchos eran también reformistas consistentes. Eran gente buena, pero no puedo afirmar que hubiese unidad entre ellos. Sus perspectivas extremas parecían ser un elemento que les hacía repelerse entre ellos. Algunos eran pacifistas extremos, y sostenían que todo uso de la fuerza física es incorrecto, de hecho pensaban que el uso de cualquier medio físico estaba mal, aun cuando fuera para controlar a los propios hijos. De acuerdo con ellos todo debía de hacerse por medio de la persuasión moral. Aún con esto eran gente de oración y cristianos devotos. No tuve ninguna dificultad en particular para relacionarme con ellos; sin embargo, en aquel entonces toda aquella emoción provocada por Miller, y otras causas, habían confluído para producir en la gente de esta iglesia gran confusión. En lo absoluto se trataba de una iglesia próspera. Se había levantado entre ellos un joven de apellido Smith que aseguraba ser profeta. Tuve varias conversaciones con él y traté de convencerle de que estaba completamente equivocado. Sin embargo, me resultó imposible convencerle a él, o a la gente de la iglesia, hasta que este señor Smith se comprometió en varios puntos y predijo que ciertas cosas sucederían en determinadas fechas. Una de esas cosas era que su padre iba a morir en determinado día. Además de esto se había comprometido en otras fechas.

Fue entonces cuando hallé oportunidad y le dije: "Ahora podremos ponerle a prueba a usted y a la veracidad de sus afirmaciones. Si estas cosas que ha predicho llegan a suceder, tal como las ha enunciado y en las fechas determinadas, entonces tendremos la autoridad de la Biblia para creer que usted es en verdad profeta. Mas si los eventos no se dan, quedará en evidencia que usted se encuentra engañado. A esto el joven no se pudo negar. La buena providencia de Dios quiso que estas predicciones se hicieran a pocas semanas de las fechas en las que supuestamente tendrían cumplimiento. Con esto el joven había dejado el peso de su reputación de profeta sobre la veracidad de aquellas predicciones y esperaba su cumplimiento. Como era de suponerse, una a una las predicciones fallaron, y con esto le fue cerrada la boca. Nunca más volví a escuchar nada acerca de sus predicciones. Sin embargo, logró confundir muchas mentes, y de hecho a neutralizar sus esfuerzos cristianos; que yo sepa ninguno de los que le siguieron volvió a tener la influencia cristiana que había tenido en el pasado.

Durante aquel invierno el Señor hizo una inspección profunda de mi propia alma y me dio un nuevo y fresco bautismo en su Espíritu. Me alojaba en aquel entonces en el hotel Marlborough y mi habitación se encontraba en una esquina del edificio de la capilla. Junto a esta habitación tenía mi estudio. Mi mente estuvo por un buen tiempo dirigida a la oración, como siempre lo ha estado cada vez que he laborado en Boston. Uniformemente he sido favorecido en aquella ciudad con una gran porción del Espíritu de Oración. Sin embargo, en aquel invierno en particular, mi mente se encontraba al extremo inquieta con la cuestión de la santidad personal; y con respecto al estado de la iglesia: su falta de poder para con Dios, y la debilidad de las iglesias ortodoxas de Boston --la debilidad de su fe y su falta de poder en medio de tal comunidad--. El hecho de que hicieran poco o ningún progreso a la hora de vencer los errores latentes en la ciudad, afectaba mi mente grandemente. Me entregué en gran medida a la oración. Después de mis servicios de la tarde me retiraba tan pronto me era posible; con todo me despertaba a las cuatro en punto de la mañana, pues ya no me era posible seguir durmiendo, y de inmediato me dirigía al estudio para orar. A tal punto estaba inquieta mi mente, y tan absorta en la oración, que frecuentemente me hallaba orando desde las cuatro en punto hasta las ocho de la mañana--hora en la que sonaba el gong para el desayuno. Según me lo permitía el tiempo, mis días los pasaba escudriñando las Escrituras. Lo único que leí durante aquel invierno fue mi Biblia, que en gran medida aparecía ante mí como completamente nueva. Una vez más el Señor me llevó, por así decirlo, de Génesis a Apocalipsis. Me guio a ver la conexión entre las cosas --cómo cosas que habían sido predichas en el Antiguo Testamento, se habían hecho realidad en el Nuevo-- las promesas, las amenazas, las profecías y sus cumplimientos-- De hecho, toda la Escritura me parecía irradiar en luz, mas no solo en luz, sino que era como si la Palabra de Dios estuviera embebida en la vida misma de Dios.

Después de orar de esta manera por varias semanas y meses, una mañana, mientras me encontraba en oración, cruzó por mi mente este pensamiento: ¿qué tal si después de haber visto todas estas enseñanzas éstas solo logran tener efecto en mis emociones? ¿Será que solo mis sensibilidades serán las afectadas por estas revelaciones que surgieron de mi lectura de la Biblia, y que mi corazón no está realmente rendido a ellas? En este punto llegaron a mi mente varios pasajes de la Escritura semejantes a este: "La palabra pues de Jehová les será mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, y enlazados, y presos". Esta idea de estar engañándome a mí mismo por medio de mis emociones apenas llegaba a mí mente y ya sentía su impacto como el mordisco de una víbora. Era una punzada de angustia que no puedo describir y aquel pasaje de la Escritura en el cual pensé con respecto a esa posibilidad aumentó mi ansiedad por un momento. Sin embargo, enseguida recibí la capacidad de volver a la perfecta voluntad de Dios. Le dije al Señor que si él consideraba que lo más sabio y lo mejor era que yo

permaneciera en el engaño y fuera al infierno, aceptaría su voluntad; y le dije: "Haz conmigo lo que bien te parezca".

Inmediatamente después de este pensamiento, me resultaba muy difícil consagrarme a Dios en un sentido mayor al que hasta entonces había considerado como mi deber, ni siquiera podía concebir esa consagración como posible. En el pasado, con frecuencia, había colocado en el altar de Dios a mi familia, para que él dispusiera de ella como le pareciera. Sin embargo, en aquel entonces, y antes de que finalmente me rindiera a la voluntad de Dios, me resultaba una verdadera lucha entregar a mi esposa a la voluntad del Señor. Para entonces ella se encontraba en muy mala salud y era evidente que no viviría mucho tiempo. Por esa época tuve un sueño acerca de ella que desembocó en aquella gran lucha interior de la que hablo. Después de aquel sueño quise colocarla en el altar, como tantas veces había hecho en el pasado, pero como nunca antes vi con tanta claridad lo que implicaba poner todo lo que poseo delante de Dios, y durante horas luché en mis rodillas para poder entregarla sin condiciones. Sin embargo, me hallaba incapaz de hacerlo. Me sentía tan sorprendido e impresionado por esta incapacidad que transpiraba profusamente y en agonía. Luché y oré hasta quedar exhausto, pero aún me veía incapaz de rendirla a la voluntad de Dios de modo que él pudiera hacer con ella lo que quisiera.

Este asunto me atribuló en gran manera. Le escribí a mi esposa, dejándole saber acerca de mi gran lucha y de la preocupación que sentía por no estar dispuesto a entregarla a la perfecta voluntad de Dios sin condiciones. La carta la escribí poco antes de haber tenido la tentación --ahora me parece que fue una tentación-- cuando aquellos pasajes de la Escritura vinieron penosamente a mi mente, y cuando aquella amargura casi de muerte pareció poseerme por momentos al pensar en la posibilidad de que mi religión fuera solo una religión sentimental, y de que las enseñanzas de Dios solo pudieran tener efecto en mis sentimientos. Sin embargo, como ya he dicho, me fue dada la capacidad, después de luchar por unos pocos momentos con este desánimo y amargura que hoy puedo atribuir a los fieros dardos de Satanás, de llegar a tener un sentido aún mucho más profundo de la infinitamente bendita y perfecta voluntad de Dios. Fue entonces cuando le dije al Señor que tal era mi confianza en él que me sentía perfectamente capaz de entregarme a mí mismo, a mi esposa, y a mi familia, y a todo lo que poseo, para que Dios haga, sin condición alguna, según sus perspectivas y su voluntad. Que si él consideraba que lo mejor y lo más sabio era enviarme al infierno, que lo hiciera y que yo consentiría en aquello. En lo que respecta a mi esposa, me sentí completamente dispuesto a entregarla, en cuerpo y alma, a la perfecta voluntad de Dios y sin la menor duda en mi mente. Luego de esto tuve una perspectiva más profunda, que nunca antes, de lo que implica la consagración a Dios. Pasé mucho tiempo en las rodillas considerando el asunto y entregándole todo al Señor: los intereses de la iglesia, el progreso de la religión, la conversión del mundo, y la salvación o la condenación de mi propia alma según fuera la voluntad de Dios. De

hecho, recuerdo que llegué hasta a decirle al Señor con todo mi corazón que él podía hacer conmigo y con lo mío todo lo que su bendita voluntad quisiera, que tenía tanta confianza en su bondad y amor como para creer que él no consentiría nada que yo pudiera objetar. Sentí en mí una especie de audacia santa al decirle que hiciera conmigo lo que bien le pareciera, que él no podía hacer nada que no fuera sabio y bueno; y que por lo tanto tenía yo todas las bases para aceptar cualquier cosa que él consintiera con respecto a mi persona y a lo mío. Nunca antes había conocido tan profundo y perfecto descanso en la voluntad de Dios.

Lo que me parecía extraño, era que no podía asirme ya a mi antigua esperanza. Tampoco podía recordar con frescura ninguna de las pasadas temporadas de comunión y seguridad divina. Se puede decir que renuncié a toda esperanza y dejé todo sobre un nuevo fundamento. Es decir, renuncié a mi seguridad en mi salvación basada en cualquiera de mis experiencias pasadas, y recuerdo que le dije al Señor que no sabía si su intención era salvarme o no. Tampoco sentía que me interesara saberlo. Estaba dispuesto a acatar lo que fuere. Dije entonces que si descubría que Dios me guardaba, que obraba en mí por medio de su Espíritu, y que me estaba preparando para el cielo, produciendo santidad y vida eterna en mi alma, daría por hecho que su intención era salvarme; y que si, por otro lado, me hallaba a mí mismo carente de fuerza divina, de luz y de amor, concluiría que Dios en su sabiduría y discreción había decidido enviarme al infierno. En cualquiera que fuera el caso estaba dispuesto a aceptar su voluntad. Con esto mi mente quedó en perfecta calma.

Esto ocurrió temprano en la mañana. A lo largo de todo el día me encontré en un estado de descanso perfecto, tanto en cuerpo como en alma. Con frecuencia mi mente levantaba la pregunta: "¿Te adhieres aún a tu consagración y a tu decisión de permanecer sometido a la voluntad de Dios?" Sin vacilar me respondía a mí mismo: "Sí, no volveré a atrás. No tengo razones para reclamar nada de lo que he dejado en el altar--y tampoco quiero reclamar nada de lo entregado". La idea de que posiblemente estuviera perdido no me molestaba. De hecho, durante todo aquel día mi mente no tuvo temor alguno, ni mis emociones se alteraron en lo más mínimo. Nada me atribulaba. No me sentía ni exaltado ni deprimido. Tampoco me parecía sentirme ni gozoso ni triste. Mi confianza en Dios era perfecta; mi aceptación de su voluntad era perfecta, y mi mente estaba tan calmada como el cielo mismo. Solamente cuando empezó a caer la tarde surgió en mi mente esta pregunta: "¿Y si Dios realmente me envía al infierno --qué será de mí entonces?" "No me opondré". Sin embargo, luego me dije: "Mas, ¿puede Dios enviar al infierno a una persona que acepta su voluntad como yo lo he hecho?" Tan pronto como surgió en mí la pregunta, llegó la certeza: "No, es imposible. No es posible que me espera el infierno cuando he aceptado la perfecta voluntad de Dios". Con esto fluyó una vena de gozo en mi mente que continuó desarrollándose más y más a lo largo de las semanas, de los meses, y aún me atrevo a decir, de los años.

Durante años mi mente estuvo tan colmada de gozo que no me era posible sentir demasiada ansiedad con respecto a ningún asunto. Mi oración, que por tanto tiempo se había caracterizado por ser tan prolongada y ferviente, parecía haberse transformado en un: "Que se haga tu voluntad". Era como si mis deseos estuvieran por completo satisfechos. Aquello por lo que había estado orando por recibir había llegado a mí de la forma más inesperada. La Santidad al Señor era algo que parecía estar inscrito en todos mis pensamientos. Era tanta mi fe de que Dios cumpliría con toda su perfecta voluntad, que no me era posible preocuparme por nada. Aquella gran ansiedad en la que mi mente se había encontrado durante aquellos periodos de agonizante oración, parecía haber quedado de lado; de tal modo que por mucho tiempo cuando acudía a Dios para comunicarme con él --algo que hacía con mucha, mucha frecuencia-- Me arrodillaba y me resultaba imposible pedir nada con urgencia, sino tan solo que se hiciera su voluntad en la tierra como en el cielo. Mis oraciones fueron engullidas por eso, y con frecuencia me hallaba sonriendo, como si estuviera delante del Señor, y diciéndole que no deseaba nada. Estaba tan seguro de que Dios cumpliría todos sus sabios y buenos deseos, que con esa certeza mi alma estaba satisfecha.

Fue allí cuando quedó perdida toda esa gran lucha en la cual me había encontrado por largo tiempo. Empecé entonces a predicarle a la congregación de acuerdo con esta nueva y más amplia experiencia. Había un número considerable de personas en la iglesia que asistían a mi predicación y que me comprendieron; que pudieron ver a partir de esta predicación lo que había ocurrido --y lo que estaba sucediendo en mi mente--. Presumí que la gente estaba más sensible que yo al gran cambio que se había producido en mi forma de predicar. Desde luego, mi mente estaba tan saturada con el tema como para predicar de otra cosa que no fuera una salvación total y actual hallada en la persona del Señor Jesucristo. Durante este tiempo me parecía que mi alma se hubiera casado con Cristo en una forma en la que nunca antes había pensado o siquiera concebido antes. El lenguaje del Cantar de los Cantares era tan natural para mí como el aliento. Me parecía poder entender muy bien el estado mental en el cual se encontraba Salomón cuando escribió aquella canción, y concluí entonces --y aún lo creo hasta ahora-- que la escribió luego de haber sido rescatado de su gran caída. No solo tenía toda la frescura de mi primer amor, sino que éste había aumentado grandemente. De hecho, el Señor me llevó tan por encima de todo lo que había experimentado hasta entonces, y me enseñó tanto del significado de la Biblia, de las relaciones de Cristo, su poder y buena voluntad, que con frecuencia me hallé diciéndole: "Nunca supe o concebí que cosa alguna fuera cierta". Luego comprendí lo que significa que "Él puede hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos". Por aquel tiempo me enseñó muy por encima de lo que jamás pedí o llegue a pensar. No había tenido hasta entonces idea de la amplitud, longitud, profundidad y eficacia de su gracia. Me pareció entonces que aquel pasaje que dice "Bástate mi gracia" tenía tanto significado que me resultaba admirable el no haberlo

llegado a entender en el pasado. A medida que estas revelaciones me eran dadas exclamaba: "¡Admirable! ¡Admirable! ¡Admirable!". Entendí lo que el profeta quiso decir cuando escribió que "su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de paz".

Pasé casi todo el tiempo que quedaba de aquel invierno instruyendo a la gente con respecto a la plenitud que se halla en Cristo, hasta que fui obligado a regresar a casa. Sin embargo, me di cuenta de que mi predicación no podía ser entendida por las masas. No me comprendían. Aún con esto hubo un buen número de personas que si entendieron el mensaje y que hallaron maravillosa bendición para sus almas, y que lograron hacer más progresos en su caminar divino de lo que habían hecho durante todas sus vidas. Lamentablemente aquella pequeña iglesia no estaba compuesta por gente que pudiera trabajar completa y eficientemente unida a gran escala. La oposición externa que recibían era muy grande. Aún la masa compuesta por los profesores de religión de la ciudad no tenía ninguna simpatía hacia ellos. En sentido general la gente en otras iglesias no estaba en capacidad de recibir mis perspectivas acerca de la santificación, y aunque en casi todas ellas hubo individuos que se mostraron profundamente interesados y grandemente bendecidos, encontré que en general mi testimonio resultaba ininteligible.

Algunos pudieron darse cuenta de en dónde me encontraba. Recuerdo que una noche los diáconos Proctor y Safford, después de escuchar la predicación y de ver el efecto que ésta había causado en la gente, fueron a buscarme y me dijeron: "Usted está muy por encima de nosotros en esta ciudad, y muy por encima de nuestros ministros. ¿Cómo podemos hacer para que nuestros ministros vengan a escuchar estas verdades?" les respondí: "No lo sé, pero ciertamente deseo que ellos puedan ver las cosas como yo las veo, pues me parece infinitamente importante que haya un estándar de santidad más alto en Boston". Ellos estuvieron de acuerdo y se mostraron grandemente ansiosos de que aquellas verdades le fueran presentadas al pueblo en general. Estos diáconos eran hombres buenos, y la gente de Boston lo sabía muy bien, más cuántos esfuerzos llegaron a hacer para que sus ministros y la gente asistiera a los sermones, es algo que no puedo decir.

Aquel invierno trabajé mayormente en pro de un avivamiento entre los cristianos. El Señor me preparó para esto por medio de aquella gran obra que él produjo en mi alma. Aunque en el pasado en gran medida la vida divina había estado operando en mí, como ya he dicho, lo que experimenté en aquel invierno excedió todo lo que había experimentado antes, y de cuando en cuando me parecía como si nunca antes hubiera estado verdaderamente en comunión con Dios.

Para estar seguro de que realmente había tenido comunión con Dios en el pasado, continuamente y por un buen tiempo me era necesario reflexionar y recordar las cosas que con tanta frecuencia me habían ocurrido. Aquel invierno pensé que

probablemente cuando llegemos al cielo, las perspectivas que allí tendremos, así como el gozo y ejercicios santos, sobrepasarán de tal manera todo lo que hayamos experimentado en esta vida, que a duras penas podremos conciliar el hecho de que realmente llegamos a tener religión mientras estuvimos en este mundo. De hecho, tantas veces experimenté en el pasado gozos indescriptibles y una comunión muy profunda con Dios, mas ahora habían quedado a la sombra de aquella vivencia mucho mayor de ese invierno y por esto muchas veces le decía al Señor que nunca antes había concebido las cosas tan maravillosas que nos revela su bendito Evangelio, y la maravillosa gracia hallada en Jesucristo. Al reflexionar en aquello, el lenguaje era semejante, pero las experiencias pasadas parecían haber quedado selladas, y prácticamente fuera del alcance de mis ojos.

A medida que la enorme emoción de aquella temporada cedía, mi mente se volvía más tranquila. Pude ver con mayor claridad las diferentes etapas de mi experiencia cristiana, y llegué a reconocer la conexión de las cosas, como si Dios las hubiera forjado de principio a fin. Sin embargo, a partir de esto no volví a tener aquellas grandes luchas, ni esas temporadas que tan frecuentemente vivía en las que solo después de agonizante y prolongada oración podía hallar completo descanso en Dios. A partir de entonces el prevalecer para con Dios se convirtió en algo completamente distinto de acuerdo a mi experiencia. Me acercaba a Dios con más calma pues tenía una confianza mayor y más perfecta. Ahora Dios me ha dado la capacidad de descansar en él y de permitir que todo se sumerja en su perfecta voluntad con mucha más prontitud de lo que jamás experimente antes de aquel invierno. Desde entonces he sentido una especie de libertad religiosa, un optimismo y deleite religiosos en Dios y en su Palabra, una firmeza de fe, libertad y amor sobreabundante que solo había experimentado ocasionalmente antes de eso. Con esto no quiero decir que todo aquello había sido para mí algo extraño en el pasado, sino que aunque habían sido experiencias frecuentes y repetitivas, no habían sido permanentes como ahora. Aquello que me ataba parecía haberse roto por completo, y desde entonces he sentido la libertad que siente un niño junto a un padre amoroso. Siento como si pudiera hallar a Dios dentro de mi ser de tal manera que puedo descansar en él y estar tranquilo, echar mi corazón sobre sus manos, y hacer nido en su perfecta voluntad sin preocupaciones ni ansiedades.

Puedo decir que estas cosas han sido lo habitual desde aquel periodo, mas no puedo afirmar que no hayan sufrido interrupciones, ya que en 1860, durante un periodo de enfermedad, tuve un tiempo de mucha depresión y de tremenda humillación. Sin embargo, el Señor me sacó de aquel estado y me devolvió a la paz y al descanso.

Pocos años después de esta temporada de refrigerio que se dio en Boston y de la que he hablado, mi amada esposa, de la cual me he referido en estas líneas, falleció. Su muerte me trajo gran aflicción, no se produjo en mi murmuración alguna, ni la más

leve resistencia a la voluntad de Dios. Hasta donde recuerdo la entregué a Dios sin resistencia alguna. Con todo, si significó para mí mucho dolor. La noche siguiente de su fallecimiento me encontraba acostado en la soledad de mi cama mientras algunos amigos cristianos se encontraban sentados en la sala, esperando la llegada del día. A penas me había quedado dormido cuando desperté ¡y entonces el pensamiento del duelo brilló en mi mente con terrible poder! ¡Mi esposa se ha ido! ¡Ya nunca más podré hablar con ella ni ver su rostro! ¡Nuestros hijos han quedado sin madre! ¿Qué haré ahora? Mi cerebro se sacudía como si mi mente estuviera dando vueltas sobre su eje. De inmediato me levanté de la cama y clamé: "¡Si no logro descansar en Dios enloqueceré!" El Señor se apresuró a traer calma a mi mente aquella noche, pero de vez en vez llegaban sobre mí temporadas de tristeza casi insoportables.

Un día, cuando me encontraba de rodillas y en comunión con Dios tratando el tema, de pronto sentí que Dios me decía: "¿Amaste a tu esposa?" "Sí"--respondí. "¿Y la amaste por su bien, o por el tuyo? ¿La amaste a ella o te amaste a ti mismo? Si la amaste por su bien, ¿por qué te afliges estando ella conmigo? ¿No debería la felicidad que ella tiene junto a mí ser motivo de regocijo para ti y no de lamento, si es que la amaste por su bien?" Continuó diciéndome: "¿La amaste por mi bien? Si fue así, de cierto no te lamentarías, pues ella está conmigo. ¿Por qué piensas en tu pérdida y te enfocas en ella, en lugar de pensar en lo que tu esposa ha ganado? ¿Puedes estar triste cuando ella está tan gozosa y feliz? Y si la amaste por tu propio bien, ¿no te alegrarás en su alegría y estarás feliz con su felicidad?" Jamás podré describir lo que sentí cuando Dios me dijo esto. De inmediato se produjo en mí un cambio total en mi mente con respecto a la forma en la que veía la pérdida de mi esposa.

A partir de ese momento la tristeza que sentía por causa de su partida se fue por completo. Ya no pensaba en ella como si estuviera muerta, sino como viva en medio de las glorias del cielo. En aquel entonces mi fe estaba tan fortalecida y mi mente tan iluminada que me parecía aún posible entrar en el mismo estado mental en el que ella se encontraba en el cielo; y si es que existe alguna comunión con un espíritu ausente, o con alguien que ya está en el cielo, entonces, yo me sentía como en comunión con ella. Con esto no quiero decir que alguna vez llegué a suponer que mi esposa estuviera presente de tal modo que pudiera yo tener con ella una comunión personal, sino más bien que me parecía saber cuál era su estado mental en el cielo, aquel profundo e inquebrantable descanso en la perfecta voluntad de Dios. Entendí que eso era el cielo, y pude experimentarlo en mi propia alma. Hasta el día de hoy no me he apartado de estos puntos de vista. De hecho, con frecuencia vienen a mí--en forma de aquel mismo estado mental en el cual se encuentran los habitantes del cielo y puedo entender por qué se encuentran así.

Mi esposa murió en un estado mental celestial. Su descanso en Dios era tan perfecto que me parecía que con su muerte simplemente había entrado a una aprensión más

completa del amor de Dios y de su fidelidad, que le permitiría confirmar y perfeccionar para siempre su confianza en Él y su unión a su voluntad. En estas experiencias, en gran manera, he vivido desde aquel entonces. Sin embargo, en lo que respecta a la predicación, he descubierto que no hay lugar en el cual pueda predicar estas verdades en las cuales se deleita mi alma y ser comprendido. Solo pocos comprenden. En todo lo que el tema se ha tratado aquí en Oberlin, he visto que solo muy pocas personas aprecian y reciben esas perspectivas de Dios y de Cristo, y de la plenitud de su salvación actual, en las cuales mi alma aún se goza en compartir. En todas partes soy obligado a bajar al nivel en el que se encuentra la gente para que les sea posible entenderme; y durante muchos años, en todo lugar en el cual he predicado, he hallado a las iglesias en tan pobre crecimiento como para llegar a apreciar y comprender estas cosas, a las cuales tengo como las más preciosas verdades de todo el evangelio.

Cuando le predico a pecadores impenitentes, como es de esperarse, debo volver a los principios fundamentales. En mi propia experiencia, hace tanto que superé aquellas instancias y primeros principios, que ya no vivo sobre aquellas verdades. Sin embargo, me es necesario predicarlas a los impenitentes para asegurar su salvación. Cuando predico el evangelio, puedo predicar acerca de la expiación, la conversión, y de muchas otras perspectivas prominentes del evangelio que quienes son jóvenes en su caminar religioso --así como aquellos que tienen mucho tiempo en la iglesia y que han hecho pocos avances en el conocimiento de Cristo-- pueden apreciar y aceptar. Sin embargo, solo de vez en cuando encuentro que la iglesia puede beneficiarse de mi exposición completa de todo lo que mi alma ve en Cristo. Aquí en Oberlin hay un gran número de personas que de cierto me comprenden y devoran aquel tipo de verdades, más gente de lo que nunca he hallado en cualquier otro lugar, pero aún aquí la mayoría de los profesores de religión no las abrazan con entendimiento. No las objetan, no se oponen a ellas, de hecho creen estar convencidos de estas verdades. Pero en lo que respecta a la experiencia, ignoran el poder de las más altas y preciosas verdades del Evangelio de Salvación de Jesucristo.

Dije antes, que aquel invierno en Boston lo pasé casi completamente predicando a cristianos profesos, y que muchos de ellos hallaron gran bendición para sus almas. Ese invierno llegué al convencimiento de que al menos de que, por decirlo de alguna manera, los fundamentos no fueran restablecidos y que los cristianos de Boston asumieran un tipo superior de religión, no habría forma de que pudieran prevalecer contra el Unitarismo. Sabía que habían razonado con los unitarios, y que los ministros ortodoxos habían predicado ortodoxia cristiana en oposición al Unitarismo por muchos años, y que todo lo que podía lograrse por medio de la discusión ya se había logrado. Sin embargo, sentía dentro de mí que lo que los unitarios necesitaban era ver a los cristianos reflejar en sus vidas el evangelio puro de Cristo. Necesitaban escucharles decir que Cristo era el Salvador divino, capaz de salvar de todo pecado, y ver la prueba en sus vidas. La profesión que los cristianos hacían de su fe en Cristo no estaba de

acuerdo con sus experiencias. No podían afirmar que lo que predicaban acerca de Cristo podía ser hallado en sus propias experiencias. En resumen, tanto en el testimonio privado como en el público del poder de la gracia de Dios sobre sus propias conciencias, no les era posible respaldar su ortodoxia; sino por el contrario, la confesión que constantemente hacían acerca del estar en la atadura del pecado contradecía su profesión de fe en Cristo. Como nunca antes vi claramente que la ortodoxia de Boston tenía poco poder, y que jamás sería poderosa hasta que no se hiciera presente otro tipo de vida cristiana. Vi que necesitaban el testimonio de testigos vivos de Dios, y el testimonio tanto de la experiencia como de la conciencia, para poder alcanzar a los unitarios; y que el mero razonamiento y los argumentos, aun cuando fueran conclusivos, jamás lograrían vencer los errores y los prejuicios de los unitarios. Aún creo que todo esto es verdad. Las iglesias ortodoxas de Boston son demasiado formales; están atadas a ciertas formas; le temen a las medidas y a desplegarse en completa libertad en el uso de nuevos medios para la salvación de las almas. Siempre me ha parecido que se encuentran atadas en sus oraciones, y aquello a lo que yo llamo "el Espíritu de oración" lo he visto rara vez en aquella ciudad. Son rígidos y se hallan en una camisa de fuerza, y hasta que no se liberen de sus nociones de lo que es sabio y conveniente y no hagan todo lo necesario para romper el hielo y vencer el estancamiento en el que se encuentran, jamás tendrán éxito en salvar la ciudad. La mayor parte del tiempo se vivió un estancamiento espiritual. Los ministros y los diáconos de las iglesias, aunque confío en que son hombres buenos, tienen miedo de lo que los unitarios puedan decir si en sus medidas para promover la religión se despliegan de tal modo como para despertar a la gente. Todo debe hacerse de determinada manera y el Espíritu Santo se contrista ante su rendición a semejante yugo.

De cualquier modo, existe en Boston un grupo de gente excelente, gente de oración y de probada sinceridad, pues tienen corazones y mentes abiertas y están dispuestos a ayudar en la promoción de toda buena obra y palabra. Sin embargo, esta gente necesita líderes de mayor valentía. Necesitan ministros con más experiencia, más fe y mayor coraje moral que aquellos que por lo general les han guiado por años.

Laboré en cinco poderosos avivamientos en Boston, y puedo decir con sincera convicción que el mayor obstáculo para vencer el Unitarismo y todas las demás formas de error en la ciudad, es la timidez de los cristianos y de las iglesias. Sabiendo como lo saben que constantemente están expuestos a la crítica de los unitarios, se han vuelto demasiado cautelosos. Su fe ha sido deprimida. Y temo que la prevalencia del Unitarismo y del Universalismo, les esté impidiendo y deteniendo de predicar y de resistir el peligro de la impenitencia, tal como el presidente Edwards lo ha presentado. Y temo que las doctrinas del castigo eterno, de la necesidad de una santificación completa, y de la renuncia a todo pecado como condición para la salvación--que de hecho son las doctrinas calculadas para echar abajo toda impenitencia y para sacudir a

todo cristiano mundano--no son predicadas con la frecuencia y con el poder indispensable para garantizar la salvación de la ciudad.

La pequeña iglesia de la Capilla de Marlborough, como era conocida, tenía muchos deseos de que fuera su pastor. Dejé Boston con esa cuestión en mi mente. Después de estas cosas el hermano Sears vino a visitarme, según me enteré más tarde, con una propuesta formal en el bolsillo para persuadirme de ir y establecerme en Boston. Sin embargo, cuando llegó a Oberlin y consultó con los hermanos acerca de cuán propio sería el que yo partiera, le desanimaron de tal forma que no llegó ni siquiera a presentarme el asunto.

En lo absoluto fue este mi último invierno en Boston. Tengo mucho más que decir en futuras páginas acerca de los avivamientos de aquella ciudad. En cuanto al número de conversiones aquel invierno, lo único que puedo decir es que fueron numerosas, pues constantemente recibí visitas de interesados provenientes de diferentes partes de la ciudad en mi habitación cada día. Como ya he dicho, creo que la mayoría de estos interesados fueron profesores de religión, cuyas mentes se encontraban inquietas y deseaban conocer acerca de aquella forma superior de vida cristiana.

CAPITULO XXVIII

LABORES EN OBERLIN, MICHIGAN, Etc.

En el otoño siguiente, que fue el de 1845, se me invitó encarecidamente a visitar el lugar de mi nacimiento espiritual y de mis primeras labores como evangelista. Esta era una invitación que se me hacía constantemente y finalmente me convencí de ir. Cuando llegó el tiempo de mi partida empaqué mi baúl y me preparé para salir a la mañana siguiente. Me retiré a la cama temprano y antes de que llegara mi esposa a la habitación me quedé dormido. No mucho tiempo después me levantó la tos de mi mujer. Abrí los ojos y me encontré con que estaba tosiendo sangre de la forma más terrible. Ella se había acostado mientras yo dormía y no sé si un leve tosido provocó el sangrado o la sangre produjo la tos. Como quiera que haya sido, el caso es que la escena era terrorífica. La sangre se le precipitaba por la boca con tanta rapidez que casi le ahogaba. Era como si apenas y con gran dificultad lograba aclarar sus pulmones de esta sangre con la rapidez suficiente para no quedar estrangulada. Me dio la impresión de que se desangraría y moriría en poco tiempo. La tomé en mis brazos y sostuve su cabeza sobre la bañera. Traté de calmarla lo mejor que pude sin alarmar a los miembros de la familia. Realmente ella no se veía asustada. Su alma reposaba en

una confianza implícita en Dios que le impedía agitarse demasiado. Sabía que provenía de una familia en donde la tisis era común y que tenía una fuerte tendencia a la enfermedad, por lo que probablemente no le sorprendió mucho lo que le estaba ocurriendo. Por algunos momentos parecía que iba a morir allí, en mis brazos, sin embargo, el sangrado empezó a ceder y finalmente cesó por completo. Después de enjuagar su boca y su garganta con agua fría, y de limpiar la sangre en su cuerpo lo mejor que pude, coloqué a esa preciosa mujer en la cama y me acosté junto a ella para observar su respiración, su pulso y la aparición de cualquier otro síntoma. Empezó a quedarse cada vez más tranquila, hasta que finalmente se durmió. Se recuperó de aquel episodio y sus pulmones no volvieron a sangrar, pero después de dos años de luchar contra la tisis, murió.

Aquel sangrado terrible hizo necesario que me quedara en casa y tomara cuidado de ella, por lo que renuncié también a la idea de partir al extranjero aquel invierno. Me entregué a su cuidado y a predicar y laborar por un avivamiento de la religión en casa. Tuvimos un estado de cosas muy interesante durante todo aquel invierno; sin embargo, como eso era algo común en Oberlin, poco se habló acerca de que se tratara de un avivamiento. De hecho, durante muchos años ha sido el caso que nuestras reuniones para interesados son grandes en concurrencia, que muchos se convierten cada semana y que se añade gente a la iglesia en cada comunión en grupos de diez, treinta o cincuenta, y aún con esto poco se habla de que estas cosas sean extraordinarias.

No dejé el hogar para hacer labor particular de evangelista sino hasta el siguiente invierno. En aquel invierno que vino a continuación se me insistió mucho para que fuera a Detroit. Acudí a esa ciudad para ayudar al hermano Hammond, quien era pastor de una iglesia Congregacionalista. Para aquel entonces, las iglesias de Detroit, y de hecho, del estado, eran en su mayoría presbiteranas y se oponían a las congregacionalistas. El doctor Duffield, quien era pastor de la Primera Iglesia Presbiterana de Detroit era un presbiterano persistente al que no parecía agradarle mi estadía en la ciudad. Su influencia era muy grande en medio de la gente importante de la ciudad y de hecho, gozaba de mucha influencia en todo Detroit. De cualquier modo, tuvimos una obra preciosa. Ocurrieron algunos casos de impactante conversión, pero solo me quedé por poco tiempo. Era muy difícil asegurar buenos sentimientos entre los congregacionalistas y los persistentes presbiteranos, lo cual era esencial para la promoción de un avivamiento general. De hecho, era verdaderamente imposible. Los congregacionalistas eran considerados intrusos, por lo que me resultó imposible lograr la unión de esfuerzos y sentimientos en aquel momento en aquella ciudad. El doctor Duffield, en cuanto a teología, profesaba pertenecer a la Nueva Escuela, y por esta razón había sido acusado y juzgado en Pennsylvania. Más, después de todo, su filosofía había mistificado tanto su mente que le encontraba muchas excepciones a la forma en la que yo presentaba la verdad. Se opuso fuertemente a mi predicación, y sin lugar a

dudas su gran influencia permeó la obra de aquel invierno. Antes de partir Dios me guio a orar por la situación de tal manera que me sentí completamente confiado de que él cambiaría las perspectivas del doctor Duffield, o de alguna manera abatiría su influencia grandemente en la ciudad y en el estado. Vi claramente que los esfuerzos en pro del avivamiento no serían interrumpidos en Detroit y que el doctor Duffield sería obligado a tomar un curso distinto, que el camino quedaría despejado delante de los esfuerzos a favor del avivamiento y del libre desarrollo del congregacionalismo en aquella región. En su propio lugar tendré oportunidad para hablar de lo que resultó de esta situación.

Antes de cerrar mi narrativa acerca de lo ocurrido en Detroit, debo relatar un hecho muy interesante. Para aquel tiempo había en la ciudad un mercader muy rico e influyente de apellido Chandler, quien era además profesor de religión. Su esposa, una dama de Nueva York muy cultivada y de gran belleza personal, era sin embargo, impenitente. También había un abogado prominente de apellido Joy, quien al presente y de estar aún con vida, tendría su domicilio en Chicago. Este señor Chandler de quien hablo ha sido miembro del Senado de los Estados Unidos por muchos años. La señora Joy, la esposa del abogado, era una mujer muy refinada de Nueva Inglaterra y su padre, en su época, había sido uno de los principales ciudadanos de Massachusetts, si no me equivoco. La señora Joy estaba muy ansiosa por su alma, y asistía a las reuniones para interesados. Después de una lucha mental muy severa se mostró poderosamente convertida. Ella y la señora Chandler eran amigas íntimas, por lo que empezó a preocuparse mucho por la salvación de ella.

Una noche prediqué en base al texto: "Ruego que me excuses". A la mañana siguiente el señor Chandler fue a buscarme para decirme que su esposa había caído en una poderosa convicción por causa de aquel sermón, y que había pasado la noche muy inquieta. Él deseaba que fuera a verla y me dijo que si yo pasaba directamente por su casa, él se iría a su negocio, en donde tenía una habitación, y oraría por la conversión de su esposa. Salí enseguida y cuando toqué la campana la propia señora Chandler abrió la puerta, pues ella y la señora Joy estaban por salir. Aquella mañana había una reunión de oración de mujeres en una casa privada y la señora Joy, sabiendo que su amiga había caído en convicción, la había pasado a buscar para ir juntas. Estaban completamente vestidas, con las pieles puestas y listas para partir. Habían llegado hasta la puerta cuando toqué. Como yo ya había tratado con la señora Joy, ella me presentó a la señora Chandler, con quien no había hablado hasta entonces. Le tomé de la mano e inmediatamente le dije para qué había sido enviado, que había venido a conversar con ella acerca de su alma. Noté que cuando tomé su mano tembló de pies a cabeza. Se volteó y me invitó a pasar a la sala en donde me encontré con un fuego confortable. La señora Joy no nos siguió, sino que se fue directamente a otra habitación.

La señora Chandler me ofreció un asiento, pero le dije que no me sentaría hasta saber si estaba dispuesta a entregarle su corazón a Dios. Por su apariencia era notorio que estaba en profunda convicción, más titubeó mucho para responderme. La seguí presionando con el tema, pero pude notar por sus palabras y por todo lo que la rodeaba que era una mujer de tendencias mundanas, ambiciosa y orgullosa y que el mundo la tenía sujeta en gran manera. Finalmente me senté, ella también se sentó y continué presionando en forma clara y urgente y de la forma más completa que pude. Parecía que su gran lucha era renunciar al mundo. Era notorio que era una esposa consentida, era joven, hermosa, el ídolo de su marido y la favorita de la sociedad y muy amante del brillo y el oropel de los entretenimientos mundanos. Su padre era un hombre prominente en la ciudad de Nueva York, y ella había sido de hija tan consentida como ahora lo era de esposa. Además de esto, era evidente que había mucho orgullo en su corazón. Era una dama en cuanto a su educación y a la forma que tenía de conducirse, y hasta donde podía ver, era una dama en todo aspecto; y de hecho, de muy digno carácter, tanto como puede llegar a serlo una mujer no cristiana. Manifiestamente nunca nadie había tratado con ella de forma personal y escrutadora el tema de su salvación. Por esto, el que yo me haya dirigido a ella como lo hice la había hecho escudriñarse de la forma más profunda.

Después de conversar con ella por un buen tiempo, le insistí acerca de la necesidad y el deber de arrodillarse allí y en ese momento, de renunciar al mundo y a sus pecados y de rendirse a Cristo por completo. Nos arrodillamos, oré por ella y en esa oración traté de guiar su mente a Cristo. La escuchaba luchar y sollozar, daba la impresión de que se encontraba en la más grande de las angustias mentales. Después de haber orado por ella y de que ella agonizara por algún tiempo me dijo: "no me puedo someter" y estuvo a punto de ponerse de pie. Le rogué que no lo hiciera, que no se atreviera a intentar levantarse de sus rodillas y le dije que temía que fuera a contristar al Espíritu de Dios si rechazaba la misericordia que se le estaba ofreciendo. Renunció entonces a la idea de ponerse de pie y volví a orar por ella. Su agonizante lucha continuó, y parecía incrementarse. El conflicto se agudizaba y la lucha de su mente se volvió terrible hasta que finalmente exclamó: "lo haré". Entonces se calmó y después de consagrarse a Dios en oración nos pusimos de pie. Se veía tranquila y entregada. Tan pronto como la señora Joy, quien se encontraba en una habitación contigua -- al parecer entregada a la oración--, notó lo que había sucedido entró súbitamente. La escena entre ella y su amiga fue muy enternecedora. Vi a la señora Chandler una o dos veces nada más antes de partir, y desde entonces no he vuelto a verla. Por muchos años tampoco he escuchado de ella. En aquel tiempo pareció haber quedado completamente rendida y convertida. De cualquier modo, soy consciente de las fuertes tentaciones a volver al mundo que debe de haber enfrentado y desconozco si ha sido una cristiana devota o no. Mas aquella escena entre ella y su amiga no la podré olvidar por un buen tiempo. Se dieron otros muchos casos interesantes, que por ahora debo dejar sin relatar.

Después de pasar unas pocas semanas en Detroit, en consideración a un urgente pedido de la iglesia de Pontiac, partí hacia allá y me quedé por una temporada.

Allí me encontré con un estado de cosas muy singular y difícil. Aquel lugar había sido establecido por gente infiel, verdaderos burladores de la religión. Sin embargo, había en la vecindad varias mujeres piadosas, quienes después de grandes luchas finalmente consiguieron que se establecieran reuniones religiosas, se construyera una iglesia y se estableciera un ministro. Para entonces vivía en Pontiac el hombre que había sido pastor de la iglesia antes del hermano que se encontraba pastoreando al tiempo de mi visita. El joven que pastoreaba la iglesia, de quien no recuerdo su nombre, era de Nueva Inglaterra. La iglesia había tenido una gran dificultad con el pastor anterior y se habían dividido mucho con respecto a él hasta que finalmente le despidieron. Sin embargo, las circunstancias habían sido tales que habían dejado los sentimientos entre este hombre y la iglesia en muy mal estado. También había otro anciano ministro que vivía cerca de la villa y que había laborado mucho como misionero en aquel nuevo territorio estableciendo iglesias. Entre él y el viejo pastor el sentir tampoco era bueno. Este viejo misionero había tenido una parte muy activa en la controversia, por lo que entre él y el anterior pastor no había simpatía ministerial, o siquiera simpatía cristiana. De hecho, me encontré con el estado de cosas más poco prometedor y difícil que he hallado en mi vida. Como quiera, empecé a predicar y pronto se hizo evidente que el Espíritu del Señor estaba escrutando la iglesia poderosamente. Empecé, de acuerdo a mi costumbre, a remover las piedras de tropiezo, a llamar la atención a la confesión mutua y a la restitución y a, en pocas palabras, reconvertir la iglesia para preparar el camino para un avivamiento general en medio de la gente abiertamente impenitente. El estado moral de Pontiac, en ese entonces, era bastante malo.

La gente era emprendedora, y el lugar próspero, en cuanto a los negocios se refiere, pero la religión se encontraba en el punto más bajo. Vi que nada tendría efecto hasta que las viejas raíces de amargura fueran extraídas, las divisiones sanadas, y las enemistades echadas de lado. Por esta razón dirigí mi predicación a la iglesia y a los profesores de religión, y prediqué los sermones tan escrutadores como me fue posible. Pontiac era hogar del aquel entonces vicegobernador Richardson. Su esposa era una mujer religiosa, pero había sido considerablemente arrastrada a esa controversia con el antiguo pastor. Después de predicar por una semana o dos sentí que ya había quedado preparado el terreno y acordamos separar un día para el ayuno, la humillación y la oración. Cuando llegó el día les prediqué en base a este texto: "Oh esperanza de Israel, Guardador suyo en el tiempo de la aflicción, ¿por qué has de ser como peregrino en la tierra, y como caminante que se aparta para tener la noche?" Mi mente estaba terriblemente afectada con la aplicación de esta escritura al estado en el cual se encontraba la gente. En la tarde tuvimos una reunión de oración general. Poco antes de que empezara se hizo evidente que había un fuerte espíritu escudriñador sobre la gente. Yo me estaba hospedando con un señor de apellido Davis, quien había

tenido una parte importante en la controversia con el viejo pastor. Este señor Davis era un hombre de sentimientos fuertes y había sido muy hostil en sus sentimientos para con el pastor, a quien tenía como un completo descarriado. Este viejo pastor vivía cerca de su vecindario. Cuando regresábamos de un servicio matutino vi que el señor Davis se veía profundamente afectado. Me dijo: "¿No cree usted que sería bueno que yo vaya y haga confesión delante de aquel ministro? Él hizo mal, pero yo he tenido un espíritu tan malo en su contra". Le pregunté si podía hacer su confesión sin reproches, dejándole a él el confesar sus propios pecados. Me dijo que podía e inmediatamente partió hacia su casa y, hasta donde tengo entendido hizo una confesión humilde sin acusarle en lo absoluto. Le dijo que había entretenido sentimientos nada cristianos en su contra y le pidió que lo perdonara.

Como dije antes, tan pronto nos reunimos en la tarde, se hizo evidente que había en medio de la congregación un fuerte espíritu de examinación personal. El antiguo pastor de la iglesia estaba presente, como lo había estado, si no me equivoco, durante todas las reuniones. Poco después de estar todos reunidos observé que la esposa del vicegobernador Richardson se levantó de su asiento y se condujo hasta el otro lado de la casa, en donde aquel pastor estaba sentado, y que abiertamente le confesaba que había guardado sentimientos muy poco cristianos en su contra. Esto produjo un estallido general de emociones. Observé que el rostro de aquel antiguo pastor se tornaba de un pálido de muerte. Tan pronto como la señora Richardson se volvió se inició un movimiento general y de todos lados de la casa las personas salían de sus asientos para hacer confesión ante él. Observé que la obra estaba en marcha y tenía la confianza de que se produciría un quebrantamiento general.

Yo esperaba que por causa de esa manifiesta impresión que se estaba creando en el antiguo pastor, el hombre en cualquier momento se pusiera de rodillas y también hiciera su confesión. La presión sobre la congregación era tremenda. El nuevo pastor y yo permanecimos quietos. Pero justo en aquel momento el viejo misionero, cuyo nombre si no me equivoco era Ruggles, se puso de pie e interpuso una objeción a lo que estaba sucediendo. Dijo que objetaba porque el viejo pastor, a quien llamó por su nombre, sentiría que había triunfado, y que así la gente le estaba justificando y condenándose a sí misma. No creí entonces, ni creo ahora, que había el menor de los peligros de que ese fuera el resultado. Creo que si Padre Ruggles -- así le llamaba la gente -- hubiera permanecido tranquilo, no hubieran transcurrido ni diez minutos antes de que aquel viejo pastor hubiera hecho la confesión que todos esperaban oír. Al parecer Padre Ruggles estaba tan comprometido con sus sentimientos en contra de aquel hombre que le era imposible ver que se hiciera alguna cosa que pudiera constituir una justificación del curso que había tomado, o que condenara el curso que la iglesia había seguido para con él. En el momento en el cual Padre Ruggles tomó su postura, una terrible reacción se produjo en la reunión. Las confesiones cesaron, toda

lágrima se secó y como nunca antes vi extinguirse de forma tan manifiesta las influencias del Espíritu Santo.

Aquella reacción fue instantánea, terrible y decisiva. Hasta ese momento las enemistades se estaban eliminando, mas con este curso equivocado de Padre Ruggles toda esa ola de buena voluntad quedó arrebatada y devuelta a su origen y las animosidades volvieron a surgir con la misma fuerza de antes. Después de contemplar aquella desolación por algunos días regresé a Detroit, en donde caí enfermo y debí guardar cama por varios días. El tiempo de la apertura de nuestra temporada de primavera había llegado, por lo que tan pronto estuve en capacidad de viajar regresé a casa y como era mi costumbre, empecé mis labores aquí en Oberlin. Tuvimos un avivamiento muy interesante a lo largo del verano.

Aquel verano publiqué el Segundo volumen de mi teología sistemática. Me dediqué a escribirla, publicarla y a atender a mis deberes de profesor y de pastor. La mayoría de este nuevo volumen fue escrito a razón de una lectura por día, la cual enviaba a la imprenta. Así, de este modo, podía corregir la prueba de una sola lectura. Luego escribía otra lectura y la enviaba ese mismo día a la imprenta. Mas este trabajo, junto a mis obligaciones pastorales y a la intensa labor en mis clases consumió tanto mis fuerzas que el día de la inauguración de clases caí enfermo con fiebre tifoidea. Estuve gravemente enfermo durante dos meses, tanto que estuve muy, muy cerca de la tumba. Mientras tanto, mi preciosa esposa desfallecía a causa de la tisis. A mediados de diciembre falleció. Al momento de su muerte no había todavía recuperado mis fuerzas, por lo que me quedé en casa aquel invierno y no realicé mucha de mi labor ministerial ni aquí en Oberlin, ni en otro lugar.

CAPITULO XXIX

VISITA a INGLATERRA en 1849 en CALIDAD de EVANGELISTA

Después de aquella severa enfermedad mis fuerzas regresaron lentamente. Reanudé mis labores como pastor y profesor muy pronto, y esto retrasó la total recuperación de mi energía. Por esta razón debí permanecer en casa durante el invierno de 1847 y de 1848. No me sentía capaz de realizar labores de evangelista en el exterior. Mientras tanto, repetidamente se me escribía y se me urgía para que fuera a Inglaterra y laborara en la promoción de avivamientos. En el otoño de 1848 mi esposa y yo nos embarcamos con destino rumbo a este país, dejando la familia al cuidado de mi hija mayor. Después de un viaje cundido de tormentas a bordo del vapor Hermon,

arribamos a Southampon en los primeros días de noviembre. Allí conocimos al pastor de la iglesia de Houghton, Huntingdonshire, una villa situada en la mitad del camino que va de Huntington y Saint Ives, dos pueblos comerciales. Un señor llamado Potto Brown, un hombre muy benevolente, de quien ya tendré oportunidad de hablar con frecuencia, había enviado al señor James Harcourt, su pastor, para que nos encontrara en Southampon. Arribamos a esta ciudad porteña un domingo en la mañana, y el lunes pasamos a través de Londres por ferrocarril para llegar a la casa del señor Brown, en Houghton.

El señor Potto Brown era cuáquero por linaje y educación. Junto a un socio estaba involucrado en el negocio de los molinos, y ambos pertenecían a una congregación de independientes en Saint Ives. Eran, por supuesto, disidentes. El estado de su vecindario y de sus alrededores empezó a afectarles grandemente. Sentían que La Iglesia, como se le llama en Inglaterra, hacía muy poco por la salvación de las almas. Fuera de las escuelas de la iglesia no había otras para la educación de las masas pobres, y el pueblo estaba grandemente desatendido. Después de mucha oración y de consultarse mutuamente, acordaron adoptar medidas para la educación de la gran cantidad niños de su villa y de las villas aledañas, y extender estas influencias tan lejos como les fuera posible. También estuvieron de acuerdo en invertir sus medios para establecer la adoración y construir iglesias independientes a la establecida por el Estado. Empezaron esta obra en Houghton, una villa, como ya dije, a medio camino entre Saint Ives y Huntington. Sin embargo, no mucho tiempo después de haber iniciado esta obra el socio del hermano Brown falleció. Si no me equivoco, la esposa de aquel hombre ya había fallecido para entonces, por lo que recurrió al hermano Brown para dejarlo a cargo del cuidado fraternal de su familia, que consistía de varios hijos e hijas. El señor Brown encomendó la educación de estos hijos a una prudente dama viuda de una villa vecina. En su lecho de muerte, su socio le había rogado que no descuidara la obra que habían proyectado y que la persiguiera con vigor y determinación.

El corazón del hermano Brown estaba en la obra. Su socio les había dejado una gran propiedad a sus hijos. El señor Brown solo tenía dos hijos varones y era un hombre de hábitos sencillos, gastaba muy poco dinero en su persona y en su familia. Empleó a un maestro de escuela en la villa en donde residía, y construyó una capilla para la adoración pública. Contrató a un hombre de perspectivas híper-calvinistas para que fuera el ministro, y como era de esperarse, después de varios años de labores los resultados que el hermano Brown esperaba estaban lejos de alcanzarse. El hermano Brown frecuentemente trataba el tema de aquella falta de resultados con el ministro. Él pagaba el salario del pastor y había destinado su dinero para promover la religión de varias maneras por medio de las escuelas dominicales, maestros y obreros, pero había muy pocos o ningún convertido. Tantas veces el hermano Brown le había traído el tema a dicho pastor, que éste finalmente le respondió: "Señor Brown, ¿soy Dios acaso,

para poder convertir almas? Les predico el evangelio, pero si Dios no les convierte, ¿es mía la culpa?" El hermano Brown le respondió: "Ya sea usted Dios o no, tenemos que tener conversiones. La gente se tiene que convertir". Finalmente, despidió a aquel ministro y contrató a otro, el reverendo James Harcourt. El señor Harcourt es un bautista de comunión abierta. Es un hombre talentoso, un predicador entusiasta y un obrero serio en pro de la conversión de almas. Bajo su predicación pronto empezaron a darse las conversiones y la obra empezó a avanzar con esperanza. Su pequeña iglesia, que ocupaba una pequeña capilla, empezó a aumentar en número y en fe, la obra se fue expandiendo gradualmente, y aquella levadura empezó a crecer en su influencia, perceptible pero gradualmente, por todos lados.

Pronto empezaron a extender sus operaciones en villas aledañas con buenos resultados. Sin embargo, aún no sabían cómo promover avivamientos de la religión. Los hijos de su socio que habían quedado a su cargo se habían convertido en jóvenes, pero no estaban convertidos. Se trataba de tres mujeres y tres varones, una familia de bien y con mucha propiedad, pero todos inconversos. El señor Brown tenía un buen número de amistades muy interesantes e influyentes en aquella región, por cuya salvación tenía un hondo interés. También tenía una gran ansiedad por que esta familia Goodman --ese era el apellido de su socio-- llegara a convertirse. Para la educación de sus hijos había contratado a un maestro de su familia, y un considerable número de jóvenes de familias respetables de los pueblos vecinos habían estudiado junto a ellos. Esta pequeña escuela familiar, a quienes estos jóvenes, hijos de amigos suyos en diferentes partes del condado, habían sido invitados, había creado una fuerte lazo de interés entre el hermano Brown y aquellas familias. Con todo, las labores del hermano Harcourt, por alguna razón, no conseguían alcanzar aquellas familias, o a la familia Goodman.

El hermano Harcourt tenía éxito en medio de las clases más bajas y pobres, era un ministro celoso, devoto y realmente predicaba el evangelio. Como decía el señor Brown: "era un poderoso ministro de Jesucristo". Más, le faltaba experiencia para alcanzar la clase de personas por las cuales el corazón del señor Brown tenía tanta ansiedad. Conversaba frecuentemente acerca del tema con el hermano Harcourt, y se preguntaban cómo poder alcanzar aquella clase de personas y llevarlas a Cristo. El hermano Harcourt decía haber hecho todo lo que podía, y que algo más debía de hacerse o aquellas personas quedarían sin ser alcanzadas.

El hermano Harcourt leyó mis lecturas acerca del avivamiento, las cuales habían circulado extensamente en Inglaterra, y finalmente le sugirió al hermano Brown que me escribiera para ver si me era posible visitar Inglaterra y llegar al lugar. Esto concluyó en que yo recibiera una petición muy urgente de parte del señor Brown. El hermano Brown conversó con muchas personas, y con algunos de los ministros, lo que

desembocó en que yo recibiera diversas cartas con una insistente invitación a visitar Inglaterra.

En primera instancia estas cartas causaron en mí muy poca impresión, pues no sabía cómo me sería posible ir a Inglaterra. De cualquier modo, las circunstancias me guiaron a ver que el camino se me había abierto para dejar Oberlin, al menos por una temporada; y como ya he dicho, en el otoño de 1848 mi esposa y yo partimos hacia Inglaterra. Una vez que arribamos y descansamos algunos días, empecé mis labores en la capilla de la villa. Descubrí pronto que el hermano Brown era un hombre excepcional. Aunque criado como cuáquero era completamente católico en sus perspectivas. Desde hacía mucho tiempo ya que no tenía relación particular con los cuáqueros, en cuanto a la denominación, sino que más bien había estado laborando de forma independiente con el enfoque directo de la salvación de la gente de su alrededor. Tenía riquezas, y sus propiedades estaban en constante y rápido ascenso. Su historia con frecuencia me recuerda el proverbio: "Hay quienes reparten, y les es añadido más: Y hay quienes son escasos más de lo que es justo, más vienen a pobreza". Podía gastar su dinero como un príncipe para propósitos religiosos. Mientras más gastaba, más se le añadía para usarlo con este fin.

Ya he dicho que nos hospedamos con el hermano Potto Brown. Mientras estuvimos en su casa abrió sus puertas mañana, tarde y noche e invitó a sus amigos, tanto a los de lejos como a los de cerca, para que vinieran a visitarnos. Venían en grandes números y su mesa estaba prácticamente llena en cada una de las comidas con distintas personas a las que había invitado para que conversáramos con ellas y para que vinieran a las reuniones. Inmediatamente comenzó un avivamiento y se esparció entre la gente. Pronto la familia Goodman se interesó en la religión y se convirtió a Cristo. La obra se extendió en medio de aquellos que nos visitaron para conversar y asistieron a las reuniones desde las vecindades aledañas. Escucharon la Palabra y la recibieron con gozo. Tan extensa y profunda fue la obra en medio de aquellos amigos particulares del hermano Brown, por quienes había orado y anhelado tanto su conversión, que antes de dejar aquella villa me dijo que cada uno de ellos se habían convertido --que el Señor no había dejado atrás a ninguno de aquellos por quienes había sentido ansiedad y por cuyas conversiones había orado--.

La conversión de este gran número de personas se diseminó a lo largo del condado, lo cual produjo una impresión muy favorable en la gente que les conocía. La casa de adoración de Houghton era pequeña, más se llenaba casi a capacidad en cada una de las reuniones y la devoción y el compromiso del hermano Brown y de su esposa eran conmovedoras e interesantes. Su hospitalidad parecía no tener límites. El maestro de sus hijos era un hombre religioso y todos los días corría y venía a casi a todas las comidas para disfrutar de la conversación. Diferentes caballeros llegaban también de pueblos vecinos, a muchas millas de distancia, tan temprano como para estar con

nosotros en el desayuno. Los jóvenes que se habían educados con sus hijos fueron invitados y creo que se convirtieron todos ellos. De esta manera el mayor deseo del hermano Brown con respecto a estas personas quedó cumplido, y aún mucho más de lo que él esperaba se logró en medio de las masas. El hermano Harcourt tenía varios lugares en las villas aledañas en donde predicaba además de Houghton. Para entonces estaban procurando establecer escuelas dominicales para disidentes en medio de los pobres, y establecer reuniones de oración y servicios religiosos en tres o más villas a poca distancia de Houghton. El gusto de esta obra continuó por varios años. El señor Harcourt me informó que predicó en una atmósfera de oración y de muchos sentimientos todo el tiempo que permaneció en Houghton. Ya tendré ocasión más adelante de hablar de su salida de esta villa para ir a otro campo de labores en el cual tuvo gran éxito, y de su llamado a Londres, en donde finalmente le encontré en mi segunda visita a Inglaterra.

En aquella ocasión no permanecí mucho tiempo en Houghton --solo varias semanas. Entre los hermanos que me habían escrito urgiéndome ir a Inglaterra se encontraba un señor de apellido Roe, un ministro bautista de Birmingham. Tan pronto como se le informó que me encontraba en Inglaterra vino a Houghton, en donde pasó varios días asistiendo a las reuniones y siendo testigo de los resultados.

Dije que arribamos a Houghton a principios de Noviembre. Para mediados de diciembre dejamos Houghton y fuimos a Birmingham para laborar en la congregación del hermano Roe. Allí, tan pronto arribamos, nos presentaron al reverendo John Angell James, quien era al principal ministro disidente de Birmingham. Este reverendo era un gran hombre, y bueno, y se había forjado una importante influencia en aquella ciudad, y de hecho, a lo largo de Inglaterra. Cuando se publicaron por primera vez mis lecturas acerca del avivamiento en ese país, el hermano James escribió una introducción para el libro, en la cual lo recomendaba mucho. Estas lecturas tuvieron gran circulación entre los disidentes. Los ministros las leían en sus salones de clase para sus iglesias y las comentaban. Y a lo largo de Inglaterra, Escocia y Gales había, en aquel entonces, un amplio movimiento religioso. Sin embargo, cuando llegué a Birmingham se me informó que después de que el hermano James había recomendado mis lecturas públicamente en reuniones con ministros, e incluso con su propia pluma, gente de cierta estampa en este lado del Atlántico le había dicho que los avivamientos ocurridos especialmente en medio de mi ministerio habían resultado desastrosos. Hasta tal punto se le había hecho esta mala representación, que el hermano James se había retractado de lo dicho públicamente a favor de mis lecturas. De cualquier modo, cuando me vio en Birmingham invitó a los ministros independientes del lugar a un desayuno en su casa, y me pidió también que asistiera. Esta es una forma común de hacer las cosas en Inglaterra.

Una vez reunidos en su casa, y cuando el desayuno hubo acabado, le dijo a sus hermanos del ministerio que estaba muy impresionado de la forma en la que estaban fallando en cumplir con la meta de sus ministerios. Que ellos se encontraban muy satisfechos con tener gente que asista a las reuniones, les pague el salario, y mantenga la escuela dominical, todo esto con una prosperidad externa, cuando en la mayoría de las iglesias las conversiones eran muy pocas y la gente iba de camino a la destrucción. El hermano Roe, de quien he hablado y con quien estaba empezando mis labores, me había dicho que aún en la congregación del señor James había no menos de mil quinientos pecadores impenitentes. En aquel desayuno el hermano James se expresó con mucha calidez, y dijo que algo debía de hacerse. Finalmente, los ministros acordaron sostener reuniones, y que tan pronto como me fuera posible cumplir con su solicitud, predicara de forma alternativa en aquellas iglesias independientes. Sin embargo, durante algunas semanas limité mis labores a la congregación del señor Roe, en la cual se produjo un poderoso avivamiento. Esto era algo que ellos nunca habían visto. El avivamiento barrió la congregación con gran poder, y una porción muy grande de los impenitentes de la congregación se volvió a Cristo.

El hermano Roe se involucró en la obra en cuerpo y alma. Hallé en él a un hombre bueno y sincero. En lo absoluto sus perspectivas eran sectarias o prejuiciadas. Este hermano abrió su corazón por completo a la influencia divina y se entregó por entero a la obra en pro de las almas como un hombre en urgencia. Día tras día se sentaba en la sacristía de la iglesia y conversaba con aquellos que estaban interesados por sus almas--y con quienes habían sido invitados a visitarle-- y les dirigía a Cristo. Durante muchos días casi todo su tiempo estuvo dedicado a esta labor. Para aquel entonces su iglesia era una de las pocas de comunión cerrada en Inglaterra, pues casi todos los bautistas de Inglaterra son de comunión abierta. Luego de que las conversiones se hicieron muchas, la iglesia empezó a examinar a los convertidos para proceder a las admisiones. Se examinó a un gran número y estaban a punto de realizar una comunión. Prediqué en la mañana y la comunión iba a realizarse en aquella tarde. Cuando el servicio de la mañana terminó, el hermano Roe le pidió a la iglesia que se quedara por unos momentos. Yo y mi querida esposa, quien había entrado a la obra con mucha calidez y se había extendido a las damas de la congregación al máximo, nos retiramos a nuestro hospedaje, en casa del señor Roe. Después de un rato el hermano Roe llegó a casa, entró sonriendo a nuestra habitación y nos dijo: "¿Qué creen ustedes que ha hecho nuestra iglesia?" Le contesté que no sabía, pues tampoco se me había ocurrido preguntar que iban a hacer luego de la prédica. Me contestó: "Han votado unánimemente para invitarle a usted y a la señora Finney a nuestra comunión de esta tarde. La comunión cerrada a la que estaban acostumbrados era algo que no podían digerir en una ocasión como esa. De cualquier modo, al reflexionar al respecto, mi esposa y yo concluimos que era mejor no aceptar la invitación, pues temíamos que hubieran realizado esa votación en base a una presión que más tarde pudiera crear

alguna reacción o remordimiento; y siendo que nos encontrábamos verdaderamente fatigados, nos excusamos y nos quedamos en casa.

Como tenía que predicar nuevamente en la noche me sentí feliz de haber disfrutado de aquel descanso. Pronto acepté la invitación de los ministros para laborar en varios de sus púlpitos. En todas partes las congregaciones estuvieron llenas y se produjo gran interés y emoción; y el número de gente que ocupaba las sacristías, después de ser invitadas al finalizar la predicación, era grande. La sacristía más grande que tenían a disposición se repletaba de gente interesada por sus almas cada vez que se les hacía la invitación para recibir instrucción. En cuanto a los medios usados se refiere, use los mismos empleados en este país. Sin embargo, pronto descubrí que el hermano James estaba recibiendo cartas provenientes de varios cuarteles que le advertían en contra de la influencia de mis labores. Él mismo me informó del hecho y de lo que se le había escrito y dicho acerca del tema. El hermano tenía conocidos en este lado del Atlántico, y según entiendo, algunos de ellos le habían escrito con aquellas advertencias. Además, desde varios lugares de su propio país recibía el mismo tipo de presión. Fue muy franco conmigo y me dejó saber el estado de las cosas. Yo también fui muy franco con él. Le dije: "Hermano James, su responsabilidad es grande. Estoy consciente de su influencia y de su responsabilidad en cuanto a estas labores. A usted le están conduciendo a creer que mis perspectivas son heréticas. Mas usted me escucha predicar cada noche, y en cada una de esas prédicas podrá ver si realmente predico o no el Evangelio".

Llevé conmigo dos ejemplares de la Teología Sistemática. Le dije: "¿Me ha escuchado predicar algo que no sea el Evangelio?" Me respondió: "No, en lo absoluto". Entonces le dije: ""Tengo aquí mi Teología Sistemática, la cual enseñé en mis clases en casa, y en base a la cual predico en todos lados; me gustaría que la tome y la lea". El hermano se mostró ansioso por leerla. Noté pronto que un caballero de muy venerable apariencia acudía junto a él cada noche a las reuniones. Asistían juntos; y cada vez que invitaba a la gente preocupada por sus almas, entraban a la habitación y se sentaban donde encontrarán lugar para escuchar toda la instrucción. Para entonces no conocía quien era este venerable caballero. Esto hicieron durante varias noches sucesivas de la misma manera, más el señor James no me presentó a esta persona que le acompañaba, ni se acercó a mí para conversar en aquellas reuniones.

Después de que las cosas transcurrieron así durante una o dos semanas, el hermano James y su venerable amigo vinieron a nuestro hospedaje. Su amigo era el doctor Redford, a quien me presentó, informándome a la vez que era uno de los teólogos más prominentes del país. Me dijo que confiaba más en la agudeza teológica del doctor Redford que en la suya propia; y que le había pedido visitar Birmingham, asistir a las reuniones y, en especial, ayudarle a discernir en cuanto a mi volumen de Teología Sistemática. Me dijo que habían estado leyendo el libro todos los días, y que el doctor

Redford deseaba conversar conmigo acerca de algunos puntos teológicos. Conversamos con mucha libertad acerca de todas las cuestiones que el doctor Redford deseaba traer a mi atención y luego dijo con mucha franqueza: "Hermano James, no veo razón para considerar que el señor Finney esté errado en ningún aspecto. Él tiene su propia manera de presentar proposiciones teológicas; mas no veo que difiera en los puntos esenciales con nosotros".

Estos hermanos llevaban consigo un pequeño manual preparado por la Unión Congregacional de Inglaterra y Gales, en la cual se hallaba una breve declaración de sus perspectivas teológicas. Me leyeron ciertas porciones de este manual, y cuando fue mi turno las cuestioné. Escuché sus explicaciones, y quedé satisfecho, estábamos de acuerdo en lo sustancial. El doctor Redford se quedó por un tiempo más en Birmingham. Luego, partió a casa, y con mi consentimiento, se llevó mi Teología Sistemática diciendo que la leería cuidadosamente y que me escribiría después dándome sus perspectivas al respecto. Observé que realmente era un hombre entendido en teología, un erudito y un hombre cristiano de amplios estudios teológicos. Por esto, estuve más que dispuesto a que criticara mi Teología, y de que si hubiera algo de lo cual debiera retractarme o enmendar, me lo indicara. Le pedí que hiciera aquello profunda y francamente, y me afirmó que lo haría. Se la llevó a casa y se entregó a la exhaustiva examinación de la obra, leyó los volúmenes con paciencia y con sentido crítico. Más tarde recibí una carta suya, expresándome una fuerte aprobación a mis perspectivas teológicas y diciendo que encontró pocos puntos sobre los cuales le gustaría hacerme preguntas, y dijo que deseaba que tan pronto como pudiera dejar Birmingham fuera a predicar para él. Creo que permanecí en Birmingham durante otros tres meses. En aquella ciudad tuvimos conversiones muy interesantes, más aun con esto los ministros no estaban todavía preparados para comprometerse de corazón en el uso de los medios necesarios para la extensión universal del avivamiento en el lugar.

Podría mencionar muchos casos muy interesantes que tuvieron lugar en Birmingham. Con todo, particularmente uno fue en su carácter tan interesante que merece la atención. Supongo que es de conocimiento general en este país que el Unitarismo de Inglaterra fue promovido en primera instancia en Birmingham. Esta ciudad era el hogar del viejo doctor Priestly, quien era uno de los principales-- y tal vez uno de los primeros-- ministros unitarios de Inglaterra. Descubrí que su congregación aún existía en Birmingham, precedida por un pastor. Una tarde, antes de dejar Birmingham, prediqué en base a este texto: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo". Primero hablé acerca de la divinidad y de la personalidad del Espíritu Santo. Luego señalé muchas de las formas en las que los hombres son capaces de luchar contra el Espíritu. Dije que la labor del Espíritu Santo es la de enseñar y convencer al hombre de pecado, y la de indicarle cuál es su deber para con Dios, abogar por la causa y los requerimientos de Dios ante los pecadores y ante

todos los hombres. Mi interés era el demostrar en cuántas formas y en cuántos temas el hombre resiste la instrucción divina. Que aun estando convencidos por el Espíritu Santo, persisten en continuar con su propio camino; y que en tales casos los hombres se encuentran resistiendo el Espíritu Santo. El Señor me dio la libertad de predicar en aquella noche un sermón muy escrutador. Mi objetivo era mostrarles que aun cuando alegaban dependencia al Espíritu Santo realmente estaban constantemente resistiéndole. Hallé que en Birmingham, como en el resto de Inglaterra, el mayor énfasis estaba sobre la influencia del Espíritu Santo. Sin embargo, en ningún lugar encontré que se hiciera una discriminación clara entre la influencia física del Espíritu, ejercida de forma directa sobre el alma, y la influencia moral, en forma de la influencia persuasiva que el Espíritu ejerce sobre la mente de los hombres. La gente de Inglaterra era muy celosa y temerosa de que el Espíritu Santo no fuera deshonrado o de que su influencia fuera ignorada. Sin embargo, hallé allí, como he hallado también en este país, que no se hacía una distinción con respecto a la forma de esta influencia. En consecuencia, con frecuencia me vi en la necesidad de mostrarle a la gente la forma en la cual el Espíritu Santo está verdaderamente involucrado, y explicarles las enseñanzas expresas de Cristo acerca de este tema; y guiarles para que pudieran ver que no debían esperar una influencia física, sino entregarse a sí mismos a la influencia persuasiva del Espíritu Santo y a la obediencia de sus enseñanzas. Este fue el propósito de mi discurso aquella noche. Después de arribar a nuestro hospedaje, una dama que se encontraba presente en la reunión y que se había ido a visitar a la familia que nos alojaba, señaló que observó que un ministro unitario estaba en medio de la congregación. Dije que mi discurso sin duda debió de sonar extraño en los oídos de un unitario. La dama respondió que tenía la esperanza de que lo escuchado le fuera de provecho. No mucho después de estas cosas, cuando me encontraba laborando en Londres, recibí una carta de aquel ministro narrándome el gran cambio que se produjo en su experiencia religiosa por causa de aquel sermón. A continuación, copio textualmente aquella misiva.

"Stratford sobre Avon Warwickshire, 16 de Agosto de 1850.

Estimado Reverendo y señor. Habiendo conocido por medio del Banner que está próximo a dejar Inglaterra, siento que sería ingrato de mi parte el permitirle partir sin expresarle lo consiente que estoy de haber quedado obligado para con usted por causa del beneficio que recibí por medio del sermón que predicó en Steelhouse Lane, Birmingham. Si no me equivoco fue su última predicación en el lugar, y trató acerca de resistir al Espíritu Santo, mas no me ha sido posible encontrar el texto que usó. Por causa de los puntos que capturaron mi interés, no pensé mayormente en el texto por unos dos o tres días. Para que usted logre comprender el beneficio que recibí con su sermón me es necesario primero hacer un breve recuento de la peculiar postura que sostenía en aquel momento.

Me eduqué para el ministerio en uno de los colegios disidentes, que es también uno de los colegios independientes. Entré al ministerio y continué ejerciéndolo durante aproximadamente siete años. Durante aquel periodo mis perspectivas teológicas sufrieron un cambio gradual muy grande. Creo que aquel cambio fue producido, parcialmente, por especulaciones filosóficas y por el deterioro de mi condición espiritual. Debo decir con mucha tristeza que mi piedad nunca recuperó el tono que perdió en mi paso por el colegio. Es este hecho a lo que atribuyo principalmente todos mis pesares. Mis especulaciones me guiaron a, aún sin haber leído el libro del doctor William acerca de la Soberanía Divina y la Equidad, adoptar fundamentalmente sus perspectivas. La lectura de aquel libro perfeccionó por completo mi sistema: El pecado es un defecto y el obligatorio resultado de la imperfección de una criatura que no está siendo suplida de la gracia de Dios. Por lo tanto, lo único que hace el pecado del ser humano es expresar aquella inevitable imperfección original de la raza humana. El gran fin del gobierno moral de Dios es corregir aquella imperfección por medio de la educación, la revelación, etc., y finalmente, perfeccionar la condición humana. Para esto, ya había hace mucho tiempo adoptado las perspectivas del doctor Jenkyn acerca de la influencia espiritual. No es necesario que le explique cómo bajo la guía de tales principios el pecado se convirtió en un mero infortunio temporal y permitido, o mejor dicho, en un mal necesario a ser remediado por medio de la sabiduría y la bondad infinita. También entenderá como para mí el castigo eterno se convirtió en algo cruel que no merecía un instante en el pensamiento en las dispensaciones de un ser benévolo-- y cómo la expiación se convirtió en un completo absurdo basado en perspectivas poco filosóficas acerca del pecado. Me volví unitario por completo, y a principios de 1848 profesé este unitarismo y me convertí en ministro de una iglesia de Birmingham.

Afortunadamente, las tendencias de mi mente eran demasiado lógicas como para permitirme descansar en el Unitarismo. Empujé mis conclusiones hasta llegar a un simple deísmo para luego descubrir que debían aun de llegar más lejos, para lo cual no estaba preparado. Toda mi alma empezó a sentirse aterrada. Revisé mis principios. Y una revolución tuvo lugar en todo mi sistema filosófico. La doctrina de la responsabilidad se restauró dentro de mí en su forma más estricta y literal, y con una profunda consciencia de pecado. No me es necesario entrar en minuciosos detalles para referirle mi lucha y mi sufrimiento mental. Aproximadamente dos semanas antes de escucharle a usted, vi con claridad que algún día debería volver a adoptar el sistema evangélico, el cual nunca dudé que fuera el sistema de la Biblia. Mi unitarismo tenía bases puramente racionalistas. Sin embargo, en aquel momento entendí que debía de aceptar la Biblia o de lo contrario perecer en la oscuridad. Ya imaginaré las agonías que tuve que soportar en mi espíritu. Por un lado estaban estas convicciones, que se hacían más fuertes cada día-- esa consciencia de pecado y esa necesidad de Cristo empezaron a adueñarse de mi corazón--y por el otro aquella miserable condición de estar suprimiendo la verdad que la gente esperaba recibir de mí en forma de

instrucción. También, por otro lado, si me profesaba instantáneamente a ojos de todas las gentes (y en especial ante aquellos que no simpatizan con este tipo de luchas) mi carácter quedaría arruinado por causa de esta aparente inestabilidad y me entregaría a mí, a mi esposa y a mis hijos (estábamos para entonces esperando nuestro sexto hijo) a merced del mundo. Esta alternativa me impedía tomar una decisión. Me resolví a esperar--para poder preparar gradualmente a las personas para este cambio--y a ejercer una economía más rígida durante algunos meses para hacer provisión para las necesidades que se suscitarían en un periodo de transición.

Estando en este estado mental escuché su sermón. Usted lo recordará y podrá entender con facilidad el efecto que tuvo en mí. Pude sentir la verdad de sus argumentos --los cuales cobraron un irresistible sentido en mi corazón-- y aquella noche, mientras iba de camino a casa, juré delante de Dios que pase lo que pase, de inmediato me consagraría nuevamente a ese Salvador cuya sangre aprendí a valorar recientemente, y cuyo nombre deshonré tanto. El resultado ha sido que, bajo la amable influencia del señor James, últimamente me he convertido en ministro de la iglesia de este pueblo. La paz mental que ahora disfruto sobrepasa todo entendimiento. Nunca antes hallé placer tan absorbente en la obra del ministerio. Ahora entiendo por completo el significado de las palabras de Pablo al decir "Si alguien está en Cristo nueva criatura es". Por todo esto no tengo forma de expresarle con cuántos sentimientos de gratitud su nombre estará para siempre asociado con mi alma. Bendigo a Dios por aquella gentil providencia que le trajo a Birmingham. Ahora veo que muy probablemente aquel despertar religioso se hubiese destruido bajo mi supresión de aquellas profundas convicciones si no le hubiera escuchado a usted. Mi conciencia hubiera vuelto a endurecerse--y hubiera yo muerto en mis pecados. Por medio de la gracia de Dios debe apuntar hacia usted cualquier trazo de utilidad con la cual el Señor pueda coronar mis labores.

Debí haberle dicho todo esto antes, pero la idea de que mi historia llegase a hacerse pública me apocó. Su retorno a América me resguarda de esto y sentí que era injusto que le privara del conocimiento del fruto de sus labores.

Que Dios en su gracia y misericordia infinitas le conceda una vida larga y aún mayor utilidad de la que le ha otorgado, bendiciéndole. Esta es la continua oración de

Apreciado señor,

Sinceramente,

James Cranbrook."

Cuando recibí esta carta me encontraba laborando con el Reverendo John Campbell D.D en el Viejo Tabernáculo de Whitefield, en Londres. A él se la entregué para que la

leyera, lo cual hizo manifestando profunda emoción y exclamó: "¡Allí lo tiene! Por eso ha valido la pena que usted viniera a Inglaterra."

Ya he dicho que para el tiempo de mi primera y breve estadía en Birmingham los ministros de las iglesias disidentes no estaban preparados para comprometerse con una obra que pudiera provocar un avivamiento general capaz de renovar moralmente toda la ciudad, tal como ha sucedido en los avivamientos que han barrido y renovado nuestros pueblos y ciudades americanas cada cierto tiempo. Debo mencionar la razón. Cuando el reporte de nuestros grandes avivamientos de 1825 y de años posteriores llegó a Inglaterra, Escocia y Gales, se levantó un espíritu de inquietud y cuando mis Lecturas acerca del Avivamiento se publicaron, pronto fueron estereotipadas en Inglaterra y enseguida se tradujeron al galés y al francés. Tan pronto esto ocurrió me informaron por carta que la publicación y la circulación de aquellas lecturas inauguraron un movimiento de avivamiento en el país. Ya he mencionado que el reverendo John Angel James, uno de los ministros disidentes de mayor influencia, escribió un prefacio comentando aquellas lecturas. Sin embargo, cuando los opositores de los avivamientos en este país supieron de la influencia que estas lecturas estaban produciendo en Inglaterra, tomaron medidas para contrarrestarlos. Le aseguraron al señor James que los avivamientos ocurridos en América habían resultado ser desastrosos para las iglesias, y llegaron a hacer tales representaciones que indujeron al señor James a retirar el comentario que había hecho. Algunos de los opositores en este país, entre ellos el señor Nettleton, visitaron Inglaterra y Escocia con el aparente propósito de contrarrestar las influencias de mis lecturas. Sus testimonios acerca de los avivamientos americanos relacionados con mis labores fueron tales que llegaron a espantar a esos buenos hermanos ingleses con respecto a ese movimiento de avivamiento que con tanta esperanza inauguramos. Miles de personas se habían convertido mientras tanto. Antes de mi visita a ese país, los esfuerzos en pro del avivamiento habían cesado ya y los hermanos estaban bajo la impresión de que aquellos grandes y gloriosos avivamientos americanos habían resultado ser más bien de maldición y no de bendición para las iglesias.

Para entonces había yo dejado Nueva York para venir a Oberlin. Los ingleses, que escuchaban de mí por medio de las lecturas reportadas en el New York Evangelist, ya no podían hacerlo y finalmente se dijo en aquel país que me había convertido en hereje y en infiel. Me enteré de todo esto con asombro cuando arribé a Inglaterra en 1848. No conozco cuan extensamente llegaron a creerse estas mentiras en Inglaterra, con todo, los reportes acerca de los perversos resultados de los avivamientos se esparcieron mucho y se creyeron de manera general. A esto se debió el azoramiento y el temor en las mentes de los mejores hombres de Europa, lo que les prevenía de comprometerse a esforzarse para garantizar un avivamiento general de la religión que estuviera relacionado a mis labores. Bajo tales circunstancias hice lo mejor que pude, esto sin poner en duda la integridad de los hermanos ingleses que dudaban en

embarcarse conmigo en esfuerzos a gran escala para promover un avivamiento abarcador entre los protestantes de Europa. Jamás he dudado de que de no haber sido por aquellas malas representaciones por parte de los opositores de América, un avivamiento abrazador, de gran alcance y poderoso se hubiera desencadenado, no solo en Birmingham, sino en toda Inglaterra, Gales y Escocia.

Salí de Birmingham hacia Worcester, si no me equivoco, a mediados de marzo, para laborar junto al doctor Redford. Ya he mencionado que él tenía mi Teología Sistemática, que la había leído y que me había escrito diciéndome que deseaba conversar conmigo acerca de ciertos puntos. Había llevado conmigo mi respuesta a la crítica que me había hecho el doctor Hodge de Princeton, como también mi respuesta al doctor Duffield. Me parece que mi respuesta al presbiterio de Troy estaba incluida en la obra. Cuando llegué a Worcester le entregué al doctor Redford los panfletos que contenían estas respuestas, los cuales leyó por completo. Luego pasó a verme y me dijo: "Sus respuestas me aclararon todas las cuestiones sobre las cuales deseaba dialogar con usted, por lo que he quedado satisfecho y creo que usted está en lo correcto". Luego de esto en ningún instante que pueda recordar hizo crítica alguna a ninguna parte de mi teología. Quienes han visto la edición Inglesa de aquella obra habrán notado que el doctor Redford escribió un prefacio en el cual la recomienda al público cristiano. Para el tiempo del que hablo, después de haber leído mis respuestas a aquellas revisiones, el doctor me expresó su enorme deseo de que la teología fuera publicada inmediatamente en Inglaterra, y me dijo que consideraba que aquella obra era muy necesaria en su país y que produciría grandes beneficios. La opinión de este hombre, en cuanto a asuntos teológicos, tenía mucho peso en Inglaterra. Recuerdo que el doctor Campbell aseguró en su periódico que el doctor Redford era el teólogo más importante de Europa. Me quedé en Worcester varias semanas y prediqué para el doctor Redford, y también para una congregación bautista. Se dieron muchas conversiones interesantes en aquella ciudad. Durante todo el tiempo de mi estadía la obra fue de hecho muy poderosa e interesante.

Algunos hombres adinerados de Worcester me presentaron una propuesta para el siguiente efecto: Propusieron erigir un tabernáculo móvil, o una casa de adoración que pudiera ser desarmada y transportada de un lugar a otro en la vía férrea y a un costo módico, para ser armada nuevamente con sus asientos y la respectiva parafernalia. Propusieron que la construcción fuera de ciento cincuenta pies cuadrados, con asientos para cinco mil o seis mil personas. Dijeron que si consentía en hacer uso de ella, predicando de lugar en lugar, según se dieran las circunstancias durante unos seis meses, se harían cargo de los gastos para construirla. Sin embargo, al consultar con los ministros del lugar me recomendaron que no lo hiciera. Ellos entendían que me sería mejor y más útil ocupar los púlpitos en las congregaciones ya establecidas en los diferentes puntos de Inglaterra, en lugar de recorrer el país de forma independiente como era la propuesta de los caballeros. Como tenía razones para creer que, en

general, los ministros no estarían de acuerdo con un sistema así de novedoso, no acepté aquella propuesta. Desde entonces creo que probablemente cometí un error, pues cuando llegué a conocer las congregaciones y los lugares de adoración pública de las iglesias independientes, las hallé por lo general tan pequeñas, tan mal ventiladas y ubicadas, limitadas en tantos aspectos y tan atadas y circunscritas a la Iglesia --es decir, a la Iglesia establecida-- que desde que me negué a aceptar la propuesta he dudado de haber hecho lo correcto, pues tengo la opinión de que se pudo haber logrado mucho más en Inglaterra si se hubieran llevado a cabo aquellos planes y hubiera podido llevar conmigo mi propio lugar de adoración, yendo a donde me placiera y asegurando la asistencia de las masas sin importar su denominación. No me cabe duda de que hubieran asistido multitudes en todo lugar; y aún mayores números de lo que semejante edificio pretendía albergar. Si mis fuerzas fueran hoy las mismas que en aquel día, me sentiría fuertemente inclinado a visitar Inglaterra y poner en marcha un experimento semejante al que se me propuso en ese entonces.

El doctor Redford estaba muy conmovido por la obra en Worcester, y en los aniversarios de mayo, se dirigió en Londres a la Unión Congregacional de Inglaterra y Gales dando un interesante recuento de lo sucedido. Asistí a aquellas reuniones de mayo, cuando me encontraba a punto de empezar labores con el doctor John Campbell, quien era el sucesor de Whitefield y el pastor de la iglesia en el Tabernáculo de Finsbury y de la Capilla de la calle Tottenham Court. Ambas congregaciones estaban en Londres, como a tres millas de distancia la una de la otra y se construyeron para el uso del señor Whitefield, quien las ocupó por años. Para aquel momento el doctor Campbell era el editor del British Banner, el Christian Witness, y de una o dos revistas más. No predicaba por causa de su voz, pero dedicaba su tiempo a la edición de aquellos periódicos. Vivía en la casa en la cual Whitefield había residido, que era la casa parroquial y creo que usaba su misma biblioteca. El retrato de Whitefield estaba colgado en su estudio, en el tabernáculo. La sensación del nombre Whitefield todavía podía sentirse, con todo debo decir que el espíritu que había estado sobre él no era muy aparente en aquel momento en aquella iglesia. Como ya dije, el doctor Campbell no predicaba. Conservaba todavía el pastorado, residía en la casa parroquial y recibía un salario, pero suplía su púlpito empleando a los predicadores más populares que le fuera posible por espacio de pocas semanas a la vez. Empecé mis labores en los primeros días de mayo. Quienes están familiarizados con aquellos cambios constantes en el ministerio, lo cual había sido lo común por varios años en aquel tabernáculo, entenderán que la religión no estaba en un estado floreciente.

Por supuesto, la casa de adoración del doctor Campbell era grande. Los asientos estaban juntos, y se podía acomodar a unas tres mil personas. Un amigo personal se preocupó en verificar cuál edificio podría albergar el mayor número de asistentes: el Tabernáculo en Moorfields, el de Finsbury o el gran salón Exeter, del cual todos habían oído. Se concluyó que el Tabernáculo albergaría a más gente que el Salón Exeter.

CAPITULO XXX

LABORES en el TABERNACULO, MOOR FIELDS, LONDRES

Como dije, acepté la cordial invitación del doctor Campbell para ocupar su púlpito durante un tiempo, y una vez las reuniones del mes de mayo concluyeron me dediqué a trabajar fervorosamente en pro de un avivamiento, aunque no dije nada acerca de esto ni al doctor Campbell ni a ninguna otra persona durante algunas semanas. Prediqué una serie de sermones destinados a traerle a la gente una profunda convicción de pecado de la forma más general posible. Noté que a medida que transcurrían los Sabbats y las tardes, la Palabra iba cobrando un gran poder. En el día del Sabbat predicaba en la mañana y en la tarde, también predicaba en las tardes de los martes, miércoles, jueves y viernes. Los lunes en la mañana teníamos una reunión general de oración en el Tabernáculo. En cada una de estas reuniones traté el tema de la oración. Nuestras congregaciones eran bastante grandes, y todas las tardes de cada Sabbat el Tabernáculo se llenaba a su máxima capacidad.

Para aquel entonces la religión había declinado de tal forma a lo largo de Londres que se predicaba poco durante la semana; y recuerdo el que el doctor Campbell me dijo en cierta ocasión que le parecía que yo le predicaba a más personas durante nuestras tardes que todos los ministros de la ciudad juntos. He dicho ya que el doctor Campbell percibía el salario correspondiente al pastor de su congregación. Sin embargo, este salario no lo usaba en su persona, al menos no en su mayoría, sino que con este suplía su púlpito, y realizaba los deberes parroquiales que le eran posibles bajo la presión de sus labores editoriales. Hallé que el doctor Campbell era un hombre ferviente pero muy beligerante. Siempre se estaba dando a la controversia. Para decirlo de otra manera, siempre le estaba apuntando a todo y a todos los que no estuvieran de acuerdo con su modo de ver las cosas. Con esto hacía mucho bien, pero también me temo que en ciertas ocasiones, mucho mal. Después de predicar por varias semanas de la forma en la que he descrito, sentí que había llegado el momento de hacer un llamado a aquellos que estaban preocupados por su alma. Pronto me di cuenta de que el doctor Campbell no compartía esta idea. Él había estado ocupando un asiento desde el cual no podía ver, como yo, lo que estaba sucediendo en la congregación, y aún quizás habiéndolo visto, no lo hubiera comprendido. En aquella iglesia tenían la

costumbre de celebrar un servicio de comunión pasando un sábado, en las tardes. En estos servicios se daba un pequeño sermón y luego se despedía a la congregación y solo se quedaban aquellos que tenían tickets para participar en la comunión.

En la mañana de aquel Sabbat al que me refiero le dije al doctor Campbell: "Ustedes van a celebrar un servicio de comunión esta noche, mientras tanto yo debo realizar una reunión para aquellos preocupados por sus almas. ¿Habrá alguna habitación en el edificio al cual pueda invitar a la gente después de su predicación?". Vaciló un poco y expresó que dudaba que hubiese alguien dispuesto a asistir a semejante reunión. Con todo, como insistí en ello, me respondió: "Sí, está en salón escolar para los niños, puede invitarles a pasar allí". Le pregunté a cuántas personas podría acomodar en aquel lugar. Me respondió: "De veinte a treinta personas. Quizás quepan unas cuarenta". Le dije: "Oh, eso no es ni la mitad del espacio que necesito. ¿Tiene un lugar más grande?". Ante este requerimiento se mostró asombrado, y me preguntó si pensaba que existía en medio de la congregación el suficiente interés como para justificar aquella invitación. Le respondí que había cientos de personas preocupadas por sus almas. Se rio y me dijo que aquello era imposible. Le pregunté si tenía un salón más grande. Me dijo que sí, "está el salón Escolar Británico. Pero ese salón tiene capacidad para unas mil quinientas o mil seiscientas personas; y por su puesto usted no necesita algo semejante." Le respondí: "eso es justo lo que necesito. ¿Dónde está?". Me dijo: "Oh, de seguro usted no querrá aventurarse a citar una reunión en aquel lugar. Dudo que llegue a asistir siquiera la mitad de los que cabrían en el salón infantil". Añadió: "Señor Finney, recuerde que usted está en Inglaterra, en Londres, y que no está familiarizado con nuestra gente. Quizás haya quien acuda a su reunión, ante una invitación semejante a la que usted pretende hacer en América, pero no aquí. Recuerde que nuestros servicios de la tarde terminan antes de la caída del sol en esta época del año. ¿Supone usted que aquí, en medio Londres, los ansiosos por su salvación van a dejarse ver en plena luz del día, bajo semejante invitación, y dejarse ver públicamente en una reunión como esa?" Le contesté: "Doctor Campbell, sé mejor que usted en qué estado se encuentra la gente. El evangelio se adapta muy bien a los ingleses como a los americanos; y de modo alguno temo que todo el orgullo junto de esta gente les impedirá responder a mi llamado de la misma manera en la que se responde en América."

Insistí en que me dijera en dónde se encontraba aquella habitación, en que se dispusiera para recibir a la gente y en que me permitiera hacer la invitación que deseaba hacer. Después de una larga discusión accedió con recelo, diciéndome que yo me hiciera responsable de los resultados, y que de ninguna manera estaba dispuesto a compartir esa responsabilidad. Le respondí que era mi intención asumir la responsabilidad y que estaba preparado para ello. Luego me dio instrucciones particulares acerca de la ubicación del lugar, que se encontraba a poca distancia del Tabernáculo. La gente debería cruzar la calle Cowper con dirección a la calle City a

pocas varas de distancia, luego doblar en un pasaje angosto para encontrar el edificio del Salón Escolar Británico. Después de nuestra discusión fuimos a la reunión. Aquel día prediqué en la mañana y nuevamente en la tarde --si no me equivoco a las seis de la tarde. Prediqué un sermón corto, y luego le informé a la gente cuál era mi deseo. Hice un llamado a todos aquellos que estaban en angustia por sus almas, y que estaban dispuestos a hacer las paces con Dios inmediatamente, para que asistieran a una reunión para instruirles acerca de su estado mental. Especifiqué muy bien cuál era el tipo de gente a la cual estaba invitando. Les dije que "los profesores de religión no están invitados a esta reunión. Aquí se celebrará un servicio de comunión, por lo que deben permanecer en este edificio. Los pecadores a quienes no les importe su condición tampoco están invitados. Solo aquellos que no son cristianos pero que están en un estado de ansiedad por la salvación de sus almas y que desean recibir instrucción acerca de cuál es su deber para con Dios, están invitados a venir." Y esto mismo lo repetí para que no hubiera lugar a confusiones. El doctor Campbell me escuchaba con mucha atención, y me imagino que esperaba que como yo había restringido mi llamado a tal tipo de gente, que muy pocos o nadie acudiría a la reunión. Yo mismo estaba determinado a no permitir que toda la masa de gente llenara aquel salón; sino que aquellos que asistieran lo hicieran entendiendo que eran pecadores en procura de respuestas. Hice énfasis en ese punto, no solo en pro de los resultados de la reunión, sino también para convencer al doctor Campbell de que su perspectiva acerca del tema estaba errada. Me sentía plenamente confiado en que había mucha convicción en medio de la congregación, y que cientos de personas estaban preparadas para responder a la invitación inmediatamente. Estaba seguro de que mi llamado no era prematuro. Esto me alentó a insistir en el tipo de personas que esperaba que asistieran a aquel salón. Con esto despedí la reunión y la congregación se retiró.

El doctor Campbell se asomó a la ventana con nerviosismo y ansiedad para ver qué dirección tomaba la congregación; y para su gran sorpresa la calle Cowper se llenó, incluso en las aceras, de gente que se abría paso para llegar al Salón Escolar Británico. Salí y caminé para pasar la procesión y esperé a la entrada del edificio hasta que la multitud entró. El lugar estaba abarrotado. De acuerdo a la impresión del doctor Campbell había no menos de mil quinientas o mil seiscientas personas. El salón era grande y contaba con esa especie de bancos que se usan en las escuelas. Cerca de la entrada había una plataforma en la cual el expositor se ubicaba siempre que había reuniones públicas, lo que se daba con frecuencia. Pronto descubrí que la convicción en la gente era tal que debía ser muy cuidadoso en el manejo de la reunión para evitar una explosión de sentimientos que resultarían incontrolables. Poco antes de esto hizo su arribo el doctor Campbell. Era tanta su ansiedad por estar presente que apuró su servicio de comunión y se dirigió en seguida a la reunión que yo estaba sosteniendo. Miraba con gran asombro a la multitud allí reunida, y particularmente la gran emotividad que manifestaba. Me dirigí a la gente brevemente y les hablé acerca de su

inminente deber y traté, como lo hago siempre, de hacerles entender que Dios requería sumisión inmediata y completa a su voluntad, que debían de abandonar las armas de su rebeldía, y rendirse a él y a su justo gobierno. Y luego aceptar a Jesús como su único redentor.

Había estado en Inglaterra tiempo suficiente como para entender la necesidad de ser muy específico en aquellas instrucciones y en borrar de ellos la idea de que debían de esperar el tiempo de Dios. Londres es, y por mucho tiempo ha sido, maldita por la predicación híper-calvinista. Es por esto que fui enfático en apuntar a la subversión de aquellas ideas en las cuales supuse que muchos de ellos habían sido formados, pues me pareció que muy pocos de los presentes pertenecían a la congregación del doctor Campbell. De hecho, el mismo me había señalado que la congregación que había visto de día en día era nueva para él --y que aquella masa le era tan desconocida como a mí. Por esta razón traté de guardarles por un lado del híper-calvinismo, y por el otro, de un Arminianismo degradado, en el cual supuse que también muchos habían sido educados. Luego, después de haberles presentado las redes del evangelio, me preparé para la pesca. Cuando estaba a punto de pedirles que se pusieran de rodillas y se entregaran por completo y para siempre a Cristo, un hombre que se encontraba en medio de una gran angustia mental empezó a decir a gritos que para él ya no había perdón de Dios. En seguida noté el riesgo de que se produjera un clamor colectivo, traté de calmar a la gente lo mejor que pude y les invité a ponerse de rodillas y permanecer en silencio para que pudieran escuchar cada palabra de la oración que me disponía a ofrecer. Manifiestamente se esforzaron por permanecer quietos para poder escuchar, pero aún con esto había grandes sollozos y llanto en todas partes del lugar.

Luego de la oración di por concluida la reunión. Después de estas cosas sostuve reuniones similares en las tardes del Sabbat en las que se dieron resultados semejantes. Mientras tanto, permanecí en aquella congregación un total de nueve meses. El interés en la gente se extendió a tal punto que los interesados por su alma ya no cabían en aquel amplio Salón Escolar, por lo que con frecuencia, cuando notaba que la impresión del evangelio era general y profunda, después de haberles dado instrucciones pertinentes y de ponerles cara a cara con la necesidad de rendirse a Cristo por completo y sin condiciones, invitaba a aquellos que estuvieran preparados mentalmente para este tipo de rendición, a que se pusieran de pie en donde estuvieran para presentarles a Dios en oración. Los pasillos de aquella casa eran tan angostos y estaban siempre tan llenos de gente que era imposible hacer uso de lo que llamamos silla ansiosa. Tampoco era posible que la gente se moviera en absoluto en medio de la congregación a no ser que fuera el momento de salida.

Con frecuencia, cuando hacía estos llamados a que la gente se pusiera de pie para presentarles en oración, se levantaban por cientos, y algunas veces, cuando la casa estaba llena según la capacidad a la que me he referido, no menos de dos mil personas

llegaban a ponerse en pie para atender al llamado. Desde el púlpito parecía que casi toda la congregación se levantaba. Y esto sucedía cuando hacía claras discriminaciones para hacerles entender que mi llamado no era para los miembros de la iglesia, sino solamente para aquellos que temían por su alma y que deseaban entregarse a Dios.

Estando en medio de esta obra se produjo una circunstancia que ilustra el alcance del interés religioso relacionado con dicha congregación en aquel entonces. Con "relacionado con dicha congregación" no me refiero a la gente que pertenecía a la congregación del doctor Campbell, sino a aquellos que asistían a aquellas reuniones provenientes de diferentes partes de la ciudad durante ese gran avivamiento. A continuación, la circunstancia a la que me refiero: Los disidentes de Inglaterra habían estado por un buen tiempo procurando persuadir al gobierno y al parlamento a mostrar en sus acciones un mayor respeto a los intereses disidentes. Sin embargo, siempre les respondían de un modo que implicaba que los intereses disidentes eran minúsculos en relación a los de la iglesia establecida. Pero tanto se hablaba del tema que el gobierno decidió medir la fuerza relativa de estas dos partes, es decir, de los disidentes y de la Iglesia de Inglaterra.

Cierto sábado por la noche, sin aviso o notificación previa alguna que llevara a las gentes de cualquier sector a comprender o a sospechar el movimiento, se envió una solicitud secreta a todo lugar de adoración en Inglaterra, requiriendo que se seleccionara individuos que estuvieran a las puertas de todas las iglesias, capillas y lugares de adoración en todo el reino en la mañana del siguiente Sabbat, para que hicieran un censo de todos los que entraran a estos lugares de cualquier denominación. Tal solicitud se le envió también al doctor Campbell, más yo no supe de aquello sino hasta después. Ante esto, en obediencia a las indicaciones que había recibido, destinó hombres que se ubicaran en cada puerta del tabernáculo, con la instrucción de contar a todo el que entrara al servicio de la mañana. Si entendí bien, esto se hizo a lo largo de toda Gran Bretaña. De esta manera se determinó la fuerza de las partes; en otras palabras, con esto se determinó quiénes tenían más adoradores en el día del Sabbat, los disidentes o la iglesia establecida. Creo que este censo demostró que los disidentes eran la mayoría. Más cualquiera que haya sido el resultado, el número de personas que ingresó aquel día al Tabernáculo fue enorme. Esto ocurrió poco antes de que yo dejara Inglaterra, y no fue hasta mi segunda visita que conocí estos hechos relacionados con el Tabernáculo del doctor Campbell. El doctor me informó que los hombres estacionados en las puertas reportaron muchos miles más de los que realmente cabían en el lugar. He olvidado el número, pero sé que era un número enorme. Era común que en el Sabbat grandes multitudes se apostaran alrededor de los exteriores del Tabernáculo, y que tantos como pudieran se quedaran allí para escuchar desde afuera. Con todo, de esta gente que permanecía afuera muchos estaban constantemente yendo y viniendo. Muchos se quedaban en las puertas, y ya fuera que no escucharan o que se sintieran incómodos, volvían a salir.

Solamente se contó a las personas que entraron al lugar, y como ya dije, fueron muchos miles más de los que el Tabernáculo podía albergar. El asunto es que el interés religioso era tal que no dudo que de haber existido una casa de adoración con espacio para veinte o cuarenta mil personas se hubiera llenado tanto como el Tabernáculo, en el cual cabían poco más de tres mil.

Menciono este hecho para dar una pequeña idea de la forma en la cual la obra se extendió. No podría decir si todas aquellas personas eran del doctor Campbell. Creo que nadie podría saberlo por seguro. Lo que sí es indudable es que cientos y miles de ellos quedaron convertidos. De hecho, yo mismo vi y conversé con un vasto número de personas, y trabajé de esta manera hasta el límite de mis fuerzas.

En las tardes de los sábados tanto interesados por sus almas como convertidos venían al estudio para conversar. En grandes números venía la gente cada semana. Las conversaciones se multiplicaron de tal modo que era imposible llevar un registro de ellas. Supe que la gente llegaba de todas partes de la ciudad. Muchos caminaban varias millas los domingos para acudir a nuestras reuniones en el Sabbat. Pronto la gente que me conocía, y otros que habían sido muy bendecidos por las reuniones, me abordaban en las calles, en diferentes partes de la ciudad. Miles de personas a las que nunca había visto me conocían. De hecho, la Palabra de Dios fue grandemente bendita en Londres en aquel entonces. El doctor Campbell no era popular en medio de los londinenses, y noté en ese tiempo que pocos de los convertidos se adherían a su iglesia. Con todo me parece que unos doscientos se añadieron a su iglesia.

Cierto día el doctor Campbell me pidió hablar con los estudiantes del Salón Escolar Británico. Acudí a la cita y empecé preguntándoles qué se proponían hacer con su educación, y abundé acerca de su responsabilidad en este respecto. Traté de mostrarles cuánto bien serían capaces de hacer, y cuán grande bendición podría ser para ellos y para el mundo su educación si hacían buen uso de ella. Más también les hablé de la enorme maldición que sería para ellos y el mundo, el uso egoísta de la misma. El discurso fue corto, más el punto presentado con urgencia. Más tarde el doctor Campbell me dijo que un buen número --no recuerdo cuántos-- fueron recibidos en la iglesia, habiendo sido avivados para procurar la salvación de sus almas. El doctor habló de esto como de un hecho asombroso pues, según dijo, no esperaba tales resultados. El hecho es que los ministros en Inglaterra, lo mismo que en este país, han perdido en gran medida la perspectiva de cuán necesario es el insistir en las conciencias, su obligación para con Dios en este mismo momento. El doctor Campbell me dijo: "es que no lo entiendo. Usted dijo lo mismo que cualquier hubiera podido decir." Le respondí: "Cierto, pueden haberlo dicho, pero ¿Lo dijeron con intención? ¿Lo dirían de forma directa y al punto para apelar a las conciencias de aquellos jóvenes como yo lo hice?" Este es el problema. Los ministros hablan acerca de los pecadores, pero lo hacen en tercera persona en lugar de hablar de "tú". Se dirigen a ellos de tal

modo que no les dejan la impresión de que Dios manda que se arrepientan aquí y ahora, y así echan por la borda sus ministerios.

En ocasiones la gente me ha dicho que estoy loco, porque me dirijo a los pecadores como esperando a que se conviertan al cristianismo de inmediato. Lo cierto es que si en realidad he creído al Evangelio, ¿qué otra cosa podría esperar? Como ya he dicho, cuando recién empecé a predicar, mi antiguo pastor, el hermano Gale, insistía mucho en que yo iba a ofender a la gente y que haría que no volvieran a escucharme jamás. Sin embargo, pronto descubrió que las masas continuaban viniendo en tal forma que no había casa que les albergara. Entonces empezó a insistir con que aquello no duraría: que la gente pronto se disgustaría y se endurecería y nunca más prestarían oídos a mi ministerio. Pero también falló en esta predicción, como en todas aquellas con las que solía presionarme acerca de mi forma de predicar el Evangelio. El hecho es que, como ya lo he mencionado, la educación que había recibido en Princeton le había inhabilitado por completo para la tarea de salvar almas para Cristo; poco después de mi conversión me dijo incluso que no estaba consiente de haber sido alguna vez el instrumento para la conversión de una sola alma. Lo que me dijo no me sorprendió en absoluto, pues aunque era un hombre de talento, no había nada en su forma de predicar que estuviera calculado para convertir a nadie, esto antes de que aquel gran cambio del que he hablado ocurriera en su mente. De hecho, rara vez he escuchado sermones que parecieran haber sido contruidos con la intención de confrontar al pecador con su deber para con Dios. En lugar de esto los ministros se dedican a escribir ensayos, que en muchos casos son realmente finísimas piezas de retórica y de correcta teología, pero rara vez puede percibirse la idea de que los autores de aquellos sermones, escuchados tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, esperan ser el instrumento de conversión de alguno de sus escuchas. Usted no podrá decir que lo que escuchó le produjo la idea de que el ministro espera la conversión o que ha tenido la intención de que se produzca.

Hace algún tiempo me contaron un hecho que puede ilustrar lo que acabo de decir. Dos jóvenes que eran amigos, pero que tenían perspectivas muy diferentes acerca de cómo se debe predicar el Evangelio, ministraban en sus respectivas congregaciones, las cuales se encontraban a poca distancia la una de la otra. Uno de ellos tuvo un avivamiento poderoso en su congregación, mientras en la del otro no se experimentó ninguno. El primero recibía continuas adhesiones a su iglesia, el otro ninguna. Al encontrarse un día aquel que no recibía ningún nuevo miembro en su iglesia le preguntó al otro cuál era la causa de aquella diferencia y le pidió, que de ser posible, le permitiera tomar uno de sus sermones para predicarlo en su congregación y ver si se producía algún efecto diferente en su gente. A esto accedió su hermano, por lo que se llevó el sermón, se familiarizó con la caligrafía del hombre y se lo predicó a su

congregación. Este era un sermón, que aunque había sido escrito, estaba calculado con el propósito de llevarle al pecador a reconocer su deber para con Dios. Como dije, lo predicó y antes de terminar observó que varios lloraban; al cierre se percató de que muchos estaban grandemente afligidos y que permanecían en sus asientos llorando. Al ver esto, el predicador hizo una disculpa profunda diciendo que esperaba no haber herido sus sentimientos ¡ya que esa no era su intención!

En este tiempo en el que estuve en Londres, mi mente estaba en gran ansiedad al ver la desolación moral de aquella gran ciudad. Supe que no había suficientes lugares de adoración, y que los que existían solo acomodaban a una pequeña parte de la población. Con todo, durante mi estancia, me llamó mucho la atención un movimiento que surgió en medio de los episcopales. Muchos de sus ministros acudieron a nuestras reuniones. Uno de los rectores, un tal señor Allen, se involucró mucho, y se decidió a promover un avivamiento en su propia congregación. Me informó más tarde que se movilizó y estableció veinte reuniones de oración en diferentes puntos de su parroquia. Le predicó a la gente de forma directa y con todas sus fuerzas. El Señor bendijo grandemente sus labores, y antes de que dejáramos Inglaterra me dejó saber que no menos de mil quinientas personas habían quedado felizmente convertidas en su parroquia. Varios otros ministros episcopales fueron inquietados grandemente y encendidos en sus almas, y empezaron a realizar servicios continuos y prolongados. Cuando dejé Inglaterra había cuatro o cinco Iglesias episcopales distintas que celebraban reuniones diarias y que se encontraban trabajando para promover avivamientos. Si no me equivoco todas ellas fueron benditas en sus esfuerzos y recibieron refrigerio. De hecho, aquellos nueve meses que duró mi labor en Londres, por la bendición de Dios, consiguieron hacer una impresión poderosa y duradera en la ciudad. Se introdujo ideas nuevas en la mente de la gente, miles fueron avivados y convertidos, y una multitud de viejos profesores de religión fueron inquietados y se decidieron a poner manos a la obra. Transcurrieron diez años antes de que fuera nuevamente a laborar a Londres; y hallé, y se me dijo, que la obra nunca se detuvo, sino que ha continuado y extendido sus bordes, esparciéndose en diferentes direcciones. En esta segunda visita hallé a muchos de los convertidos laborando en distintas maneras con gran éxito. Ya tendré oportunidad de hablar de los resultados en la congregación del doctor Campbell cuando me refiera a los movimientos que se dieron en esa posterior visita, diez años después.

Como dije, mi mente estaba muy ansiosa por el estado en que se encontraba Londres. Rara vez me he sentido tan atraído a orar por una ciudad o lugar como lo estuve por Londres. Algunas veces, especialmente cuando oraba en público y ante las multitudes, me parecía como si no podía parar de orar, como si el Espíritu de oración casi me llevara a desbordarme en súplicas por la gente, y por la ciudad en general. Apenas había llegado a Inglaterra empecé a recibir multitud de invitaciones a predicar con el propósito de recolectar dinero para diferentes causas: pagar el sueldo del pastor,

ayudarles a costear su capilla, para levantar finanzas para la Escuela Dominical --o para alguna otra cosa. Era como si todo el mundo había tenido la gran idea de hacer grandes recolecciones, y que ese era el objeto de recibirme en diferentes partes del país. De haber accedido a estas solicitudes, no habría hecho otra cosa que ayudarles a recaudar dinero. Me negué a acudir a cualquiera de este tipo de llamados. Les dije que no estaba en Inglaterra para recaudar dinero ni para mí ni para ellos, que mi objetivo era ganar almas para Cristo. Consecuentemente con esto no pasé mi tiempo haciendo turismo o corriendo de un lado al otro, sino que me dediqué estrictamente a la obra y a ganar almas.

Después de predicar para el doctor Campbell durante aproximadamente cuatro meses y medio, mi voz estaba muy ronca. La salud de mi esposa también estaba muy afectada por causa del clima y la intensidad de nuestro trabajo. En este punto me es necesario decir lo que Dios hizo por medio de ella.

Hasta este punto mi esposa solo había atendido y tomado parte en las reuniones femeniles. Estas reuniones eran una cosa nueva en Inglaterra por lo que ella había estado haciendo muy poco. Sin embargo, estando con la congregación del doctor Campbell se hizo una solicitud para que mi esposa acudiera a una reunión de té. Tienen el hábito de hacer tales reuniones cuando se intenta reunir a cierto grupo de gente --por ejemplo, mujeres pobres, sin educación y religión. Tal reunión fue convocada por un grupo de damas y caballeros benevolentes, que le solicitaron a mi esposa asistir con mucho interés. Ella aceptó la invitación, sin sospechar que habría caballeros aún presentes al momento de ella hacer su intervención. Como sea, al acudir a la cita se encontró con que el lugar estaba copado de gente, y que además de mujeres había un número considerable de caballeros, quienes estaban muy interesados en ver los resultados de la reunión. Mi esposa esperó unos instantes, pensando que los hombres se retirarían, pero al ver que permanecían en sus lugares y que estaban esperando a que ella se hiciera cargo de la reunión, se puso de pie. Si no me equivocó también pidió disculpas por haber sido llamada a hablar en público, dejándoles saber que no era su costumbre hacer tal cosa.

Para entonces habíamos estado casados por poco más de un año, y era la primera vez que ella viajaba conmigo para laborar en un avivamiento. Mi esposa se dirigió a la multitud, según me informó más tarde cuando llegó a nuestro alojamiento, durante cuarenta y cinco minutos o una hora y que los resultados habían sido manifiestamente muy buenos. Las mujeres pobres que se encontraban presentes se mostraron muy conmovidas e interesadas; y cuando mi esposa terminó su intervención, algunos de los caballeros se pusieron de pie y expresaron mucha satisfacción por lo que habían oído. Le dijeron que habían tenido perjuicios en contra de las mujeres que hablaban en público; pero que no podían hacer objeción alguna ante tales circunstancias, las cuales vieron habían sido calculadas para producir un gran bien. Por esta razón le pidieron

que asistiera nuevamente a una reunión similar, lo cual mi esposa hizo. A su regreso me contó lo que había hecho y me dijo que no sabía qué pensar, que tal vez se podrían exacerbar los prejuicios de los ingleses, y que se terminara haciendo más daño que bien. Este también era mi temor y así se lo expresé. Con todo me parece que no le aconsejé dejar de asistir a estas reuniones; más bien, después de considerarlo, le animé. A partir de esto mi esposa se fue acostumbrando cada vez más a aquel tipo de labor, y cuando regresamos a casa continuó trabajando con mujeres en conexión con mis labores en todo lugar en el cual promovimos avivamientos. Ya tendré ocasión de extenderme en mis relatos acerca de aquellos avivamientos y del importante papel que mi esposa tuvo en nuestras labores.

Hubo muchos casos interesantes de conversión en Londres en aquel entonces, los cuales se dieron en casi todas las clases sociales. Prediqué abundantemente acerca de la confesión y la restitución y los resultados fueron verdaderamente maravillosos. Prácticamente todo tipo de crímenes fueron confesados. Cientos, sino miles de libras esterlinas fueron entregados para hacer restitución. Después de mi partida de Londres el doctor Campbell publicó un panfleto --podría también llamársele un libro pequeño, en el cual en algo relataba mis labores. Tengo en mi poder una copia de este libro, y en caso de que llegase a publicarse este que estoy escribiendo, sería por demás interesante insertar por lo menos extractos de aquel pequeño recuento.

Ya dije previamente que mi esposa y yo nos vimos afectados en nuestra voz. Todo el que conoce Londres sabe que desde los primeros días de noviembre hasta marzo la ciudad se pone muy lóbrega, húmeda, oscura, humosa y de un ambiente terrible, tanto para respirar como para hablar. Llegamos a Londres a principios de mayo. En septiembre mi amigo, el señor Brown de quien he hablado, nos visitó en la ciudad, y viendo el estado de salud en el cual mi esposa y yo nos encontrábamos, nos dijo: "Esto no puede ser. Deben irse a Francia o algún otro lugar en el continente en donde no entiendan su idioma. No tendrán descanso alguno en este país mientras les quede algo de voz". Después de discutir el asunto decidimos seguir su consejo e irnos por un tiempo breve a Francia. El señor Brown me entregó cincuenta libras esterlinas para nuestros gastos y partimos a Paris y a otros lugares de Francia. Evitamos muy diligentemente hacer conversación con la gente y nos mantuvimos lo más callados que pudimos. La influencia del cambio de clima fue muy notoria en mi esposa. Pronto había recuperado la fortaleza de su voz. Por mi parte, me sobrepuse gradualmente a mi ronquera, y después de seis semanas de ausencia reanudamos nuestras labores en el Tabernáculo. Continuamos nuestro trabajo en ese mismo lugar hasta los primeros días del siguiente abril, cuando partimos de regreso a casa.

Dejé Inglaterra con gran recelo. Surgieron circunstancias en América que parecían hacer necesario mi regreso por el bien de nuestro Colegio. El interés por la gente de Inglaterra había crecido mucho en mi esposa y en mí, y deseábamos poder quedarnos

y continuar nuestras labores entre ellos. Zarpamos desde Londres en un barco grande, El Southampton. El día de nuestra partida una gran multitud de personas que se habían interesado en nuestras labores se reunieron en el muelle. La gran mayoría de estas eran nuevos convertidos. El barco tuvo que esperar por causa de la marea y para completar sus pasajeros, y por varias horas permaneció un gran número de gente esperando vernos partir. El decirle adiós a tal multitud de corazones llenos de amor dejó a mi esposa completamente devastada. Tan pronto el barco salió del muelle, se retiró a nuestro camarote con una violenta jaqueca de la cual no se recuperó por algunas horas. Yo me quedé en la cubierta para observar el batir de sus pañuelos y a sus sombreros levantarse en el aire-- entre otras manifestaciones que hicieron hasta que nos deslizamos río abajo con la ayuda de la corriente y de dos remolcadores de vapor y los perdí de vista. Así concluyeron nuestras labores en Inglaterra durante aquella primera visita.

CAPITULO XXXI

NUEVAS LABORES EN CASA Y EN OTRAS PARTES

Llegamos a Oberlin en mayo y allí tuvimos un avivamiento muy interesante, especialmente entre nuestros estudiantes. Este avivamiento duró todo el verano. En el siguiente otoño fui invitado a visitar Nueva York y a laborar en el Tabernáculo de Broadway, en el mismo lugar en el cual había trabajado antes. Me enteré de que se había hecho el hábito de permitirle a varias sociedades hacer uso del Tabernáculo para la celebración de sus aniversarios, y para varios tipos de lecturas, especialmente durante el invierno. Sabía muy bien que no sería posible promover un avivamiento en aquella casa si continuamente se estaba usando para tales propósitos. Por esta razón le escribí al hermano Thompson, quien era el pastor, para decirle que solo podría aceptar su invitación si durante el tiempo de mi estancia se prohibiera el uso del Tabernáculo para otros propósitos. El pastor respondió en breve diciendo que se había tomado la decisión de no permitir que el Tabernáculo fuera cedido a ningún sociedad durante el curso de mis labores; dijo también que la misma congregación había levantado un fondo para suplir sus propios gastos, para impedir así hallarse luego en alguna necesidad que les obligara a permitir que se usara la casa para cualquier otra cosa.

Llegado el momento, mi esposa y yo llegamos a Nueva York y empezamos nuestras labores. Para mi sorpresa, pronto descubrí que el hermano Thompson se rehusaba completamente a colocar carteles que anunciaran nuestras reuniones en la ciudad. Le dije que nunca había sabido que se objetara aquello, ni en este país ni en Europa, y que aquella costumbre de colocar carteles para promover nuestras reuniones era universal en las grandes ciudades. Con todo, continuó rechazando que esto se hiciera, y en consecuencia nuestras reuniones se anunciaron solamente por medio de boletines que de cuando en cuando se repartían en las reuniones. La congregación del hermano Thompson no era muy grande, aunque el edificio sí lo era. La gente preguntaba continuamente cuándo iba yo a predicar. Por lo general el señor Thompson era quien predicaba en el Sabbat. La gente estaba ansiosa por saber en qué momento iba yo a predicarles, pues para ellos era un desconocido. Más aún con esto rara vez o nunca le anunciaba a la gente en qué momento del día yo iba a predicar. Si por ejemplo, durante un Sabbat o dos yo predicaba en la mañana o en la tarde, la gente venía ansiosa para escucharme a esas horas, mas varias veces este hermano hacía el cambio para él predicar en el horario que me había correspondido la semana anterior. Esto hacía que me fuera difícil capturar a la gente. Nunca me pude explicar el método de este hermano, lo único que puedo hacer es narrar los hechos como ocurrieron. Con todo, apenas empecé mis labores descubrí que los hombres que estaban encargados de los asuntos financieros de la congregación empezaron a permitir nuevamente el uso del Tabernáculo durante la semana para otras causas. Pensé al principio que estos serían casos excepcionales, más pronto me enteré de que las sociedades a las que se les había permitido el uso del lugar en años anteriores, y aquellos que habían estado en hábito de realizar lecturas también allí, le informaron a los líderes de la congregación que si nos les permitían hacer uso de las instalaciones durante aquel invierno según lo acostumbrado, buscarían otro sitio y no volverían más. Con esto se vino abajo la decisión que habían tomado de no prestar la casa, y consecuentemente quedaron fracturadas en gran medida nuestras prédicas de entre semana. Cierta Sabbat le prediqué a una casa llena en la tarde y en la noche, la congregación parecía estar casi lista y al punto de concebir un verdadero interés religioso. Sin embargo, de camino a casa me expuse al frío y en la mañana del lunes me fue imposible levantarme de la cama.

Yo debía predicar el martes en la noche. Pero llegado el momento aún estaba en cama. Me sentía muy ansioso; pero como el hermano Thompson sabía de mi enfermedad, supuse que se habría preparado para predicar, o que habría destinado a alguien más para que ocupara mi lugar. Sin embargo, por alguna razón no hizo ni lo uno ni lo otro. Al llegar la noche simplemente le dijo a la gente que yo no podría predicar y les despidió. Tan pronto me recuperé lo suficiente como para predicar, prediqué pero más bien muy poco. Me di cuenta de que bajo esas circunstancias sería imposible promover un avivamiento. Por esta razón me fui para aceptar una invitación de Hartford, Connecticut, para realizar una serie de reuniones. Fui enviado por el hermano William

Patton, quien para entonces era pastor en una de las iglesias congregacionales de aquella ciudad. Allí empecé mis labores, y pronto una poderosa influencia de avivamiento se sintió en medio de la gente.

En esta época existía un desafortunado desacuerdo entre el doctor Hawes y el doctor Bushnell. Como es bien sabido la ortodoxia del doctor Bushnell estaba siendo cuestionada y el doctor Hawes opinaba que sus perspectivas eran sumamente objetables.

De cualquier modo, tanto el doctor Hawes como el doctor Bushnell asistían a nuestras reuniones, y ambos manifestaron su voluntad de colaborar en aquella obra que había empezado con tanta fuerza. Los dos me invitaron a predicar a sus iglesias, y acepté sendas invitaciones. Aún con esto, los hermanos laicos de la ciudad sentían que aquel desacuerdo entre estos ministros era una piedra de tropiezo, por lo que expresaban con urgencia la necesidad de un acercamiento fraternal entre estos dos hombres, para que pudieran tomar una postura unificada delante de la gente y promover la obra. La gente, en general, no simpatizaba con las fuertes perspectivas del doctor Hawes acerca de la ortodoxia del doctor Bushnell. Cuando me informaron acerca de esto, desde un espíritu de fraternidad, abordé al hermano Hawes y le dije que se encontraba en una posición falsa, y que la gente se sentía atribulada al verle enfatizar tanto en los que él asumía eran errores del doctor Bushnell. Le dije también que creía que en su gran mayoría la gente no podía justificar su posición. El doctor Hawes era un buen hombre, y mostró mucho pesar al sentirse responsable del asunto.

Una noche estaba yo predicando, si mal no recuerdo para el hermano Patton, y se encontraban presentes los tres ministros congregacionalistas. Después de saludarles me siguieron a mi alojamiento y el doctor Howes me dijo: "Hermano Finney, estamos convencidos de que el Espíritu del Señor se ha derramado en este lugar, ¿qué podemos ahora hacer los ministros para promover esta obra?" Les dije con mucha libertad lo que pensaba. Que sobre ellos pesaba una gran responsabilidad y que a mi parecer de ellos dependía que la obra se extendiera o no a toda la ciudad. Que si les era posible reconciliar sus diferencias, y presentarse ante las iglesias unidos y apropiarse de la obra se removería un gran obstáculo. Que si esto hacían podíamos esperar que la obra corriera rápidamente en todos los puntos cardinales. Los ministros vieron la posición en la que se encontraban, pues mis palabras fueron bastante claras, y los doctores Hawes y Bushnell acordaron dejar de lado sus dificultades y dedicarse a la promoción de la obra. Debo decir que me parece que el hermano Patton nunca había simpatizado con las fuertes perspectivas del hermano Hawes; y que el mismo doctor Bushnell no parecía tener ninguna controversia con el doctor Hawes. En otras palabras, el obstáculo a removerse ante el público era principalmente la falta de voluntad del Hawes para cooperar cordialmente con los otros ministros que estaban involucrados en la obra.

El doctor Hawes era un hombre demasiado bueno como para persistir en cualquier cosa que pudiera prevenirle de hacer lo que fuera por promover la obra. Así fue que desde ese momento empezamos a trabajar juntos con una buena medida de cordialidad. La obra se extendió a todas las congregaciones y por varias semanas continuó con fuerza. Sin embargo hubo una particularidad acerca de aquella obra que nunca he olvidado. Si no me equivoco llovió ferozmente durante todos los Sabbats, mientras duró mi permanencia en aquella ciudad. Casi nunca he presenciado tal sucesión de tormentosos domingos en toda mi vida. Aún con esto nuestras reuniones estaban llenas, y considerando que el lugar era Hartford, la obra se volvió poderosa y extensa.

Quienes conocen Hartford saben cuan puntillosos y precisos son sus pobladores con respecto a todo lo que hacen. Le tenían miedo a cualquier medida que no fueran las simples reuniones de oración, predicación y para inquirir. En otras palabras, el invitar a los pecadores a pasar adelante y romper así con el temor al hombre y entregarse enteramente a Dios era algo que ni siquiera valía la discusión. El doctor Hawes en especial le tenía terror a esas medidas. En consecuencia en este lugar no pude hacer aquello. Este ejemplo ilustra el gran temor que le tenía el doctor Hawes a esas medidas: una noche, durante una reunión para aquellos que estaban ansiosos por sus almas en su sacristía, a la que había asistido un gran número de gente, al cerrar la sesión le pedí a aquellos que estaban dispuestos a entregarse a Dios en ese mismo momento que se arrodillaran. Mi petición dejó al doctor Hawes sobresaltado, quien antes de que la gente se pusiera de rodillas les dijo que nadie estaba obligado a arrodillarse a menos que lo hicieran de buena gana y por voluntad propia; por lo cierto yo estaba consciente de que la gente estaba lista para el compromiso. Se arrodillaron y oramos con ellos. Una vez que los asistentes se pusieron de pie y empezaron a marcharse el doctor Hawes me dijo: "siempre he sentido que medidas similares son necesarias, pero he tenido tanto temor de hacer uso de ellas. Siempre supe que se necesitaba algo que les hiciera adoptar una postura y que les indujera a actuar en base a las convicciones que han adquirido, pero no he tenido el coraje de hacer algo así". Le dije que en lo personal había descubierto que tales medidas eran indispensables para llevar a los pecadores a un punto de sumisión.

Durante este avivamiento mucha oración tuvo lugar. En especial los nuevos convertidos se entregaron en gran medida a la oración. Supe que una noche, después del servicio, uno de los nuevos convertidos invitó a otro a ir con él a casa para tener un tiempo de oración juntos. El Señor estuvo con ellos, y el día siguiente invitaron a más personas, al otro día a aún más gente, y así hasta que la reunión se hizo tan grande que fue necesario dividirla. Estas reuniones se daban después de la prédica. A la segunda reunión, este nuevo grupo que había resultado de la división ya era tan grande que fue necesario dividirlo también. Supe en aquel entonces que tanto se multiplicaron estas reuniones en medio de los nuevos convertidos que se convirtió en

una costumbre casi universal el reunirse a orar en diferentes lugares después de los servicios. Finalmente empezaron a invitar a las reuniones a gente que se encontraba en angustia por su alma y a todo el que deseaba que se orara por él. Esto condujo a un esfuerzo bastante organizado por parte de los nuevos convertidos en pro de la salvación de las almas.

Una situación muy interesante surgió en las escuelas públicas para esta época. Me dijeron que los ministros habían quedado de acuerdo en no visitar escuelas públicas ni hacer en ellas esfuerzos religiosos, para no excitar celos en las diferentes denominaciones. Sucedió una mañana que al reunirse un gran número de muchachos se encontraron tan profundamente afectados que no les era posible estudiar, y le pidieron al maestro que orara por ellos. El hombre no era profesor de religión, por lo que mandó a decirle a uno de los pastores el estado de las cosas, y le pidió que fuera y que sostuviera servicios religiosos con ellos. Este pastor se excusó diciendo que había un acuerdo entre los ministros en el cual se había dicho que no realizarían ningún tipo de servicio religioso ni visitarían las escuelas públicas para prevenir la animosidad entre las denominaciones. El maestro envió por otro ministro y luego por otro, según me dijeron, más la respuesta fue que él mismo debería orar por los estudiantes. Con esto quedó en una situación apretada. Si no me equivoco la cosa desembocó en que este mismo maestro terminó dándole su corazón a Dios. Tengo entendido que un buen número de estudiantes de varias escuelas comunes se convirtieron por aquel tiempo.

Todo el que está familiarizado con la ciudad de Hartford sabe que sus habitantes son gente inteligente, que todas las clases son educadas y que quizás no existe otra ciudad en el mundo como esta, en donde un alto nivel de educación es tan general. Cuando llegó la hora de recibir convertidos, unas seiscientas personas, si no me equivoco, se unieron a las iglesias. Antes de irme el doctor Hawes me dijo: "¿Qué haremos con estos recién convertidos? Si hacemos de ellos una iglesia aparte sin duda se volverán en admirables obreros en pro de las almas. Si en cambio los integramos a nuestras iglesias, en donde tenemos tanta gente mayor de quienes siempre se espera que asuman el liderazgo en todo, los nuevos miembros en su modestia quedaran a la sombra de los más antiguos; y seguirán viviendo como han vivido, sin ninguna eficiencia." De cualquier modo, me parece que los nuevos convertidos, tanto hombres como mujeres, formaron una especie de Sociedad Misionera para la Ciudad, y se organizaron con el propósito de realizar esfuerzos dirigidos a la conversión de las almas dentro de la ciudad. Un gran número de ellos hicieron este tipo de esfuerzos. Una de las principales jóvenes damas de la ciudad, quizá tan reconocida y respetada como cualquier dama madura de la ciudad, se comprometió a procurar la salvación de jóvenes que pertenecían a familias de alto nivel social y de dinero, que habían caído en malos hábitos y en decadencia moral y que habían perdido su carácter, su prestigio y el respeto de la gente.

La posición y el carácter de esta joven, le hicieron posible y apropiado el hacer estos esfuerzos sin producir sospechas de alguna intención malsana de su parte. Tomó medidas para tener la oportunidad de conversar con este tipo de jóvenes; y según tengo entendido, para reunirlos para que puedan recibir instrucción religiosa, participar en la conversación y en la oración. Tuvo mucho éxito y muchos de ellos alcanzaron salvación. Si me han informado con la verdad, los convertidos de aquel avivamiento se constituyeron en una gran fuerza de bien para aquella ciudad. Muchos de ellos continúan todavía allí, muy activos en la promoción de la religión.

La señora Finney estableció reuniones de oración para las damas. Estas reuniones tenían lugar en las sacristías de las iglesias. Muchas mujeres asistieron a estas reuniones y se mostraron muy interesadas. Las damas estaban muy unidas y comprometidas y, bajo la dirección de Dios, se convirtieron en una fuerza principal en la promoción de la obra en la ciudad. Las doctrinas que prediqué fueron las mismas que he predicado en todas partes. Y las medidas usadas fueron las que siempre había usado, con la excepción de la silla ansiosa. De cualquier modo, después de predicar y como era mi costumbre, invité a los que deseaban conocer cómo recibir salvación a la sacristía para departirles instrucción particular, por lo general esas reuniones siempre fueron bastante grandes. Muchos casos impactantes de conversión tuvieron lugar, como fue lo usual en todas partes.

Partimos de aquella ciudad aproximadamente el primero de abril, y estando de camino a casa nos detuvimos en Nueva York. Allí prediqué para el hermano Henry Ward Beecher en Brooklyn. En aquella congregación había una profunda y creciente influencia religiosa, tanto cuando llegamos como cuando nos fuimos. Prediqué unas pocas veces ya que mi estado de salud no me permitió más. Al llegar a casa continué con mis labores usuales y se obtuvo como resultado un alto grado de influencia religiosa entre los estudiantes, la cual se extendió más o menos de forma general a los habitantes de la región. Se ha convertido en cosa común el que haya un gran número de estudiantes mostrando interés por su salvación todas las semanas y todos los meses, al punto que los habitantes asumieron esto como algo natural. No había novedad alguna en tal estado de cosas, por lo que tampoco se evidenciaba el interés que se hubiera exaltado en otros lugares. De cualquier modo, la gente buena siempre se mantenía en oración por el avance de la obra en medio de los estudiantes, y siempre contábamos con un buen número de nuestra gente que se entregaba en cuerpo y alma a estos movimientos.

Para el siguiente invierno habíamos dejado Oberlin por la época usual en el otoño. Nos dirigimos al este para ocupar un campo de labores al cual habíamos sido invitados. Estando en Hartford, durante el anterior invierno, habíamos recibido la invitación para ir a laborar a la ciudad de Siracusa. Los hermanos metodistas habían estado celebrando una prolongada reunión, y el grado y el tipo de emoción que se había

manifestado entre ellos provocaron la oposición de los profesores de religión de otras denominaciones. Esto resultó en un estado de cosas desagradable. Esta era la situación cuando el ministro de la iglesia Congregacional llegó a Hartford para persuadirme, de ser posible, de ir a Siracusa. No sentí que era mi deber el acudir a aquel llamado en ese momento, por lo que no le di más pensamiento al asunto. Sin embargo, mientras nos dirigíamos al este nos encontramos a este mismo ministro en Rochester, quien ya no era para entonces el pastor de aquella pequeña iglesia congregacionalista de Siracusa. Aún con esto aquel hermano tenía tal interés en su antigua congregación que me hizo prometerle que me detendría en aquella ciudad y que me quedaría al menos un Sabbat. Así lo hicimos, y nos encontramos con una pequeña iglesia congregacional muy desanimada. Eran pocos en número. Esta iglesia estaba compuesta en su mayoría por gente con las perspectivas más radicales en cuanto a todas las grandes cuestiones de la reforma. Las iglesias presbiteranas, y en general, todas las demás iglesias, para nada simpatizaban con ella y daba la impresión de que estaba condenada a la extinción. Allí prediqué un Sabbat, y aprendí tanto acerca de la condición en la que se encontraba esta congregación, que me vi obligado a quedarme para el siguiente Sabbat. Pronto empecé a notar movimiento en medio de aquellos huesos secos.

Algunos de los miembros líderes de esta iglesia congregacional empezaron a hacer confesión entre ellos, y a hacer confesiones públicas acerca de cómo se habían alejado de Dios y de otras cosas que habían provocado aquellos prejuicios en contra de ellos en aquella ciudad. Con esto quedaron reconciliados con la gente de los alrededores y las personas empezaron a reunirse con ellos. Pronto la casa de oración resultó estrecha. Mis intenciones habían sido quedarme tan solo un Sabbat, pero ahora no me era posible ver la forma de salir del lugar, así me encontré de domingo a domingo. El interés religioso continuó aumentando y extendiéndose. El Señor removió los obstáculos e hizo que los cristianos empezaran a unirse entre sí. Las iglesias presbiterianas se abrieron por completo a nuestras reuniones, y las conversiones empezaron a multiplicarse por todos lados. Con todo, como en algunas otras ocasiones, mi predicación estaba dirigida a los cristianos. La simpatía entre los cristianos había sido muy poca, y se necesitaba de mucho trabajo en medio de los profesores de religión antes de que pudiéramos concentrarnos en la labor fuera de las iglesias. Así fue que continué mi labor en las diferentes iglesias hasta que la Segunda Iglesia Presbiteriana se quedó sin pastor, entonces concentramos en gran medida nuestras reuniones en esa iglesia, las mismas que continuaron a lo largo del invierno.

Nuevamente en este lugar la señora Finney estableció con mucho éxito sus reuniones de damas. Por lo general, las reuniones se sostenían en el salón de clases de la Primera Iglesia Presbiteriana, el cual resultaba bastante cómodo y adecuado para tales encuentros. Muchos sucesos interesantes transcurrieron en estas reuniones aquel invierno. Después de cierto tiempo, cristianos de diferentes denominaciones asistían, y las dificultades que habían existido entre ellos parecían haberse extinguido. Ninguna

de las iglesias presbiterianas tenía pastor en aquel entonces, por lo que ninguna tenía puertas abiertas para los nuevos convertidos. Esto me resultaba desagradable, pues estaba consciente del gran peligro que corrían aquellos nuevos creyentes, que tan celosamente habían sido alcanzados, si empezaban a ser aceptados en estas congregaciones. Sentía que eso podría afectar la obra.

Cuando nos aprestábamos a partir en primavera informé desde el púlpito, asumiendo toda responsabilidad, que el próximo Sabbat tendríamos un servicio de comunión al cual estaban invitados todos aquellos que amaran sinceramente al Señor Jesús y que hubieran dado evidencia de una vida transformada. Aquella fue una de las reuniones de comunión más interesante que he presenciado. La reunión, si no estaba llena por completo, lo estaba casi a capacidad. Dos ministros bastante avanzados en edad, el Padre Waldo y el Padre Brainard, asistieron y brindaron su ayuda durante el servicio. La congregación estaba muy conmovida y resultó en una comunión de lo más amorosa y alegre del pueblo de Dios que jamás he visto.

Después de mi partida, las iglesias consiguieron pastores tan pronto les fue posible. Se me ha informado que aquel avivamiento produjo mucho y permanente bien. Más tarde la iglesia Congregacional construyó una gran casa de adoración, y desde entonces ha sido mi entender que se ha mantenido como una iglesia saludable. Las iglesias Presbiterianas, y creo que las Bautistas también, fueron grandemente fortalecidas en fe y en número.

La obra fue muy profunda en medio de muchos de los profesores de religión. Me es menester mencionar un hecho muy impactante. Había entonces una dama de apellido Childs que vivía en el primer distrito. Ella era una mujer cristiana casada con un inconverso. Una señora muy refinada y de bello carácter moral y persona. Su esposo era un mercader de buen carácter moral, al menos hasta donde puedo decir en base a su conversación, y muy amante de su esposa. Esta dama asistió a las reuniones y llegó a una profunda convicción de la necesidad de una obra de gracia más intensa en su alma. Cierta día me visitó estando en un estado de ansiosa inquietud. Después de una breve conversación, llamé su atención a la necesidad de una consagración total. Le dije que después de rendirse totalmente a Dios debería creer en que recibiría el sello del Espíritu Santo. Ella ya había escuchado la doctrina de santificación y estaba muy interesada en saber cómo lograr esto en su vida. Le di las instrucciones breves que ya he mencionado, se levantó de prisa y me dejó. Tanta era la presión en su mente que se sentía en gran urgencia de apropiarse de la plenitud que está en Cristo. No creo que estuvo en mi habitación más de cinco o diez minutos cuando salió como quien tiene que atender el más urgente de los asuntos. Regresó aquella misma tarde a todas luces llena del Espíritu Santo. Me contó que inmediatamente salió de mi habitación se dirigió a su casa, entró en su alcoba y se rindió ante Dios y se consagró por completo a él. Me dijo que nunca antes había tenido tal claridad de lo que aquello significaba y que había

hecho una rendición completa de su persona y de todo lo que tenía en manos de Cristo. De inmediato su mente se tornó en total calma, y sintió que empezó llenarse de la plenitud del Espíritu Santo. En breve se sintió elevarse por encima de sí misma, y su gozo era tan intenso que casi le resultaba imposible no gritar.

Como ya dije, esta dama vino a visitarme aquella tarde, después de la cena. Conversamos algo y me di cuenta de que se encontraba en peligro de caer en una emoción incontrolable. Traté lo mejor que pude de advertirle de no caer en tal situación y se marchó a su casa. En la noche asistió a nuestra reunión de oración y conferencia; y siendo que las personas se levantaban una tras otra a relatar su experiencia cristiana, ella también se levantó para decir lo que Dios había hecho y estaba haciendo en su alma. Literalmente su rostro brillaba de gozo. Creo no equivocarme al decir que todos los presentes quedaron impactados con aquel radiante halo que despedía su rostro. Avanzó un poco más en su relato y empezó a notarse incoherente, como si se estuviera olvidando de su propia persona. De esto me di cuenta al momento y me puse de pie a su lado y muy suavemente le pedí que tomara asiento. Luego le pedí a sus amigos que la llevaran a casa y le dije a mi esposa que fuera con ella. Mi esposa así lo hizo y permaneció con ella unos dos o tres días hasta que su emoción se apaciguó. Su gozo era tan grande que prácticamente la llevó fuera de sí por varios días y corrió verdadero peligro de perder por completo la razón. Pero mi esposa se quedó junto a ella y no permitió visitas de nadie, y logró calmarla y apaciguarla lo mejor que pudo hasta que el peligro de enloquecer pasó por completo.

Días después su esposo vino a verme una mañana con su trineo y me pidió dar un paseo junto a él. Lo hice y descubrí que su propósito era hablarme acerca de su esposa. Me contó que ella había crecido en la congregación de los Amigos y que cuando se casaron él llegó a pensar que su mujer era una de las personas más perfectas que había conocido. Pero luego, dijo él, cuando ella se convirtió pudo observar un cambio aún mayor del que consideraba posible, pues ya la pensaba moralmente perfecta en su vida exterior. Mas, el cambio en su espíritu y en la forma en la que se conducía fue tal cuando sucedió su conversión, que nadie podía dudar de que realmente se había convertido. "desde entonces", continuó el esposo, "he creído que ella es casi o por completo perfecta. Pero ahora ha manifestado la transición a un cambio aún mayor. Lo veo en todo. Hay tanto espíritu en ella, tanta transformación, tanta energía en su religión y tal plenitud de gozo, de paz y de amor". Y luego me preguntó: "¿Qué debo hacer ante tal cosa? ¿Cómo se supone que interprete todo esto que ha sucedido? ¿Realmente los cristianos experimentan estos cambios?"

Traté de explicarle lo mejor que pude. Traté de hacerle entender que su mujer, por su educación, era cuáquera, lo que su conversión había logrado en ella, y luego le dije que lo que estaba presenciando era un bautismo fresco del Espíritu Santo. Él estaba manifiestamente sorprendido por los cambios que su esposa había vivido,

especialmente por el último. Aquella dama ya ha partido a la presencia del Señor, pero la esencia de aquella unción permaneció con ella toda su vida, según he podido saber.

He escuchado frecuentemente a mi esposa hablar de cierta circunstancia ocurrida durante sus reuniones que es importante traer a colación en este momento. Sus reuniones se componían de las damas más cultivadas y refinadas de diferentes iglesias. Y de acuerdo a mi esposa muchas de ellas eran fastidiosas. Sin embargo, entre ellas había una mujer de avanzada edad y sin educación, que solía levantarse a hablar, no pocas veces ante el gran desagrado de las damas, de lo cual mi esposa se pudo dar cuenta. De alguna manera aquella anciana tenía la impresión de que era su deber hablar en cada una de las reuniones, e incluso en ocasiones se quejaba de que el Señor le hubiera dado la tarea de hablar en las reuniones, cuando habían tantas damas educadas a las que les era permitido quedarse en sus asientos sin tomar parte. Ella se cuestionaba por qué Dios le había dado la tarea de hablar, cuando aquellas finas mujeres, que sin duda podrían hablar tanto para la edificación de las demás, tenían permiso de asistir a las reuniones "sin cargar una cruz", según ella explicó. Esto siempre lo decía en forma de queja. El hecho de que esta señora sintiera que era su deber intervenir en cada reunión molestó y trajo desánimo a mi esposa, quien había notado que estos comentarios no producían interés en las damas, sino más bien disgusto.

Sin embargo, después de que esto se diera durante algún tiempo, un día esta misma anciana se puso de pie en una de las reuniones con un espíritu diferente. Mi esposa cuenta que la vio levantarse y que en una primera instancia lamentó la pérdida de tiempo que iba a significar. Mas tan pronto la mujer abrió la boca todas pudieron notar que se había producido un cambio en ella. Había llegado a la reunión llena del Espíritu Santo y relató su experiencia de tal manera que provocó la mirada atenta de las mujeres. Mi esposa notó al momento que había un gran interés por lo que la señora tenía que decir, quien continuó hablando de lo que Dios había hecho por ella de tal modo que produjo convicción en todas las asistentes. Las damas se voltearon o se sentaron al borde de su asiento para poder escuchar cada palabra y pronto las lágrimas empezaron a correr y un gran mover del Espíritu Santo se manifestó de inmediato en toda la congregación. Frecuentemente mi esposa habla de aquel impresionante cambio y del mucho bien que produjo en medio de las damas y de cómo aquella anciana se convirtió en una de las favoritas. Después de aquel día anticipaban poder escuchar de reunión en reunión lo que Dios había hecho y continuaba haciendo en el alma de aquella mujer.

En esa ciudad conocí a una mujer cristiana a quien llamaban "Madre Austin". Ella poseía una fe admirable. Era pobre y dependía por completo de la caridad de los cristianos del lugar para su subsistencia. No había recibido educación y era evidente que se había criado en una familia muy poco cultivada. Sin embargo, su fe era tan

magnífica que había alcanzado la confianza de todo el que la conocía. Tanto cristianos como incrédulos consideraban a Madre Austin una santa. No creo haber sido testigo de una fe tan grande, tan implícita y con tanta simplicidad como aquella que presencié en esta mujer. Se me contaron muchas cosas acerca de ella que denotaban su confianza en Dios y las sorprendentes maneras en las que Dios proveía para ella cada día. En cierta ocasión Madre Austin me dijo: "Hermano Finney, me es imposible sufrir por ninguna de las necesidades de esta vida pues Dios me ha dicho "Confía en el Señor y haz el bien; para que vivas en la tierra y recibas tu alimento". Me relató muchos hechos, y muchos más me fueron contados por otros, que ilustraron el poder de su fe.

Madre Austin me dijo que cierta ocasión, un Sábado por la tarde un amigo suyo, que era por cierto impenitente, vino a visitarla y después de conversar por algún tiempo le ofreció un billete de cinco dólares. La mujer sintió muy dentro una advertencia a no tomar el dinero. Sintió que el hombre le daba el dinero para sentirse mejor consigo mismo, como un acto para justificarse a sí mismo y entendió que el recibir la limosna le haría más mal que bien a su amigo. Rechazó el billete y el hombre se marchó. Madre Austin apenas tenía leña y comida para pasar el Sabbat y no tenía medio alguno para conseguir más. Con todo no sintió temor alguno de confiar en Dios en medio de aquellas circunstancias, pues ya por muchos años lo había hecho.

Con la llegada del Sabbat vino también una violenta tormenta de nieve. Nevó de forma terrible durante todo el día domingo y aún en la noche. En la mañana del lunes había varios pies de nieve y las calles esta estaban bloqueadas al punto de que no se podía pasar sin hacer camino con pala. En aquel entonces Madre Austin tenía en casa a un hijo pequeño, ambos eran los únicos integrantes de la pequeña familia. Al levantarse en la mañana se dieron cuenta de que estaban inundados de nieve a diestra y siniestra. Lograron reunir suficiente combustible para encender un pequeño fuego, y enseguida el pequeño empezó a preguntar qué iban a desayunar. Ella respondió: "no sé hijo mío, pero el Señor proveerá". Miro hacia fuera y vio que nadie podía pasar las calles. El muchacho empezó a llorar amargamente, pues había entendido que morirían de frío o de hambre. Con todo, la mujer empezó a hacer preparaciones necesarias para el desayuno, si es que alguno llegaba. Me parece que me dijo que puso la mesa, y otros arreglos para su desayuno, confiando en que este llegaría en su debido momento. Casi enseguida escuchó conversaciones en voz alta que venían desde la calle, fue a la ventana para ver de qué se trataba y he aquí se trataba de un hombre en un trineo personal junto a otros que removían a pala la nieve para que el caballo pudiera abrirse paso. Llegaron a su puerta trayéndole suficiente combustible y provisiones, y todo lo que necesitaría para estar cómoda durante varios días. Me faltaría tiempo para relatar la multitud de ocasiones en las que fue socorrida en formas tan asombrosas como esta. De hecho, y hasta donde supe, era algo por demás conocido en toda la ciudad que la fe de Madre Austin era como un banco; y que nunca

sufría carencia de ninguno de los menesteres de esta vida, pues hacía sus retiros de parte de Dios mismo.

Nunca supe el número de conversiones que ocurrieron en aquel entonces en Syracuse. Realmente nunca tuve la costumbre de determinar el número de conversiones aparentes. He dejado esas cosas para el tiempo en el cual todas las intenciones de los corazones queden al descubierto. Con todo, sin duda el estado religioso de aquella ciudad en primavera era completamente diferente al que existía en el otoño pasado; y si se me informó correctamente nunca la ciudad ha vuelto a tan terrible estado --aquel estado en el que se encontraba justo antes del avivamiento-- ni a ninguno semejante. Para todos aquellos que tienen algún conocimiento de cómo han sido las cosas en esta área durante los últimos treinta años, no les resultará sorpresa el que en todo lugar al cual fui llamado a trabajar haya tenido que vencer grandes prejuicios con respecto a mis perspectivas teológicas. Las perspectivas ultra-calvinistas habían permeado prácticamente por completo las congregaciones presbiterianas y congregacionistas hasta el momento en el que empezó mi predicación. Entonces vi que era indispensable el introducir nuevas perspectivas en varias cuestiones de importancia, antes de que cualquier esfuerzo por convertir el mundo pudiera tener éxito. Las ideas del Presidente Edwards acerca de la esclavitud de la voluntad, y la extraña distinción que hacía entre las habilidades e inhabilidades morales y naturales, habían sido una gran influencia en el ministerio y habían poseído todo púlpito congregacional y presbiteriano.

En la mayoría de las iglesias bautistas del país se sostenía una forma aún más superior y absurda de calvinismo. Por todo esto, no es sorprendente que la teología que predico provocara alarma y resistencia. Mas, fue la extraña confusión en la mente de los hombres acerca de nuestras ideas de santificación --las mismas que enseñamos aquí en Oberlin-- la fuente del mayor prejuicio en el país y en muchas instancias se convirtió en un poderoso obstáculo a vencer cada vez que pretendí promover un avivamiento. En Syracuse, como en todo lugar en el cual he predicado, la gente temía que se tratara de una herejía; y no fue hasta que sus prejuicios empezaron a difuminarse (a medida que asistían a las reuniones, escuchaban lo que se decía y veían que Dios mismo daba testimonio de la verdad exhibida) y fueron luego por completo vencidos, que se unificaron para avanzar la obra. Ya he dicho que la determinación de muchos líderes era cercarme, y de ser posible, cerrarme todos los pulpitos y ponerlos en mi contra. En esto nunca tuvieron éxito. De hecho, siempre me resultó imposible responder a todas las invitaciones a predicar y más bien solo pude acudir a una pequeña porción de las invitaciones más urgentes, entre las muchas que se me hacían y que provenían de todas direcciones. De cualquier modo, hacía falta mucho trabajo, mucho cuidado y mucha sabiduría, para poder sortear estos prejuicios que se habían creado y asegurar la unión de esfuerzos por parte de los cristianos para poder promover los avivamientos de la religión.

En cierta forma sin duda fui responsable de gran parte de este prejuicio. Fue mi destino, por la providencia de Dios, el atacar y exponer muchas de las falacias y nociones falsas abrazadas por las iglesias, las mismas que paralizaban sus esfuerzos e inutilizaban la predicación del evangelio. De hecho, siempre que los ministros predicaban arrepentimiento, solo para luego informarle solemnemente a su audiencia que les era imposible arrepentirse; siempre que predicaran fe, y luego se refirieran ella como a un don de Dios que no podían ejercer; siempre que representaran la fe como un estado intelectual y no como una confianza voluntaria; siempre que representaran el arrepentimiento como un sentimiento de piadosa tristeza, un estado de las sensibilidades, y en consecuencia un estado involuntario y no más bien como un cambio voluntario de mente --siempre que estos y otros dogmas similares se mantuvieran y se enseñaran, el evangelio realmente no estaba siendo predicado. Lo que llamaban evangelio era realmente una piedra de tropiezo. Siempre que la naturaleza humana se representara como algo en sí mismo moralmente depravado, y en consecuencia, que el pecador debía de esperar a que Dios cambie esta naturaleza para poder ser cristiano, ¿podía esperarse otra cosa por parte del pecador que no fuera una actitud de espera, y de los cristianos una de echar sobre Dios toda la responsabilidad por la conversión de los pecadores? Siempre que a los hombres se les enseñara que por causa de su naturaleza pecaminosa les esperaba el infierno y que el sacrificio de Cristo fue solo para los escogidos --es evidente que estos dogmas, y otros semejantes, no eran sino piedras de tropiezo y que su legítima influencia por consecuencia se manifestaba en la reinante desolación moral a lo largo y ancho.

No me resulta asombroso en lo absoluto que habiéndoseme comisionado, como yo mismo entendí que lo había sido, a atacar y exponer estos errores, la consecuencia haya sido haber encontrado oposición y prejuicio. Aunque es cierto que en algunos momentos la oposición y el prejuicio se incrementaron, por la oposición imprudente y casi inexplicable de hombres que profesaron estar de acuerdo con mis enseñanzas teológicas, muy rara vez estuve en un lugar en el cual sentí tan fuertes prejuicios por parte de la gente que me rodeaba como en Syracuse.

*Estos capítulos de las memorias de Charles Finney han sido tomados de la web <http://www.gospeltruth.net/Span/memorias/memoriasindice.htm> Traducción de Marcela Allen. Todos los derechos legales le pertenecen a **The GOSPEL TRUTH***

